

# El cuentahílos



Jacinta Ramírez de Rodrigo

# **EL CUENTAHÍLOS**

Jacinta Ramírez de Rodrigo

Primera edición marzo 2020

Depósito legal: M-003992/2018

ISBN: 9798623660084

© Jacinta Ramírez de Rodrigo

*A vosotros que os quiero tanto*

## *Capítulo I*

1954

Parado frente a la tumba, Rafael Bernal parecía una estatua, alguien le resguardaba con un paraguas de la persistente lluvia. La imprevisible tormenta de verano había refrescado agradablemente Madrid. Sus hermanas, enlutadas de arriba abajo, lloraban en silencio como si, de verdad, las entristeciera la muerte de la cuñada. Él aparentaba no darse cuenta, miraba con atención el trabajo de los enterradores. Habían abierto el mausoleo e introducido el féretro. Desde fuera observaba su colocación en uno de los seis huecos de los que disponía el sepulcro. Unas lágrimas, o quizás la lluvia, recorrieron su rostro que seguía ausente con la mirada fija en los trabajadores. El cura dijo unas palabras y roció con el hisopo el féretro ya colocado en su sitio. Al acabar, alargó su mano a Rafael y, mientras se la estrechaba, le habló en voz muy baja, este movió la cabeza en señal de asentimiento. El sacerdote entregó todos los objetos que llevaba al monaguillo y se encaminó hacia la salida. El resto de las personas que rodeaban al viudo comenzaron a darle el pésame formando una disciplinada fila. Unos le daban la mano, otros le abrazaban, todos usaron las mismas, o muy parecidas, expresiones de consuelo. Cuando los acompañantes ya se dispersaban en pequeños grupos, una de las hermanas se acercó y discretamente le aconsejó retirarse, así dejaría trabajar a los obreros que estaban colocando la lápida y poniendo cemento para instalarla. Rafael le rogó que le dejaran solo unos minutos, insistió en que fueran caminando, él les alcanzaría en la puerta.

El panteón se encontraba muy cerca de la entrada del cementerio, pero el camino era de tierra y se había convertido en un barrizal, resultaba más cómodo estar resguardados. «Mejor te esperamos en la capilla», contestó la hermana mayor. Daba pena verle allí parado, con la mirada perdida y los hombros hundidos, había envejecido mucho en los últimos meses. Las mujeres se alejaron con cara de preocupación.

A Purificación, Antonia y Dolores, se las conocía aún por sus diminutivos, a pesar de que las dos mayores habían pasado de los cincuenta, y la pequeña los rondaba. La primera era alta y delgada, «seca» murmuraban de ella las otras, ambas casadas y madres, orgullosas de su aspecto de opulentas matronas: con enormes pechos y caderas, prueba de que comían bien, y a menudo, en un país donde los ciudadanos habían dejado la cartilla de racionamiento apenas dos años antes. Las tres permanecieron en silencio hasta que se alejaron lo suficiente de su hermano, en el momento en

el que pensaron que no podían ser escuchadas, no aguantaron más y comenzaron sus venenosos comentarios:

—Por favor, mirad que aspecto de doliente, como si la quisiera mucho, cuando todos sabemos que le ha sido infiel... ¡Y en más de una ocasión!

—Qué dices, Loli, mujer. ¡Cómo se te ocurre semejante cosa ahora! —Interrumpió Puri.  
—¡Mira! —Toñi se encaró a ella con gran desenvoltura—. No empieces a hacerte la sorprendida porque estés soltera. Ya hace años que Loli nos lo contó. En el mismo instante que el hermano Matías se lo dijo a Prudencio y a este se le escapó, o Loli se lo sacó —añadió irónicamente—, ella vino corriendo a decírnoslo. No es algo que no conociéramos todos desde antes de la guerra.

—A mi marido no le metas ahora en esto. —Respondió brava Loli.

—¡Por favor, no discutáis! Daros cuenta de dónde estamos. —Las amonestó Prudencio.

Los maridos de Toñi y Loli, Santiago y Prudencio, las seguían a pocos pasos. Casi nunca se atrevían a llamarlas la atención y mucho menos cuando estaban juntas, pero el segundo lo hizo temeroso de que Rafael las escuchara si subían el tono de voz, ya que la capilla del cementerio se encontraba debajo de la tumba de su cuñada Rachel —ellos pronunciaban Reichel, respetando su origen inglés.

—Es verdad, no es el momento de hablar de ello. —Aseguró Toñi— Lo que tenemos que hacer es aconsejarle y convencerle de que haga nuevo testamento. A él le puede pasar lo mismo que a Reichel y, ¿a quién va a dejar toda esa fortuna que tiene...? ¿Habéis visto el panteón? Le ha tenido que costar una millonada.

—Sí, yo también lo he pensado —confirmó Puri—. Una fortuna.

—Pues es hora de que piense en sus sobrinos —siguió Toñi— y les asegure el futuro. ¿Qué va a hacer él con tanto dinero, viudo y sin hijos? Con lo que le han gustado las faldas, puede caer en manos de cualquier guarra y dejarnos sin nada...

—Qué mal hablada eres, mujer.

—Y tú, Puri, que ñoña te pones cuando quieres... ¡Pero si estás pensando lo mismo que yo!

—Es cierto, no lo voy a negar, aunque esté soltera, a mí también me gustaría heredar algo. —Y en voz más baja, añadió— si el hermano muere antes que yo... Dios no lo quiera.

—Mira que eres egoísta, hija —intervino Loli—, pero si ya te has quedado con lo de los padres, para qué quieres más, ¿para dárselo a los curas?

—Lo que yo haga con mi dinero a ti no te importa —contestó con brusquedad Purificación—, que bien me sacáis las dos para vuestros hijos..., y yo tengo que mirar por mi vejez...

Santiago carraspeó y las tres se callaron. Rafael acaba de aparecer al fondo.

El viudo vio al grupo refugiado de la tormenta en las escaleras de la capilla situada frente a la entrada del cementerio. Imaginó lo que estaban hablando. Lo único que les preocupaba a sus hermanas desde que había regresado de Argentina era su fortuna.

Cuando conocieron a Rachel todas la trataron con mucho cariño, no representaba ningún peligro a la hora de poder heredar, no había tenido hijos y tampoco edad para quedarse embarazada. Toñi y Loli competían mostrándoles a ambos las virtudes de los suyos y aprovechaban cualquier ocasión para convencerles de cuánto les querían los jóvenes. El día que Rafael les comunicó la enfermedad de su esposa, un cáncer terminal, no tuvieron pudor en preguntar: «Pero tú no te volverás a casar, ¿verdad?».

Probablemente le criticarían también por el dispendio que suponía la tumba. Había elegido el cementerio de La Almudena y comprado un terreno en la parte noble. Además había construido un panteón. Su cuñado Santiago, aparejador, realizó el boceto. Una enorme cruz destacaba sobre los sepulcros cercanos y presidía el mausoleo, este se abría para dar paso a una cripta que disponía de seis nichos. Todo estaba realizado en granito pulido. Resultó costoso, pero muy sencillo.

Desde el momento que supo cómo acabaría la enfermedad de su mujer, encargó a su abogado que se ocupara de todo, Rachel era una anglicana de origen judío que sería enterrada en un cementerio católico. El abogado lo había arreglado, había entregado en las oficinas la documentación necesaria para demostrar su conversión al catolicismo. Rafael no preguntó cómo lo había conseguido. Aunque hacía quince años que había acabado la Guerra Civil, las autoridades eran aún muy puntillosas con las cuestiones religiosas y morales, y más, tratándose de judíos. Rachel había aceptado desde el primer momento la propuesta de su esposo, tampoco había sido una creyente enfebrecida. Al contrario, le había parecido una idea romántica: «Juntos en la eternidad», había concluido.

Sabía que sus hermanas conocían cómo era la tumba, Santiago se lo habría contado mientras la diseñaba. Sonrió con la idea de que creyeran que podrían ser las destinatarias. Había decidido dejar clara, en el momento que le dieran la más mínima oportunidad, su pretensión de formar una familia. El panteón era la primera pista. Ahí descansarían los cuerpos de su esposa, de él y de su futuro hijo, al que dejaría en herencia su fortuna y su historia.

Esas eran sus intenciones cuatro años antes, cuando regresó a España. Su familia no entendió cómo había podido abandonar una empresa próspera, que le había hecho millonario, y dejar Buenos Aires para instalarse en un país relegado a nivel internacional y donde la gente pasaba tanta hambre.

En efecto, a Rachel y a él les impresionó la carencia de los productos más necesarios, aunque sus hermanas no parecían afectadas por esas circunstancias. Uno de sus cuñados era funcionario del

Ayuntamiento y el otro, dueño de un teatro de variedades. Este ya no podía contratar los mismos exitosos espectáculos de los años treinta, pero el régimen era permisivo con las revistas y las bailarinas ligeras de ropa, así que seguía cosechando buenos ingresos. Ninguno de los dos había tenido problemas con el racionamiento y disfrutaban de todo tipo de comodidades.

Lo primero que hizo Rafael al llegar a Madrid fue comprar un piso en el barrio donde había nacido y donde aún vivía su hermana mayor. Encontró uno, recién construido, en la plaza de Chueca, con todas las modernidades: ascensor, calefacción central, agua caliente, un baño y un aseo para la criada. Había transformado su fortuna en oro, y con esepreciado metal pagó, el papel cada vez valía menos en una Europa tan maltrecha. En el banco casi se desploman cuando vieron el contenido del maletín. Compró también un Mercedes último modelo, sus paseos eran muy admirados por los peatones que se encontraban, ya que había pocos coches y demasiado antiguos. Las hermanas se escandalizaron y le reprocharon muchas veces aquellos gastos, para ellas, innecesarios.

Una vez instalados en Madrid, decidieron llevar a cabo sus intenciones de ser padres. Rachel no podía tener hijos, él lo sabía desde los inicios de su matrimonio y no le importó. Ahora, estaban dispuestos a adoptar, había tantos huérfanos...

Las hermanas no fueron informadas sobre la solicitud de adopción. Ni Rafael ni Rachel querían escuchar sus opiniones y comentarios, con toda seguridad de auténtica reprobación. Antonio Fernández Serrano, el abogado que se ocupaba de todos sus asuntos legales, les habló de unas monjas en la inclusa que ofrecían los hijos de madres solteras a matrimonios en sus circunstancias. Las cifras que debían pagar eran desorbitadas, pero eso no era un problema para ellos y deseaban un hijo a toda costa. Sin embargo, sus intentos fracasaron cuando la monja que se ocupaba de su caso se fijó en el nombre y el apellido de su esposa, Rachel Ackerman de Bernal. «¿Es usted judía?», preguntó. Ellos confirmaron que su familia lo era, añadiendo que la criatura sería educada en la religión católica, igual que Rafael. La religiosa no hizo comentarios, pero nunca más les recibió y, desde ese momento, se les cerraron todas las puertas. Entonces pensaron adoptar en otro país. «En Alemania», había exigido Rachel «y que sea judío», añadió después. Su amigo David Moseman lo había organizado todo desde Suiza, donde vivía. Con el viaje preparado y los billetes pagados, ella había recaído del cáncer de pecho, el proceso tuvo que anularse.

—Cómo te encuentras. —Preguntó solícita Puri, interrumpiendo los recuerdos de Rafael.

—Bien, bien, no os preocupéis. —Contestó—. Ya sabíamos lo que iba a pasar... Aunque no por ello dejo de sentirme muy solo.

—¡Claro que sí! Esta noche deberías pasarla en mi casa y todo el tiempo que quieras... Es lógico que la tuya se te caiga encima, tienes muchos recuerdos y te resultará muy duro entrar en ella. —Se ofreció Puri amablemente.

—Bueno, solo, solo, no debes sentirte —intervino con ironía Loli—. Si ya has elegido



una tumba para seis personas, con lo que eso te ha debido costar y en el lugar donde se encuentra, es porque piensas en alguien más...

—Calla, Loli —Prudencio se atrevió a llamar la atención de nuevo a su mujer—. ¿No puedes dejar a tu hermano en paz en un momento como este?

—Solo digo que es muy extraño una tumba tan grande y costosa...

—Tienes razón Loli —era Rafael el que hablaba—. Es una tumba muy grande porque cuando la compré Rachel y yo teníamos la intención de adoptar varios niños.

Se calló para disfrutar del estupor que había provocado su noticia. Miró al grupo que permanecía en silencio aún sorprendido, y aprovechó para añadir:

—Y, ahora, respetando su voluntad, voy a buscar una mujer mucho más joven con la que casarme y poder tener hijos. Quiero ser padre y dejar a mis herederos mi fortuna que, como bien suponéis, es cuantiosa.

Tras sus palabras, su mente regresó al epitafio que había entregado al marmolista para que lo grabara: «*A mi inolvidable y amada esposa, Rachel A. de Bernal. 14-7-1954*».

## Capítulo II

1948

Las tres parejas caminaban despacio siguiendo la conversación de los dos hombres más jóvenes, que reían animadamente. Una de las mujeres intervino y todos celebraron su comentario, las otras dos hablaron entre ellas y parecieron empezar una charla diferente. En el animado grupo se interrumpían, no se escuchaban, subían la voz. Acababan de aparcar los autos, caminaban por la amplia avenida bonaerense y se disponían a girar la esquina alterando el silencio de la tranquila y cálida noche de primavera. Se dirigían al teatro Colón, estaban ya cerca cuando tropezaron con un individuo que llevaba un traje negro demasiado grande y un sombrero enorme. El bullicioso grupo vestía de gala, las mujeres, trajes largos y ellos, de esmoquin. Uno de los varones se paró delante del curioso sujeto, este también interrumpió su marcha y llevó su mano al sombrero a modo de saludo, a la vez que decía:

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Bustos, ¿usted por aquí?

—Sí, señor. Me han avisado de un asesinato cerca de la estación de Retiro, me ocupo del caso.

—¿Y va usted andando?

—Sí, dando un paseo. Hace una linda noche.

—¿Quiere que le acompañe?

El resto, tan divertidos hacía unos momentos, se quedaron en silencio escuchando. Antes de que el extravagante individuo pudiera contestar, una de las mujeres, la morena más joven, dijo:

—¡Por Dios, Gordo! ¿No irás a irte ahora? Llevamos semanas organizando esta reunión. ¿Sabés lo que les ha costado a nuestros amigos encontrar entradas para ver a su compatriota, el bailarín Antonio? ¿Y vos querés perdértelo? Pero si ni siquiera te han llamado del despacho, ¿por qué querés irte? —Sin apenas tomar aire, añadió—. Andate cuando acabe la función, si querés, pero ahora no.

El hombre del sombrero grande sonrió y respondió a la pregunta de su superior.

—No es necesario, señor. Parece ser que han matado a un vagabundo, no creo que sea nada importante, por eso me han llamado a mí. Una noche de sábado..., no han encontrado a nadie más de Investigaciones que estuviera libre. —Añadió con una sonrisa

tímida.

—No se subestime, Bustos —pareció ordenar el superior—, es usted uno de los mejores policías del país, le llaman porque es muy eficaz. De todas formas, no estamos lejos, subimos al coche y lo acerco en un momento.

—No es necesario, señor comisario.

—Insisto, Bustos, no discuta, lo acerco, solo me demoraré unos minutos.

La mujer que les había interrumpido, de nuevo tomó la palabra, esta vez dirigiéndose a otro de los hombres del grupo:

—No dejés que El Gordo se vaya solo, andá con él, por favor. Si no lo acompañás..., no vuelve

—No te preocupes —respondió el interpelado—. Aquí tenéis vuestras entradas, yo me quedo con las nuestras y le acompaño.

Se separaron. Los dos hombres más jóvenes, junto con el policía, caminaron hacia los vehículos aparcados. Las mujeres y el señor mayor se dirigieron al teatro. Llevaban apenas unos minutos en el vestíbulo, cuando les vieron regresar.

—Qué poco habéis tardado —dijo el varón anciano, aliviado de que le ayudaran con las tres señoras.

—No hemos ido a Retiro —contestó el español—. Nuestro amigo le ha dado las llaves del auto a su subordinado. —Y dirigiéndose a la mujer morena, añadió—. No te preocupes, luego yo os llevo a casa.

—No pongás esa cara, Negra —intervino el comisario—. Ya sabés cuánto respeto a Bustos. ¿Qué tendrá?, ¿más de cincuenta años? Hace tiempo que debería ser oficial o comisario, sin embargo, ahí lo tenés como suboficial, totalmente relegado, solo porque no pertenece a ningún partido y porque siempre ha denunciado la corrupción, sin importarle el cargo del corrupto. Demostró mucho valor, a pesar de que eso le haya costado su carrera. No es un simple ayudante, es mi profesor y aprendo de él. Es el mejor investigador del departamento.

—Y por qué viste de esa manera ridícula..., perdona que te lo pregunte.

Era la señora mayor la que había interrumpido tímidamente al comisario, preocupada ante la imagen tan poco seria de un policía.

—Es por una mujer —se adelantó la morena.

—¿Cómo sos, Negra! —dijo el marido.

—Pero si es cierto, vos mismo contás alguna cosa. Se casó con una *mina* mucho más joven que él, dicen que la encontró en...

Bajó la voz y le comentó algo a sus amigas al oído, estas parecieron escandalizarse. De nuevo en tono más elevado, añadió:

—Y debe quererla mucho porque, si alguien intenta hablar sobre el pasado de ella o faltarle el respeto, aunque sea uno de sus jefes, es capaz de todo. Dicen que ha tenido sonadas peleas por ese motivo. Aunque a sus espaldas, todo el mundo comenta. He oído que la trata como a una gran dama. Le da toda la guita que gana y ella se la gasta, parece que en... —bajando la voz, añadió— beber. ¡Y fíjense cómo se lo paga! Dejando que vista como un adefesio. No se preocupá de su ropa y el pobre se pone lo primero que encuentra. Es alemana —certificó como si ese fuera el problema—. Llegó aquí a fines del cuarenta. ¿Se acuerdan de aquel barco que hundió su propio capitán en Montevideo en el treinta y nueve? —Todos asintieron—. Pues ella era la novia de uno de los oficiales y, por lo visto, se iban a casar cuando él obtuviera un permiso. Pero, como después del hundimiento los marineros fueron confinados acá y se les impidió volver a su país, se malograron sus planes de boda. Así que ella viajó a Buenos Aires. Cuando llegó, el novio estaba ya casado. —Tomó un poco de aire, y continuó con la misma rapidez—. Se dijo que esos alemanes habían buscado esposas argentinas para no tener que ir de nuevo a la guerra, sin embargo este debió hacerlo por amor... porque no quiso verla. ¡Imagínense, el quilombo que se armó! Y, lo que es peor, se negó a ayudarla. Al parecer, ella no tenía dinero para regresar a Alemania, por lo que debió caer en... —dejó en suspenso la palabra— ya saben. Fue cuando la conoció Bustos.

En ese instante, la mujer observó a su marido que la contemplaba con cara de asombro.

—Sí —afirmó—, no me mirés así. También las esposas de los policías hablamos entre nosotras. ¡Claro que pregunté sobre Bustos cuando me enteré que le habían nombrado tu ayudante!

Todos se echaron a reír. Anunciaron el comienzo de la función y el grupo, dividido de nuevo en parejas, se dirigió hacia las butacas. El comisario y su mujer, discutiendo, los de su edad, sonrientes y los más mayores —aparentaban tener más de setenta años—, con cara de felicidad ante la alegre compañía de sus amigos.

El comisario Esquivel llegó temprano a su despacho, Bustos no le había llamado el domingo, suponía que la investigación del crimen habría sido sencilla. Lo primero que hizo fue solicitar el informe a una secretaria. Lo leyó despacio, no parecía nada importante, un vagabundo había muerto en las inmediaciones de la estación ferroviaria, no tenía ninguna identificación, ni tampoco dinero, probablemente, concluía el informe, sería un inmigrante ilegal al que habían robado. Le llamó la atención la formalidad del escrito, no parecía de su ayudante. Miró la firma y, en efecto, era de un oficial al que no conocía. Pensó que era muy raro. De todas maneras preguntaría a Bustos, este se fijaba en todo, sostenía que el más pequeño detalle podía ayudar mucho en cualquier investigación y en ese informe no había un solo detalle.

Minutos más tarde entró el suboficial. Tras los saludos de cortesía, el comisario le pidió todos los datos sobre el crimen, aunque, comentó: «Ya he leído que no hay nada».

Bustos admiraba a su jefe, a pesar de que era más joven y tenía menos experiencia que él. Conocía su carrera, universitario, había entrado a trabajar en la policía como asesor legal, logrando conocidos triunfos en algunas investigaciones, todo el mundo le auguraba una prometedora carrera en el cuerpo y en la política. Profesor en la reciente academia de policía, también era un jefe muy respetado, nunca trataba a nadie con autoridad o soberbia, pero lo que más le gustaba de él era su independencia. Quizás por eso le habló como si fuera un camarada y no su superior. Su respuesta fue muy escueta:

—Nada, nada, tampoco. Algo sí hay.

—Pues el informe se ha cerrado con la conclusión de que era un inmigrante ilegal muerto tras un robo.

—Sí, es una de las posibilidades. Pero primero habría que averiguar quién es siguiendo las pistas que encontramos.

—¿Ah, sí? Yo no...

—Llevaba un traje de buena tela —Bustos siguió hablando sin haber escuchado la interrupción de su jefe—, y en el saco la etiqueta que ponía Hamburg, aunque lo demás no se veía bien. Es posible que el fallecido viniera de esa ciudad y que él mismo fuera alemán. Por el aspecto, podía ser un hombre del norte de Europa. Además, tenía manos y pies muy cuidados, lo que demuestra que no había realizado trabajos manuales ni de esfuerzo, y desde luego no parecía un refugiado. No era un simple vagabundo. Era alguien que vivió bien. También puede ser nacional, un individuo que haya viajado a esa ciudad y se comprara allí el traje, tendríamos que mirar la lista de desaparecidos para saber si hay alguna coincidencia. Y deberíamos comprobar los barcos que han llegado en estos días, su procedencia, así como las últimas entradas en la Dirección Nacional de Migración por si alguien coincide con su descripción. Esas han sido mis conclusiones.

—¿Está seguro de haber puesto todo eso en el informe?

En ese instante, Bustos miró a su jefe fijamente como si acabara de darse cuenta de su existencia y antes hubiera estado hablando solo.

—¿Cómo dice, señor? —Preguntó extrañado.

—Que he leído el informe y no dice nada de lo que usted me ha contado.

—¡No es posible! Lo escribí todo de madrugada. Quería seguir trabajando el domingo, pero me ordenaron irme a casa y esperar a que usted se ocupara hoy.

El comisario Esquivel miró a su subordinado extrañado, pensó si habría bebido, rechazó inmediatamente la idea porque sabía que nunca lo hacía. Podía haber discutido con su mujer y desvariaba. Ya le había ocurrido en alguna ocasión. No le llevó la contraria, ni respondió, ni

siquiera mostró asombro, no tenía ninguna orden y el informe estaba firmado por otro oficial. Bajó los ojos y se fijó en un sobre encima del escritorio, ponía confidencial y privado. Instintivamente lo abrió y lo leyó. Cuando acabó, miró a Bustos y le dijo:

—Esta es la respuesta: el caso no es nuestro, se lo han dado a otro oficial, el que firma el informe que no pone nada de lo que usted me dijo.

—¿No puede ser! ¿Me permite leerlo?

El comisario le entregó el documento y Bustos lo leyó después de que su jefe le rogara que se sentara.

—Yo no escribo así, esto no lo hice yo. Son frases mías, pero cambiaron el sentido sin hacer caso a mis indicaciones.

—Lo sé, Bustos, ya lo había leído, por eso me extrañaron sus comentarios.

—Espere un momento.

El ayudante salió del despacho y fue a su mesa, volvió con una carpeta que entregó al comisario, diciendo:

—Compruebe, por favor.

Esquivel la abrió, en ella había un informe y una fotografía, claramente de la víctima. Escuchó al suboficial decir:

—El domingo de madrugada vino un agente por mi informe, me dijo que le entregara también todas las copias. Me llamó tanto la atención que me quedé disimuladamente con esa fotografía.

—Y una copia, por lo que veo —añadió el comisario sonriente.

—No, señor, estos documentos los volví a escribir, acababa de hacerlos cuando me los reclamaron, me acordaba aún de lo que había puesto, pero, además... —como un niño pillado en una trastada, el suboficial calló y en voz más baja dijo con picardía— podía leerse en el papel de copiar. Me pareció tan raro que mandaran a un agente desde Jefatura que por eso tomé estas precauciones.

—Es cierto, todo parece raro. ¿Por qué nos habrán quitado la investigación? —Tras unos segundos de silencio, el comisario añadió—. Puede que no hubiera mucho que investigar, buscar al ladrón que mató a ese hombre llevaría demasiado trabajo y hay casos más importantes...

—¿De verdad cree usted que un ladrón mataría a su víctima arrodillada y con un disparo en la sien? Eso no es un simple robo, más bien parece un ajusticiamiento —le interrumpió su ayudante.

El comisario calló. No había leído cómo había muerto la víctima. De hecho, no recordaba que el informe lo reflejara. Qué extraño que el oficial encargado no lo hubiera explicado; Bustos tenía razón, resultaba llamativo que les quitaran el caso, sin apenas empezar..., aunque, si se lo habían

dado a otro compañero, no podía enfrentarse a él, había que respetarlo. Así se lo explicó al suboficial.

—Ese cadáver no era un vagabundo al que mataran para robarle, no lo creo, señor —respondió el ayudante—. Por el contrario, pudiera ser que el asesino conociera a la víctima y se asegurara de que no lográramos identificarle. ¿Por qué no quieren los jefes que lo investiguemos nosotros, señor?

Bustos siempre utilizaba la palabra señor repetidamente cuando hablaba con el comisario. Al principio, a este le incomodó esa aparente sumisión, hasta que descubrió que solo lo hacía con él y con algún oficial más, era una muestra de respeto. Por el contrario, cuando el superior al que se dirigía no le gustaba demasiado, lo llamaba por su cargo y sonaba a que le venía grande. Ahora era una súplica.

—No lo sé. Pero hemos recibido una orden, usted en la noche del sábado al domingo y yo en este sobre —tomando el sobre de encima de la mesa, lo mostró agitándolo—, en la que se nos retira del caso. Es nuestro deber acatarla, Bustos. Podría exigir que nos lo devolvieran, y perdería el tiempo, usted y yo sabemos qué me dirían: es demasiado sencillo para que nosotros nos hagamos cargo de él...

Esquivel sabía que no había convencido a su subordinado. Este, a veces, resultaba imprevisible, si pensaba que una investigación no estaba bien realizada, la llevaba por su cuenta y a su manera. Si no lo ataba en corto, podía meterse en problemas. Bustos era un gran detective, su eficacia y conocimientos, muy valiosos..., no quería perderlo. Formaban un buen equipo y ya se había acostumbrado a sus rarezas. No deseaba un ayudante diferente. Además, en el fondo, también le molestaba que le hubieran apartado de una investigación.

Por su parte, Bustos conocía el carácter de su jefe, no era de los que desobedecían, tampoco de los que se dejaban intimidar.

—Sí señor, me parece bien —respondió.

Esquivel dirigió de nuevo la mirada al informe del suboficial que estaba encima de la mesa, cuando acabara de leerlo, lo guardaría en su cajón con llave, para que el ayudante no tuviera tentaciones de volver a estudiarlo. Lo abrió, Bustos salió para dejarlo tranquilo. El jefe comenzó a leer: «*Buenos Aires, 27 de noviembre de 1948...*».

## *Capítulo III*

# 1915

Las campanas de las iglesias tocaban a rebato, el ruido era ensordecedor, todos sabían lo que significaba: ¡Fuego! La ciudad estaba enloquecida. La gente se asomaba a los balcones, se gritaban unos a otros y preguntaban ansiosamente a los que se encontraban en la vía pública qué sucedía.

Aún no era una de la tarde y el incendio había pillado a la familia Bernal comiendo. Los hijos: Matías, de diecisiete años, Puri, de quince; Toñi, de doce; Rafa, de diez y Loli, de cuatro, junto a su madre, Amelia Torres, y una de las criadas también se habían asomado. El humo subía por encima de los tejados y se veía con facilidad. Hasta ellos ya llegaba el olor a quemado. Contemplaron a muchas personas correr en dirección a la madrileña plaza de Las Salesas. Pero, entre el ruido de las campanas, los bomberos y los gritos no entendían las explicaciones que les llegaban de la calle. Los varones se ofrecieron a bajar y enterarse de lo que estaba pasando. La madre no lo permitió. Sin embargo, los niños pidieron, rogaron y suplicaron. Amelia, nerviosa y, a la vez, deseosa de saber, acabó dejándoles acercarse hasta la esquina acompañados por una de las criadas, Eulalia, con la promesa de volver rápidamente con noticias.

El fuego parecía localizado en la calle de Fernando VI, si era así, cabía la posibilidad de tener que abandonar la casa que, situada en la calle Barquillo, se encontraba demasiado cerca. Los chicos, emocionados, salieron rápidamente, seguidos por la joven que casi no podía alcanzarlos. Al doblar la esquina, descubrieron lo que ocurría. El Palacio de Justicia estaba en llamas y estas llegaban hasta el techo del edificio. En ese momento, se escuchó un estruendo enorme y el reloj que coronaba la fachada principal cayó. La gente empezó a gritar y alguien confirmó: «¡El tejado se ha desplomado!».

Había bomberos, policía, policía urbana y guardia civil. Unos hombres sujetaban la manguera para ayudar y los críos hicieron lo mismo. Matías, por ser el mayor, se dirigió a Eulalia y le ordenó: «Vete a casa y dile a madre que no corre peligro, hay mucha gente sofocando el incendio y nosotros también nos quedamos a echar una mano». La muchacha no contestó se fue con la misma rapidez que habían llegado, no se sentía segura y el señorito, unos meses menor que ella, ya era un hombre por altura y fortaleza, bastante más fuerte que algunos de los varones que estaban colaborando. Sabía que él cuidaría del pequeño.



El joven preguntó a un oficial dónde podían ser más útiles, este les sugirió que ayudaran a colocar las obras de arte del Tribunal Supremo y de la iglesia. Las plazas Villa de París y Las Salesas y las calles de Marqués de la Ensenada y Doña Bárbara de Braganza parecían una almoneda, llenas de objetos valiosos tirados por el suelo. Algunas señoras disponían las imágenes con cuidado porque los hombres que las sacaban las depositaban de cualquier manera. Mientras Matías participaba vaciando el interior del edificio religioso, al que aún no había afectado las llamas, Rafita, con las mujeres, distribuían los enseres en lugares donde no pudieran dañarse. Guardias civiles vigilaban para que nadie se llevara nada. El pequeño obedecía las órdenes de una sargentona muy grande y gruesa que, sin embargo, se movía con una agilidad asombrosa, parecía estar en todas partes. Siguiendo sus movimientos, se fijó en unos individuos que se encontraban en la esquina de Marqués de la Ensenada, transportaban un cuadro enorme procedente del palacio judicial, lo apoyaron en el suelo y comenzaron a quitarle el marco, cuando separaron la tela, la enrollaron como si fuera una alfombra y, con total tranquilidad, se dirigieron por la calle Doña Bárbara de Braganza donde se la entregaron a otros individuos, que echaron a andar de prisa con la mercancía.

Nadie parecía percatarse de lo que sucedía, el desconcierto y el griterío era enorme, el niño pensó que quizás les habían encargado ese trabajo, sin embargo, le parecía una tarea extraña. Con la prisa que había para salvar los objetos valiosos, por qué se entretenían ellos en quitar el marco. Se acercó a un guardia civil y le comentó lo que había visto. El guardia se dirigió hacia el lugar que le había señalado el pequeño y, al llegar, debió ver algo sospechoso, dio la voz de alarma a la vez que echaba a correr como si persiguiera a alguien, otro policía le siguió de inmediato.

Rafael contempló la escena desde la verja de la iglesia y, al dirigir de nuevo la mirada a la esquina de Marqués de la Ensenada, vio a otros dos sujetos señalar hacia donde habían desaparecido los policías, cada uno llevaba un saco con aspecto de pesar mucho. En lugar de dejarlos en el suelo, siguieron caminando rápidamente en dirección al paseo de los Recoletos.

El crío no lo dudó. Si su observación había dado pie a que dos agentes persiguieran a unos individuos; él debía hacer lo mismo con esos cuyo aspecto era de auténticos maleantes. A distancia, les siguió, la muchedumbre impediría que le descubrieran. Subieron por la calle de Alcalá, giraron hacia el Congreso y callejearon hasta salir a Atocha a la altura de la iglesia de San Nicolás. El muchacho conocía bien la zona, su abuela materna vivía no muy lejos y su madre le recordaba siempre que esa era la parroquia donde le habían bautizado. Los hombres continuaron por la calle Magdalena hasta llegar a la plaza de Tirso de Molina, otro lugar para él conocido, era el camino para acercarse a casa de sus otros abuelos, en la calle Duque de Alba. En la plaza giraron y se metieron por callejas estrechas para salir a la altura de la pastelería *Embajadores*, en la calle del mismo nombre. Rafa se sintió seguro, el establecimiento, muy frecuentado por la familia, estaba regentado por Bonifacio que hacía los mejores dulces del mundo y también les

atendía con mucho cariño, además de regalarles siempre un caramelo, si hubiera peligro, solo tenía que pedirle ayuda, por lo que siguió con sus pesquisas. Aparentando contemplar los dulces escaparates de la pastelería, observó a los maleantes meterse por la calle San Cayetano y desaparecer en la segunda casa, una corrala típica de la zona. Rafa se fijó bien en el edificio y se dispuso a regresar.

Serían más de las cuatro. Desde que bajó a ver el incendio, estaba seguro de que no iría al colegio por la tarde, eso no le preocupaba, también sabía que aún quedaban bastantes horas de sol, en mayo anocheceía mucho más tarde. Se sintió seguro, conocía el camino de regreso perfectamente. Desde muy pequeño, acompañaba a su padre a hacer gestiones y, a su madre, a cualquier recado. También le gustaba ir con su hermano mayor y los amigos de este, aunque ellos se quejaban de que era un crío y les estorbaba.

Decidió ir al encuentro de Matías, que, probablemente, seguiría ocupado en ayudar a apagar el fuego y no le habría echado de menos. Regresaría sin dar tantas vueltas. Sabía llegar a la Plaza Mayor, la madre iba con frecuencia de compras por las famosas tiendas bajo sus soportales. Desde ahí, se dirigiría a la Puerta del Sol, una plaza que no tenía secretos para él ni para sus hermanos, ya que en ella se encontraba el bazar preferido de todos, hasta Loli, la más pequeña, era capaz de llegar a él con los ojos cerrados. Luego, solo tenía que seguir por Alcalá hasta su casa. No tardaría mucho. Preguntaría a la portera si había regresado su hermano. Y, cuando toda la familia estuviera reunida, contaría a sus padres lo que había visto. Sería un héroe.

Iba deprisa, pero despreocupado. Al entrar en el portal, un hombre le agarró por detrás del cuello de la camisa y le detuvo bruscamente.

—No corras, muchacho, que te voy a decir unas palabras.

—Qué quiere —preguntó Rafael asustado.

—Qué es lo que buscabas. ¿Por qué has *seguido* a mis compañeros? Eres un chivato. *T'he* visto dar el chivatazo al *cevil* y *denluego* espiarnos. Antes que puedas hablar te mato a ti y a *toa* tu familia.

El niño había observado brillar algo, seguramente el filo de una navaja, no podía gritar del susto. En ese momento, al final del portal apareció la señora Encarna gritando: «¿Quién es usted? Deje a ese niño o llamo a la policía». Nunca había estado tan feliz Rafael de ver salir a la portera de su chiscón. El individuo le soltó, pero antes de irse le amenazó de nuevo: «Si cuentas algo, tú y *toa* tu familia moriréis, mis amigos y yo nos encargaremos, no sabrás cuando llegaremos ni de dónde vendremos, pero moriréis. Sé donde vives, así que chitón» y se puso un dedo sobre los labios, recalcando la idea de silencio. La señora Encarna ya estaba a su lado: «¿Quién era ese hombre Rafita?», preguntó preocupada. El jovencito volvió la cabeza y no vio en la calle al individuo, parecía que había volado. Aún asustado respondió:

—No lo sé, quería robarme o algo así.

—Dios mío, —gritó la mujer— qué día de locos, ¿está *to* el mundo *atontao* o qué? Hijo, sube, *t'acompañao* a tu casa, no vaya a ser que te pase algo por las escaleras. Y no vuelvas a irte solo, hoy no es un día *p'andar* por la calle, igual que hay gente ayudando con el incendio hay gente robando, *man contao* que unos guardias han *pillao* a unos llevándose lo que sacaban de la iglesia. Pero cómo se puede ser tan hijo... —Encarna se calló, miró al niño y rectificó—, tan malo. ¡Robar a la iglesia! No *tien* perdón de Dios.

Rafael no la escuchaba, seguía asustado y se le habían quitado las ganas de contar lo que había pasado.

Encontró a su madre muy preocupada, verle llegar le tranquilizó a medias, preguntó por Matías. El niño aseguró que estaba bien, ellos ayudaban desde lejos, no se habían acercado al fuego. A las ocho de la tarde apareció el hermano, agotado, y preocupado por el pequeño, al verle en casa, se olvidó de su preocupación y contó las novedades del incendio, este aún no se había sofocado, todavía seguían los bomberos luchando contra él. Se decía que habían llamado al ejército.

A las diez de la noche apareció el padre. Mateo Bernal, funcionario del Ayuntamiento, desempeñaba un cargo importante en el departamento de obras y había permanecido todo el día en el gabinete de crisis junto al alcalde. Él confirmó la noticia, cien ingenieros del cuerpo de zapadores iban a colaborar con los bomberos. Mucha gente con pleitos pendientes se habían acercado al Tribunal de Justicia, temían por sus expedientes. Se decía que el viento había hecho volar miles de papeles y que algunos habían llegado hasta el barrio de Maudes. Amelia se inquietó con las noticias que traía su marido.

Esa noche todo estaba alterado, tanto que el matrimonio no se acostó. Matías, por ser el mayor, acompañó a sus padres en la vigilia y Rafael, acurrucado en un confortable sillón de la sala familiar, permaneció con ellos sin que nadie se diera cuenta de su presencia. Solo las niñas y las criadas pudieron descansar. De madrugada, todavía había focos sin apagar, aunque ya parecía estar controlado.

La familia desayunó temprano. Al padre le habían avisado que el Rey visitaría el lugar siniestrado, todas las autoridades debían estar en sus puestos. Los niños quedaron nuevamente dispensados de sus tareas escolares. Matías, sin embargo, pensaba salir con sus compañeros, querían estar cerca cuando llegara el monarca y también ver cómo había quedado el lugar. Invitó a su hermano pequeño a acompañarle, pero, por primera vez en su vida, Rafita se negó. «¡Qué raro estás!». Fue el comentario del mayor, que no insistió en su invitación.

Al día siguiente, llegó la normalidad, la gente compraba los periódicos para leer con detenimiento la noticia de la que aún había pocas fotografías. Los chicos Bernal salieron de casa en dirección al colegio y, nada más poner el pie en la calle, el más pequeño pegó un respingo.

—Qué te pasa. ¿Te has olvidado algo? —Preguntó el mayor al verle reaccionar así.

—No, nada. —Respondió Rafael asustado, mirando al suelo y saliendo

precipitadamente.

En la acera de enfrente, el hombre que le había amenazado dos días antes, vigilaba el portal y, al verle, le había hecho de nuevo la señal de silencio colocando sus dedos en los labios. En la esquina del palacio Montpensier, cerca del colegio de San Antón donde estudiaban, otro de los hombres a los que había seguido, le hizo la misma señal. Rafa entró asustado en clase. Aquel día no dio pie con bola y se llevó muchas más collejas que de costumbre. Regresó a casa con miedo, los maleantes seguían donde les había visto por la mañana.

Rafael jamás olvidaría el 4 de mayo de 1915, día en el que el incendio de las Salesas cambió su infancia.

## *Capítulo IV*

# 1921

Rafael acababa de cumplir diecisiete años convertido, según expresión de su madre, en un auténtico «rebelde», nadie parecía hacer carrera de él. En cambio, su hermano mayor, Matías, pronto dejaría la Universidad, el primer licenciado en la familia. Todos se sentían muy orgullosos, sobre todo, don Mateo, que veía en su primogénito un futuro más prometedor que el suyo, aunque él había labrado una pequeña fortuna con sus estudios de bachillerato, realizados gracias a su esfuerzo y al trabajo de sus progenitores.

Los padres del señor Bernal, establecidos en la capital durante el siglo anterior, procedían de un pequeño pueblo de Aragón. En Madrid, se dedicaron a vender productos de su tierra en los mercados, hasta que pudieron abrir su propia abacería en la calle de La Bolsa, esquina con La Paz. El abuelo Bernal se ocupó de la tienda mientras sus piernas se lo permitieron, aún así, hasta su fallecimiento, acudió todos los días. Permanecía en un enorme sillón de mimbre lleno de cojines hablando con los clientes, en su mayoría mujeres, y gastando bromas. Su simpatía y dotes para la adulación, así como la selección de los productos, muy variada y de excelente calidad, habían convertido el comercio en el más popular del barrio. El don de gentes del dueño le había logrado muchos favores, como colocar a algunos de sus hijos en oficinas, trabajos que él consideraba más distinguidos.

A Mateo, con dieciocho años, le consiguió un empleo en el Ayuntamiento. El joven, ambicioso y de inteligencia superior a la media, asumió desde el primer momento todo tipo de tareas y competencias, demostrando siempre amabilidad y disposición hacia sus superiores, características del carácter heredadas de su progenitor. Con el tiempo, entró en el área que más se adaptaba a sus aspiraciones, las obras públicas. El conocimiento de este sector acabó por abrirle las puertas a un puesto cercano a la dirección. Como consecuencia, adquirió una elevada posición, gracias, sobre todo, a la construcción del Metropolitano, inaugurado en 1919, con el que había obtenido unos fabulosos ingresos extras. Madrid se convertía en una ciudad más moderna y él sacaba beneficios, muchos empresarios se desvivían por agradecerle la “eficacia y agilidad” demostrada con sus expedientes. Sin embargo, esa sólida situación económica y social se veía ensombrecida por la conducta de su hijo Rafael.

Nadie comprendía al joven. Había sido un niño tímido, dócil y cariñoso, siempre dispuesto a

acompañar a sus padres y a seguir a su hermano mayor, al que idolatraba. El fin de la infancia le había transformado radicalmente. Apenas participaba de la compañía familiar, se negaba a salir los domingos con ellos, aunque eso le costara un castigo. Había dejado de visitar a los abuelos y, sin embargo, era el que más lloró en sus entierros, todos ya fallecidos, salvo la abuela María, a la que nunca iba a ver. También en el colegio experimentó un cambio de actitud, de ser un niño aplicado y estudioso, incluso brillante, se convirtió en un vago que repetía curso tras curso. Amenazado varias veces con la expulsión, se había librado gracias a las espléndidas donaciones del padre, dispuesto a sacarle de todas sus trastadas. La peor de estas, y la que más decepcionó a don Mateo, fue saber que faltaba a clase cuando le daba la gana. El señor Bernal nunca lo había sospechado y su mujer estuvo llorando durante días. Dónde iba, qué hacía, con quién estaba. No dio respuesta a esas preguntas. Se había transformado en un jovencito huraño, hosco, antipático, maleducado y malhablado.

El año que Matías ingresó en la Universidad, aún acompañaba al pequeño al colegio y no se alejaba hasta que le veía entrar. Pero, cuando Rafa cumplió los trece, empezó a ir solo. En ese momento, los temores del niño se hicieron realidad. Hasta ese momento, los maleantes se habían limitado a vigilarle y, aunque la situación le aterrorizaba, nunca se habían acercado a él. El crío suponía que eso se debía a que estaba bajo el amparo de su hermano. Desde el instante que perdió la protección de este, todo se alteró. Verles apostados con tanta frecuencia en las cercanías de la escuela, a la entrada y a la salida, le hizo desear escapar y empezó a faltar con la esperanza de no encontrárselos. Salía de casa con sus libros y cuadernos y regresaba a la hora que terminaban las clases. Sin embargo, ellos le descubrían donde estuviera: en el Retiro, de paseo por el Prado... En una ocasión se acercó andando hasta los Cuatro Caminos. Y allí estaban. Al principio eran los mismos. Pero luego podía ser cualquiera, los niños que encontraba jugando en la calle, los jóvenes indolentes que piropeaban a las criadas... Eso casi le causaba más miedo. Hasta que un día, uno de aquellos individuos le hizo acompañarle a la corrala de la calle San Cayetano, el lugar adonde les había seguido la primera vez, allí le esperaba el que le había amenazado en el portal.

El ladrón y jefe de la banda se presentó como El Candelas, el chico pensó que era su apellido. A continuación, le felicitó por haber guardado silencio durante esos años y, luego, le intimidó de nuevo con matar a toda su familia si rompía ese silencio o no obedecía las órdenes que le iba a dar. El indefenso y asustado niño no fue capaz de oponerse y se convirtió en su esclavo. Meses más tarde se enteró que, en realidad, nadie sabía el nombre del cabecilla. Todos le obedecían, y, al igual que él, también le temían. El maleante, había elegido su apodo inspirado por la fama del bandolero Luis Candelas. El crío sabía que este había muerto a garrote vil y, aunque en las coplas que cantaban su madre y las criadas, decían que era guapo, valiente y bueno, Rafa solo deseaba que El Candelas corriera el mismo destino que su predecesor en el nombre, así acabaría el dominio que ejercía sobre él.

Su deseo no se cumplió y se convirtió en un criado sumiso que hacía lo que le pedían y, con cada encargo, resultaba más difícil distanciarse de los hombres que le tenían sometido. Transmítala mensajes a gente desconocida con palabras que repetía sin entender. Más tarde, según iba creciendo, empezó a comprender el lenguaje que utilizaba y hasta logró aprenderlo y usarlo como si hubiera nacido en barrios o calles marginales. Tenía la capacidad de cambiar de la jerga de los truhanes al lenguaje culto de su hogar, según estuviera con unos u otros. También aprovecharon su habilidad con la escritura —tal vez, para que no reconocieran la letra de los ladrones, o lo más seguro porque no sabían escribir—, le obligaban a hacer cartas, casi siempre extorsionando a las personas a las que iban dirigidas. Aprendió a realizar caligrafías diferentes, la suya y la utilizada con la banda.

Con los delincuentes se mostraba dócil, en el colegio y en casa, violento y cruel. ¿A qué se debía ese desagradable carácter? Ni sus padres ni sus profesores conocían la razón. Matías había intentado hablar con él en muchas ocasiones, pero el pequeño rehuía la conversación y acababan enfadados, o el mayor, aconsejando y Rafael, callado, mirando al techo o al suelo, sin responder nada, obcecado y arisco. Le advirtieron que, de seguir faltando a clase, le meterían interno, él celebró la propuesta y solicitó con tanto ímpetu el castigo que acabaron por rechazar la idea ya que parecía un premio.

El pequeño conocía la preocupación familiar y se odiaba por el dolor que les causaba. Sin embargo, con su comportamiento intentaba protegerles. Su mala fama no era un secreto. En el colegio, sus compañeros y profesores sentían lástima por los Bernal, tenían una oveja negra que les daba muchos disgustos. También lo sabían las criadas y la portera, entre las tres habían informado a todo el barrio. Ingenuamente, Rafael pensaba que esa detestable conducta debía haber llegado a oídos de la banda y les daría a entender que no le importaba su familia ni lo que les pudiera ocurrir, así dejarían de amenazarle. Por supuesto, eso no sucedió. A su miedo añadió el sufrimiento de sus padres.

Amelia Torres había sido hija única, una niña feliz y una jovencita alegre y tímida, muy devota, igual que su madre, a la que acompañaba frecuentemente a la Iglesia desde su infancia. La familia Torres vivía en la calle León en una casa enorme. El padre había heredado unos terrenos en la vega del Tajo, cercanos a Aranjuez, cuya explotación agrícola, encargada a paisanos del lugar, le daban muchos beneficios. Sin embargo, una misteriosa enfermedad, que le había hecho adelgazar y que le tenía postrado en la cama, se había llevado la herencia, malvendida para pagar a médicos y boticarios. La joven aumentó sus visitas a las cercanas parroquias de San Nicolás y San Sebastián para rogar por la salud paterna. En estas salidas se encontraba con frecuencia a un chico algo mayor que ella, repartidor de comestibles, ambos repararon en las miradas del otro. Pasado un tiempo, el joven empezó a acudir a misa a las mismas horas que ella, ya no iba vestido de

repartidor, llevaba traje y parecía haber cambiado de oficio. Mateo Bernal se atrevió un día a ofrecerle el agua bendita. Y otro día a acompañarla a su domicilio. Al cabo de unos meses, solicitó hablar con sus padres. Poco después se casaban y se instalaban en la casa de ella. Allí vivieron hasta el nacimiento de Rafael, cuando su situación económica empezó a mejorar y el señor Bernal decidió comprar un elegante piso en la calle Barquillo.

Tras el fallecimiento del abuelo Torres, su esposa, María, se trasladó a una residencia más pequeña y modesta. La venta de la casa familiar y de los últimos terrenos, le habían proporcionado una renta que la permitía vivir sin grandes lujos pero cómodamente.

Amelia, convertida en madre de cinco hijos, seguía siendo la devota mujer de su adolescencia y una amorosa madre, preocupada por sus descendientes a los que mimaba y mostraba cariño sin reservas. La felicidad para ella consistía en esa familia que había formado. Pensaba que a las chicas solo había que educarlas para conseguir un buen marido, sin embargo, tenía grandes expectativas sobre los varones, segura de que les esperaba un espléndido porvenir. Rafita había malogrado ese proyecto, de ahí su enorme deseo de ayudarle y protegerle, ¡le veía tan desdichado...! Aunque no sabía cómo hacerlo y se sentía culpable. El chico conocía el sufrimiento de su madre y, por eso, la quería cada vez más.

Atrapado en un mundo abominable, Rafael creció sin confiar a nadie sus problemas, ocultando una enorme rabia que, a veces, salía en su mirada y ademanes arrogantes. Los ladrones le aborrecían porque el muchacho no se molestaba en ocultarles su desprecio y antipatía. Silencioso y retraído, se había convertido en un gran observador que sabía cómo enojar a sus oponentes. Los bandidos detestaban el distanciamiento y superioridad que manifestaba y, aunque el adolescente seguía obedeciendo las órdenes que le daban, les rehuía y se negaba a mostrarse amistoso con ninguno. En venganza, le convencieron de que era uno de ellos, por su silencio y por su ayuda pertenecía a la banda e insistían —sabían que eso le dolía mucho— que estudiaba para ladrón, comentario que provocaba la risa de todos y la ira del muchacho. Incluso, habían pedido al jefe que le exigiera participar en algún delito que le incriminara realmente, solo así estarían seguros de que no les delataría jamás.

El Candelas no pensaba de la misma forma, intentó persuadir a sus hombres de no traspasar esa línea o el chico se le iría de las manos, su mal carácter así lo indicaba. Forzarle a realizar un crimen de verdad podría resultar funesto. Con ese argumento contuvo a sus hombres durante un tiempo. Estos le echaron en cara que el joven le caía demasiado bien y por eso le protegía. Precisamente, con su segundo, El Puñales, había discutido por culpa de Rafael, al que todos conocían como El Señorito.

—Le proteges *demasio*, Candelas. *Entoavía* no ha hecho *na* que le lleve al trullo, dámele *pa* un trabajo y ya verás como nunca va a poder cantar — había asegurado el criminal.



—*Pue* que sí y *pue* que no, Puñales. *Pue* que no quiera acompañarte y antes de hacerlo, cante *to*. ¿No te das cuenta del peligro que corremos?

El Puñales callaba, aunque pensaba que el jefe no tenía los mismos miramientos con otros críos a los que encargaba cosas más difíciles y peligrosas.

El Candelas estaba seguro de que presionar más aún al Señorito era un error. En realidad, también intentaba protegerle, lo hacía porque admiraba al chiquillo que nunca les había delatado, que mantenía su palabra y su doble vida con más agallas que un hombre hecho y derecho.

Meses antes de que Rafael cumpliera diecisiete años, para contentar a sus hombres —no habían dejado de insistir en implicarle más— y para doblegar la altanería del adolescente, decidió encargarle un trabajo que no le iba a gustar. El jefe también tenía otra intención, que el muchacho conociera con quién se relacionaban los ladrones, así vería que no solo ellos eran delincuentes.

El Candelas citó a Rafael en una tienda del Rastro dedicada a la venta de objetos antiguos y a la enmarcación de cuadros. El chico sospechaba que el dueño vendía los objetos robados. Al llegar, el adolescente pasó directamente a la trastienda, y de repente se quedó paralizado, el motivo fue un gran lienzo tirado en el suelo. Reconoció de inmediato la obra, había salido en todos los periódicos días después del incendio del Tribunal Supremo, se decía que había desaparecido en las llamas. Rafael siempre supo que ese cuadro no se había quemado, vio cómo lo robaban y ahora lo tenía delante de sus ojos, destrozado, le habían recortado las cabezas de las personas que figuraban en él, el rey Fernando VII y su familia. Los retratos arrancados estaban enmarcados y apoyados en la pared. En ese momento el ladrón y el comerciante aparecieron a su espalda. El gesto de la cara del chico no pasó desapercibido al Candelas, que pidió al dueño de la tienda que les dejara solos, orden que obedeció de inmediato.

—¿Has *reconocío* los retratos, a que sí? —Preguntó.

—Sí —el muchacho decidió decir la verdad.

—¿Quiénes eran?

—Fernando VII y los otros parecen ser algunos familiares.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque la imagen del rey es igual a la de la lámina que sale en mi libro de Historia.

—¿Y sabes de dónde han *salío*?

—No —mintió.

A Rafael no le gustaba mantener conversación con ninguno de la banda ni siquiera con el jefe, siempre contestaba con monosílabos y nunca hablaba más de lo necesario, era su manera de demostrarles su desprecio. Sin embargo, El Candelas apreciaba justo lo que hacía para molestar, y cuanto menos decía el joven, más charlaba él.

—Pues deberías, por su causa, nos conociste. —Se echó a reír.

Sus grandes carcajadas hicieron regresar al dueño para ver qué pasaba. Al verle tan contento se

marchó. Rafael no respondió. Había comprendido perfectamente lo que quería decir.

El trabajo que le ordenó consistía en llevar los trozos enmarcados a un palacete junto al Cuartel de la Montaña. Era la residencia de un conocido marqués que coleccionaba obras de arte. Debía entregar los cuadros y hacer tantos viajes como fuera necesario, nadie le iba a ayudar y debía tratar la mercancía con mucho cuidado y no pararse ni entretenerse con nadie.

Rafael escuchó el encargo sin rechistar, como siempre, pero su cara delató que no le gustaba. Realizó la tarea preocupado y asustado, sentía que todo el mundo le miraba como si supieran que hacía algo delictivo. Hizo muchas veces el mismo recorrido, sin embargo, nadie se fijó en él, ni siquiera los criados de palacio le prestaron atención, salvo el que recogía los paquetes. Cuando entregó el último, salió disparado a su casa. Sentía odio. Odio hacia toda la gente con la que se había cruzado y no le habían detenido. Odio hacia los ladrones, por obligarle a cometer un nuevo delito. Odio hacia su familia por no darse cuenta de lo que pasaba. Y odio hacia sí mismo por no saber enfrentarse al Candelas. Harto de vivir con miedo, pensó hacer cualquier locura, se tiraría desde el Viaducto o se ahorcaría en su habitación. Ideas que rechazaba de inmediato, no deseaba morir, solo cambiar de vida. Contuvo sus lágrimas. No se sentía con fuerzas para seguir ayudando a la gentuza que le tenía atrapado. Si toda su existencia iba a ser así, desde luego, prefería morir..., y volvía de nuevo a la idea de cómo huir de su desgraciada situación.

Llegó a su casa muy tarde y cansado, su madre había preguntado por él varias veces y Eulalia había mentido asegurando que estaba con un amigo realizando la tarea escolar. La criada se lo contó al abrirle la puerta, le estaba esperando para que confirmara su engaño. Rafael la miró intrigado. Hacía tiempo que había notado el interés que despertaba en la joven, casi siete años mayor, encubriéndole en todas sus aventuras, dando la cara por él. A veces, la encontraba mirándole fijamente y eso le molestaba, aunque le animaba tener una aliada en casa. La chica continuó amablemente explicando que la cena ya se había retirado, pero le llevaría algo a su habitación. Rafael abrió la puerta de la sala, desde el pasillo dio las buenas noches y se dirigió a su dormitorio, oyó a su madre pedirle que entrara, se excusó, estaba muy cansado y tenía que madrugar. Afortunadamente, su padre aún no había llegado.

¿Hasta cuándo aguantarían su mala educación, sus desplantes y desobediencia? Intuía que la situación podía estallar en cualquier momento y tenía que hacer algo antes de que sucediese.

Estaba casi dormido, cuando oyó que tocaban su puerta con mucha suavidad. Eulalia entró con una bandeja, iba en camisón y llevaba el pelo suelto, la joven resultaba atractiva con tan poca ropa y Rafael sintió su cuerpo estremecerse. La criada dejó la bandeja en la mesilla y se sentó en la cama, empezó a acariciar el pelo del muchacho, hasta que él furioso la dio un manotazo y le dijo: «Déjame, no soy un niño pequeño». Ella le sonrió y en voz muy baja contestó: «Ya lo sé, hace tiempo que me he dado cuenta». Rafa la miró extrañado y la mandó salir de su habitación con malos modos, creyó ver que los ojos de Eulalia se humedecían, pero rechazó la idea.

A la mañana siguiente se fue muy temprano, no deseaba ver a nadie, le daba vergüenza enfrentarse a su familia. Pretendía ir al colegio y antes tendría que pasar por la casa del Candelas para decirle que todo había sido entregado. Después de clase, donde fue castigado por no justificar la falta del día anterior, se acercó a esperar a su hermano, estar con él le producía paz y bienestar.

Rafael había aprendido a esquivar a sus vigilantes, su habilidad para perder de vista a sus espías acrecentaba el odio de estos día a día. El silencioso y sumiso niño había observado a los bandidos con mucha atención durante años, y acabó conociendo muy bien a cada uno, tanto su manera de comportarse como su carácter, lo que le permitía ahora adelantarse a sus acciones. Los delincuentes no sospechaban que la mayoría de las escapadas del chico acababan en la Universidad Central, donde iba a esperar a su hermano. Convencidos de que evitaba a sus parientes, no imaginaban que fuera a reunirse con uno de ellos. Además, perderse en la universitaria y animada calle de San Bernardo era fácil. Estudiantes que iban y venían, mocitas que paseaban para atraer la atención de los muchachos, señores con aspecto serio y grave de profesores a los que los jóvenes saludaban tocándose el sombrero..., en ese ambiente, Rafael se olvidaba del sórdido mundo que frecuentaba a espaldas de su familia.

Hacía tiempo que Matías había dejado de regañarle por su rebeldía, al revés, los días que le encontraba esperándole, le echaba el brazo por el hombro y volvían juntos a casa. Y así ocurrió esa mañana, el hermano mayor se alegró mucho al verle con sus ademanes chulescos, fumando, apoyado en la pared del edificio de enfrente. El pequeño, en cambio, le miró extrañado, salía junto a un chico al que no había visto antes. Su hermano les presentó. Su acompañante se llamaba Domingo, tenía diecinueve años y había llegado de Argentina para formarse en Madrid. Vivía en una pensión cercana a su hogar, en la calle de Fuencarral. Ambos estudiaban Derecho, aunque el argentino era más joven y no estaban en el mismo curso. Se veían habitualmente de camino hacia las clases, tanto a la ida como a la vuelta; un día se saludaron y empezaron a conversar y, desde entonces, se esperaban para ir juntos.

A Rafael también le resultó muy agradable. Su extraña manera de hablar le pareció divertida, no se cansaba de oírle y le hizo todo tipo de preguntas sobre su país; quería que siguiera charlando. El argentino acabó por comentar que, si su patria le interesaba tanto, debía ir a conocerla, «es un lugar excepcional», añadió. Cuando se despidieron, Matías oyó a su hermano decir:

—Si pudiera tener amigos, me gustaría que él fuera uno de ellos.

—Y por qué no puedes tener amigos —preguntó el mayor extrañado.

—Porque tengo muy mal carácter —respondió rápidamente Rafael.

Cómo explicar a su hermano que la banda del Candelas le espiaba y que cualquiera por el que mostrara afecto estaría en peligro.

Matías cambió de conversación asegurando que la familia de Domingo debía de ser muy rica para

mandarle a Madrid. El padre había nacido en un pueblecito de Asturias y se había ido a trabajar a una ciudad llamada Rosario, donde se había casado con la madre del joven. Su hermano explicó que se había fijado en él porque siempre estaba solo y le daba lástima, más aún, cuando supo que no tenía a nadie en la ciudad. Le había presentado a sus amigos y se había convertido en uno de ellos.

Al adolescente, el nuevo compañero de su hermano le resultó muy interesante, y aumentó los encuentros a la salida de clase para hablar con él. Así se enteró de que Argentina era un paraíso donde el que quisiera trabajar podía ganar mucho dinero. El joven extranjero, cuando empezaba a hablar de su país, no paraba y, el otro, se quedaba ensimismado oyéndole.

Durante las fiestas de Navidad, Domingo fue invitado a celebrarlas con la familia Bernal. Matías había contado que no tenía parientes y la madre había sentido lástima del estudiante argentino. No podían dejarle abandonado en una pensión. Rafael aprovechó para seguir preguntándole. Así logró saber cómo había llegado, en qué compañía naviera, dónde había hecho escala el barco. La familia, por el contrario, se deleitaba escuchándole decir que en Argentina estaban en pleno verano y en las Navidades iban a tomar los baños al mar. Todos rieron mucho con ese descubrimiento.

Desde que conoció a Domingo, Rafael soñó con huir, sin duda, la mejor solución para romper con la banda del Candelas. Una mañana en la que evitó a sus vigilantes, se fue a informar sobre las leyes de inmigración argentinas, consultó los costes del pasaje, dónde podía embarcar... Consiguió respuestas a todas sus preguntas, incluso se enteró de que, al ser menor de edad, debía llevar un permiso paterno. Para él, ese era el menor de sus problemas, sabía imitar la firma de su padre perfectamente, lo había hecho tantas veces en el colegio... Obtener el importe del viaje sí que supondría un problema. Disponía de unos ahorros pero no eran suficientes, pedirselo a sus padres resultaba imposible, tendría que dar muchas explicaciones y tampoco estaba seguro de que le dejaran irse.

Dispuesto a lograr ayuda como fuera, habló con Eulalia, últimamente le mostraba mucho cariño. La joven, de inmediato, aceptó, siempre que le explicara para qué quería esa cantidad. Una vez informada de sus intenciones, exigió que la llevara con él. Rafael la miró como si estuviera loca, no entendía que ella deseara irse a un lugar tan lejano, además no quería acompañantes. Su rechazo tuvo malas consecuencias, la chica le negó el dinero. Entonces se le ocurrió recurrir al mismísimo Candelas, sin explicarle para qué lo necesitaba, al fin y al cabo, llevaba años trabajando para ellos y nunca le habían dado nada. Si se ponían pesados, diría que era para jugar. Se arrepintió rápidamente de la idea, sintió que aceptarlo sería convertirse definitivamente en un ladrón.

Después de dar muchas vueltas, decidió hablar con la abuela María. La anciana era fácil de engañar y él estaba acostumbrado a mentir. Le lloraría asegurando que le amenazaban por unas

deudas de juego y, luego, le rogaría que no se lo contara a sus padres, les daba tantos disgustos que podrían enfermar. Su plan resultó perfecto. Lo tenía todo organizado: el pasaporte, el dinero, conocía los horarios del tren y los barcos... Cuando estaba a punto de decidir la fecha para escapar, El Candelas le hizo llamar.

Su mayor temor en esos momentos fue que los delincuentes conocieran o sospecharan sus intenciones. No ignoraba que, para mantenerle atemorizado, le vigilaban con mucha frecuencia. Por eso, había aprendido a eludirlos, incluso él mismo se había convertido en un vigilante. En ocasiones, había acechado a sus espías sin que lo hubieran notado. Estaba muy bien informado de las costumbres de los ladrones, conocía a sus mujeres e hijos. Les había seguido a sus casas, tanto a los que vivían cerca del Rastro como a los que vivían en Las Cambroneras. Jamás le habían descubierto. Por ello, confiaba en que desconocieran los preparativos de su viaje. Creía haber logrado ocultar sus intenciones a todo el mundo, solo Eulalia podía irse de la lengua, pero ella apenas salía de la casa, por tanto no podía haber hablado con la banda.

Preocupado, se presentó en la corrala. Fue recibido por El Puñales y El Rata, sus mayores enemigos, que estuvieron burlándose de él y de su familia mientras llegaba el jefe. El muchacho mantuvo su postura de silencio y desplante que tanto molestaba a los ladrones.

—Veo que tienes amigos entreteniéndote y dando palique. —Fue el saludo de El Candelas.

Rafael no contestó a la pulla. Siguió serio.

—Pues yo te voy a hablar de teatro.

—Sí, El Señorito ha ido muchas veces con su familia. —Rio El Rata.

—¿Has visto *Las Corsarias*? No creo que te dejen entrar *toavía*, pero deberías..., las chicas están imponentes. —Siguió El Candelas sabiendo que el joven no respondería—.

*Tie* lleno diario y nosotros nos vamos a quedar con la recaudación de la semana.

Rafael se tranquilizó, si le hablaban de un nuevo robo era porque desconocían sus intenciones. El jefe explicó que el dueño del teatro dejaba el dinero en una caja fuerte en su despacho, no tenían vigilantes, ni la policía paseaba mucho por la zona, El Puñales asaltaría la taquilla... «*Acompañao* por ti», añadió mirando a los ojos al joven. En efecto, de nuevo presionado por sus hombres, El Candelas había organizado un “trabajito” para implicarle. El muchacho pasó de la tranquilidad a la indignación. Esa obra, el gran éxito del momento, se representaba en el teatro propiedad del padre de un compañero de colegio, Prudencio, su mejor amigo de la infancia, al que en los últimos años había evitado temiendo algo como lo que acababan de decirle. El teatro se encontraba muy cerca de su casa y del colegio, los acomodadores y los taquilleros le conocían.

La idea era repugnante y se lo dijo al cabecilla de la banda, enfrentándose a él como no había hecho nunca, asegurando a gritos que no pensaba participar. Por primera vez, el delincuente se enfadó con él, tanto que afirmó dar una paliza a alguien de su familia para que aprendiera a

obedecer. Rafael dejó de gritar, le miró con la hosquedad a la que le tenía acostumbrado y con el mayor sosiego respondió:

—Si lo haces, te mato, ya no tengo nada que perder, y luego os delataría a todos.

Esperaba que el rufián le pegara o le volviera a amenazar, pero no esperaba su risa desagradable y aguda:

—Lo sabía, sabía que te alzarías contra mí si te obligaba a hacer un trabajo como este. Pero escucha una cosa muchacho, lo vas a hacer —el tono del Candelas había cambiado, ya no era jovial ni risueño, era el de un oficial imponiendo una orden—, y no será por mis amenazas anteriores, será porque si no lo haces no vivirás mucho. Mis hombres empiezan a estar hartos de ti y yo también.

El chico no contestó, le miraba a los ojos con altanería, pero en silencio.

—¿Qué te crees?, ¿que eres una persona *honrá* y que tu familia también? —gritó el criminal furioso—. No, no sois más que otros sinvergüenzas. Vivís como reyes porque tu padre pone la mano extendida por detrás, *toas* las obras que se hacen en la *ciudad* llevan su visto bueno y, a cambio, recibe grandes regalos. Con su sueldo seríais unos muertos de hambre.

—¿Y qué? —contestó Rafael con chulería—. No le quita sus propiedades a nadie, como vosotros, no hace nada ilegal.

—Ya, eso díselo a los que no *puen* pagar a tu padre *pa* conseguir una licencia. No creo que les parezca legal. —Más tranquilo, añadió—, y tampoco creo que te parezca legal que se folle a esa criadita joven que tenéis en casa, no está mal la chica, mejor que tu madre...

—¡Mentiroso, *desgraciao!* —Rafael se abalanzó hacia él, pero El Candelas, más rápido, le paró con las dos manos sujetándole de los brazos.

—Si crees que miento, solo *ties* que seguirles los jueves, cuando ella sale, va a una casa en la calle del Barco, allí se reúne con tu padre hasta la noche. Ve y sabrás que no te miento. —Suavizando el tono y soltando la presión de los brazos, como si fuera su amigo, añadió—. Chico, no creas que somos peores que *tos* esos señoritos tan bien *vestíos* y *arreglaos*, haz el trabajo y empezarás a ganar dinero y podrás vivir como quieras.

—¿Cuánto ganaré?

La pregunta de Rafael dejó desconcertado al Candelas y a sus compinches que escuchaban la bronca sonrientes. El jefe le miró con atención intentando adivinar los pensamientos del muchacho.

—Una cuarta parte de lo que consigáis. —Respondió con preocupación ante la pregunta. Rafael sabía que tenía que convencerle de aceptar la propuesta para ganar tiempo.

—De acuerdo, lo haré, pero solo cuando compruebe que lo que me has contado de mi padre es verdad. Si me estás mintiendo, no volveré a trabajar para vosotros, aunque me mates, pero si es cierto, seré uno de los vuestros.

—¡Así se habla muchacho! —Respondió eufórico El Candelas—. El trabajo se hará el domingo, es el día de mayor recaudación y también estará lo de *toa* la semana. El jueves podrás comprobar por ti mismo que no miento.

A pesar del alegre tono empleado por El Candelas, Rafael sabía que sospechaba de él, le tendría vigilado cada día hasta el domingo, si quería escapar, tendría que hacer algo y pronto.

No se creyó que su padre tuviera una relación con Eulalia y, menos aún, que fuera infiel a su madre. Sin embargo, durante la cena, se fijó en cómo se miraban y en cómo se trataban ambos. No pudo descubrir nada. Y, cuando toda la casa dormía, salió de su habitación, se dirigió a la cocina, a la zona de las criadas, no sintió, ni vio nada que pudiera hacerle sospechar. El Candelas era un mentiroso, bien lo sabía él.

No durmió en toda la noche, se mantuvo despierto, escuchando atentamente cualquier ruido hasta que la chica se levantó, era la primera en hacerlo, la otra sirvienta lo hacía más tarde. Eulalia se encargaba de encender el fogón y preparar los desayunos. La oyó trajinar en la cocina. Un rato más tarde escuchó a su padre, se levantaba temprano y se iba a trabajar antes que el resto de la familia abandonara la cama. Rafael salió al pasillo y se escondió detrás de la puerta del comedor, vio a la criada sirviendo la mesa, aún no se había vestido ni peinado, estaba en camisón como la noche que le llevó la cena a su cuarto, todas las formas de su cuerpo se podían adivinar. Su padre entró por la puerta que daba a la sala familiar, en batín, no se había terminado de vestir. Sonrió a Eulalia y le dio los buenos días mientras le sacudía una palmada en el culo, ella soltó una carcajada. Don Mateo se sentó y la chica le sirvió el café, sentándose a continuación a su lado, y sirviéndose a sí misma otro café. Rafael tuvo que reprimir las ganas de abrir la puerta y gritar: «¡Descarada vete a la cocina!», como hubiera hecho su madre. Siguió observando atraído por el aspecto de la joven. En ese momento, su padre le acarició los pechos, ella le miró con picardía y dijo algo en voz muy baja; entonces él colocó la mano sobre su muslo y subió hacia la ingle, la joven le dio un manotazo cariñoso, el hombre se acercó a la muchacha y la besó en la boca mientras apretaba uno de sus pechos y luego el otro. Al chico, el beso le pareció largo y, a la vez, pensó que su padre se movía con mucha rapidez, acababa de levantarla el camisón y pudo verla el sexo. La visión le causó gran agitación y debió hacer algún ruido, la pareja se volvió hacia el lugar donde permanecía escondido el joven, pero este ya había desaparecido. El temor le había dado tal velocidad que se encontraba en su dormitorio.

Recordó las preguntas que los curas del colegio le hacían al confesarse desde que cumplió doce años: «¿Has tenido pensamientos impuros? ¿Te has hecho tocamientos?». Aunque su respuesta

siempre fue no, tuvo que recurrir a su hermano Matías para que le dijera a qué se referían. Este tampoco se lo aclaró. Su explicación resultó tan extraña que el pequeño llegó a la conclusión de que él no cometía ese pecado ya que todas las mujeres le parecían estúpidas, ¿cómo le iban a atraer?, aunque quería a su madre, a sus abuelas y a las criadas porque le mimaban. El mayor se estuvo riendo mucho tiempo con su comentario.

En realidad, su gran preocupación eran los hombres que le vigilaban, vivía tan atemorizado y tenía tanto que ocultar en las confesiones que nunca se paró a reflexionar sobre el auténtico significado de aquellas preguntas. Acababa de descubrirlo. Había tenido pensamientos impuros y había hecho algo más que tocarse y lo había hecho sin dejar de pensar en Eulalia. De repente, volvió a acordarse del Candelas, no había mentado, eso le enfadó.



## Capítulo V

# 1949

El comisario Esquivel se encontraba con su esposa y sus hijos en casa de unos amigos. Una llamada de teléfono, comunicándole un asesinato en la zona portuaria, le interrumpió la inusual tarde de domingo. No tardó en llegar al lugar del crimen, no estaba lejos. Un policía le dio el alto cerca del puerto, se identificó inmediatamente y el oficial le explicó dónde debía dirigirse. Paró el motor y se bajó del coche. Un hombre vino a su encuentro, se cuadró delante de él. Después de saludarse, Esquivel preguntó: «¿Qué ha pasado». El otro empezó a hablar. Contó que les habían llamado sobre las diecinueve treinta. Dos marineros de un mercante habían visto desde el puente la pelea y cómo unos desconocidos habían matado a un compañero, intentaron ayudar, pero cuando llegaron junto a este era demasiado tarde. Le habían robado todo y habían desaparecido entre las sombras, no podían identificarlos, solo que eran varones, altos y tenían aspecto de marineros, en el puerto esa era la descripción de cualquier persona.

Unos agentes seguían tomando declaración a los testigos, estos conocían a la víctima. Esquivel dijo que leería el informe en la oficina. Ahora quería saber quién era el sujeto. El policía explicó que se llamaba Harald Solberg, noruego, viajaba en un barco de bandera de Panamá, y había subido en Génova como mecánico.

—Pues veamos el cadáver —asintió el comisario.

Ambos hombres se acercaron al cuerpo que permanecía en el suelo tapado con una manta. Un policía destapó el cadáver. Esquivel se agachó a contemplarlo. Era un individuo de unos cuarenta años, fuerte y alto, tumbado en el suelo parecía bastante largo. Cabello rubio, con bigote, mandíbula marcada, las manos cuidadas, a pesar de haber trabajado en el barco, no parecían de obrero. La ropa no tenía etiquetas ni nada que delatara su procedencia. No le habían dejado ninguna identificación, no llevaba reloj, ni anillos o joyas. Le habían disparado un tiro en la sien. «Muerto en el acto», pensó el comisario, había caído hacia un lado, por la posición debía haber estado de rodillas. Tras la inspección, pidió que le hicieran llegar la declaración de los testigos lo antes posible. En ese momento, apareció su ayudante Bustos, le encargó que volviera a preguntar a los dos marineros lo que habían visto, sabía que el suboficial haría preguntas más precisas y se fijaría en detalles que los otros policías no habrían observado. Ordenó que se controlara a todos los barcos que estaban en el puerto, origen de cada uno de ellos, bandera y número de tripulantes,

que se investigara a las tripulaciones y se comprobara dónde estaba cada miembro cuando sucedió el asesinato. Un oficial tomaba nota sin protestar, conocía bien al comisario Esquivel, todo el mundo sabía lo exigente que era. Este pidió a Bustos que, una vez finalizado el interrogatorio, se dirigiera al depósito y buscara cualquier tipo de marca o identificación que pudiera tener el cadáver, sabía que no tenía que decirle nada más, su ayudante miraría incluso debajo del pelo, entre los dedos de los pies, los genitales y hasta dentro de la boca. A continuación se despidió de todos, volvió a su auto, subió en él y se fue a su despacho.

Cuando llegó, apenas encontró gente, un domingo de invierno, ya anochecido, no había mucho jaleo, salvo en la comisaría del puerto, pensó.

Llamaría por teléfono a casa —aunque su esposa probablemente aún no habría llegado—, dejaría recado de que no iría a dormir.

Llamó al Archivo y pidió que le subieran las carpetas con todos los asesinatos sin resolver desde hacía cinco años. Tendría que trabajar toda la noche, sabía lo que buscaba, varones con aspecto nórdico muertos por un tiro en la sien. Recordaba el caso de noviembre del año anterior, aunque también sabía que el informe no reflejaba cómo había fallecido. Tendría que buscar con mucha atención por si había alguno más que no especificara la causa de la muerte. Le trajeron tanta documentación que se arrepintió de haberla solicitado, aquello iba a durar mucho tiempo. Se acordó de los policías que estaban interrogando a las tripulaciones, también les había ordenado un trabajo enorme. Echó de menos a su ayudante, tenía olfato y sabía escudriñar como nadie en los archivos, sonrió pensando en él. Mejor le mandaría a casa cuando llegara, al día siguiente sería bueno tener unos ojos descansados para seguir la búsqueda.

El suboficial no tardó en presentarse. No habían encontrado ninguna marca, habían revisado el cadáver con mucho detenimiento, no había nada característico o llamativo.

—Cree usted que este crimen tiene algo que ver con el del año pasado, ¿verdad, señor?

—Preguntó Bustos.

—Así es. Y estoy convencido de que usted piensa igual que yo. —Respondió el comisario con seguridad.

—No tengo la más mínima duda. La misma herida, ninguna identificación, pienso si el muerto anterior no sería también extranjero y acabara de llegar, como el de hoy.

El comisario le explicó lo que estaba haciendo y su ayudante se ofreció a colaborar. Esquivel le rogó que se fuera a casa, le quería en plena forma por la mañana para, así, tomarse él un descanso.

—Tengo la impresión de que también nos van a quitar este caso. No sé quién, ni cuándo, pero algo me dice que se lo van a dar a otro equipo, como el año pasado. Tenemos muy poco tiempo para investigar antes de que eso suceda, así que debemos hacerlo por separado, cuando uno trabaje, el otro debe descansar, ¿me entiende?

—Sí señor. Le escribo el informe con la declaración de los testigos y me voy.

—De acuerdo, lo firmaré cuando lo acabe.

Bustos salió y se le oyó teclear en la máquina de escribir, al cabo de un rato, volvió con unos documentos en la mano. Se los entregó al comisario. Este miró por encima el texto, comprobó que todo estaba correcto, confiaba plenamente en el suboficial sabía que era muy concienzudo en su trabajo, firmó el original y las copias, se quedó con una para leerla más tranquilamente, colocó el resto en la bandeja de salida, se lo enviaría a su jefe por la mañana.

—Si prefiere —se ofreció el ayudante— lo dejo yo ahora, antes de irme, para que lo entreguen a primera hora.

—Se lo agradezco, Bustos —respondió Esquivel.

—De nada, señor.

El ayudante se fue con los documentos, puso las copias en un archivador y tomó el original de su mesa. Luego se marchó.

Por la mañana, el comisario estaba agotado, había pasado la noche bebiendo mate y leyendo informes, le escocían los ojos, había apartado tres. Los tres correspondían a asesinatos de varones sin identificar, a todos les habían marcado como vagabundos, sin embargo, no mostraban ni falta de higiene ni enfermedades..., para ser vagabundos, resultaba extraño. Y lo más llamativo, dos habían muerto por un disparo en la sien. El tercero, ocurrido el año anterior, se había archivado como asesinato sin explicar la manera. El comisario la conocía, en el informe que guardaba en su cajón lo decía muy claro, causa de la muerte: disparo en la sien mientras la víctima estaba arrodillada.

El primer crimen había ocurrido en 1947, el cadáver fue encontrado en los aseos de caballeros de la estación de trenes de Retiro. El segundo y el tercero, en 1948. Uno, en la calle Canning, cerca de la Comisaría 25, probablemente los policías se acordarían, pensó mientras lo leía. El otro, en las cercanías de la misma estación, dato que él sabía bien. Imaginó que los dos individuos asesinados en la estación podían haber estado allí para tomar algún tren, pero adónde.

Entre los dos primeros informes y el tercero había otras diferencias además de la causa de la muerte. No se había archivado ninguna foto de la última víctima —él tenía una porque Bustos se la había quedado—. Y ese caso estaba cerrado, no pasaba así con los dos crímenes anteriores. Alguien había trabajado con mucho descuido, se dijo el comisario, si querían ocultar esos asesinatos, no lo habían hecho bien.

Dejó las carpetas y decidió descansar. Ya apenas era capaz de seguir mirando fichas, estaba seguro de que no encontraría nada más, el agotamiento se lo impediría. Llevaba nueve horas con ese trabajo. Eran casi las seis de la mañana, dormiría un poco y luego se pondría con la declaración de los testigos, Bustos llegaría en dos horas y quería comentarlo.

Tras el breve descanso, se dispuso a leer la documentación que había dejado su ayudante. Un

ejercicio de pulcritud.

Harald Solberg había subido al barco en Génova, como auxiliar mecánico, aunque nunca había bajado a máquinas. Apenas se había relacionado con sus compañeros y había salido muy poco de su camarote, entre los marineros corrió la voz de que estaba enfermo. La tripulación procedía de distintos lugares de Europa, incluso había otros marineros de nacionalidad noruega en el barco, Solberg habló con ellos en alemán porque no recordaba el noruego, les había contado que había dejado su país siendo un niño. El barco, de bandera panameña, pertenecía a una compañía cuyo principal accionista era un griego con nacionalidad también argentina. Desde su salida de Italia, habían hecho escala en diferentes localidades de Sudamérica: La Habana, Río, Montevideo, en ninguna de ellas Solberg había bajado a tierra. Ni siquiera en Buenos Aires lo hizo con el resto de sus compañeros; esperó a que todos se fueran y a que hubiera anochecido para despedirse del capitán. Según este no había recibido ningún salario, de hecho se había ofrecido a ayudar en máquinas a cambio de su pasaje, porque no disponía de dinero para pagarlo.

Dos marineros estaban en el puente haciendo guardia cuando salió, se despidió de ellos dejando el petate en el suelo para darles la mano, por lo visto este era muy pesado. Los compañeros permanecieron apoyados en la borda, a pesar del frío, fumando un cigarrillo y viéndole marchar. No había caminado más de cien metros cuando observaron que dos hombres se le acercaban, no sabrían decir de dónde habían salido, era como si hubieran estado escondidos entre las sombras, los tres se pararon y estuvieron hablando unos segundos. Se fijaron que Solberg estaba muy quieto, entonces uno le golpeó y le hizo arrodillarse, ahí es cuando los testigos gritaron desde el puente, en ese momento vieron brillar algo y, de inmediato, oyeron el disparo, el noruego cayó al suelo. Los dos marineros bajaron del barco a la carrera, gritando y pidiendo socorro, no pensaron que también les podían disparar, porque los asesinos echaron a correr en dirección contraria. Antes de huir, les dio tiempo a registrar al cadáver y a llevarse todo lo que tenía, también su petate, incluso a patear e insultar a la víctima. Uno de los testigos aseguró oír a uno de los criminales gritar cerdo en alemán. Quisieron perseguirles, pero habían desaparecido al llegar junto al noruego, puede que un auto estuviera esperándoles aunque no oyeron ningún motor, y no encontraron a nadie. Llamaron a la policía tras comprobar que su compañero estaba muerto.

Describieron a los asesinos como dos hombres altos y fuertes, de cualquier edad entre los 20 y los 40 años, vestidos como el resto de los marineros: gorra, chaquetón y pantalón oscuro. Aseguraron que al menos uno habló en alemán y que podían ser europeos. Pero no vieron nada destacado que pudiera identificarles.

Acabó de leer el informe y se hizo otro mate para no dormirse, en ese instante, llegó el suboficial Bustos. Venía de la comisaría del puerto, varios policías habían pasado la noche tomando declaración a las tripulaciones de los cinco barcos atracados en las cercanías. Un barco de pesca japonés, un vapor argentino, un carguero británico, y un petrolero ruso, además del panameño

donde había llegado el fallecido.

—Por ahora no hay nada que nos ayude en la investigación. Nadie vio el altercado salvo los dos testigos. Se han comprobado las declaraciones de todos, no hay sospechosos; la mayoría de los tripulantes se encontraban en los burdeles de la zona. Faltan aún varios japoneses por declarar y también algunos británicos. —Aseguró el ayudante.

—De acuerdo, pues que sigan con los interrogatorios. Mientras tanto, Bustos, usted va a revisar estas carpetas, empiece de atrás hacia delante. Son archivos con crímenes sin resolver. Yo he encontrado tres casos que coinciden con la manera de actuar de los asesinos y el tipo de víctima elegida, el del pasado noviembre y dos más. Cuando acabe con esto, ambos revisaremos las declaraciones de las tripulaciones de los barcos cercanos, por si hubiera algo interesante que se nos haya escapado.

El comisario se presentó en su casa agotado. La esposa le quiso contar cómo habían pasado la tarde del domingo después de que él se hubiera ido, sus amigos habían estado semanas atrás en La Habana y les mostraron unas fotografías preciosas. Esquivel no estuvo muy atento, desayunó algo y se acostó, a la una quería estar en pie, lavado y vestido para comer con ella y sus hijos antes de volver al despacho.

A las dos estaba de vuelta, no molestó a Bustos, que seguía buscando en los archivos y, cuando acabara, tenía que leer las declaraciones de los interrogatorios. Decidió acercarse a la estación de Retiro, comentó a su ayudante que empezaría a buscar datos sobre los asesinatos cometidos allí. Habló con los mozos, identificándose y enseñando las fotos de las víctimas, luego siguió con el personal de los ferrocarriles. No tuvo ningún éxito, los empleados le recordaron que cambiaban los turnos por la noche y por la mañana, si quería preguntar a todos, tendría que volver al día siguiente. Siguió con los empleados de las tiendas y confiterías, también sin éxito. Permaneció hasta el cambio de turno. Ya entrada la noche se fue a casa.

Al día siguiente, antes de salir, llamó al suboficial y le explicó donde se encontraría toda la mañana. Volvió a Retiro y siguió la misma rutina del día anterior. De nuevo fracasó, nadie reconocía a los hombres de las fotos. De pronto, un vigilante ya mayor para realizar su trabajo se le acercó y le preguntó que si los de las fotos eran los mismos que habían aparecido muertos en la estación, Esquivel, ilusionado, dijo que sí.

—Pues haber empezado por ahí, hombre, todos conocemos los casos. Nunca había habido ningún asesinato aquí y en dos años, dos muertos, todavía nos preguntamos cuándo nos tocará el próximo.

El comisario le miró extrañado, ¿esperaban otro asesinato?

—No, no. Hacemos la broma porque ya es casualidad. Nadie conocía a los fallecidos y muy pocos les vieron, el que apareció aquí en la estación, solo fue identificado por un

compañero, uno que trabaja en la boletería. Los demás ni nos fijamos en él. El otro se encontraba enfrente de la estación, le habían matado por la noche. Le descubrieron unos chicos que estaban jugando. Al que mataron aquí, estaba en los baños de hombre con un disparo, pero nadie lo oyó, no me extraña con tanto ruido, es imposible escuchar nada.

—Y sabe usted cómo se llama su compañero, el que le identificó y dónde puedo encontrarle.

—Está en su casa, resfriado ¿sabe? Y va a faltar unos días. Este invierno fue muy frío.

El comisario le dio su tarjeta y le dijo que si recordaba algo más le llamara. A continuación se dirigió a la oficina de personal y preguntó por el encargado, quería entrevistarse con el trabajador que había hablado con el individuo asesinado en los aseos. Dejó su tarjeta para que, cuando se incorporara al trabajo, le llamara y fuera a verle a su despacho.

Al salir se encontró de nuevo con el vigilante, se había acordado de que una de las chicas del café había hablado con el extranjero.

—¿El que mataron aquí? —Preguntó extrañado de que le llamara extranjero.

—No, el que encontraron fuera.

—¿Está seguro? No hay ningún informe de que alguien le reconociera.

—Es que ella no le conocía —contestó el otro pensando que para ser policía, no era muy espabilado—, simplemente le atendió en el café.

—Y, sabe dónde la podría encontrar.

—En su trabajo.

—Disculpe, he enseñado la foto en todas partes y nadie ha reconocido a ninguno.

—Porque ella viene más tarde. Pregunte allí —con el dedo señaló a un café— y se lo dirán. Se llama Magdalena.

—Muchas gracias.

El comisario esperó la llegada de Magdalena con un café. No solía tomar muchos, porque prefería el mate. Tardó casi una hora, ya estaba dispuesto a irse cuando un camarero le llamó y le señaló a la chica que entraba. Se dirigió a ella:

—¿Magdalena?

—¿Quién lo pregunta? —Respondió la chica intranquila.

Esquivel le extendió su tarjeta a la vez que le daba su nombre y cargo, lo hacía siempre, por experiencia sabía que muchas de las personas que miraban la tarjeta con atención no habían aprendido a leer.

—Perdone que la moleste estoy investigando unos asesinatos ocurridos aquí el año pasado y el anterior. Me han dicho que usted habló con uno de estos hombres. —Y le mostró dos fotos.

—Sí, con este —respondió Magdalena tocando una de las fotos.

—¿Y de que hablaron?

—De nada —dijo la chica impertinente—. Me pidió una cerveza, se la serví, le di la nota, me pagó y se fue.

—Sí, ya me imagino, pero puede decirme si iba con alguien, si llevaba equipaje, si dijo dónde iba.

—No, no hablaba nuestro idioma, solo pidió una cerveza y preguntó cuánto era, lo escribí en una nota porque no me entendía.

—Y sabe qué idioma hablaba.

—No, ni idea, aunque tenía el mismo acento que esos de Entre Ríos.

—¿Alemán?

—Sí, alemán o sueco o lo que sea.

—Llevaba equipaje.

—Creo que no. Recuerdo que me fijé en un maletín de mano, no parecía pesar mucho y resultaba muy elegante.

La chica no pudo darle más información. Se acercó a la oficina. Si Bustos tenía algo que contarle, sería más fácil en su despacho. Comentó a su ayudante lo que acababa de descubrir. La víctima de noviembre, además de llevar un traje con etiqueta de Hamburg, hablaba alemán, igual que Solberg, por tanto, podían venir de Alemania. Debían seguir esa pista. El suboficial, a su vez, le informó que solo había encontrado los mismos casos que él. Devolvería todas las carpetas al Archivo, pero antes haría copia de los informes y duplicados de las fotografías de los cadáveres. También estaba haciendo copia de todo lo relacionado con Harald Solberg, por si les quitaban la investigación. Propuso a su jefe no dejar esa información en la oficina, era mejor que cada uno la guardara en algún lugar seguro. El comisario pensó que su ayudante exageraba su cautela, pero aceptó la propuesta.

Esquivel se acercó a la Comisaría 25. Los policías que habían llevado el caso se acordaban del cadáver, se lo encontraron en Gorriti, casi en la esquina con Canning, en un solar. Le habían dado un tiro en la sien durante la noche, parecía un ajusticiamiento. El tipo no se había defendido, bien porque no vio llegar a su asesino o bien porque le habían acorralado varios. Le robaron todo, documentación y posibles pertenencias. Nadie había visto ni oído nada. No encontraron ninguna identificación y la ropa no tenía ninguna etiqueta. Pensaron que era militar por el corte de pelo, bien afeitado, y de aspecto cuidado, alto y de cabellos castaño claro, ojos también claros. No sabrían decir si era argentino o extranjero, pero, en el segundo caso, sería alguien procedente del norte de Europa. Su apariencia no era la de un indigente aunque lo pusiera el informe. Fue toda la información que obtuvo de los agentes.

Se acercó a la comisaría cercana a Retiro. Los policías encargados de la investigación tampoco le

dieron muchos datos. Hacía ya dos años del crimen ocurrido en los baños de la estación. El fallecido tenía pinta de europeo del norte, fuerte, alto y sin ninguna marca de un trabajo físico, aunque por su complexión podría haber sido militar. Le habían robado todo. La ropa y la limpieza demostraba que era una persona acomodada, aunque al no encontrar ningún documento ni tampoco pertenencias, quizás fuera lo que les había hecho pensar en Jefatura que fuera un indigente.

—¿En Jefatura? —preguntó el comisario.

—Sí, ellos se hicieron cargo del caso, casi inmediatamente y terminaron de redactar el informe. Ni siquiera lo firmó nuestro jefe —respondió uno de los agentes.

Esquivel se despidió dando las gracias. Y regresó de nuevo a la 25. Aún estaban los policías con los que había hablado. Les preguntó quién había redactado el informe. Uno de ellos se acordaba. De Jefatura habían enviado a una persona a preguntarles, ellos solo habían dado los datos, no lo habían escrito.

A las nueve, llegaba al despacho. Bustos le comunicó que no había encontrado nada relevante en los interrogatorios de los marineros.

—No tenemos mucho hasta ahora, señor comisario.

—Yo sí tengo algo, Bustos. Desde Jefatura de Policía se han encargado de los tres asesinatos que hemos encontrado en los Archivos, por eso ninguno llegó a Investigaciones. Ellos se ocupan.

El comisario le contó lo que habían dicho los policías de ambas comisarías con todo lujo de detalle.

—No sé si están investigando estos crímenes —añadió—, sin que el resto lo sepamos, o bien los están archivando, justo por eso, porque no quieren que los conozcamos. ¿Qué piensa usted?

—Quizás estén llevando la investigación en secreto... —respondió el suboficial.

—Pues respetaremos su silencio... Y no les preguntaremos. Mientras tanto, hagamos nuestro trabajo lo mejor posible. Aunque no puedo dejar de preguntarme por qué Jefatura lleva esto en secreto. Supongo que, en cualquier momento, se harán cargo también del caso Solberg.

—De acuerdo, señor —respondió Bustos sin dar importancia a los comentarios de su jefe y pasando directamente al caso—. Pensemos, entonces, sobre los datos de los que disponemos. La víctima del año pasado hablaba alemán, o algo parecido, y llevaba un traje con etiqueta de Hamburg, por lo que podemos pensar que era extranjero y recién llegado, ya que la camarera aseguró que no sabía hablar español y le tuvo que escribir el precio. Solberg también era un extranjero con un idioma muy diferente al nuestro, según sus compañeros solo hablaba alemán. Por otro lado, los asesinos les robaron todo; ellos, indefensos, no opusieron resistencia, entonces ¿por qué matarles también? Por supuesto,



para no dejar testigos, aunque además puede ser que lo hicieran para que no reclamasen lo robado. Sin embargo, sabemos que Solberg no llevaba dinero, y también se llevaron todas sus pertenencias, por lo tanto es otra cosa lo que buscan... Qué hubiera reclamado Solberg y qué tienen todas las víctimas que pueda interesar a unos ladrones, si no es dinero.

—¡Los documentos de identificación, claro!

—Ya sabemos, entonces lo que buscan los asesinos: los documentos de extranjeros que llegan al país. Extranjeros solitarios, sin familia que les reclame.

—Solo una cosa, Bustos, no conocemos cuánto tiempo llevaban aquí las víctimas, pero Harald Solberg acababa de llegar. No tenía visado...

—Pero tenía su pasaporte en regla y todos sus documentos, tan valiosos para conseguir el visado como el propio visado. Después de la guerra llegaron muchos europeos a nuestro país, seguro que muchos no pudieron quedarse. Aunque, si se tiene dinero para comprar unos documentos...

—Disculpe, una pregunta, ¿piensa usted que alguien de la policía puede estar ayudando a unos asesinos para cobrar coimas, de ahí el secreto de las investigaciones?

—Es una posibilidad, señor. También pueden estar llevando una investigación en secreto para no alarmar a la gente, ya que el asesinato de inmigrantes daría muy mala prensa al país.

—Esa opción, usted, no termina de creérsela... ni yo. Si fuera así, los casos no estarían archivados, seguirían abiertos aunque solo lo conocieran los policías que lo llevaran. — El comisario calló un momento antes de añadir—. ¿Qué obliga a ocultar esta investigación?

Esquivel había hecho una pregunta retórica, sabía la respuesta, pero necesitaba oírse a otra persona.

—Señor, los nuevos mandos no han acabado con la corrupción, simplemente ahora los policías corruptos se están haciendo peronistas. Debemos andar con cuidado, no sabemos quién es de confianza y quién no. Lo sé por experiencia. Usted conoce mi expediente. A lo largo de mi vida laboral he denunciado a varios superiores. Al primero, fue hace casi diez años. Cobraba una coima del dueño de un burdel que esclavizaba mujeres. Ni siquiera fue a la cárcel. A mí me cambiaron de destino y él es capitán. Podría seguir, les he visto llevarse dinero de las apuestas y, cuando me negaba a aceptar mi parte, me mandaban a otro lugar. Soy el único suboficial que no ha permanecido siempre en el mismo destino. Y cuando quise presentarme a las pruebas de oficial, me dijeron que ya era mayor y no me aceptaron. Conozco los informes que usted ha enviado al jefe regional para mi promoción y también sé que siempre han echado para atrás su

solicitud. Tengo motivos para no fiarme de algunos cargos, solo confío en usted y no me gustaría que le pasara lo que a mí. Mejor, vayamos con cuidado, busquemos a los asesinos y las pruebas que les puedan implicar; mientras tanto, no digamos nada de lo que sospechamos. Por supuesto, solo si usted, también piensa así, señor.

Por unos instantes el ayudante había parecido el jefe y el comisario, su subordinado. Bustos, consciente de esa circunstancia, había cambiado su discurso y había vuelto a demostrar respeto a su superior, sabía que este solo necesitaba oír lo que ya había decidido.

—Sí. Seguiremos nuestra investigación como hasta ahora, sin hacer preguntas en Jefatura. Usted va ir a la Dirección Nacional de Migración, busque en las fechas cercanas a los crímenes a ver si podemos descubrir quiénes eran las víctimas. Pero no se haga notar ni dé explicaciones. Si le piden alguna autorización, abandone. Ninguno de nuestros compañeros debe saber lo que hacemos, no les demos tiempo a borrar pistas, por si su sospecha es real. Mientras tanto, yo llamaré a la policía de Entre Ríos, tengo un buen amigo en Paraná, le preguntaré por las personas desaparecidas en la zona, a ver si hubiera alguna coincidencia con las víctimas. Debemos seguir cualquier indicio.

—Señor, ¿y hasta dónde tendría que retroceder en el archivo de inmigración para encontrarlos?

—Retroceda hasta encontrarlos, ¡en algún sitio tienen que estar!

Hablar con la policía de Entre Ríos fue muy fácil. No tenían desaparecidos con las descripciones dadas. Esquivel envió las fotografías a su amigo, pidiéndole total discreción. Explicó que sus jefes no debían saber que mandaba información confidencial a otra provincia. Su compañero le entendió y se encargó de todo. No tardó mucho en responder. No los conocían. Le aconsejaba ponerse en contacto con la policía de Córdoba, después de la guerra, muchos alemanes se habían afincado en esa región. El comisario contestó afirmativamente como si él también lo supiera y se despidió efusiva y amablemente, evitando dar respuesta a las preguntas incómodas de su compañero.

Estaban como el primer día, llevaban cuatro asesinatos entre manos de los que apenas tenían información. Bustos no había conseguido acceder al archivo de inmigración, le habían pedido autorización de Jefatura y no la tenían. No sabían por tanto quiénes eran las víctimas ni de dónde habían llegado. ¿Y si las dos primeras eran argentinas? Entonces sus conclusiones estarían equivocadas. No solo mataban a extranjeros.

Preocupado por no adelantar nada y por tanto fracaso, intranquilo porque en cualquier momento le llamase su superior para quitarle el caso y reconocer que, en cinco días, no había descubierto nada, le había puesto de muy mal humor. Esquivel decidió tomarse un descanso e ir a casa. Su mujer sabía entretenerle cuando estaba deprimido, y además siempre le proporcionaba algún dato

curioso sobre los lugares que investigaba. Le preguntaría a ella sobre los alemanes en Córdoba, estaba seguro de que, aunque no supiera nada, como era habitual, le contaría chismes sobre personas desconocidas para él que le divertirían y le levantarían el ánimo.

La Negra, como él la llamaba cariñosamente, le estaba esperando feliz porque apenas le había visto durante la semana. Le notó cansado y malhumorado, así que decidió contarle un chimento que le había ocurrido a la amiga con la que habían pasado el domingo. Todos los de la reunión se habían reído mucho, esperaba también hacer reír a su marido. Esquivel no la prestaba atención, le gustaba oír su voz porque le relajaba. Ella sin, al parecer, darse cuenta de que no la escuchaba, seguía insistente mientras le servía la comida.

—La dijeron que iba a ver a una gran cantante, una de las mejores cantantes del mundo, había triunfado en Nueva York y en toda Sudamérica y se encontraba de gira en La Habana, habían sacado entradas para su espectáculo. Entonces ella preguntó cómo se llamaba esa artista tan famosa, sus anfitriones respondieron: «Concha Piquer, aunque todos la llaman Conchita». Fijate, Conchita —rio a carcajadas, su marido la miró extrañada, ella siguió risueña—, nuestra amiga preguntó varias veces si de verdad tenía ese nombre. Incluso dice que se ruborizó cuando insistieron en decirlo. Sus anfitriones, también españoles como su esposo, no paraban de nombrarla y ella cada vez se ponía más colorada. ¿Te imaginás? Hasta que no pudo más y estalló: «¿Cómo puede tener alguien de nombre artístico el de sus genitales?».

—¿De qué hablás? —Preguntó el esposo sobresaltado con su risa.

—No me escuchás —respondió ella molesta—, te hablaba de lo que se contó en la reunión del domingo pasado, les sucedió a nuestros amigos en La Habana.

—¿Cuándo estuvieron en La Habana? —interrogó despistadamente el comisario.

—Parecés zonzo. Hoy no estás acá conmigo, no sé qué te pasa, no me hacés caso a nada de lo que digo, así que me callo para que oigás mejor tus pensamientos. —aseguró enfadada la esposa.

—Perdoná, tenés razón, me interesa lo que estás contando. ¿Cuándo estuvieron en La Habana?

—Volvieron hace dos semanas, ¿de verdad no te acordás? Por ese motivo nos juntamos todos, acababan de llegar, habían ido a despedir a unos amigos que viajaban a España —sin esperar respuesta, añadió—. Pero la anécdota era de hace más de un año, estuvieron en La Habana de vacaciones, en enero o febrero, no sé las fechas exactas.

—Sí, sí, ya me acuerdo. ¿Qué decís que les había pasado en La Habana? —preguntó dulcemente el marido instándola a seguir.

—Nada —sonrió de nuevo la esposa—. Al final, le explicaron a nuestra amiga que, en España, Concha y Conchita no significa lo mismo que acá. Allá es el diminutivo de un

nombre, de Concepción, no sabés lo que nos reímos con esa historia... —miró a su marido y añadió—. Pero ya veo que a vos no te hace gracia.

—Sí, claro que me hace gracia. Simplemente estoy preocupado por el trabajo — añadió el esposo.

—¿Querés contármelo?

—No puedo, lo sabés. Sin embargo, hay una cosa que me da vueltas y, a lo mejor podés ayudarme.

—Lo intentaré.

—Si vos fueses un alemán que al acabar la guerra hubiera decidido dejar su patria y venir a vivir a Argentina, por qué elegirías Córdoba para establecerte.

—Imagino que porque alguien me habría hablado de la provincia.

—Sí, yo también había pensado lo mismo, pero qué hay en ese lugar para que pueda interesar a los alemanes que dejan Europa.

Ella se quedó pensativa, no se le ocurría nada. No había viajado mucho por el país, ni por ninguna parte. Pensó que podría preguntar a sus amigos, desde hacía tiempo se dedicaban a hacer turismo por la nación y toda Sudamérica. No le diría nada al Gordo, como le gustaba llamarle, sabía que le enfadaba que hablara sobre las cosas que le preocupaban cuando estaba en medio de una investigación. Ni tampoco a sus amigos les contaría por qué se interesaba por esa región. Simplemente preguntaría qué había que ver en Córdoba y qué era lo que más les había gustado.

El comisario Esquivel seguía intentando encontrar alguna pista hacia donde encaminar la investigación. Daba continuamente vuelta a los datos que tenía. El robo parecía ser el motivo de los asesinatos, sin embargo, Harald Solberg no tenía dinero, había que suponerlo, ya que había pagado su viaje trabajando —aunque, según sus compañeros, no había salido mucho del camarote—. Quizás, su precaria economía había sido el motivo del enfado de los asesinos, que le insultaron y patearon después de muerto. Pero por qué matarle si le habían quitado todo y le habían registrado. Había, al menos, dos criminales, que, además de robar, mataban a sus víctimas sin motivo aparente, ya que ninguna había ofrecido resistencia. Les quitaban la documentación y hasta ahora había sido casi imposible identificar a los muertos, salvo al último. Si hubieran esperado un día más, cuando el barco se hubiera ido, nadie hubiera podido reconocerle. Bustos sostenía que lo hacían por los documentos, ciertamente cada vez llegaban más refugiados de Europa y muchas solicitudes de estadía eran rechazadas. Desde luego, ese podría ser un móvil. Los cuatro muertos parecían ser extranjeros, aunque sobre los dos primeros no tenían ningún indicio que lo confirmara. ¿Había sido casualidad o los habían elegido con esas características? Ese pensamiento le recordó lo que diría su ayudante: «Cuatro casualidades son demasiadas». Había que pensar entonces que los habían elegido y, por tanto, tenían que haberles seguido. Pero

Solberg acababa de bajar del barco, no podían conocerle ni les había dado tiempo a seguirle y averiguar quién era. Cada vez se complicaba todo más. Y luego estaba la participación de Jefatura archivando los casos. ¿Sabían ellos quiénes eran los asesinos? Y si era así, quiénes eran esos «ellos», ¿los mismos policías, el Gobierno? ¿Habrían dado con algún caso de corrupción política o policial? Bustos estaba convencido de ello desde el principio, por eso le había costado aceptar cerrar el caso noviembre. ¿En qué se estaban metiendo?

## Capítulo VI

1955

Rafael Bernal no imaginó que buscar una novia joven a su edad, más de cincuenta años, le resultara tan difícil. Tardó diez meses en ponerse a ello, a pesar de cómo había presumido ante sus parientes el día del entierro de Rachel. Las hermanas, indignadas, habían contado en su círculo de amistades que el viudo no respetaba el luto y estaba pensando en casarse. Al contrario de lo que supusieron, todas las solteras de su entorno, y también las que habían enviudado, intentaron lograr ser las elegidas, hasta el punto de que Rafael, asustado, y quizás viendo que eran demasiado mayores para sus fines, abandonó la búsqueda, probablemente también abatido por la tristeza.

Con la llegada de la primavera, renovó sus deseos de tener una nueva esposa y decidió tomar la iniciativa, buscó entre las hijas de sus amigos y conocidos. Fue rechazado todas las veces. Las jovencitas se burlaban de sus pretensiones y las más educadas le recordaban que podía ser su padre.

Meses después se quejaba a su abogado, Antonio Fernández, del fracaso. Este comenzó a explicarle cómo lograr éxito en la empresa:

—Te estás equivocando de clase social —le dijo con rotundidad y seguridad—. Tú mismo lo estás diciendo, las solteras y viudas que se te insinúan no van a poder ayudarte en tus intenciones de ser padre. Y a las que te insinúan tú, son demasiado jóvenes, quieren un hombre con menos años, por supuesto, si es rico, mejor. Tú resultas un anciano para ellas. Tienes que buscar una mujer de alrededor de los treinta, aunque te parezca mayor para ser madre, y tan pobre que tu posición social le resulte un gran aliciente.

—Siempre has sido un cínico y siempre lo serás. —Contestó Rafael sonriendo.

—¿Porque digo la verdad? No. Tú sabes como yo que no es cinismo, es una realidad. Si quieres tener un hijo vas a tener que darte prisa, el tiempo también pasa para ti —añadió sonriendo— y el dinero no siempre lo puede todo. Aprovecha ahora que aún resultas interesante a alguna mujer pobre, te aconsejo que busques entre estas y, si su familia era roja y lo perdieron todo, todavía tendrás más oportunidades.

—Tu sentido de la realidad —contestó Rafael con ironía— a veces me da escalofríos, Antonio.

Ambos estaban sentados en el despacho del abogado, situado en la céntrica Carrera de San Jerónimo, a través de los grandes ventanales se podía ver el ir y venir de los transeúntes. En el famoso local de enfrente, adinerados hombres y mujeres tomaban el tradicional y sabroso consomé que, a esas horas, apetecía mucho, el otoño había empezado con unas temperaturas extremadamente frías. Ellos mantenían su conversación observando la calle y fumando cigarrillos extranjeros que Rafael sostenía en una elegante y cara boquilla años treinta, regalo de Rachel. Parecían dos buenos amigos, sin embargo, aunque conocían su vida, se ocultaban pensamientos y guardaban secretos que jamás se confesarían el uno al otro. En realidad y, a pesar de la familiaridad existente, eran dos desconocidos que se vigilaban.

Después de la conversación, el viudo había aceptado la idea, para cualquier mujer necesitada sería lo que se llamaba «un buen partido». Pero dónde debía buscar. Antonio de nuevo le solucionó el problema. Una de las secretarías del despacho le había hablado de una cafetería en la Gran Vía donde solían acercarse jóvenes trabajadoras y de economía precaria al acabar su jornada, iban al local con la intención de que algún caballero las invitara a un chocolate con churros. Era la manera que tenían ciertas chicas de quitarse el hambre y así dejar su cena a otros miembros de la familia. Los caballeros, a cambio de ese chocolate con churros, podían cogerlas de la mano y, en ocasiones, acompañarlas a sus casas, pero nada más, la secretaria insistió que eran «mujeres decentes». El abogado se ofreció a acompañarle y ambos decidieron ir una tarde.

La cafetería, instalada en los bajos de uno de los imponentes edificios de la rebautizada avenida de José Antonio —a la que los madrileños aún seguían llamando Gran Vía—, se encontraba en un amplio local también años treinta. Aunque bien conservada, ya iba necesitando ciertas reparaciones y reformas —probablemente el dueño no pudiera realizarlos, como le pasaba a la mayoría de propietarios—. Situada en un esquinazo, tenía muchas ventanas a la calle, bajo estas, bancos tapizados en piel verde y, delante, veladores e incómodas sillas de madera, que no eran muy utilizadas por los clientes. Enormes lámparas de cristal iluminaban el lugar. La barra ocupaba el centro de la cafetería, alrededor, altos taburetes, también de cuero verde, sirvieron a los dos amigos para sentarse y, desde allí, observar a las señoritas que se encontraban en el interior.

—Tenía razón tu secretaria —empezó la conversación Rafael—. Fíjate en la barra: todos somos hombres de mediana edad, vestidos con trajes confeccionados por un sastre. En cambio, la mayoría de las mesas están ocupadas por chicas jóvenes cuya vestimenta denota que les va a resultar difícil pagar una consumición aquí.

—Bueno, todas no —rio Antonio—. Alguna va muy bien vestida, quizá hasta pase frío vestida así en esta época del año. —Sentenció mirando descaradamente hacia una esquina.

La mirada de Rafael siguió a la de Antonio. En una de las mesas junto a la puerta, una señorita fumaba dando caladas pausadas, sin apartar la mirada de los hombres sentados en la barra. Su

ajustado vestido de seda, su gran escote, su excesivo maquillaje y sus labios pintados de rojo llamativo confirmaban la profesión a la que se dedicaba.

—¿No dijo tu secretaria que aquí solo encontraríamos chicas decentes? — preguntó Rafael preocupado.

—Estamos en la Gran Vía —rio Antonio—. Aquí siempre han existido esas mujeres y siempre existirán, solo si diera un escándalo o intentara hacer negocio, verías como la echaban inmediatamente. De la misma manera que alguien ya habrá pagado su consumición y será el que la siga cuando se vaya. Pero todo se hace con discreción... Se nota que no te relacionas con ellas —añadió pícaramente.

Rafael no contestó, nunca le había gustado hablar de sus relaciones con las mujeres y no iba a cambiar ahora porque el abogado, al que tampoco consideraba un amigo íntimo, le quisiera tirar de la lengua. Se hizo el distraído y continuó mirando a las jóvenes que, sentadas en su mayoría de dos en dos, hablaban animadamente entre ellas. Se fijó en una que estaba en uno de los bancos, se encontraba sola, parecía nerviosa y perdida. Era delgada, no muy alta y tampoco muy guapa, tenía cara de buena persona y facciones agradables. Lo llamativo y el motivo que le hacía mirarla fijamente era la inseguridad que transmitía, le recordaba a un gatito tembloroso, aparentaba no poder pagar y se notaba su miedo. Rápidamente, llamó al camarero y le pidió la cuenta, dejando una buena propina. Antonio le miró con atención y le dijo:

—No imaginaba que tuvieras tanta prisa, aún no hemos pedido nuestra consumición y ya quieres entablar conversación con una de ellas que, por cierto —la miró descaradamente—, no es la más guapa de la cafetería... Realmente debo ayudarte —afirmó jocosamente.

En ese momento, otra mujer, alta, morena y bastante más atractiva se sentó a su lado, había atravesado todo el local procedente de los servicios y los hombres de la barra, salvo Rafael y Antonio embebidos en su conversación, habían seguido con la mirada sus andares rotundos y seguros. El camarero se acercó y, por los gestos, y la señal que hizo hacia Rafael, comprendieron que les estaba explicando que él había pagado la cuenta. La tímida hizo alguna pregunta a la que el camarero respondió con gestos afirmativos. La guapa se echó a reír y, al oído de la otra, dijo algo que hizo enrojecer a la más bajita. Antonio y Rafael contemplaban la escena desde su privilegiado lugar. El abogado se volvió a su cliente y con tono de admiración aseguró:

—¡Qué astuto! Siempre al lado de una chica fea hay una guapa a la que no le gustan que le hagan sombra. Qué bien te sabes los trucos. Y yo que creía que ibas a necesitar mi ayuda, que no serías capaz de encontrar esposa. ¡Chico, me das mil vueltas! —Volvió a reír.

Las jóvenes se levantaron para irse. Rafael pidió dos coñacs al camarero, sacó su pitillera de plata y ofreció un cigarrillo a su acompañante, pero no las dirigió la mirada, al contrario que Antonio que las siguió hasta que salieron.



—¿Sabes que la morena es un pedazo de mujer? No es una jovencita, desde luego, es toda una mujer. —Sentenció el abogado.

Permanecieron en la cafetería un buen rato hablando de banalidades, Rafael no quiso invitar ni conocer a ninguna de aquellas chicas que, en efecto, parecían buscar compañía económica con desesperación.

Cuando se despidieron, Antonio le preguntó si quería repetir la experiencia otro día. Algunas tardes, al salir del despacho podía acompañarle. Rafael le agradeció su ofrecimiento, no se sentía predispuesto a encontrar esposa de esa manera.

Sin embargo, al cabo de dos días se presentó en la cafetería, un poquito antes que la vez anterior. Allí estaban las dos mujeres. De nuevo aprovechó el momento en el que la más guapa se dirigió al cuarto de baño, para invitarlas. Tampoco se acercó a ellas esa tarde.

Repitió la operación en varias ocasiones, hasta que una tarde, la bajita, inducida por la morena, se dirigió a él. Le dio las gracias por las repetidas invitaciones y se presentó, se llamaba Isabel García y su compañera Teresa Loma, le contó que eran costureras, trabajaban en el taller de una conocida camisería de la zona y le preguntó si quería acompañarlas. Rafael aceptó, se sentó con ellas en la mesa y estuvieron charlando, aunque en realidad fueron las chicas las que hablaron, él se limitaba a escuchar y sonreír. Llegó el momento de la despedida, Rafael se ofreció a acompañarlas, ambas vivían en la misma pensión, situada al final de la calle Alonso Cano, casi el extrarradio, en la zona solo había conventos y casitas bajas y viejas que estaban siendo demolidas para construir edificios más altos y modernos. Las chicas aceptaron el ofrecimiento y él paró un taxi, ambas se echaron a reír, nunca habían llegado en taxi y estaban deseando ver las caras de las vecinas.

Rafael se citó con Isabel y Teresa en repetidas ocasiones, y acabó por acostumbrarse a su compañía. La mirada de ellas sobre el mundo era tan ingenua e infantil que le estaban rejuveneciendo. Las recogía a la salida del trabajo y las invitaba a cenar. No habían vuelto a la cafetería. También las invitó al cine, ambas admitieron disfrutar enormemente con ese espectáculo.

Un día se atrevió y le dijo a Teresa que deseaba hablar a solas con ella. Isabel hacía tiempo que se había dado cuenta que prefería a su amiga, y así lo había contado en el taller, donde todas hacían bromas con Rafael y Tere. A esta parecía no molestarla, pero tampoco le interesaba mucho un hombre mayor, probablemente veinte años más que ella.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que me gustas. —Comenzó Rafael la conversación.

Teresa no dijo nada, esperaba a ver por dónde salía el viejo, así le llamaba a sus espaldas. Si pensaba que, porque tenía dinero, podía proponerle algo indecente, estaba muy equivocado. No iba a dejar que un anciano la retirara como a una puta por muy rico que fuera. Se lo había

asegurado a sus compañeras y todas la habían felicitado por su decisión.

—Quiero tener hijos. —Añadió él, esperando la reacción de la joven.

—¿No tiene mucha edad para eso? —Bromeó ella.

—Sí, pero era la ilusión de mi mujer y también la mía. Poder ser padres, y ahora que ella ya no está a mi lado, voy a hacer realidad su deseo.

Tere pareció molesta con el comentario, por qué le hablaba de su mujer si quería conquistarla a ella, sintió rabia contra esa señora a la que no había conocido.

—Pues a mí me parece muy bien —contestó con chulería aparentando no interesarle el tema—. Está usted en su perfecto derecho de hacer lo que quiera.

Rafael se percató del tono de la joven y añadió inmediatamente:

—Por supuesto, antes tengo que casarme.

—Por supuesto —respondió otra vez Teresa con ironía—. Tiene que hacer las cosas bien y por su orden.

—No me llames de usted —rogó Rafael—. Imagino que sospechas que la mujer elegida eres tú.

Teresa calló, iba a contestar rápidamente, aunque algo la hizo contenerse. Caminaban juntos en dirección a la pensión. Él respetó su silencio, no quería presionarla y tampoco quería escuchar un no.

—¿Puedo ser sincera contigo? —Le preguntó tuteándole por primera vez.

—Claro que sí.

—¿Y no te enfadarás con lo que te diga?

—Espero que no —sonrió Rafael para suavizar el momento.

—Yo no te quiero. —Afirmó con seguridad.

—Lo sé.

—Y tampoco creo que pueda quererte. Eres demasiado... mayor para mí. Cuando me case, quiero hacerlo con un hombre más cercano a mi edad.

—Con la misma sinceridad, si me permites, te voy a responder. No te van a llegar muchas proposiciones de boda y lo sabes. Seguro que soy tu única oportunidad. ¿Qué tienes?, ¿veintiocho o veintinueve años? Y, ya que no eres viuda, ¿cómo no estás casada? Siendo como eres bastante guapa, ¿qué ha pasado para que nadie haya querido casarse contigo? No, no tienes que responder. Pero verás que ser mayor no significa ser imbécil. Si me he acercado a ti era porque sospechaba tu situación.

Teresa estaba sorprendida, le gustaba ese hombre duro y seguro que acababa de aparecer, tan diferente del viejo complaciente que había sido hasta hacía poco, pero también le molestaba, y mucho, que él diera por sentado que conocía su vida. Con todo el casticismo del que hacía gala continuamente y la arrogancia de su carácter, le contestó:

—No me he casado porque no he querido y porque todos los que me lo han pedido han tenido grandes defectos: eran feos, pobres o... viejos. — Hizo mucho hincapié en la última palabra y con tanta chulería que, aunque seguía caminando a su lado, parecía que hubiera parado y hubiera puesto sus brazos en jarras.

—¿A quién quieres engañar, Teresa? A mí, desde luego no, una chica que rechaza tantas propuestas no iría a la cafetería donde te conocí a dejar que cualquier hombre la invitara a merendar. Ni tú ni Isabelita sois vírgenes. Ambas tenéis experiencia con los hombres, ¿cómo lo llamáis?, ¿mercancía usada?

Teresa se volvió furiosa y le dio una bofetada. Rafael no tuvo tiempo de sujetar su mano. Se quedó parado, quizá su respuesta había sido demasiado cruel, solo porque ella le hubiera llamado viejo, no tenía que haberla insultado así. Avergonzado, dijo:

—Lo siento de veras, no quería ofenderte. Simplemente explicaba el motivo por el que debes pensar mi proposición. También quería que supieras que a mí no me importan tus relaciones anteriores, no voy a preguntarte nada sobre tus experiencias, si ha habido otros, no me importa.

—Pues me has ofendido.

—Te vuelvo a pedir disculpas.

Teresa se alejó en silencio. Rafael la siguió y se puso de nuevo a su lado, ambos caminaban sin decir nada. De pronto, ella se paró y le miró a los ojos:

—¿Serías capaz de casarte con alguien que no te quiere y que ha estado enamorada de otro hombre?

—Sí.

—Nunca podré quererte, siempre recordaré a... al otro. ¿Por qué habría de casarme entonces?

—Por dinero. —Contestó rotundamente Rafael—. Yo no te pido amor. También yo he estado enamorado y sé lo que es amar a otra persona. Pero a cambio vas a tener una vida acomodada y no te va a faltar de nada.

La joven volvió a callar, parecía estar ausente y Rafael respetó su silencio. Casi la había perdido cuando le había confesado que imaginaba su pasado. ¡Qué ingenua resultaba! ¿De verdad podía pensar que la podían confundir con una joven inocente e inexperta? Sin embargo a él eso no le importaba. También tenía un pasado y con su edad tampoco podía permitirse ser muy exigente. Además, Teresa le gustaba, era guapa y con atractivas curvas que hacían pensar que tendría hijos sanos. Habían llegado caminando hasta Santa Engracia y no quería seguir presionándola. Debía dejar que lo pensara.

—¿Quieres que pare un taxi? —Preguntó.

—No, prefiero ir andando. —Respondió ella, que seguía ensimismada en sus

pensamientos. Al cabo de un rato añadió— Y me gustaría hacerlo sola.

Rafael extendió la mano para despedirse, ella pareció no verla, le miró a los ojos y dijo:

—Treinta, voy a cumplir treinta años en diciembre. También soy ya mayor para tener mi primer hijo, aunque me gustaría mucho ser madre. Siempre he pensado que si no lo fuera me estaría perdiendo algo muy bonito. Sin embargo, no quiero tener a mis hijos con un padre anciano.

Y tras esa declaración se volvió en dirección a su casa. Rafael se quedó atónito con la mano extendida, mirándola.

—¿Le has dicho eso? —Preguntó Isabel sorprendida.

Teresa acababa de llegar a la pensión y había informado a Isabel de la conversación mantenida con Rafael.

—¿Pero cómo se te ocurre? ¿Y si se enfada y busca otra esposa? ¿Te das cuenta? No sabemos dónde vive, no puedes ir a buscarle. ¡No te entiendo, Tere, no te entiendo!

—Me ha insultado y varias veces —respondió muy enfadada—. ¿Cómo se atreve a decir que no soy virgen?

—¡Pero si es verdad!

—¿Y qué? No tiene por qué decirlo. Por cierto que también lo dijo de ti.

—¡Y tampoco se equivoca! Es lógico que lo sospeche. Cualquiera de los que van a la cafetería sabe que todas nosotras somos chicas desesperadas buscando un marido como sea. Nunca hemos visto hombres jóvenes acompañar a ninguna de las que vamos por allí. Por algo será ¿no? Y tú que consigues un buen partido, vas y lo rechazas. No sé qué te ha podido pasar, Tere. No lo sé.

—¿Te parece poco? Además de eso, va y me habla de su mujer, que también había conocido el amor con ella. Pues que se vaya a la tumba a buscarla.

—¡Mira que eres bruta!, cuando te pones así, no hay quien te pare.

—¡A mucha honra, soy de Lavapiés y de mí no se ríe nadie!

—¡Qué más te da que te hable de ella!

—¿Cómo se atreve? Si quiere casarse conmigo tiene que olvidarse de todas las demás, yo no soy de las que comparten nada.

—¡Si está muerta! ¿Qué vas a compartir?

—¡Su memoria! Delante de mí que no la nombre.

—Cualquiera diría que estás celosa.

—¿Celosa? Rabia es lo que tengo. ¡Nombrar a esa cursi cuando me pide en matrimonio...!

—Cómo puedes llamarla cursi si no sabemos ni su nombre.

—Da igual, seguro que era cursi, como él.

—Mira, chica, no hay manera de entrar en razones contigo. Pero sigo pensando que te has equivocado.

Sin dejar que la otra respondiera, salió de la habitación enfadada.

Durante una semana las jóvenes esperaron que Rafael fuese a buscarlas al trabajo. Todas sus compañeras, enteradas por Isabel de lo que había pasado, también permanecían expectantes. Al cabo de ese tiempo decidieron volver a la cafetería a tomar algo. Allí le encontraron. Sentado en la barra, parecía absorto en su cigarrillo y su coñac. Cuando Teresa se dirigió hacia el tocador, Rafael aprovechó para pagar la consumición de ambas. El camarero se acercó a Isabel para decírselo y esta se levantó y se dirigió hacia él. Una vez a su lado, le explicó que su amiga a veces era muy brusca, «e impertinente» añadió el hombre, ambos sonrieron. Isabel aseguró que, a pesar de ello, Teresa, tenía buen corazón, la vida la había tratado muy mal, por eso tenía esos arranques; cuando se le pasaban, era todo bondad y siempre estaba dispuesta a ayudar a la gente, aunque le costaba mucho mostrar sus sentimientos. Rafael le agradeció sus comentarios, pensaba que Teresa le despreciaba y no quería saber nada de él. La chica, antes de volver a su asiento, le suplicó: «Inténtelo de nuevo y haga ver que ella le gusta. Si siente que la necesitan, se entrega de corazón». Él le dio las gracias y, mientras regresaba a su sitio, pagó la cuenta y se marchó.

Teresa preguntó a su amiga:

—¿Has hablado con él?

—No.

—No mientas, te he visto al salir del baño que venías de la barra.

—Ya, pero antes de llegar, ha pagado y se ha ido.

—¡Qué grosero! —Protestó.

Al día siguiente, Rafael estaba en la puerta del trabajo; las primeras que salieron, entraron de nuevo corriendo para avisar a su compañera de que el «pretendiente» había vuelto. Isabel y ella aparecieron del brazo, Rafael se les acercó y preguntó si podía acompañarlas a merendar, ambas aceptaron. La reunión fue tranquila, solo hablaron de trivialidades. Al final, las invitó a comer en Segovia el domingo. Se mostraron encantadas accediendo de inmediato.

La excursión resultó muy divertida, tomaron cochinitillo. Vieron algunos monumentos y siguieron atentamente las explicaciones de los guías que Rafael contrató. Ambas olvidaron por unas horas su triste vida, y se sintieron como dos actrices americanas sentadas en el Mercedes propiedad de su anfitrión. A la vuelta, él les sugirió que podían repetir la cita el sábado siguiente, las invitaría a cenar y luego a bailar a una sala de fiestas, las dos gritaron: «¡Al *Pasapoga!*!». «Pues al *Pasapoga*», confirmó Rafael.

El sábado, al llegar a la pensión, Isabel estaba esperándole para excusarse, había olvidado que tenía una cita previa con unas amigas y no podía anularla, tendría que ir solo con Teresa. Rafael comprendió la maniobra de la joven y pensó que, probablemente, fuera una esposa mucho más cariñosa y dócil que su elegida, pero no podía evitar la atracción hacia la guapa. Además de su salvaje belleza, sus rotundas formas le hacían pensar que tendría hijos muy sanos y hermosos, mientras que Isabel, tan pequeña y frágil, no parecía tener la posibilidad de ser madre.

Teresa había elegido un vestido que denotaba su procedencia social, con una tela barata, un corte deficiente y una costura sencilla, incluso, se lo habría hecho ella, pensó su acompañante. Con seguridad los camareros del *Palace*, donde la llevaba a cenar, también lo pensarían. Y los del *Pasapoga*, donde acabarían la velada. Si lo notaron y la miraron lastimosamente, ella no lo apreció o no quiso apreciarlo. Disfrutó muchísimo de entrar en lugares que nunca se hubiera permitido. Rafael quería impresionarla y lo había logrado. La chica pensó que si la vida a su lado iba a ser así, no debía rechazar la oferta de matrimonio.

Repetieron la cita varios sábados seguidos, restaurantes elegantes, salas de fiestas y bares donde solo entraban gente de dinero y en los que Teresa, a pesar de sus sencillos vestidos, nunca se sintió fuera de lugar. Entre semana, el viudo fue a buscarlas a la salida del trabajo y las invitó en varias ocasiones al teatro y a las revistas de moda. Teresa se integraba cada vez más en un mundo de lujo que solo había visto en el cine.

Estaban a mediados de enero, llevaban varios meses saliendo juntos, una tarde, cuando la acompañaba en su coche a casa, Rafael se atrevió a comentar:

—Te lo voy a preguntar de nuevo, y si me vuelves a decir que no, no volveré a molestarte. Desapareceré de tu vida. —Calló unos segundos para tomar fuerzas—. ¿Quieres casarte conmigo y ser la madre de mis hijos?

—Siento mucho cómo me enfadé. —Respondió Teresa muy tranquila y en un tono en el que parecía disculparse—. Pero si me insultan, me defiende haciendo todo el daño que puedo y, aquel día, me sentí insultada, aunque ya he comprendido que esa no era tu intención y que pretendías todo lo contrario, dejar claro que no te importaba mi pasado. Isabelita me lo ha explicado y quiero agradecerte que no me preguntes. Yo tampoco te preguntaré a ti. No quiero saber nada de las mujeres con las que has estado —El tono había cambiado, ya no era de perdón, era arrogante—. Si nunca las mencionas delante de mí y no te preocupa que no te quiera, acepto tu proposición.

—Eres increíble —rio Rafael.

Fue un primer beso tímido, distante, a ninguno de los dos le gustó. Él había imaginado que besarla sería agradable, pero la rigidez y frialdad de la joven le resultó demasiado incómoda, separaron sus bocas sin intención de volver a repetir por el momento.

—Tenemos mucho que preparar, quisiera que la boda fuera pronto. ¿Te parece bien? —

Preguntó.

—Como quieras, al fin y al cabo, el que tiene prisa eres tú. —Le contestó la costurera con su acostumbrada soberbia.

Siempre metiendo el dedo en la llaga, pensó él. Teresa podía ser muy desagradable y, a pesar de su atractivo físico, ese aspecto de su carácter le resultaba molesto, aunque, sin embargo, le atraía su sinceridad. Le gustaba mucho su espontaneidad y franqueza, en cierta manera, le recordaba a una antigua amiga, Colette, a la que frecuentó antes de conocer a Rachel. Totalmente diferente a las mujeres de su entorno, sin falsa modestia ni cursilerías románticas, creía que, cuando ella le tratara más, cambiaría. Estaba convencido de que, si Teresa empezaba a vivir con mayor comodidad y dejaba de sufrir privaciones, sería de otra manera, lo había comprobado en las citas que habían tenido. Probablemente tenía razón Isabel, la vida había sido demasiado cruel con ella. Cuando abandonaba la dureza que la caracterizaba, era divertida y muy simpática.

## Capítulo VII

1922

Los jueves Eulalia tenía las tardes libres. Desde hacía varios años, desaparecía a la misma hora. Ese jueves también fue así. Se despidió de la señora, instalada en la sala familiar con sus hijos. Esta le recomendó tener cuidado con los hombres, la chica enrojeció y Rafael sintió rabia. Sonó la puerta al cerrarse, la madre aseguró que la criada debía tener un novio, los días de salida mostraba mucha prisa y siempre iba «muy compuesta». «En cualquier momento nos deja», afirmó. El pequeño no llegó a escucharla. De pronto, recordó que no había apuntado bien unos deberes, iría a casa de Prudencio a pedírselos. Doña Amelia y Matías le miraron preocupados. «Vuelve antes de que llegue tu padre para cenar», le rogó la mujer, angustiada ante la idea de que pudiera hacer alguna de sus trastadas. «No tema, estaré aquí». Y salió rápidamente.

Observó a Eulalia subir hacia la calle de Fuencarral, esta callejeó hasta la calle del Barco, se dirigió con mucha seguridad a un portal y entró. El chico se ocultó, pretendía que su padre no le descubriera al llegar. Sabía que don Mateo y Eulalia tenían un lío, lo había comprobado; pero, si no les encontraba juntos en ese lugar, podría llamar mentiroso al Candelas y ganar tiempo para su huida. Esperó una hora, el señor Bernal no apareció. Feliz, Rafael se disponía a marcharse cuando se le acercó un muchacho un poco mayor que él y con aspecto de vivir en la calle. «El viejo ya está dentro, dijo, ven a las ocho si quieres verles salir». No tenía escapatoria, había sido avisado y tendría que volver. Hizo tiempo paseando por el barrio. Al regresar, se encontró al mismo muchacho que comentó: «Llegas tarde, pero hoy ellos también *s'han retrasao*». Y se echó a reír. Sintió ganas de pegarle, se contuvo, su padre estaba en la puerta del edificio, se escondió para que no le descubriera. No habían pasado ni cinco minutos, cuando apareció Eulalia. Corrió para llegar a casa antes que ellos.

Durante la cena se mostró esquivo y huraño. Por la noche no podía dormir. Sus pensamientos iban de don Mateo y Eulalia al Candelas. Hacia las doce se levantó y se acercó en silencio a la habitación de la criada, permaneció un rato parado, escuchando, igual que las noches anteriores. No sabía por qué estaba ahí, ni qué esperaba que ocurriera. De repente, se abrió la puerta y apareció ella. Le agarró de la mano y le metió en el dormitorio cerrando la puerta de inmediato. En voz muy baja, dijo:

—Es la tercera noche que estás detrás de mi puerta, qué quieres.



La chica resultaba muy atractiva tan ligera de ropa, Rafael no supo qué responder.

—No lo sé. — Acertó a hablar.

—Pues yo sí que lo sé. Últimamente me miras de otra manera. —Sonrió con picardía.

—No sé a qué te refieres. —Titubeó el joven.

—Ven. —Contestó Eulalia con mucha dulzura.

Le cogió del brazo suavemente y le hizo sentarse con ella en la cama. Luego puso su mano sobre el sexo de él.

—A esto me refiero.

Rafael sintió vergüenza, apartando la mano, afirmó:

—Lo siento.

Eulalia rio sin apenas hacer ruido:

—No, no lo sientas, me gusta que un chico con tu experiencia y mundo se fije en mí.

—¿Experiencia? —Rafael pensaba que no había oído bien—. Nunca he estado con una mujer —musitó con vergüenza.

Eulalia se movió nerviosa, mirándole con incredulidad, preguntó:

—¿Es eso verdad? Todos en casa pensamos que eres tan rebelde porque te relacionas con individuos... malas y por eso habías *cambiao*. Tus padres están *convencíos*, incluso, de que tienes una amante mayor que tú que te da dinero. —Se puso la ropa de cama en la boca para ahogar las carcajadas que apenas le habían dejado acabar la frase, mientras él la miraba extrañado y confuso—. ¿Dónde vas cuando desapareces y por qué te quieres ir a Argentina? —quiso saber la chica después de sofocar su risa.

Rafael se asustó, en efecto Eulalia conocía sus intenciones, ¡qué error tan grande había cometido al decírselo! Si se lo contaba a alguien, seguro que se enteraría El Candelas y toda la banda. Temeroso la abrazó sin saber qué responder. De pronto se oyó a sí mismo decir:

—Te quiero —susurró—. Pero tú quieres a mi padre. ¡Sí, lo sé todo! Necesito irme muy lejos para dejar de sufrir al verte con él. —Lo soltó tan rápido que hasta él mismo parecía convencido.

—¿Eras tú el que estaba detrás de la puerta del comedor la otra mañana? —Inquirió ella sin esperar respuesta—. Me lo había *imaginao*. Pero estás *equivocao*. No quiero a tu padre, ni siquiera me gusta.

—Entonces ¿por qué estás con él?

—Me hace regalos y me paga muy bien. —Reconoció en voz muy baja. Avergonzada intentó justificarse—. No pienses mal —explicó deseando que el chico no la tomara por una prostituta—, ha sido el único hombre con el que he *estao*. Conozco más chicas como yo que se acuestan con los amos y cuentan cosas... ¡Si las oyeras!, yo soy la única que solo ha *estao* con un hombre y se ríen de mí por eso. Ni siquiera me gusta hacerlo con él,

no puede...

—No me expliques nada —interrumpió Rafael en un tono desagradable—. No quiero saber lo que hacéis.

—Poco, siempre está *cansao* y no me satisface. Tú, sin experiencia, seguro que lo harías mejor...

Rafael no la dejó acabar. La tocó el pecho como había visto hacer a su padre mientras la besaba en los labios. Ella calló, dispuesta a enseñarle. Su precipitado beso y sus apretados tocamientos demostraban que decía la verdad, no tenía experiencia. Acabaron dormidos, agotados y satisfechos. El muchacho aprendía rápido.

Por la mañana temprano, Eulalia le despertó, tenía que encender la cocina y poner el desayuno al señor, se había vestido con su uniforme. Rafael se fue a su dormitorio sonriendo, iba a servirle como una criada y no como una amante.

Regresó a la habitación de la joven a la noche siguiente, esta le declaró su amor y él le propuso huir juntos. «¿Adónde, a Argentina?», preguntó ella. «No», respondió, «no tenemos dinero para eso, pero podíamos ir a Barcelona, es una ciudad grande y nadie nos conoce, además, estamos muy cerca de Francia. Realmente ahí es donde me gustaría ir..., no deseaba darte pistas, para que no se lo dijeras a mi padre». Eulalia le abrazó con cariño por la confianza que le demostraba. Volvieron a disfrutar del recién adquirido conocimiento sexual del chico, al amanecer se citaron de nuevo para la noche siguiente.

El sábado, durante la cena, Rafael notó que don Mateo le observaba con desconfianza y atención mientras Eulalia servía la comida, los jóvenes apenas se miraron. El adolescente estaba deseando que la familia se acostara y así poder meterse en la habitación de la criada. Sobre las doce, todo estaba en silencio, momento que aprovechó para salir de puntillas. La muchacha le estaba esperando desnuda, sin cruzar palabras, se besaron tan apasionadamente como en las ocasiones anteriores. Se quedaron dormidos cuando salía el sol.

Los domingos, la criada podía levantarse más tarde porque la familia desayunaba a las diez. De repente, entre sueños, oyeron ruidos extraños y la puerta del dormitorio se abrió con brusquedad, allí estaba el padre gritando y diciendo a la madre. «¿Lo ves? Te lo había dicho, es un sinvergüenza un degenerado, ¡esto ya no se lo puedo permitir!». Los jóvenes solo acertaron a taparse mientras observaban a doña Amelia mirarles con desconcierto y asombro y, a don Mateo, muy enfadado. Matías, detrás, sonreía con preocupación y Filo, la cocinera, se santiguaba a la vez que impedía a las niñas acercarse.

Tras los gritos y confusión, Rafael fue encerrado en su cuarto, su madre le visitó y le preguntó cómo había pasado una cosa así, desde cuándo y por qué. Después entró el hermano, le contó que los padres discutían continuamente sin llegar a entenderse. Don Mateo quería echar al hijo de

casa, afirmaba que su acción era incalificable, no debían permitirle dicho comportamiento. Doña Amelia, en cambio, aseguraba que «una cosa así pasa en muchas familias y no se escandaliza tanto, se despide a la criada y se acabó el problema». Además, añadió que estaba claro, Eulalia había pervertido al hijo, un niño menor que ella. «Seis años», recordó el padre y la mujer insistió en que siete.

El matrimonio discutía sin llegar a ningún acuerdo sobre cómo castigarles o qué hacer. Por la tarde decidieron hablar con el párroco de San Antón, también profesor en el colegio de Rafael. Antes de llamarle, don Mateo quiso tener una conversación con el joven. El chico descubrió a un hombre enamorado, triste, aunque también furioso por el engaño. Sintió el sufrimiento de su padre causado por la infidelidad de dos personas a las que quería tanto. El señor Bernal deseaba comprender. Primero se mostró amable, poco a poco se fue enfureciendo hasta que no pudo más y gritó:

—Si no fueras mi hijo te daría una paliza aquí mismo y te destrozaría esa cara de santurrón que tienes. Y si no fueras hijo de tu madre, te diría lo malnacido que eres. La has forzado, ¿verdad? ¡Sinvergüenza!

El chico le miró con valentía.

—¿Cómo supo que estábamos juntos? ¿Quién se lo ha dicho? ¿El mismo que me avisó a mí de sus citas de los jueves? ¿Qué diría mi madre si supiera lo suyo? ¡Quizás ya no le parecería tan mal lo que he hecho yo!

Don Mateo le miró asustado, ¿quién era ese joven tan engreído y brutal?

—¿Me estás amenazando? —preguntó con irritación—. Porque si es así, te echo ahora mismo de mi casa y no dejo que vuelvas nunca más.

—¡Hágalo y me la llevo conmigo, después de contarle a mi madre que su marido ha hecho lo mismo que yo!

—¡No! ¡Tú no te irás con ella a ninguna parte, no la volverás a ver y tampoco vas a salir de este dormitorio hasta que yo quiera!

Rafael no contestó, conocía a su padre, cuando se enfadaba, todos callaban para que se calmara, él le estaba provocando adrede, le necesitaba resentido. Don Mateo, asustado ante la idea de que desapareciera con su amante, le retendría en casa. Era lo que deseaba, ganar tiempo, esa noche no podría acompañar a la banda del Candelas a robar el teatro. No lo demostró, pero se sintió alegre, su plan estaba funcionando. Con un poco de suerte, retrasarían el golpe, el padre de su amigo Prudencio no sufriría un robo y él podría escapar.

Filo le llevó algo de comer a instancias de la madre, también le contó que los señores seguían peleando, no decidían a quién castigar y cómo. Esperaban la presencia del párroco para que les ayudara. Eulalia también permanecía encerrada en su cuarto. Doña Amelia quería echarla pero don Mateo no lo había permitido. Rafael rogó a Filo que le llevara una nota a la chica. La

cocinera, preocupada por los jóvenes, aceptó.

El adolescente imaginaba que la mujer ya habría contado lo sucedido a la señora Encarna, la portera, y esta, a todo el barrio. Seguramente los que le vigilaban también lo sabían. En cualquier caso, Rafael había escrito dos notas. En la de Eulalia le rogaba que le perdonara por no haber sabido defenderla, le decía que seguramente su padre la llevaría algún sitio desconocido para que él no la encontrara, debía intentar escapar y lograr llegar a Barcelona, una vez allí, le rogaba que mandara su dirección a Filo, así podría ir a su encuentro cuando todo se tranquilizara. Por último, le pedía que rompiera la misiva, nadie debía conocer sus intenciones. La otra nota estaba destinada al Candelas.

La habitación de Rafael daba a un patio interior, si quería ponerse en contacto con sus vigilantes, debía salir a algún balcón exterior sin que los habitantes de la casa le descubrieran. Aunque le habían encerrado, hacía tiempo que tenía copias de las llaves y podía abrir cualquier puerta. Sus padres se encontraban en la sala principal esperando al párroco y sus hermanos, en la familiar, él pasó al comedor y se asomó a la calle, vio un niño apostado en el edificio de enfrente mirando hacia el piso. Rafael le hizo señas y tiró un papel. El pequeño lo cogió y echó a correr. Pronto lo estaría leyendo el jefe de los bandidos. El chico contaba lo sucedido, explicaba cómo le retenían y aseguraba que, si intentaba escapar, su padre llamaría a la policía, no podía arriesgarse. Acababa afirmando no haber contado nada del atraco y proponía aplazarlo hasta el día en que le permitieran salir.

Don Basilio, su profesor y párroco de San Antón, apareció al atardecer. Enterado del suceso, quiso hablar con la pareja. Su conclusión fue rápida, Rafael parecía muy arrepentido. Sin duda, la muchacha le había incitado al pecado, era experta en esas lides, por lo visto también mantenía relaciones con un hombre casado. Doña Amelia se santiguó, cómo no se había dado cuenta, ya sospechaba algo cuando la veía salir los jueves tan arreglada, pero pensaba que sería un novio formal, explicó al sacerdote. Don Mateo no comentó nada, permaneció mirando hacia la calle. El sacerdote propuso echar a la criada inmediatamente, pero el señor Bernal se opuso, dónde iba a ir una tarde de domingo de invierno, cómo encontrar alojamiento u otra casa donde trabajar. Su esposa respondió que ella jamás daría buenos informes de una chica así y exigió que se la despidiera ya. El esposo, más conciliador desde la llegada de don Basilio, se ofreció a llevarla a un lugar donde la dieran asilo —no podían dejarla desamparada, afirmó—, pero también exigiría que la impidieran verse con Rafael, se ocuparía personalmente de ello. El cura le felicitó por su bondad y la esposa aceptó. Cuanto antes se fuera «esa pécora», antes descansaría la familia, fue su respuesta.

Era ya de noche, cuando Don Mateo y Eulalia, que transportaba todas sus pertenencias, se marcharon. El adolescente regresó al balcón del comedor sin que nadie le perturbara. Les vio abandonar el portal y también vio cómo les seguía un muchacho. Al llegar a la plaza, otro hombre

se unió al seguimiento. Al llegar a la calle Alcalá, su padre tomaría un coche, estaba seguro, y los hombres tendrían que buscarse la vida para perseguirles. También estaba seguro de que todavía habría alguien vigilando la casa.

Rafael se metió en su habitación y cerró con llave, desde allí empezó a llamar a gritos a su madre, esta llegó de inmediato. Le suplicó que le dejara hablar con Matías, doña Amelia, enternecida, le permitió salir sin sospechar que él lo hacía cuando quería. Una vez que estuvieron solos ambos hermanos, el pequeño rogó al mayor que fuera a visitar a la abuela María. Seguramente se enteraría de lo que había pasado, deseaba que alguien de la familia se lo contara antes y pidiera disculpas en su nombre. Le había escrito una carta en la que le explicaba todo, era muy urgente que la leyera. El universitario quiso saber por qué, el muchacho llorando aseguró que su abuela merecía tener noticias suyas directamente de él. La petición le dio tanta pena que Matías accedió, aunque no entendía la necesidad de explicarse con la anciana.

De nuevo desde el balcón, Rafael vio a un tercer hombre seguir al joven que, abrigado y con sombrero, podría confundirse con él mismo. ¿Habría alguno más? Ya era muy tarde. Tenía que darse prisa y arriesgarse. Se despidió de su madre. Le dijo que quería descansar, se encontraba deshecho, Amelia lo entendió. El hijo le recordó que cerrara con llave la habitación para que el padre, a su regreso, no se enfadara más. La madre le abrazó y murmuró:

—¿Qué vamos a hacer contigo, hijo mío? ¿Qué vamos a hacer? Me gustaría que volvieras a comportarte como cuando eras niño. —Se echó a llorar.

Él la devolvió el abrazo con mucho cariño y le pidió que le perdonara.

Poco después, se hizo el silencio en la casa, la mujeres se habían retirado a sus habitaciones. Rafael aprovechó ese momento para salir. Esperó en el portal para deslizarse a la calle hasta que oyó gritar a lo lejos: «¡Serenol!». Solo llevaba un maletín con sus cosas más necesarias y un par de mudas.

Se dio prisa, el tren hacia Vigo partía en hora y media, antes debía asegurarse de no tener ningún vigilante. Subió por la calle Augusto Figueroa, salió a la Red de San Luis. Las obras del ensanche al que los madrileños llamaban Gran Vía le permitiría esconderse con más facilidad. No vio a nadie. De vez en cuando, se paraba para escuchar. No oyó nada. Rafael sabía que los niños que utilizaba El Candelas y sus secuaces eran como fantasmas, si se lo proponían, no se les sentía ni se les veía. Caminó por las calles más estrechas y los lugares más recónditos, se ocultó en portales, en ningún momento descubrió a nadie siguiéndole.

Llegó a la estación del Norte con el tiempo justo, era el último obstáculo que debía superar. En el lugar siempre había descuidados y todos conocían al Candelas. Uno de la banda, El Rata, presumía que en las estaciones de trenes se conseguían «las mejores ganancias», la gente iba con prisa y eso les volvía más «panolis». Muy mala suerte tendría si le encontraba ahí, pero también lo había previsto. Llevaba una gorra que le tapaba la cara y se había subido el cuello de la

chaqueta. Observó a las personas que entraban y eligió a una pareja muy joven y muy apresurada, se puso detrás de ellos. Al acercarse, comentó en voz alta: «¡Menos mal, todavía no ha salido el tren a Vigo! Pensé que no llegaba. ¿También van ustedes a allí?». La pareja se volvió, su buen aspecto y educada manera de hablar, les hizo sonreír, sí, llegaban retrasados. Cualquiera que les hubiera visto, pensaría que iban juntos, eso es lo que pretendía Rafael, desconcertar a los posibles observadores. Se despidieron junto al tren, en la misma vía. La pareja viajaba en primera y el muchacho, en tercera. Una vez en su asiento, se colocó la gorra sobre la cara como si le molestara la luz. Minutos más tarde, el tren partió y Rafael se quedó profundamente dormido.

En Vigo, el joven se encontró de nuevo a la pareja que había conocido en la estación del Norte. Se dirigían a Argentina como él, en el mismo barco y el mismo día, 22 de febrero de 1922 —hicieron bromas sobre la fecha—, aunque los pasajes eran distintos. El chico había adquirido el billete más barato y el matrimonio, un camarote de lujo. Sin embargo, desde que comenzó la travesía, todos los días se saludaban en cubierta cuando permitían a los pasajeros de tercera subir a ella. El matrimonio se acercaba al muchacho y se interesaban por él. Durante esas breves conversaciones, aprovecharon para charlar y contarse su vida. Los tres intimaron. Ella, apenas unos cinco años mayor que Rafael, se sentía obligada a proteger al osado joven que se dirigía a un país desconocido con la esperanza de labrarse un futuro, y ayudar económicamente a la familia, tal como les había explicado.

El verdadero motivo de su viaje lo mantuvo en secreto, como secreta era la carta que había enviado al padre de su amigo Prudencio momentos antes de subir al barco. En esta, aparentemente escrita por un casi analfabeto, aseguraba haber escuchado a unos hombres en una taberna hablando de robar en el teatro de su propiedad, le rogaba que no llamara a la policía, porque esos hombres sabrían quién había dado el chivatazo, «y me matarán». También le explicaba cómo pretendían llevarse la recaudación para que pudiera evitarlo. Don Felipe creyó que aquello era una broma de mal gusto y estuvo tentado de ensañársela a sus empleados, convencido de que procedía de alguno de ellos. Sin embargo, tras enterarse de la desaparición de un amigo de su hijo, decidió no hablar con nadie de la carta entregada en su domicilio. Tampoco cambió sus costumbres, siguió acercándose al teatro cada noche después del comienzo de la última función. Recogía la recaudación de taquilla, se encerraba en su despacho y permanecía un tiempo en él. Poco antes del cierre, se despedía del personal, felicitaba a los artistas y se iba a casa.

Una semana después de recibir el anónimo, en la madrugada de un lunes cuando el edificio estaba vacío, entraron en el local a través de las ventanas traseras, rotas con herramientas especiales. Los ladrones destrozaron el despacho del propietario y se llevaron la caja fuerte escondida en un armario, caja fuerte que no contenía nada de valor.

Don Felipe, desde el momento que recibió la carta, comenzó a llevarse el dinero a su casa cada

noche, guardándolo en un lugar seguro. Al tomarle declaración la policía, el empresario aseguró sin inmutarse que nunca había dejado grandes cantidades en el teatro, y que tenía por costumbre llevar el dinero de la taquilla a su casa, aunque había hecho creer a todo el mundo lo contrario, por si alguien intentaba robarle, como así había sucedido. Le felicitaron por su argucia y por mostrarse tan cauto y precavido. Su esposa e hijos no desmintieron lo declarado, aunque se extrañaron mucho, al parecer a ellos también los había engañado.

Ese día, don Felipe contrató unos vigilantes y compró una caja fuerte tan pesada y grande que no podían moverla entre cinco hombres.

Rafael aún tuvo tiempo de mandar otra carta. Esta, dirigida al Candelas, en la que le anunciaba su fuga. Se iba de España porque deseaba romper con la banda. Amenazaba con delatarles si les ocurría algo a cualquiera de sus parientes o amigos. Estuviera donde estuviera, se pondría en contacto con las autoridades españolas para desenmascarar a la banda de ladrones y a sus compradores. Añadía: «Te aseguro Candelas que, aunque avises a cierto marqués de lo que sé para que ponga a buen recaudo sus adquisiciones, se molestará tanto por tu descuido que, a lo mejor, es él quien se ocupa de ti. Te conviene estar callado y quieto como lo he estado yo y olvidarte de mi familia si no quieres acabar en la cárcel». El muchacho finalizaba: «Hiciste mal en obligarme a conocer quiénes eran tus clientes, si ellos supieran que les puedo delatar, acabarían contigo por hacerles correr ese riesgo». Resultaba peligroso provocar al bandido, pero como le conocía bien, también sabía que enfrentarse a él con valentía era lo más adecuado. El ladrón respetaba a los que no tenían miedo. Desde que montó en el tren, se prometió que nunca volvería a dejar que le amenazaran, antes se convertiría él en una amenaza.

En el barco, la pareja formada por Inés Molina y Tomás Ramos continuó congeniando con Rafael. Tras días de viaje, conocían muchos aspectos de su existencia. Hablaron de las familias, de sus estudios, de sus ciudades —los recién casados eran sevillanos—. El matrimonio informó que iban a visitar a un tío, dueño de una floreciente tienda de telas, para trabajar con él y conocer el negocio textil. Como el hombre no tenía hijos, había escrito a su hermano pidiendo que un sobrino se trasladara a Argentina, tenía la intención de transmitirle su experiencia en el comercio y hacer heredero a aquel que aceptara. Solo Tomás se había arriesgado a hacer el viaje. Le pareció una bonita aventura y arrastró a su mujer. Esta había accedido al verle ilusionado, pero dejar a sus padres y hermana tan lejos le había costado muchas lágrimas. Confidencia por confidencia, el joven expresó su deseo de demostrar a su padre cuánto valía, el adolescente contó, sin muchas explicaciones, que había discutido con su progenitor y este le había echado de casa, después de acusarle de vago e inútil. Reconoció haber sido muy rebelde, deseaba probar que podía enmendarse. La joven esposa habló con su marido y ambos prometieron ayudarle cuando llegaran a Buenos Aires, no entendían cómo el señor Bernal había sido así de cruel con un chico tan

educado y amable.

El día antes de atracar, los Ramos le dieron a Rafael su dirección en Buenos Aires, al bajar del barco, no tenían que esperar en ningún departamento de emigración, ya que el tío les había arreglado todo lo concerniente a su estancia. Por el contrario, el muchacho tuvo que instalarse en el Hotel de Inmigrantes. En dicho lugar preparaban a todos los recién llegados en busca de trabajo para realizar un oficio, y les daban alojamiento hasta que lo lograran. Al adolescente le impresionó el lugar con sus modernas instalaciones, enormes dormitorios y un inmenso comedor. Pensó que Argentina era un país muy adelantado. Durante su espera coincidió con un grupo de ruidosos alemanes que llamaron su atención por la alegría que demostraban en todo momento, eran varones solos, no llevaban mujeres ni niños, y estaban dispuestos a trabajar en lo primero que les dieran. El joven se unió a ellos, y pronto les llegó una oferta para ir al campo, a una estancia en el Norte del país. Rafael aceptó de inmediato un empleo del que desconocía todo, estaba muy bien remunerado y eso fue lo único que le importó.

Con su contrato, en el que había puesto un año más de los que tenía, y el billete de tren en el bolsillo, salió al encuentro de Buenos Aires, quería acercarse a saludar a los Ramos Molina y despedirse de ellos antes de irse, además debía pedir un favor a Inés.

La enorme ciudad asombró al joven, había gente por todas partes y no se veía el fin de las calles, en su mayoría con edificios imponentes. Los coches de caballos se mezclaban con los nuevos autos de motor. Muchísimos tranvías, llenos de personas que subían y bajaban de ellos, recorrían los paseos y enormes avenidas. Se sentía como los pueblerinos recién llegados a Madrid, admirándose por cualquier cosa, solo que Buenos Aires era mucho más grande, más ruidosa, y con más habitantes. Todo le sorprendía.

No fue difícil dar con la tienda del señor Ramos. *Sederías La Argentina* era el almacén de telas más afamado de la calle Florida, una zona de comercios muy concurrida. Sin embargo, nadie lo conocía por su nombre completo, hasta sus dueños y empleados decían solo *La Argentina*. Tomás se alegró cuando le vio aparecer y le presentó inmediatamente a su tío Florián, ambos le invitaron a comer en la casa y Rafael aceptó encantado. Inés le recibió con la misma alegría que su marido, también le presentaron a la esposa de Fabián, la señora Ángela, que le abrazó como si fuera su hijo. Ya conocía la historia de Rafael y sentía lástima. El chico les comunicó que había encontrado trabajo en una estancia dedicada a la cría de reses.

—¿Tú sabes algo de eso? —Preguntó el señor Fabián.

—Nada, pero aprenderé. —Respondió con soltura.

Todos rieron. Finalizada la comida y antes de despedirse, pidió un favor a Inés. Había escrito a su madre, deseaba consolarla, que supiera dónde se encontraba y que había entablado amistad con unas buenas personas, así no estaría tan preocupada. Le asustaba pensar que el padre pudiera estar



todavía furioso y, al reconocer la letra, rompiera la carta. Se le había ocurrido que, si ella ponía en el remite del sobre su dirección y nombre, llegaría con mayor seguridad. Inés aceptó de inmediato y la señora Ángela propuso añadir unas líneas para tranquilizarla aún más. La actitud de ambas dio pie a que el adolescente acabara por suplicarles seguir manteniendo contacto con su familia a través de ellas, él pagaría el importe de los sellos y sobres, aseguró. Ante una solicitud tan amable y cortés, se mostraron encantadas de ayudarlo.

A solas, las mujeres se preguntaron cómo un chico educado y aparentemente de buena familia podía haber sido expulsado de su hogar, ¿qué podía haber hecho que lo justificara? Llegaron a la conclusión de que el padre debía ser muy rígido e intolerante con las debilidades juveniles.

En la carta enviada por Rafael, además de tranquilizar a la madre, pedía perdón por su comportamiento y por todo el dolor que les había causado en los últimos años. Aseguraba haber tomado la mejor decisión para convertirse en un hombre y no avergonzar a la familia. Pensaba ahorrar dinero y volver cuando tuviera una profesión y hubiera ganado lo suficiente. Les explicaba que debían mandar sus cartas a la dirección de la familia Ramos, hablaba de ellos y de la suerte que había tenido al conocerles. También les informó sobre su nuevo trabajo, viajaría al interior del país, aún no sabía el lugar exacto ni el nombre de la provincia a la que se dirigía, estaba a gran distancia de la capital. A su hermano Matías, le pedía que le escribiera a menudo contando cómo le iba y también hablando de los amigos y compañeros de infancia.

En realidad, no había dicho la verdad sobre su auténtica intención al mandar las cartas a través de las señoras Ramos y ocultar su nuevo domicilio. Rafael no podía confesar a nadie que, a pesar de la distancia, aún temía a la banda del Candelas.

En la estancia estaban esperando a los nuevos empleados. El joven no tenía ninguna experiencia con los trabajos agrícolas ni ganaderos, al capataz no pareció importarle, ya aprenderá, respondió. Sus compañeros le dijeron que la vida en el campo era muy dura y pudo confirmarlo desde el primer día. Tenía que montar a caballo, no sabía y, aunque pensó que podría hacerlo sin dificultad, se equivocó. Su experiencia con los animales fue penosa, le costó mantenerse erguido a pesar de que le dejaron el penco más viejo y tranquilo. Una vez que lo logró, sin caerse ni ladearse, las horas que permanecía montado le pasaron factura y acabó en el médico. Todas las noches se acostaba destrozado con un enorme dolor en las nalgas, pero caía tan agotado en el catre que no le daba tiempo a pensar en ello, se dormía al instante.

Rafael era el más joven de los trabajadores, todos le trataban con afecto. Le explicaban las cosas detenidamente y no se enfadaban porque no lo hiciera bien a la primera. Su docilidad e ingenio contribuyeron a que le cogieran cariño.

Acostumbrado al aseo diario y a una cómoda bañera, descubrir cómo debían lavarse los empleados de la estancia también le causó disgusto. Para adecentarse después del trabajo, se

habían colocado una especie de jaulas de madera, construidas en el exterior del barracón donde dormían, y dentro de las jaulas había unos enormes barriles que se llenaban de agua. Costaba bastante introducirse y salir de ellos, la tarea resultaba tan incómoda que algunos hombres no lo intentaban y el olor en el dormitorio comunitario era muy desagradable. Rafael observó que la señora de la casa había plantado alrededor del edificio principal preciosas flores a las que se les echaba agua con grandes regaderas. El joven pidió permiso para tomar prestada una. La instaló sobre una de las jaulas de madera y puso una cuerda en el extremo del mango, luego la llenó de agua y tiró de la cuerda, creando una improvisada ducha. Todos los compañeros alabaron el «invento» que les permitía lavarse de una vez y no por etapas, o dentro de un incómodo tonel.

A partir de ese momento, empezaron a consultarle cualquier cosa. Siempre tenía buenas ocurrencias..., volvía a ser el niño de doce años dispuesto a ayudar. Y, aunque en las labores del campo no destacaba mucho a pesar del interés que ponía, Rafael se ganó pronto la simpatía de sus compañeros, en su mayoría hombres analfabetos. La cultura del adolescente —sabía escribir, leer, tenía conocimientos de Matemáticas, Geografía, Gramática, Latín, Historia, leía y hablaba francés..., incluso conocía que Argentina había pertenecido a la corona española— también llamó la atención de empleados y jefes. En la estancia se preguntaban cómo un chico así de preparado había dejado su país, llegaron a la conclusión de que probablemente la familia se hubiera arruinado. Él no les sacó de su error.

Sus compañeros eran alemanes, los dueños también procedían de ese país, y tenían la costumbre de hablar en su lengua. Rafael pidió que le enseñaran y, en unos meses, pudo empezar a tener breves conversaciones. Trabajaba duro y aprendía bien. El patrón, al verle tan dispuesto, le dio libros en su idioma y él los estudiaba en sus ratos libres.

Unos meses más tarde, había perdido las costumbres de señorito de ciudad. Olvidó su cómoda cama y su bonita habitación, también la bañera y el agua caliente que echaban las criadas en ella, y empezó a amar la vida en el campo, aunque siguiera demostrando pocas habilidades en sus tareas. Al cabo de un año se había vuelto más recio, ya no tenía el aspecto aniñado de su llegada. Se convirtió en un hombre, alto, de hombros anchos y cabello negro al que las mujeres de la casa sonreían y miraban con admiración.

En esa época ya tenía suficiente ahorrado para devolver a su abuela el préstamo y regresar a España, sin embargo, deseaba tener mucho más. No había abandonado su idea de demostrar cuánto se había reformado. Para ello tenía que convertirse en un hombre capaz de aprender un oficio que le permitiera ganar dinero, aunque no hubiera acabado los estudios. Y le llegó la oportunidad de aumentar sus ingresos. El cocinero de los empleados se había despedido y el puesto quedaba vacante, el sueldo era superior al de un aprendiz, la categoría de Rafael. El capataz preguntó a los hombres si alguno sabía cocinar. El chico no lo dudó, se propuso para el trabajo y el jefe le aceptó a pesar de parecerle demasiado joven.

El español había comprobado que los hombres no comían nada elaborado, con frecuencia mataban una res de un disparo y la ponían a asar con el cuero. Tardaban mucho en hacerla. De nuevo, tuvo una buena idea. En el primer momento que le llevaron una vaca, pidió que le ayudaran a quitarle la piel y a introducirla en un palo que colocó sobre el fuego, el muchacho no dejó de dar vueltas a la carne para que se fuera dorando por todas partes. Algo tan estúpido como aquella medida y todos le felicitaron, nunca habían comido una carne tan blanda y deliciosa.

En su puesto de cocinero, tenía mucho más tiempo libre, así que pidió a sus compañeros más fuertes que le enseñaran a pelear con los puños y también a utilizar un cuchillo en la lucha. Uno de ellos le preguntó por qué quería saber pelear y otro respondió qué tipo de pregunta era esa: un hombre debía aprender a defenderse y el muchacho hacía bien en querer intentarlo.

Rafael disfrutó de su nueva y diferente vida durante casi tres años en los que consiguió reunir unos importantes ahorros. Al cabo de este tiempo, decidió regresar a Buenos Aires. Se despidió de sus jefes y camaradas, les explicó que pensaba buscar otro oficio donde progresar más. Todos aplaudieron su admirable deseo.

También, comunicó sus intenciones a la familia Ramos, buscaba un empleo en alguna oficina, ¿sabían de alguno? Las mujeres contestaron rápidamente animándole a volver. Le informaron que le habían reservado una habitación en la casa de una viuda cuyos huéspedes eran de mucha confianza. Una vez, en la capital, sería fácil encontrarle un trabajo. Le guardaron, además, las últimas cartas de su familia, las leería a su llegada.

## Capítulo VIII

1924

Rafael causó una grata impresión a sus amigos de Buenos Aires. Alto, moreno, de ojos enormes, espaldas anchas, manos grandes y curtido por el sol. Había dejado de ser un muchacho de aspecto endeble y apocado, para convertirse en un hombre muy atractivo. La señora Ángela y la señorita Inés le mimaron desde el primer momento. Se preocuparon por saber qué quería comer, qué necesitaba, dónde estaba la ropa sucia, si deseaba descansar.

El joven contó a los Ramos sus aventuras en el campo. Explicó cómo se había convertido en cocinero y todos celebraron su iniciativa. Ahora ambicionaba un trabajo menos esforzado y con más futuro. Además del francés de su infancia, podía mantener conversaciones en alemán, pensaba en alguna empresa de exportación, sabía leer y escribir en ambos idiomas y consideraba que podría ser un buen oficinista. Tomás y Fabián le querían hablar sobre ese asunto. Las mujeres estaban encantadas con las intenciones de los hombres y les animaron a contarlas:

—Qué tienen que decirme —preguntó sonriente Rafael.

—Queríamos ofrecerte un puesto en la tienda. Necesitamos ayuda porque estamos prosperando, nosotros y tres dependientes, somos pocos. —Le explicó el señor Fabián.

—¿De dependiente? —Preguntó extrañado y un poco decepcionado.

Había contado su intención de emplearse en un despacho y no en una tienda, pero tampoco quería disgustar a sus amigos.

—Bueno, de aprendiz. Luego, si te gusta y sigues acá... —el señor Fabián miró a sus sobrino y este bajó los ojos— puedes cumplir tus aspiraciones de progresar. Además nos vendrán muy bien tus conocimientos de idiomas para atraer clientes extranjeros.

—No se me había ocurrido un trabajo así, prefería una oficina, aunque tampoco me parece mal aprender su oficio, señor Fabián. —Fue la respuesta del joven. En efecto, en un almacén textil también podría adquirir una profesión, recordó al abuelo Bernal.

—De acuerdo, pero tenemos una condición, necesitamos saber algo; si vas a trabajar en nuestra tienda y vamos a confiar en ti, debemos hacerte una pregunta.

—¿Qué pregunta? —Rafael estaba asombrado ante el comentario, no se le ocurría que deseaban saber.

—No es necesario que nos respondas si no deseas quedarte. Trabajo, seguro que

encuentras. —Aseguró el señor Ramos al notar sus dudas.

—Da igual, ustedes quieren hacerme una pregunta, y yo quiero responderla. Me han demostrado siempre mucho confianza, me gustaría devolvérsela —el joven estaba muy agradecido a la familia Ramos porque le trataban con cordialidad y afecto, pretendía mostrarles su gratitud.

—¿Por qué te echó tu padre de casa? —preguntó Fabián sin rodeos—. ¿Habías robado, habías sido violento con alguien...? No imaginamos el motivo por el que un padre pueda tratar así a un hijo.

Rafael permaneció en silencio. Bajó los ojos y no supo qué decir. No se lo esperaba. Tardó en reaccionar unos segundos, cuando lo hizo, sin mirarle a los ojos, contestó avergonzado:

—Para mí es muy triste recordarlo ahora.

—Lo entendemos. —Dijo la señora Ángela, que le hubiera acariciado la cabeza como a un hijo, pero se contuvo.

—Si ustedes quieren saberlo, no tengo inconveniente en constárselo, creo que, por la amistad que me han demostrado, se lo debo. Solo les pido una cosa, que salgan las mujeres.

Los hombres aceptaron, Inés se fue a regañadientes, la señora Ángela, se negó, aseguró tener suficientes años como para no asustarse de nada. Rafael la miró agradecido y afirmó bajando la mirada:

—Mantuve relaciones con la criada y nos descubrieron. Yo tenía diecisiete años y ella casi veinticuatro.

—Bueno hijo, eso no es tan malo —contestó riendo el señor Fabián—. Si ella quería... y era guapa —le sonrió con picardía—, no veo el problema.

—Tu padre es muy religioso o muy recto. No me parece tan grave como para echarte por eso.

Sentenció la señora Ángela que no encontraba un motivo suficiente para que el chico, aún menor, hubiera cruzado el Atlántico. Rafael en tono muy bajo, y muy avergonzado añadió:

—Era la amante de mi padre.

Todos permanecieron callados, nadie se atrevió a decir nada, parecían asimilar la noticia, la señora Ángela no se contuvo más y le acarició el cabello. Tras unos minutos en silencio, Rafael continuó.

—Cuando él nos descubrió, se volvió loco. Imagino que la quería y no podía comprender que le hubiera engañado, así que despachó su ira contra mí. Mi pobre madre desconocía la infidelidad de mi padre, por eso les dejé, no quería que ella se enterara y sufriera más.

El señor Fabián le interrumpió:

—No tienes que seguir contando nada. No tenemos derecho a interrogarte sobre un

asunto tan... íntimo. Para mí eres un hombre de confianza y si aceptas nuestra oferta me harás muy feliz.

Rafael se sintió mal por no haber contado la verdad. No podía explicarles que había ayudado a una banda de ladrones y, para huir, había utilizado a la chica, se avergonzaba de ello. Además, intentaba redimirse, si contaba su pasado, nadie le daría trabajo. Mejor guardar el secreto.

En ese momento entró Inés con las cartas de su familia. El joven se mostró feliz al abrirlas. Les añoraba, sobre todo a Matías y a su madre, tenía varias de ambos. Había mandado una fotografía en la estancia, asando una vaca, y su familia respondía con admiración. De repente, vio en uno de los sobres una palabra en rojo: urgente, lo abrió preocupado. Su hermano le avisaba, le habían llamado a filas por última vez, si no se presentaba en el día exigido, le declararían prófugo. Miró la fecha, le quedaba escasamente un mes, tenía que encontrar pasaje en el primer barco, como fuera. Así se lo explicó a la familia Ramos que le felicitaron por tomar la decisión de cumplir con la patria, le ayudarían en todo.

Compró un billete para un barco que salía en diez días. Podía haber adquirido un pasaje de primera, sin embargo, sacó de segunda, llevaría más dinero a casa y su padre comprobaría que sabía ganarse la vida. Buscaba su perdón, aunque también deseaba hacer olvidar al resto de la familia su antigua rebeldía y enseñarles cómo se había reformado.

La travesía fue agradable, a pesar de que Rafael no la disfrutó inquieto por no presentarse a tiempo. En Vigo, le costó trabajo conseguir plaza en el tren, al final logró una. Llegó la mañana en que finalizaba el plazo y se dirigió corriendo a su casa, si no encontraba a Matías, no serviría de nada su viaje, no sabía dónde debía acudir.

Tuvo suerte, solo el padre estaba ausente, el resto de la familia estaba desayunando. La alegría de la madre y las hermanas casi le impidió completar la tarea para la que había regresado. Las cuatro mujeres le abrazaban mientras le hacían infinidad de preguntas. Matías, al cabo de unos minutos, se hizo cargo de la situación y, tirando del brazo del joven, se lo llevó a toda prisa. Tomaron un coche, llegaron a la caja de reclutas en el mismo momento en el que un militar gritaba: «¡Rafael Bernal Torres, prófugo!». «¡No, estoy aquí!», se oyó una potente voz al final de la sala acompañada de: «¡Aquí, aquí!». Matías agitaba la mano y Rafael se iba abriendo camino entre los mozos que también esperaban a ser nombrados.

Al llegar junto al soldado que había dicho su nombre, el muchacho afirmó que acababa de regresar del extranjero. Sin respirar apenas, contó su viaje a Argentina en busca de trabajo, explicó que las cartas las recibían unos amigos en Buenos Aires porque él se encontraba a cientos de kilómetros de distancia, hacía solo un mes que se había enterado de su llamada a filas, y por ese motivo no se había presentado antes. A continuación, sacó los billetes del barco y del tren para justificarlo. El militar parecía abrumado con tanta información. Detrás de este, un oficial

observaba de pie la situación sonriendo. Cuando Rafael calló, esperando una respuesta, el oficial exclamó en voz alta y clara: «Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey Número Uno». Su hermano le abrazó: «¡Qué suerte, qué suerte!», dijo con alegría. Los hombres a los que habían empujado hasta llegar a la mesa le daban palmadas en la espalda, él, sorprendido, no entendía nada. Había conseguido el mejor destino.

Una vez pasado el desconcierto, Rafael habló con el oficial que le acababa de destinar, le rogó que le enviara con su remplazo a África, no quería ser diferente al resto de los hombres que estaban esperando. La petición complació al militar. Su presencia en el último minuto, llegado además de ultramar donde podía haberse quedado, le había gustado, así como su aspecto, alto y fuerte: luciría bien en el regimiento en el que hacía unos años había jurado bandera el Príncipe de Asturias. El oficial pensó que no se había equivocado, el muchacho, además, se comportaba con valentía.

No consiguió el cambio de plaza, lo que le produjo una enorme tristeza. Su hermano no le comprendió, ¿cómo podía molestarle tanta suerte? Al recién llegado, sin embargo, no le hacía gracia estar cerca de la banda del Candelas, intuía que pronto se pondrían en contacto con él y eso le daba más miedo que los rifeños.

Al llegar a casa con la noticia, las mujeres otra vez le abrazaron, no podía quitárselas de encima, su madre no dejaba de besarle. Prepararon una comida especial, todo lo que le gustaba. Incluso, mandó a la criada a comprar bartolillos en *La Duquesita* para el postre. La familia estaba deseosa de escuchar las historias de Rafael en Argentina.

Don Mateo regresó del Ayuntamiento por la noche y pareció muy sorprendido al verle. No demostró la misma alegría, le extendió la mano y le deseó suerte, a continuación se fue a su dormitorio asegurando haber cenado. La madre y las hermanas no pudieron esconder su tristeza, el joven disimuló aparentando no molestarse, pero le dio pena la actitud de su padre.

Matías y Rafael compartieron dormitorio, la habitación del mayor había pasado a ser la del progenitor. Mateo Bernal y Amelia Torres no dormían juntos desde que desapareció su hijo pequeño.

—Qué pasó —preguntó tímidamente el menor.

—Madre pensó que padre te había echado de casa y estuvo llorando hasta que recibimos tu carta. Cuando supo, a través de la señora Ramos, que habíais viajado juntos a Buenos Aires y que estabas bien, se quedó más tranquila, aunque quiso saber cómo habías conseguido dinero para el pasaje. Buscó entre sus joyas por si le faltaba alguna, nos preguntó a las hermanas y a mí, acabó enterándose de que la abuela María te lo había prestado. Se enfadó mucho con ella por no avisarle.

—¡Pobre abuela!

—Sí, madre la hizo sentirse culpable durante mucho tiempo. Luego la tomó con Filomena hasta que esta confirmó que sabía lo de Eulalia y padre. ¿Te lo puedes creer? Acusándola de no haber dicho nada sobre vosotros dos, acabó enterándose que también su marido tenía relaciones con la criada, eso la enfadó tanto que también despidió a Filo y, si hubiera podido, incluso hubiera echado de la portería a la señora Encarna —Matías empezó a reír—. Habló con todos los vecinos pidiendo que buscaran otra portera, acusándola de chismosa y murmuradora, capaz de inventar cuentos. Pero no lo logró, yo creo que todos estaban al tanto de lo que pasaba en casa y querían seguir siendo informados. Ahora la pobre no puede enterarse de nada. Las nuevas criadas tienen prohibido hablarle si no quieren ser despedidas. No la dan ni los buenos días —volvió a reír a carcajadas.

—Y qué hizo cuando se enteró de lo de padre y Eulalia.

—Le echó del dormitorio y le acusó de ser el culpable de tu huida. Todos oímos la discusión, aunque la tuvieron en su cuarto para que no les escucháramos. Desde entonces padre duerme en el mío, no quería utilizar el tuyo y yo me pasé aquí, me gustaba ver tus cosas y así no me olvidaba de cómo eras y de cuánto te echaba de menos.

Ambos hermanos se abrazaron.

—Yo también os echaba de menos, pero fue lo mejor que podía hacer.

—Sí, yo también lo creo. Estás muy cambiado. Eras un niño malcriado y maleducado, siempre enfadado, sin hacer nada y sin futuro y has vuelto todo un hombre, te has defendido tú solo en un mundo extraño y has salido adelante, también creo que hiciste bien.

—¿Qué fue de Eulalia? —preguntó tímidamente Rafael.

—¿La echas de menos?

—No —afirmó categóricamente—, me siento culpable de lo que pasó.

—¡No seas tan bueno! Tú eras un niño y ella una mujer, además, de la amante de papá. No creo que debas sentir lástima. En cualquier caso, no hemos vuelto a saber nada de ella. Y me alegro.

—No me porté bien —admitió Rafael en voz muy baja.

Su hermano no le oyó o no quiso oírle. Cambió de tema, quería conocer todas sus andanzas. Apenas pegaron ojo en toda la noche.

Rafael comenzó su vida militar con miedo. Aunque, al principio, estuvo acuartelado sin apenas salir y lejos de su residencia, al poco tiempo fue destinado al palacio de Buenavista, desde donde iba andando hasta su domicilio, apenas a unos metros de distancia. Más tarde, le dejaron dormir fuera, en efecto, no podía tener mejor destino. Sin embargo él seguía preocupado, sabía que era



cuestión de tiempo que El Candelas y su banda dieran señales de vida. Debía cortar de raíz con ellos y no imaginaba cómo. Hubiera preferido cualquier lugar, incluso África, antes que estar tan cerca de las personas que le habían amargado su niñez.

No fueron los ladrones quienes le sorprendieron una tarde al salir del cuartel. Allí estaba ella, Eulalia, probablemente con su mejor traje y muy pintada, esperándole. No supo qué hacer, nunca hubiera pensado que deseara volver a verle. Supuso que le insultaría por haberla engañado, y decidió enfrentarse a la mujer. Esta se acercó, le saludó con la chulería típica madrileña:

—¡Qué bonito!, he tenido que enterarme por un *desconocío* que habías vuelto. Tu padre también se lo tenía *mu* calladito.

—¿Un desconocido? —preguntó el soldado preocupado.

—¡De acuerdo! Es cierto, no te voy a mentir. La señora Encarna me lo ha dicho, la encontré hace poco y me dio las novedades de la casa.

El militar permanecía parado en la esquina de su calle, no quería que les vieran juntos y tampoco deseaba ir con ella a ningún lugar. Temía que, si se encontraba con alguien de la familia, pensara que seguían en contacto y temía, aún más, que lo pensara su padre. Había visto la decepción de este en sus ojos el día que les descubrió en la cama y no pretendía volver a causarle dolor. La mujer acababa de confirmar que continuaban viéndose.

—¿Qué quieres. —Preguntó con irritación.

—Cómo que qué quiero. Me debes una explicación. Me *declarastes* tu amor, aunque tu amigo ya *m'explicó* que me *utilizastes* para poder escapar. Estuvo *mu* mal lo que *hicistes* conmigo, Rafa.

—¿Y qué hice? Te recuerdo que me abriste la puerta de tu dormitorio. Yo solo te espiaba. Fuiste tú la que me enseñaste, era un crío —afirmó explicándose.

—Un crío muy *espabilao* y que aprendía rápido. Pero no nos enfademos. He *venío* a buscarte porque quiero que volvamos a vernos. Te he *echao* de menos y te sigo queriendo —afirmó zalamera.

—Lo siento, Eulalia. Si algún daño te hice, te pido perdón y, si necesitas ayuda, intentaré dártela —Rafael le hablaba con arrepentimiento—, pero no te quiero y no creo que tú me quieras a mí. Yo era un niño confundido y asustado que solo deseaba escapar y tú una joven igual de confundida que yo. Lo nuestro no fue amor.

—¡No te creas que puedes tratarme como a una zapatilla y dejarme tirada! —estalló enfadada—. ¿Sabes? Sigo con tu padre, *m'a* puesto piso y vivo como una señora, come de mi mano... Y, si no vienes a casa a verme cuando no esté él, le diré todo lo que sé de ti. —Se mostraba altanera y dispuesta a conseguir lo que se había propuesto.

Rafael, de repente, cayó en la cuenta, había empezado nombrando a un amigo. De inmediato comprendió la amenaza:

—¿Mi amigo?, ¿qué amigo? ¿Y qué sabes tú de mí?

—Dijo llamarse Candelas, *mu apropiado* el nombre ¿no crees? — La risa de ella sonó descarada—. Le conocí al poco de irte. Estaba arreglando *too* para viajar a Barcelona y va la Filo y me dice que estás en Argentina. Me habías *mentío*, así que cuando *me se* acercó El Candelas, decidí pasármelo bien con él..., también lo paso bien con otros, ya te dije en su momento que tu padre no es bueno en la cama.

—¡Calla, no me importa tu vida! —gritó Rafael.

—Pues a mí la tuya, sí, me la sé *toa* y podría contársela a tu padre —amenazó furiosa.

—Y cómo le explicarás de qué manera te has enterado. ¿Le vas a hablar de los amantes que tienes?

—¿Me lo contaste tú, no te acuerdas? —Respondió la mujer con ironía y maldad, para cambiar de inmediato al tono de enfado e irritación—. ¡No te creas tan listo conmigo, tu padre se traga *too* lo que le cuento, en cambio a ti te odia!

—Sí, ya me he dado cuenta, apenas me habla y me evita, supuse que tú tenías algo que ver en eso, aunque no sabía que seguíais juntos... De todas formas, amenaza por amenaza, yo también le puedo contar que te acuestas con El Candelas.

Las carcajadas de ella hicieron volverse a los transeúntes que estaban cerca.

—No te esfuerces, él y su banda están *tos* en la cárcel. Les detuvieron hace muchos meses, salieron hasta en el diario, y tienen *pa* rato. Les han *echao* una barbaridad de años.

A Rafael la noticia le hizo sentirse bien, ya no le importaba Eulalia y su padre, no quería que la mujer lo notara y empezó a andar deprisa hacia su casa, tampoco deseaba seguir hablando con ella. La joven tuvo que aligerar sus pasos para ponerse a su altura, los de él eran mucho más largos y rápidos. Cuando estuvo a su lado, insistió:

—¡Por supuesto que te puse en contra de tu padre! Tú me *dejastes* tirada, ¡No estaba dispuesta a perder también al hombre que me mantenía! Así que le dije que me habías *obligao* a acostarme contigo, que me *amenazastes* con contar a tu madre que yo era la amante de su esposo. Y se lo creyó. *To* lo que le cuento se lo cree. Te puso *desventurao* mientras yo lloraba. Lo hice *mu* bien —presumió.

Rafael se paró y la miró a los ojos antes de responder:

—Eulalia, durante años he sido atemorizado por hombres que daban mucho más miedo que tú. No pienses que ahora voy a hacer lo que me pidas. Olvídate de mí para siempre. Si te sirve de consuelo, ya te has vengado, el rencor que me demuestra mi padre es muy doloroso, por eso no quiero mantener ninguna relación contigo. No vuelvas a buscarme, te lo suplico. Si lo haces, la próxima vez, me quedaré acuartelado y solo saldré cuando no puedas venir a verme. Te lo ruego, déjame en paz y también a mi padre. Ya has hecho

mucho daño a mi familia.

—¿Daño? Pues *entoavía* no has visto de la misa la media. —Ahora se mostraba más irritada—. Te doy una semana, si no vas a verme, te enterarás.

Tras la advertencia, le puso en la mano un papel con su dirección. Rafael lo agarró y lo hizo añicos. Después de repetir que no deseaba volver a verla, le dio la espalda. Mientras caminaba, la oyó decir: «¡Te arrepentirás!». No sabía quién era esa mujer, se había convertido en una persona malvada. Sintió lástima de ella aunque también una cierta inquietud.

No creyó a Eulalia. Una persona tan resentida, con seguridad le había mentido. Así que se presentó en la pastelería *Embajadores*, saludó al dueño, el señor Bonifacio, que no tardó en reconocerle y se alegró mucho de volver a verle. La familia Bernal ya no frecuentaba tanto su negocio, pero él se había enterado de su viaje a Argentina. Mantuvieron una agradable conversación que Rafael dirigió hacia lo que deseaba conocer. El pastelero le confirmó la detención ocurrida el año anterior en la casa de al lado. Aseguró alarmado haber vivido junto a una banda de ladrones sin sospecharlo, aunque reconoció que nunca le había gustado el aspecto del que llamaban Candelas. Cuando confirmó la noticia, el joven se despidió ya sabía lo que había ido a buscar.

Desde ese momento, se sintió tranquilo y feliz junto a su familia. Incluso, decidió que, al acabar el servicio militar, aprendería un oficio en Madrid, no regresaría a Argentina. Y se olvidó de Eulalia y sus amenazas, no la suponía peligrosa.

Don Mateo no comía ningún domingo ni festivo con la familia. Desde que el matrimonio dormía separado, él aprovechaba los días de descanso para pasarlos con sus amigos en el Casino. A su esposa la situación no parecía importarla ni molestarla. Incluso se la veía más relajada cuando él no estaba en casa. El señor Bernal tampoco acompañaba a sus parientes a los servicios religiosos. Qué hacía o dónde iba, a nadie parecía importarle.

Una mañana de domingo, los varones estaban esperando que la madre y las hermanas terminaran de arreglarse para ir a la iglesia. Conversaban animadamente en la sala familiar cuando el padre les interrumpió. Ordenó a Rafael que permaneciera en la casa, quería mantener una conversación privada. El joven obedeció. Don Mateo esperó a que todos se hubieran marchado, incluidas las criadas, para preguntar a bocajarro, sin disimular su malestar y enfado: «¿Creías que no me iba a enterar? ¡Déjala en paz o... no sé lo que puedo hacerte!».

—De qué me habla —Rafael realmente desconocía a qué se refería.

—¡Eulalia me ha dicho que te has presentado en su piso a molestarla y que ha tenido que cerrarte la puerta varias veces!

—¡Eso es mentira y lo puedo demostrar! —gritó el joven defendiéndose—. No sé dónde

vive, ni quiero saberlo. Dígame cuándo se supone que he estado con ella y le demostraré que es mentira.

—Sí, ya me avisó que dirías eso —el padre hablaba con superioridad.

—No le miento, por qué nunca me cree —suplicó Rafael.

—¿Cómo voy a creer a un delincuente que ha trabajado con la banda del Candelas? ¿Cómo pretendes que piense que has dicho una sola verdad desde que te convertiste en un criminal?

Rafael había permanecido de pie delante de su padre hasta que oyó su última intervención, en ese instante tuvo que apoyarse. Buscó una silla en la que sentarse, le temblaban las piernas. Sabía que la muchacha conocía su secreto y podía contarle, pero no esperaba que lo hiciera.

—No lo voy a negar —dijo con tristeza—, deje que le cuente cómo caí en sus redes y me entenderá —suplicó.

—¡No quiero que me mientas de nuevo y que te inventes más historias! —Don Mateo continuaba enfadado—. Ya sé lo que me vas a decir, que te amenazaron con hacernos daño y que por eso les ayudabas. ¡Así asustaste a Eulalia cuando la obligaste a tener relaciones contigo, atemorizándola para que no hablara con nadie y menos conmigo!

—¿Nunca me va a creer? —preguntó con tristeza.

—¡Nunca, jamás!, y tampoco quiero volver a verte en esta casa, ¡si no te vas tú, me iré yo!

—Claro, ahora lo entiendo —acababa de comprender lo que intentaban Eulalia y su padre—. Yo soy su excusa para abandonar a la familia —su voz sonaba angustiada—. De acuerdo, si no quiere verme, me iré ahora mismo, pero no lo pague también con mi madre y mis hermanos.

Se levantó dispuesto a recoger sus cosas.

—Haré lo que me dé la gana. ¡Tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer! ¡Si vuelves a acercarte a ella, no volveréis a verme el pelo, ni a mí ni a mi dinero! —gritó el padre a sus espaldas.

El último comentario pilló a Rafael en la puerta de la sala, se iba apesadumbrado e indefenso, sin embargo, las palabras amenazantes de don Mateo le detuvieron. Se volvió hacia él y se acercó de nuevo, mirándole a los ojos muy tranquilo, dijo:

—No se lo voy a permitir, ni a usted ni a ella. Abandone a mi madre, y al día siguiente sabrán en su trabajo que se ha ido con una mujerzuela —el hombre intentó contestar.— ¡Cállese! —gritó Rafael impidiéndoselo— ¡Sí, mujerzuela! ¡Yo lo sé mejor que nadie! Contaré que era la criada de la casa, que se acostó conmigo cuando era un niño y que me pervirtió, que también se acuesta con otros hombres por dinero. ¡Y no diré una sola mentira! —hablaba de prisa para que el padre no le interrumpiera—. Cuánto tiempo cree

usted que tardarán en cambiarle de puesto. Seguro que ya no ganará tanto. Y tampoco podrá ir a visitar a sus compañeros y amigos, las esposas no se lo permitirán. Todo el mundo le dará de lado cuando sepan con quién vive.

—¡No te atreverás! —murmuró el padre mirándole asustado.

—¿Qué no me atreveré? ¡No me conoce! Humille a mi madre una sola vez y verá lo que soy capaz de hacer.

Le dio la espalda dispuesto a marcharse, había llegado a la puerta del salón cuando recordó algo, volviéndose, añadió: «¡Ah! y dígame a Eulalia de mi parte que no se acerque a mí o la denuncio por prostituta, dígame también que me da asco. ¡No se olvide repetir palabra por palabra mi recado, a ver si así se entera esa fulana y me deja en paz!». Estaba dolido y quería producir el mismo dolor.

Rafael salió de la casa con los ojos llenos de lágrimas. Su padre siempre le había producido un gran respeto y admiración, por primera vez, le veía con otros ojos. Ya no era el mismo hombre que reverenciaba en su infancia. A pesar de todo, le quería y no entendía que no sintiera el mismo cariño. Incluso podía comprender que estuviera decepcionado con él, pero no que deseara hacer daño al resto, sobre todo, a la madre. No iba a permitirselo. La cabeza le daba vueltas, imaginaba todo tipo de situaciones, siempre malas. Sus sentimientos también eran un tiovivo, sobre todo, experimentaba amargura acompañada de una inmensa rabia. Concluyó que su destino le condenaba a sufrir, nunca encontraría la tranquilidad que tanto buscaba. Estuvo paseando durante horas, hasta que, agotado y sin saber dónde ir, llegó a casa de la abuela María.

La anciana, con ochenta años cumplidos, se mantenía ágil y vigorosa. Salía a pasear diariamente, visitaba a las amigas que aún vivían, todas más achacosas que ella, invitaba a los nietos a comer con frecuencia y todavía disfrutaba en el teatro o la zarzuela. Esta percibió la angustia del joven y le exigió que le contara lo sucedido. Rafael se desahogó, no dejó ni un detalle. Cuando acabó, doña María lloraba con las manos agarradas a las de su nieto. «Vivirás conmigo», afirmó entre sollozos. Mandaron recado a doña Amelia informando que la abuela se encontraba mal y Rafael se quedaría a cuidarla.

Un médico, convencido por la amable señora, dictaminó que doña María no debía vivir sin la compañía de algún pariente, por edad, resultaba conveniente que alguien se estableciera en su casa. La anciana exigió que fuera su nieto pequeño. Amelia se enfadó y la acusó de quitarle al hijo, la llamó egoísta y cruel. María permaneció inmutable.

A partir de ese momento, Rafael, al salir del cuartel, visitaba todas las tardes a su madre y, cuando iba llegar su padre, se iba. La señora Bernal intuía que algo pasaba, pero prefería no saberlo. Temía que su vástago volviera a caer en sus antiguas costumbres, ahora que parecía tan reformado. Y no se atrevía a preguntar.

La abuela y el joven habían pactado contar a Matías lo sucedido, sin explicarle la relación de

Rafael con la banda del Candelas. Pero tenían que esperar un mes. El mayor se presentaba a las pruebas para entrar en el cuerpo de abogados del estado, llevaba años preparándose y ya había fecha. Conseguir ese puesto era su mayor ilusión y toda la familia estaba pendiente. Ambos pensaron que, si se llevaba un disgusto, los nervios le harían una trastada.

Llegó el día del examen. Matías aprobó y fue destinado al Ministerio de Gracia y Justicia. Doña María pretextó encontrarse mal para no asistir a la comida de celebración, Rafael se quedó con ella, cuidándola. La señora Bernal volvió a enfadarse con su madre, la acusó de convertirse en «una vieja caprichosa y egoísta». Unos días más tarde, la abuela, visiblemente mejorada, invitó a sus dos nietos varones a cenar. Fue el momento que aprovecharon para confesar al mayor lo ocurrido entre el padre y el hijo pequeño.

—Si pudiera, se separaría de mi hija y se casaría con esa pelandusca — aseguró la anciana indignada—. Menos mal que en este país no existe el divorcio como esos protestantes de por ahí arriba.

Ambos nietos sonrieron. Los tres prometieron mantener en secreto la relación de don Mateo y Eulalia para que las mujeres no sufrieran.

—Yo soy el problema —admitió Rafael—. Me mantendré lejos de padre todo lo que pueda y, cuando acabe el servicio militar, regresaré a Argentina. Ya lo he decidido, he escrito al señor Fabián, y me ha confirmado que me guarda el puesto de trabajo.

Intentaron convencerle de que permaneciera en Madrid, no lo lograron. Rafael estaba determinado a emigrar y empezaría a preparar a su madre para ello.

Por su parte, Don Mateo cada vez permanecía menos tiempo en el domicilio conyugal y, por supuesto, evitaba las reuniones familiares que habían pasado a festejarse en casa de su suegra. Navidades, cumpleaños, fiestas... el señor Bernal no asistía a ningún evento. Además, disminuyó la cantidad entregada para los gastos domésticos. Su mujer se quejó y le preguntó por qué lo hacía. La respuesta fue que había dos hijos varones en edad de trabajar y mantener la casa. Él había trabajado toda su vida y ayudado a sus padres.

—Pero Toñi se casará pronto —explicó la esposa—. Estamos haciendo su ajuar y ella quiere organizar una comida con baile, yo estaba ahorrando para todos los gastos que se vienen encima...

—Pues que se ocupe el novio —la interrumpió el marido—. A mí nadie me pagó una fiesta.

—De acuerdo, no celebramos nada, es cierto, pero mis padres nos permitieron vivir con ellos muchos años, a su manera nos ayudaron —insistió Amelia—. Nosotros debemos hacer lo mismo con nuestros hijos.

—Tú eras hija única y nosotros tenemos cinco. ¿Qué quieres?, ¿que les abramos la puerta a todos los yernos y nueras? Ni lo pienses, no podría soportarlo económicamente.

¡Y basta, no se hable más! —Fue la respuesta seca del marido.

En efecto, Toñi preparaba su boda. Había conocido a Santiago, un aparejador del Ayuntamiento a través del padre. Se gustaron desde el primer momento, y empezaron a mostrar sus sentimientos de inmediato, los Bernal se mostraron complacidos por la relación. Hacía poco que los jóvenes se habían prometido. Al enterarse de la negativa de don Mateo a ayudarles, los novios decidieron retrasar el enlace, querían ahorrar para tener su propio hogar.

Amelia se desahogó con los hijos varones, estos prometieron colaborar. Justificaron la actitud paterna para no preocuparla; era un hombre mayor y resultaba lógico que pensara en la vejez de ambos. Rafael entregó los ahorros que aún guardaba, se reservó el importe para regresar a Argentina y, así, comunicó sus intenciones a la madre. Esta se llevó un gran disgusto y aseguró, entre lágrimas, que no le dejaría marcharse otra vez. «Piense que allí me espera un futuro mejor que aquí, tendré más oportunidades y podré seguir enviando dinero para ayudarla», la consoló el hijo abrazándola.

Los dos hermanos comentaron a solas la decisión de don Mateo. El pequeño insistió en enviar dinero desde Buenos Aires, el mayor le tranquilizó, tras su marcha, hablaría con el padre, le exigiría dejar a Eulalia y le recordaría su obligación de mantener a las mujeres de la familia. «¿Pero, si no lo consigues, qué va a ser de ellas? No puedes tener esa carga tú solo, ahora eres un buen partido y seguro que también te casas pronto», respondió Rafael preocupado.

Matías intentó calmarle. Toñi no tardaría en irse. En cambio, la mayor, Puri permanecería soltera, ya había manifestado su desinterés por los varones afirmando no desear una relación como la de sus padres, y menos un marido que se acostara con la criada. Más religiosa aún que la madre, solo pensaba en asistir a misa y ayudar en la iglesia, pertenecía a varias cofradías. «Y si no trabaja, ¿de qué va a vivir?», preguntó Rafael. «De nosotros», fue la respuesta con sorna de su hermano. «Pero —añadió—, será una buena ayuda con madre cuando sea una anciana». En efecto, la mayor era el paño de lágrimas de Amelia y conocía la mala relación del matrimonio. Respecto a la pequeña, Loli, de apenas quince años, su carácter: divertida, un poco gamberra, ingeniosa y cruelmente cotilla, había atraído a Prudencio, el amigo de la infancia de Rafael. Solía acercarse a ella cuando se la encontraba por la calle y siempre reía a carcajadas los comentarios de la muchacha. «Acabarán juntos, es cuestión de tiempo», sentenció Matías.

Los problemas familiares no enturbiaron el bienestar de Rafael. La compañía de su hermanos, madre y abuela le hacía sentirse dichoso y, aunque el distanciamiento con su padre le disgustaba, disfrutaba tanto con el resto que olvidaba de inmediato sus penas. Para el joven, el servicio militar estaba siendo la mejor etapa de su vida. Poder abrazar a su madre, acompañarla a hacer recados cuando tenía tiempo libre, reír con sus hermanas, provocarlas y perseguirlas bromeando por la casa, pasear con su hermano mientras conversaban, ir al café juntos, salir con los amigos...

todas esas actividades le parecían fabulosas, más aún porque sabía que se acabarían pronto, en el momento que se licenciara y la fecha cada vez estaba más cercana.

Un mes antes de que eso ocurriera, Amelia le suplicó que no se fuera y que finalizara sus estudios. Su respuesta fue que se veía mayor para acabar el bachillerato y luego ir a la Universidad. Además, hacerlo suponía solicitar más dinero al padre, Rafael se mostró demasiado orgulloso, no pensaba pedirselo. La madre le propuso vender sus joyas. El hijo se negó a permitir una cosa así y le rogó que no insistiera, ya había aceptado el trabajo del señor Fabián. Al parecer, su sobrino Tomás y su mujer Inés tenían previsto regresar a España cuando él llegara.

Por fin, se licenció, una semana después emprendía el viaje a su nueva vida. No quiso demorarlo, sabía que si lo hacía, no sería capaz de abandonar otra vez a su madre y a su abuela. Esta vez no huía, podía despedirse de ellas y casi fue peor.

También intentó hablar con su padre, don Mateo se negó. Le escribió una carta y se la dio a Matías con la intención de que este se la leyera, si se la daba en mano, lo más seguro es que la rompiera. El mayor prometió que lo haría así.

La madre y los hermanos le acompañaron a la estación, aseguró que les escribiría todas las semanas y mandaría dinero para la boda de Toñi, que se celebraría el verano siguiente. Esta le besó con mucho cariño ante aquel comentario. Incluso su amigo Prudencio, con el que había retomado la amistad de la infancia, se acercó a despedirle, aunque estuvo más interesado en Loli.



## Capítulo IX

1949

Por la mañana temprano, el comisario Esquivel se dirigió de nuevo a la Estación de Retiro, estuvo dando vueltas por los alrededores sin saber lo que buscaba. Más tarde, preocupado con la investigación, se encaminó hacia la Comisaría 25 en la avenida Canning, quería ver el lugar donde había aparecido el segundo cadáver hacía más de un año. No pensaba hablar con los policías, solo observar el lugar.

La avenida en el barrio de Palermo era muy conocida y siempre había gente, se confundiría entre los transeúntes. Como había pensado, paseó por la zona fijándose en todos los edificios, tiendas, oficinas. De repente, la casa pegada a la Comisaría llamó su atención a pesar de su apariencia de deshabitada, una pequeña y disimulada placa en la que ponía SARE, Sociedad Argentina de Recepción de Europeos, le hizo detenerse. No había oído nunca hablar de esa sociedad. ¿Y si la víctima se dirigía allí a pedir ayuda? No lo podía descartar. Sin dudarlo, llamó, parecía solitaria, no se oía un ruido y todo aparentaba tranquilidad. Se abrió la puerta. Un hombre que podía ser el portero, sin apenas permitirle ver el interior ni dejarle pasar, le preguntó qué deseaba. El comisario no sabía qué deseaba, pudo haber dicho información y haber enseñado su identificación policial, sin embargo, no lo hizo. Casi sin pensar respondió:

—Tengo familia en Europa, a la que me gustaría traer a Argentina, desde que acabó la guerra, les mando dinero, pero sus condiciones son...

—Aquí no podemos ayudarle —le interrumpió el hombre de malos modos—, tendrá que dirigirse a Dirección Nacional de Migración.

—¿No se ocupan ustedes de la recepción de europeos? Ellos son europeos.

—Lo siento, ya le he dicho que aquí no podemos ayudarle. Diríjase a algún organismo oficial, nosotros somos una sociedad privada.

—Pero... —No pudo acabar la frase.

—Adiós, buenos días. —El portero sin dejarle hablar, cerró la puerta.

Esquivel estaba de nuevo animado, aquella reacción acabó con su abatimiento. Ya tenía algo por dónde seguir. ¡Una oficina dedicada a la recepción de europeos en la que no daban información! El hombre que le había atendido podía ser un antipático o tener un mal día, pero la discreción del lugar le hacía sospechar, solo había que ver el Hotel de Inmigrantes y la diferencia con esa oficina

donde no había nadie. Averiguaría quiénes eran y qué hacían. Necesitaba a Bustos. Tenía que hablar con su ayudante de inmediato.

Al llegar al despacho, se encontró una persona esperándole, era el hombre de la boletería de la estación de Retiro. Esquivel le dio las gracias por su presencia y le invitó a sentarse. Le preguntó si recordaba el crimen cometido hacía dos años, en el cuarenta y siete, en los baños de la estación. El hombre se acordaba perfectamente del individuo que habían asesinado, incluso recordaba a dónde quería ir.

—¿Y a dónde iba? —interrumpió el comisario.

—A La Falda, pero le expliqué que debía pasar por Córdoba y esperar allí el enlace. No hablaba español y tuve que escribirle el tiempo de espera en números en una libreta que él me dio. Me costó tanto hacerle entender que debía tomar otro ferrocarril que por eso me acuerdo con tanto detalle. —Explicó.

—¿Sabe usted que idioma hablaba?

—Parecía alemán. Pero no le pregunté.

—¿Le identificó usted?

—No, simplemente, supe los datos que le he dado, no sé su nombre ni quién era.

—¿Habló con los policías que investigaron el crimen?

—Pues eso es lo curioso, y por eso he venido tan rápido cuando me enteré que había preguntado por mí..., hasta ahora nadie me había tomado declaración.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando descubrieron el cadáver, se armó un gran alboroto. Todos nos acercamos a ver qué ocurría y yo reconocí de inmediato al hombre, le había vendido un boleto. Quise decírselo a los primeros policías que llegaron, pero me respondieron que ellos estaban allá para que nadie se acercase al lugar del crimen, añadieron que, probablemente, algún oficial me interrogaría, que no me moviera de la estación. Esperé bastante tiempo, iban y venían muchas personas, supongo que eran policías, nadie se acercó a mí. Al final, se llevaron al individuo, todos los agentes se marcharon, limpiaron, y a mí, nadie me preguntó. Extrañado, hablé con mi jefe, él me propuso acercarme a la comisaría al día siguiente y dar la información que tenía. Así lo hice, pero allá me explicaron que ya no se ocupaban de esa investigación, que no me preocupara, desde Jefatura mandarían a alguien para tomarme declaración. ¡Y de esto hace casi dos años!

—Disculpe, ¿está seguro que dijeron Jefatura?

—Creo recordar que esa era la palabra, pero hace tanto tiempo que puedo haberme equivocado. Lo que no he olvidado era a dónde se dirigía el tipo.

Esquivel llamó a su ayudante e hizo que el hombre contara de nuevo lo que recordaba. Bustos

tomaba nota y, de vez en cuando, hacía una nueva pregunta. Se despidieron de él agradeciéndole su colaboración, los datos aportados les ayudaban mucho en el caso.

El comisario se disponía a informar al suboficial sobre su descubrimiento de la extraña sociedad de la calle Canning, cuando le avisaron de que el Jefe de Investigaciones quería verle.

Hacía días que esperaba la entrevista y Esquivel estaba preparado para ello, probablemente le quitarían el caso y sería archivado, como había pasado con los anteriores asesinatos. Al entrar, vio que su jefe no estaba solo. Su superior les presentó: «Capitán Cardozo, de la Coordinación de Informaciones de Estado». El comisario pensó que, si la CIDE participaba, la reunión iba a ser peor de lo que había imaginado, pero no dijo nada. Tras los saludos, su superior añadió:

—Esquivel, está usted llevando una investigación de la que yo no he sido informado.

—No sé a qué se refiere —afirmó con rotundidad el comisario—. De todas mis investigaciones ha sido debidamente informado, nunca he dejado de entregar un expediente.

—Pues lleva usted un caso que yo creía cerrado, el informe llegó firmado por otro oficial, ¿cómo explica usted eso?

—Eso es imposible, yo no suelo intervenir en los casos de mis compañeros...

El jefe le alargó unos documentos con brusquedad, Esquivel los agarró buscando la última hoja. Comprobó que no era su firma. Luego volvió al principio y leyó con tranquilidad los primeros renglones. En ese momento pareció descubrir algo.

—Lo siento, señor —dijo—. En efecto este no es el informe que yo firmé, es el del oficial que tomó declaración a los testigos. No sé qué ha podido ocurrir. Probablemente confundí el firmado por mí con este y se lo hice llegar equivocadamente. Perdone la negligencia. Tuvo que suceder así. El asesinato se cometió el domingo por la tarde, estuve trabajando toda la noche y estaba cansado, no encuentro otra explicación —respondió el comisario que parecía realmente abatido.

—Y por qué se quedó usted toda la noche mirando los archivos. —Preguntó el jefe con superioridad demostrando que sabía lo que había hecho.

—Buscaba si había algún caso anterior que pudiera relacionarse con este. —Respondió Esquivel con humildad.

—¿Y lo encontró? —El jefe parecía muy molesto con la respuesta.

—No, señor, no he encontrado ninguna similitud con otros sucesos acaecidos en el puerto —mintió a medias, quería descubrir hasta dónde iba a llegar su superior—. Pero le pido de nuevo disculpas por mi negligencia.

—¿Y ha encontrado alguno con similitudes y que no hubiera ocurrido en el puerto? —El capitán Cardozo hizo la pregunta interrumpiendo al Jefe de Investigaciones.

—Me pareció encontrar otros dos sucesos acá en la ciudad de Buenos Aires. Al

mirarlos con detenimiento, observé que tenían más diferencias que coincidencias, así que los devolví al archivo.

—¿Qué diferencias? —El capitán Cardozo volvió a preguntar sin dejar intervenir al jefe.

—Pues conocemos la identidad de la víctima del puerto. Y las otras que me parecieron coincidentes eran vagabundos sin identificar —afirmó con seguridad el comisario, obviando adrede lo más evidente, la manera en la que habían sido asesinados.

—Es raro en usted, este error Esquivel. —Intervino el superior rápidamente antes de que volvieran a interrumpirle, mirando con desconfianza al comisario aunque sin atreverse a poner en duda su excusa—. El informe que ha llegado a esta oficina es un ajuste de cuentas entre marineros ya cerrado. Y, ahora, nos hemos encontrado que hay un comisario de Investigaciones dedicado a ello.

—Lo siento, señor. —Esquivel aparentaba auténtica preocupación.

—De acuerdo, ha cometido usted un error que podemos corregir a tiempo. Ahora quiero conocer qué ha adelantado. —Respondió con superioridad, disfrutaba repitiendo a sus subordinados las faltas cometidas.

—Hay muy poca cosa, señor. Ciertamente no hemos avanzado nada. Supongo que estaban esperando a la víctima —lo dijo con tranquilidad, como si fuera una mera posibilidad, pero el comisario observó la cara de sus interlocutores, había acertado—. Lo que me pregunto es si le esperaban a él o, por el contrario, a cualquiera que pasara en ese momento cerca de los asesinos. —Notó que sus interlocutores se relajaban—. Sabemos que estos no eran miembros de las tripulaciones de los barcos atracados, por lo que es de suponer que fueran de acá, aunque también podían haber llegado días antes y estar desesperados, por eso robaron todas sus pertenencias a la víctima, sin embargo, no se llevaron nada de valor. El capitán aseguró que el fallecido no pudo pagar el pasaje y, a cambio, se ofreció como mecánico, por tanto no tenía dinero. Al no poseer una descripción clara de los criminales, no podemos identificarles ni llegar a unas conclusiones más acertadas. En realidad, solo sabemos el nombre de la víctima, país de nacimiento y origen.

—Yo le informaré más extensamente a ese respecto. —El comisario le miró extrañado, sin decir nada—. Sin embargo, antes debo recordarle que lo que se habla en este despacho es secreto y no puede comentarlo con nadie. Y muy especialmente lo que voy a contarle. No podrá jamás referirlo a nadie ajeno a la investigación. ¿Queda claro? Es un orden.

Esquivel asintió, permaneció en silencio, asombrado ante la absurda advertencia.

—Dígame, comisario, es usted de origen español, ¿no es así?

—Sí, señor, mi padre nació en España. —Afirmó. La pregunta le pareció muy rara, sin

embargo no lo demostró.

—Eso he visto en su ficha. Lo que me lleva a suponer que durante la Guerra Mundial usted no estaría sentimentalmente implicado a favor de un bando u otro, aunque tuviera su favorito.

No contestó, no comprendía a dónde quería llegar su interlocutor.

—Imagino que no entiende mi comentario —añadió el Jefe de Investigaciones intuyendo lo que pensaba y mirando fijamente al comisario Esquivel cuyo rostro seguía imperturbable—. Antes de revelar ciertos secretos, necesito saber que no le mueven absurdas sensiblerías y que, ante todo, usted es un patriota.

—Lo soy, señor.

—De acuerdo, entonces le voy a desvelar algo que conocen muy pocas personas —calló unos segundos—. El Gobierno argentino está dando refugio a ciertos europeos que, tras la guerra, se han quedado en la más absoluta indigencia. Lo que hacemos, no solo lo hacemos por humanidad, debo reconocer que también tenemos nuestros intereses. Esos europeos a los que me refiero son refugiados, pero no son simples refugiados, son refugiados que queremos todos —hizo un alto en su discurso y miró al comisario, este seguía atento sin decir nada y sin mostrar ninguna alteración—. La mayoría son ingenieros, matemáticos, profesores, físicos, químicos..., sin ninguna significación política ni actividad militar durante la guerra, y necesarios para nuestro país, para ayudar a formar a nuestros jóvenes y convertir a Argentina en una potencia. Le puedo asegurar que no hacemos nada que no estén también haciendo norteamericanos y rusos, aunque estos últimos parece que... a la fuerza —sonrió—. En cualquier caso, estamos protegiendo a ciertos «cerebros». Los argentinos hemos escondido a algunos y digo esconder porque no queremos que eso se sepa. En primer lugar, porque somos un país formado por ciudadanos de procedencias muy distintas, de todas partes del mundo, y no deseamos enfrentarles también aquí como hace poco se enfrentaron en el campo de batalla. Pero también, y esto es lo más importante, para que no lo sepan los servicios secretos de otras naciones.

El Jefe calló. El capitán Cardozo parecía incómodo y cambió de postura en su asiento, sin dejar de mirar al comisario concienzudamente. Esquivel no se movió, permaneció sentado donde le habían indicado, siguiendo atentamente las explicaciones.

—El señor Solberg no es, no era —se corrigió—, noruego ni mecánico, ni tampoco ese era su nombre —continuó el superior—. Se llamaba Walter Blume, un ingeniero aeronáutico alemán que traía unos importantes diseños de un proyecto para desarrollar acá. Nosotros nos ocupamos de ayudarlo a llegar, aunque, al parecer, sin éxito. ¿Sabe usted algo de aeronáutica, comisario Esquivel?

—Lo cierto es que no sé nada, señor.

—No importa, solo necesita saber que Blume era un excelente ingeniero y sus aeronaves aún se fabrican, pero rusos, americanos e ingleses no quieren que realice su trabajo si no es para ellos. Les hemos ocultado a todos los servicios secretos su llegada. Sin embargo, está claro que alguien se ha enterado... Quiero que busque a sus asesinos y sobre todo que encuentre los diseños que le robaron, cuando lo haga, debe estar acompañado del capitán Cardozo, él se hará cargo de los documentos. Hasta ahora era la Agencia de Inteligencia quien llevaba este caso. Yo les he convencido para que usted les ayude..., ya que ha empezado. Les he dicho que es uno de los mejores investigadores de mi departamento. No me deje en mal lugar —sonrió más amablemente—. Desde este momento, no tendrá otro trabajo, solo encontrar la documentación perdida. El Gobierno la necesita y el Ministro de Gobierno le transmite su más vivo interés en este asunto. Cardozo será nuestro enlace con el ministerio.

—Sí, señor.

—¿Alguna pregunta? —se interesó dando por finalizada la reunión.

—Más que una pregunta, una aclaración, señor. Había barcos de diferentes nacionalidades amarrados cerca de donde se cometió el crimen, aunque investigamos a todo el mundo, es posible que esos documentos hayan salido en alguno de ellos hace días si, como dice, interesaban a otros países.

—No, los asesinos y su botín no iban en ninguno de esos barcos. —Intervino Cardozo con prepotencia.

—¿Está usted seguro? —Preguntó el comisario haciendo notar que dudaba de su afirmación.

—Muy seguro, aunque no le voy a poder explicar por qué, entenderá que no le desvele cómo nos hemos enterado, simplemente le diré que hay agentes que nos lo han confirmado. Para ayudarle a comprender lo que sabemos, si los diseños estuvieran en poder de otro país, ya nos habríamos enterado, incluso si los estuvieran desarrollando.

—Respondió el capitán engreído.

—Bien —intervino de nuevo el Jefe—, dado que ya he puesto en su conocimiento toda la información de la que disponemos. Les dejo que se vayan a trabajar de inmediato. Acomodará al capitán cerca de su despacho, y también le explicará usted los pasos que se han dado.

Esquivel saludó y salió acompañado de Cardozo.

La oficina de Coordinación de Informaciones de Estado, la CIDE, había sido creada en 1946, con la llegada de los peronistas al poder. Hasta ese momento cada ejército tenía su propio servicio de

inteligencia, ahora se habían fusionado creando uno solo. A los investigadores de la policía no les gustaba colaborar con ellos, cuando esto sucedía, los éxitos siempre eran de los servicios de información y los fracasos de los policías. A Esquivel, además, les disgustaban especialmente, sentía que no estaban tanto al servicio del Estado, como al servicio de Perón, personaje que no era de su agrado, ni él, ni su discurso político. El comisario rechazaba los populismos y a sus representantes, pensaba que los líderes populistas eran los culpables de la guerra europea y no simpatizaba con ninguno. Sin embargo, su esposa —La Negra, como la llamaba cariñosamente— y su familia se mostraban partidarios acérrimos del presidente y más aún de Eva Duarte, a la que adoraban. No se podía decir nada en contra del gobierno delante de ellos, menos aún desde que se había concedido el voto a las mujeres. La Negra había ido a la Plaza de Mayo para vitorear a Evita. Su mujer había escuchado que, en los círculos de la alta sociedad, se despreciaba a la primera dama por su origen, su profesión de actriz y su «relación» con el coronel antes de casarse. Eso la había hecho más atractiva a sus ojos. Había llegado incluso a discutir violentamente con su mejor amiga cuando esta acusó al gobierno de haber sido simpatizante de Hitler y los nazis.

El comisario cambió de pensamiento, recordó que, desde el primer momento, su ayudante había intuido que el asesinato de la estación se intentaba cerrar sin resolverse. Ahora, no era una intuición, sino una certeza que la CIDE investigaba esos crímenes, por eso los policías habían sido apartados. Su postura sería la de colaborar, pero hasta no estar seguro de que trabajaban en la misma dirección, no les revelaría por completo sus pesquisas. No iba a consentir que les utilizaran y luego se llevaran el éxito. Además, le había molestado que se sirvieran del patriotismo para darle información. Él siempre había permanecido al servicio del Estado por encima de cualquier gobierno y no iba a cambiar ahora.

Molesto ante la idea de tener a un espía vigilándole, se fijó detenidamente en el capitán, sin llamar su atención. Cardozo era un hombre alto, como él, pero mucho más delgado, llevaba bigotito a la moda y se le veía aspecto cuidado y distinguido. Tanto por su ropa como por su corte de pelo y afeitado, iba a desentonar mucho con Bustos, el comisario sonrió ante el pensamiento, olvidando la preocupación anterior.

El suboficial vio llegar a su jefe acompañado, pero no mostró extrañeza. Cardozo entró en el despacho y Esquivel les presentó. Le comentó que el capitán ayudaría en la investigación del asesinato en el puerto y le rogó que enviara el expediente de dicho caso a Jefatura, él había cometido un error mandando el de los agentes que descubrieron el crimen. El suboficial le miró avergonzado, se mostró desconcertado y nervioso, era la primera vez que pasaba algo así, comentó. El comisario no le dejó seguir.

—Tenemos que llevar este caso con total discreción —aseguró Esquivel interrumpiendo al suboficial—. Solo nos vamos a encargar nosotros, y nadie debe sospechar lo que estamos investigando. En primer lugar, Bustos, le contaré la información que tenemos. El

fallecido no era noruego, sino alemán, se llamaba Walter Blume y su profesión, ingeniero aeronáutico, no mecánico. Entre las pertenencias que le robaron, había unos diseños que, por lo visto, interesarían mucho a los servicios secretos de otros países. Por tanto seguiremos llamándole Harald Solberg y diremos que era noruego.

—¿Podemos pensar, entonces, que alguno de esos servicios secretos tienen algo que ver con el asesinato? —Preguntó Bustos.

—No, Inteligencia ya lo sabría. —Añadió Cardozo molesto por la continua alusión a los servicios de inteligencia extranjeros.

—¿Alguna pregunta más, Bustos? —y casi sin interrupción el comisario Esquivel se dirigió a Cardozo— ¿Qué nos puede contar usted?

Recordó su pensamiento cuando regresaba del despacho de su jefe, se fijó en el contraste entre el capitán y su ayudante. Bustos era bajito y poco cuidadoso en su vestimenta, desarreglado, su ropa sin planchar y demasiado grande hubiera hecho pensar que el suboficial era un soltero descuidado. Sin embargo, estaba casado y muy enamorado de una atractiva mujer que se gastaba todo su sueldo en caprichos y que, en ocasiones, desaparecía durante días de la casa. La vida conyugal de Bustos no era la más idílica. Al comisario no le importaba en absoluto, era el mejor policía que conocía, sabía que podía confiar en él, antes se dejaría matar que fallar a su superior, y solo le fallaría por su mujer.

Por el contrario, Cardozo iba bien vestido, con un traje a medida, el pelo engominado y oliendo a agua de colonia. Al capitán se le notaba que no confiaba en los policías, no les había dado toda la información de la que disponía sugiriendo que era reservada. Tampoco los policías confiaban en él.

—Comisario, es importante que nos centremos en lo robado a Solberg. —El oficial habló con timidez, evitando dar respuesta a una pregunta tan directa.

—Así es, Bustos, los documentos que buscamos solo puede verlos el capitán Cardozo.

Nadie respondió. El comisario, entonces, decidió marcar los pasos a seguir.

—Dado que esos documentos son prioritarios, deberíamos interrogar a los delincuentes habituales, ellos tienen que haber oído algo sobre el robo, son los primeros en conocer cualquier acto delictivo, antes que nosotros, los policías. —Explicó dirigiéndose al capitán.

A continuación propuso empezar por los fichados en la comisaría del puerto. Luego seguirían con el resto. Cardozo pareció contento con la medida. Bustos sería el encargado de traer los informes desde las diferentes comisarías para que el capitán y Esquivel los fueran leyendo, también se ocuparía de los interrogatorios, de esta manera nadie sabría que la CIDE participaba en la investigación. Al militar le complació la propuesta. En realidad, el comisario estaba dando libertad a Bustos para ocuparse de otras pistas sin que el capitán lo supiera.



Se dio por terminada la primera reunión. El jefe policial entró en su despacho, deseaba comprobar si tenía algún recado encima de la mesa antes de ir a comer. Cardozo se despidió, volvería después de la comida. Esquivel se ofreció a llevar a su ayudante a su domicilio, este aceptó. El capitán de inteligencia pensó que al suboficial le iba a caer una regañina, desde su llegada había comprendido que el error cometido con el cambio de informes había sido culpa de este y el comisario no había querido delatarle. Se fue contento, convencido de que los dos eran muy elementales y podrían utilizarles muy bien para sus fines. No entendía por qué tenían tanta buena fama como investigadores.

En el auto, el comisario habló con su ayudante de trivialidades, al llegar a la casa, ambos se bajaron y el jefe le contó con detalle lo que se había hablado en la reunión, tenía total confianza en Bustos y quería que supiera lo mismo que él, al fin y al cabo también trabajaba en la investigación. Cuando acabó el relato añadió:

—No he dicho al Jefe de Investigaciones que fue usted quien mandó el informe del otro oficial a Jefatura —no esperó la respuesta del suboficial—. Y lo hizo adrede ¿verdad? —tampoco esperó respuesta—. Hizo bien —Bustos le miró extrañado—. Tenía usted razón, no querían que investigáramos el caso del año pasado, de hecho no creo que esté cerrado. Juraría que lo lleva la CIDE y el capitán Cardozo se ocupa. Lo que no entiendo es por qué ahora nos piden ayuda... Desde luego, ocultan información, estoy seguro de ello, han impedido que relacionemos los casos anteriores con este, así que las averiguaciones sobre las otras víctimas también se las ocultaremos a ellos hasta saber qué está ocurriendo. Desde ahora hablaremos del caso fuera de la oficina y siempre en lugares abiertos. Hemos hecho bien en no tener allí toda la documentación, solo la que queremos que conozcan.

—Gracias, señor —respondió Bustos—, por su confianza y... —el suboficial calló, estaba emocionado y no quería que se le notara, tragó saliva y cambió de tema—. Ahora ya no tiene sentido nuestra conclusión, si los cuatro crímenes han sido cometidos por las mismas personas y en todos los casos les han robado documentos importantes...

—A qué se refiere —preguntó distraído Esquivel.

—Si la CIDE está interesada en detener a los asesinos, como así parece, y si los homicidas estuvieran utilizando o vendiendo los pasaportes, visados o cualquier documentación de los muertos, ya habrían detenido a los que los hubieran usado, ¿no cree? Y eso les hubiera llevado a localizar a los criminales.

—¡Es cierto!

—Además, en el caso de Harald Solberg sabemos que ese no era su nombre, ni su profesión, ni su origen. Y dado que esa información nos la ha facilitado el propio

servicio de inteligencia, habría que pensar que su nueva identidad se la habíamos dado nosotros, los argentinos.

—Por lo que nuestra teoría de que estuvieran matando para robarles sus documentaciones o visados no tendría sentido dado que quienes las utilizaran serían rápidamente detectados por Inteligencia. —Añadió el comisario.

—Así es. Entonces tendríamos que preguntarnos qué papeles tan importantes para la CIDE traían esos hombres, que les matan para quitárselos... Sabemos que los de Solberg eran diseños de aviones, pero ¿y los otros?

—Esa pregunta nos plantea nuevas dudas. Los personajes interesan a otros países, así me lo dijeron, sin embargo los papeles que traen y que les roban, no están en poder de ningún gobierno extranjero, también lo dijo Cardozo. Luego ¿los ladrones tienen que estar en Argentina?

—A no ser que el caso de Harald Solberg no tenga nada que ver con los anteriores, como pretenden hacernos creer. —Aseguró el suboficial.

—Yo no lo creo, imagino que usted tampoco, ¿no es cierto? —preguntó el comisario aunque no esperaba una respuesta—. Sin embargo, mantengamos esa opción también abierta. Por lo pronto, sabemos que una de las víctimas iba a La Falda pasando por Córdoba y que la última era ingeniero aeronáutico.

Ambos como un resorte dijeron a la vez:

—¡La Fábrica Militar de Aviones!

—Eso es, Bustos. Tengo que ir a Córdoba y visitar esa fábrica, como sea, quizá por ahí pueda encontrar alguna pista. Por supuesto, no le diré nada a Cardozo. El próximo viernes saldré por la noche, e intentaré estar de regreso el lunes. Ya me buscaré una excusa a mi vuelta.

—Piensa usted que, si los documentos robados eran de esa fábrica, ¿se lo van a decir?

—Se preocupó el suboficial.

—No, no pienso nada de eso, ni siquiera sé lo que me voy a encontrar allá. Pero sigue fastidiándome que me traten de idiota. Está pasando algo y de arriba nos ocultan datos, tampoco entiendo muy bien por qué quieren que colaboremos con la CIDE si no nos cuentan toda la verdad.

—Quizá sea cierto que necesitan ayuda.

—Pues que nos digan qué está pasando, qué callan y por qué. Con el primer caso que llegó a nuestras manos, realmente pensé que no habría mucho que investigar y que usted veía conspiraciones por todas partes. Ahora creo que tenía razón y que no debemos parar. —De pronto recordó algo—. Por cierto, esta mañana, antes de irme a la reunión con el Jefe quería contarle una cosa y casi se me olvida. Hoy, me he acercado temprano a

la calle Canning, y qué cree usted que he descubierto pegado a la Comisaría 25.

—No lo sé, señor.

—La Sociedad Argentina de Recepción de Europeos. Quiero que investigue esa sociedad, quiénes son y quién la patrocina. Por supuesto, Cardozo no debe saberlo. Le vamos a entretener con muchos interrogatorios.

Por la tarde, los tres tuvieron una nueva reunión. Esquivel dijo que también existía la posibilidad de que los asesinos fueran extranjeros, dado el interés de otros países en los documentos robados. Estaría bien controlar las entradas y salidas en esas fechas de extranjeros varones entre 20 y 40 años, altos, fuertes y con aspecto de nórdicos, y hacer un seguimiento de aquellos que presentaran coincidencias con esa descripción. Cardozo se adjudicó el trabajo.

—Deberíamos visitar todos los hoteles cercanos al puerto, así como pensiones y alojamientos. Los más discretos y los que menos quieran ayudarnos son los que nos interesan. Bustos, también ocúpese de eso.

—Yo le ayudaré —se ofreció de nuevo Cardozo—, en esos lugares no tengo por qué decir quién soy, simplemente pareceré un policía más.

—De acuerdo, como prefiera. Otra cosa, en su momento interrogamos a la tripulación de todos los barcos que se encontraban amarrados, pero no se nos ocurrió preguntar a los ocupantes de los barcos deportivos, ni de los pesqueros, por no estar en la misma zona. Deberíamos ver quiénes salieron del puerto ese día, después del asesinato, o al día siguiente, sobre todo en dirección a otro país. Eso lo haré yo.

El comisario Esquivel se encontraba animado, por fin sabía cómo continuar su investigación. Se dirigió a casa, no diría nada de su próximo viaje hasta el mismo día de partida. Mientras tanto sacaría el boleto para Córdoba. Al llegar, su esposa le tenía otra sorpresa. Ya sabía a qué lugar de la provincia de Córdoba podía dirigirse un alemán. Esquivel conocía la respuesta y no estaba dispuesto a hacerla mucho caso. Tampoco iba a contarla lo que había descubierto. Sin embargo, ella insistió, le explicó que, después de hablar con su amiga, había encontrado el lugar más idóneo para encontrarse alemanes. Sin dejar que su marido interviniera, le soltó:

—El hotel *Eden* en La Falda.

—¿De qué hablás? —Preguntó el esposo intrigado, era el destino al que se dirigía una de las víctimas, el empleado de la estación recordaba el lugar exacto con toda seguridad.

—Es la respuesta a tu pregunta de ayer. A dónde iría un alemán que se dirigiera a la provincia de Córdoba. Pues al hotel *Eden*.

—Y ¿por qué ahí? —aún seguía sorprendido de la respuesta de su mujer, además, el nombre del hotel no le resultaba del todo desconocido.

—Querido, sos increíble, ¿de verdad no sabés de qué te hablo?

—No.

—El hotel *Eden*, un lugar donde iba la gente más adinerada del mundo. No puedo creer que no lo conozcas. Dicen que allí recalán muchos huidos de Europa.

—¿Y cómo te enteraste de todo eso?

—Porque leo las revistas, esas que no te gustan y que llamás de mujeres —rio ella presumiendo delante de su marido, al demostrarle que no perdía el tiempo con sus lecturas.

—¿Y cómo te acordás de la existencia de ese hotel?

—¿Qué me voy a acordar! Yo aprendo de vos. Me preguntaste sobre Córdoba y lo que podía interesar allá, pensé hablar de eso a mi amiga disimuladamente. El año pasado estuvo en ese mismo lugar de vacaciones, unas semanas a principios de octubre, así que la llamé y le pregunté dónde me recomendaba ir y qué visitar y así salió el nombre. Incluso recordé que cuando estuvieron por primera vez había muchos alemanes y me confirmó que ahora también.

—Así que tu amiga te ha dado el nombre.

—Sí, —contestó ufana su esposa— no te fijás en nada. Ella y su marido acababan de regresar de La Falda cuando salimos a cenar y a ver a Antonio. Fue la misma noche que nos encontramos a Bustos cerca del Colón.

—¿Sabés que tenés razón? Ese hotel hay que tenerlo en cuenta.

El comisario sacó billete para Córdoba, el sábado visitaría la Fábrica de Aviones y el domingo por la mañana se acercaría a La Falda. Le hubiera gustado alojarse en el hotel *Eden*, fue imposible, los precios eran muy elevado y estaba lleno, pensó que, a punto de empezar la primavera, y sin ser temporada de vacaciones, resultaba una suerte para sus propietarios.

La semana pasó rápido. Bustos traía las declaraciones de todos los ladrones y vagabundos que interrogaban en las diferentes comisarías, Cardozo y Esquivel las leían sin encontrar ninguna pista. Tampoco hallaron ningún alojamiento donde hubiera habido huéspedes con la descripción de los asesinos. Aunque Esquivel sí dio con un barco deportivo, procedente de Montevideo, que había sufrido un accidente el día anterior de la llegada de Solberg y había regresado a su lugar de origen horas después del asesinato. Cardozo dijo que lo investigaría Inteligencia, de manera que no se enterasen las autoridades uruguayas de lo que andaban buscando, entre los diferentes «cuerpos de policías hay que dar demasiadas explicaciones», añadió. Esquivel aceptó la propuesta sin ninguna objeción, ante la mirada atónita de Bustos que también estaba encargado de averiguar todo sobre el hotel *Eden*. Cardozo, por supuesto, tampoco fue informado de esa investigación.



## Capítulo X

1927

El regreso de Rafael a Buenos Aires resultó menos complicado que su primer viaje. En esta ocasión no tuvo que pasar por el Hotel de Inmigrantes. La familia Ramos se había ocupado de su visado y de su contrato laboral.

A pesar de haber residido en el país cerca de tres años, el muchacho apenas conocía la ciudad en la que se iba establecer, aunque guardaba un grato recuerdo de la primera impresión, como lo guardaba de la señora Ángela y del señor Fabián, en cuya tienda trabajaría. Su madre se había carteadado con ellos rogándoles que le protegieran. También les mandaba unos regalos: «Para que te traten bien, hijo», le había dicho cuando se los hizo guardar, comentario que había producido mucha ternura al joven. Este miró con simpatía el queso, los chorizos y los elegantes abanicos de *Casa Diego* para las damas. En su misiva, Amelia les explicaba que su marido, hombre muy recto y de fuertes convicciones religiosas, no perdonaba al chico, un verdadero rebelde durante su adolescencia, como ya sabían por el propio interesado. Ella, sin embargo, se sentía muy orgullosa de Rafita, había cambiado mucho y se había convertido en un hombre de provecho, por eso les rogaba que no se mostraran tan estrictos como el padre, ayudándole a mejorarse. Por último, solicitaba que la escribieran para mantenerla informada de cualquier molestia que les produjera. La señora Ángela no pudo evitar comentar con Inés: «Sí, sí, muy estricto y muy religioso, pero bien que se acostó con la criada, ¡pobre mujer que vive en la ignorancia!».

La alegría del encuentro quedó rota al leer Rafael una carta que, emocionada, le entregó Ángela. La remitía su hermano y había llegado antes que él. La señora se la dio con alegría, le parecía un detalle muy afectuoso que le hubiera escrito mientras estaban todavía juntos. Sin embargo, la cara del nuevo aprendiz demostró que se equivocaba, aunque no supo el motivo.

Rafael no podía explicar a nadie lo que Matías contaba. Este, intentando la reconciliación padre e hijo, fue a ver al primero el mismo día que su hermano pequeño le entregó la nota dirigida a don Mateo. Y, como había prometido, la leyó en voz alta. Al llegar al tercer renglón, el señor Bernal se negó a seguir escuchando. Entre lágrimas, confirmó que continuaba en relación con Eulalia, que pagaba el piso donde vivía y todos sus gastos porque era culpable de haberla convertido «en una desgraciada». Tras la confesión y ya calmado, se mostró de nuevo ofendido. Acusó a su hijo pequeño de haber engañado a la criada y, además, «de hacer otras cosas terribles», cosas que no

quiso explicar pero que eran motivo suficiente para no perdonarle nunca, añadiendo que no volvería a verle ni a hablarle. Matías, en vista del fracaso, prefirió escribirle a casa de sus amigos antes que amargarle los últimos días en familia. Terminaba asegurando que el padre se había convertido en un pelele en manos de Eulalia, incluso afirmaba que estaba «encoñado».

Hubo otro motivo que ensombreció el regreso de Rafael. Inés y Tomás, solo quince días más tarde, volvían definitivamente a España, a pesar de que conocía la noticia, no esperaba que fuera tan pronto. Ángela, triste por la partida de sus sobrinos, se había consolado con la llegada del joven. La mujer no había podido tener descendencia y su desarrollado instinto maternal le hacía preocuparse por los demás. La carta de Amelia Torres, rogándoles que vigilaran y ampararan a su hijo, la hizo creer que recibía permiso para comportarse como una madre..., y pensaba ejercer como tal. Por lo pronto, había buscado una habitación al muchacho en una casa de huéspedes en el Once. Un barrio de trabajadores, elegido porque tenía buenos alojamientos y no era muy caro, además no estaba lejos de la tienda y la patrona era su amiga.

Tras la partida de los sobrinos, los jefes le invitaron un domingo a comer. Rafael declinó la invitación, le daba vergüenza. Al cabo de unas semanas, volvieron a hacerlo, el muchacho se excusó, pero la insistencia de la señora Ángela, que se presentó en el trabajo para convencerle, le hizo aceptar. Unos meses más tarde, la comida de los domingos en casa de los señores Ramos se convirtió en una costumbre. El dependiente se presentaba a las doce del mediodía y departía con ellos como un hijo. A la mujer, que nunca había dejado a Fabián contarle nada sobre los asuntos laborales, le encantaban las historias del muchacho y se las hacía repetir. Así como que le hablara de los huéspedes de su alojamiento.

El aprendiz había comenzado su nueva vida profesional de inmediato. *La Argentina* era una tienda muy conocida, situada al comienzo de la calle Florida, entre sus habituales se encontraban esposas de jueces, abogados, médicos, políticos, ingenieros..., si no eran los más acaudalados, tenían una buena posición económica. El señor Fabián llevaba casi treinta años en el mismo lugar. Al principio, alquiló el local, con el tiempo, lo había comprado, así como la primera planta del edificio, aunque esta se utilizaba de almacén y apenas subían a ella los clientes, en su mayoría, mujeres.

Especializada en telas, tanto para la casa como para vestir, el almacén seguía manteniendo su espíritu modesto a pesar de las intenciones del dueño de crecer más. El señor Ramos sabía que podían expandirse y convertirse en un gran negocio, sin embargo, a sus cincuenta y tres años no se atrevía a comenzar solo esa aventura. Su sobrino Tomás había intentado ayudarle, pero su esposa Inés le había convencido para regresar a España. Esta decisión apenó bastante al tío que no había expresado sus sentimientos por no hacerles sentir culpables.

En el almacén trabajaban tres dependientes de la misma edad que el propietario, también con

ganas de llegar a la jubilación y no meterse en problemas. Por eso, la aparición de Rafael suponía, en cierta manera, una especie de renovación.

El joven español inició su trabajo como aprendiz y muchacho de los recados, a pesar de que ya era mayor para eso. Su altura, buena presencia y educación, además de su gran capacidad de aprendizaje e inteligencia, le convirtieron en vendedor pocos meses después. Pronto destacó como el mejor. Absorbía como una esponja, profundizaba en cualquier comentario de telas o tejidos, leía todo lo que caía en sus manos sobre la industria textil. Preguntaba a los fabricantes y, luego, transmitía sus conocimientos a los clientes, que preferían ser atendidos por una persona tan experta. Pronto distinguió todas las telas y estudió sus cualidades. Se compró un cuentahílos con el que estudiaba las tramas y urdimbres de cada tejido, así ningún fabricante le podía engañar. Llevaba la curiosa lupa en un bolsillo del chaleco y, en el otro, un reloj; ambos sujetos con sus respectivas cadenas.

En plena crisis económica del año veintinueve, en la que las ventas cayeron radicalmente y se despidió a dos trabajadores, el apenado señor Fabián comentó en la comida del domingo: «Con esta situación los que más sufrimos somos nosotros, Rafa, los que estamos en medio. Habrá menos ricos, pero los que queden tendrán más dinero. Los pobres seguirán siendo pobres y nosotros, los de en medio, también nos empobreceremos. Y no porque el dinero haya desaparecido, simplemente está en menos manos. La crisis solo sirve para que los millonarios sean pocos y tengan más». «Entonces, trabajemos para los ricos», respondió el joven. A continuación, propuso vender las telas más caras del mercado.

Lanas de alpaca y de cachemir, sedas italianas, encajes de Bruselas, damascos, terciopelos... llenaron los estantes de *La Argentina*. En los escaparates se colocaron maniqués femeninos vestidos de espléndidas telas junto a revistas con imágenes de modelos para copiar. En efecto, la idea triunfó, los tejidos expuestos fueron muy solicitados. Como predijo el señor Fabián, había menos ricos, pero los que aún lo eran, querían demostrarlo. La tienda empezó de nuevo a prosperar.

Cuando la economía mejoró, el joven pensó en hacer un saldillo con los retales sobrantes de temporadas pasadas. Personas que un año antes no hubieran entrado en la tienda, por sus precios, y antiguos clientes que ya no se lo podían permitir, se peleaban por lograr los tejidos, a veces, de tamaños absurdos. En vista del éxito, Rafael planteó tener un departamento permanente de saldos. Para no ofender a los clientes de dinero, se subía por el portal. Sin embargo, hasta las señoras más pudientes se pasaban por ahí de vez en cuando.

Listo y avezado en los negocios, al cabo de un tiempo, Rafael pasó a colaborar en los temas contables y a buscar mercados que fueran baratos y de calidad. Además, gracias al alemán aprendido en la estancia argentina y al francés del colegio, estableció contactos con clientes



originarios de esos países, ampliando el mercado.

Y, de nuevo, llegó la prosperidad. Se alquilaron las dos plantas restantes del edificio, que se habían quedado vacías tras la crisis mundial, aumentando la oferta textil.

En cinco años, Rafael se convirtió en encargado, el señor Ramos no podía haber encontrado nadie mejor, un chico ambicioso, con ganas de prosperar y, sobre todo, de seguir aprendiendo. Desde ese instante, empezó a engrandecer el almacén, todas sus ocurrencias resultaban buenas ideas. Convenció al señor Fabián para que comprara el edificio. A continuación, transformó la tienda totalmente, remodelando el interior para convertirlo en unos almacenes textiles y separando las secciones por pisos. Las telas para el hogar se situaron en la planta baja; las de hombre, en la primera y, en la segunda, tejidos para vestidos femeninos. La última seguía siendo el almacén y el departamento de saldos.

Telas de tapicería, para cortinas, visillos, sábanas, manteles, toallas... recibían a los clientes. En esa misma planta se abrió una sección de pasamanerías y botones: borlas, cintas, tiras bordadas, apliques de lentejuelas ampliaron la oferta y hubo que contratar más personal. Se instaló un elegante ascensor que subía a los pisos superiores, con asientos, para que las personas de más edad estuvieran cómodas.

Se introdujeron lanas inglesas, como tweed y cheviot de importación, en la sección de caballeros y también algodones y linos para las camisas. Los mejores sastres les encargaban los tejidos.

Encajes, sedas, rasos, popelines, piqués, linos, terciopelos, satenes, *voiles*, *crepés*..., convivían en el segundo, donde eran mostrados por expertas dependientas que enseñaban cómo utilizarlos a través de revistas de figurines. Esta sección no solo disponía de una gran variedad de tejidos, sino también de estampados siguiendo los dictámenes de la moda. La última idea de Rafael había sido una zona para trajes de novia, con gran éxito, dada la calidad de telas escogidas para dicha celebración. No había ninguna mujer, ni nadie que se dedicara a la moda que no conociera los almacenes textiles de la calle Florida.

El negocio crecía con cada sugerencia del encargado. Este compraba publicaciones extranjeras para conocer las tendencias de moda antes de elegir sus siguientes pedidos. Incluso se había atrevido a diseñar estampados que encargaba a un fabricante y que se vendían bajo el nombre de *Rafaber*, firma en exclusiva para *La Argentina*. Después de varios años de éxitos, el señor Ramos empezó a dejar la empresa en manos del muchacho.

En muy poco tiempo, el joven aprendiz se había transformado en un auténtico comerciante. Ahora comía con los dueños todos los días, además de los domingos. Paseaba con ellos y visitaba a sus amigos, como si fuera su hijo. Incluso hacían excursiones juntos. A Rafael le gustaba la compañía del matrimonio, les trataba como a unos padres, echaba mucho de menos a los suyos y buscaba el cariño que, pensaba, le hubieran dado los auténticos si estuvieran a su lado. Por ellos, se había propuesto enriquecerse y no volvería con su familia hasta lograrlo. Así se lo confesó a los Ramos,

añadiendo que a los cuarenta años sería millonario y no trabajaría nunca más. El señor Fabián le respondió que «en ocasiones, nosotros, los de en medio, podemos vivir mejor, pero nunca podemos dejar de trabajar».

Al cumplir veinticinco años, cuando Rafael aún era un simple vendedor con un prometedor futuro, la señora Ángela empezó a presentarle jovencitas agradables, hijas o parientes de amigos y vecinos. Su intención resultaba demasiado evidente, deseaba verle prometido y casado. Sin embargo, no tuvo suerte. El muchacho llevaba a las chicas a pasear y las invitaba para no hacer un feo a la buena mujer, pero no repetía, quedando estas frustradas en todas las ocasiones. Algunas insistían en volver a verle y, al no conseguirlo, habían llegado incluso a suplicar a su protectora. El joven, en cuestiones amorosas, no tenía ningún interés y así se lo explicó en una comida de domingo a la esposa de su jefe, para que dejara de concertarle citas.

Sin embargo, no era totalmente cierto. Desde su encuentro sexual con Eulalia, buscaba el placer erótico con mucho ahínco. Había descubierto que, pagando, resultaba igual de agradable y no tenía por qué mostrar afecto. Lo había descubierto en un burdel. Las putas le parecían más decentes que las jovencitas «honestas» que iban tras un «buen partido». Convencido de que él resultaba interesante a las chicas que le presentaba la señora Ángela por su ambición, y no por su persona, las despreciaba, no tenía ninguna gana de intimar con ellas.

Criticaba mucho las historias de amor que contaban en las novelas y teatro. La realidad nunca era así, afirmaba. Pensaba que hombres y mujeres solo podían relacionarse pagando, de una manera u otra. La mujeres querían dinero y los hombres, placer. Con esa filosofía, se había acostumbrado a disfrutar a través de una recompensa económica y, por ello, le parecían mucho más decentes las prostitutas, ya que no escondían su interés monetario. Por supuesto, no comentó jamás con el matrimonio Ramos sus pensamientos sobre la cuestión. Estos, sin sospechar sus aficiones, creían que, respecto a las mujeres, el chico era muy raro.

Ángela le justificaba, aseguraba que el fracaso del matrimonio de sus padres le había marcado mucho y aún no estaba dispuesto para formar una familia. Cuando alguna muchacha comentaba que se hacía mayor y, si quería tener hijos, debía darse prisa, la señora respondía: «Los hombres nunca son mayores, somos las mujeres las que envejecemos».

Rafael llegó a los veintiocho años volcado en su trabajo y con unos saneados ahorros en el banco. Tenía la intención de viajar a España, pero siempre lo posponía, aunque mantenía contacto continuado con sus parientes. Por ellos, se enteró de la muerte de la abuela María, su única confidente. La noticia le dejó muy abatido, la señora Ramos le acompañó a la iglesia donde encargó un año de misas en su nombre. El párroco desde entonces le tenía en mucha estima.

Los sábados en la tienda eran agotadores. La cantidad de clientes que recibían obligaba a los

vendedores a permanecer ocupados casi sin descanso. En uno de esos días, un aprendiz se acercó al encargado y señaló a un hombre junto a la puerta, trajeado y con aspecto de haberse perdido, preguntaba por él. Rafael intentó recordar quién era, creía conocerle aunque no sabía de qué. Cuando le tuvo delante, el otro le llamó por su nombre familiar, Rafita, y le extendió la mano, su cara de desconcierto hizo sonreír al individuo que dijo:

—Soy Domingo, el compañero de tu hermano y creo que el culpable de que tú estés acá. Rafael le abrazó, le alegraba enormemente reencontrarse con la persona que le había hablado por primera vez de Argentina. Le pidió que aguardara unos minutos, iba a por su sombrero y a despedirse de su jefe, tenían mucho qué contarse.

—Cuando tu hermano me dijo que trabajabas en *La Argentina*, no imaginé que era una tienda tan conocida, muchacho. ¡Y en la calle Florida, la más comercial! Has tenido suerte. —Fue lo primero que dijo Domingo en la calle.

—Sí, salió todo como tú decías, esto es el paraíso. —Rafael se echó a reír, y ya serió continuó—. Realmente tuve mucha suerte al conocer a los Ramos, gracias a ellos tengo un buen trabajo y vivo bien. Pero cuéntame, cuándo has llegado a Buenos Aires.

Domingo explicó que se encontraba en la ciudad desde hacía unos días, no conocía a nadie. Antes de dejar su hogar, había escrito a Matías, preguntándole si su hermano vivía aún en la capital. Los dos amigos aún se cartaban, aunque cada vez menos. Así había sabido dónde encontrar a Rafael y cuánto había prosperado. El abogado pensó visitarle, para tener alguien de su edad, fuera del trabajo, con quien mantener amistad. Guardaba muy buenos recuerdos de la familia Bernal y del maravilloso trato que le habían dado durante su estancia en España.

También contó que, después de lograr su título, había regresado a Rosario y se había establecido como abogado. Desde hacía unos meses, un íntimo amigo de su padre le había estado convenciendo para que se trasladara a trabajar en el Ministerio del Interior. Y con un «acá estoy» finalizó su historia. Los dos rieron felices del reencuentro.

Elegieron un café pequeño, buscaron uno tranquilo para seguir conversando, no querían sentarse en los más famosos y populares de la calle donde no podrían charlar en paz. El vendedor preguntó al abogado dónde se hospedaba, este reconoció que en un lugar que no le gustaba mucho, no había encontrado nada mejor. El madrileño le propuso instalarse en la casa donde él vivía, hablaría con la dueña y seguro que le daría alojamiento. También se ofreció a presentarle a los Ramos.

Ángela y Fabián sintieron que su familia crecía con la llegada del amigo. Ahora eran dos jóvenes los que aparecían todos los domingos a comer. El hombre disfrutaba enormemente de la compañía de ambos y la mujer de verles tan alegres. El matrimonio empezó a ejercer de orgullosos padres de unos hijos adoptivos responsables, serios y trabajadores.

La aparición de Domingo distrajo a Rafael de su monótona vida dedicada exclusivamente al trabajo. Con él descubrió la diversión en los bares de la calle Corrientes, el entretenimiento en el

teatro y el novedoso cinematógrafo. Incluso en verano, para no recordar las Navidades en Madrid, se fueron a la playa y disfrutaron de los baños. Lo único que no hacían juntos era visitar los burdeles que, al español, le seguían atrayendo a pesar de que su vida había cambiado y tenía muchas más distracciones. El argentino no encontró aceptable la afición y así se lo dijo, le parecía vergonzoso. El joven abogado propuso buscar esposa, era lo normal y sano. «Eres un puritano», respondió Rafael, que nunca volvió a sacar el tema con su amigo, el único de su edad que tenía en su nuevo país, ya que, desde hacía un tiempo había solicitado y conseguido la nacionalidad argentina.

A pesar de sus diferencias en cuestiones sexuales, fueron ganando confianza en todo lo demás. Domingo acabó por reconocer que había sido introducido en el Ministerio por un tipo afin al depuesto presidente Yrigoyen. Sus seguidores buscaban personas independientes para, desde dentro, intentar acabar con el golpismo y volver a los valores democráticos. Aseguró no saber muy bien cómo ayudar a eso, pero su padre admiraba al presidente derrocado y, al final, había decidido a aceptar un puesto de letrado que le permitiera trabajar contra la corrupción desde dentro. «¿Así que ahora eres un político?», preguntó Rafael. «No, no, desde luego que no. Yo intentaré con mi trabajo colaborar para ayudar a la democracia, no pienso meterme en política».

Los dos jóvenes encontraban tiempo para divertirse y disfrutar sin dejar de lado su dedicación profesional. Ambos acabaron por lograr una relación de intimidad y confianza propia de dos hermanos. El abogado introducía al otro en la situación política del país. El vendedor, menos locuaz, escuchaba. El primero, si quería oír a su amigo, solo tenía que preguntarle por la tienda, en esos momentos, se transformaba en un charlatán.

Con el tiempo, Domingo encontró novia, Soledad, tal como había propuesto. Una joven simpática y pizpireta que hablaba con todos los modismos propios de una porteña, causando gran diversión a Rafael y a los Ramos desde el momento que la conocieron. Estos tres no habían adoptado las expresiones argentinas, solo la suavidad del lenguaje, mostrando en cada palabra su procedencia española y, hasta el abogado, cuando estaba con ellos, olvidaba el voseo y cambiaba su lenguaje por el de la metrópoli de su época estudiantil.

El carácter de Soledad, alegre y extrovertido, contrastaba con el serio y formal de su prometido. Ese había sido uno de los motivos por el que Domingo se había enamorado como un colegial, proponiéndola matrimonio poco tiempo después de conocerla.

A la joven le agradó la familia adoptiva del abogado, la atracción fue mutua, convirtiéndose de inmediato en un nuevo miembro para alegría de la señora Ángela. ¡Por fin había una mujer con la que compartir recetas, preocupaciones domésticas y críticas sobre el comportamiento masculino!

Los cinco crearon un compacto y diferente grupo unidos por el afecto y la complicidad.

El noviazgo y boda de Domingo fue la causa de que Rafael regresara a los burdeles. Empezó a

frecuentar uno situado en la calle Corrientes. Le agradaba mucho una de sus mujeres, Colette que, a pesar del nombre, era originaria de un pequeño pueblo de Albacete. Una vez le preguntó por qué se había puesto un nombre francés, ella le explicó que, a su llegada a Argentina, se peinaba recogiendo el pelo en dos coletas a la altura de las orejas, y «de La Coletas pasé a ser Colette». Rafael intentó enseñarle que no significaba lo mismo, la chica no le creyó, cómo lo iba a saber él mejor que sus compañeras.

Lo que más le atraía de ella era su grosera sinceridad —decía siempre lo que pensaba sin preocuparle el efecto que pudiera tener—, también su ambición. Había llegado a Argentina con la intención de trabajar en algún espectáculo, tras descubrir que no tenía cualidades ni como cantante ni como bailarina, empezó a prostituirse, «eso sí se me da bien», le dijo riéndose y añadió: «Gano mucho más de puta que en cualquier otro trabajo, pronto tendré ahorrado lo suficiente para regresar y no trabajar nunca más». Se había hecho fotos delante del teatro *Tabaris* y las había mandado a su familia, afirmando que bailaba ahí. «Tampoco les he mentado, trabajo en la misma calle», soltó con desparpajo.

Deseaba volver a su pueblo convertida en una mujer adinerada a la que todo el mundo respetara. Había comprado una casa a sus padres y muchos terrenos para ella, afirmaba que contrataría personal suficiente para ocuparse de las labores del campo y todos la llamarían señora. Entre risas, añadía: «Luego, conseguiré un marido que me vuelva decente». Ante el comentario de Rafael de que cualquier hombre se daría cuenta de que ella había estado con otros, le dijo divertida: «¡Qué va, en mi pueblo, ni se enteran!».

La mujer explicó que no temía ser reconocida a su vuelta a España, porque no aceptaba compatriotas entre su clientela, «tú eres el único», le había confesado, «así evitaré encuentros desagradables». Y, si se decidió a admitirle, fue porque tener un habitual tan guapo y joven la daba categoría ante el resto de las chicas y de los propios parroquianos.

En sus amistosas conversaciones, le informó que varias muchachas de su pueblo, al conocer cómo estaba prosperando, se habían puesto en contacto con sus padres, a través de ellos, le pedían ayuda para viajar a Argentina. Respondió a todas que resultaba imposible encontrar trabajo, la situación había cambiado mucho y no se aceptaban nuevos emigrantes. Las asustó afirmando que probablemente las echarían del país al llegar. Nadie volvió a solicitar su colaboración. Por las argucias que empleaba, estaba convencida de que a su vuelta nadie sabría a qué se había dedicado.

Las anécdotas del pueblo de Colette y su vida entretenían mucho al joven, por lo menos ella no le contaba desgracias, ni le mentía. A su manera, ambos se gustaban, tenían ambiciones y destreza en lo suyo. Rafael la visitaba con cierta frecuencia, tampoco demasiada. Si el trabajo lo requería, podía pasar meses sin verla.



## Capítulo XI

# 1934

La fría mañana sorprendió a toda la ciudad mirando al cielo desde muy temprano. Era el último día de junio de 1934 y Buenos Aires se preparaba a recibir uno de los alardes de la ingeniería alemana: el *Graf Zeppelin*. Se había acondicionado el Campo de Mayo para el amarre y, aunque solo unos pocos invitados podrían subir a él, muchísimos ciudadanos se dirigían al lugar con la esperanza de verlo más de cerca. Se formó un inmenso atasco, fotógrafos y cámaras de cinematógrafo estaban situados desde antes del amanecer para poder realizar los mejores encuadres.

Rafael también subió a su Ford y se acercó como miles de personas. Observar de cerca el dirigible se había convertido en una de sus grandes ilusiones. Desde que había leído las crónicas del periodista español Corpus Bargas en *La Nación*, estaba enamorado del aparato. Tenía más de mil dólares guardados, sabía que paraba en Sevilla y el viaje costaba alrededor de tres mil, pensaba seguir ahorrando y algún día permitirse ese capricho. Después de haber viajado en barco y tardar varias semanas en el trayecto desde España a Argentina, hacerlo en seis días, como decía la publicidad, le parecía un milagro.

Avisó a sus jefes, y casi padres, Fabián y Ángela, de su intención de ver el zepelín de cerca, ninguno se decidió a acompañarle. Era sábado y había que abrir la tienda, si la visita se demoraba, como así pasó, lo harían más tarde de lo habitual. Visto su entusiasmo, le animaron a que fuera, ellos se ocuparían. Hacía tiempo que el dueño vivía retirado confiando su empresa al joven.

El encargado se tomó la mañana libre. Y aunque no pudo acercarse al aparato tanto como le hubiera gustado, cuando el *Graff Zeppelin* volvió a remontar el vuelo, sintió que tenía que subir a la aeronave, no sabía cuándo ni dónde, pero estaba seguro que algún día lo haría.

Al dirigirse a su automóvil, aparcado no muy lejos, comprobó que regresar a la ciudad iba a ser difícil. El atasco le haría perder muchas horas. Cerca de él, una mujer intentaba poner en funcionamiento un vehículo, un elegante Hispano Suiza. Se la veía preocupada y perdida. Rafael se acercó y preguntó si podía ayudar. Ella le contestó con dificultad, hablaba mal el español y con un acento extraño. Le resultó atractiva: delgada, rubia, con la melena corta y ondulada a la moda. Vestía un ajustado abrigo —que él identificó como un paño de excelente lana— azul claro a juego

con sus ojos, medias de seda con costura, zapatos negros y una simpática boina de cheviot sujeta con un discreto alfiler. Recordaba a una actriz de cine.

La joven admitió no entender de motores, el suyo parecía haberse estropeado y no sabía qué hacer. Él se aprestó a ayudarla, aunque reconoció no ser un experto en mecánica. Abrió el capó. ¿Llevaba suficiente gasolina? La mujer confirmó haber llenado el tanque. Después de observar detenidamente el motor, el español no fue capaz de encontrar la avería. Concluyó que lo más acertado sería cerrar el vehículo y acercarla a su domicilio. Cuando se hubiera normalizado el tráfico, ella podría volver con un mecánico. La extranjera, reticente en un primer momento, acabó por aceptar.

El atasco duró cuatro horas, durante ese tiempo ambos hablaron de muchas cosas. Comenzaron presentándose: Rachel Ackerman, inglesa, y Rafael Bernal, argentino. La primera aseguró haber llegado hacía unas semanas, de vacaciones, viajaba sola y se alojaba en el *Alvear Palace*. Era la primera vez que visitaba Buenos Aires. Conocía a un funcionario de la embajada británica, este le había comentado la llegada del *Graff Zeppelin* y le había prestado el coche. Pensó que sería divertido ver el dirigible aunque, si hubiera imaginado cuánta gente iría a recibirlo, no se habría atrevido, sonrió con simpatía.

A Rafael le gustó su curioso acento, a veces, tan fuerte que recordaba al de los alemanes con los que había trabajado y, a veces, británico. Él añadió que era un argentino nacido en España. De hecho, tenía ambas nacionalidades. «¿Dos nacionalidades? —preguntó extrañada Rachel— ¡Qué suerte! en estos tiempos hay quien no posee una y usted tiene dos.»

Tras la interrupción, el comerciante siguió con su historia. Le dijo que había estado empleado en una estancia cuyos dueños eran alemanes, así como la mayoría de sus compañeros, entre todos le enseñaron su idioma. La mujer se ilusionó y le empezó a hablar en alemán, informándole que sus padres habían nacido en Alemania, país al que viajaba en muchas ocasiones para ver a sus abuelos, incluso había estudiado allí. Rafael reconoció que había sido un mal estudiante y muy indisciplinado. Su familia había sufrido mucho con él. Ese era el motivo por el que había emigrado, para regenerarse. Y lo había logrado, trabajaba de encargado en una tienda que acabaría siendo suya cuando los dueños murieran, alardeó. Quería impresionarla porque ella aparentaba ser una dama acaudalada y de buena educación. El joven supuso que tendría su edad, cercana a los treinta, y le extrañó que estuviera soltera, se había fijado que no llevaba anillo. No sabía si en Inglaterra no sería costumbre usarlo, así que intrigado se atrevió a preguntar: «¿Cómo la ha dejado su marido viajar sola a un país tan lejano?».

Rachel se echó a reír, contestó algo sobre los hombres latinos y acabó confesando que no tenía esposo, para añadir al cabo de un rato que era divorciada. Se había casado muy jovencita, su marido cambió mucho después de la guerra y acabaron separados. Rafael calculó mentalmente y pensó que debía ser mayor de lo que había supuesto. Él, cuando empezó la Gran Guerra, tenía



once años y, cuando acabó, dieciséis, si ella ya estaba casada... Rachel se dio cuenta de lo que pasaba porque añadió: «Me casé muy joven, casi era una niña». «Claro, claro», acertó a decir el hombre, realmente decepcionado al imaginar la edad de la mujer.

Llegaron al hotel. El argentino la acompañó hasta la recepción, allí explicó dónde se encontraba el coche para que se ocuparan de enviar algún mecánico. Antes de despedirse, la británica quiso invitarle, Rafael se disculpó, aseguró tener prisa, y le entregó una tarjeta con su dirección por si necesitaba algo. No pensaba volver a verla, le había gustado, pero si tenía la edad que imaginaba, cuarenta años, mejor no perder el tiempo. Su experiencia con la mujeres de más edad no había resultado satisfactoria.

Esa noche cenaba con sus jefes en casa de Domingo y Soledad. El madrileño les contó ilusionado cómo había sido la escapada al Campo de Mayo. El abogado se quejó, a su vez, de que por culpa de todos los curiosos como él se había paralizado la ciudad. Las señoras y Fabián rieron por el enfrentamiento entre los dos. Al ver al amigo tan contrariado, Rafael cambió de conversación y habló de su encuentro con la elegante inglesa. Soledad y Ángela ya no permitieron otro tema, le volvieron loco a preguntas y, cuando el comerciante aseguró que no pensaba volver a verla, se entristecieron. La más joven quería a Rafael casado para tener una amiga, y la mayor se ilusionaba con la idea de que hubiera niños en su reducido grupo y la dejaran cuidarlos.

Una semana más tarde, un empleado le avisó:

—Don Rafael, preguntan por usted en la sección de damas.

—Ahora mismo voy.

El encargado tenía un pequeño despacho en la trastienda, pero le gustaba atender al público, así había empezado en su mundo laboral, además, disfrutaba con el contacto humano. Los dependientes lo sabían y, siempre que un cliente demandaba su presencia, le llamaban.

Rafael guardó su cuentahílos en el bolsillo y dejó la tela que estaba inspeccionando sobre la mesa. Subió a la segunda planta por las escaleras, le gustaba comprobar la animación de la tienda. Al llegar a su destino, la reconoció de inmediato, estaba delante de un mostrador tocando suavemente una muestra. Tan elegante como el primer día y tan atractiva, un abrigo negro ajustado con un soberbio cuello de piel y un gracioso sombrero delataba su origen europeo.

—Pensaba que vendría a verme, que intentaría flirtear conmigo y me enseñaría la ciudad, pero llevo esperando una semana y usted no ha ido. Le puedo asegurar que he preguntado en recepción todos los días. Qué excusa tiene —Rachel se echó a reír ante la cara de sorpresa de Rafael.

—Lo siento, ninguna. Pensé que la molestaría salir con un simple empleado y no me atreví a llamarla.

—No sea tan humilde, usted no es un simple empleado. Ya me lo dijo el día que le

conocí.

Hablaban en alemán y nadie les entendía por eso ella había sido tan atrevida, en cambio, Rafael no tenía su soltura con el idioma ni su desenvoltura social.

—Pues hoy se verá obligado a acompañarme. Me ha llegado una invitación de la embajada británica en la que dice con acompañante, y no conozco a nadie más que usted en la ciudad. —Viendo la expresión del hombre, perdió su atrevimiento y preguntó intranquila—. ¿No me diga que ya tenía una cita?

—Sí, pero puedo anularla.

—¿De verdad? ¿No será con su novia o su mujer?

—No, no estoy casado, ni tengo novia. Es con unos amigos. Lo entenderán.

Fabián y Ángela lo entendieron perfectamente, la última, llamó a Soledad para contarle que Fito —así le había bautizado la porteña desde que supo que en su casa le llamaban Rafita— salía esa noche con la inglesa.

Rafael fue a buscar a Rachel al hotel. Al verla, pensó que nunca había acompañado a una mujer igual. No tenía lo que él hubiera llamado un cuerpo deseable, demasiado delgada, sin apenas curvas y de huesos marcados, pero su bonita cara, tan risueña, con pecas que disimulaba bajo una fina capa de maquillaje, los ojos claros, la pequeña nariz, el pelo rubio con toques cobrizos y los finos labios pintados de rojo para destacarlos, la daban un gran encanto. Además, había algo en ella que atraía las miradas de todos, tanto hombres como mujeres. Una admirable elegancia natural que aumentaba con la elección de su ropa, aparentemente discreta y, a la vez, lo suficientemente exquisita para que la gente, sobre todo las señoras, se volvieran a su paso y cuchichearan envidiosas.

En la embajada causó la misma sensación. Un funcionario de segundo orden y su esposa eran los amigos de Rachel en el cuerpo diplomático británico, aquella noche habían conseguido introducirla en la fiesta para que se reuniera con el embajador. Y ella aprovechó la ocasión aunque no salió muy contenta de la entrevista. Rafael lo notó enseguida. La oyó hablar con sus conocidos en inglés, no entendió lo que dijeron, sí comprendió la expresión de los tres.

La velada dejó de ser agradable. Ella propuso ir a otro lugar, no quería permanecer en un ambiente tan estirado y poco divertido, aseguró con una mueca que pretendía ser una sonrisa. Solicitó a su acompañante que la llevara a escuchar y ver bailar tangos. Había oído muchas cosas sobre el nuevo baile argentino que en Europa hacía estragos. Quería conocer algún local «de los de verdad», añadió, no el típico para las clases acomodadas con ganas de sentirse transgresoras. Rafael pensó que eso, justamente, era ella. Con las joyas que llevaba y el vestido de satén, tan pegado al cuerpo que dejaba traslucir toda su anatomía, en Abasto tendría que pegarse con algunos tipos.

Elegió el *Café Marzotto*. Hacía dos años que apenas salía, desde que Domingo estaba casado; por

tanto, los lugares que conocía podían haber cambiado, se excusó. Comentó que no era un experto en ese espectáculo ni sabía dónde encontrar a los mejores cantantes. Esperaba no defraudarla, por si acaso, se disculpaba de antemano.

Su elección fue acertada. El café estaba lleno, la representación había atraído a muchos clientes. Encontraron mesa en el salón de familias, el ruido y la observación a la que fueron sometidos les llevó a pensar que quizás debían buscar un lugar más tranquilo. «En esta calle, va a ser imposible», comentó Rafael. «Sí, me recuerda al Berlín que conocí», aseguró Rachel.

Decidió llevarla al *Tortoni*, por su aspecto europeo, a ella le gustaría. Se sentaron en un rincón, junto a la pared, vestidos de gala destacaban entre el resto. La joven le pidió que hablara en español, cuando no entendiera algo se lo preguntaría, también intentaría hacerlo ella, estaba dando clases y quería practicar, «debe tener gran facilidad para las lenguas porque habla usted muy bien nuestro idioma». La chica le dio las gracias, reconoció que dedicaba mucho tiempo a su estudio, aunque probablemente tendría que abandonar Buenos Aires pronto.

—¿Por qué?, ¿no le gusta nuestra ciudad?

—Me encanta, la había elegido para instalarme definitivamente. Pero no me dejan.

—¿No? ¡Qué raro! Aquí aceptan a todos. Solo hay que encontrar un trabajo y enseguida dan los papeles. Ni siquiera yo tuve problemas para entrar y eso que falsifiqué la firma de mi padre... ¡Era menor de edad! —Sonrió, intentaba alegrarla, aún seguía triste y abatida.

—Mi historia es muy larga y más complicada —explicó Rachel—. Si quiere oírla, tiene que ser en alemán.

Rafael asintió y entonces le contó que sus padres, nacidos en una pequeña localidad cerca de Múnich, se habían establecido en Inglaterra antes de tenerla a ella. De vez en cuando iban a su país de origen a visitar a la familia. De niña, solía pasar todos los veranos con sus abuelos, tíos y primos. Estaba de vacaciones con ellos cuando estalló la Gran Guerra y ya no pudo volver a su patria. Sus abuelos y unos tíos paternos la inscribieron en la escuela para que siguiera estudiando. Dos años más tarde, empezó la Universidad, ahí conoció a un chico encantador, unos años mayor. El amor surgió casi inmediatamente, aunque no se lo dijo a sus familiares por si les prohibían estar juntos, así que se veían a escondidas. Fue una etapa maravillosa, hasta que llamaron a Otto, el nombre de él, a filas. Quedaban meses para acabar la contienda, ellos no podían saberlo y, atemorizados por lo que pudiera pasar, se casaron en secreto. El conflicto bélico dejó Alemania destrozada y a su marido también. A pesar de que no sufrió ningún daño físico, no parecía el mismo. Las relaciones empezaron a ir mal. Él no encontró trabajo y vivían de lo poco que ganaba ella haciendo traducciones mientras continuaba sus estudios. Esa situación le molestaba y se enfadaba por cualquier cosa. Luego llegaron los insultos. La acusaba de no saber llevar una casa, de no ocuparse de él, de ser una mujer independiente.... También empezó a desaparecer del

domicilio y a frecuentar a un grupo que a ella le parecía peligroso, tanto las cosas que decían, como las que querían hacer. Al poco de relacionarse con estos, comenzó a pegarla, cualquier excusa servía: la cama sin hacer, la comida que se había enfriado, visitar a sus tíos, llegar tarde de clase...

«Le tenía miedo e intenté escapar —continuó Rachel con su relato—, pero él no quería la separación y me vigilaba, utilizaba a sus nuevos amigos, un grupo de exaltados, para hacerlo. Al final, unos conocidos, con residencia en Suiza, consiguieron ayudarme a escapar. Entré sin papeles, esposa de un alemán, con unos padres, aunque nacionalizados británicos, también nacidos en Alemania, mi situación resultaba complicada. Desde Suiza, llegué a Londres. Ustedes, no se imaginan cómo está Europa». «Aquí también hay problemas políticos...» intentó añadir Rafael. Ella le interrumpió. «No es igual. El año pasado, Hitler fue nombrado canciller y a mi ex marido, afiliado al partido nazi desde su fundación y cercano a la cúpula del poder, le dieron un puesto en el Ministerio de Interior. Desde ese día, ha pedido mi regreso inmiscuyendo a las autoridades de ambos países. Yo solicité el divorcio y lo conseguí. Por su parte, él asegura que soy alemana, mi familia es de allí y me casé allí, exige mi vuelta para legalizar los documentos. Ha insistido tanto, y ha enviado tantas solicitudes que los británicos me invitaron a salir del país para evitar problemas diplomáticos. Vine a Argentina con la esperanza de que la embajada aquí no estuviera al tanto de su persecución y me dieran un visado, así podría establecerme y pedir la nacionalidad argentina más tarde. Sin embargo, no lo he logrado, por eso mis amigos intentaron que yo en persona convenciera al embajador esta noche. He fracasado. En realidad no tengo papeles, por lo que puedo ser deportada en cualquier momento o pasar a tener una existencia ilegal y vivir escondida en algún lugar».

—Lo siento. No imaginaba que pudieran pasar cosas así.

—Pues acaban de empezar, los dirigentes alemanes actuales son un peligro y terminará ocurriendo algo terrible. Están todos locos, odian a la humanidad, solo les interesa la pureza de su raza... Toda Europa está en peligro, se lo aseguro, Rafael, por eso no quiero volver.

—Es cierto, no sé mucho sobre lo que ocurre allí. Los diarios traen noticias, pero no las sigo, ni siquiera conozco bien lo que ocurre en España, que me preocuparía más. —  
Aseguró el comerciante.

Pidieron una copa más y Rafael le contó cómo era Madrid en su infancia, haciéndola reír en varias ocasiones. Se despidieron en la puerta del hotel con la promesa de que iría a comer con ella algún día.

No fue así. El español, ensimismado en su trabajo, se concedía pocas diversiones: las comidas de fin de semana con sus amigos o las visitas a Domingo y Soledad, que acababan de anunciar su próxima paternidad. El resto del tiempo, mantenía una rutina diaria muy estricta. A la ocho de la

mañana, antes de abrir, estaba en la tienda. Comía en casa de Fabián y Ángela y les contaba los progresos o las cosas que habían sucedido. Volvía a su trabajo por la tarde media hora antes de la apertura. Además de atender a los clientes, se ocupaba de pedidos y ventas. Se marchaba cerca de las nueve, cuando se habían ido todos. Cenaba en la pensión solo, a esa hora, ya lo habían hecho el resto de los huéspedes. Apenas veía a nadie a quien saludar o con quien charlar, así que se acostaba temprano para levantarse pronto.

El sábado siguiente, de nuevo, apareció ella en los almacenes. Rafael había prometido a sus amigos visitarles esa noche, no pretendía volver a excusarse. Cuando la vio, supo que no iría. Rachel no le recriminó nada. Le sonrió y le rogó hablar con él a solas, tenía que pedirle un gran favor. El joven respondió que si estaba en su mano, la ayudaría.

Se despidió de los trabajadores, y se acercó con ella al *Jockey Club*. No había entrado nunca, siempre le había parecido demasiado distinguido. Lo hacía por primera vez convencido de que era el escenario que la británica debía pisar.

La mujer le explicó que debía comentarle una cuestión delicada y, por tanto no iba a dar rodeos; le rogó que no la interrumpiera hasta que acabara. Había conseguido que la administración argentina reconociera su divorcio, era libre para casarse. Su amigo el funcionario británico le había aconsejado esa fórmula, contraer matrimonio con un argentino, y, así, poder quedarse legalmente en el país. Dado que solo le conocía a él, y no tenía esposa ni novia, ¿querría hacerle ese favor? Estaba dispuesta a pagarle, tenía dinero suficiente para ello. Rafael no supo qué contestar. La miraba atónito pensando si la habría escuchado bien o era una broma. Ella insistió. Estaba apurada, su visado vencía pronto.

La extrañeza de Rafael ante la propuesta, incluso la desconfianza que mostraba en su cara, hicieron añadir a Rachel:

—Si tiene dudas, no se preocupe, solo tenemos que permanecer un tiempo casados, un año, y luego nos podemos divorciar. De nuevo volvería a estar soltero. Además, simplemente tenemos que ir al registro, no es mucho papeleo.

—No, perdone, no es por eso —balbuceó Rafael—. No me lo esperaba y no sé qué decir.

—Diga que sí, por favor —suplicó ella—. No puedo volver. ¡Me matarán!

Rachel se mostró asustada, le tomó las manos en actitud de súplica, en su ojos aparecieron unas lágrimas que ella intentaba retener. Bajó la mirada, pero sin soltarle las manos, en voz más baja, añadió:

—Mi familia es judía.

Rafael no entendió la relación entre que sus parientes fueran judíos y que la pudieran matar, pero no se atrevió a preguntar al ver en su rostro reflejado auténtico temor, y él sabía de eso mucho.

Quería ayudarla, sin embargo en su cabeza solo aparecían inconvenientes. Había prometido visitar a su familia esas Navidades, no podía dejar de hacerlo, su madre insistía que la separación se le estaba haciendo muy larga, no quería defraudarla una vez más. «Pues vaya usted, yo no se lo impediré», respondió Rachel. Cómo ir acompañado de una esposa de la que seis meses más tarde iba a divorciarse. «De verdad, Rafael, tengo miedo. Yo no podría regresar a Europa. Si obtengo la nacionalidad con la boda, no saldré de Argentina y menos para viajar a un país europeo». Nadie entendería que, recién casado, su mujer no fuera con él. «Solo tendría que decirles que tengo miedo y no mentiría. Hoy, ser de origen judío, aunque esté bautizada como anglicana, es un riesgo en Alemania, se lo juro. En España estaría todo el tiempo asustada, pensando que podrían secuestrarme o... matarme. No piense que estoy loca, se lo ruego, créame, viví con miedo muchos años. Por eso hui de Inglaterra y viajé hasta aquí, para alejarme todo lo posible». La escuchaba atentamente y comprendía lo que le decía, él había hecho lo mismo, aun así, no se veía capaz de ayudarla. Explicó que llevaba una existencia muy austera, gastaba poco y ahorraba mucho. Ella vivía de otra manera, era evidente, rodeada de lujo. «Soy millonaria, mi familia lo es, puedo permitírmelo. Pero no se me ocurriría que me mantuviera, al contrario, yo me ocuparía de todo: de la casa, del servicio... Usted solo tendría que aparentar ser mi marido. No podría aceptar, después del favor que supone casarse conmigo, que cargara con gastos extras.»

—En mi país el hombre que es mantenido por una mujer, tiene un nombre muy feo, Rachel. No me gustaría que me lo llamasen a mí.

La británica afirmó que no le mantendría. Simplemente, ella no cambiaría de costumbres y, por tanto, debía costearlo todo. Él solo se prestaba a residir en el mismo domicilio, nada más. Le suplicó que lo entendiera. Si al ayudarla, ya le estaba causando problemas, ¿cómo iba a permitir que también afectara a su economía? Buscaría una casa y se ocuparía de encontrar personas adecuadas para las labores domésticas. «Al fin y al cabo, cuando nos divorcemos, yo seguiré viviendo allí, porque será mi hogar, ¿qué tiene de malo que lo comparta conmigo durante una temporada?». Cualquier excusa que se le ocurriera a Rafael, ella la rebatía con sólidos argumentos. El hombre acabó aceptando con el convencimiento de que habría disgustos y sería más complicado de lo que aseguraba. «De acuerdo, un año juntos, solo un año. Al final de ese tiempo nos separaremos», fue su respuesta.

Rachel le pidió algo más, que mantuviera el trato en secreto, solo ellos podían saberlo. No debía contárselo ni a sus amigos, por mucha intimidad que tuviera con ellos, ni a su familia. Si alguien se enteraba, podrían anular el matrimonio y volvería a estar en peligro. Rafael se lo prometió. Sin embargo, consultó a solas y en privado a Domingo, buscaba su consejo legal. Sin entrar en muchos detalles, le habló del primer marido de su prometida, dada su elevada posición política, ¿era posible que la amenazara después de casados? «Puedo pedir algún favor en Exteriores y saber quién es y a qué se dedica, si me dices el nombre y dónde vive». El español comenzó a dar los

datos y, de inmediato, se arrepintió. Rogó a su amigo que olvidara del tema, quizá estaba sacando las cosas de quicio. El abogado añadió: «Pues olvidado».

Fabián, Ángela, Domingo y Soledad les acompañaron a casarse, la ceremonia fue rápida y sencilla. La novia había reservado en el comedor del hotel una mesa para celebrarlo todos juntos. Los cuatro brindaron repetidas veces por los novios y Soledad insistió en que más adelante tenían que hacer una boda «en condiciones» con una bonita fiesta, haciendo sonreír a Richi, nombre con el que había rebautizado a Rachel, contagiándose al resto de los presentes.

La porteña aseguró que, desde el primer momento, había notado el interés de Fito por ella, «fue amor a primera vista, se lo dije a Ángela», y la otra lo confirmó con un movimiento de cabeza y una alegre carcajada. Ambas afirmaron que nunca le habían visto tan interesado en una mujer, aunque seguían lamentando que la boda hubiera sido poco romántica. Rafael les explicó que, al enterarse de que ella debía irse del país porque vencía el visado le entró miedo de perderla y se declaró, pidiéndola en matrimonio. Las mujeres se emocionaron cuando le oyeron y dejaron de hablar de fiestas.

El novio tenía veintinueve años, en septiembre cumpliría los treinta, la novia también parecía ser de la misma edad y estar al final de la veintena. Ese era otro secreto, solo Rafael conocía la edad real de su esposa. Igual que él, en septiembre cumpliría años, en su caso, treinta y seis, de saberlo, los amigos la hubieran considerado demasiado mayor, así que ambos también habían guardado silencio sobre el tema.

La comida fue muy agradable y entretenida, en los postres, los acompañantes empezaron a mostrar prisa por despedirse, en realidad querían dejar solos a los recién casados. Estos, en cambio, no parecían querer separarse de sus amigos. Cuando los cuatro se marcharon, Rafael propuso a Rachel acercarse a los jardines de La Recoleta y enseñarle los lugares que más le gustaban. Pasearon como dos enamorados. Muy abrigados por el frío de julio.

Él aprovechó para contarle algunos detalles de su vida. Dijo que había viajado a Argentina, escapándose de casa por un enfado con su padre. También relató sus experiencias en el campo con mucho detalle y su regreso a España para hacer el servicio militar. Pero, de lo que habló con más detenimiento, fue de su trabajo. Lo adoraba, era lo mejor que le había pasado. Le gustaba el tacto de las diferentes telas, el trato con los clientes y fabricantes, poner en práctica las ideas que se le ocurrían para mejorar el negocio... Ella escuchaba sonriente. Se hizo de noche y regresaron despacio al hotel. Pidieron la cena en la habitación.

Después de comer, Rafael se ofreció a dormir en el sofá y dejarla a ella la cama. Rachel se dirigió al baño para cambiarse, mientras él lo hacía en la habitación. Hasta para dormir llevaba una bata y un camisón espléndidos, de seda y gasa, como las actrices de las películas norteamericanas. El novio pensó que, si le hubieran preguntado, lo hubiera adivinado. Ya en la cama, ella le propuso

con dulzura dormir a su lado, el sofá parecía incómodo. Él la miró muy serio y respondió que, si se metía en la cama, no sería solo para dormir, entonces, la británica echó las mantas hacia abajo y mirándole fijamente, añadió:

—No me importa.

—¿Aunque luego pidamos el divorcio?

—Aunque pidas el divorcio mañana.

Todo había sido tan rápido que no les había dado tiempo a encontrar una casa donde vivir. Desde el primer momento, Rachel había propuesto encargarse de ello. Ángela y Soledad se habían ofrecido a ayudarla. Estas últimas estaban dispuestas a colaborar, convencidas de que los casados tenían que tener su propio «nido de amor» y sobre todo, intimidad. El señor Fabián, por su parte, había ofrecido al novio que se tomara varios días libres, él se ocuparía de la tienda. Rafael declinó la oferta con la excusa de que ver apartamentos le aburriría demasiado. Añadió que la tarea, incluso, podría causar la primera pelea de casados. Era mejor que lo hicieran las mujeres solas. Ellas disfrutarían mucho y, a él, cualquier sitio acabaría gustándole..., si era lo quería su esposa. Su jefe le palmeó la espalda alabando su delicadeza, aunque pensó que su empleado amaba demasiado el trabajo.

El día después de la boda, la británica había quedado con Ángela y Soledad en el hotel muy temprano, las invitó a desayunar antes de comenzar la búsqueda. Tenía cita con una persona que le habían recomendado sus compatriotas de la embajada, un experto en cuestiones inmobiliarias que las llevaría a visitar varias residencias. Explicó esto a sus amigas y añadió que Fito la había dejado el coche para que se movieran con más comodidad y rapidez. Las otras escucharon sus explicaciones sin mucho interés, parecían más atentas a su rostro, la escudriñaban intentando descubrir algo que Rachel intuía, pero que no pensaba dejar traslucir. Las mujeres querían saber y, aunque, aún no tenían suficiente confianza, a la más joven se le escapó un: «¿Has pasado buena noche?». «Muy bien, gracias, he dormido como un bebé», fue la respuesta de la imperturbable europea, mientras Ángela, discreta, daba un codazo a la argentina. Ambas quedaron decepcionadas por la respuesta y por el inexpresivo semblante de la recién casada.

Desde el principio, a Rachel le habían gustado las dos, tanto la maternal Ángela como la divertida Soledad, y quería lograr su amistad. En realidad, se encontraba muy sola, si acababa divorciándose de Rafael, pretendía seguir disfrutando de sus nuevas amigas.

Visitaron muchas casas. De todas, a la inglesa le gustó un departamento en la calle Santa Fe con más de trescientos metros. «Es enorme» dijo Soledad. «Sí, será un hogar estupendo donde recibir a nuestros amigos y hacer bonitas fiestas». Respondió Rachel. El edificio tendría unos treinta años, parecía de principios de siglo, y el departamento no había sido reformado desde entonces, estaba viejo y anticuado. Sin embargo, la interesada veía muchas posibilidades. Y sobre todo, le



impresionó la luz, a pesar de ser invierno, entraba el sol por las ventanas produciendo un bonito y cálido ambiente. Le gustaron las molduras de techos y paredes, los suelos, las puertas de cristal, el tamaño de los salones y dormitorios. Con una buena limpieza y un poco de pintura todo quedaría más bonito.

Pidió al hombre que se lo enseñaba que hablara con el propietario para que se ocupara de los desperfectos. Este le respondió que el dueño se negaría a costear cualquier arreglo, pero si le interesaba la casa, podría realizar una oferta de compra. A Rachel aquello la terminó de convencer. No la importaba comprarla. Las dos acompañantes la miraban atónitas. Cuando se despidieron del individuo, Ángela no pudo más y comentó:

—Fito tiene un buen sueldo, pero no puede permitirse esto, te lo aseguro porque sé lo que cobra..., y menos aún comprarla, ¿no crees que te has precipitado, Richi?

—Conozco la situación económica de mi marido, Ángela. Y también sé que ustedes se han dado cuenta de que yo no soy pobre. ¿Por qué no deberíamos disfrutar de mi dinero...? Solo les pido un favor, a Rafael no le gusta la idea. Ya me lo dijo, una mujer no debe mantener a un hombre. No le hagan sentirse así. No comenten nada sobre el precio, se disgustaría tanto que exigiría que buscáramos otro lugar ¡y a mí este me parece perfecto, me recuerda mi casa en Londres! —sus ojos se llenaron de lágrimas.

Ambas lo prometieron, no dirían nada que pudiera molestarle. A partir del día siguiente, las tres saldrían a buscar lo indispensable para mejorarla.

Toda una semana se divirtieron con las compras, mientras una empresa se ocupaba de la limpieza y la pintura de algunas habitaciones. Durante este tiempo, Rachel y Rafael seguían instalados en el hotel. Ambos salían por la mañana, ella a ocuparse de su nuevo domicilio y él a trabajar, comían con los Ramos y por la noche cenaban en la habitación. Seguían acostándose juntos. A oscuras mantenían encuentros sexuales y luego se dormían de espaldas el uno al otro. Ninguno demostraba pasión, más bien era algo rutinario y Rafael incluso pensaba que poco placentero para su mujer. Una noche, se atrevió a preguntarla si le había gustado, ansioso por saber qué había sentido. Ella respondió que mucho. Sin embargo, tuvo la sensación de que no era cierto. Hubiera preferido notar su deseo, que se moviera, que tomara iniciativas... La sentía lejana y distante, incapaz de gemir o de estremecerse entre los brazos de un hombre, aunque pensó que tampoco él manifestaba mucho placer o interés.

Cuando el apartamento estuvo listo, el matrimonio se instaló e invitaron a sus amigos, incluidos el funcionario británico y su mujer. Soledad comentó que había sido una fiesta muy cosmopolita, Domingo y Rafael rieron al escucharla. El último regresó enseguida a su rutina diaria de antes de la boda. Salía temprano a trabajar, comía con sus jefes y volvía muy tarde. Encontraba la cena preparada y la tomaba en su dormitorio a solas. La diferencia con la pensión residía en que su

nuevo alojamiento resultaba más bonito y grande, aunque tampoco lo disfrutaba mucho, apenas entraba en otras estancias que no fueran su habitación y el cuarto de baño.

Si la actividad diaria de Rafael no se vio alterada, no ocurrió lo mismo con los fines de semana. Rachel había contratado dos mujeres para ocuparse de las labores domésticas, no tenía mucho que hacer y se aburría, solo salía a sus clases de español. La noche del sábado y los domingos quería divertirse e insistía en ir a bailar o a cenar. Si el esposo intentaba excusarse, llamaba a Soledad y Ángela y organizaba reuniones con las tres parejas. Buscaba espectáculos y sacaba entradas para todos, les obligaba a vestirse elegantemente y les llevaba a los mejores lugares de Buenos Aires, siempre invitaba el nuevo matrimonio. Rafael se empeñaba en no dejarla pagar esos gastos. Pensó que vendría a ser lo mismo que los costes de la pensión y, ya que se ahorrraba el alojamiento, podría ocuparse de las diversiones. Pero la cifra fue subiendo. Los gustos de Rachel eran caros. Habló con ella y le rogó que fuera más comedida. «Por favor, déjame invitaros a ti y a tus amigos. Todos disfrutamos y yo quiero agradecerlos que me tratéis como una más de vuestro grupo». De nuevo, le convenció, aunque disminuyeron un poco la frecuencia de las salidas.

Los encuentros de los domingos pasaron a celebrarse en el departamento de Santa Fe. Ángela seguía ocupándose de la comida, pero resultaba más cómodo hacerlo en la magnífica residencia de los Bernal que en la modesta casa de los Ramos.

En su nuevo domicilio, los señores Bernal tenían cada uno su propio dormitorio y, desde que empezaron a residir en él, finalizaron sus encuentros sexuales. Para Rafael, estos habían sido muy fáciles de olvidar, como amantes, no tenían futuro. En cualquier caso, se decía a sí mismo, se divorciarían al cabo de un año, mejor no seguir con ellos. Supuso que Rachel también lo prefería así, ya que no le había invitado de nuevo a su cama. Por tanto, era lógico imaginar que ella no pretendía seguir con unas relaciones tan poco satisfactorias.

Rafael procuraba llegar tarde por las noches para no encontrársela. Sin embargo, no dormía bien, tenerla tan cerca, alteraba sus nervios. Al cabo de unas semanas, sintió deseos de visitar a Colette. La prostituta se fijó en seguida en el anillo de su mano y le preguntó si se había casado recientemente. Él lo confirmó. «¿Y ya vuelves conmigo?», se había reído. «A mi esposa no le gusta el sexo y yo no la mentí, no pensaba abandonar mis costumbres», respondió Rafael. «Pues no sabe lo que se pierde a tu lado», afirmó con picardía.

Las visitas al burdel aumentaron, aplacaban sus nervios. «Chico, debías haberte casado antes, yo habría ganado más dinero», bromeó la española.

Por su parte, a Rachel tampoco le habían gustado las noches de hotel pasadas junto a su marido. Imaginó que él sería más apasionado, pero se había encontrado un hombre demasiado formal y serio. Se preguntaba si era así con cualquier mujer o solo con ella. Tampoco sabía si había estado con otras, le había dado vergüenza preguntar y él no hablaba de eso. Sin embargo, le molestaba que no hubiera entrado todavía en su dormitorio. Y le molestaba más aún que algunas noches

llegara de madrugada. Interrogó sutilmente a Fabián sobre los horarios de su esposo. Supo que este nunca se quedaba más tarde de las diez de la noche. ¿Dónde iba después de esa hora?, ¿acaso tenía una amante? El pensamiento le produjo preocupación. No podía permitir que Rafael se fuera con otra y acelerara el proceso de divorcio. No podía permitir que la dejara antes de lo pactado. Decidida a atraerle, cambió de actitud. Y una noche le esperó para cenar. Él se extrañó al encontrarla, pidió disculpas por llegar tan tarde. Comieron sentados en el sofá, con bandejas, resultaba más cómodo, íntimo y, también, menos solitario que la habitación. Rachel intentó amenizar la cena con una serie de preguntas que Rafael contestaba con pereza: cómo había ido el día, que le habían contado Fabián y Ángela en la comida, cuánto habían vendido, qué habían elegido las clientas..., de repente, el marido empezó a hablar y no parecía querer dejar el tema que tanto le apasionaba: la tienda. La velada resultó muy agradable, tener un interlocutor al que poder contar lo que había hecho en el trabajo fue una experiencia gratificante y desconocida. Su esposa comenzó a esperarle todas las noches, él se cambiaba y se ponía cómodo. Charlaban durante horas.

Sin darse cuenta, Rafael empezó a añorar de día sus conversaciones nocturnas, hasta el punto de que adelantó la hora de salida. Dejó de irse el último. En casa, contaba todo lo ocurrido en la tienda, y también hablaba de telas, de la trama de cada una de ellas, de cómo supervisaba que estuvieran bien tejidas, y con su cuentahílos mostraba a Rachel ejemplos en las tapicerías de su hogar. En muy poco tiempo ambos se acostumbraron a esas encantadoras veladas. Rafael, después de tantos años solo, se adaptó en unas semanas a su mujer como si hubieran vivido siempre juntos. Ella descubrió a un hombre divertido, capaz de entretener con cualquier anécdota y de hacer reír con sus comentarios e imitaciones. No recordaba haber disfrutado tanto con la compañía de otra persona desde hacía mucho tiempo.



## *Capítulo XII*

1949

En Córdoba, el comisario Esquivel se dirigió inmediatamente a la Fábrica Militar de Aviones, no había avisado sobre su llegada y tampoco del motivo de su visita. En recepción se identificó como policía, quería hablar con el director por un asunto importante. Iba temeroso de no encontrar a nadie un sábado por la mañana. Pero las palabras policía e importante le abrieron rápidamente las puertas de acceso a la secretaria de dirección general. Decir un asunto de seguridad nacional le dio acceso al despacho del director. Tras volver a enseñar su placa y documentación, se presentó de nuevo, y añadió que realizaba una investigación comisionado por Jefatura de Policía de Buenos Aires, podían llamar a su superior, el Jefe de Investigaciones, del que dio su nombre, para que confirmara sus explicaciones. Tras esta presentación, afirmó que estaba llevando a cabo una investigación que afectaba a la seguridad nacional y, por tanto, no podía ser muy explícito. En realidad solicitaba hablar con un ingeniero aeronáutico que estuviera familiarizado con el diseño de aviones, por supuesto, en presencia del director.

—Todos nuestros ingenieros lo están —añadió este con una sonrisa de superioridad.

—Claro, qué estúpido. A lo mejor, usted mismo podría ayudarme —respondió el comisario con cierta estudiada ingenuidad.

—No, si es de ingeniería, no podré ayudarle, mi especialidad son los números y hacer rentable una empresa —sonrió de nuevo complacido con su respuesta.

El director ordenó a su secretaria que llamara a su despacho a alguien del que Esquivel no escuchó muy bien su nombre, mientras esperaban, el comisario aprovechó para ponerle en antecedentes sobre lo que andaba buscando. Habían desaparecido unos documentos pertenecientes a un ingeniero aeronáutico. Su interlocutor pareció realmente extrañado, no tenía conocimiento de la desaparición de nada en la fábrica. En ese instante se abrió la puerta y surgió un hombre de mediana edad, estatura media, pelo muy corto y grandes entradas, labios finos y mirada penetrante, fue presentado como Pedro Matthies, ingeniero y diseñador. Al estrecharle la mano y escucharle hablar, el comisario notó que su interlocutor no podía haber nacido en Argentina, a pesar de su nombre, ya que tenía un fuerte acento extranjero.

—¿Es usted alemán? —Preguntó de inmediato.

—Sí, es el país donde nací, pero ahora soy un ciudadano argentino, tengo todos mis papeles en regla, emitidos por el Gobierno —contestó con su fuerte acento el ingeniero.

—No está investigando su procedencia, Pedro —interrumpió inmediatamente el director—. Quiere saber algo sobre unos documentos.

—Así es —añadió Esquivel, molesto ante la interrupción—. Estoy investigando el robo de unos documentos. No sé muy bien lo que busco —dijo con tristeza—, imagino que esta afirmación les resultará chocante —añadió ante la cara de perplejidad de sus interlocutores—. Sin embargo, puedo asegurarles, y les rogaría que esto no saliera de este despacho, que dichos documentos pertenecían a un ingeniero aeronáutico, también, de origen alemán —hizo mucho hincapié en la última palabra.

Los dos guardaron silencio y siguieron mirándole con extrañeza. El director fue el que rompió el silencio:

—Y qué tiene que ver eso con nosotros. ¿Esos documentos son de algún trabajador de esta empresa? Ya le he dicho antes que no me he enterado de ninguna desaparición.

—¿Están ustedes seguros?

Ambos se miraron, el comisario percibió que no sabían de qué hablaba. Estaba claro que desconocían el asesinato ocurrido en Buenos Aires. Sin embargo él ya tenía la información que deseaba.

—Claro que sí. Perdona que insista yo ahora, ¿cree usted que esos documentos eran nuestros? —preguntó Matthies con su fuerte acento germánico.

—Eso es lo que pretendía averiguar, pero si ustedes están seguros de que no les falta nada...

—Cómo se llama la persona que ha perdido los documentos —intervino de nuevo el ingeniero.

—No puedo darles esa información, pero no creo que ese hombre trabajara aquí, creo que venía a ofrecerse.

—¿Y traía algún nuevo diseño o prototipo? —se interesó otra vez Matthies.

—No puedo decírselo. Ya he comentado que desconozco el tipo de documento que se ha perdido y tampoco podría darle esa información si la tuviera. De todas formas, quiero agradecerles su ayuda. No les entretengo más.

Se levantó, les estrechó la mano y se dirigió a la puerta sin darles tiempo a que se repusieran de su extraña visita. Los dos hombres estaban atónitos, tanta insistencia para entrevistarse con un ingeniero, cuando lo que quería saber se lo podían haber dicho por teléfono. Y, de repente, le había entrado prisa. El director decidió llamar a Buenos Aires y hablar con el ministro.

El comisario ya tenía lo que deseaba, un nombre. No necesitaba seguir más tiempo en la fábrica. Intuía que se pondrían en contacto con autoridades militares. Mejor no estar cuando eso sucediera.

En el hotel donde se alojaba, Esquivel pidió un listín telefónico y exigió que no le pasaran ninguna

llamada, fuera de quien fuera. No quería que le localizaran. Encontró la dirección de Pedro Matthies y, por la tarde, cuando imaginó que ya habría regresado del trabajo, se presentó en su casa. El ingeniero no le esperaba y no le recibió con amabilidad. Desconfiado, le invitó a irse en un elevado tono de voz, exigiendo que dejara de molestarle. El policía suplicó que le escuchara, el otro le había agarrado del brazo para echarle, cuando le oyó preguntar:

—¿Conocía usted a Walter Blume? Ese es el ingeniero al que le han robado unos documentos después de asesinarle. Sucedió en Buenos Aires hace apenas dos semanas.

La noticia sorprendió tanto al alemán que le soltó y se quedó quieto, paralizado. Tras unos segundos, se apartó de la puerta y le invitó a entrar. Su esposa se extrañó al ver al visitante dirigirse al despacho. Matthies no la dio tiempo a hablar, le dijo algo en su idioma y ella desapareció. El ingeniero entró en una amplia habitación con una mesa de dibujo, llena de bocetos y estanterías cubiertas de libros, en el centro, una gran mesa de trabajo tras la que se sentó en un cómodo sillón, el comisario le siguió.

—Explíquese —exigió al huésped sin invitarle a tomar asiento.

—Lo que le voy a contar es secreto. Nadie lo sabe, supongo que puedo contárselo porque probablemente su verdadero nombre no sea Pedro Matthies y haya entrado en Argentina de la misma manera que lo hizo Walter Blume —sin hacer caso de la cara de asombro del hombre, el comisario siguió con su discurso—. Blume llegó a Buenos Aires en un barco procedente de Génova con el nombre de Harald Solberg, un mecánico noruego. ¿Cómo sé que era Blume?, porque mi superior así me lo ha dicho, asegurándome que están entrando en Argentina personas muy capacitadas procedentes de Alemania para ayudar a levantar nuestro país. Estoy convencido de que usted es uno de ellos. —Esquivel paró y miró a los ojos de su interlocutor. Este permaneció en silencio—. Se me ha encargado la investigación de su muerte, así como el descubrimiento de dónde fueron a parar los documentos que traía. Sin embargo, nadie ha oído hablar de un robo, no se ha comentado en ninguna parte, ningún policía ni ladrón de Buenos Aires conoce la existencia de ese robo. Pensé que quizás un ingeniero aeronáutico hubiera podido oír algo, ya que se trataba de diseños de aviones. ¿Había usted oído si Blume trabajaba en algo especial?

—No, no lo había oído. Sé que la Arado Flugzeugwerke había sido cerrada al final de la guerra.

—Perdone, ¿qué es la Arado Flu...? Disculpe, soy incapaz de repetirlo.

—El nombre de la fábrica para la que diseñaba Blume durante la guerra —sonrió Matthies.

—¿Pero él podría estar trabajando en algo por libre?

—Sí podría. Tendrá más o menos mi edad, no somos unos ancianos, aún podemos

desarrollar muchas ideas, pero en Alemania no nos dejan. Ese fue el motivo por el que vine a Argentina, poder seguir trabajando. No sería extraño que él hubiera hecho lo mismo.

—Y a quién cree usted que le interesarían los diseños robados.

—Sin lugar a dudas, siempre a la competencia, a cualquier fábrica de aviones, y si era un prototipo militar, a cualquier gobierno que pueda permitirse fabricarlo —respondió con seguridad el alemán—. Pero creía que Blume ya no trabajaba desde que cerraron la fábrica en la que era ingeniero jefe.

—¿Cree usted que alguien podría matar para robar algún diseño de un avión? —Preguntó Esquivel aparentando no haber escuchado el último comentario de Matthies.

—¿Matar por un diseño? La gente mata por muchas cosas, ¿por qué no por un diseño? Y más si este es lo suficientemente interesante para un ejército o una compañía aérea. — Respondió con seguridad.

—¿Conocía usted bien al señor Blume?

—En efecto, como usted ha dicho antes, mi auténtico nombre no es Pedro Matthies. Dado que, al parecer, está informado, sabrá que en Alemania yo era Kurt Waldemar Tank y dirigía la Focke-Wulf en Bremen —Esquivel no demostró su desconocimiento, al contrario, con su actitud daba la impresión de saber lo que le contaba el ingeniero—. Más tarde, nos trasladamos a otras ciudades, huyendo de los bombardeos. Wolfe y yo no trabajábamos en la misma empresa, si se refiere a eso. Nuestros trabajos se realizaban en distintas ciudades... La fábrica de Wolfe estaba en el Báltico. Pero claro que le conocía, cómo podría olvidar a un héroe de la Primera Guerra Mundial, además de un prestigioso ingeniero aeronáutico. Suyos son el hidroavión Arado Ar 196 y el primer avión con propulsión a chorro —afirmó el alemán con su potente voz, indignado ante la duda.

—Sin embargo, usted me ha dicho que tendría más o menos su edad y el hombre identificado como Walter Blume parecía más joven, alrededor de los cuarenta años. — Añadió Esquivel, esquivando su desconocimiento sobre todos los datos recibidos.

—No sé exactamente la edad de Blume, pero ambos nacimos a finales del siglo pasado, eso es seguro.

Esquivel sacó entonces una fotografía y la colocó encima de la mesa del despacho alrededor de la cual estaban sentados.

—¿Quién es? —preguntó Matthies.

—¿No le conoce?

—No.

—Es el hombre asesinado en Buenos Aires y que hemos identificado como Walter Blume.



El alemán se echó a reír.

—Ese no es Blume —añadió sin parar de reír—. Se han equivocado ustedes totalmente. El comisario debió poner una cara de desconcierto tan llamativa que el otro, aún sonriente, le explicó.

—El ingeniero Blume contaba una anécdota que conocíamos todos los que nos movíamos en el mundo de los aviones, había un miembro de las SS que se llamaba igual que él y, cuando daba su nombre en organismos oficiales, le solían confundir con el otro, lo que le obligaba a hacer continuas aclaraciones, pero también había obtenido algún beneficio gracias a esas confusiones.

—¿Podría ser el fallecido un SS?

—No lo sé... Deje que haga memoria... Sí, creo que no me equivoco al asegurar que su nombre estaba entre los acusados en los juicios de Núremberg. —De nuevo intentó hacer memoria—. No podría decirle si fue condenado o salió libre. Seguro que puede usted informarse a través de la policía. Tendrán todos los datos en Alemania.

—Señor Matthies, le importaría explicarme cómo entró usted en Argentina.

La pregunta puso en guardia al ingeniero que respondió a la defensiva:

—Todos nosotros recibimos pasaportes y visados expedidos legalmente por su país. Pero eso ya debería saberlo usted, puesto que así se lo han explicado sus superiores.

—¿Todos nosotros?

—Mis colaboradores y yo.

—Claro, claro.

Esquivel no quería que su interlocutor notara su desconocimiento de la existencia de más especialistas alemanes trabajando en la Fábrica de Aviones. Hizo una nueva pregunta.

—¿Ha estado usted alguna vez en la Sociedad Argentina de Recepción de Europeos?

El alemán cambió de postura, pareció molesto con la pregunta y el comisario lo notó.

—No —fue su respuesta—. No tengo nada que ver con esa gente y creo que ya le he dado toda la información que conozco. Podemos dar por finalizada esta entrevista.

—Disculpe, tiene razón le he quitado ya mucho tiempo. No le molesto más.

Empezó a guardar la foto. De pronto, como si se le hubiera ocurrido algo, extrajo del maletín una carpeta diferente, la abrió y sacó tres fotografías más que puso encima del escritorio, delante del ingeniero.

—¿Conoce usted a alguno de ellos?

Matthies instintivamente miró los retratos y su cara se descompuso al contemplar una de las imágenes, el comisario Esquivel percibió la alteración, iba a hablar cuando oyó la potente voz del alemán decirle.

—Salga de mi casa y no vuelva, yo no tengo nada que ver con ese hombre, ni nunca tuve

que ver nada con él.

—Pero, ¿sabe quiénes son?

—Le he dicho que se vaya o llamaré a su jefe y pediré que le alejen de mí.

El comisario guardó rápidamente los documentos y salió de la residencia sin protestar. En la puerta se volvió y estiró la mano, el ingeniero cerró con un portazo.

La Falda resultó un lugar tan agradable y paradisiaco como decían los folletos turísticos. Esquivel no tomó habitación ni se identificó como policía. Llegó al hotel *Eden* a la hora del almuerzo y pidió mesa en el restaurante. Los precios eran prohibitivos para su sueldo, sin embargo no dudó un minuto en sentarse. Pensó en su esposa, cuando supiera lo que se había gastado se enfadaría, no por la cantidad, sino porque no la hubiera llevado. Disfrutaba enormemente de los sitios elegantes, contemplando a la gente acomodada, él no podía darle ese tipo de caprichos. Sin embargo, ahí estaba su amiga que, conocedora de los gustos de La Negra, la invitaba frecuentemente a restaurantes, bares y espectáculos donde no podían acudir. Pensó inmediatamente en esos amigos, tenían mucho dinero y sabían disfrutar, no le extrañó que se hubieran alojado en el hotel. Esquivel instintivamente calculó lo que habrían pagado y pensó que era su sueldo de varios meses. ¿Por qué no podía quitárselos de la cabeza? Él no les envidiaba, disfrutaba oyéndoles hablar de sus frecuentes viajes por el país y también por casi toda Sudamérica, siempre en los mejores hoteles. Gracias a sus historias, también podía viajar él, aunque solo fuera con la mente. A su esposa le ocurría lo mismo. ¿Cuándo habían estado en La Falda? Se lo preguntaría cuando les viera. De inmediato rechazó la idea, no hablaría con nadie de ese viaje, ni siquiera con La Negra, mejor mantenerlo en secreto mientras durara la investigación.

En ese momento, un camarero le sirvió el primer plato, distrayéndole de sus pensamientos. Se disponía a comer cuando vio que la señora de la mesa de al lado le miraba sonriente, estaba sentada junto a un hombre, probablemente su marido. Ambos vestían de negro, solo la camisa blanca del varón quitaba la sensación de luto, se les veía más envejecidos de lo que realmente debían ser. Esquivel le devolvió la sonrisa. La señora le dijo algo que el comisario no entendió. Contestó disculpándose por ello. Entonces la mujer le preguntó con un acento muy parecido al de Matthies si era nuevo en el hotel. El policía dijo que estaba de paso, había llegado de Córdoba y se iba ese mismo día a Buenos Aires, antes había pasado a conocer La Falda, todo el mundo hablaba maravillas del lugar y él también se había quedado extasiado.

La señora aseguró que había experimentado esa sensación, en cierta manera le recordaba a su país. El policía preguntó de dónde eran y ella dijo que austriacos. Estaban alojados durante unos días, tenían la intención de establecerse en otra localidad, aún no habían decidido dónde. Habían llegado de Europa, «huyendo de los soviéticos», añadió con tristeza la mujer. El comisario asintió moviendo la cabeza como si entendiera su preocupación. Había aprendido español en su juventud

y le gustaba practicarlo. Esquivel la felicitó por su habilidad y le preguntó si había muchos compatriotas. Ella creía que no. Había alemanes, pero también bastantes croatas y algún belga. Todos habían dejado el viejo continente después de la guerra, la situación era mala, poca comida, nada de trabajo, mucho mercado negro. Esquivel se solidarizó con su discurso y le explicó que Buenos Aires era una ciudad muy bonita y agradable y que, si preferían el interior, les recomendaba la misma Córdoba. La mujer comentó que en el hotel les habían hablado de Bariloche como un buen destino para residir, el comisario admitió que no lo conocía, aunque seguramente, estaría bien.

Acabada la comida, que resultó muy agradable gracias a la parlanchina mujer, se dio una vuelta por los jardines. Efectivamente, tal como había dicho la señora, el lugar era muy internacional. No se oía hablar en español.

Regresó a la capital convencido de que el Jefe de Investigaciones estaría buscándole, aún no sabía cómo podría salir bien de la entrevista. De cualquier manera, volvía contento, el caso había avanzado. Estaba seguro de que Matthies había reconocido a uno de los tres primeros cadáveres, daba por hecho que el identificado sería alemán.

Y, aunque, ahora tenía dudas respecto a la verdadera identidad de Harald Solberg, ¿sería un criminal nazi como había propuesto el ingeniero?, esas dudas habían hecho aflorar un nuevo móvil: ¡la venganza! Si la víctima del puerto no era el ingeniero Walter Blume, sino el nazi Walter Blume, alguien podía haber ajustado cuentas con él. Si era así, su jefe le habría mentado..., o alguien habría mentado a su jefe.

Llegó a su casa el lunes por la mañana temprano. Al verle, su esposa se echó a llorar, no había tenido noticias de él en dos días, y le habían llamado tantas veces desde su despacho que había pensado todo tipo de desgracias. Menos mal que sus amigas la habían acompañado por la tarde y parte de la noche del día anterior. Él la tranquilizó, estaba bien, pensaba echarse un rato y descansar, así se encontraría más despierto cuando se enfrentara con su superior.

Repuesto del viaje, se dirigió a comisaría, no llegó a entrar en el edificio, un agente se le acercó para acompañarle al despacho del Jefe de Policía, bajo cuyo mando se encontraba todo el cuerpo, incluido su departamento.

El agente avisó por radio y, al llegar, se encontró que le esperaban el Jefe de Policía, el de Investigaciones, el de la Científica y el capitán Cardozo. Esquivel dio las buenas tardes, nadie le respondió. El jefe de Policía, un militar, le preguntó de malos modos y sin ofrecerle asiento:

—Por qué ha ido usted a Córdoba. Quién le dijo que fuera a Córdoba y por qué ha abandonado su investigación para molestar a gente que no tiene nada que ver con ella.

—No lo veo así, señor.

—¿Cómo que no lo ve usted así? No me importa cómo lo vea, tiene que seguir las instrucciones de sus superiores, no trabajar por su cuenta.

—Si me permite, responderé a sus preguntas y podré explicarme. Yo no he contado nada de la investigación, señor. Tal como se me indicó, puede usted preguntar a las personas con las que hablé. —Esquivel contestaba tranquilo y en voz baja tratando de que el militar se calmara, estaba convencido de que Matthies no había comentado su segunda visita y se sentía seguro en ese aspecto.

—Continúe. —Exigió de malos modos el Jefe de Policía.

—Se me informó que habían desaparecido unos documentos propiedad de un ingeniero aeronáutico asesinado y que debía buscarlos. Pensé que, dado que nadie sabe nada sobre el robo —y estamos interrogando a delincuentes comunes, delatores...—, decidí ir a dónde podrían haber escuchado algo: La Fábrica Militar de Aviones de Córdoba.

—Se le dijo expresamente que siempre debía estar acompañado del capitán Cardozo. — Interrumpió el Jefe de Investigaciones, también enfadado.

—Sí señor. Pero si allá tampoco habían oído hablar de un robo que podía interesarles, como así fue, era fácil explicar la aparición de un comisario de policía que lo está investigando, en cambio cómo explicar la compañía de un capitán de Inteligencia. En efecto, no sabían nada, lo puedo asegurar por la cara de asombro de las dos personas con las que hablé. Por tanto, si mi presencia les ha perturbado, imagínense la del capitán Cardozo. Por supuesto, no les dije qué tipo de documentos se habían sustraído, ni tampoco a quién. No incumplí sus indicaciones.

—Y por qué no nos informó de ese viaje y actuó por su cuenta. —De nuevo el Jefe de Policía gritaba enfadado.

—Porque fue algo inesperado, se me ocurrió el viernes por la tarde y, en ese mismo momento fui a la Estación de Retiro, no esperaba encontrar boleto, pero había asientos y no lo dudé, tomé el primer tren. Ni siquiera avisé a mi familia. Les llamé cuando llegué —mintió el comisario—. Si encontraba alguna pista o averiguaba algo que fuera útil, tenía el teléfono del capitán, como no fue así, por qué molestarle. —Se excusó con mucha convicción.

—Y qué fabulosa explicación nos va a dar usted para justificar sus pesquisas por unos asesinatos ocurridos hace tiempo —preguntó con sorna, además de rabia, el Jefe de Policía—. Cómo explica que haya molestado a los agentes de la comisaría 25 y de la de Retiro, y por qué le importan esos casos.

Si su intención había sido sorprender al comisario, estaba equivocado, Esquivel esperaba esa pregunta, sabía que no querían relacionar los casos. Mientras más se empeñaban ellos en hacerle desistir de dicha investigación, más seguro estaba él de que debía seguir.

—Cuando apareció el cadáver de Blume, decidí averiguar si ya había ocurrido este tipo de asesinato en otra ocasión. Y así lo expliqué.

—Sin embargo, usted afirmó que no había encontrado demasiadas coincidencias y los había devuelto al archivo —añadió el Jefe de Investigaciones irritado—. Me mintió, había seguido investigando.

—No mentí, señor. Así fue, no eran demasiadas las coincidencias. Pero tampoco abandono a la primera, ya saben ustedes cómo trabajo —explicó Esquivel—. Devolví los informes al Archivo, pero decidí preguntar a los policías que encontraron a las víctimas por si recordaban algo que no estuviera en el informe. Al comprobar que no existía ninguna pista más que sirviera para el caso que yo llevaba, di por finalizado mi interés. Imagino que así se lo habrán explicado los agentes con los que hablé. Por tanto, cuando usted me preguntó, no falté a la verdad: aunque hubo crímenes anteriores con similitudes al de Blume, ninguno sucedió en el puerto y las víctimas no habían sido identificadas.

—En efecto, qué tienen que ver dos vagabundos con Walter Blume —le interrumpió el Jefe de la Policía, aún enfadado.

—En aquel momento, no me dieron la impresión de ser vagabundos señor, todos vestían correctamente, según el informe, con ropas de calidad y fueron asesinados de un tiro en la sien y también, igual que Blume, fueron despojados de sus pertenencias y documentación.

—Aunque vistieran bien y no parecieran sucios ni descuidados, nadie les ha reclamado ni nadie les ha identificado, probablemente llegaron a este país de manera ilegal, y acabarían convirtiéndose en vagabundos que vivirían de la mendicidad. No quiero que mis mejores investigadores pierdan el tiempo con casos que no merecen la pena. Ya le dijeron lo que tiene que buscar, no busque otras cosas. —Hablaba a gritos mostrando su autoridad.

—Eso es lo que estoy haciendo desde que recibí la orden, señor. Y a ese respecto, se me ha ocurrido algo que me gustaría comentar.

El comisario Esquivel miró hacia Cardozo, parecía preguntar si era correcto hablar delante de él. El Jefe de la Policía entendió el gesto y moviendo las manos invitándole a seguir, añadió rápidamente:

—Hágalo deprisa. Todos tenemos mucho trabajo.

—Y ¿si en lugar de documentos relativos a aviones fuera otra cosa lo que le robaron?

Se hizo un silencio atronador, el Jefe de la Policía y Cardozo se miraron de reojo, Esquivel lo vio aunque fue casi imperceptible. El primero tardó unos minutos en reaccionar, al cabo de este tiempo preguntó:

—¿Qué quiere decir?

El comisario tomó su tiempo, como si estuviera pensando y no se atreviera a decirlo, para afirmar más tarde y con un cierto titubeo:

—Pues que también pudiera ser que Blume llevara el diseño de una bomba atómica o de un arma nueva igualmente poderosa. Se dice que los alemanes estaban investigando mucho en esa dirección...

Esquivel notó que los dos hombres se relajaban, el Jefe de Policía, más tranquilo, tomó la palabra:

—Comisario, no estamos en posición de interrogar a la CIDE sobre los documentos que llevaba ese hombre. Ellos han solicitado nuestra ayuda y nos limitamos a dársela, sin hacer preguntas. ¿Alguna cosa más?

—Pienso que deberíamos investigar a las personas que han llegado a Buenos Aires días antes que Blume, también podrían haberle seguido desde Génova para robarle acá.

—¿No se ha hecho eso ya?

—Sí, yo me he ocupado —era la primera vez que hablaba Cardozo.

—Pero no hemos buscado en todas partes.

—¿A qué se refiere? —preguntó Cardozo molesto porque se cuestionara su trabajo.

—Que no hemos revisado los archivos de Inmigración. ¿Y si los asesinos han pedido visado de residencia y llevan tiempo viviendo aquí?

—¿Quiere mirar todas las fichas de Inmigración? —se asustó el superior.

—Bueno, disponemos de algunos indicios para empezar... Tenemos una descripción, aunque sea vaga. Buscamos a dos hombres, con aspecto de marineros del Norte de Europa, fuertes y altos, tal como los describieron los testigos, que hablen alemán. Empezaremos por los días anteriores al asesinato y podemos ir retrocediendo. Incluso, podemos cotejar las personas que han solicitado la residencia en los últimos años y que hayan realizado alguna salida del país... Pienso que buscamos unos espías, no ladrones —y lo dijo mirando a Cardozo—, aunque claro está, sé la dificultad que entraña poder descubrirlos...

—¿No habían hecho este trabajo ya? —volvió a preguntar el Jefe de Policía.

—No con la minuciosidad que ha fijado el comisario —se excusó Cardozo, mientras con la mirada parecía querer explicar algo.

Esquivel pareció no haberse percatado.

—Eso será lentísimo, pero si usted cree que puede ayudar... Ocúpese de ello... ¡y también de seguir con los interrogatorios a los delincuentes comunes, por supuesto, además de las entradas y salidas del país! —ordenó el Jefe de Policía—. Aunque parece que por ahí no va a descubrir nada... El capitán Cardozo continuará con los barcos de

pesca y deportivos que estuvieron esos días amarrados en el puerto. Permanezca con este caso abierto, pero esta investigación ya no es prioritaria. Usted vuelva a su trabajo habitual. ¡Ah! Y una cosa, si necesita ayuda, hable con Cardozo, ¿de acuerdo? Utilice al suboficial Bustos lo menos posible.

—Señor, Bustos es muy valioso para mí, si tengo que buscar en Inmigración, necesitare su colaboración.

—De acuerdo, dedíquelo a eso, pero a nada más. —Buscó la mirada de Esquivel y haciendo gala de su autoridad le dijo—. Comisario, no quiero volver a repetirle el motivo de esta reunión, si vuelve a desobedecer y actúa por su cuenta sin informar al capitán o al jefe de Investigaciones, me veré obligado a destituirle. ¿Ha quedado claro?

—No esperó la respuesta—. Puede retirarse. Usted, Cardozo, quédese.

El Jefe de la Policía bajó la mirada hacia los papeles encima de la mesa, el comisario saludó y se fue acompañado de los otros dos superiores. Cardozo se levantó a la vez que Esquivel y se volvió a sentar cuando salieron.

El comisario pensó que, al menos, aún tenía una posibilidad de seguir con el caso. Se lo habían dado oficialmente un lunes y se lo habían quitado el lunes siguiente, sonrió con esa idea. Y, de pronto, recordó la última orden, Cardozo se ocuparía de investigar a los barcos pesqueros y deportivos..., sabía que por ahí había alguna pista desde el momento en el que el capitán se había ofrecido a ocuparse de ello. No solo él ocultaba información, también se la ocultaban a él. Lo malo era que, por el momento, no podría ni acercarse al puerto, si lo hacía y se enteraba su jefe, con toda seguridad le retirarían definitivamente del caso... y de la policía. Esperaría y, mientras tanto, trabajaría con discreción.

## Capítulo XIII

1934

En *La Argentina*, un muchacho de la antigua pensión en la que se alojaba Rafael preguntó por él, debía entregarle varias cartas procedentes de España. Al recibirlas, cayó en la cuenta de que había olvidado comunicar su boda a sus parientes. Ese mismo día les mandó un telegrama con su nueva dirección y estado. Luego escribió una breve carta en la que les contaba que se había casado con Rachel Ackerman, mandaba una foto de ambos el día del enlace, rodeados de sus amigos. A vuelta de correo, le felicitaron, la chica era muy guapa y elegante. Imaginaron que era argentina, ya que la madre comentaba que las mujeres en América se comprometían mayores, debían darse prisa si querían tener hijos, añadió que ella a los treinta ya tenía cuatro.

La respuesta de Rafael les sacó del error y les informó con más detalle. Su esposa había nacido en Gran Bretaña, pertenecía a una familia adinerada y se encontraba de vacaciones en Buenos Aires. Narró el primer encuentro detenidamente, convencido de que doña Amelia querría saberlo todo. Acabó afirmando que, si no le hubiera pedido en matrimonio antes de que regresara a su país, nunca más la hubiera vuelto a ver. La madre respondió que, afortunadamente, no parecía inglesa e insistió en que debía darse prisa si quería ser padre.

Desde su llegada a Argentina, Rafael mantenía una afectuosa y habitual relación epistolar con sus allegados. Las cartas maternas eran cariñosas; las de Matías, de auténticos camaradas; y las de sus hermanas, cordiales. A la primera, además, le enviaba paquetes con cortes de telas para que se hiciera vestidos, trajes, abrigos, blusas, faldas... Siempre le decía lo mismo: «He visto esta tela, madre, y no he podido dejar de pensar lo guapa que estaría usted llevándola». La señora se lo agradecía con palabras tiernas, también le preguntaba cómo le trataban los Ramos, si comía bien, si tenía buenos compañeros, incluso por Domingo, desde el momento que supo que habían retomado la amistad.

De las hermanas recibía cartas más formales. Las chicas aprovechaban cualquier ocasión para hacerle encargos: una seda azul tornasolada, un guipur morado, una gasa verde... Rafael lo enviaba cuando lo encontraba, y no siempre a vuelta de correo, por lo que tampoco recibía muchos agradecimientos. Había más recriminaciones: «Ya no lo necesito, lo quería estrenar en la verbena de hace un mes», o «pensaba ponérmelo en la boda de mi amiga, tuve que elegir otra cosa»... El hermano les contestaba: «Pues así, ya lo tienes para el año que viene» o «ya se casará



otra amiga y podrás lucirlo». En esos casos, le replicaban: «Entonces, ya no se llevará». Esa respuesta le hizo pensar que las mujeres estaban muy pendientes de la moda. Y ese pensamiento lo trasladó a la tienda. Fue cuando solicitó al señor Ramos que contratara dependientas y que se compraran revistas de figurines, logrando un gran éxito con sus clientas.

Pero si había alguien al que descubría sus pensamientos más íntimos, ese era Matías. A él le contaba no solo su vida, sino también sus proyectos, sus ideas y sus deseos. Ambos mantenían una auténtica relación fraternal, el más joven admiraba al mayor y le consultaba cualquier asunto. Se escribían con la misma naturalidad que se relacionaban cuando eran niños. Podían comentar tanto los problemas familiares como la situación política o social. Rafael no se extendía con Argentina, sabía que a su interlocutor no le interesaba mucho, pero sí preguntaba de vez en cuando por España. De esa manera supo que la República había sido recibida con mucha ilusión. Su propio hermano se reconocía partidario, aunque siempre había sido monárquico —igual que toda la familia— y había respetado la figura del Rey. Sin embargo, aseguraba que Alfonso XIII no había correspondido con el mismo respeto a sus súbditos. Matías comentó que pocos le echarían de menos: desconsiderado con las instituciones políticas, mujeriego, soberbio, engreído..., había sido un niño mimado y un adulto consentido. Todo lo contrario de sus padres, Alfonso XII y María Cristina, tan respetuosos con las leyes. A pesar de ello, le reconocía una virtud, se había ido a tiempo. Su hermano decía que prefería reyes en el exilio antes que muertos, y le recordaba las palabras de la madre al enterarse de la ejecución del zar y su familia: «¡Cómo han podido asesinarles con lo guapos que eran!». Sabía que el recuerdo haría sonreír a Rafael, imaginándola con el periódico en la mano indignada por la noticia. También le informó cómo Amelia se había alegrado de que La Estirada —así llamaba a la Reina— se hubiera ido del país. A continuación le recordó todos los comentarios de la madre dirigidos a Victoria Eugenia: soberbia, incapaz de aprender a hablar bien el español, y siempre enjoyada, con tanta gente hambrienta como había...

Matías le explicó cómo se renovaba el país. Admiraba a su nación, capaz de cambiar de sistema de gobierno sin levantarse en armas. En pocos meses, pasó a la desilusión, empezó a escribir sobre enfrentamientos muy duros entre los partidarios de los diferentes partidos políticos.

La Ley de Divorcio también fue comentada. Rafael leyó que don Mateo, durante una comida en familia, había alardeado de la posibilidad de divorciarse. La madre, con rapidez, contestó con una oposición rotunda, era católica y se había casado ante Dios para toda la vida. El padre insistió en que nadie tenía por qué permanecer con la misma persona si se enamoraba de otra. Doña Amelia, con sorna, le reconoció que tenía razón, pero que a su edad, si él quisiera el divorcio, ella se buscaría el mejor abogado para dejarle sin un real. Finalizó con: «Y veríamos si hay alguna mujer joven que quiera a un hombre viejo y pobre», el esposo cambió de tema, nunca más lo había vuelto a sacar. Matías escribía que esta anécdota había sido motivo de risas con sus hermanas, todas alabaron a la madre por su desparpajo al responderle.

Para la familia ya no era un secreto que mantenía a Eulalia, aunque las mujeres nunca hablaban de ello. Matías escribió que la antigua criada se hacía pasar por la señora de Mateo Bernal en ciertos lugares, tiendas y restaurantes, dejando a su madre, más de una vez, en evidencia.

También supo que su hermano conservaba la amistad con Prudencio, compañero de Rafael en el colegio. Este seguía interesado en Loli, la pequeña, y por eso mantenía la relación. Matías, por el contrario, se acercaba al muchacho porque deseaba conocer «mejor» a las coristas del teatro de su padre. Aunque no hubo muchas explicaciones, ni datos —los hermanos no estaban acostumbrados a hablar de sexo— entendió que el mayor frecuentaba a algunas de ellas.

Poco después de informar a la familia sobre su nuevo estado, recibió una carta de Matías en la que le confiaba que, desde hacía un año, visitaba a una jovencita dieciséis años más joven que él, guapa, divertida, inteligente, simpática, de buena familia... Todo eran alabanzas. Rafael aseguró que eso era amor. El otro le llamó idiota. En una carta posterior, acabó confesando que no se atrevía a hablar de sus sentimientos con la chica porque la situación familiar no era muy agradable. Don Mateo apenas daba dinero para la manutención de la casa y de la familia. Ante las quejas de doña Amelia, respondió que había dos hijos adultos ganando un buen sueldo, ¡que ayudaran ellos! Ambos hermanos llegaron a la conclusión de que Eulalia se aprovechaba de él. El pequeño exigió que, a su llegada, el mayor estuviera prometido para conocer a la novia. Y añadió que no debían alterar su vida por «una pobre desgraciada». Rafael empezó a enviar cantidades mayores. Matías agradeció la ayuda, y añadió que ese dinero vendría bien ya que Loli, había acabado por aceptar a Prudencio y se habían comprometido.

A finales de septiembre, Rafael recibió las felicitaciones por su cumpleaños. Doña Amelia, como era previsible, le recordaba la promesa de celebrar las Navidades en España, tenía tantas ganas de verle que contaba los días. Además conocería a su nuera, la idea de disfrutar de más nietos le alegraba la vida. Toñi tenía dos chiquillos preciosos, pero no parecía desear más. Matías y Puri tampoco mostraban intenciones de abandonar la soltería y Loli... La madre no explicó qué pasaba con Loli, y la intriga le preocupó. El joven propuso a Rachel que le acompañara. Ella se negó y le recordó que utilizarían esa negativa en el divorcio como uno de los motivos que había arruinado su convivencia.

Al enterarse de que Rafael pasaría las fiestas en Madrid sin su mujer, los Ramos se extrañaron bastante y Ángela, de inmediato, se lo contó a Soledad. Ambas fueron a consolar a la esposa, sin embargo, esta no pareció disgustada, al contrario, justificó a su marido. Dijo que él llevaba más de ocho años sin ver a su familia y a ella la veía todos los días. Aseguró que era más feliz dejándole gozar de sus parientes. Además, debía hacer tantas cosas en la casa... La británica había comprado el piso en el que vivían y se disponía a realizar una serie de reformas para modernizarlo. No había hablado con el marido de sus planes. A su vuelta, ya estaría todo acabado

y le daría una sorpresa.

El matrimonio hizo la maleta juntos. Rachel se extrañó de lo poco que llevaba para un viaje tan largo. «Cuando necesite algo, lo compro y así evito ir cargado», fue la respuesta de él. A su mujer le pareció una buena filosofía, acostumbrada a viajar con varios baúles y maletas, admiró su practicidad al «cargar con lo justo». En el momento de la despedida, Rafael sintió cierta nostalgia. Le gustaba la compañía de Richi, se había acostumbrado a hablar con ella de todo. Le entendía tan bien como Matías o Domingo.

El comerciante, por primera vez, reservó un camarote de lujo. Cenaba en la mesa del capitán, donde debía presentarse vestido de gala. Todos los días se celebraba alguna fiesta o baile, en uno de ellos conoció a otra pasajera que también viajaba sola. Empezó haciéndole compañía durante la cena, luego, en el bar y acabaron en la cama. Ella se dirigía a Francia y en Lisboa, donde se bajó el español, se despidieron con la promesa de escribirse, aunque él le había informado que estaba casado.

Para evitar problemas con el padre y conociendo que este seguía guardándole rencor, había pedido a su hermano Matías que le reservara habitación en el *Hotel París* donde podrían tomar todos juntos las uvas, le rogó que la habitación diera a la Puerta del Sol. Este le contestó con sorna si no prefería el *Ritz* o el *Palace*. No entendió la broma y no respondió. Simplemente, la plaza era uno de los lugares que más añoraba de Madrid, su bullicio y jaleo seguía siendo uno de los mejores recuerdos de su infancia.

Matías cumplió el encargo. Estaba en la estación esperándole y ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Antes de pasar por el hotel, quiso ver a su madre. Amelia le recibió con tanta alegría que el hijo no notó cuánto había envejecido en esos años. Solo cuando la observó con más detenimiento, advirtió que su cara se había llenado de arrugas. Era una auténtica anciana, no la guapa mujer que había dejado.

Pasaron el día juntos y cuando llegó el padre, después de saludarse con la frialdad que esperaba, se fue al hotel, Matías le acompañó. Tomaron un tentempié juntos y el mayor aprovechó para explicar al pequeño la situación familiar con más detenimiento.

Como ya sabía, el progenitor continuaba la relación con Eulalia, aunque vivía en la casa, desaparecía con frecuencia sin dar razón de adónde iba. Sus protestas por tener que mantener a su esposa y a sus hijas cada vez eran más frecuentes y, en ocasiones, se negaba a colaborar económicamente, haciéndolas pasar auténtica vergüenza cuando no podían pagar en las tiendas. La madre aparentaba no saber nada de la doble vida del marido y, si alguno de sus hijos intentaba hablar del tema, ella cambiaba de conversación.

Según Matías, en el fondo, su padre tampoco quería establecerse definitivamente con la antigua criada, la única manera de conseguir que ella siguiera a su lado era por dinero, si se lo daba de golpe, le abandonaría, tras el comentario, se echó a reír. Rafael le dijo que no le hacía gracia, el

padre le daba lástima.

—¿Lástima? ¿Por qué? ¿Por qué es un viejo chocho en manos de una puta?

—¡No hables así! —Le recriminó el pequeño.

—Puedo hablar así y peor, Rafa. ¿Tú también la vas a defender? ¡Pues no lo hagas! No sabes en lo que ha convertido a tu padre. Es un desgraciado y nos trata fatal. Echa en cara cada céntimo que da. Hace tiempo que yo me ocupo de madre y las hermanas, con tu ayuda, claro.

—Intentaré mandar más dinero.

—Ya lo has hecho, pero también tienes tus obligaciones. Es padre quien debe hacerlo, su economía es muy solvente, te lo aseguro, sin embargo, desde hace años, solo paga a las criadas y porque le atienden a él —Matías calló unos segundos, parecía no atreverse a continuar—. ¿Sabes por qué no me he casado? A todo el mundo le digo que me pasé muchos años estudiando y que ahora me ha llegado el momento de divertirme, aunque eso no es cierto. No me caso porque tengo una deuda con la familia y porque no me atrevo a proponérselo a la mujer que me gusta. Quién querría vivir con una suegra y una cuñada. Y yo no puedo irme de casa, el día que lo haga, madre y las hermanas no tendrían para comer. ¿Y aún quieres que tenga lástima a padre? ¡Lástima me doy yo!

—Lo siento Matías, yo te ayudaré en todo.

—Eso dice él, que te pidamos ayuda a ti. El rico, te llama. La otra le debe envenenar comparándole contigo o hablándole de ti y cada día te odia más. ¿Imaginas lo que me dijo cuando no quiso hacer las paces?, que eras su rival y no su hijo, que nunca podría quererte ni perdonarte. En una ocasión me contó cosas terribles de ti que prefiero no repetir. Cuando negué que eso fuera cierto, me contestó que era la pura verdad porque se lo había dicho Eulalia. Yo le respondí que no me creía nada de lo que dijera una puta. Se enfadó tanto porque la llamara así que estuvo a punto de pegarme, como cuando era niño. Le retuve la mano y, como tengo más fuerza, no lo conseguí. Mirándole a los ojos añadí: «¿Sería usted capaz de pegar a su hijo por una puta?». Insistiendo para que supiera lo que pensamos de ella. Luego le dije: «No tiene usted vergüenza». Desde entonces tampoco me habla, solo lo indispensable. Padre ya ha advertido a Loli que no piensa pagarle la boda. La pobre estaba tristísima. Aunque ahora ya todo ha cambiado gracias a ti. Y también, con el dinero que enviabas, se pudo pagar la de Toñi.

—Por supuesto.

El pequeño contestó como un autómata. Había dejado de oír lo que contaba su hermano desde que comprendió que el padre le había desvelado su secreto y no le había creído.

Rafael aprovechaba las mañanas para acompañar a sus hermanas y a su madre a hacer recados,

como buscar los regalos de Reyes o comprar figuritas para el Belén en la Plaza Mayor. Le hizo mucha ilusión que doña Amelia hubiera esperado a que él llegara para colocar el Nacimiento, desde pequeño había disfrutado haciéndolo juntos, incluso en su época con El Candelas conservó esa costumbre. Por las tardes salía con Matías y, a veces, se les reunían su cuñado Santiago y Prudencio.

Vio poco a su padre, evitando ambos cualquier enfrentamiento. Rafael pudo comprobar que las mujeres no se molestaban en guardar las apariencias, nadie hablaba con don Mateo salvo las palabras de mera cortesía. Solo las criadas parecían preocuparse por atender al señor. Conoció a sus sobrinos, dos niños de cuatro y dos años excesivamente mimados por Toñi.

Durante la Nochebuena, mientras las señoras terminaban de arreglarse para asistir a la misa del Gallo, los hombres permanecieron en el salón, el padre acababa de llegar y el silencio resultaba muy desagradable, ninguno se atrevía a romperlo. En el momento que entró la madre, don Mateo comentó en voz muy alta: «No entiendo que hayas dejado a tu esposa, recién casado, para venir a vernos y que ella tampoco haya querido acompañarte». Sabía que esa era la pregunta que todos se habían hecho sin atreverse a dirigírsela. «O, quizás esa sea otra de tus mentiras y no te has casado». Añadió con sarcasmo.

—He mandado fotos, lo puede ver. —Respondió Rafael.

—Yo no sé cómo son las bodas civiles en Argentina. Pero de ti, me creo todo, hasta que hayas hecho una farsa.

—Mi amigo Domingo está en esas fotos —interrumpió Matías—, él no se prestaría a hacer ninguna farsa.

—Ni los Ramos —intervino la madre—, ellos también salen en la foto.

Rafael metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó su pasaporte, lo abrió y se lo mostró por una de las páginas:

—Mire, aquí dice casado y este documento está a mi nombre. Nunca ha creído nada de lo que cuento, y nunca he mentido, he podido ocultar la verdad, pero nunca he mentido.

Calló y guardó el documento después de enseñárselo a todos. Luego añadió con tristeza:

—Yo no quería ni podía anular este viaje y ella no puede venir a Europa, corre peligro aquí.

—¿Por qué? —Preguntó la madre interesada.

—Como os dije es británica y bautizada en la religión anglicana. Pero sus padres nacieron en Alemania y antes de cambiar de creencia eran... judíos.

El grupo permaneció en silencio, la madre le interrumpió de nuevo.

—¿Y eso qué?, solo demuestra que estaban equivocados y por fin se han hecho cristianos, aunque no hayan elegido bien qué tipo de cristianos debían ser.

Todos sonrieron.

—Madre, en Alemania los judíos no están muy bien vistos. —Le contestó Matías cariñosamente.

—¿Por qué?

—Porque son una raza maldita —añadió su marido con brusquedad—, y no me extraña que tú estés con una de ellos.

—Como ven, hice bien en no traerla..., por las personas como usted —añadió mirando al padre—. Ella tiene miedo, madre, dice que no se siente segura, tuvo que huir de Alemania para poder regresar a Gran Bretaña, la Gran Guerra le pilló allí cuando era una niña. Estaba de vacaciones en casa de sus abuelos. Después no pudo arreglar su documentación y la retuvieron durante años, al cabo de este tiempo pudo reencontrarse con sus padres, pero no de manera legal, la siguen considerando ciudadana alemana y ella no quiere serlo.

Rafael ocultó expresamente el primer matrimonio de Rachel, no quería dar la posibilidad a don Mateo de que la volviera a insultar.

—Pobre, tuvo que sufrir mucho. —Respondió Amelia.

—Así es. La da miedo residir en Europa, por eso eligió Argentina para ir de vacaciones y por eso no ha querido acompañarme. Piensa que en cualquier país europeo la pueden retener y mandarla a Alemania, se quedó traumatizada de niña.

—Hijo, la escribiré para convencerla de que aquí no la pasaría nada y la pediré que te acompañe en tu próximo viaje.

—Gracias.

Rafael miró a su padre, este le observaba con desdén y desprecio.

Dos días antes de su despedida, se encontraba a solas con la madre y Matías, acababan de comer, estaban adormecidos sentados en los sillones de la sala familiar, las hermanas habían salido con los niños, Amelia acariciaba la mano de su hijo, cuando dijo:

—Por mucho que él se empeñe en ensuciar tu infancia, nunca he creído lo que cuenta, y tu hermano, tampoco. Yo sé que siempre has sido una buena persona y lo sigues siendo hijo.

Rafael la miró con ternura, estaba claro que ella conocía el secreto que le había amargado la existencia, miró a ambos y en el mismo tono susurrante de su madre preguntó:

—¿Qué les ha contado padre?

Supo que les había hablado de su pertenencia a una banda de ladrones cuyo jefe se llamaba Candelas. Matías le explicó que él se había informado a través de compañeros en el Ministerio, el tal Candelas existía pero había desaparecido después de salir de la cárcel, no se conocía su paradero. Por lo visto, algunos de sus compañeros habían muerto de manera muy violenta al poco tiempo de quedar en libertad.

—¿Varios? —Preguntó Rafael inquieto— ¿quiénes?

—No sé sus nombres —le respondió su hermano—. ¿Les conocías?, parece preocupado. En total hubo tres asesinatos. Según me contaron, se dedicaban al tráfico de obras de arte y debieron tocar a la persona que no debían. La policía dedujo que estaban ante un ajuste de cuentas, y así se archivó.

Cuando Matías acabó de contarle, Rafael estaba blanco, el descubrimiento de los asesinatos le alarmaba.

—No creo semejante patraña, tú no podías conocer a esos hombres, ¿verdad, hijo? —intervino doña Amelia.

Este agarró con fuerza la mano de su madre y mirando a ambos les dijo:

—¿Recuerdan el día que se incendió el Tribunal Supremo?

Ambos asintieron y él empezó a relatar lo que había sucedido sin omitir ni una sola cosa. Habló de sus miedos y terrores, de cómo le extorsionaban y no se atrevía a contárselo a nadie, de sus intentos de huida, de la vigilancia a la que era sometido. Y también contó cómo había utilizado a Eulalia para escapar. A pesar de todo, admitió no haber participado en ningún robo, aunque había llevado objetos robados a los compradores. Finalizó insistiendo que huyó a Argentina siendo aún un niño cuando pretendieron hacerle delinquir, porque no quería convertirse en un criminal.

—¿Podréis perdonarme? —preguntó con miedo.

Llorando, la madre pudo decir:

—Yo no tengo que perdonarte, eres tú el que debería perdonarme por no haber sido capaz de ver lo que ocurría. Me siento tan culpable y tan estúpida... —las lágrimas le corrían por el rostro—. ¡Cuánto miedo debiste pasar, hijo, tan pequeño y tan asustado!

Amelia le besaba y le abrazaba y él se sentía como aquel niño que buscaba cariño y no se atrevía a pedir. Matías le abrazó sin poder articular palabra. Entonces oyó a su madre preguntar:

—¿Lo sabe tu padre?

—Intenté contárselo, pero no me dejó, dijo que todo me lo estaba inventando.

—Me lo creo, insiste en que sigues siendo un ladrón y que, en Buenos Aires, te dedicas a robar, por eso tienes tanto dinero.

—¡Eso no es cierto! —gritó indignado el joven.

—Lo sabemos.

Ambos comentaron que el verano anterior habían conocido a Inés y Tomás. El marido había fundado una fábrica textil y les iba muy bien. «Lo sé», interrumpió Rafael. Las señoras Bernal y Ramos aún seguían manteniendo contacto. Los sevillanos habían organizado un viaje a la capital para presentar las telas en ciertos comercios y, aprovechando la estancia, Inés pedía permiso para visitarla y reunirse ambas en Madrid. Durante el encuentro, habían hablado de la vida que llevaba Rafael en Argentina. Llevaron fotos antiguas de la tienda en la que se le veía con otros empleados,

atendiendo a los clientes y todos juntos en la entrada del comercio. El matrimonio Ramos las había realizado poco antes de su regreso a España, y estaban convencidos de que a doña Amelia le gustaría verlas. La madre les explicó cuánto le alegraba que le hablaran en esos términos de su hijo, ya que su esposo decía que seguía siendo un «bala perdida». El comentario indignó mucho a la pareja, sus tíos nunca lo hubieran consentido. Cuando llegó el padre, Inés le dio la espalda y le negó el saludo, Tomás se limitó a hacer un ligero movimiento de cabeza. La señora Ramos aprovechó para decir: «Estamos alojados en el Ritz, y nos encantaría invitarles a comer este domingo a usted, doña Amelia, y a sus hijos». Haciendo hincapié en que no deseaban la compañía de don Mateo. Cuando se fueron, Matías añadió: «Si vuelve a afirmar que esta familia pertenece a una banda de ladrones, se lo contaré para que le denuncien por difamación y yo seré el abogado que me ocuparé del caso».

—Desde entonces, no se ha atrevido a decir nada de tu vida allí, hijo mío —concluyó la madre.

Rafael les rogó que no contaran nada a sus hermanas. Siempre se había sentido avergonzado de esa etapa de su vida y prefería no recordarla, manteniéndola en secreto.

Se despidió de Matías de nuevo en la estación de tren. Este intentó alegrarle recordándole que, aunque el viaje en barco fuera largo, pronto estaría en Argentina. Rafael no entendió a qué se refería su hermano y aseguró que la travesía podía ser más entretenida de lo imaginado, de hecho había conocido a una mujer con la que lo había pasado muy bien. El hermano mayor se extrañó, recién casado y ¿había sido infiel? El pequeño se vio en un compromiso, había hablado sin pensar, no podía confesar a su hermano la verdad de su matrimonio así que optó por alardear: «Ya sabes, soy un hombre joven..., no puedo estar mucho tiempo sin una mujer... Por supuesto, Rachel es mi esposa y la relación más importante de mi vida, las otras no tienen importancia». Afortunadamente tuvo que subir al tren y no hubo tiempo para más explicaciones.

Antes de regresar a Buenos Aires, viajó a Italia. Deseaba visitar una importante feria textil que se celebraba en ese país a mediados de enero para contactar con fabricantes italianos, así como con tiendas de otros lugares de Europa. Al llegar el tren a Ventimiglia, subió a su departamento un simpático italiano, también dedicado al comercio, en concreto, era viajante y representante de productos farmacéuticos. Durante horas charlaron de sus países y costumbres, el italiano estaba encantado de que Rafael le contara cosas de Argentina y de España. A pesar de hablar cada uno en su idioma parecían entenderse a las mil maravillas, hasta el punto de que el viajante comentó que le enseñaría su carné del partido. «¿De qué partido?», preguntó el español extrañado. El otro le puso al corriente sobre el Fascismo y Mussolini, mientras exhibía el documento. Luego aseguró sonriente que él no era fascista, pero gracias a ese papel encontraba siempre alojamiento y un



restaurante dónde comer, solo tenía que sacarlo y todo el mundo se desvivía por atenderle. «Esta misma noche se lo demostraré». Tras lo cual se echó a reír con grandes carcajadas.

En efecto, el español pudo comprobar que dicho documento tenía un enorme poder en Italia. Después de buscar hospedaje sin éxito, el italiano lo mostró en un hotel, de inmediato sacaron a un cliente de su habitación para dársela a ellos. El viajante le dijo que por eso había tantos fascistas en su país. Y refiriéndose al individuo que habían echado de su alojamiento, añadió entre risas: «Este se sacará el carné mañana mismo».

Tras visitar la feria, Rafael se dirigió a Génova para embarcar con destino a Buenos Aires. En el buque, la gran mayoría de pasajeros eran germánicos. No encontró ninguna dama solitaria a la que acompañar durante la travesía, así que entablaba conversación con cualquiera, de esta manera conoció a una familia que emigraba a Río de Janeiro y con la que pudo practicar su alemán. Cuando tuvieron más confianza, estos le contaron que eran judíos, como la mayoría de sus compatriotas en el barco. Aprovechando que, aún, podían salir, dejaban el país porque ya no les reconocían como auténticos alemanes. Le explicaron que los dirigentes nazis provocaban el odio hacia los ciudadanos de origen hebreo, incluso, habían hecho algunas leyes antisemitas como la prohibición de que estos pudieran trabajar en la Administración. «Y no hacen ustedes nada?», había preguntado Rafael. «Sí, huir», respondió el alemán. El hombre contó haber discutido con muchas personas de su entorno por asegurar: «Si han hecho una ley que no nos permite ser funcionarios, pueden hacer otras peores, tenemos que irnos». Añadió estar convencido de que pronto empezarían las persecuciones racistas, no confiaba en el gobierno ni en el partido nazi. «Son unos locos peligrosos, nos quitarán nuestras posesiones y se quedarán con ellas, nos prohibirán hasta votar, recuerde lo que le digo, los judíos que se queden en Alemania se arrepentirán, Hitler y su gobierno son demonios».

Tras una travesía muy tranquila, por fin pudo contemplar desde el navío su querido Buenos Aires. Regresaba a casa feliz, había estado junto a las personas que más quería en el mundo, y con ellos había descargado su conciencia, ya no le pesaba el secreto de su infancia, ni tenía nada de qué avergonzarse.

Su pensamiento volvió a Europa, echaría de menos a su familia, desde luego, pero no el continente, se sentía argentino. En España había encontrado ira, en Italia, abuso de poder y entre los alemanes, terror.

Rachel estaba esperándole en el puerto, la vio parada, tan elegante, destacando sobre todo el mundo, con un vestido blanco de piqué y un alegre tocado sobre su bien peinada melena corta, guantes blancos y bolso en bandolera. La admiró desde cubierta, tenía un inconfundible aspecto de dama de alta sociedad. Agitó la mano y ella vio el gesto porque devolvió el saludo. Se encontraron con un gran abrazo, como si realmente se hubieran echado de menos, y con un discreto

beso en la mejilla. Durante el trayecto a casa le contó que había conocido en el barco a un grupo de alemanes de origen hebreo que huían, añadiendo que no había entendido el miedo de ella cuando le confesó ser judía, ahora ya sabía lo que estaba pasando. Rachel respondió: «Lo sabéis tú y tu madre». «No te entiendo», le dijo mirándola fijamente sin comprender a qué se refería.

—Tu madre me ha escrito —sonrió con gracia—. ¿Y sabes lo que me dice? —no esperó su respuesta—. Pues que prefiere que yo sea de origen alemán. Y que ahora, lo que debo hacer es la comunión para convertirme en una buena católica. Entiendo lo de la religión, pero no entiendo por qué le gustan más los alemanes.

Rafael se echó a reír y le explicó la causa de esa manía.

Amelia había contado a sus hijos la boda de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en multitud de ocasiones, ya que eran demasiado pequeños para acordarse. Había sido un gran acontecimiento y los madrileños se agolpaban para ver a los invitados, recorrían los palacios, las embajadas, los restaurantes y los teatros donde se decía que había un noble extranjero llegado para el enlace real. Los más feos y antipáticos habían resultado ser precisamente los británicos. Con sus caras descoloridas y deslavazadas, esa piel transparente y esos ojos tan claros y tristes, llamaron la atención de las clases más populares. Los ingleses acabaron resultando muy antipáticos por sus ademanes soberbios y sus actitudes engréidas. Los chulapos —le explicó que con ese nombre se conocía a los hombres madrileños de clase obrera— soltaban frases que las británicas tomaban por requiebros, sin duda les habían explicado la costumbre española, y sonreían con displicencia, convencidas de que eran unas mujeres muy atractivas. Sin embargo, no eran piropos lo que vociferaban. La madre había escuchado a un hombre gritar a una de esas británicas: «Eres tan blanca que pareces un mármol necrológico». Y la otra irse tan contenta. El comportamiento de los ingleses durante los días anteriores a la boda había hecho que Amelia no les soportara, ni tampoco a Victoria Eugenia. Ahora que sabía que su nuera era de origen alemán, estaba más contenta. Ambos rieron con la anécdota.

En casa le esperaba una agradable novedad, había sido totalmente reformada durante sus dos meses de viaje. No podía imaginarse que viviera en un lugar tan suntuoso y aparentemente sencillo. «El departamento resulta muy elegante, como tú», le dijo a Rachel. Esta le informó que era de su propiedad. Necesitaba muchas reformas y el dueño se había negado a hacerlas, en cambio aceptó una oferta de compra «y así pude hacer las obras que quería». Le hizo recorrer todas las habitaciones. Le mostró la cocina, con las modernidades del momento. Los amplios salones, decorados con sillones y sofás tapizados en resistentes y alegres damascos, a juego con las cortinas. El despacho, tan agradable que daban ganas de trabajar. Y los baños que recordaban a los de los hoteles de lujo. También sus dormitorios habían sido decorados de nuevo, Rafael alabó el de ella, muy alegre y cálido:

—¿Quieres estrenarlo? — Le preguntó Rachel.

La miró fijamente, ¿le estaba invitando a lo que imaginaba? Los ojos de ella le sostuvieron la mirada. En efecto, le daba permiso. La abrazó y la besó con ternura, luego con pasión, la deseaba. Antes de llevarla hacia la cama, la estrechó fuertemente contra él para que lo notara, con el pie cerró la puerta del dormitorio.

De nuevo, fue una decepción. Se había mostrado apasionado, deseoso, incluso brusco y ella no había emitido un solo sonido. Era evidente que lo hacía por obligación, se preguntó si ella creía que debía pagarle y, lo que era peor, que debía pagarle con un sexo tan poco placentero. Tenía que reconocer que la había echado de menos, pero como a Domingo o a los Ramos, no como a una mujer. ¿Por qué se le insinuaba tanto si luego no disfrutaba? No la entendía, en esos momentos se aborrecía, prefería ser simplemente su amigo que tener una relación tan extraña.

La vuelta al trabajo y a su rutina diaria le reconfortó de sus problemas maritales. El trabajo le daba más satisfacciones. No volvió a visitar el dormitorio de su esposa, y empezó a echar de menos a Colette. Aunque las noches volvieron a ser agradables como antes, con sus amenas charlas sobre la tienda, necesitaba sexo. Y con su mujer, siempre quedaba un poso amargo.

Por fin, se decidió un día a visitar a la prostituta. Esta le recibió con mucha alegría, hacía meses que no sabía nada de él. De nuevo gozó con ella como no lo hacía con Rachel. Permanecieron tumbados juntos, desnudos y relajados, hasta que Rafael, sin poder olvidar sus preocupaciones conyugales, preguntó a Colette: «¿Vosotras disfrutáis tanto del sexo como parece?, tú acabas de dar auténticos aullidos de placer». «¿Qué quieres decir, cariño?», inquirió esta. Él explicó que todas las mujeres con las que había estado gemían mucho y gritaban durante la relación sexual. «¿Todas esas con las que has estado eran putas?», quiso saber la chica. «Sí, la mayoría». Esta se echó a reír y le dijo: «Nosotras lo hacemos por trabajo, cuanto más gritamos, más ganamos». «Entonces, ¿todo es una actuación, no sentís nada?», volvió a preguntar él.

—Contigo, no, cariño, por eso te lo cuento. Hay hombres que se corren antes de meterla y nosotras les decimos cuánto placer nos han dado.

Él la miró asombrado, ella no paraba de reírse.

—No sabes las cosas que decimos y hacemos por dinero, y a la mayoría de los hombres, cuando follan, les gusta sentirse importantes y poderosos. Al acabar, ni te imaginas cuántos nos preguntan qué tal han estado, siempre respondemos igual: «Has sido el mejor de todos». Esa respuesta suele traer más propina. Por cierto, tú nunca me lo has preguntado —añadió extrañamente cariñosa acercándose a él.

Rafael debió poner cara de decepción, y ella, que en ningún momento había dejado de sonreír, se mostró seria, añadiendo:

—No te asustes, guapo, contigo nunca he disimulado. Tú sabes hacer disfrutar a una

mujer... Quien te ensañara, te enseñó bien... ¡Muy bien! —Y de nuevo volvió a reír—. No debería decírtelo pero eres el cliente que queremos todas: guapo, bien dotado, simpático y... ¡normal...! Me he peleado con muchas que intentaron seducirte para que te fueras con ellas. Y todas salieron mal paradas. —Volvió a reír.

—Sabes que ya no puedo creerte, ¿verdad? Ahora siempre pensaré que lo que me dices es mentira y que en la cama finges, que todas fingís.

—Bueno, mejor para mí. Todos los hombres sois iguales, no te creas, te apuesto lo que quieras que, a partir de ahora, te esforzarás más para que yo me quede satisfecha. Saldré ganando. —Se echó a reír escandalosamente.

—¿Y el resto de las mujeres no demuestran el placer como vosotras? —preguntó él de nuevo, interesado por el tema y sin hacer caso a su comentario anterior.

—¿A qué te refieres?

—Que si vosotras fingís, para ganar más, a lo mejor las casadas tienen que disimular y callarse para no parecer putas.

—No tengo ni idea de lo que hacen las casadas —volvió a reír—, aunque los hombres habláis más con nosotras que con vuestras esposas y muchos vienen quejándose de ellas. Por supuesto, no es tu caso —añadió antes de que él pudiera interrumpirla—, ya que te acabas de estrenar como marido y ella, según me dijiste, te permite seguir conmigo. Así que sabes mejor que yo cómo se comporta una casada.

—Sí, pero no sé cómo lo hacen las otras, y ya que tus clientes te lo cuentan todo...

—Bueno, la mayoría se quejan de que ellas se abren de piernas y están quietas y en silencio hasta que ellos acaban. —Otra vez se interrumpió para reírse—. Y es lo que yo me digo, si se quedan así, es porque no les gusta cómo se lo hacen y, en el fondo, están deseando que el otro acabe. ¡Mucho cuidado, si la tuya es una de esas! ¡No es que sea decente, probablemente se aburre! —Le divertía la conversación, de pronto recordó algo y añadió—. De todas formas, ninguna puta sería tan estúpida como para estar en silencio. ¡A no ser que sea una petición del cliente! Que también los hay que quieren que nos hagamos pasar por muertas.

—¿Por muertas?

—Sí, sin moverte y en silencio absoluto. ¿Es eso lo que querías hoy y por eso me preguntas tanto? —Demandó intentando saber a qué venía esa charla.

—¡No, desde luego que no! Yo prefiero que disimules. —Ahora se rio él.

Pensó que a Richi no le gustaba nada el sexo. Estaba claro, nunca se movía, permanecía como una estatua. Sin embargo, en las dos ocasiones había sido ella la que se había ofrecido, por qué lo hacía, ¿la gustaría hacerse la muerta o simplemente estaba deseando que él acabara? La respuesta que se le ocurría siempre le indignaba: ¡le pagaba!, le trataba como a un chulo. Se juró no volver a

tocarla aunque ella se lo pidiera.

Folló a Colette de nuevo como esta había predicho, esforzándose tanto que la mujer acabó diciéndole: «¿Por qué no vienes más a menudo? Te echo de menos, cariño».

## Capítulo XIV

1935

Rafael había contado a todos su viaje a Europa, a sus compañeros, al señor Fabián y a la señora Ángela, a Domingo y a Soledad. Sin embargo, solo a Rachel, y al cabo de un tiempo, le explicó la situación familiar. Le confesó ciertas intimidades que, ni siquiera con sus amigos, se atrevía a comentar. La esposa fue informada de la existencia de Eulalia y de cómo, siendo él un adolescente, se había convertido en su amante.

—Ya lo sabía —respondió Rachel con sinceridad.

—¿Lo sabías?

—Sí, me lo dijo Ángela cuando buscaba vivienda en su compañía. También estaba Soledad. Nos aseguró que esa relación te había dejado marcado, y que había llegado a pensar que no te casarías nunca por culpa de tu padre y de la criada. Ambas nos quedamos muy impresionadas con la historia.

—No me lo habías dicho.

—No creía que debiera hacerlo. Si tú no hablabas de ello, yo debía respetarte. En cambio ahora, has decidido contármelo, y tampoco me parece bien que pienses que lo oigo por primera vez.

—¡Cómo sois las mujeres! Es curioso, no recuerdo haber comentado con Domingo este asunto, y su esposa, sin embargo, lo conoce. —No pudo reprimir una risa—. Es gracioso, yo pensando que tenía un secreto bien guardado y lo sabíais todos.

—¿No te habrás enfadado? Si es así, siento no habértelo dicho antes.

—No te disculpes. No estoy enfadado, estoy sorprendido.

Le resultaba difícil comprender cómo se podían tener tanta confianza y, a la vez, fracasar como amantes.

Una noche, al llegar del trabajo, Rafael encontró encima de la mesa del despacho unas tarjetas postales firmadas por una señora. En una, le decía que la travesía había resultado deliciosa gracias a haberse encontrado. En otra, muy cursi, hablaba de las maravillosas puestas de sol de las que habían disfrutado juntos. Y en la tercera, comentaba las encantadoras veladas bailando hasta la medianoche. Rachel, durante la cena, sacó el tema. No mintió, las había leído, había

sentido curiosidad. ¿Mantenia contacto aún con la desconocida? Él aseguró que le había hecho mucho más agradable el viaje y «quiero pensar que para esa señora también ha sido así», concluyó con sarcasmo. «Eres todo un seductor, querido», respondió ella. No contestó, pensó que si esa extraña parecía encantada con él, por qué no podía ser igual con su esposa.

—Me has hecho un gran favor y quiero devolvértelo. —Continuó Rachel aparentando no interesarse por sus relaciones extra matrimoniales.

Él la miró sin responder, invitándola a seguir.

—Te he contado que tengo dinero, pero nunca te he explicado que ese dinero corresponde a la herencia que me dejaron mis abuelos. Mis padres aún viven en Londres y también son ricos. Yo soy hija única. Cuando fallezcan, poseeré una fortuna. Aunque tú nunca me has preguntado, debes saber que mi dinero está ingresado en un banco suizo y puedo disponer de él cuando quiera. Si me lo permites, yo podría comprar la tienda a Fabián y ponerla a tu nombre, así ya no tendrías que ser un empleado.

Rafael la había dejado hablar sin interrumpirla, quería saber dónde iba a parar, la propuesta le resultó incómoda y su tono de voz, enfadado, lo demostró:

—No puedo aceptar tu dinero, ya te lo dije cuando nos casamos.

—De acuerdo, sabía que me dirías eso, —contestó ella conciliadora—, pero déjame contarte mi idea, ¿qué te parece si nos hacemos socios?

—¿Socios?

—Sí, socios. Yo pondría el capital para que compres la tienda y tú pones el trabajo, montaríamos una sociedad. Solo te pido que lo pienses. Me haría mucha ilusión que fueras el propietario.

—A mí también. Pero los Ramos me la van a dejar en herencia, como ya sabes. Desde hace tiempo estoy en su testamento, el dinero irá todo a sus parientes, así como sus propiedades, y la tienda será para mí, ¿por qué comprársela ahora y en sociedad con otra persona?

—Para no tener que esperar. —Respondió Rachel rápidamente—. Tú serías el jefe absoluto y yo no me metería en tus decisiones. Fabián podría dejar de trabajar con lo que le paguemos, y eso te permitiría realizar los negocios que quisieras sin tener que consultarle. Además, mi banquero en Suiza está interesado en establecer relaciones económicas en Argentina. Por lo visto, este es un buen mercado, obtendrías grandes beneficios si te relacionas con él, en cambio, cree que Fabián no tiene edad para proponerle nuevas aventuras empresariales... ¡Te lo ruego, piénsalo! Me gustaría que reflexionaras sobre mi propuesta con detenimiento antes de rechazarla.

Rafael lo pensó, lo pensó tanto que no podía irsele de la cabeza, incluso habló con Domingo. Este bromeó y le dijo que había tenido mucha suerte, una mujer guapa, inteligente, rica y además que

hacía negocios. Lo tenía todo. Escribió a Matías y le preguntó, la respuesta fue la misma, con otras palabras.

Al final se decidió a hablar con Fabián y Ángela.

—Tengo que decirles una cosa y no sé cómo se lo tomarán.

—¡Richi está embarazada! —gritó Ángela emocionada.

—No, no —rio Rafael no es nada de eso.

La mujer puso cara de decepción.

—Es referente a la tienda.

—Ya sospechaba yo que, con una mujer tan adinerada, pronto nos dejarías. —Añadió Fabián entristecido.

—¡Tampoco es eso, déjeme acabar! Iré directo al grano para que no me interrumpen. Quería saber si estarían dispuestos a vender la tienda. Rachel y yo crearíamos una sociedad para la compra, por supuesto ustedes ponen el precio y las condiciones. De esta manera yo sería uno de los dueños y no un empleado. Pero, si no están de acuerdo o tienen algún inconveniente, no pienso dejarles, ni irme yo por mi cuenta. Eso debe quedarles claro, todo seguiría igual que ahora.

—¿Y para qué quieres comprarnos algo que vas a heredar cuando nos muramos?

—Eso mismo pregunté yo a Rachel cuando me lo propuso, y su respuesta tiene mucho sentido. Ella dice que ojalá eso ocurra muy tarde, porque no queremos perderles nunca. Sin embargo, yo tendría que esperar bastante para ser el propietario y, probablemente, cualquier negocio que quisiera emprender, tendría que consultarles. Si ustedes no quisieran hacerlo y hubiera ido bien, yo me enfadaría; y si ustedes me dejaran hacerlo y saliera mal, les haría perder dinero. Ella insiste en que les pague el valor del negocio para que puedan vivir sin problemas, y que yo sea el jefe, lo que me permitiría llevar la tienda como quisiera. ¿Qué les parece?

—No lo veo mal. Es cierto, cada vez quiero tener menos problemas —comentó Fabián— y la tienda aún los crea. Si fuera tuya, los problemas serían tuyos, yo podría aconsejarte, pero no me quitaría el sueño. Por otro lado, de qué viviríamos, ahora tenemos unos ingresos seguros. Pero recibir una cantidad de golpe y tener que ir mirando que esta no se acabe... Me da miedo que pudiéramos gastarnos el dinero...

—Si es por eso, podríamos pactar la manera de pagar y, en lugar de hacerlo de una vez, también podríamos hacerlo a muchos años, en la cantidad que usted dijera.

—Rafael, déjame pensarlo —respondió Fabián—. Y te daré mi respuesta y mis condiciones la semana próxima. Si te parece, voy a consultarlo con un abogado que nos asesore.

—Por supuesto, en ningún momento quiero perjudicarles y, si no les gusta la idea, no se



preocupen, todo seguirá como ahora. Yo no pienso dejarles porque no lleguemos a un acuerdo de venta.

Fabián y Rafael firmaron la venta del negocio y lo celebraron con los empleados. Se pidió que trajeran pasteles y bebidas de la confitería *Richmond* y se cerró la tienda una tarde para invitar a empleados y clientes habituales, todo el mundo que pasaba por la puerta se paraba a observar lo que ocurría dentro, desde los escaparates se veía a gente bailando y divirtiéndose mucho.

Después de la fiesta, en su bonito piso, y tras haber bebido bastante, Rafael besó por primera vez a Rachel de una manera que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones. La esposa no se opuso a las caricias del marido, las aceptó con naturalidad.

Por la mañana, él estaba azorado, incluso le pidió disculpas. Había sido la bebida y la alegría lo que le había hecho comportarse así. Rachel le dijo que no debía disculparse, ella también había participado y había disfrutado del encuentro, eran dos adultos, hombre y mujer, y no tenían que dar explicaciones a nadie, «todo el mundo está convencido de que lo hacemos y se extrañarían de lo contrario», añadió. Ambos rieron.

—No fue precisamente el amor el que nos unió, lo sé, Rafael —continuó la británica, más seria—. Pero tú me gustas. Por eso creo que me atreví a pedirte ayuda y proponerte que nos casáramos. Eres buena persona, amable, cariñoso, te comportas con tus amigos mejor que un hijo o un hermano... Anoche, no me disgustó y tampoco me importaría que lo repitas cuando quieras, no tengo por qué darte permiso cada vez... Puedes estar conmigo cuando te apetezca.

Se mostraba avergonzada al ofrecerse. Rafael no sabía qué responder. Ella también le atraía, pero la notaba siempre tan distante en cuestiones amorosas que, si no hubiera sido por el alcohol, nunca se hubiera atrevido a tocarla como lo había hecho, sin su permiso e invitación. De repente, volvió a pensar que intentaba pagarle así el favor. Eso le disgustó. Disimulando su malestar simplemente dijo:

—Eres la mejor amiga que he tenido nunca.

—Te agradezco mucho que me consideres como tal —añadió con tristeza Rachel que no era lo que esperaba oír al haberse sincerado tanto—. En cualquier caso, también estoy dispuesta a ser tu amiga íntima.

Hizo hincapié en la palabra para que él comprendiera bien el significado que le estaba dando. De repente, pareció comprender lo que había querido decir su esposo y añadió:

—Por supuesto, no me meteré si tienes relaciones con otras amigas. Si las tienes, lo entenderé y no me comportaré como una esposa herida.

De nuevo, su respuesta le decepcionó, la había deseado y ella había permanecido fría y quieta. Le había pedido disculpas y ella había admitido haber disfrutado. Por qué lo hacía, si su actitud

demostraba todo lo contrario. Y por qué insistía en que fuera con otras. Le estaba volviendo loco. Nunca antes había deseado a una mujer. Había deseado el placer, el encuentro sexual, pero no a una mujer concreta y acababa de descubrir que ella se lo producía, anhelaba que ese impulso fuera recíproco y que Rachel se lo demostrara con algo más que unas palabras de permiso.

Sin aclarar ninguno de los dos cuáles eran sus auténticos sentimientos, volvieron a mantener esporádicos encuentros sexuales en los que no había excitación o apasionamiento, tampoco arrebatos, entusiasmo, ni, al parecer, interés por parte de la esposa.

Como esos encuentros amorosos no eran satisfactorios, Rafael seguía dando por válida su conclusión de que le pagaba el favor recibido y pensaba, con frecuencia, en las prostitutas. Eran chabacanas y groseras, sin embargo, hubiera preferido que su mujer fuera menos distante, menos «señora», y se comportara más como una de aquellas putas. Hasta en el sexo era «elegante» y fría, ¡ni siquiera la había visto totalmente desnuda! Solía vestir camisones de seda con encajes que caían sobre su cuerpo convirtiéndolo en pura incitación, soñaba con arrancárselos y romperlos, aunque solo se atrevía a subírselos a la altura de las rodillas. Otras veces, usaba pijamas masculinos, también de seda, que resultaban muy atractivos, ella se bajaba los pantalones, pero las chaquetas tapaban hasta la mitad de los muslos.

A Rafael le molestaba tanto la indiferencia de Rachel que, a pesar de cuánto le apetecía acercarse a ella, y a su habitación, disimulaba la mayoría de las veces y se aguantaba. La británica no parecía contenta ni desgraciada con la relación. Solo disfrutaba luciendo sus joyas y vestidos en los lugares de moda y, el poco tiempo libre del marido, lo dedicaban a eso.

Cuando la necesidad de estar con una mujer más apasionada fue insoportable, el empresario visitó de nuevo a Colette. Con ella no tenía que disimular, estaba siempre dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidiera. Sin embargo, en esta ocasión su encuentro se convirtió en un fracaso. Era la primera vez que le ocurría algo así. La chica, al verle tan preocupado y frustrado, quiso tranquilizarle y hacerle pensar en otra cosa. Se le ocurrió volver a hablarle de sus proyectos, había cambiado de opinión, ya no deseaba regresar a España. Por un momento, él se interesó en la historia. ¿A qué se debía su nueva decisión después de tanto tiempo mandando dinero? Ella confesó encontrarse triste y decepcionada, había descubierto que todas las casas y terrenos que creía poseer habían sido comprados a nombre de sus hermanos, tenía once. Los padres la habían engañado permitiendo que el resto se beneficiara de su trabajo. Colette, furiosa, les había escrito preguntando cómo habían podido hacer una cosa así, con lo que le había costado ganarlo. La respuesta llegó en una misiva firmada por el hermano mayor. Este aseguraba saber cómo lo había ganado. La familia había conocido a un viajante que se dirigía a Buenos Aires, le habían dado su dirección. Y este, a la vuelta, les contó en qué tipo de pensión vivía. Descubierta y engañada, había hablado con un cliente abogado. Él le había explicado que, si podía demostrar los envíos de

dinero, tendría alguna posibilidad de conseguir la devolución de ciertas cantidades, pero que, si los padres afirmaban que ese dinero era para ayudarles, lo tendría más difícil. Por supuesto, ya no les mandaba nada, pensaba ahorrar para poner un negocio en Argentina y abandonar su oficio. Rafael comentó que le parecía una buena idea, mejor gastarlo en sí mismo que en los demás, y añadió que, a veces, los padres decepcionaban mucho. «¿Qué te hicieron a ti?», preguntó Colette intuyendo que algo le había sucedido. «Nada, pero te entiendo».

La chica, al verle más relajado después de su confesión, volvió a acariciarle. Sus intentos fracasaron de nuevo. Ambos se estaban vistiendo, cuando ella insinuó:

—Tienes la cabeza en otra, y por eso no puedes hacerlo conmigo. —Lo dijo sin pensar y, al mirarle a la cara, descubrió que había acertado— ¡Ahí va, pero si estás enamorado! Vas a tener que «practicar» más con tu mujer, debes convencerla que se deje tonterías, eso de que no la gusta follar es para hacerse la decente, te lo digo yo. Tócala como tú sabes y ya verás cómo es tan puta como yo. —La expresión de la cara de Rafael, le hizo añadir—. Aunque no debería habértelo dicho. Soy una bocazas, el consejo me va a costar perder un cliente.

El consejo de Colette le preocupó.

«Tengo un regalo para ti», afirmó Richi mientras le entregaba un sobre. Al abrirlo, vio un enorme papel escrito en alemán, era un billete para el zepelín. La miró extrañado, ella estaba sonriente. «¿Qué significa esto?». No podía creer que le regalara un viaje en el dirigible. «Es la ilusión de tu vida, siempre lo has dicho, considéralo un presente de aniversario». ¿Ya hacía un año que estaban casados? El tiempo había pasado demasiado rápido, sobre todo porque desde la boda su vida estaba mejorando notablemente. Dueño de la tienda más próspera de la ciudad y marido de una de las mujeres más distinguidas, tal como había deseado, se enriquecía.

—Yo no tengo ningún regalo. Lo siento, me he olvidado.

—Entonces, regálame tiempo. —Ante la extrañeza de él, añadió—. Regálame más tiempo, un año más como la señora Bernal.

—También me había olvidado de eso. Nuestro compromiso finalizaba en julio, ¿no quieres divorciarte, es eso cierto?

—Sí, no quiero; me gusta cómo vivimos.

—A mí también. —Sonrió mirándola a los ojos.

—Pues hazme ese regalo por nuestro aniversario.

—De acuerdo, aunque no es un regalo comparable, esto te ha costado una fortuna. Alrededor de tres mil dólares si no estoy equivocado. Y lo mío es gratis.

—Para mí, el tiempo es mucho más importante que el dinero.

—Si te oyera mi hermano se reiría. A él le vendría muy bien esta cantidad, así podría

tener su propia casa y dejar de mantener a mi madre y a mis hermanas.

—Pues mándaselo. Sé que ahorras con la intención de devolverme lo que invertí en la tienda. Dáselo a tu hermano y olvídate de mí.

—No, Richi. Quiero que la tienda sea solo mía y eso no sucederá hasta que pueda pagarte.

—Ya está a tu nombre, Fito, he roto la sociedad. ¿Para qué querría yo una tienda?

—¿Te has vuelto loca? Sabes que no me gusta que me des dinero.

—¡Si no lo he hecho! Acabo de comprar tu tiempo.

Se volvió suavemente hacia la puerta del dormitorio, había entrado a entregarle el regalo, y mientras salía, añadió: «No tienes que repetirme que no quieres mi dinero, ya te he oído muchas veces. Cuando acabes de vestirte, hablaremos de negocios, sé que eso te gusta más». Aunque estaba de espaldas, él pudo sentir la sonrisa en la cara de ella.

Richi le explicó que su banquero en Suiza quería proponerle algo. Por eso había sacado el billete para el dirigible. «Si aceptas, quiero montar una nueva sociedad contigo, ya he anulado la que tenemos y te he traspasado la tienda, a cambio, quiero trabajar y formar parte de tu nuevo negocio».

—Por qué has hecho eso, me desagrada cómo utilizas tu fortuna conmigo, lo sabes, me haces sentir muy mal y te da lo mismo. Y, sobre todo, por qué estás tan segura de que aceptaré la propuesta de ese banquero al que te refieres.

—Porque te va a gustar y porque te va a hacer rico. Ya lo verás, y, cuando seas millonario, yo donaré mi fortuna, ¡no sé, a un orfanato o a quien más lo necesite...! Y tú me mantendrás... Pero no vuelvas a prohibirme que confíe en ti, prométemelo, Rafael. —

Había pedido melosamente Rachel.

En efecto, ella le conocía bien, le entusiasmó la idea, dijo sí, abrazándola con cariño.

La esposa no le había sacado billete de vuelta en el dirigible, estaban agotados. A él le pareció mejor, podría ir en avión a Madrid desde Zúrich y asistir a la boda de su hermana, luego regresaría en barco. Rachel se ocupó de todo y le consiguió pasaje en un buque que partía de Lisboa hacia Argentina. A Rafael, la sorpresa le había resultado tan maravillosa que dijo a todo sí. Ella, encantada con su nuevo pasaporte argentino, lo estrenó acompañándole a Río de Janeiro donde embarcaría en el dirigible.

La experiencia fue única. Subir al cielo con aquella tranquilidad le pareció increíble. Disponía de un asistente solo para él, que atendía cualquiera de sus necesidades. Como las cabinas no eran muy amplias, los pasajeros se reunían en el comedor. Desde el primer momento, comprobó que no había ninguna dama sola a la que pudiera acercarse, la mayoría eran hombres de negocio y algún matrimonio mayor. Disfrutó mucho del viaje. Charló con sus compañeros, empresarios germanos

establecidos en Brasil, que se asombraron de su capacidad para hablar el alemán, les informó cómo lo había aprendido. Al pasar por Canarias, el español se emocionó. Contemplar las islas desde el aire era como observar un mapa, con sus playas, sus montañas, sus campos, tanto los fértiles como los áridos y desérticos. No era capaz de describir los sentimientos que eso le produjo. Llegaron a Sevilla y en la ciudad hicieron una parada, se dejó el correo y se guardó el que les entregaron. La siguiente parada, y la última, sería Friedrichschafen, en Alemania, cerca del lago Constanza y de la frontera suiza. Ahí le esperaba un chófer para llevarle hasta Zúrich en automóvil. Se sintió un hombre importante.

El coche paró en una pequeña y agradable localidad nada más pasar la frontera, San Galo, donde subió un joven de veintitantos años que dijo llamarse David Moseman hijo, y que se había adelantado a recibirle. Su padre le aguardaba en la ciudad para presentarle a algunos empresarios, todos relacionados con el mundo de la banca. Esos hombres tenían la intención de introducirle en el mercado alemán y centro europeo.

La capital suiza resultó ser mucho más bonita de lo que él había imaginado. El señor Moseman padre le presentó a su jefe, Thomas Reynolds, dueño de la compañía *Reynolds & Co*, dedicada al mundo de las inversiones. Él, en persona, había aconsejado invertir en exportación e importación a los seis importantes empresarios que iba a conocer. Para ello, había viajado desde Londres, donde se encontraba la sede principal, quería comprobar que no se equivocaba al convencer a sus clientes de establecer relaciones con el mercado argentino. Ninguno de los dos individuos sabían nada del mundo textil, aunque aparentaban conocer todo sobre inversiones. Rafael se mostró feliz al poder hablar y explicar cualquier cosa relacionada con los tejidos, un campo que le apasionaba, sin embargo, Reynolds, a través de Moseman, ya que solo hablaba inglés, le hizo preguntas sobre el zepelín. La velocidad a la que iba y si se notaba, cuántos pasajeros transportaba, cuánta tripulación, cómo eran los camarotes, el comedor, la sala de máquinas..., el madrileño tuvo que admitir no haberla visitado. Les propuso que lo leyeran en el periódico, el no tenía tanta información, pero su deseo de subir en el dirigible se debía a las crónicas en *La Nación* de un periodista español. Podían enterarse mejor en los diarios que por él mismo, ya que reconoció no entender nada de mecánica.

Más tarde, en la reunión con los inversores alemanes, comprobó que tampoco estos sabían de telas y, cuando pasaron a hablar de su posible colaboración, el español no comprendió de qué manera pretendían hacer negocio.

Moseman le tranquilizó, eran banqueros que pretendían asesorar a sus clientes de fábricas textiles, querían ampliarles el mercado, enviando su producto a otros países. Y, a la vez, deseaban traer productos extranjeros a Suiza. Le comprarían a él telas argentinas y le venderían las alemanas. Ellos se llevaban una comisión por ponerle en contacto con los posibles proveedores y clientes.

Le hablaron de márgenes y ganancias, todo en hipótesis. Rafael fue directo al grano, quería ver los tejidos germanos y conocer sus precios para decidir cuáles compraría. A la vez, sacó el muestrario de los suyos, sencillos algodones con mucha variedad de estampados.

Al colocar las muestras sobre la mesa, sus interlocutores se llevaron una gran decepción, todos empezaron a hablar a la vez y dejó de entenderles, no parecía el alemán al que estaba acostumbrado, en cualquier caso, sospechó que sus modelos no gustaban y los inversores parecían muy contrariados. Miró a Moseman desconcertado, este pidió silencio a gritos y preguntó a Rafael si las telas no se vendían enrolladas en cartones redondos y largos. Por supuesto, confirmó el español, aquello solo eran pequeños recortes para enseñar los diseños y no tener que cargar con todos los rollos. Lo dijo sonriendo. Pidió que imaginaran cuántas maletas hubiera tenido que transportar si no existieran los muestrarios. Todos sonrieron con él y se mostraron contentos, pasando del descontento anterior a una inusitada alegría.

—Aunque dependiendo del ancho de la tela, hay tejidos que no vienen en rollos, sino enrollados en planchas más pequeñas también de cartón. —Añadió ufano Rafael de poder transmitir sus conocimientos profesionales.

El comentario volvió a disgustar a los hombres de negocios, ellos querían rollos y los mayores que hubiera. El español estaba asombrado, cómo iba a hacer negocios con gente que no le interesaba la calidad, sino la manera de presentar la tela. Volvió a mirar a Moseman atónito y comprobó que el señor Reynolds le observaba atentamente. Como no hablaba alemán, con los ojos le dio a entender que no se preocupara. Rafael no lo tenía tan claro, pero siguió y les enseñó el muestrario con alpacas, intentando explicarles que era una de las mejores lanas del mundo, y se vendía enrollada en planchas. ¿Cómo iban a perder la oportunidad de comprarla solo por eso? No logró convencerles. Seguía sin comprender qué decían cuando hablaban esa extraña jerga. El suizo le explicó que era yidis, una variedad del alemán propia de algunos judíos.

Tuvo que esperar un par de días hasta que le trajeron un muestrario de una fábrica alemana. Mientras tanto, se dedicó a hacer turismo por el país. David hijo, unos años más joven que Rafael, le llevó a conocer el lago Constanza y algunas pequeñas localidades de los alrededores muy idílicas y bonitas. De nuevo se acercaron a San Galo, el suizo le explicó que también se conocía como Saint Gall o Sankt Gallen, dependiendo del origen de quien la pronunciara. Le enseñó la pequeña ciudad con mucho detenimiento, conocía muy bien la historia de los monumentos, le mostró la bonita abadía y la catedral, le llevó a la Universidad que, aunque no era de las más antiguas, tenía ya cierta fama en el mundo de la enseñanza. Al finalizar la visita, compró un grabado de la ciudad realizado en tela. El empresario disfrutó mucho de la excursión y de la compañía del joven.

Los textiles alemanes llegaron por fin. El comerciante quedó gratamente sorprendido de su

calidad: tapicerías, damascos y algún terciopelo. Sin embargo, su sorpresa fue en aumento cuando le dijeron la cantidad de telas argentinas que le iban a comprar. Y se quedó atónito al saber que debía adquirir exactamente el mismo número de rollos de tejidos germánicos. Eso no tenía sentido. No podía vender en su tienda tanto. El señor Moseman le explicó que debía convertirse en un distribuidor. Ante la ignorancia de lo que significaba eso, le dijo que podía ofrecérselas a otros almacenes. «Pero me harían la competencia», no si ellos las venden más caras, fue la respuesta que obtuvo. Como el negocio no le gustaba, se negó. Entonces, el insistente agente financiero le propuso que importara las telas, eligiera para su tienda la cantidad necesaria y, para el excedente, la compañía *Reynolds* buscaría compradores, también se ocuparían de entregarlas. Él, como importador, obtendría un beneficio. Ahora comprendía por qué, en lugar de hablar con fabricantes textiles directamente, había hablado con inversores. Y si no lo comprendió bien, tampoco quiso saber más. Iba a ampliar su negocio y a ganar bastante dinero. En ese momento quiso conocer los precios. La respuesta le sobresaltó, eran mucho más baratas que las telas argentinas. Podría venderlas con un gran margen de beneficio. Aunque había un problema, él no tenía dinero para adelantar el importe. El señor Moseman le sacó de su error mostrándole un contrato de sociedad que solo tenía que firmar. El contrato, llegado desde Argentina, estipulaba que Rachel Ackerman, creaba junto a Rafael Bernal Torres una sociedad de importación y exportación de nombre *Rafaber*. Su sorpresa fue tal que Moseman le dejó unos instantes para que lo asimilara. Luego le explicó que, al conocer el tipo de negocio que iban a hacer, su esposa se había mostrado interesada pidiendo asesoría al señor Reynolds, este le había aconsejado montar una sociedad con su cónyuge y, ya que ella no podía viajar a Suiza, lo había firmado y se lo había mandado a él como su representante legal. También había elegido el nombre la empresa, asegurando que a Rafael le gustaría. En efecto, la emoción no le dejaba hablar, y asintió con la cabeza. Más tranquilo, aclaró que había realizado algunos diseños de telas bajo ese nombre. Luego, preguntó dónde se hospedaba el señor Reynolds para agradecerle su interés. David le informó que había vuelto a Inglaterra, estaba muy ocupado y probablemente no le volvería a ver en Suiza, porque apenas salía de su país.

Pasados los momentos de desconcierto, recordó de inmediato los precios tan baratos y se preocupó. ¿Tenían las telas alemanas algún desperfecto o deterioro? De nuevo, su interlocutor le tranquilizó.

—Se habrá dado ya cuenta, Rafael, que todos nosotros, salvo el señor Reynolds, somos judíos.

—Sí, lo había notado.

—Y supongo que está usted enterado de lo que ocurre en Alemania con los hebreos —sin dejarle hablar, continuó—. Las telas que usted ha comprado vienen de fábricas cuyos propietarios son también judíos. Es muy difícil para esos fabricantes obtener beneficios,

sus productos están siendo boicoteados, y para poder mantener sus fábricas necesitan vender a cualquier precio. Las personas que usted conoció son banqueros que han propuesto a sus clientes este negocio. Les ayudan a mantener sus trabajos y los de sus empleados.

—Ahora tengo la sensación de que me aprovecho de esa gente —respondió Rafael contrariado.

—¡Pues crea lo contrario, crea que les ayuda!

Antes de viajar a Madrid, los Moseman le invitaron a comer en su casa, donde fue recibido como un miembro de la familia, dado que así consideraban a Rachel y, por tanto, también a su esposo. Fue inevitable hablar de telas. En la sobremesa, Rafael sacó su cuentahílos y le explicó a David cómo mirar la trama para ver la cantidad de hilos y cómo era la urdimbre. Este se mostró entusiasmado con el descubrimiento, hasta el punto de exigir que en su próximo viaje trajera muchos más muestrarios o los enviara por correo. El suizo haría lo mismo, le mandaría todos los muestrarios a Argentina. Ante tanta emoción, Rafael le propuso, al pasar por España, acercarse a la fábrica de su amigo Tomás Ramos y ponerles en contacto. David se negó a ello, no le interesaban las telas procedentes de España, solo quería las argentinas. El español no entendió el motivo y se entristeció por su amigo.

Antes de tomar el avión, compró un reloj de pulsera, un *Omega* de oro, le recomendaron la marca y el modelo. Rachel se reía a menudo de su reloj de cadena, una costumbre antigua, decía. Los hombres modernos usaban el de pulsera. Quería sorprenderla con su toque de «modernidad». También compró otro para ella. El regalo de aniversario, pensó.

El joven Moseman le acompañó al aeropuerto. Le entregó «un presente para la señora Bernal», era el grabado de San Galo que había adquirido cuando le enseñó la ciudad. Antes de despedirse, le aconsejó que los próximos viajes los hiciera también en dirigible. Rafael le miró emocionado, «Me encantaría, ha sido una experiencia inolvidable, pero no sé si podré venir más veces, resulta muy caro».

—Si nos visita a menudo, su negocio crecerá más. Seguro que, con el dinero que va a ganar ahora, puede permitírselo. Hable con su esposa, ella me dará la razón. Así también podrá contarnos más sobre ese increíble aparato, capaz de volar con tanta tranquilidad.

A Rafael le extrañó y le molestó que David nombrara a Rachel, pero no dijo nada.

El encuentro con sus hermanos y su madre fue muy cariñoso. Su padre no le recibió con mayor alegría que las veces anteriores, aunque llevara un año casado y fuera un importante comerciante. El hermano mayor seguía en su puesto del Ministerio de Gracia y Justicia y, por fin, se había comprometido. Pensaba casarse el año próximo, habían adquirido una casa en la calle Guzmán el



Bueno que aún no se había terminado de construir, don Mateo le había asegurado que era una buena inversión, conocía al contratista, un hombre muy serio cuyos edificios tenían buenos acabados y estaban bien contruidos.

Matías le presentó a su novia. A solas le contó cómo se habían conocido. Había sido en el cine, él iba con un amigo y ella con su hermana, los cuatro comenzaron a hablar mientras esperaban para sacar las entradas, se sentaron juntos. Luego las invitaron a un refresco, que no aceptaron; sí aceptaron ser acompañadas a casa. Los amigos volvieron otro domingo y se hicieron los encontradizos con ellas. Esos encuentros se hicieron habituales hasta que un día se decidió a hablar con el padre y pedir la mano. Pensó que no le aceptarían, en ese momento, ella tenía veintiún años y él acababa de cumplir treinta y siete. No fue así, el padre le aceptó encantado. La joven pertenecía a una familia con recursos, el futuro suegro era contable y tenía su propia empresa, si el novio no hubiera tenido un trabajo fijo y un buen sueldo, probablemente no hubiera consentido que se prometiera con su hija. Rafael se extrañó de todos los modismos sociales, en Buenos Aires ya nadie se preocupaba de esas tonterías, a no ser en las clases sociales muy altas. Al llegar al punto de los convencionalismos, Matías se rio y preguntó si todavía mantenía relaciones con bellas desconocidas.

—No sé por qué no podría..., los viajes son largos y aburridos. El único entretenimiento que puede haber es conocer una mujer hermosa con la que intimar —dijo con rotundidad.

—Pero, hombre, estás casado. —Se extrañó Matías que solo había intentado bromear.

—Bueno, ya sabes, no puedo remediarlo. Son muchos días sin compañía y, a veces, aparecen buenas oportunidades, ¿cómo rechazarlas? —Alardeó Rafael, molesto por haber caído en la trampa y, de nuevo haber hablado demasiado, para disimular se echó a reír.

Su hermano también rio con él y le felicitó por su suerte. El pequeño cambió inmediatamente de conversación, no quería mentir a su hermano pero tampoco le podía explicar el tipo de relación que mantenían él y Rachel. No lo hubiera entendido. Ni siquiera él lo entendía. Ella le había dado permiso para estar con otras mujeres y él pensaba que se debía a que no le gustaba. En sus relaciones sexuales, permanecía tapada, se abría de piernas y le dejaba hacer. No decía que no, pero tampoco participaba. Así que trabajaba horas y horas para cansarse y, cuando quería disfrutar del sexo, lo hacía con otras mujeres.

Prefería que le imaginase mujeriego o rompecorazones, a reconocer que el único corazón roto era el suyo. Ya no se mentía a sí mismo, hacía tiempo que pensaba en Rachel con amor, a pesar de que ella solo le viese como el hombre que le había ayudado, y al que había que pagar por ello.

La boda de la hermana pequeña resultó espléndida. La joven llegó a la iglesia del brazo de Matías. Don Mateo fue un invitado más, no parecía el padre de la novia, se había negado a

sufragar el enlace y tampoco había hecho un regalo. Todos mostraron escaso interés por su presencia, Loli ni siquiera bailó con él. Si al padre le molestó el trato de su familia, no lo aparentó.

Días después, Rafael abandonaba España con nostalgia. Le había sucedido lo mismo en anteriores ocasiones, ver a sus parientes le hacía feliz, dejarles le producía desconsuelo.

Prudencio y Matías fueron los encargados de acompañarle al tren que le llevaría a Lisboa donde embarcaría a Buenos Aires. En la estación los tres hombres hablaban de banalidades hasta que Rafael pudiera subir a su coche cama. Prudencio comentó que viajaba muy ligero de equipaje:

—Así es —reconoció Rafael—. Me he acostumbrado a llevar solo un maletín. En los hoteles en los que me alojo disponen de servicio de lavado y planchado y, cuando me quedo sin ropa interior o camisas, siempre hay una tienda donde poder comprar. Hasta el cepillo de dientes lo compro en las ciudades a las que llego. No me gusta cargar con cosas que puedo encontrar fácilmente. Prefiero hacerlo así a ir con esos equipajes enormes. —Y señaló a una pareja acompañados de dos niños, seguidos de un grupo de mozos transportando baúles y maletas. Los tres se echaron a reír.

—Me parece muy buena tu filosofía. —Respondió el amigo.

—Sí —intervino Matías—, Rafael es de usar y tirar. Incluso con las mujeres. —Sus carcajadas sonaron estrepitosamente—. Aunque no creo que en el tren te dé tiempo a conocer a nadie. Esta vez te toca comportarte bien.

A Rafael no le gustó la gracia de su hermano, no celebró el comentario. Por primera vez, Matías se mostraba impertinente. Tampoco Prudencio pareció entender. El mayor insistió:

—No te enfades, si Prudencio ya es de la familia. Y estas cosas solo se hablan entre hombres.

—A qué te refieres —preguntó el interpelado tímidamente.

—Tonterías de mi hermano —añadió Rafael rápidamente.

—¿Tonterías? Prudencio, este hombre, aquí donde le ves tan serio y formal, en los viajes se convierte en un seductor y siempre acaba conociendo a alguna dama con la que entretenerse. Tú ya me entiendes, ¿verdad? A mí me da mucha envidia cómo vive y pensar que de pequeño todo el mundo decía que sería un fracasado. Yo estoy orgulloso de ti, hermanito.

Matías abrazó fuertemente a Rafael y a este se le pasó el enfado. No pudo decirle que fuera más discreto porque llamaron a los pasajeros y subió rápidamente, después de estrechar la mano de su amigo.

En el barco conoció a una francesa muy simpática con la que disfrutó más de la travesía. Tras el fracaso con Colette, le daba miedo hacer el ridículo con otra mujer. Pero sus temores desaparecieron. Volvía a ser el impetuoso amante. No le contó que estaba casado y tampoco le

preguntó a ella por su vida sentimental, en Río se despidieron prometiéndose escribirse. Rafael dio la dirección de la tienda, no quería que Rachel se enterara, aunque le hubiera dado permiso.

## Capítulo XV

1949

El comisario Esquivel encontró al suboficial Bustos en el despacho, se saludaron afablemente pero sin grandes muestras de amistad, al ayudante le gustaba mantener las distancias y el superior respetaba su forma de ser. Ninguno habló del viaje a Córdoba ni tampoco de sus averiguaciones, el primero se limitó a informar que la investigación del asesinato de Harald Solberg quedaba relegada, permanecía abierta pero debían dar prioridad a los nuevos casos que llegaran. En los momentos de poco trabajo, comprobarían la entrada al país de varones que se ajustaran a las descripciones dadas por los testigos del crimen.

—¿No era tarea del capitán Cardozo? —preguntó Bustos aparentemente molesto.

—Ahora continuaremos nosotros.

—Pueden ser listas enormes —se quejó el suboficial.

—Así es, además, también tenemos que revisar las solicitudes en Inmigración. Lo haremos poco a poco.

El ayudante asintió sin decir una sola palabra más, momento que aprovechó Esquivel para invitarle a tomar un café, lo necesitaba después de haber pasado toda la noche en un tren. El subordinado aceptó.

En el café cercano a las oficinas policiales, el comisario contó su viaje a Córdoba con todo lujo de detalles. Puso al corriente a su interlocutor sobre la existencia de los dos Walter Blume, uno, ingeniero, el otro, un nazi juzgado por crímenes de guerra. También le explicó sus sospechas de que Matthies había reconocido a alguna de las víctimas, y eso le había producido un gran temor. Por último, le dijo:

—Nos espían, Bustos.

—Lo sé, señor, no me extrañaría que tuvieran micrófonos en su despacho y en sus teléfonos. Esta mañana me han hecho salir varias veces con excusas tontas. Una de esas veces, al regresar, me he encontrado con un operario arreglando las luces, que funcionaban sin problemas. Además, Cardozo se ha presentado a primera hora con otro oficial de la CIDE y me han interrogado sobre las investigaciones que me había ordenado usted. Solo les he hablado de los interrogatorios a los delincuentes habituales. No han podido sacarme nada y eso que han sido crueles en sus comentarios.

El jefe entendió perfectamente de qué hablaba el ayudante, probablemente habían utilizado sus problemas conyugales para sacarle información.

—Creo que hice bien en aparentar ser idiota porque me dejaron en paz, aunque tampoco estoy muy seguro de que no vigilen lo que hago —añadió.

—Gracias, Bustos. Sabía que podía contar con usted. Creo que en Jefatura no se fian de mí, de la misma manera que yo no me fio de ellos —sonrió—. Y dígame qué ha averiguado.

—Antes de nada, señor, permítame que le pregunte cómo ha conseguido que nos dejen consultar los archivos de Inmigración.

—Lo he conseguido haciéndome pasar por un ingenuo que quiere atrapar espías. Debe ser usted muy cuidadoso, Bustos, nadie debe sospechar que, en realidad, intentamos identificar a las otras víctimas.

—Desde luego, comisario. Respecto a su pregunta, he averiguado varias cosas. Por dónde quiere que empiece.

—El hotel *Eden*.

—Ese es fácil, tengo un amigo reportero, antiperonista, que trabajaba en *La Razón*. No tuvo ni que buscarlo, conoce muy bien la historia del hotel y sus relaciones con el nazismo, ya que él es de origen judío.

—No le entiendo, Bustos.

—Deje que le explique. El hotel, desde su inauguración, ha sido el lugar predilecto de la alta sociedad mundial, millonarios, presidentes, escritores y príncipes..., las personas más adineradas del planeta se han alojado en él. Pero a principios de los años treinta, sus propietarios... Disculpe, espere que busco los datos para ser más concreto.

Bustos sacó una pequeña libreta del bolsillo interior de su americana y la hojeó buscando algo, el comisario sabía que su ayudante era muy prolijo y no había que atosigarle con prisas. Encontró la hoja que buscaba y leyó:

—El matrimonio Eichhorn, de origen alemán, pasaron a ser sus dueños, ellos enviaron dinero para ayudar a Hitler a subir al poder. Cuando este fue nombrado Canciller les condecoró en persona por su apoyo «al movimiento nacionalsocialista». En el cuarenta y cinco, antes de finalizar la guerra, y cuando ya se sabía que los aliados iban a ganarla, les quitaron el hotel y lo convirtieron en la prisión de los diplomáticos japoneses, una cárcel de oro como puede imaginarse. Hace dos años, en 1947, Perón se lo devolvió a sus legítimos dueños, los simpatizantes nazis, que lo vendieron rápidamente a una sociedad argentina de nombre Tres K, y ¿sabe usted a qué apellido corresponde una de esas K? Ahora viene lo interesante —dijo contento de poder asombrar a su jefe—, a Kartelovich, el amigo de Juan Duarte.

—¿El hermano de Eva Duarte?

—Así es. Mi amigo dice que probablemente el hotel sea suyo y la sociedad propietaria, una tapadera de sus trapicheos.

—No me esperaba tanto, Bustos..., aunque creo recordar algo de lo que dijo. Fui allá y, en efecto, está lleno de refugiados de origen alemán que buscan un lugar para establecerse. Hablé con una mujer que me lo estuvo contando, pensó que yo acababa de llegar de Europa. Lo que me extraña es que puedan pagar esos precios, si todos son refugiados... Cada vez se enreda más esta historia. Por cierto, hablando de europeos, ¿puede decirme algo de la Sociedad Argentina de Recepción de Europeos?

—Esto está más complicado. No he conseguido nada por ahora. Sin embargo he recibido un aviso por parte de un antiguo compañero, del que no sabía nada desde hace años, para que abandonara lo que fuera que estaba buscando y solo estuve en el registro de sociedades. Debe ser una buena pista, señor, ya que pretenden asustarnos para que la abandonemos. Por cierto, esta mañana, Cardozo también me preguntó si estaba investigando alguna sociedad relacionada con extranjeros, por supuesto he dicho que no. Aunque creo que sospecha. He pensado en pedir ayuda a mi amigo periodista, a ver qué sabe él.

—De acuerdo, seguiremos con ello procurando ser más discretos. Ahora que nos han abierto las puertas de Inmigración, también podemos intentar buscar quiénes eran las víctimas, aunque es probable que el capitán se nos haya adelantado y ocultado datos. Ha tenido tiempo para ello.

—Señor, además de estas informaciones, quería decirle algo que me tiene preocupado.

—¿Qué es?

—Probablemente, una tontería, pero usted dijo que los asesinos habían robado unos documentos.

—Así es.

—Pues he repasado la declaración de los dos testigos..., creía recordar algo que no cuadraba con ese dato. Uno de los marineros afirma que, al despedirse de Solberg, este dejó el petate en el suelo y les dio la mano, por amabilidad él intentó levantarlo para entregárselo y casi no pudo de lo que pesaba, aunque no parecía muy abultado, por lo que bromeó preguntando: «¿Qué llevas aquí, piedras?». El noruego se lo quitó precipitadamente y no respondió. ¿Cree usted que unos documentos pueden pesar tanto? Tendría que llevar miles de papeles.

—No creo que a Solberg le robaran documentos. En mi reunión de hoy con los jefes he podido comprobarlo. Dije una boludez, tal como que los documentos podían ser un diseño de bomba atómica y se han quedado tan contentos. Si hubiera estado acertado o

cercano, se hubieran asustado y, al contrario, esa conclusión les ha dejado relajados... Otra cosa más que desconocemos —añadió con tristeza el comisario—, qué se llevaron realmente los asesinos. Hablaré con Cardozo a ver si con su reacción nos da una pista.

Esquivel esperó a la mañana siguiente para telefonar al capitán:

—Disculpe que le moleste —le dijo—, sigo dando vueltas sobre los documentos robados a Solberg. —El silencio en el otro lado de la línea le invitó a seguir—. He pensado en volver a leer las declaraciones de los dos testigos a ver si puedo encontrar algo que nos permita continuar la búsqueda. ¿Qué le parece? Como el archivo del caso lo tiene usted y no nos han dejado quedarnos copia, lo llamaba para que me lo enviara, si es tan amable.

—Por supuesto, se lo llevaré yo en persona y lo revisaremos juntos.

—Muchas gracias, Cardozo.

El capitán tardó un día en aparecer con las declaraciones de los testigos. Había tenido una urgencia, se excusó. Esquivel aseguró no tener prisa, tomó las carpetas, le invitó a sentarse y empezó a leer. No encontró el párrafo al que se refería Bustos. Devolvió las carpetas al capitán.

—Nada, no hay nada que nos ayude. Gracias por habérmelas traído.

—Ha sido un placer, comisario. Ya las había comprobado yo y tampoco había encontrado ninguna pista. De todas formas, seguiremos en contacto por si descubrimos algo.

—Desde luego. Yo también le mantendré informado de lo que se me ocurra.

Ambos se despidieron amablemente, con el convencimiento de que se llamarían poco. Cuando Cardozo se fue, el policía escribió una nota que entregó a Bustos, este la leyó y la destruyó.

—Se lo haré llegar, señor. —Fue su respuesta.

Esquivel se encontró un sobre en su casa por la noche, eran los informes originales con las declaraciones de los testigos recogidas por Bustos, vio de inmediato el párrafo del que le había hablado su subordinado. ¿Qué pesaba tanto para no poder apenas levantarlo?

Los dos detectives caminaban con tranquilidad mientras hablaban del caso Solberg, aunque, oficialmente, se ocupaban de una serie de robos producidos en varias fábricas del barrio de Barracas. Desde el día que les asignaron el primer robo, tomaron la costumbre de dejar el auto muy lejos del lugar y pasear para comentar sus averiguaciones sobre los asesinatos a germanos.

Bustos buscaba en las entradas y salidas de ciudadanos a dos varones que hubieran llegado al país en fechas cercanas a los crímenes y fueran altos, fuertes y que, al menos uno, hablara alemán. No había obtenido ningún resultado. También, se acercaba, de vez en cuando, al Archivo de Inmigración y miraba las fichas con la esperanza de identificar a las tres primeras víctimas. Esquivel seguía con los interrogatorios a los delincuentes.

En alguna ocasión, el comisario llamó al capitán Cardozo, para explicar que no adelantaban con el caso. A los de Inteligencia parecía pasarles lo mismo, estaban atascados. Si en un par de meses no habían avanzado, se cerraría la investigación.

Esquivel y Bustos, sin embargo, continuaban lentamente y con mucha discreción sus averiguaciones. Con la sospecha de ser vigilados, trabajaban en los nuevos casos, regresaban a sus casas cada noche y no se veían ni se llamaban bajo ninguna circunstancia. Pero en sus salidas, charlaban en la calle sobre el asesinato del noruego, se entregaban documentación dentro de las carpetas de otros asuntos, que guardaban luego en las americanas y escondían en sitios seguros en sus domicilios.

El comisario sospechaba que el muerto era el Walter Blume nazi, ya que Matthies así lo había insinuado. En ese caso, el móvil estaba claro: la venganza, lo que daría un nuevo rumbo a la investigación. Esquivel también estaba convencido de que el ingeniero alemán había reconocido a uno de los cadáveres, además, se había molestado bastante al ser preguntado por la SARE. Con esos indicios, él y su ayudante se habían marcado las prioridades. En primer lugar averiguarían quién era realmente Harald Solberg. En segundo lugar, debían conseguir toda la información necesaria sobre la extraña sociedad y, mientras tanto, tenían que descubrir la identidad de las otras víctimas comparando las fotos que tenían con las de Inmigración.

Ya que la única manera de salir de dudas respecto a Walter Blume era a través de los juicios realizados en Núremberg —Matthies había afirmado haber visto el nombre entre los acusados—, necesitaban las sentencias para confirmar que había sido puesto en libertad, lo que le hubiera permitido viajar a Argentina con pasaporte falso. Sin embargo, ellos no podían llamar a la policía alemana y preguntarles, sus superiores se enterarían y les echarían de inmediato.

Para no levantar sospechas y no recibir más avisos, Bustos propuso hablar con su amigo periodista. A Esquivel no le pareció buena idea, no quería a nadie más participando en la investigación, esta resultaba peligrosa, mejor no implicar a otras personas. El suboficial rogó al jefe que le permitiera explicarle cómo era su camarada, así comprendería por qué podía serles útiles. Empezó afirmando que eran amigos desde la infancia. El individuo había trabajado en *La Razón* hasta el cuarenta y seis, año en el que el periódico había pasado a manos peronistas de manera poco clara. Como consecuencia, y conocida su postura de oposición al Gobierno, había perdido el empleo. Desde entonces colaboraba en *La Nación* y no le importaba mostrar su antipatía con el partido gobernante. El subordinado afirmó que se prestaría a ayudarles sin exigir nada a cambio, solo por el hecho de demostrar la corrupción política. Al comisario, la radicalidad del sujeto le pareció un problema: «No será imparcial y eso es malo para nosotros», aseguró. No podían confiar en alguien que no supiera disimular y se opuso a ello. Entonces, el ayudante utilizó otros argumentos, el reportero era ajeno a la policía, tenía acceso a documentación internacional gracias al periódico, podía hacer preguntas incómodas como



periodista... No consiguió convencer a su superior.

Fue la dificultad de avanzar en sus pesquisas y la rapidez con la que pasaba el tiempo sin lograr ningún indicio lo que hizo capitular a Esquivel. El comisario acabó dando permiso al subordinado para reunirse con su confidente, «de manera muy discreta y sin facilitarle ningún dato del caso... y vigile que no se vaya de la lengua», ordenó preocupado por la decisión.

El suboficial Bustos citó a su compañero de la infancia, Israel Sobinski, y le expuso sin rodeos que necesitaba ayuda de alguien fuera de la policía para una investigación. Le habían dado el soplo sobre un alemán implicado en crímenes de guerra afincado en Argentina, quería comprobar si eso era cierto. No podía hacerlo a través de organismos internacionales de policía, se justificó, porque sospechaba que, entre estos, alguien le había ayudado a huir de Europa, quien hubiera colaborado con el fugado, ocultaría cualquier prueba. El tipo se llamaba Walter Blume, un oficial nazi que podía haber sido juzgado en Núremberg, si realmente había sido así, debía conseguir la sentencia.

El amigo aceptó enseguida el encargo. Sobinski, amante de las conspiraciones y enemigo de los jefes policiales y autoridades políticas del momento, no dudó ni un minuto en colaborar.

—Vos también lo sospechás, ¿no es cierto? —aseguró con firmeza el periodista.

—Que sospecho qué —preguntó asombrado el policía.

—Lo que está haciendo este gobierno de boludos.

—Y qué hacen.

—No te hagás el inocente conmigo, si querés esa información es porque el rumor es cierto.

—De verdad, que no sé de qué me hablás.

—Se dice que están ayudando a escapar de Europa a los altos cargos nazis y que los traen aquí con nombres falsos.

—No, no lo sabía. Y es la primera vez que lo oigo. —Admitió Bustos tranquilamente.

—Estoy dispuesto a ayudar a desenmascarar a los criminales de guerra que haya —afirmó con seguridad Sobinski—. Estoy convencido de que nos encontraremos unos cuantos. Pero quiero tu palabra de que los van a detener.

—Puedo dar mi palabra de que lo voy a intentar si eso es cierto y de que, si no lo logro, te pasaré toda la información que tenga, incluso la más secreta para que hagás con ella lo que quieras. Solo una cosa, no podés hablar con nadie de mí, ni comentar que hay policías investigando a ese tipo, tenés que llevar en total secreto que has hablado conmigo. Si estás dispuesto a aceptar esa condición, y descubrimos que están entrando nazis en el país, con pruebas que lo demuestren, prometo darte los datos que consiga para que los publicués. Si aceptás mis normas, seguimos; si no, aquí lo dejamos.

—Acepto tu condición.

Además, el policía le rogó que buscara en los archivos de la redacción todo lo que hubiera sobre la Sociedad Argentina de Recepción de Europeos, ubicada en la calle Canning.

Bustos y Sobinski se conocían desde niños. Habían ido a la escuela juntos, les había unido el desprecio de los otros niños y las burlas y crueldades a las que se habían visto sometidos. Dos brillantes estudiantes con afán de conocimiento en el barrio del Abasto, fueron marcados de inmediato como raros y, si con Bustos se cebaban los mayores porque era pequeño y enclenque, con Sobinski, cuando creció, no se atrevía nadie porque era fuerte y grande. La primera vez que el «judío» defendió al «gallego» se hicieron amigos y ya no se separaron nunca. Ambos habían acabado con un desarrollado sentimiento de justicia que les obligaba a ayudar a los más indefensos, por eso Bustos, a pesar de su aspecto, se había hecho policía y Sobinski, a pesar de su fortaleza, había elegido pelear con la palabra.

—¿Te acordás de las indiadas? Vos y yo mirábamos desde la azotea cómo se enfrentaban los niños bien y los malevos de nuestro barrio, pero nunca participamos. No era nuestra pelea. —  
Afirmó el periodista.

—No, no lo era.

—Pues ahora si vamos a participar en una, y de las grandes..., y yo voy a volver a ayudarte, como cuando éramos petisos... Nadie se va a atrever con nosotros, ¡como entonces! —Sobinski se mostró alegre y resuelto.

Bustos levantó su cerveza para brindar con su amigo que tomaba un *fernet*, él no estaba muy convencido de ese éxito, pero no lo dijo, su camarada parecía tan contento que no se atrevió a expresar sus dudas.

El suboficial contó al comisario lo que le había dicho el periodista sobre la llegada de nazis a Argentina.

—No puedo negar —respondió Esquivel— que yo lo he pensado, sobre todo desde que Matthies me comentó que había un oficial de las SS llamado también Walter Blume. Sin embargo, tampoco hagamos caso de los rumores que están apareciendo con la llegada de refugiados extranjeros, Bustos. Aunque, si el mismo Jefe de Investigaciones asegura que están entrando «cerebros» extranjeros en el país de manera clandestina, no deberíamos obviar la posibilidad de que entre ellos se haya colado algún nazi. Sin ser demasiado alarmistas, mantengamos también esa eventualidad.

El comisario había conocido en persona a un ingeniero que cumplía los requisitos de científico colaborador, luego en eso no le habían mentado. Por el momento, le preocupaba más saber quiénes eran las víctimas y qué llevaban en su poder.

Bustos había comenzado sus visitas al Departamento Nacional de Inmigración desde el momento que le dieron permiso, las alternaba con su trabajo «real». A pesar del tiempo pasado en el Archivo de Inmigración, no había encontrado ninguna pista entre las visas solicitadas. Tenía la impresión de que siempre leía las mismas. Se había quejado a su jefe, convencido de que ese encargo era una pérdida de tiempo, y no encontrarían nada. Afirmó que realizaba una estúpida labor y, si les permitían llevarla a cabo, era solo para tenerles entretenidos. Esquivel había llegado a la misma conclusión, sin embargo, en algún sitio debía haber constancia de la existencia de los fallecidos, así que le rogó que siguiera adelante en su búsqueda. Obedeció a su superior y se presentó en los Archivos una tarde a última hora con la intención de empezar, de nuevo, a revisar año tras año.

Al suboficial le llamó la atención que le atendiera el mismo funcionario que lo había hecho por las mañanas y pensó que el hombre trabajaba demasiadas horas. Era raro que pusieran solo a ese tipo a su disposición, la labor resultaba muy aburrida y solitaria. Sonrió pensando que, quizás, el lúgubre sótano era la vivienda del individuo. El pensamiento le obligó a fijarse en él con detenimiento, a pesar de la tarea rutinaria que realizaba parecía un hombre mucho más preparado, sus lecturas lo confirmaban. Siempre tenía algún libro de historia y filosofía del Derecho, eso le había llamado la atención, también había visto revistas en inglés encima de su mesa. Hasta ese momento no había sido consciente de que el demasiado sumiso y servil funcionario era todo lo contrario de lo que aparentaba. Sospechó que, probablemente, estaba allí para espiarle. El suboficial le pedía fichas de días concretos que él le entregaba cuidadosamente sin apenas intercambiar palabras, su actitud era distante y poco colaboradora. Bustos le había explicado el primer día lo que buscaba, fichas de entradas de varones entre veinte y cuarenta y cinco años. Después de esa explicación, cuando llegaba al archivo, se encontraba una remesa preparada, anticipándose a su petición. Había empezado por los días previos al asesinato de Solberg y cada vez retrocedía más.

Esa tarde, el suboficial, aburrido ante tanto fracaso, comentó su desesperación al funcionario, había llegado a 1945 sin encontrar ninguna coincidencia aceptable con lo que buscaba. Haría un repaso rápido y hablaría con su jefe, estaban perdiendo el tiempo y no pensaba volver. El hombre pareció preocupado, en lugar de alegrarse porque abandonaba la investigación que realizaba o mostrarse igual de imperturbable que en otras ocasiones, comentó: «Si me diera más pistas, yo podría tenerle buscadas las fichas con más eficacia». Bustos tuvo la impresión de que le incitaba a seguir.

—Ni yo mismo sé lo que busco —respondió el policía.

—Lo siento, no quería ser indiscreto, disculpe si se lo he parecido. Intentaba ayudar, no parecer curioso.

La disculpa del hombre que, primero, parecía animarle a continuar y que, luego, se arrepintió, hizo

que el policía le mirara fijamente.

—Cómo se llama, he olvidado su nombre. —Preguntó.

—González, Manuel González.

—He observado, González, que siempre está usted muy dispuesto y no se queja del laburo que realiza que, en el fondo, parece una boludez, sin aparente sentido.

—Estoy a sus órdenes, así me lo dijeron, y hago lo que me ordenan procurando hacerlo bien. Si me subieran a oficinas también intentaría hacerlo bien...

El hombre calló como si hubiera estado a punto de que se le escapara algo. El suboficial lo notó. Estaban en un sótano mal iluminado y con olor a cerrado, había que pensar que los que se encontraban ahí era porque no se les dejaba estar en mejor sitio, no porque ellos lo hubieran pedido. Bustos se arriesgó.

—Acaso no hizo bien su laburo allá arriba y por eso está acá, o quizá lo hizo demasiado bien y alguien pensó que se había pasado de la cuenta... —no esperó la respuesta, por la cara del individuo, sabía que iba bien encaminado—. Yo sé bastante de eso, también me han dado una orden absurda para entretenerme y... aún no he podido llegar a oficial porque no digo siempre a todo que sí.

El hombre pareció relajarse y sonrió al policía, pero no respondió.

—A lo mejor sí puede ayudarme más de lo que cree. —Insistió el suboficial.

—Usted dirá.

—¿No tendrán aquí unos archivos que hagan referencia a una Sociedad?

—No le entiendo.

—Estoy buscando información sobre la Sociedad Argentina de Recepción de Europeos, pero no consigo que nadie me ayude a conseguirla. Sin embargo, si esa sociedad recibe europeos, esos europeos tendrán que pasar también por estas oficinas. Dígame, ¿podría usted buscarme esas fichas, González?

El funcionario se había puesto de pie, permanecía callado y con cara de susto. Cuando se repuso, solo fue capaz de añadir.

—Lo siento, si prefiere usted otro funcionario, hable con mi jefe. Yo no sé a qué se refiere. Disculpe, tengo que salir.

Bustos no tuvo tiempo de responder, el hombre desapareció con tal rapidez que no fue capaz de llamarle. Sin embargo, su reacción había sido desmesurada. Algo ocurría y el policía no iba a dejar pasar la ocasión de averiguarlo.

Por la mañana temprano, Bustos apareció de nuevo en el Archivo. González ya estaba en su sitio. El agente empezó pidiendo disculpas, no había sido su intención ofenderle, el hombre le miró fijamente y le hizo señal de que hablaran bajito. Él, mientras tanto, empezó a teclear con fuerza la

máquina de escribir. El suboficial comenzó el discurso que llevaba preparado:

—Sospecho que usted sí sabe lo que busco y, porque lo sabe, es por lo que está usted aquí abajo, relegado. Y si hasta ahora no me ha ayudado, es porque piensa que soy uno de sus vigilantes. Si es así —el otro asintió con la cabeza—, está muy equivocado. — Cambió su tono decidido por el de un ruego—. Necesito ayuda, mucha ayuda. Sin embargo, solo me encuentro gente que no me la quiere dar, bien por miedo, o bien porque lo que hacen no es legal y no quieren que yo les descubra. ¿En cuál de los dos grupos está usted, González? Pienso que en el primero.

—No sé qué busca —respondió el funcionario aún amedrentado—. Pero hay lecturas que ayudan mucho. —Y, mientras le decía eso, colocaba un ejemplar de un periódico en inglés encima de su mesa que acercó hacia el policía. Esta puede ser una de ellas.

La máquina de escribir no había dejado de sonar. Bustos se guardó el ejemplar del *New York Times* y se fue a la comisaría.

El comisario recibió el periódico de manos de su suboficial, reconociendo este que no sabía inglés. «Tampoco yo sé mucho, pero sé de alguien que me lo puede traducir sin tener que dar explicaciones de por qué quiero leer este diario», comentó Esquivel, «aunque no adivino qué tenemos que buscar en él». Bustos le enseñó una noticia que estaba marcada con un lapicero, en ella se hablaba de Argentina y de Santiago Peralta.

En el siguiente encuentro, Esquivel le puso al corriente sobre la traducción. El periódico norteamericano denunciaba al Director Nacional de Migración, Santiago Peralta, por su ideología nazi y su declarado antisemitismo, se hablaba también de sus publicaciones de carácter claramente racista. Mientras ocupaba su puesto como Director de Migraciones, había denegado sistemáticamente la visa a judíos que querían entrar en Argentina. Quizás ese había sido el motivo de su destitución, ambos recordaban que le habían depuesto en el cuarenta y siete, sustituyéndole en el cargo Pablo Diana, también cesado hacía unos meses. Los policías reconocieron desconocer las presiones internacionales, como el reportaje que había llegado a sus manos. «Debería seguir hablando con González», concluyó Esquivel. «Tiene mucho miedo, señor, no sé si querrá colaborar, pero lo intentaré», fue la respuesta de Bustos.

El suboficial regresó otra tarde a última hora. Dio las gracias al funcionario y le preguntó si el artículo del periódico había afectado su trabajo. Manuel González sonrió moviendo la cabeza en señal de asentimiento y de nuevo empezó a teclear su máquina. En voz muy baja contó al policía que se había atrevido a emitir una queja contra el Director General de Migraciones, el señor Santiago Peralta, por abuso de poder. Descubrió que el individuo concedía visas a personas con documentación claramente falsa y cuyo origen era dudoso y, en cambio, rechazaba peticiones de refugiados y emigrantes, sobre todo si eran de origen judío. Al cabo de un tiempo, como ya sabía, su jefe fue destituido por el mismísimo director de la Secretaría de Investigaciones. Pero la

alegría que le produjo la noticia le duró solo unas horas. El sustituto en persona informó a González que le relevaban de su puesto y le mandaban al archivo del sótano, reduciéndole el sueldo, así no volvería a cuestionar a sus superiores.

El día que le comunicaron la llegada de un policía para revisar los permisos de residencia, pensó que sería un nuevo espía, más aún, cuando le exigieron ponerse al servicio del agente porque su trabajo duraría tiempo. Sin embargo, cambió de opinión poco después. El motivo fue que le hicieron abandonar su cubículo durante unas horas para que trabajaran allí personas desconocidas. Al regresar, notó cambios en los muebles y organización. Eso había ocurrido antes de que el suboficial se presentara por primera vez. Confianza por confianza, Bustos le enseñó tres fotografías.

—Busco a estos hombres, no sé quiénes son, ni cómo se llaman. Acabo de manifestarle un gran secreto, si mis superiores se enteraran de que estoy con esta investigación, me echarían del cuerpo.

El funcionario, sin dejar de aporrear la máquina de escribir, añadió que los cambios a los que se refería era el trasladado de unos archivadores a los que, también, se les había puesto un candado y dirigió la mirada hacia una puerta que parecía oculta entre el mobiliario. «No tengo la llave de esa sala ni la de los muebles, pero un policía debería saber abrirlos», dijo con picardía. «Mañana no vendré a trabajar, nunca me sustituyen, a ningún funcionario le gusta estar aquí abajo, insista mucho si no le dejan pasar, al principio, se resistirán, pero si les amenaza con llamar a sus superiores, le abrirán la puerta y... nadie querrá hacerle compañía».

Todo sucedió como había vaticinado González. El suboficial abrió sin problemas la sala y encontró unos archivadores de madera con puertas de persiana, en efecto, todos tenían candados. Los archivos estaban clasificados por años, al empezar a leer las fichas, comprobó que todas tenían un sello en la parte superior con la palabra SARE y el visto bueno para lograr el permiso de residencia. Las revisó con mucha atención, buscó en las fechas cercanas a los crímenes y acabó encontrando las visas de los tres primeros asesinados, los tres procedían de Barcelona y tenían nombres españolizados. Recordó las palabras del funcionario: «Hallé muchas solicitudes cuya documentación aportada no era auténtica, pero nunca supe cuáles eran las verdaderas identidades, porque de inmediato me sacaron de mi puesto, así que me atreví a emitir una queja...». Por lo tanto, esos nombres no eran los verdaderos. Seguían como al principio, desconocían quiénes eran en realidad las víctimas.

Días más tarde, Bustos regresó una vez más al Archivo y preguntó a González que era la SARE, de nuevo, hablaron en voz muy baja con el ruido de las teclas de fondo. Este movió la cabeza en sentido negativo solo podía decir que ese sello garantizaba el permiso de residencia sin ningún tiempo de espera. «Lo que yo hice: denunciar al señor Peralta y su política de entrada, me costó mi puesto, era jefe de departamento y ahora soy un simple auxiliar, no tuve tiempo de averiguar

quiénes estaban detrás de esa sociedad, pero debían ser personas muy importantes, porque no se cuestionó nunca su criterio para emitir los permisos, si estaba ese sello, se concedía la residencia».

Con la información obtenida a través de González y lo que había conseguido Sobinski, el oficial Bustos realizó un informe para su jefe que le refirió de viva voz. La Sociedad Argentina de Recepción de Europeos se dedicaba ayudar a entrar en el país a personas con identidad falsa, aunque no tenía pruebas contundentes, sospechaba que esas personas eran alemanes o de otras nacionalidades perseguidos por colaboracionismo y acusados de haber cometido crímenes de guerra. Las solicitudes que llevaban el sello de la SARE eran admitidas obteniendo de inmediato la visa, convirtiendo a los individuos que la presentaban en tipos sin ningún antecedente criminal.

—Y, ahora, viene una curiosidad, la casa donde está establecida la SARE, ¿sabe a quién pertenece?

—No tengo ni idea.

—Es una propiedad del Arzobispado de Buenos Aires.

—¿Está detrás la Iglesia?

—No puedo confirmárselo, me limito a darle un dato más. Mi amigo Sobinski, que es el que me lo ha facilitado, está convencido. Pero yo no lo sé todavía, solo puedo decir que el edificio de la calle Canning pertenece al Arzobispado.

Esquivel le miró asombrado:

—Es usted increíble, Bustos, ha conseguido mucha información.

—Gracias, señor, pero no he acabado aún. Debo comunicarle que la SARE ha sido cerrada, la asociación ha sido deshecha y su sede desmontada.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—Y cuál ha sido el motivo.

—Lo desconozco, aunque creo que sospechaban que les estábamos investigando. Quizá fuera esa la causa de que Jefatura nos hubiera dejado seguir con el caso, vigilarnos para averiguar qué sabíamos.

—Puede ser, aunque el día que yo descubrí la sede ya tenía aspecto de que aquello no funcionaba y, entonces, nosotros aún no conocíamos su existencia.

—Podían haber empezado a dismantelarla para que no nos acercáramos. Pero usted la encontró antes.

—No es mala teoría. Desde luego, si no averiguamos quiénes son los asociados, tampoco podremos saber quiénes son realmente las víctimas.

—Señor, creo que mi amigo Sobinski tiene razón, entraron nazis en el país, puede que

incluso sigan entrando. Los miembros de la SARE podrían haberles ayudado a huir de Europa con la colaboración de altos cargos del Gobierno. Me atrevería a añadir que alguien lo ha descubierto, y ha decidido hacer justicia por su cuenta.



## Capítulo XVI

1935

El reencuentro del matrimonio Bernal fue cariñoso, aunque no apasionado. El marido creyó una vez más que su mujer le daba las gracias entregándose a una relación sexual fría. Sin embargo, él había descubierto, no hacía mucho, que la amaba. La echaba de menos en todos los aspectos, también en el sexo aunque no fuera satisfactorio. Por eso, volver a hablar con Rachel y contarle con detenimiento el viaje fue muy agradable. Ella no se cansaba de preguntarle ni de escuchar sus historias.

—Eso me recuerda que David hijo te manda un regalo. —Dijo Rafael ante una de sus preguntas.

Buscó en el maletín. Muy bien envuelto traía una pequeña litografía de tela, era un grabado de la ciudad de San Galo en el siglo XVII, que el suizo había comprado para ella. A Rachel, cuando lo abrió, se le humedecieron los ojos.

—Tengo algunos secretos que no te he contado.

Rafael la miró extrañado y afirmó:

—Sí, siempre me lo ha parecido.

—San Galo es la ciudad en la que me sentí libre, por primera vez, después de huir de Alemania.

—Puedes enmarcarlo y colgarlo en cualquier pared. —Le dijo para darla tiempo a que se le pasaran las ganas de llorar.

—No, no lo enmarcaré, lo quiero tener siempre cerca, lo guardaré en la mesilla de noche. De vez en cuando me gustará mirarlo.

—Yo también te he comprado algo —añadió el marido, esperando consolarla.

—¡Qué alegría, parece mi cumpleaños! —sonrió alegre Rachel.

—Te lo debía, es por nuestro aniversario y por nuestra sociedad.

Sacó un precioso estuche. Era un reloj de pulsera *Omega* de oro macizo. Lo había comprado en Zúrich. Ella aseguró que lo llevaría siempre y, entonces, él le enseñó el suyo, se había comprado otro, así jubilaría el de cadena que no la gustaba. La esposa se echó a reír y Rafael se sintió feliz.

El año de 1935 había cambiado la vida del antiguo encargado de *La Argentina*. Y los proyectos

iban en aumento. Se había convertido en el propietario de la tienda y acababa de crear *Rafaber*, empresa de exportación e importación de telas de la que su esposa era socia. Trabajaba muchas horas al día y disfrutaba de poco descanso. Rachel solicitó ocuparse de los envíos de telas para ayudarlo. Al principio, le había parecido un disparate, ¡una mujer en el puerto supervisando las llegadas y salidas de los barcos! Luego conoció a los hombres que la ayudarían, y se tranquilizó, al lado de ellos nadie le diría una impertinencia. Su socia quería convertirse en una experta en tejidos, preguntaba sin parar y deseaba saberlo todo.

Llegó la primera entrega de telas procedente de Alemania y resultó un negocio maravilloso. Los terciopelos y damascos extranjeros que se exhibieron en la tienda se agotaron de inmediato, a pesar de tener un precio desorbitado, lo que le dejó un enorme beneficio.

Rafael se puso tan alegre al ver los resultados en su libro de cuentas que, al llegar a casa, propuso a Rachel salir a celebrarlo. A la vuelta, el marido la llevó a su dormitorio y la desnudó con brusquedad, mientras la besaba con deseo, ella se dejó y le devolvió el beso. Él la acarició el pecho. La tocaba con delicadeza y suavidad, ella acabó soltando un suave ruido que él interpretó como que la gustaba, entonces la apretó los pezones y ella se retorció. Recordó cómo Eulalia le dirigió la primera vez y decidió hacerlo igual. Sintió que se movía, la gustaba que él la tocara, ahora acariciaba su sexo. Después de un rato, sacó la mano, la oyó rogarle: «Sigue, sigue», tomó entonces la mano de ella y la puso en su pene, indicándole que la moviera lentamente.

Se despertó desnudo en la cama de Richi, también desnuda, su piel tan blanca se confundía con las sábanas. Estaba avergonzado, ni siquiera las putas a las que había pagado le habían producido tanto placer. No podría mirarla a la cara. Salió de la cama y se fue a su habitación. Ella seguía durmiendo con una sonrisa de satisfacción.

Rafael tardó un día en atreverse a hablar con Rachel sobre lo que había ocurrido. Empezó diciendo que lo sentía, había abusado de ella y quería pedirle perdón.

—¿Abusar? ¡Claro que no! Por desgracia, reconozco un abuso y tú fuiste... No sé qué palabra usar, solo puedo decir que me gustó. No he estado con muchos hombres. Y salvo los primeros momentos con mi primer marido..., no había vuelto a... ¿puedo decir disfrutar?

—¿Es cierto eso?, hasta ahora tenía la sensación de que no te gustaba, y que cuando te acercabas a mí, lo hacías para pagarme el favor de haberme casado contigo.

—Yo también creía que no te gustaba, y que por eso me rehuías; incluso, que en las ocasiones en las que te lo pedí, te acostaste conmigo por cortesía. No pensaba volver a pedirte.

—Pero ¡si eres tú la que no goza!

—Lo siento, Fito, siento haber dado esa sensación. No sé cómo debo comportarme... Creo que es a causa de Otto... ¡cambió tanto después de la guerra!, y nuestras relaciones

también. Al principio se mostró tierno y apasionado, al final se volvió cruel y violento. Si yo disfrutaba, me pegaba, a la vez que me decía obscenidades. Si me negaba, me pegaba igual y me obligaba a... El único comportamiento que parecía no alterarle era mantenerme callada y quieta. Desde entonces, solo me he relacionado así. No alcanzaba..., sabía que las mujeres podemos tener orgasmos porque yo los había tenido las primeras veces, pero pensé que eso no era lo normal. Anoche comprobé que puede suceder más veces, no solo al principio —y, al decirlo, le sonrió con malicia.

—Creo que me entiendes si te cuento que siempre he buscado placer pagando... Y esas mujeres parecen gozar mucho. Me he acostumbrado a ello aunque, según me contó una, disimulan para conseguir más dinero del cliente —añadió escéptico Rafael—. Por eso me gusta ver disfrutar a la mujer que tengo al lado. No volveré a dejar que no lo hagas.

Nunca habían hablado con tanta confianza del tema. Se mostraban avergonzados y a la vez liberados. Rafael la abrazó, sintió que ella buscaba protección en sus brazos, esa sensación le produjo una inmensa ternura. Contento, le susurró al oído con mucha delicadeza y cariño:

—¡Te quiero, te quiero tanto! —y como si de repente se hubiera dado cuenta de algo, siguió en el mismo tono afectuoso y dulce—. Prometo serte fiel y acompañarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza.

Rachel comprendió la fórmula y se separó de él asustada.

—¡No, Rafael, no! No era esto lo que pretendía. Siempre he pretendido gustarte, lo reconozco, pero no buscaba que te enamoras de mí. ¡Lo siento, lo siento mucho!

—Qué quieres decir. —Preguntó preocupado—. ¿No me quieres? Entonces cómo puedes prestarte a..., si no me quieres. Dios mío, estaba en lo cierto, ¡me estás pagando! Me tratas como si yo fuera tu mantenido.

—¡No, no, por favor no pienses eso! —lo dijo volviendo a abrazarle—. Siempre me has atraído. Me hubiera ido a cualquier otro lugar del mundo para arreglar mis papeles. Si me quedé aquí, fue porque me gustabas y, si te pedí que te acostaras conmigo, era porque te deseaba. ¡Te lo juro! Pero no podremos seguir casados, no debemos. Tú no debes estar conmigo.

—¡Explícamelo! —Le ordenó con rotundidad.

Le miraba asustada, sin saber qué decir, atemorizada. Tardó un tiempo en responder:

—Yo jamás podré darte una familia, Fito. Y tú te mereces tenerla. Veo cómo miras a Domingo y Soledad con su hijo... y yo no puedo. ¡No puedo con nadie!

—Ese no es un motivo para no quererme.

—¡Pero si te quiero!

—Repítelo.

—¡Te quiero, y porque te quiero tendré que dejarte!

—¡No lo permitiré!

—Serás tú el que lo hagas cuando...

—Cuándo qué...

—Cuándo conozcas a mujeres más jóvenes que puedan darte hijos.

—Olvídate de eso. Y dime que no me vas a abandonar nunca.

Se abrazaron de nuevo, asustados ambos. Ella murmuró: «No te dejaré, lo prometo, pero tampoco te retendré si decides hacerlo tú».

Rachel pensó que había llegado el momento de sincerarse. En el mismo tono susurrante, comenzó a contarle su vida. Hasta entonces, había sido él quién había narrado historias de su familia, de su infancia, de sus ambiciones..., ella escuchaba. Nunca sintió la necesidad de hablar sobre sí misma. Su marido, a pesar de la fama de callado que le adjudicaban sus amigos, se había sincerado en muchas ocasiones. Ella, a pesar de lo parlanchina que se mostraba con sus amigas, apenas había dado datos de su existencia anterior.

La esposa empezó explicando cómo había conocido a Otto y se había enamorado de él. Continuó describiendo cuánto había cambiado el joven tras regresar del frente. «Vivíamos en Múnich, cerca de la casa de mis tíos. Yo me dedicaba a hacer traducciones para poder mantenernos, él no era capaz de trabajar, ni siquiera de buscar trabajo. Estaba traumatizado y empezó a beber. No me importaba porque seguía siendo el hombre cariñoso y bueno que yo conocí. Se pasaba el tiempo encerrado, apenas salíamos. Poco a poco, se fue habituando más a la bebida. Yo pensaba que podría ayudarlo y, a veces, lograba que lo dejara, pero, al cabo de un tiempo, recaía. Estuvimos así años. Escondía las botellas por la casa y, cuando yo las encontraba y las tiraba, él iba a un bar. Con el tiempo, comenzó a volverse agresivo y violento. Me robaba el dinero para beber, me insultaba, se enfadaba por todo. Tuve que recurrir a mis abuelos maternos en varias ocasiones, ellos me ayudaron pagando el alquiler. Quizás por eso me nombraron su heredera, saltándose a mi madre aunque, conociendo a mi marido, depositaron su dinero en Suiza para que no pudiera quitármelo... Un día entró en una cervecería, allí escuchó a un orador y quedó fascinado con lo que decía. No paraba de hablar de él, de que tenía razón, de que salvaría a la patria. Ese hombre era Adolf Hitler. Decidió frecuentar sus reuniones y cambió radicalmente. Dejó de beber, pero se convirtió en una persona repulsiva. Desde entonces, los insultos fueron continuados, me insultaba por mi origen judío».

Rachel le contó que provenía de familias acomodadas. Sus dos abuelos eran banqueros, así como su padre, este era el segundo de los varones y se había instalado en Inglaterra para abrir una sucursal del negocio familiar. Su madre era hija única. Al finalizar la Gran Guerra, el padre de Rachel había ayudado a la familia que había permanecido en Alemania, si mantuvieron su estatus social, fue gracias a él. Otto, su marido, la recriminaba por ello, aseguraba que, por culpa de los judíos, los alemanes se estaban arruinando.

Aparecieron las palizas. Nunca la había pegado ni en los peores momentos de borrachera, ahora lo hacía por ser judía. Si ella se negaba a mantener relaciones sexuales, él la forzaba, diciéndole auténticas obscenidades. Se quedó embarazada en una de esas violaciones y, cuando él se enteró, la golpeó en el vientre mientras gritaba que jamás tendría un hijo medio judío. Lo hizo con tanta saña y fuerza que Rachel casi se desangra. Al llegar al hospital, había perdido al niño, pero también la había destrozado la matriz, nunca sería madre.

En ese instante de la historia, se calló. Apenas podía continuar, tenía lágrimas en los ojos y la voz entrecortada por el llanto, el recuerdo le producía aún un enorme dolor. Rafael la abrazó, e intentó consolarla. Aseguró que nunca había pensado en ser padre, no quería ser como el suyo. Cuando la notó más tranquila se atrevió a preguntar:

—Lo que no llego a entender es, si estás bautizada como anglicana, ¿por qué ese empeño en que sigues siendo judía?

—Ya te dije que mis padres tenían origen hebreo. Al llegar a Londres, resultaba difícil mantener ciertas costumbres religiosas, tanto en lo público como en lo privado. Ciertamente ellos nunca debieron ser muy creyentes. Al poco tiempo, dejaron de practicar el judaísmo y, cuando yo nací, me bautizaron en la Iglesia anglicana. Durante mis visitas a Alemania, ni mis abuelos ni mis tíos intentaron familiarizarme con su religión, tampoco eran muy practicantes. En el fondo, no soy creyente de nada, pero según Otto, pertenecemos a esa raza aunque profesemos cualquier otra religión.

—¡Qué tontería!

—Para ellos no es una tontería.

—Ahora entiendo por qué todos tus amigos de Zúrich eran judíos.

—La familia Moseman fue la que me ayudó a escapar de mi marido. Otto se encontraba ese día en Berlín. Ellos cruzaron la frontera y me escondieron en su automóvil, pasé la aduana metida debajo del asiento trasero. La madre del señor Moseman iba sentada encima, tapada con una manta. No fueron muchos kilómetros pero me pareció la mayor distancia recorrida en mi vida. Cerca de la ciudad de San Galo salí de mi escondite. ¿Quieres conocer toda la historia?

Rafael asintió y ella le narró con detenimiento la huida. Aprovecharon un viaje de su marido. Richi sospechaba que habría dejado a alguno de sus camaradas espiándola, así que lo urdieron todo con mucho cuidado. Sabía, porque así se lo había dicho, que él ansiaba conseguir el dinero de sus abuelos, ya habían fallecido los dos, conocía el testamento, aunque ella nunca supo cómo se había enterado.

En días anteriores a su fuga había ido llevando a casa de sus tíos las pocas cosas que quería, fotografías y alguna joya, ocultas en su abrigo y vestidos, el marido no lo había notado. Este había escondido su documentación mientras ella estaba en el hospital recuperándose de la paliza en la

que había perdido el niño. La tarde que se escapó, poco antes de anochecer, salió del domicilio conyugal y se dirigió al de sus tíos. Parecía una visita rutinaria. Ya de noche, un coche paró frente al portal. En él, iba una pareja con una niña y una anciana, la mujer y la niña salieron, la primera llevaba una pequeña maleta de mano. Entraron en el edificio, había una viuda que alquilaba habitaciones, aparentaron dirigirse a su piso, sin embargo, se ocultaron debajo de la escalera. En ese momento, la tía de Rachel tocó a la puerta de la vecina de su rellano, esta era la persona más entrometida de la casa, se pasaba el tiempo controlando quién entraba y salía. La tía la entretuvo con una excusa tonta sobre unos ruidos extraños en el patio y la acompañó al interior para mirar por las ventanas.

La mujer que había bajado del coche aprovechó para colarse rápidamente en el piso de sus tíos, mientras la niña permanecía escondida en el portal. Rachel metió en la maleta todas sus cosas y su primo la bajó al portal, la vecina aún seguía con su tía observando el patio. Rachel se puso el abrigo de la mujer, sus zapatos y el pañuelo que esta llevaba en la cabeza, cambiaron de bolso. Vestida así apareció en el rellano de la escalera y llamó a su tía, que salió de casa de la vecina acompañada por esta. Era muy tarde y volvía a su domicilio. Se despidió de ambas. En el portal, agarró a la niña de una mano y, con la otra, la maleta. Salió con la cabeza baja. Entraron en el coche mientras la pequeña aseguraba en voz alta que no había habitaciones. El coche se puso en marcha y desapareció por una de las calles.

Todos los participantes en su fuga conocían las palizas que le daba Otto y se habían prestado a ayudarla. La señora que se había quedado en casa de sus tíos era una buena amiga de la familia y la niña, su hija, a la que llevaron de vuelta a su hogar. El conductor era David Moseman padre y la anciana, la madre de este y de la esposa de su tío Siegfried Ackerman. «Por eso las dos familias nos consideramos medio parientes», explicó.

Antes de llegar a la frontera con Suiza, Rachel se escondió dentro del asiento trasero, previamente preparado para ello. Viajaron de noche y pasaron la frontera de ambos países sin problemas.

Cuando su marido regresó y no la encontró, fue a buscarla al domicilio de sus tíos. Le dejaron pasar y comprobar que no estaba allí. Preguntó a la vecina entrometida, esta confirmó que la había visto dos días antes por la noche, se había despedido de ella y oyó la puerta del portal al cerrarse. El marido debió creerla, o pareció que la creía, puso una denuncia por desaparición. Por lo visto la policía la estuvo buscando un tiempo. La vecina contó a los agentes que, con toda seguridad, la habrían atacado, era una mujer muy atractiva, y probablemente su atacante la había matado, estaría enterrada en cualquier lugar.

En Suiza estuvo escondida con los Moseman varios meses, mientras sus padres arreglaban su documentación de nuevo. Alegaron que su hija se encontraba en Múnich en viaje de estudios y había perdido el pasaporte. Tuvieron problemas porque constaba que había salido de Inglaterra en junio de 1914 y habían pasado más de once años. Fue difícil explicar por qué había permanecido

tanto tiempo allí. Debieron pedir varios favores y al final consiguieron un pasaporte provisional. Justo para poder salir de Suiza y regresar con sus padres a los que había visto después de la guerra en dos ocasiones, siempre en Alemania y vigilada por su esposo.

Al llegar a su país natal solicitó el divorcio. Otto se negó durante mucho tiempo, convirtiéndola en una refugiada que tenía que renovar sus papeles de residencia cada poco tiempo. Concluyó el relato añadiendo que siempre estaría agradecida a la familia de su tía, los Moseman, por su ayuda y que, si no se lo había contado antes, era porque quería olvidar esa etapa de su vida.

Rafael tenía mucho trabajo, las telas europeas llegaban periódicamente, siempre condicionadas a que él enviara la misma cantidad. La venta había ido tan bien, que no le importó, ni se preguntó por qué esa absurda condición. Al principio pensó que era para equilibrar la balanza de pagos, la misma cantidad suponría la misma inversión. Sin embargo, no era así, los precios alemanes eran más baratos que los suyos, sus beneficios, por tanto, resultaban mayores y sus ingresos, enormes.

En septiembre, Rachel pidió un extraño regalo de cumpleaños, quería hacer una excursión y deseaba invitar al matrimonio Ramos, de esa manera les agradecerían su ayuda ya que, durante el viaje a Europa de Rafael, Fabián se había ocupado de la tienda. Su antiguo jefe se había mostrado muy feliz con el encargo y él le había pagado el trabajo, ¿por qué también hacer un viaje juntos? La esposa le propuso ocuparse ella de los gastos, le habían mostrado tanto cariño y dedicación durante su ausencia que se creía obligada.

Nuevamente el marido se mostró molesto aunque no dijo nada. Aquella manera de hacer sentir que el dinero era suyo no terminaba de gustarle. Rachel, por su parte, llamó a Ángela y le contó su intención de invitarles a pasar un largo fin de semana. La mujer aceptó encantada y persuadió a su esposo. Richi ya había decidido el sitio: «Quiero conocer Argentina y he decidido ir al destino preferido de la alta sociedad: el Hotel *Eden* en La Falda».

Rafael, molesto por tener que abandonar el trabajo, se olvidó de su enfado cuando vio el lugar. Era un sitio increíble, tanto el entorno como el propio hotel. No le extrañó que Richi lo hubiera elegido. Un sitio tan lujoso resultaba el enclave perfecto para ella. Los Ramos se sentían intimidados a la vez que orgullosos de sus amigos.

El hotel estaba invadido por alemanes, incluso los dueños, de apellido Eichhorn, tenían ese origen. Al enterarse, Rachel rogó a sus acompañantes que no dijeran nada sobre su conocimiento del idioma. Su marido, en cambio, no tuvo inconveniente en hablarlo con todo el que podía y también con los propietarios. El señor Bernal les comentó que mantenía relaciones con fabricantes germanos. Esa noticia atrajo su simpatía y se mostraron muy locuaces con el argentino. Ellos le contaron que también habían viajado a Europa no hacía mucho tiempo, y allí les había condecorado el mismísimo Hitler, se sentían orgullosos de esa relación.

Una de las noches, y a través de onda corta, captaron el discurso del canciller nazi que pusieron

en los altavoces para que todos los clientes pudieran oírlo. La mayoría de los huéspedes escucharon la arenga con complacencia, solo parecían disgustados Rachel y Rafael, mientras que los Ramos, como no lo entendían, estuvieron hablando entre ellos alegremente.

Después de la escapada a La Falda, se reunieron en el bonito apartamento de la calle Santa Fe con sus amigos. Durante el encuentro dominical, Ángela le contó a Soledad algunos sucesos del viaje:

—Richi estaba linda con su vestido, parecía esa actriz que baila, Ginger Rogers — empezó a describirlo—, ajustado al cuerpo y con vuelo por abajo y la espalda desnuda, todo de gasa azul cielo, como sus ojos. Nadie dejó de mirarla cuando bajó al comedor, mujeres y hombres se volvían a su paso. Pero ella es más guapa que esa bailarina, porque de cara se parece a Greta Garbo.

—Si sigues hablando así de mí, voy a acabar ruborizándome.

—¡Pero si sabes que es cierto, Richi! No te hagas la humilde, siempre te mira todo el mundo cuando te arreglas.

—Tenés que enseñármelo, quiero verlo —añadió Soledad.

Mientras Ángela y Richi —acostumbrada a su marido— apenas utilizaban los modismos argentinos, aunque sí habían adquirido el suave acento bonaerense, Soledad no podía disimular su procedencia porteña.

—Claro que sí y te lo puedes poner cuando quieras —contestó la británica.

—Todos la confundían con una extranjera, pero ella dejó claro que era argentina. Ni te imaginas el éxito que tuvo. La sacaron a bailar la mayoría de los hombres. Menos mal que Fito no es celoso. —Insistió Ángela.

—Y aunque lo fuera —contestó este dándose por aludido— con una mujer así no puedo impedir que guste a los demás.

Rachel le miró con complacencia y el resto de los asistentes comprobaron que seguían muy enamorados.

—Por cierto, que estaba lleno de alemanes y hasta nos hicieron oír un discurso del Hitler, sonaba como un loco, pero todo el mundo aplaudía, salvo nosotros, claro, Fabián y yo no entendíamos nada, pero Richi también hizo como que no sabía...

—Y por qué hiciste eso —preguntó Soledad.

—No quería hablar con esa gente. No me gustaban.

—Pero por qué disimular.

—¡Uy!, nos pidió que no dijéramos que conocía el idioma —añadió Ángela.

—Qué cosa tan rara, ¿no te parece? Si yo hablara otros idiomas, presumiría de ello.

—Vamos al vestidor porque, si no, Soledad no va a dejar de hablar. —La interrumpió Richi.



—Por qué cambiás de tema. No lo entiendo. —Intervino la aludida.

—¡Dejalo, ya! —ordenó Domingo a su mujer con tono de enfado.

Rachel se había levantado para dirigirse a su dormitorio. Se paró en medio de la habitación. Sabía que Soledad podía insistir hasta el agotamiento y que, si se callaba, era por la orden que acababa de darle su marido. No debía consentir que el matrimonio se enfadara por su culpa. Su amiga se estaba levantando, había comprendido que se había pasado al escuchar el tono recriminatorio del esposo.

—No, no te levantes, Soledad —rogó Richi—. Creo que ha llegado el momento de contaros un secreto que solo Fito conoce y por lo que veo no os ha contado.

—No tenés que explicarnos nada. —Aseguró tajante, Domingo.

—¡Sí! Me habéis demostrado siempre vuestra confianza y amistad y yo debo corresponderos. Soledad es la que se atreve a preguntar, porque su carácter es más abierto, pero es lógico que todos os hagáis preguntas que, por discreción, no me decís.

—Calló unos segundos antes de continuar—. Como sabéis, soy británica, nací en Londres, pero mis padres son de origen alemán y alemanes son todos mis parientes. Siempre pasé mis vacaciones en ese país. En julio de 1914, estaba también allí cuando estalló la guerra. Ya no pude volver a Londres y permanecí en ese país hasta 1925, porque cometí el error de enamorarme y casarme siendo casi una niña. Él cambió mucho. Al principio, era maravilloso, pero se afilió al partido Nacional Socialista y se transformó en una persona malvada y cruel que no dudaba en pegarme y maltratarme.

—Lo siento, Richi, no sabía... —interrumpió Soledad.

—Déjame seguir. Tuve que huir con la ayuda de mis tíos. Primero a Suiza y luego a Gran Bretaña. Él me persiguió y exigió mi regreso, alegando que yo era ciudadana alemana por matrimonio y origen, aunque ya había conseguido el divorcio. Quería mi dinero y durante años peleamos en los tribunales. Agotada, me escapé de nuevo y llegué aquí con la intención de que no me encontrara nunca más, pensaba recorrer el mundo, hasta que conocí a Fito... Y ya sabéis el resto. —Les miró con una sonrisa—. Ahora espero que entendáis por qué no quiero viajar a Europa y por qué mantengo tan escasa relación con mis padres. Tengo miedo de que mi ex marido descubra dónde estoy y reclame mi regreso. Siempre le tendré miedo, aunque esté casada con otra persona y tan lejos... Es un hombre muy importante del partido nazi y tiene demasiado poder, prefiero que desconozca mi paradero.

Rafael se acercó a ella y la besó en las manos y en la mejilla.

—Y cómo se llama esa perla —preguntó Ángela, indignada.

—Otto, pero prefiero no hablar nunca más de él ni de este tema.

Domingo miró a Rafael, recordó una petición de su amigo hacía algo más de un año, este esquivó

la mirada.

—Nunca más lo hablaremos, lo prometo, y si alguna vez me pongo pesada y pregunto demasiado, podés mandarme callar y hasta insultarme, pero no te enojés conmigo.

Rachel y Soledad se fundieron en un abrazo. Las tres mujeres salieron del salón dejando a los hombres, Domingo aprovechó para preguntar:

—¿A ustedes les gusta el canciller alemán?

—No, Richi piensa que es un loco peligroso.

—Tampoco a mí me gusta mucho, pero el pueblo alemán parece muy contento con él —añadió el abogado.

—Hombre todos no, los judíos no creo. Cuando regresé en febrero, en el barco había bastantes familias alemanas que huían del país a causa de las leyes antisemitas —afirmó Rafael.

—Qué leyes —preguntó Fabián callado hasta ese momento.

—Pues por lo visto han echado de la Administración a todos los funcionarios judíos, tampoco se permite que estos se casen con los de «raza aria».

—Y qué es la raza aria —preguntó de nuevo Fabián.

—Los alemanes puros, los que no se han mezclado con ninguna otra raza.

—¡Qué tontería! Entonces, los españoles y los argentinos también seríamos perseguidos por esos arios, ¡a saber con todo lo que nos hemos mezclado nosotros! —rio el señor Ramos.

—Sí, es una tontería pero puede ser muy peligrosa. Imagine que llegaran aquí buscando los que no están mezclados y que solo esos pudieran trabajar.

—Bueno en cualquier caso, eso no nos incumbe a nosotros, ninguno somos alemanes y tampoco somos judíos. —Aseguró Fabián ante el silencio de los otros dos.

Rafael estaba de nuevo volcado en su trabajo cuando recibió un telegrama de Zúrich, Moseman le pedía que volviera a la ciudad, quería enseñar sus muestrarios a empresarios polacos interesados en la compra de género argentino y también en la venta de sus telas. Estaban a finales de noviembre, el calor de Buenos Aires empezaba a ser molesto, y pronto empezarían a prepararse para las fiestas de Navidad. El negocio en esas fechas crecía. No pensaba abandonar la tienda por ahora. Apenas hacía unos meses que había regresado de Europa y la relación con su esposa estaba en un momento idílico. No quería dejarla ni siquiera viajando en dirigible. Por fin vivía su luna de miel y no tenía intención de finalizarla.

Moseman respondió enfadado, le reprochó desentenderse del negocio. ¿Y quién lo hace? Pensó Rafael, todo iba viento en popa, qué estupidez si imaginaba lo contrario, y qué descortesía que le indicara cómo debía llevar él su empresa. Se lo contó a Richi y esta le explicó que su amigo era

un gran inversor y, cuando veía una oportunidad, no le gustaba dejarla escapar. Probablemente había mucho dinero en juego. Su marido le dijo que tampoco había que ser tan ambicioso, ella le miró confundida, ¿no era el hombre que quería ser millonario a los cuarenta?

Las telas alemanas llegaban con regularidad y, solo cuando se habían descargado en Buenos Aires, se mandaban los tejidos argentinos. Rachel se ocupaba tanto de la recepción como del envío y embarque de los productos. Su marido, con la tienda, no tenía tiempo de aparecer en el puerto, aunque controlaba todo lo relativo a las telas que recibía para vender en su local y supervisaba el embalaje y los pedidos de los tejidos sudamericanos. La esposa contrataba los barcos y hasta los camiones, el personal a su servicio era de total confianza, Rafael solo les conocía de vista y tampoco tenía mayor interés en conocerlos mejor. Todo funcionaba perfectamente. Su mujer resultaba la ayudante ideal y una socia dispuesta a trabajar sin descanso para ampliar el negocio. Se sentía muy afortunado, además, se estaba convirtiendo en uno de los hombres más ricos del mundo empresarial argentino.

Rachel continuaba con su costumbre de exhibirse en los lugares de moda y ahora él podía costear dicha afición. Su último descubrimiento habían sido las carreras de caballos, visitaban el hipódromo a menudo. La elegancia de ella no pasaba desapercibida y, en alguna ocasión, buenas clientas les habían invitado a su palco para saber quién era la mujer que llevaba del brazo. Resultaba habitual que las otras señoras preguntaran a su esposa quién le confeccionaba sus vestidos, ella respondía que el secreto estaba en las telas adquiridas en *La Argentina*. Se había convertido en su mejor publicidad. Rachel recibía, cada vez con mayor frecuencia, invitaciones de las damas más influyentes de la sociedad porteña y también comenzó a realizar reuniones en su casa para dichas señoras, reuniones a las que nunca faltaban Ángela y Soledad, presentadas como madre y hermana política. Mientras tanto, a Rafael se le acercaban dirigentes de los partidos, se negó a colaborar con ellos, manteniendo su independencia, lo comentó con Domingo y este alabó el gesto. Ambos preferían el anonimato, al contrario que las tres mujeres, felices con su encumbramiento social.

Richi, con su proverbial generosidad, regalaba telas a Soledad para que estrenara vestidos en cada reunión. Al principio, la primera se negó, fue convencida con buenos argumentos. «Eres como un escaparate de la tienda. Con tu figura luces estupendamente cada modelo y las señoras que te vean querrán comprar inmediatamente la tela que llevas. Es un negocio, querida, tú me haces un favor y yo te lo pago». Cuando Rafael se enteró de la conversación a través de Domingo, pensó que su mujer siempre pagaba los favores, no hacía nada simplemente por cariño.

El matrimonio Bernal acabó por ser uno de los más solicitados en cualquier fiesta importante, ambos guapos, elegantes y ricos. No había ningún acontecimiento en la ciudad de Buenos Aires al que no estuvieran invitados. Las señoras alardeaban de haber tomado el té en casa de Rachel Bernal, costumbre que esta había implantado por su origen británico del que presumía

continuamente.

Curiosamente, había algo a lo que Richi se negaba. Las revistas de sociedad acabaron por fijarse en ella, pero no se dejaba fotografiar. Cuando veía a los periodistas, giraba la cara, miraba al suelo o se escondía detrás de su marido. Tampoco aceptaba ninguna entrevista y no había querido posar con los vestidos realizados con las telas de *La Argentina*.

Las Navidades de 1935 fueron muy animadas gracias a la experiencia de Rafael en su último viaje a Europa. La reunión con sus amigos íntimos para celebrar el comienzo del año 36 solo tuvo un tema de conversación: el zepelín. Rachel parecía muy atenta y le hacía preguntas técnicas que obligaron a Rafael a decirle: «Me recuerdas a tu amigo Moseman, solo quería saber cosas de ese tipo y yo no tengo ni idea». Soledad y Ángela, cansadas de escucharles, acabaron sentadas en un rincón del enorme salón para cuchichear de las actrices y actores que salían en las revistas.

Después de las fiestas, los Bernal, junto con los Ramos, viajaron a La Habana. Estaban invitados a una boda, se casaba la hermana de Inés Molina con un médico. El señor Molina residía en la capital cubana donde había llegado expatriado. Su hija pequeña le había acompañado al exilio. Y, como los parientes españoles no podían realizar un viaje tan largo y costoso, los amigos americanos decidieron asistir a la ceremonia para que padre e hija no se sintieran solos. Fue una celebración preciosa. Rafael y Chuchó, el novio, un joven alegre y simpático, se hicieron muy amigos. Incluso quedaron en visitarse. Los Bernal les invitaron a pasar unos días en Buenos Aires, allí estaban en verano y podrían disfrutar de las hermosas playas y conocer una de las ciudades más cosmopolita de Sudamérica. Los novios aceptaron. Los Ramos, por su parte, invitaron al padre de la novia para que no se sintiera tan solo. También aceptó.

Las dos parejas jóvenes se acercaron a Mar del Plata. El matrimonio Bernal se hizo fotos con sus bonitos albornoces de rizo blanco tumbados al sol, y Rafael las envió a su familia. Su madre respondió que esas Navidades le habían echado de menos. Deseaba tanto que regresara a Madrid, lloraba por todos los años de sufrimiento en su infancia y necesitaba compensarle. Él respondió que volvería pronto. Los negocios marchaban muy bien y pensaba aprovecharlo para visitarles.

Sucedió antes de lo previsto. A finales de mayo de 1936, Rafael recibió un nuevo mensaje de David hijo, su padre se retiraba, y ahora se ocupaba él de la sucursal de *Reynolds & Co* en Zúrich. Aprovechaba para comunicarle que había problemas con los envíos alemanes. Una nueva ley prohibía a los judíos ser propietarios de fábricas y trabajar en ellas. Esto afectaba al negocio de importación. Como empresa asesora, había tomado la iniciativa de contactar con otros fabricantes de tejidos, estaba en conversaciones con polacos, checoslovacos y austríacos. Pensaba establecer una reunión con ellos en Suiza, rogaba a Rafael su asistencia. Debería llegar con sus muestrarios lo antes posible. Le proponía de nuevo volar en dirigible. A Rafael le agradó la idea. Había quedado tan impresionado con la experiencia que no pensaba volver a viajar de otra

manera, además se podía permitir el gasto sin que se lo pagara su esposa.

Rachel le presionó para que fuera inmediatamente. Él no quiso decirle nada, tampoco a David, pero la escala en Sevilla del dirigible le había hecho pensar que podía bajarse allí, visitar a Inés y Tomás y luego seguir a Madrid. Era un hombre muy rico y quería que su padre lo supiera. Lo organizó todo para julio, aprovecharía para disfrutar de unos días de vacaciones con su familia.

De nuevo pidió a Fabián que se ocupara de la tienda y vigilara a los empleados. Al antiguo jefe le agradaba poder ser útil y se tomaba el encargo con mucho orgullo. Rafael también le confió su pequeño secreto de hacer escala en Sevilla, por si deseaba algo para sus sobrinos. Le pidió que no le dijera nada a Ángela, las mujeres solían hablar entre ellas y se lo contaban todo. No querían que le estropearan su parada. Si Richi se enteraba, se lo diría a Moseman y este le presionaría para que fuera primero a Suiza. Él había teleografiado avisando que llegaría a la ciudad helvética en la segunda quincena de julio. Concretaría la fecha más adelante.



## Capítulo XVII

1949

El comisario Esquivel y el suboficial Bustos estaban convencidos de que en Buenos Aires se había asesinado a cuatro criminales de guerra huidos de Alemania. Pero no tenían pruebas que les permitiera demostrarlo.

—¿A quién le interesa acabar con nazis refugiados acá? —preguntó el jefe distraídamente.

—Estoy seguro de que hay una larga fila —rio Bustos y el superior, que pocas veces le había oído decir algo gracioso, también—. Supongo que en los primeros que deberíamos pensar es en los judíos.

—De acuerdo, busquemos en la comunidad hebrea. Quizá sepan algo, incluso puede que entre ellos se encuentren los que ajusticiaron a los fallecidos.

—Es posible, señor, pero a quién investigamos. Argentina ha sido la primera nación en reconocer al estado de Israel, el nuevo país apenas tiene un año y su embajador solo lleva meses instalado acá. La embajada de Israel no existía cuando se cometió el primer crimen.

—Así es. Pero no me refería a esos, me refería a judíos argentinos.

—Y cómo pueden ellos reconocer a los nazis. Recuerde que los muertos llegaron con identidades falsas que les proporcionaron en Barcelona.

—Alguien les avisará.

—Entonces, ¿estamos hablando de una organización o asociación dedicada a perseguir nazis? —continuó Bustos, olvidándose de su interlocutor y pensando en voz alta—, pero debe ser una organización secreta, y es más probable que los autores hayan venido de fuera, y lo hayan hecho de forma ilegal. Quizá por eso han desmantelado la SARE —dijo con excitación volviéndose a su jefe—, ¿no es por nosotros, como creíamos!, sino porque sus miembros piensan que les han descubierto... y tienen miedo.

—Y, si esa teoría es cierta, probablemente la CIDE esté vigilando a la comunidad hebrea, lo que me hace pensar que no han encontrado a ningún sospechoso, porque de ser así, jamás nos hubieran informado sobre el caso Solberg, nos lo hubieran quitado sin explicarnos nada. Incluso, ya los habrían detenido o acabado con ellos.

Ambos caminaban con aspecto distraído, durante unos minutos permanecieron en silencio, que rompió Esquivel.

—Entonces hagamos una cosa, averigüemos de una vez quién era Harald Solberg si un nazi o un ingeniero. Y, cuando lo sepamos, nos dedicaremos a investigar cómo han logrado conseguir una información tan secreta los asesinos. Si los de Inteligencia están perdidos como nosotros, quizás somos más útiles de lo que pensamos —añadió preocupado el comisario.

El suboficial llamó a su amigo Sobinski. Necesitaba la información que le había pedido sobre Walter Blume. Este se excusó, había sido difícil y laborioso conseguirla. Pero había obtenido más de lo imaginado, explicó feliz.

El resultado de la investigación periodística, sin embargo, decepcionó a Esquivel y a Bustos. La información no dejaba lugar a dudas, el *standartenführer*, de las SS, Walter Blume, autor del asesinato de más de 20.000 judíos, había sido condenado en primera instancia a muerte por crímenes de guerra, aunque luego la pena se había conmutado por veinticinco años de prisión. Pena que estaba cumpliendo, se encontraba en la cárcel.

Bustos insistió que podría haberse escapado y llegar a Argentina en cualquier momento. El periodista confirmó que seguía preso y le pasó un dossier con mucha información sobre las atrocidades cometidas por el personaje oídas en el juicio, incluso le enseñó al policía una fotografía y no se parecía en nada al fallecido Harald Solberg.

«No te pongás triste, he descubierto una cosa muy curiosa» comentó el reportero a su amigo al ver la cara de decepción de este. «¡Hay otro Walter Blume!». Lo había leído en los archivos, un aviador, héroe germano de la Primera Guerra Mundial; no había muchos datos sobre él, pero podía investigar.

El suboficial se lo agradeció, quizás el delator se refería a este y no al otro, le dijo. «¡Conseguí una fotografía!», rogó Bustos, «mi informador me ha proporcionado el retrato del individuo que ando buscando, cotejando las imágenes, saldremos de dudas». Sobinski prometió hacerlo.

Los dos policías estaban desconcertados, debían aceptar que el fallecido era el ingeniero aeronáutico del que había hablado el Jefe de Investigaciones, mientras no consiguieran demostrar lo contrario.

—No me esperaba este resultado, Bustos —admitió con tristeza Esquivel.

—Yo tampoco, señor.

—¿Cree usted que Matthies me mintió —se interrumpió como si estuviera pensando— por miedo o por... cualquier cosa que ignoro? Deberíamos conseguir una imagen del ingeniero Blume.

—Ya se la pedí a mi amigo, aunque no creo que pueda conseguirla, me comentó que había pocos datos sobre él.



Afligidos porque habían llegado a un punto donde ya no podían avanzar sin delatarse, ambos detectives trabajaban de nuevo en otro asunto, aunque no olvidaban el que llevaban en secreto. Como siempre, aprovechaban sus caminatas a pie para transmitirse cualquier novedad. Así se enteró Esquivel de que el periodista había logrado, tras varias semanas de intensa búsqueda, mostrar a Bustos varias fotografías del as de la aviación alemana, «¡Che, también diseña aviones!», añadió Sobinski al mostrar las imágenes. Los retratos eran de Blume durante la primera Guerra Mundial, en la que había participado comportándose como un héroe, y del mismo personaje en los años treinta. Las imágenes no ayudaron, eran antiguas, de mala calidad y sin mucha resolución, el individuo fotografiado podía ser cualquiera, incluso el fallecido. Sin embargo, había algo más, algo muy interesante. ¡El periodista había logrado la dirección y el teléfono actual de Walter Blume en Alemania! El ingeniero no había viajado, por tanto, a Argentina, vivía en su país natal tranquilamente. Según la documentación conseguida, no era nazi, su nombre no se encontraba entre los criminales juzgados en Núremberg.

Sobinski había propuesto hacer un reportaje en el periódico, «resulta que el tipo ha sido alguien muy importante en la historia de la aviación, he hablado a mi director del personaje y le ha parecido bien que le entreviste». Bustos se lo prohibió de manera rotunda y malhumorada, luego, más tranquilo, le rogó que no hiciera nada de momento. «¡Sos un boludo!, si no hago la entrevista no podrás ver cómo es ahora, y aseguraste que querías una fotografía para reconocerle», contestó el periodista. «Hay un diario alemán al que podemos comprárselas», añadió ufano ante todo lo que había averiguado.

—En realidad, solo quería saber si había salido de Alemania. Si sigue allá, no me interesa. El que yo busco está acá. Además vos asegurás que no perteneció al partido nazi. Olvidá el asunto.

—Me hacés perder una buena guita —respondió contrariado el periodista.

Esquivel, informado de la conversación, estuvo de acuerdo con Bustos. El comisario insistió que prohibiera al periodista hacer el reportaje. No podían correr riesgos con la CIDE.

Los policías no eran capaces de encontrar respuestas a sus preguntas, ¿quién era el fallecido en el puerto y por qué les habían mentado dándoles un nombre falso?, ¿eran sus superiores los que mentían o les habían engañado a ellos también? ¿Quién había proporcionado su nueva documentación a los tres primeros muertos?, ¿por qué la SARE había puesto un sello en las solicitudes de visado de estos y por qué en la Dirección Nacional de Migración aceptaban ese sello?, ¿a qué se debía que dicha sociedad trabajara en secreto?, ¿qué había originado la destitución de los dos directores de inmigración que habían colaborado con ella?, ¿cuál era el motivo por el que la habían desmantelado?

Descubrir los nombres verdaderos de las víctimas era primordial y la única forma de averiguarlo consistía en mandar sus fotografías a las autoridades policiales europeas. Estas no lo tendrían fácil ya que los nazis habían destruido todos sus archivos e imágenes. Para reconocerles se debía recurrir a las víctimas supervivientes, diseminadas por el mundo... Eso supondría demasiado tiempo. Además, si Esquivel daba ese paso, sus jefes se enterarían y, cuando lo hicieran, le destituirían, anulando la investigación policial.

No tenían por dónde seguir. Cómo descubrir a los asesinos si ni siquiera sabían a quiénes habían matado. Al parecer eran hombres protegidos por el Gobierno, pero tampoco tenían pruebas de esto, solo evidencias. Por qué la CIDE les dejaba trabajar en un caso del que solo les habían facilitado datos falsos... Había muchas preguntas sin respuesta. Quizá deberían abandonar. El comisario estaba frustrado, nunca se sabría la verdad.

A finales de noviembre, Esquivel recibió una visita imprevista. Desde el momento que vio al individuo delante de la puerta de su despacho, dispuesto a entrar, tuvo una intuición. Se levantó inmediatamente. Una secretaria le acompañaba.

—Señor comisario, el caballero dice que viene a dar información sobre una investigación de un robo... Cómo dijo que se llama.

El hombre no respondió a la pregunta, miró a Esquivel y saludó: «Buenos días». Su fuerte acento confirmó la intuición. El policía, con la mano extendida, se acercó al individuo para que se la estrechara.

—Gracias, gracias, señorita. Ya le atiendo yo —dijo dirigiéndose hacia la puerta—, mejor hablemos fuera, salía en este momento a tomar un café —tomó su sombrero del perchero—. Me encantaría invitarle.

El sorprendido invitado no tuvo tiempo de contestar, estaba aún asombrado por el extraño recibimiento. No pudo presentarse. Tampoco había dicho el verdadero motivo de su presencia, la secretaria se lo preguntó varias veces, él solo había contestado que tenía información para el comisario Esquivel sobre un robo y quería comunicársela en persona. La reacción de este, tratándole como si le conociera, aunque no se habían visto nunca, le había desconcertado. Cuando estuvieron en la calle. El policía se excusó.

—Discúlpeme. Pero me he imaginado al verle, y más aún al oírle hablar, que usted es alemán... y le envían de Córdoba, ¿no es así?

—Sí, así es. ¡Qué eficientes son ustedes los policías argentinos! —bromeó.

—Eso parece —aceptó la broma el comisario—. Pero tampoco había que ser muy listo. Su altura, su color de pelo, ojos y piel denotan enseguida su origen. La discreción que ha mostrado al no querer darse a conocer es porque tiene que hablarme de algo que resulta, digamos... ¿comprometido? —no esperó la respuesta del otro—. Por eso no le ha dicho

su nombre a la secretaria ni el verdadero motivo de su visita. Si lo hubiera hecho, ella no le habría acompañado a mi despacho, hubiera tenido la información que necesita. Por cierto, ha hecho bien, tampoco yo me fío de esa mujer —rio Esquivel mientras volvía al tema—. ¡Ah!, también creo que le envía don Pedro Matthies ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Disculpe que sea tan directo, pero tenía la sospecha de que Matthies había reconocido a alguien en los retratos que le mostré y, en realidad, hace tiempo que le esperaba, creí que me llamaría para hablarme de esa persona y para saber en qué situación le dejaba a él el asesinato. Reconozco que su aparición ha sido inesperada. —Afirmó el comisario.

—Ya veo que, a pesar de lo inesperado de mi visita, usted ha adivinado todo. No sé si va a ser necesario presentarme. —Volvió a bromear el individuo, aunque inmediatamente se puso serio—. Mi nombre es Bauer, Johannes Bauer, aunque, acá, todos me llaman Juan.

Se sentaron en el café, en una mesa cerca de la puerta, cuando el camarero les hubo atendido, Bauer tomó de nuevo la palabra:

—Y ahora, le explicaré el motivo de mi presencia. El día de su encuentro con Kurt, perdón —se corrigió—, Pedro, yo me hallaba de viaje. Mi especialidad son los metales y las fusiones, viajo con una cierta frecuencia a visitar minas y fábricas siderúrgicas —aclaró el alemán—. A mi regreso, me comentó su reunión, sin darme muchas explicaciones. Me contó que usted andaba investigando el asesinato de un desconocido y, de repente, le había mostrado la fotografía de alguien que creyó reconocer. Sospechó que podía haber sido también asesinado, pero no se había atrevido a preguntar y ahora estaba arrepentido de no haberlo hecho. Sin embargo, no pudimos volver a hablar del tema porque tuve que salir de viaje nuevamente y estuve fuera más de un mes. Regresé hace unas semanas, le encontré realmente preocupado. No se atrevía a venir a Buenos Aires a verle. El director de la empresa había avisado a todos los empleados alemanes que, si usted se presentaba de nuevo o intentaba ponerse en contacto con alguno de nosotros, llamaríamos a las autoridades militares. Eso le alarmó aún más. Así que me pidió que me ocupara yo porque tuve más relación con el individuo que creyó reconocer, además, como no me encontraba en la fábrica el día que se presentó allá, nadie supondría que vendría a reunirme con usted, y también porque podía aprovechar una de mis salidas por trabajo, como así he hecho, para hablarle sin levantar sospechas.

—Ahora entiendo por qué ha tardado tanto Matthies en dar señales de vida. Yo esperaba antes una llamada suya.

—Va usted derecho al asunto —rio el alemán—. Y es difícil de engañar.

—No se crea, últimamente tengo la sensación de que me engañan todos. Pero, desde el principio supe que, con respecto a su jefe, los datos que recibiría serían a cambio de que

yo también le diera a él la información que me pidiera.

—Así es. Aunque antes, debo ver el retrato.

—De acuerdo, señor...

—Bauer.

—Lo siento, pero no sé si ese es su verdadero nombre o el que le han adjudicado acá.

—Es mi nombre. Yo no tuve necesidad de cambiarlo cuando vine a Argentina.

—Y, ¿por qué no?

—No había cometido ningún delito, cuando finalizó la guerra tenía veintiocho años y llevaba casi dos trabajando en una fábrica de aviones. Estuve en el frente, pero, gracias a los estudios que había publicado en la Universidad sobre la aleación de metales, los directores de esa fábrica me reclamaron para colaborar con ellos. Mi trabajo consistía en el control de materiales.

—¿Y por qué el señor Matthies tuvo que cambiar su nombre?

—Él era el director de la fábrica y la mano de obra estaba formada en su mayoría por prisioneros. Podían considerarle responsable de lo que ocurría, aunque fuera un mando civil y no militar.

—¿Y lo era?, ¿era responsable de lo que ocurría?

Bauer bajó los ojos y miró la taza que tenía delante. Tardó un rato en responder.

—En una guerra pasan muchas cosas, y casi todas suelen ser malas.

Esquivel comprendió que no debía seguir por ese camino si quería recibir información. Sabía cuál era el temor de Matthies, ser él mismo un posible objetivo, mejor no meter el dedo en las llagas. Cambió de conversación.

—No tengo las fotografías en este momento. Debo ir a buscarlas. Pero preferiría enseñárselas en algún lugar más tranquilo y a una hora en la que ya no esté preocupado por volver al despacho. ¿Le parece que nos encontremos esta tarde cuando acabe la jornada?

—Por supuesto, yo haré algunas gestiones y nos vemos cuando usted me diga.

Esquivel le escribió la dirección de un bar que, a las siete de la tarde, solía estar casi vacío y en el que podrían hablar sin temor. No quería explicar al individuo, al fin y al cabo le acababa de conocer, que tenía todos los informes de los asesinatos en carpetas escondidas en su domicilio, y necesitaba ganar tiempo para ir en su búsqueda. Tampoco quería llevarlas al despacho. Por eso le había citado tan tarde, aunque estaba deseoso de saber a quién había reconocido Matthies.

El comisario se retrasó, prefería que su informador ya estuviera dentro, por si le seguían, si era así, debía hacerles pensar que se encontraba solo. Al entrar, le vio en la barra, el único cliente, le hizo un gesto y se sentó en un reservado, Bauer se acercó, desde fuera nadie les divisaría. Pidieron una cerveza.

El alemán empezó contando que, desde sus comienzos en la fábrica, había estado a las órdenes de Matthies, «le seguí a Argentina porque era un buen jefe y un gran profesional de la aviación». Admitió que le admiraba profundamente y no sabría trabajar con nadie que no fuera él.

—Cuando me dijo a quién creyó reconocer, no me extrañó —afirmó Bauer.

El comisario estaba sacando los retratos de un maletín y se volvió precipitadamente:

—Por qué no le extrañó —preguntó con interés.

—Necesitaría ver las fotografías, para asegurarme que es la misma persona, y luego se lo explico.

—De acuerdo —aceptó Esquivel mientras colocaba los retratos encima de la mesa.

—Sí, conozco a este hombre.

Bauer había señalado a la víctima número tres, asesinado hacía un año cerca de la estación de Retiro. El alemán aseguró que el individuo era un alto cargo en la SD: «La Sicherheitsdienst, es decir, el Servicio de Seguridad de los nacionalsocialistas». Hombre de confianza de Heydrich y de Himmler, el encargado de «vigilarnos en la fábrica y de buscar opositores al régimen, todos le teníamos miedo»; aunque los más aterrorizados en su presencia, sin duda, eran los judíos, aseguró. «A la fábrica no llegaban simples obreros, siempre nos traían mano de obra muy cualificada, jefes mecánicos, ingenieros, matemáticos, físicos..., casi todos hebreos. Para ellos era mejor la empresa de aviones que los campos de trabajo. El individuo les vigilaba atentamente y supervisaba sus resultados con tanto detenimiento que si encontraba un fallo, el más mínimo, ese sujeto desaparecía y no se volvía a saber más de él. Entre los trabajadores, nadie se atrevía a mirarle a los ojos, bajaban la cabeza cuando él pasaba por delante. Las mujeres le temían todavía más. Se decía que las había violado a todas. Y, según oímos, sus violaciones no consistían solo en una penetración —disculpe que sea tan explícito, pero quiero que comprenda la clase de tipo a la que me refiero—, las humillaba de tal forma que nadie volvía a atreverse a ponerse a su alcance. Procuraban pasar inadvertidas en su presencia. Cuando se iba, se notaba, trabajaban más relajadas y mejor; ante él se mostraban nerviosas y alteradas. En una ocasión nos contaron que a una la había rebozado con sus propios excrementos por todo el cuerpo, incluso se los había hecho comer, después de haberla violado y metido una pistola por el... —tardó en decidirse a decir la palabra — culo, solo porque no había gozado con él, dijo que así aprendería a disfrutar cuando la volviera a poseer. Nunca nos pudimos creer semejante barbaridad, hasta que tuvimos ocasión de verle en acción. Fue una tarde a última hora, entró en la zona donde las mujeres cosían los asientos, sacó a una joven de su sitio y se la llevó. Hacía poco que había llegado a la fábrica, ni siquiera pudimos aprendernos su nombre. Al día siguiente la encontramos muerta junto a los barracones femeninos, estaba desnuda, la habían mutilado, cortado los pechos y marcado con una jota toda la espalda, la jota estaba hecha con un cuchillo o algo punzante. —Calló unos segundos —. Espero que se lo hicieran una vez fallecida y no antes. —Volvió a callar—. Todos pensamos

que había sido él. Ese día hablé con mi jefe, el señor Matthies, le rogué que solicitara el traslado del tipo; los trabajadores vivían aterrorizados. La respuesta que le dieron fue que, si me volvía a quejar, perdería mi puesto en la fábrica y volvería al frente».

Bauer parecía aún asustado por sus recuerdos, había ido bajando la voz y esta le temblaba. Tomó aire y bebió, en un tono de mayor seguridad añadió:

—Dígame, ¿también está muerto?

—Así es. Apareció con un tiro en la sien, como si le hubieran ajusticiado. Por la entrada de la bala y la posición del cuerpo, suponemos que le hicieron ponerse de rodillas. Fue junto a la estación de Retiro, en noviembre del cuarenta y ocho, ahora hace un año.

—Entonces, ¿puede ser que le haya asesinado alguna de sus víctimas, o alguien que supiera quién era?

—Es una opción que debemos tener en cuenta.

—¿Y todos los hombres que le mostró usted a Matthies han muerto de la misma manera?

—Sí.

—¿Cree usted que estos hombres eran nazis y por eso les matan?

—Es una de las posibilidades. Pero tendría una mayor certeza si supiera quiénes son los otros y pudiera confirmar que son criminales nazis. Por lo tanto, no puedo responderle con seguridad, hasta ahora no conozco el auténtico nombre de ninguno de ellos. Tengo sus documentaciones de entrada al país, pero supongo que son falsas, este llegó como Carlos Müller.

—Pedro, el señor Matthies, me ha mandado con un fin, imagino que lo sabe, ya que me lo ha dejado entrever —calló, mientras le miraba fijamente a los ojos—. ¿Estamos nosotros, los de Fábrica de Aviones, en peligro?

—Tampoco tengo una respuesta segura para eso, aunque intuyo que no corren peligro. Usted acaba de identificar a un nazi al que han ajusticiado, desconozco si también lo eran los otros fallecidos, lo sospecho, por supuesto. Sin embargo, sé o creo saber cuándo empezaron los asesinatos. Dígame, ¿en qué año se establecieron ustedes en el país?

—A principios del cuarenta y siete. Dentro de unos meses hará tres años.

—Puede que entonces no sean posibles víctimas. Por lo que me ha contado, cabría pensar que los asesinos ajustician a criminales huidos de las autoridades aliadas. Ustedes no estarían en ese caso. Además pensamos que los matan recién llegados al país. Antes de que se puedan instalar. Ustedes llevan tiempo y, por lo que pude comprobar al visitar al señor Matthies, tienen familia que reclamarían sus cuerpos y un entorno social que denunciaría su posible desaparición o asesinato. Estos hombres que le he mostrado no han sido reclamados por nadie.

—Este individuo no cumplía una de sus condiciones —aseguró Bauer creando interés en

el comisario—. Este llevaba un tiempo aquí. Cuando le dije que no me extrañó que fuera él, era porque yo ya le había visto. Me lo encontré el año pasado, en el hotel *Eden* en La Falda, fuimos a pasar una semana mi mujer y yo. Estaba alojado como un *pashá*, le trataban como si fuera el huésped más importante y adinerado del lugar, daba enormes propinas. Yo no le saludé y él tampoco aparentó reconocerme.

—¿Es eso cierto?

—Con total seguridad, se lo dije al señor Matthies a mi regreso, estábamos preocupados por tener a un asesino tan cerca.

—O sea ¿tardaron unos meses al menos en liquidarle?

—Así parece.

—Ahora ¿podría decirme usted el nombre de este criminal?

—Otto Ritcher, el comandante Otto Ritcher, —confesó el alemán—, amigo personal de Himmler desde Múnich, supimos que se afilió al partido en 1924, por eso, se relacionaba con los miembros más poderosos. Los que le odiaban, y eran muchos, se lo puedo asegurar, habían hecho correr un rumor. Decían que había estado casado con una mujer judía que le había abandonado y se había escapado, no sé si con otro hombre, y por eso disfrutaba humillándolas y matándolas. También se decía que los que propagaban el rumor desaparecían.

—¿Desaparecían?

—Sí, les cambiaban de destino y acababan en el peor de los frentes, el ruso. Supongo que esto era consecuencia de la fama de vengativo y cruel que tenía. Ya se lo he dicho.

—Y cuándo dice que le vieron por última vez.

—Era primavera, deje que haga memoria. Nos fuimos a La Falda a mediados de octubre del año pasado. Sí era octubre, yo había conseguido unos días de vacaciones y decidimos ir a conocer el lugar. Todo el mundo nos insistía en que debíamos hacerlo. Por qué lo pregunta.

—Otto Ritcher fue asesinado en noviembre, aquí en Buenos Aires, junto a la estación de Retiro. ¿Cómo le vio usted, preocupado, huidizo, temeroso?

—No, estaba tranquilo, caminaba con la misma chulería que en Alemania, con mucha seguridad, no se le notaba preocupado por nada. Al contrario, el último día que le vi, parecía contento, como si le hubieran dado una noticia que le alegrase mucho.

—Muchas gracias, le aseguro que no diré a nadie que he hablado con usted, les mantendré al margen de mi investigación, pero le agradezco muchísimo su ayuda. Ahora tengo más claro quiénes pueden ser los muertos y no creo que los alemanes de la fábrica estén en peligro. Dígaselo a su jefe y transmítale tranquilidad. ¡Ah! Y mi agradecimiento, he comprobado que no contó a nadie mi visita a su casa. Yo les devolveré el favor.

Aunque estoy casi completamente seguro de que este caso no tiene nada que ver con ustedes, si me entero de que corren el más mínimo riesgo, les avisaría de inmediato.

Se estrecharon la mano y se despidieron. Esquivel salió primero y le rogó que permaneciera media hora más en el bar. Prefería ser cauteloso. El otro no necesitó explicaciones, hizo lo que le pidió.

No encontrarían el nombre de Otto Richter en los archivos de inmigración, Esquivel lo sabía, miraría de nuevo la fecha de entrada de Carlos Müller para comprobar cuánto tiempo llevaba en el país, eso también acababa con su teoría de que les ejecutaban nada más llegar, aunque si la identidad era falsa, también podían serlo las fechas. Quienes les mataran, les debían vigilar y saber dónde encontrarles. Todo se complicaba cada vez más. Pensó en la Sociedad Hebraica, no era la primera vez que lo hacía ¿por qué no podía abandonar esa idea? Suponía que los de la CIDE habrían sospechado lo mismo, si no habían encontrado ningún indicio o pista, tenía que ser porque eran inocentes o... porque sabían ocultar muy bien las pruebas. ¿Y si les hacía una visita? Rechazó el pensamiento, sería ponerse en evidencia ante sus superiores. ¿Cómo explicar que sospechaba de los judíos, sin confesar que conocía que se había asesinado, al menos, a un peligroso nazi?

En realidad, le atormentaba más el nombre que Bauer le había proporcionado, el comisario creía haberlo oído anteriormente. Desde luego, no durante la investigación. Tenía que intentar recordar. Mientras tanto, iría a casa y dejaría que La Negra le contase cómo le había ido el día, su entretenida charla le ayudaría mucho a apartar su mente de la investigación. Le explicaría a su ayudante la conversación con el alemán por la mañana. No había prisa.

«Yo diría que oro, señor», el comentario de Bustos sorprendió al comisario que acababa de contarle la información transmitida por Bauer. Al ver la cara de asombro de su jefe, le pidió disculpas, mientras le escuchaba, se le había ocurrido que Solberg podía transportar lingotes de oro.

Durante algún tiempo, ambos policías habían estado convencidos de que serían documentos secretos, tal como les habían contado sus jefes, sin embargo, tras recordar el suboficial que un testigo había comentado el exceso de peso del petate, y después de comprobar que este dato había desaparecido del informe, habían desechado la versión oficial y habían continuado buscando qué cosas podrían ser tan pesadas y, a la vez, tan importantes para los de la CIDE.

—El oro es un metal que pesa bastante y un buen motivo para un robo con asesinato. Si, como suponemos, los muertos son nazis huidos, pueden que estén pagando en oro su nueva identidad. Por eso resultaba tan pesado el petate de Harald Solberg y por eso la CIDE lo busca desesperadamente.

—¿Así que usted piensa que el muerto traía oro y prefirió pasar por un indigente antes



que mostrar su carga al capitán del barco? ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Esa es la opción que más valoro, señor.

—Y ¿todos los fallecidos llevaban oro cuando les mataron?

—No lo creo. Puede que ya hubieran pagado y, por eso, se archivaran sus casos en secreto. Mientras que a Solberg le quitaron todo nada más bajar del barco, motivo por el que la CIDE está tan interesada en recuperar «los documentos». Quizá esa fue la causa de que nos dejaran seguir con el caso, ayudarles a encontrarlo. Por eso insistían en que interrogáramos a los delincuentes habituales, ellos serían los primeros en haber escuchado algo sobre un robo de esas características.

—Sí, eso es así, como usted sospecha, deberíamos pensar que pagan sus nuevas identificaciones cuando les dan el visado para instalarse en Argentina, ya que Solberg tenía su documentación en regla y el resto también.

La primavera estaba acabando y los días eran más largos y cálidos, ambos seguían comentando sus conclusiones sobre el caso sin aparentar prisa por separarse. Su jornada laboral había sido muy extensa y aún la alargaban más con una investigación secreta.

—Ahora sí que estoy convencido de que les están ajusticiando y que son judíos los que lo están haciendo.

—Pienso lo mismo —confirmó Bustos—, pero quiénes son y dónde se esconden.

—¿Y si vienen de fuera, como usted sugirió? ¿Y si hay otra sociedad enfrentada a la SARE? Tiene sentido que, si existe una organización que les ayuda a entrar, haya otra que les busca y asesina... —Esquivel recordó algo—. ¿Se acuerda que el primer día de colaboración con Cardozo yo me adjudiqué la investigación de barcos pesqueros y deportivos y, luego, me retiraron definitivamente de ella?

—Sí, así es, me extrañó mucho que el capitán la quisiera realizar él solo.

—Pues es posible que los asesinos llegaran y se fueran así, de manera ilegal. Creo que debo acercarme al puerto.

—Si se enteran que les ha desobedecido, le echarán del cuerpo, señor.

—Procuraré que eso no pase.

Ambos se despidieron antes de separarse. El suboficial Bustos se dirigía a su casa y Esquivel decidió interesarse por los barcos deportivos.

El comisario estaba contento. Tras mucho tiempo sin avanzar nada, en los últimos días había descubierto aspectos muy interesantes. Al menos, una de las víctimas había sido reconocida como un asesino nazi. Por la forma de matarles, un auténtico ajusticiamiento, todos podían ser criminales huidos que buscaban refugio donde nadie les pudiera reconocer; que utilizaran identidades falsas y que en sus solicitudes de residencia apareciera la palabra SARE lo corroboraba, alguien les ayudaba a entrar en el país.

También era posible que el oro robado a los judíos sirviera para pagar a algunas autoridades argentinas las nuevas identidades. Desde luego, en Jefatura había personas que conocían la trama, pero quién, en quién confiar y en quién no. Por ahora, estaba paralizado en ese aspecto. No podía entrar en el despacho de su jefe y acusarle de ayudar a huir a los nazis. Tendría que delatar a Juan Bauer y a Pedro Matthies. Aunque también podría faltar a su palabra y mandar las fotografías de los cuatro cadáveres a las autoridades en Alemania. Esa siempre sería la última solución. Se encontraba con un importante dilema y, sin embargo, no era lo que le preocupaba, había algo que le rondaba en la cabeza. Dónde había oído el nombre de Otto Ritcher. Rechazó el pensamiento y volvió a la investigación. Seguía indeciso sobre qué hacer. Había dado su palabra de no hablar con nadie de Harald Solberg, pero no de callar sobre los otros tres asesinatos, aunque, en realidad, esa investigación la había llevado en secreto y sin comunicarla a sus superiores. Por tanto, si sacaba las fotografías y las enviaba a otros organismos internacionales, también estaba desobedeciendo. ¿Que lograría con eso? Simplemente confirmar un hecho: el Gobierno argentino daba refugio a criminales de guerra.

Dos directores de Inmigración habían sido destituidos en pocos años, Santiago Peralta y su sustituto, Pablo Diana. También había caído el secretario de Perón y Director de la División de Informaciones, Rodolfo Freude, aunque de este último se decía que por enfrentamientos con Eva Duarte, la esposa del presidente. Además se había disuelto la SARE. Quizás, los implicados en esta trama, temerosos de que se descubriera la llegada de nazis al país, habían destituido a las personas más significativas, incluso, podían haber paralizado la entrada de nuevos criminales hasta que la situación se calmara. De hecho la prensa y la oposición acusaban abiertamente al Gobierno. Perón se había visto obligado a declarar que en Argentina se estaba ayudando a refugiados que no encontraban trabajo en sus países de origen y que eran víctimas de la guerra, no criminales.

El comisario decidió no hacer nada con lo que había averiguado hasta después de las vacaciones, se acercaban las fiestas navideñas y el verano. Mejor era pensar con tranquilidad que actuar alocadamente. Mientras tanto ya había llegado al puerto deportivo.



## Capítulo XVIII

# 1936

El diez de julio de 1936 el *Graf Zeppelin* llegaba a Sevilla. Desde arriba, tiraron las enormes cuerdas con las que amarrar el aparato a tierra. Soldados, encargados de esta labor, corrían por la pista para agarrarlas, sujetándolas con fuerza para impedir que estas se les escaparan y les hicieran salir por los aires.

La aparición del dirigible era un acontecimiento único y los sevillanos seguían acercándose en cada ocasión a ver el increíble objeto volador, había puestos de bebidas y comidas para los curiosos. Rafael sabía que también existía un servicio de autobuses utilizado por los que se acercaban al aeródromo. Él no necesitaba usarlo, le estaban esperando.

Inés y Tomás Ramos le recibieron como a un pariente cercano. Solo permaneció veinticuatro horas en la ciudad andaluza y estuvo a punto de perder el tren ante la insistencia de sus amigos para que se quedara más tiempo. Ambos le expresaron su deseo de que regresara con Rachel para conocerla. El argentino se excusó, su esposa no quería viajar a Europa, había tenido problemas con los visados y le daba miedo que le retiraran el pasaporte o le sucediera algo peor. En todas partes la situación parecía muy inestable. Los sevillanos reconocieron que eso era cierto, también en España, en los últimos tiempos se notaba mucha inquietud y malestar, la inseguridad era mala para el negocio, aunque a ellos la política no les importaba mucho. Padres de unos hijos maravillosos, le recomendaron que se diera prisa en tenerlos, luego se hacía uno mayor y los niños cansaban demasiado. Se despidió con la promesa de visitarles pronto.

Rafael había pasado todos los veranos de su infancia en San Sebastián junto a su familia, pero desde hacía tiempo, los Bernal no salían de vacaciones. Don Mateo se negaba a dar dinero para que «disfrutaran a su costa». Esta vez, el hijo pequeño sufragaba los gastos con la intención de que su madre, enferma del corazón, descansara en la playa. Matías era el encargado de organizarlo.

En efecto, cuando llegó se encontró a sus parientes preparando las maletas. Se iban todos, menos el padre. A Toñi la acompañaban su marido Santiago y sus hijos y, a Loli, la visitaría Prudencio a principios de agosto. El hermano mayor viajaba con ellos para dejarles instalados, pensaba regresar pronto. La situación política se había complicado y los funcionarios debían permanecer en sus puestos. Se rumoreaba que los militares preparaban un golpe de estado.

Por su parte, don Mateo había comunicado que permanecería en el domicilio hasta finales de julio, el mes de agosto lo pasaría en Valencia, tomando los baños. No era la primera vez que lo hacía. Aunque la familia en público justificaba al padre con la excusa de que padecía una enfermedad reumática, todos sabían que llevaba años veraneando con Eulalia.

Al recién llegado le hizo gracia observar los preparativos, parecía que se mudaban: mantas, sábanas, vajillas, además de la ropa de vestir, fue empacutado cuidadosamente, solo faltaban los muebles. Ante su irónico comentario, Matías le explicó que las casas alquiladas en ocasiones anteriores carecían de comodidades, por eso la madre había optado por llevarse tantas cosas, incluida la plata y las joyas y, por supuesto, pieles y vestidos de fiesta. ¿Para unas vacaciones?, preguntó Rafael. Su hermano en secreto le explicó que sospechaban de Eulalia, esta ya se había presentado en la casa aprovechando la ausencia de la familia. Las hermanas suponían que, si dejaban algo de valor, «esa sinvergüenza» se lo podría llevar. «Cómo pueden creer algo así, no deberían ser tan malpensadas», respondió el más joven. «Da igual, han convencido a madre y nos llevamos todo», contestó el otro.

El quince de julio llegaron a San Sebastián, la casa fue del gusto de todos. Rafael se quedó dos días tomando el sol y disfrutando de la compañía materna. La señora le acribilló a preguntas, cómo estaba su esposa, por qué no la había traído, cuándo la conocerla, cuándo tendrían niños... La mujer solo tenía dos nietos, se preguntaba por qué no le daban más. Sus hijos se iban haciendo viejos, salvo Loli, todos habían superado la treintena. Sabía que Puri no se casaría y no la importaba, era bueno en la vejez disponer de alguien «que te cuide». «¿Pero quién os va a cuidar a vosotros? Los hombres debéis casaros y ser padres, si no os encontraréis solos y eso es muy triste», le dijo preocupada. Asustada y enferma, también le comentó que la inquietaba no volver a verle, Rafael la tranquilizó, su situación económica había cambiado y ahora podía visitarla todos los años e incluso varias veces.

Separarse de ella fue de nuevo penoso. Pero había enviado un telegrama a David Moseman con el día de su llegada, el día 19 de julio por la noche, y no quería faltar a su palabra. En él, proponía entrevistarse con los fabricantes polacos, checoslovacos y austríacos el día 20, lunes.

La víspera de su partida se despidió de la familia, el tren salía el sábado muy temprano y no quería despertarlos. Solo Matías se levantó para acompañarle a la estación. Hablaron de la situación política, el mayor estaba preocupado, volvía a Madrid al día siguiente. Rafael hacía tiempo que no seguía los problemas de España y le costó trabajo entender lo que le explicaba su hermano. Con buena voluntad, todo se podía arreglar, fue su respuesta a sus pesimistas comentarios. El funcionario contestó que ya no quedaba buena voluntad en España. Si al principio la República les había traído felicidad, ahora todo eran odios y envidias. Había muchos rencores difíciles de solucionar, «ya no es cuestión de partidos, ahora es cuestión de vecinos, tendrías que ver cómo se mira la gente». Rafael pensó que su hermano se estaba volviendo melancólico e

intentó alegrarle. No lo logró. Montó en el tren intranquilo, su familia se desmoronaba. El padre ya no aparecía por la casa, la madre enferma y el hermano tan triste. La boda de este, prevista para septiembre, probablemente les devolvería la alegría. Pensaba asistir y convencería a Rachel para que le acompañara, esta vez quería presentársela a todos y que comprobaran lo felices que eran.

Hizo noche en París, pudo disfrutar de la ciudad durante unas horas. Nunca había estado antes y pensó que sería un lugar muy agradable para visitar con su esposa, últimamente no podía quitársela de la cabeza. En el tren de Zúrich se imaginó viajando con ella, pensó qué diría Rachel de cada cosa que había visto. La quería tanto que la separación se le estaba haciendo muy larga. Desde que la había declarado su amor, no había vuelto a visitar a Colette ni a ninguna puta, solo la deseaba a ella. Ahora no la veía como a una elegante dama a la que no podía tocar. Al contrario, aunque no la pagara, se sentía su dueño. La amaba cuando la veía ruborizarse o la notaba estremecerse en sus brazos. Tuvo que abandonar sus pensamientos, su cuerpo se estaba animando y sus compañeros de viaje lo notarían, podían tomarle por un sinvergüenza.

En el hotel de Suiza encontró al joven Moseman esperándole muy enfadado por su pequeña escala en España. Había montado la reunión para el 13 de julio y Rafael se había demorado siete días, el tiempo era muy importante para el negocio. Le exigió que nunca más volviera alterar los planes de viajes, «los barcos tienen una fecha de salida y hemos perdido algún envío por su culpa». Rafael se molestó por el recibimiento:

—¿Algún envío? Pero si ni siquiera sabes si voy a comprar las telas que me enseñéis. Y de qué manera pude haber alterado los planes. Yo te mandé un telegrama con el día de mi llegada y he cumplido con esa fecha. Aquí estoy como te dije.

—Antes tuvimos otro telegrama de Rachel con su salida de Río. Le esperábamos entonces —explicó el joven aún irritado—. No comprende la situación y se dedica a hacer turismo. Los nazis han quitado las fábricas a los judíos y han despedido a los trabajadores judíos. Ya no puede comprar telas alemanas al mismo precio. Hay que darse prisa si queremos seguir en este negocio.

—¿Rachel se molesta en enviarte un telegrama para decirte cuando salgo? ¿Y por qué te avisa ella de mis viajes? Soy yo el que negocia contigo y el que te debo informar.

Rafael no escuchó la respuesta de David. Había enfurecido al enterarse de que su mujer había avisado de su salida, ¿tanta confianza tenían los dos? Moseman notó el malestar del español y cambió bruscamente de tema:

—Cuánto siento lo que acaba de pasar en su país.

—Qué ha pasado en mi país. —Preguntó contrariado.

—¿No se ha enterado?

—¿De qué tengo que enterarme?

David le acercó un periódico que estaba en una de las mesas del vestíbulo del hotel. En primera página, una pequeña noticia situada en una esquina informaba que los militares se habían levantado contra la República en España, el Gobierno aseguraba que en pocos días estaría todo controlado. La noticia le asustó. Intentó llamar a su hermano, quizás estuviera ya en Madrid. No lo consiguió. Envió un telegrama. Le dijeron que no sabían si habría respuesta. Las comunicaciones con el país eran difíciles.

Por la mañana temprano mantuvo la reunión con los inversores polacos, checoslovacos y austríacos. Todo fue muy raro. Rafael tenía la cabeza en su familia y en lo que estuviera ocurriendo en el país. Apenas hizo caso a sus interlocutores, seguían hablando aquella extraña jerga que no comprendía. «Judíos», pensó, y también que los pedidos aumentaban considerablemente, *Reynolds & Co* tendría mucho trabajo en Argentina para distribuir las telas, él no podía vender tantos metros en su tienda. Estaba absorto hasta que un comentario de David le trajo de nuevo a la realidad:

—Me he comprado un cuentahílos, ahora lo uso con frecuencia.

Sacó de su bolsillo la pequeña lupa que le mostró con orgullo. Rafael no entendió para qué lo necesitaba, tampoco, por qué tomaba nota de los pedidos en otra sala a solas. Preocupado con sus propios asuntos, se olvidó inmediatamente de él. De nuevo, había hecho un gran negocio. Sin embargo no estaba contento. Deseaba volver a España y visitar a su familia. Se demoró unos días en Suiza para intentar sacarlos del país o ir a verles.

Durante su estancia, David le hizo compañía, ambos empezaron a intimar y Rafael pidió al joven que le tutelara. Este le explicó que sus padres se habían retirado al campo, estaban mayores y solo deseaban vivir tranquilos.

Aprovechando esos momentos de confianza, el madrileño también le preguntó a quién vendían las telas argentinas, no recibió una respuesta. El financiero cambió de conversación y le informó que era muy difícil para los empresarios y fabricantes judíos trabajar en Alemania. Para seguir colaborando con *Rafaber*, la compañía había decidido buscarle otros mercados. Bernal respondió que resultaba muy curioso que esos mercados siempre fueran judíos. Todos los inversores que había conocido hablaban esa extraña lengua, imposible de entender. «¿No resulta un poco cínico que te aproveches tú de lo que está ocurriendo?», había comentado Rafael. David contestó que estaban ayudando a otras personas a salir adelante. Él pensó que se beneficiaban demasiado.

En otra ocasión, Moseman sacó de nuevo el tema del zepelín, sabía que al español le gustaba el aparato y eso le hacía olvidar sus preocupaciones. En efecto, estuvo toda una tarde contándole cómo era el dirigible, le habló del helio con el que volaban, del diseño, de dónde iban las cabinas y dónde el puente de mando, de la estabilidad en el aire, del control riguroso de fósforos y encendedores... Nada que no supiera ya todo el mundo por los periódicos. Los alemanes habían

convertido los dirigibles en una enseña de su avanzada tecnología y así se lo vendían al mundo entero. Rafael aseguró que tenían razón, no había visto nada igual ni viajado más cómodamente en su vida.

A través de la Cruz Roja, consiguió noticias de la familia. Estos le informaron que se quedarían en San Sebastián hasta que el Gobierno detuviera a los golpistas, la ciudad no se había levantado con los rebeldes. Matías, nervioso por su novia y por su padre, también permanecía en la ciudad vasca, las carreteras estaban cortadas y no podía regresar a la capital. Sin embargo, a Rafael esas novedades le tranquilizaron. Viajó de vuelta en el dirigible, el recorrido había sido alterado y no paraba en Sevilla.

Llegó a Buenos Aires inquieto por la situación española. Seguía las noticias y, aunque tampoco había muchos detalles, procuraba saber lo que pasaba en cada momento. Comunicarse resultaba complicado, las cartas le llegaban a través de la Cruz Roja. Había temporadas que no recibía ninguna, y otras en las que tenía cuatro juntas. Matías le escribió que San Sebastián había caído en poder de los sublevados y que seguía intentando regresar a Madrid, aunque su interés podía costarle la vida. La madre también había empeorado. A pesar de tener a todos los hijos cerca, le preocupaba el marido.

Rafael, enfrascado en los problemas de sus parientes, se olvidaba de los negocios, solo se ocupaba de la tienda. Rachel tomó todas las riendas de los envíos y de las llegadas de telas. Desde ese momento, los fabricantes sudamericanos y las entregas en *La Argentina* eran también tarea suya.

A final de año, más relajado al conocer que su madre y hermanos se encontraban bien y la ciudad en la que residían estaba en calma, el señor Bernal retomó sus actividades laborales.

En marzo de 1937, Moseman pidió a Rafael que regresara a Zúrich con más muestrarios, nuevos clientes centroeuropeos estaban interesados en el negocio de exportación de telas. El empresario se negó a viajar, no quería más preocupaciones mientras la situación en su país natal fuera tan desoladora. Su esposa se enfadó y David, también. No lo entendía. Se estaba convirtiendo en el mayor exportador textil del país, si seguía ampliando *Rafaber*, tendría que dejar la tienda y dedicarse exclusivamente a las exportaciones e importaciones. Rachel y su amigo eran mucho más ambiciosos que él. Por cierto, ¿dónde metían los de *Reynolds & Co* todas las telas que llegaban a Buenos Aires? En realidad, tampoco le preocupaba demasiado, él participaba en la empresa importadora, cómo distribuyeran los tejidos era un problema de otros, sin embargo ¿dónde las enviaban? Tendría que preguntárselo a Moseman la próxima vez.

Para evitarse más disgustos, Rafael propuso un acuerdo, mandaría muestrarios a Suiza con las novedades, y los fabricantes europeos enviarían los suyos a Buenos Aires, así todos podrían elegir los modelos sin tener que viajar. La respuesta fue de lo más sorprendente. En efecto,



recibiría los muestrarios europeos, pero nadie quería ver los suyos. Se le exigía aumentar los envíos, exactamente con el mismo número de rollos que le llegaran a él. Bernal protestó, si a los vendedores europeos no les importaba ofrecer siempre la misma tela, a él sí. Se negaba a recibir más metros de los diseños anteriores, tenía que comprobar si se habían vendido bien y, hasta que no supiera el grado de aceptación, no volvería a hacer un pedido. David respondió que en los últimos envíos se habían limitado a mandar sedas y satenes en blanco y negro para confección de trajes de noche, así lo había encargado Rachel. La noticia le molestó, cómo se le había ocurrido hacer una cosa así sin consultarle. Él conocía mejor que nadie los gustos de sus clientes.

Iba a hablar seriamente con su esposa respecto al negocio, cuando una nueva noticia le trastornó. En abril, la ciudad de Guernica, localidad cercana al lugar donde se encontraba su familia, fue bombardeada por la aviación alemana causando un gran desastre, la indignación internacional fue enorme. Telefonar a su madre y sus hermanos resultó imposible. Durante semanas no supo nada de ellos, angustiado, se olvidó de su conversación con Rachel.

Por fin recibió noticias, Matías y Prudencio se habían ofrecido a las autoridades para trabajar con ellos. Conocía que San Sebastián estaba en manos de los rebeldes, por tanto las autoridades tenían que ser rebeldes. No entendía nada, ¿su republicano hermano se había pasado al otro bando? Le habría gustado contactar con él para que se lo explicara, pero no lo logró. Por lo menos, se encontraban bien. De su padre, no sabía nada.

No supo qué fue lo que le hizo sospechar, ni por qué tuvo esa sospecha, aunque sí fue consciente del momento en que sucedió. Llegó a casa cansado, su mujer estaba en el despacho mirando los famosos muestrarios que habían llegado con el último pedido y que él todavía no había visto. Rachel tenía un cuentahílos y apoyaba su ojo en él observando una tela con mucho afán. Estaba tan ensimismada que ni siquiera le había oído entrar.

¿Desde cuándo tenía la lupa y por qué se había comprado una? Recordó a Moseman enseñándole la suya, justo en el momento en que, con los muestrarios bajo el brazo, se retiraba a tomar nota de los pedidos. ¿Por qué pensó que hacían lo mismo? No hubiera sabido explicarlo, quizás una intuición, claramente una sospecha. Rachel debió notar su presencia, levantó la cabeza y, al verle parado con la vista fija en ella, sonrió y se acercó para besarle.

—¿Qué hacías? —preguntó intrigado.

—Nada, mirando la trama de la tela como tú me has enseñado, me gusta hacerlo.

El empresario estuvo distraído toda la cena, comentó encontrarse agotado, se quedaría sentado en el sofá leyendo el periódico un rato. Ella se retiró a su habitación y él entró en el despacho, no podía dejar de pensar en la escena de su llegada. Sacó su cuentahílos del bolsillo y empezó a mirar, una a una, las telas. Todo estaba bien, qué buscaba su mujer y qué modelo era el que había llamado su atención. Miró diez, veinte, treinta muestras, iba a abandonar cuando algo le hizo

detenerse.

Una tela tenía una marca, era casi imperceptible, se había levantado uno de los hilos de la trama, sin la lupa jamás lo hubiera descubierto. Buscó más, el muestrario pertenecía a una de las fábricas alemanas, ya no compraban telas de ese país, ¿por qué había enviado David muestrarios alemanes? Comprobó los checos, los austriacos y los polacos, todos estaban bien. Recordó que su mujer había exigido que los muestrarios permanecieran en la casa, ella preguntó para qué los querían los clientes si ya tenían las telas en la tienda.

Convencido de que el hilo que faltaba era una marca, se acostó, aunque no pegó ojo. Por la mañana fue al trabajo, se levantaba siempre antes que Rachel y no quiso despertarla. No comió en casa de los Ramos. Se disculpó, tenía mucha tarea atrasada. Fabián y Ángela conocían la preocupación por su familia y no insistieron, le convenía descansar. Se presentó en su domicilio a mediodía. Al verle llegar tan pronto, Rachel se puso contenta. Él dio la tarde libre a las criadas, su mujer tenía cita en la modista y se la hizo anular. Una vez a solas, y mientras ella le servía un té, le preguntó:

—A qué te dedicas realmente.

—Qué quieres decir —sonrió la esposa.

—La pregunta es muy sencilla, ¿a qué te dedicas?

Pareció extrañada, no sabía qué responder.

—De verdad que no te entiendo —casi suplicó.

—Me habéis tomado por tonto y probablemente lo sea, Richi, pero hasta los más tontos tienen momentos de lucidez. —La esposa permaneció callada, preocupada ante la actitud de su marido—. Llevo toda la noche y toda la mañana dando vueltas a nuestra situación. Si no hubiera sido por la guerra en España no hubiera estado tan ofuscado y me hubiera dado cuenta antes. Ahora sé que me estás utilizando. Lo que no sé es para qué.

—De verdad, Fito, no te entiendo. No sé a qué te refieres, ni de qué hablas. —Respondió inquieta Rachel.

—Sigues haciéndolo, sigues pensando que soy idiota. Vale, pues te diré de qué hablo. Hablo de que me has metido en un negocio millonario relacionado con mi trabajo. Trabajo que nunca te ha interesado, aunque has sabido aparentar todo lo contrario. Jamás has ido a la tienda, ni te has ofrecido a vender un metro de tela o, tan siquiera, a acompañarme y, sin embargo, te ocupas con una diligencia e interés admirable de todo lo relacionado con la llegada y salida de barcos. Una mujer como tú, en el puerto, es lo más chocante del mundo y más aun cuando, por el contrario, la tienda te parece humillante.

—Me gusta ese trabajo y pienso que te ayudo.

—Sí, me ayudas tanto que yo no aparezco por allí. ¿Qué hay en esas telas que no quieres que vea?

—¡Estás loco! No hay nada, ve cuando quieras.

—Lo haré. Ya no volverás a aparecer para recibir los pedidos, ni tampoco para enviarlos.

—¡No puedes hacer eso! —gritó furiosa Rachel.

—Ya nos vamos entendiendo, ¿por qué no puedo hacerlo?

—Pues porque es mi trabajo y me gusta.

—De acuerdo, te gusta y yo seré tu acompañante. No te dejaré sola ni un momento. ¡Ah! Tampoco dejaré que tus «empleados», abran los contenedores, ni toquen las telas que envío, sin estar yo delante.

Se calló, Rachel seguía en silencio, no era capaz de mirarle a la cara, había bajado los ojos y parecía pensar una respuesta.

—Lo he descubierto, querida, tú y Moseman utilizáis las telas para enviar mensajes. Lo que no sé es que tipos de mensajes. He estado toda la noche mirando muestrarios. En todos los muestrarios alemanes hay telas con una marca, la marca consiste en quitar una pequeñísima parte de un hilo sin que apenas se note y, casualmente, las marcas estaban en las telas elegidas, pero no en todas. También hay marcas en los últimos muestrarios enviados, de los que ya no podemos elegir nada. La pregunta es: ¿por qué ibais a marcar las telas elegidas si ya se ha tomado nota por escrito, y por qué solo unas y no todas las seleccionadas? Ahora hay una pregunta más: ¿por qué marcar telas que no se pueden comprar? —Calló esperando su respuesta, el mutismo de ella le hizo continuar—. Al principio, pensé que podía ser casualidad. También pensé que el muestrario hubiera sufrido un accidente y ciertos hilos se hubieran salido. Pero la señal aparece tanto en telas alternas como consecutivas y siempre en diferentes zonas de las muestras, por tanto solo cabía pensar que se habían hecho adrede. Y, si era así, eso tenía un significado. ¿Me equivoco? Dime, Richi, ¿eres una espía y para quién trabajas?

Rachel estaba lívida, su rostro tan blanco parecía haber perdido el maquillaje. Ella le miró con la misma cara de asombro que había puesto al principio de la conversación, aunque no respondió. Tampoco Rafael esperaba una respuesta.

—He estado repasando por qué se enfadó tanto David el año pasado y por qué tú habías mandado la fecha de mi viaje. Sin duda ya había contratado un barco, tenía prisa en enviar lo que fuera y ni siquiera me dejó elegir. Tampoco me dejasteis elegir las últimas telas, ya lo habías hecho tú aprovechando la angustia por mi familia. Sea lo que sea, he caído como un niño. He sido confiado, quería ganar dinero y me habéis utilizado... —calló unos segundos como si estuviera pensando—. Lo que llega venía de Alemania. De sus puertos han estado saliendo todos los pedidos. Lo que yo mando va a Marsella y en camiones sigue a Suiza, solo a ellos les interesa.

Ella asintió.

—Supuse que serían algo más que simples mensajes, mapas, quizás... Estáis espionando a Alemania, lo que me pregunto es por qué espía Suiza. Luego caí en la cuenta de que todos erais judíos, y ya lo tuve claro. Los judíos, temerosos de lo que les están haciendo los nazis, les espían. Sigo sin saber a quién facilitáis vuestra información, ¿a los suizos, a los británicos? Quiero que ahora me lo expliqués.

—Has supuesto bien cómo lo hacemos —Rachel le contestó aún asustada—, aunque te equivocas en lo principal, no sabes qué hacemos. —Calló un rato, mientras él seguía mirándola con desprecio—. Siento contrariarte en tus deducciones, pero no estamos espionando, aunque sí estamos engañando al actual gobierno alemán, es decir, a los nazis.

—Se tomó de nuevo un tiempo antes de seguir—. Estamos sacando oro, joyas y obras de arte de Alemania y las estamos guardando en Suiza. —Calló esperando que su marido dijera algo, este permaneció en silencio—. Sus propietarios nos las confían porque temen que se las confisquen y se las roben. Todos ellos son judíos.

Esperaba que la interrumpiera y le hiciera alguna pregunta, pero Rafael siguió callado esperando su confesión, así que Rachel continuó:

—Cuando hui, no solo huía de un marido maltratador, también huía de un nazi. Un nazi que odiaba a los judíos y que una noche, después de una paliza, me contó los planes que tenían. Pensaban acabar con todos los de mi raza, quitarles sus posesiones y su riquezas, empobrecerlos y convertirlos en esclavos, empezaría con los alemanes, pero seguirían por el imperio que ellos consideraban propio: Austria, Los Sudetes y toda Checoslovaquia, Polonia, Hungría... Cuando llegué a Suiza, se lo conté a los Moseman. En Inglaterra también hablé con políticos y hombres de empresa, amigos de mi padre. Nadie me creyó, pensaban que estaba loca y que solo buscaba vengarme de mi esposo. Fue mi tío Siegfried Ackerman —el que me ayudó a escapar de Múnich—, el único que me dio la razón, sospechaba que todo lo que yo había contado era un plan real. Aunque tuvieron que pasar varios años antes de poder comprobarlo... Hitler fue nombrado canciller y, en 1933, se publicaron las primeras leyes antisemitas, mi tío, que es juez, pensó que esas restricciones eran el principio. Habló con muchas personas, todos le acusaron de cobarde y exagerado. Pensaban que mentía, a ellos nadie les había hecho daño todavía. La situación volvería a la normalidad, solo había que tener paciencia. Mi tío intentó explicar a sus parientes, amigos, compañeros y vecinos judíos que eso no pasaría, debían irse, él mismo decidió abandonar Alemania —calló esperando que Rafael dijera algo, él seguía obcecadamente en silencio, escuchándola—. Reunió todos los objetos de valor, vendió lo que no podían llevarse y un fin de semana, se fue con su familia de excursión a Suiza, a visitar a la abuela. En la frontera, se paraba a los judíos y

se les quitaba sus pertenencias. Ellos no llevaban joyas, ni siquiera relojes, y la ropa era tan vieja que nadie la querría. Los policías de la frontera, furiosos al no encontrarles nada de valor, solo un poco de dinero les hicieron salir del coche y les dijeron que pasaran andando, a la vuelta el automóvil estaría allí y se echaron a reír; lo que no podían imaginar era que el vehículo fuese prestado, pertenecía a otro juez..., de origen ario —ella sonrió, él seguía serio—. Mi tío se quejó por el trato, aunque no mucho, no fueran a detenerle. Un camión que llegaba en ese momento a la frontera se ofreció a llevarles. El camión transportaba los enseres propios de una mudanza, todos sus papeles estaban en regla, su conductor era Moseman hijo con un pasaporte falso. En realidad, llevaba los objetos que mis tíos habían ido escondiendo en una nave abandonada. Desde ese momento, dejaron de tomarme por una chiflada. David empezó a temer a los nazis. No entendía la pasividad de los judíos alemanes ante el peligro que suponían los nazis. Mi ex marido, al enterarse de la huida de mi familia, exigió mi regreso con más ahínco, supuso que yo había hablado y quería hacerme callar, pero también quería mi dinero. Inglaterra quedaba demasiado cerca de Alemania, mi padre pensó que debía cambiar de continente y desaparecer. Así que de nuevo me ayudaron a huir, fue entonces cuando a los Moseman se les ocurrió un plan para impedir que los nazis se hicieran con las posesiones de la comunidad hebrea: crear un banco donde esconder el dinero de los judíos... y yo formaba parte de ese plan. Se pensó que me estableciera en Sudamérica. Y se eligió Argentina por su desarrollo económico. Tenía que organizar un negocio en el que fuera factible la importación y la exportación y del que nadie pudiera sospechar. Al llegar aquí, de nuevo, me encontré con la burocracia. No era fácil conseguir la residencia con mi marido alemán reclamando mi vuelta. Una medida desesperada era casarme con un argentino. Tu trabajo en la tienda de telas te convirtió en la persona adecuada. —De vez en cuando, Rachel titubeaba, pero el silencio de su marido la hacía continuar—. Nuestro encuentro no fue una casualidad. Eras muy difícil de conocer, estabas en la tienda en todo momento, y no siempre atendías al público. Como puedes imaginar, había gente aquí en Buenos Aires ayudándome. No son muchos, y también son judíos, entraron un año antes que yo. —Hizo un alto, Rafael no la interrumpió—. Por eso te pedí que no te enamoraras, sabía que, cuando todo funcionara, debíamos separarnos, nunca imaginé que yo llegaría a amarte y que no podría... Lo siento, de veras, siento que lo hayas descubierto, no porque sepas a qué me dedico, sino porque me hubiera gustado mantenerte al margen, nuestro trabajo es peligroso y arriesgado... Ahora tendrás que decidir si quieres seguir ayudándonos o abandonarnos, en este caso tengo que rogarte que prometas guardar silencio. Créeme si te digo que te lo oculté para protegerte. Hubiera preferido que no lo averiguaras.

—Pues ya lo he hecho y ahora quiero saberlo todo. Empieza contándome cómo sacáis los objetos.

—En el interior del rollo de cartón de las telas, en él se introducen piezas valiosas, oro y joyas en su mayor parte, pero también las telas de cuadros.

Rafael no pudo dejar de mirarla con interés cuando habló de cuadros.

—Así que por eso querían telas envueltas en rollos... —susurró.

—Todos los objetos llegan empaquetados con el nombre de su propietario. Yo hago un inventario de lo que llega aquí. En Suiza, «el cajero del banco» controla lo que recibe. Y todos enviamos nuestras anotaciones «al equipo directivo» que reside en Londres, ellos cotejan esas anotaciones: las mías, las del «cajero» y las de David que es el encargado de sacar las joyas de Europa. Y si no coinciden las tres, se busca dónde está el error, pero eso no ha pasado. En las anotaciones ponemos los objetos que han llegado y el nombre de sus dueños.

—Y dónde se guarda ese tesoro.

—En un lugar seguro que pocas personas conocen, es un banco sin nombre y sin sede social. Solo la persona que hace la recepción final, al que llamamos «cajero», sabe su emplazamiento. A los que utilizan este «banco» se les cobra unos intereses, con ellos pagamos toda la organización, incluido tú.

—Pero la gente que os da sus posesiones también sabe lo que hacéis.

—No. Lo desconocen. Ellos entregan sus objetos en su ciudad de origen a banqueros reales, por supuesto, judíos; estos les dan un recibo y una copia. El propietario debe enviar la copia a un apartado postal de Zúrich, es lo único que saben, tampoco preguntan, es mejor así. Del apartado postal se ocupa David que coteja esas copias con las anotaciones llegadas desde las fábricas textiles. Incluso «los banqueros» desconocen la estructura organizativa, se limitan a dejar la mercancía recibida en las fábricas de telas. Todos piensan que esas riquezas se bajan en puertos europeos: Marsella, Génova, Lisboa, Inglaterra, Irlanda, Suecia... y de ahí viajan a Suiza. Ninguno puede imaginar que esos objetos lleguen hasta Argentina para ser enviados otra vez a Europa. Ellos creen que *Rafaber* es la tapadera para conseguir transporte. Ni siquiera sospechan que tú y yo nos conozcamos, menos aún que estemos casados. Tampoco los hombres que me ayudan saben lo que hago realmente.

—¿Y si los dueños quieren recuperar sus objetos?

—Pueden hacerlo, desde luego, pero esa información no la sé. Ten en cuenta que solo muy pocas personas conocen todo el funcionamiento de la organización. Y es mejor así para lograr el secreto. Todos correríamos peligro si los nazis nos descubrieran.

—Lo sé. ¿Y ahora qué va a pasar conmigo?

—Eso tienes que decidirlo tú, si quieres seguir con nosotros o quieres dejarlo. Tuvimos en cuenta la posibilidad de que averiguaras lo que hacemos, y estoy encargada de preguntarte qué quieres por tu silencio. Por supuesto, ahora que lo sabes, estamos obligados a confiar en ti.

—¿Y con quién iba a hablar? No creo que nadie me creyera.

—En la embajada alemana se pondrían muy contentos con esta información.

—¿Ah, sí? Y cómo sabes, entonces, que no os delataré.

—Lo sé, Fito. Quizás dejes de ayudarnos, pero sé que nunca nos delatarías. De todas formas, si lo hicieras, interrumpiríamos las «salidas bancarias», y no podrías darles más información porque no la tienes. No conoces a nadie, salvo a mí, que no pueden detenerme en Argentina, o a Moseman al que tampoco pueden detener en Suiza. Incluso, si nos secuestraran para hacernos hablar, desconocemos dónde se guarda el dinero y quién se ocupa de recogerlo, ni siquiera nos han facilitado los nombres del equipo directivo, y, si dejáramos un día de comunicarnos con estos, los envíos serían anulados. Solo sabes con qué fábricas trabajas y eso no es un secreto, está en los contratos... — Esperó la respuesta de él, que siguió en silencio—. Supongo que no es necesario recordarte que nadie más debe conocer nuestro trabajo, ni Fabián, ni Domingo, ni tu hermano...

—Ellos no me creerían y yo jamás te pondré en peligro.

—Lo sé... No me mires así, sé lo que piensas. Aunque ahora no lo creas, ¡te amo! Desde luego, no al principio. Entonces tú tampoco me querías. ¡No lo digo para que sigas ayudándome! —añadió suplicando—, por favor, créeme. Ya conoces el motivo por el que no deseaba que te enamorasas de mí. Te engañé para que me ayudaras. Pero no te engaño sobre mis sentimientos.

Rachel esperaba que él la hubiera interrumpido, abrazándola o admitiendo su amor, no fue así. Permaneció impasible, enfadado y conteniendo la ira, le conocía, se controlaba para no decir algo irremediable. Ella continuó:

—No hacemos nada malo, Fito, nos defendemos. Tú ya sabes lo que les ocurre a los judíos en Alemania. Y los nazis solo acaban de comenzar, dejar ese dinero al alcance de su mano es un riesgo que no debemos correr. Les he conocido cuando aún no eran nadie y les he escuchado planear cómo dirigir el mundo. Ahora son los judíos, pero no pararán hasta acabar con todos aquellos que les molesten. Entiéndelo, estamos en peligro. Mira cómo están participando en matar a tus compatriotas.

—También lo hace Stalin y yo no ayudo a los rusos blancos.

Salió de la casa dando un portazo y dejó a su mujer confusa. Parecía enfadado y estaba enfadado, incluso, deseaba seguir enfadado. Se sentía como una marioneta. Le habían utilizado sin pedirle

permiso. Ella le había engañado y descubrirlo le enfurecía. Por si fuera poco, se atrevía a hablarle de amor. ¡Qué osadía! Deseaba decirle que se buscaran otro estúpido al que engañar, ¿no se daba cuenta de que, mientras su familia lo pasaba mal en un país en guerra, le había hecho jugar a los espías? Sin embargo, no podía dejar de admirarla, se comportaba con una valentía increíble, había superado el miedo a un asesino y se había convertido en una mujer capaz de enfrentarse al gobierno alemán. Rafael era un manojo de contradicciones. Deseaba seguir ayudando, la amaba a pesar de cómo le había mentido, pero no podía perdonarle el terrible engaño. Por otro lado, debía reconocer que le estaban haciendo rico.



## *Capítulo XIX*

1937

Después de la confesión de Richi, Rafael estuvo paseando durante horas, repasaba en su memoria los momentos en los ella que le había manejado a su antojo. Recordó cómo la había conocido, sin duda, había estropeado su propio coche. Cómo le había perseguido, tenía que haberse dado cuenta. Cómo le rogó que se casara con ella, acabó ayudándola. Cómo le convenció para comprar la tienda y cómo le había enviado a Europa a bordo del dirigible. Reconoció que había sido muy lista y él un idiota.

Regresó a su domicilio de madrugada, disgustado. La quería, la deseaba y también la aborrecía. Entró en la habitación, estaba dormida. Se desnudó y se metió en la cama a su lado. La agarró de las muñecas con fuerza y le levantó los brazos por encima de la cabeza. Ella se sobresaltó. Notó qué débil parecía entre sus manos. La esposa le miró interrogante, no habló. Él la sujetó con una mano y con la otra le arrancó su elegante camión, rompiéndolo, la vio encoger las piernas en ademán de taparse. Por primera vez se fijó en la cicatriz que le recorría el vientre y que ella procuraba esconder. Seguía intentando zafarse. Se lo impidió. Le abrió las piernas con las suyas y la penetró con fuerza. Se sintió su dueño, Colette se lo había dicho, «os gusta sentirnos poderosos». Richi habría sido más lista, pero él era más fuerte.

Al finalizar, la esposa le abrazó y en voz baja preguntó: «¿Significa que me has perdonado?». Rafael se dio media vuelta y no contestó. Al rato estaba dormido profundamente. Por la mañana se despertó temprano. En contra de su costumbre, ella también se levantó cuando le sintió salir de la cama, cariñosa, desayunó con él. No hablaron. Le acompañó a la puerta, esperando un beso de despedida. En ese instante, el marido, sin acercarse, dijo irritado: «Seguiré con el negocio, pero el precio será otro, ¡ah! yo impondré mis condiciones respecto a los viajes». No pudo contestarle, había cerrado la puerta, aún seguía enfadado. Por el contrario, Rachel parecía muy contenta.

Por las noches, la poseía furioso, agresivo; ella respondía sumisa. Desde que había descubierto a qué se dedicaba, tenía un esposo distinto, uno que tomaba la iniciativa en el sexo y la llevaba hasta el delirio. Pero, también, había desaparecido el hombre amable y divertido que hablaba eufórico sobre la tienda y con afecto de su familia y amigos. Además, dejó de complacerla acompañándola a fiestas y espectáculos. Aunque seguían manteniendo las reuniones dominicales con sus íntimos, apenas disfrutaban de vida social. Los amigos lo achacaron a la preocupación de Rafael por la guerra española, era lógico que se mostraran menos frívolos. Soledad y Domingo

habían sido otra vez padres y tampoco tenían tiempo para diversiones.

A Rachel la transformación de él en el trato cotidiano le dolía, como le dolía que hubiera puesto precio a su silencio. Cuando se enteró dónde debía ir el dinero, le perdonó. Bernal había exigido un pago en marcos para su familia.

El empresario dejó de viajar. Le llegaban muestrarios que él miraba y elegía, seguían con las extrañas marcas y supuso que en esas telas iban las joyas. En una ocasión, preguntó a Rachel que hacían con las telas que enviaban a Europa. Esta le respondió:

—Querido, envías unos algodones no tan buenos como los pueden fabricar allí y tampoco los estampados son de calidad. A cambio recibes las mejores sedas, tafetanes, rasos, terciopelos... Qué más te da.

—Pero qué hacen. —Exigió.

—En una fábrica de confección compraron telas para realizar babis infantiles. La mayoría se vende en mercadillos ambulantes en los pueblos pequeños.

—Me lo imaginaba y dónde van todas las que llegan aquí y yo no quiero —preguntó.

—Necesitamos hacer esos envíos. No le des más vueltas.

En efecto, por qué molestarse en conocer el destino de las telas, si se enriquecía. Al cabo de un tiempo, Rafael fue olvidando su enfado y recobraron su intimidad coloquial, quería demasiado a su esposa.

En marzo de 1938, Alemania se anexionó Austria. Rachel dijo que ya había comenzado todo y pidió a su marido que fuera a Suiza, las fábricas austríacas pronto dejarían de hacer envíos cuando les aplicaran las leyes antisemitas alemanas. Él se negó. Al fin y al cabo, eso no era una guerra, Austria había recibido al ejército alemán como a héroes. No pensaba exponerse a un viaje cuando su familia vivía una contienda real y permanecía lejos de su ciudad.

A mediados de año le comunicaron una terrible noticia. Matías había fallecido y no se sabía nada acerca del padre. Su madre había empeorado. Rafael envió dinero para que buscaran al mejor especialista.

Como había predicho Rachel, las telas austríacas dejaron de llegar. Un mensaje la alertó, no era de Moseman. En él, un tal Heinrich Peckel, le decía que ya «no podían realizar más ingresos en el banco» y aconsejaba buscar una manera de sacar a las personas.

En abril de 1939 finalizó la guerra española. Rafael recibió varias cartas de su familia que le explicaban cómo se encontraban. Habían regresado a Madrid sin problemas, la madre permanecía estable. Encontraron el domicilio en buenas condiciones, no le habían afectado las bombas, ni los disparos, aunque faltaban muebles y todo parecía muy estropeado. La señora Encarna, ya mayor, aún seguía en su trabajo.

La portera les contó lo que había sucedido con el padre. Aseguró que, al día siguiente de irse la familia a San Sebastián, se habían instalado en el domicilio «La Eulalia y La Filo *p'atender al señor*, me dijeron que como ustedes *s'habían llevao* a las criadas y *l'habían dejao* solo, él las había *llamao*». La mujer les explicó que, tras la sublevación, don Mateo no cambió su rutina diaria, siguió con su trabajo en el Ayuntamiento, aunque «La Eulalia parecía la dueña de *to* y La Filo la trataba como si fuera la señora». Un domingo del mes de septiembre se presentaron unos hombres, afirmaron pertenecer al Comité Provincial de Investigación Pública, iban a hablar con el señor Bernal. Ella les informó cuál era la vivienda, aunque tenían pinta de delincuentes y no de ciudadanos de orden. Desde el patio les oyó registrar, tiraban muebles y objetos al suelo, y también les oyó gritar «fascista potentado y estafador de las clases obreras», supuso que se lo decían al dueño del piso. Le sacaron esposado y le metieron en un camión, les oyó decir que se dirigían a la checa de Fomento. No volvió a ver a don Mateo. Unos aseguraban que había muerto en el incendio de la Cárcel Modelo, otros que le habían dado el paseíllo. Eulalia fue arrestada con él, regresó a los pocos días, recogió sus cosas y desapareció junto con Filo, no supo más de ellas. La madre, a pesar de haber sido humillada por su marido durante muchos años, no pudo evitar sentirse afectada por la noticia. Permanecía en la cama sin poder moverse.

Prudencio, que había pasado los tres años de guerra en Madrid, corroboró la información. Sabía que don Mateo había muerto, no logró averiguar cómo, tampoco se atrevió a exigir explicaciones, en Fomento había «gente terrible», y pensó que era mejor no exponerse. Su cuñado y amigo de la infancia fue el que le escribió para tranquilizarle. También le escribió que Santiago y Matías, tras los primeros meses de desconcierto, decidieron unirse a las filas nacionales. El primero, al identificarse como aparejador, fue destinado a servicios civiles, se dedicó a enseñar a destruir puentes o construir carreteras. Su «carrera militar» le había conseguido muy buenos contactos, gracias a estos, había recuperado su trabajo en el Ayuntamiento madrileño, aunque no sabía exactamente el puesto que desempeñaba, aseguró que era un «jefazo». Y, como tal, había solicitado una pensión para doña Amelia por su marido y otra por su hijo. Todavía no habían contestado a la solicitud, pero, ya sabían que le sería concedida, incluso, la cantidad establecida. La madre no tendría que preocuparse de su situación económica, iba a poder mantenerse mejor que «durante los últimos años de casada». Rafael entendió perfectamente el comentario.

De Matías contó que también se había ofrecido a las autoridades nacionales. Por su profesión, le pusieron a trabajar junto a otros juristas. Se redactaban nuevas leyes y se buscaba legitimidad. Sin embargo, él deseaba ir al frente y expresó, en multitud de ocasiones, su deseo de liberar Madrid. Insistió tanto que, al final, le enviaron como teniente. Desde su nuevo puesto, logró pasar un mensaje a Prudencio, quería que buscara a Maruja, no sabía nada de su novia y estaba desesperado, también le pedía que localizara a don Mateo. El cuñado le comunicó el fallecimiento del padre y la imposibilidad de encontrar a su prometida. Mucha gente había huido o lo había

intentado, podía estar en cualquier lugar. Los compañeros de Matías contaron a Prudencio que el teniente pareció volverse loco al recibir la noticia. La noche que murió estaba de servicio en La Ciudad Universitaria, se dijo que fue una bala perdida. Tampoco quedó muy claro. En su billetero encontraron una carta dirigida a Rafael. Prudencio aseguraba que le llegaría unos días más tarde, aunque con seguridad no la entendería muy bien, gran parte del mensaje estaba tachado. Las autoridades explicaron que había información peligrosa. «Yo creo que intentó cambiar de bando para encontrar a Maruja», finalizaba Prudencio, «si lo sospecho, se debe a las insinuaciones de Santiago y a lo que me contaron sus compañeros. Salió de la trinchera, aprovechando la oscuridad y sin que nadie le viera, se arrastró sigilosamente hasta llegar cerca del enemigo. Estos le descubrieron, él levantó las manos y gritó que era republicano, se oyeron unos disparos y cayó muerto. Sus subordinados aseguraron que lo dijo para salvarse. Ya nunca lo sabremos». Añadía que Santiago había tenido muchos problemas intentando que se reconociera a Matías «muerto por la patria».

Unos días más tarde recibió el mensaje del hermano, al abrirlo, se le saltaron las lágrimas, en la mayoría de los renglones había algo censurado, los tachones eran tan profundos que incluso tapaban lo escrito por el otro lado. Pudo entender algunas cosas. Se dirigía a Rafa, siempre le había llamado así, y comenzaba afirmando que iba a hacer algo muy arriesgado pero, antes, había sentido la necesidad de escribirle. Lo siguiente estaba borrado. Luego, hablaba de su infancia, «de tus ojos mirándome con inocencia y admiración». Solo le había vuelto a mirar así otra persona, Maruja. Confesaba el amor por ella y el deseo que le despertaba. Se lamentaba de no haberse casado antes. Reconocía que tenía miedo de los años que la llevaba, «cuando yo cumpla cincuenta, ella tendrá treinta y cuatro; yo estaré cansado y mi mujer se encontrará en la mejor década», sin embargo quería correr ese riesgo. Aseguraba que, gracias al amor que sentía, había acabado por entender al padre y su pasión por Eulalia. Sabía que estaba muerto porque... De nuevo, todo estaba tachado. Si no hubiera sido así, le hubiera gustado hablar con él, como hombre, no como padre e hijo, y haberle pedido perdón, aunque no le gustaba la criada, creía que el amor del progenitor era noble y sincero. Añadía: «Nunca entenderé cómo hemos llegado...», lo que seguía estaba borrado. Si él y Maruja se hubieran casado, se habrían ido a Argentina y «no participaría...» más tachaduras. «Fuiste un valiente, huiste de la violencia y edificaste una vida nueva. Todos deberíamos haber aprendido de ti...». Tachado. Le pedía que no engañase a su mujer, era una buena persona, explicaba que, en las Navidades de 1934, Rachel les envió dinero, suplicando que nunca se lo contaran a Rafael ya que él se ofendía cada vez que le ofrecía ayuda económica, les rogaba que lo aceptaran de regalo de Reyes, «¿cómo voy a consentir que las personas que quiero lo pasen mal si a mí me sobra?», había escrito. «No quería que te enterases y ahora yo faltó a mi palabra con la intención de que conozcas cuánto nos ayudó, yo no lo he olvidado, ni sintiendo la muerte tan cerca». El resto estaba tachado hasta sus últimas palabras: «Si

muerdo y te encuentras alguna vez con Maruja, díla cuánto la he querido».

Rafael buscaba la manera de conseguir entrar en España cuando Hitler, después de haberse anexionado los Sudetes, proclamó Checoslovaquia protectorado alemán. En septiembre de ese mismo año los alemanes invadieron Polonia. Rachel aseguró que los judíos de ambos países estaban desapareciendo, no sabían dónde les llevaban. Pronto dejarían de recibir envíos. Su marido preguntó cómo se había enterado. Moseman lo había transmitido en un mensaje. Los polacos pedían apoyo. Uno de los «banqueros» había enviado la petición.

La esposa le rogó que fuera a Zúrich a reunirse con David, necesitaban a alguien que les ayudara y era la persona más indicada para viajar a las zonas ocupadas ya que Argentina se había declarado neutral en el conflicto. El empresario, dispuesto a colaborar, no organizó el viaje hasta conseguir un visado para España, su pasaporte de la República había sido anulado.

Poco antes de emprender el trayecto, le llamaron de una fábrica textil alemana con la que había colaborado. El nuevo director, que se presentó como miembro del partido nazi, le proponía reanudar las relaciones comerciales. Por supuesto, debían hablar sobre los precios. Para no despertar sospechas, Rafael se mostró interesado. Sin embargo, cuando se enteró de las nuevas tarifas, se escandalizó. El alemán respondió que podían hablarlo con detenimiento y le invitaban a su país para llegar a un acuerdo. Rachel lo consultó con Moseman, este sugirió que, por el momento, declinara la invitación, aunque le proponía encargarse de algunos tejidos para permanecer en contacto con Alemania.

Rafael llegó a Madrid a finales de enero de 1940. Su madre estaba sin fuerzas. Se pasaba el día adormilada y apenas comía. A pesar de ello, le reconoció nada más abrir los ojos y contemplarle sentado junto a su cama, observándola con preocupación. Amelia le sonrió y le extendió la mano para que la pusiera entre las de suyas. Puri, en su condición de cuidadora, exigió que la dejara descansar, ya la había visto. La enferma llamó la atención a la hija y le pidió que les dejara solos, quería hablar con Rafa. Al principio fueron banalidades, cómo estaba, qué tal se encontraba Rachel, los Ramos y Domingo, cómo iba la tienda... Él contestaba a cada una de las preguntas con muchas explicaciones para dejarla descansar. La anciana se quedaba agotada y sin fuerzas después de cualquier frase, no podía mantener los ojos abiertos, aunque sus sonrisas denotaban que le escuchaba. Sintió la mano de su madre apretando la suya, con voz entrecortada la oyó decir que debía contarle un secreto. Matías se lo había confiado buscando su bendición, ella se la había dado. Rafael le pidió que descansara, pero Amelia insistió, le quedaba poco tiempo y había esperado al hijo pequeño solo para revelar el secreto del mayor.

Este había confesado odiar la guerra y a los que la habían provocado, acabando con sus sueños y los de millones de españoles. No entendía la locura en la que estaban inmersos, pero tampoco

podía permanecer quieto. Se había propuesto engañar a los nacionales fingiendo ser uno de ellos hasta conseguir que le dejaran ir al frente de Madrid. Cuando lo lograra, se pasaría al otro bando y también les engañaría para encontrar a Maruja. Luego, ambos se refugiarían en la embajada argentina, donde pensaba pedir asilo y, con la ayuda de su hermano, emigrar. No quería vivir en un país donde la gente se odiaba tanto como para matarse sin remordimientos. A doña Amelia le costó mucho esfuerzo hablar, además deseaba explicarle cómo amaba Matías a su novia. Rafael no la permitió continuar, ya lo sabía, afirmó. Ella volvió a quedarse dormida y Puri le regañó, su madre necesitaba descansar.

Los días que estuvo en Madrid paseó por la ciudad de su niñez, la que tanto añoraba en la distancia. La descubrió gris, triste, sombría, hambrienta. En la calle de Alcalá, cerca del Círculo de Bellas Artes, los alemanes habían colocado enormes altavoces desde donde gritaban sus victorias, le fastidió observar que siempre había personas escuchando los partes de guerra. Se acercó a la pastelería *Embajadores*, el señor Bonifacio seguía en su puesto. Comprobó que Lavapiés había sido casi arrasado, vio los desastres del enfrentamiento por todas partes, en la fachada de la iglesia de San Cayetano, en las casas bombardeadas y en las ruinas de las Escuelas Pías. Solo encontró destrucción y miseria. Ni siquiera la antiguamente alegre Puerta del Sol se salvaba del pesimismo. Contempló la desolación en el paseo de la Castellana, ya no era la avenida más bonita de Europa, los elegantes palacios con sus criados de vistosas y coloristas libreas habían desaparecido, como la felicidad de su infancia. Lamentó la pérdida de la belleza y la alegría de su ciudad. Se despidió de su madre para siempre y de Madrid con melancolía. No pudo encontrar a Maruja ni a su familia.

Al día siguiente de su llegada a Zúrich, le entregaron un telegrama con la notificación del fallecimiento de doña Amelia. Aunque esperaba la noticia, el dolor fue enorme, acababa de perder la unión con el país donde había nacido. Durante años había tenido dos pasaportes, de momento, no pensaba solicitar el español. Por primera vez se sentía únicamente argentino y por primera vez pensaba que su familia la formaban su esposa, a la que tanto amaba, y las personas que se habían convertido en sus nuevos padres y hermano.

Europa estaba en guerra y Rafael no quería permanecer mucho tiempo en un continente con el que ya no tenía vínculos. Moseman le dio un encargo que le hizo olvidar esa intención. Tenía que viajar a Polonia, le había conseguido todos los permisos y pases.

Le explicó que, cuando a los judíos alemanes les arrebataron sus fábricas, la organización se puso en contacto con las comunidades hebreas de los países cercanos. Era lógico pensar que, si los nazis los invadían, también les quitarían sus propiedades y, por supuesto, les aplicarían las mismas leyes antisemitas. Ya había ocurrido. Habían perdido el contacto con los «banqueros» y fabricantes austriacos y checoslovacos, aunque les había llegado la noticia de que en Praga grupos

de resistentes luchaban contra los alemanes.

Sin embargo, con Varsovia, aún seguían abiertas las comunicaciones. Los polacos habían solicitado ayuda. En esa ciudad, la población judía estaba organizándose y muchos deseaban irse, también había jóvenes dispuestos a luchar uniéndose al ejército e, incluso, ayudando a otros a escapar. Querían que el dinero entregado al «banco» se utilizara para sufragar esas huidas. «¿Y qué puedo hacer yo?», preguntó Rafael. «Visitar al dueño de la fábrica que te vendía las telas». «Pero si ni siquiera sé quién es», fue su respuesta. David le contó el plan. Le enseñó una fotografía del individuo y le dio información sobre él. «Ambos diréis que os conocisteis en la sede de *Reynolds & Co*». Debía presentarse en la ciudad con la intención de recuperar las relaciones comerciales y preocupado por haber dejado de recibir tejidos europeos.

—En realidad, tienes que entablar negociaciones con el hombre al que los nazis hayan entregado la fábrica. Pero como no le conoces, visitarás primero al que tú crees que se sigue ocupando de la empresa... Queremos mantener las exportaciones. Necesitamos contratar barcos, ¿lo entiendes, Rafael? Ahora nos vamos a ocupar de seres humanos. Hay que hacer un gran pedido, nosotros nos ocuparemos de los pagos y tú de comprar muchas telas con destino a Sudamérica —casi rogó David—. ¡Ah! Y también debes traerte sus muestrarios.

Moseman aseguró que, al no ser judío, no corría tanto riesgo. Además, su conocimiento del idioma le hacía perfecto para el trabajo. Luego le notificó que *Rafaber* acababa de encargarse de encargarse de tejidos al fabricante alemán que le había escrito, «todos los barcos son útiles», afirmó muy serio. La organización pagaría los costes, los beneficios que obtuviera de la venta en su tienda eran suyos.

Rafael hizo trasbordo en Viena. No parecía un país invadido, salvo por la mucha gente uniformada que se veía en la estación. La diferencia estaba en la cantidad de veces que le revisaron su pasaporte. Tuvo un control del ejército alemán en la estación austriaca, le abrieron su pequeño maletín de viaje y le sacaron toda la ropa que no era mucha. Le preguntaron más de una docena de veces el motivo de su viaje a Varsovia, les extrañaba su interés en comprar telas. Cuando subió al tren, tuvo la sensación de que todos los servicios germanos de espionaje estaban investigando su vida.

Atravesó Checoslovaquia y, al entrar en Polonia, les obligaron a cerrar las cortinillas de las ventanas del tren, los revisores fueron por los vagones acompañados de un soldado comprobando que nadie miraba a través de los cristales. Antes de que eso ocurriera él había visto una señal de cruce, debajo apenas pudo leer *Ausch...* Mientras duró la orden se fue al bar y pidió una copa, los viajeros eran alemanes, probablemente sería el único no europeo en el convoy.

Entró en Varsovia al atardecer. Descubrió los efectos de la guerra de inmediato. Los edificios destruidos por las bombas llamaron su atención, también se fijó en la gran cantidad de personas,

de todas condiciones y edades, que llevaban un brazalete blanco con un estrella. Llegó al hotel, se identificó. Mientras esperaba a que le dieran la llave, observó que estaba lleno de oficiales alemanes. Subió a su habitación, se lavó y se tumbó un rato.

Ya descansado y limpio, bajó al bar, pidió algo de comer y el camarero le atendió con tal simpatía que, por fin, se atrevió a charlar, explicó al joven que era un argentino en viaje de negocios. Este se extrañó al conocer su procedencia, debía ser el único americano en la ciudad, comentó curioso, Rafael contestó que los precios polacos eran muy competitivos, por no decir baratos. Y, a continuación, preguntó por qué llevaba tanta gente brazaletes, si era una manera de indicar el luto. El otro tardó en contestar mientras el argentino le miraba sonriente, al final dijo: «Judíos». ¿Les obligan a ir marcados como reses?, volvió a preguntar. El camarero le miró suspicaz. Notó que se había equivocado y se echó a reír, el chico se relajó e hizo lo mismo.

Por la mañana, muy temprano, pidió un coche. Durante el trayecto pensó que las ciudades centroeuropeas se parecían mucho entre sí, pero nada a España. Admiró los elegantes edificios y la belleza de las fachadas de los que aún permanecían en pie. El conductor le dejó en un hotelito con un pequeño y cuidado jardín delantero rodeado de una verja con una puerta en el centro. La mitad del edificio estaba destruido, preguntó al chófer si esa era la dirección correcta, el otro, un hombre de aspecto serio y trato desagradable, afirmó con un movimiento de cabeza. Le rogó que le esperara. El sujeto contestó con una cantidad, era lo que pensaba cobrarle. Aceptó, no tenía más remedio. Junto a la verja vio un timbre, tocó y esperó un rato, oyó ruidos. Al momento, alguien salió de la casa, un criado, al que preguntó por el fabricante de telas Abraham Rodianinski, sin decir palabra, el hombre le abrió y le acompañó al interior. Rafael pensó que no eran muy simpáticos los habitantes de la ciudad.

La casa resultó distinguida y muy agradable por dentro, no parecía que una parte del edificio estuviera destrozado. El criado le pidió el sombrero y el abrigo que dejó sobre un canapé, luego, le acompañó a un bonito salón, decorado con muebles antiguos y tapicerías de seda. Poco después apareció un caballero de bastante edad, había perdido el pelo y lucía unos pocos cabellos blancos a los lados de la cabeza. Le reconoció, era el de la fotografía que le había enseñado David. «Rafael Bernal Torres, socio de *Rafaber*, me envía David Moseman de *Reynolds & Co*», se presentó. El señor Rodianinski le miró asombrado. «¿El empresario argentino?», preguntó. El otro asintió y el polaco añadió que desconocía su pertenencia a la organización, aseguró estar convencido de que «era gentil».

—Y lo soy —contestó Rafael con una sonrisa—, tampoco pertenezco a la organización.

Es muy largo de explicar, así que, en pocas palabras, no tenían a nadie mejor.

El hombre le agradeció su presencia, tenían que trabajar deprisa, no sabía cuándo le echarían de su domicilio, seguía en él porque a los judíos les estaba prohibido cambiar de residencia y porque la casa había sido bombardeada. «Si estuviera en pie, ya la habrían requisado», aseguró con



tristeza. Le explicó que había dos tendencias entre la comunidad judía, los que creían que debían permanecer en su hogar y aceptar las decisiones de los invasores, demostrando que eran pacíficos; y los que proponían enfrentarse al ejército alemán y sacar a los judíos de los territorios ocupados. La comunidad semita había dejado libertad de decisión a sus miembros, mientras tanto, organizaban un plan de escape para aquellos que desearan huir a países no ocupados. Las telas eran de nuevo las protagonistas del plan. Rafael se asustó, ¿no pretenderían enrollar a las personas? El hombre sonrió, solo utilizarían los mismos camiones y barcos para llevar a Suecia a los que huyeran.

Rodianinski confirmó que ya no era el dueño de la fábrica. Se la había quedado el representante municipal de la localidad donde estaba emplazada. Le conocía bien, de origen alemán, mostraba una clara simpatía hacia los nazis y la invasión, pero nunca se había declarado antisemita, al contrario, siempre le había mostrado respeto. También era muy ambicioso, si hacía un gran pedido, buscaría la ayuda de sus compatriotas. Explicó a Rafael que necesitaban muchos camiones y varios barcos. El argentino prometió encargar grandes cantidades de telas. Por último, le pidió que consiguiera muestrarios para llevárselos a Argentina con la excusa de que, desde allí, seguiría pidiendo tejidos. Debía actuar sin demora, los primeros buques saldrían en diez días.

A la mañana siguiente, Rafael visitó la fábrica situada en las afueras de una pequeña población. Le llevó el mismo conductor del día anterior. No hablaron durante todo el camino. Avisado por el señor Rodianinski, el director le estaba esperando. Se mostró tan emocionado con la posibilidad de poder exportar sus telas que le enseñó la fábrica y le invitó a comer con su familia. Cuando Rafael realizó el pedido, el hombre empezó a sudar, nunca había imaginado poder realizar un negocio tan productivo. Respecto a los precios, no fue capaz de subirlos, al saber las cantidades, quedó fijado en la misma tarifa.

A su regreso a Varsovia, Bernal ordenó al conductor que le llevara a la misma dirección del día anterior y le esperara. Tuvo una nueva reunión con Abraham Rodianinski. Este le pidió los muestrarios y se los entregó al criado, el hombre salió de la habitación con ellos. Mientras tanto, el polaco contó que uno de los «banqueros» había sido detenido por la Gestapo, era uno de los más ricos de la comunidad judía. Nadie sabía dónde le tenían encerrado. Le aconsejó que se fuera a Suiza lo antes posible, aunque el detenido desconociera la colaboración de Rafael, existía el riesgo de que hablara sobre cómo habían sacado dinero del país. Estuvieron conversando todavía un buen rato antes. Se pusieron de acuerdo en qué decir si les interrogaban sobre sus encuentros. El criado, al devolverle los muestrarios, le avisó, habían cambiado las referencias de las telas encargadas, debía hacer lo mismo en la nota de pedido. En el camino, el conductor habló por primera vez: «Siempre hay gente que se beneficia de las guerras y de los que lo han perdido todo», aseguró en tono despreciativo. Rafael tuvo ganas de pararle los pies y decirle lo que hacía. Se contuvo, solo respondió: «Tenía negocios antes de que empezara la guerra con el hombre que

acabo de entrevistarme, a él no parece importarle que siga mis negocios con su sustituto, por eso me dio la dirección y le habló de mí. Y por eso, yo acabo de darle las gracias». Al llegar al hotel y pagarle, añadió: «Por cierto, yo no he empezado esta guerra ni participo en ella, acabo de dar trabajo a sus compatriotas y... a usted». En el hotel, revisó los muestrarios. Por la mañana pidió un coche que le llevara a la estación, exigió que no fuera el mismo conductor de días anteriores.

Llegó a Viena sin problemas. Se encontraba esperando el tren a Zúrich cuando una pareja de soldados alemanes le ordenó que les acompañara, Rafael preguntó dónde, no le respondieron, le empujaron con malos modos. Se asustó, le subieron a un coche, le quitaron su maletín y le llevaron a un magnífico edificio, convertido en oficinas. Multitud de mujeres y hombres se cruzaban por los pasillos, todos aparentemente muy ocupados y con prisa. Le introdujeron en una habitación que daba a un patio y tenía una reja, un soldado permaneció delante de la puerta. Se iba poniendo nervioso por momentos.

Al rato, entraron un hombre de uniforme y dos civiles, no se presentaron. Rafael preguntó por qué estaba retenido. Le dijeron que no era así, entonces, por qué le habían sacado de la estación, volvió a interesarse. Querían saber el motivo de su viaje. Pareció relajarse, se dedicaba a la compra de telas. Y por qué comprar en una zona con menos industrialización que Alemania. Rafael les explicó que ya había mantenido relaciones con la misma fábrica anteriormente y de manera satisfactoria, también compraba a empresas alemanes, lo hacía desde 1935. «Y siempre busco los mejores precios», acabó su discurso. «Nunca encontrará la calidad de nuestros productos en otros lugares», dijo el militar y los tres se echaron a reír.

—Y por qué fue usted a hablar con Abraham Rodianinski. —Le preguntó el mismo a bocajarro, intentando desconcertarle.

—Fui a su casa para saber el motivo por el que había dejado de mandarme telas, quería reanudar nuestra relación comercial. —Les miró esperando que le preguntaran algo más, como no lo hicieron continuó—. Llegué a Europa hace un mes, vine a ver a mi madre que estaba gravemente enferma y que ha fallecido —esperó que los otros le dieran el pésame, permanecieron impasibles—. Me acerqué a Zúrich porque trabajo con una sociedad establecida en dicha ciudad, no me llegaban los tejidos de los fabricantes europeos y quería conocer la causa. No pudieron explicármelo, habían perdido el contacto con todas las fábricas. Pensé que ya que estaba aquí, debía aprovechar el viaje y averiguar cómo restablecer mi negocio. Solo conseguí permiso para viajar a Varsovia, así que pensé que el señor Rodianinski podría ayudarme. Le conocí en Zúrich en el 36 y, desde entonces, hemos mantenido buenas relaciones.

—Rodianinski no está capacitado para llevar una fábrica, ni para trabajar en ella.

—Sí, ya me di cuenta, tuvo la amabilidad de explicármelo y darme el nombre del nuevo

director. Me he entrevistado con él y hemos retomado las relaciones comerciales.

—Dígame, ¿no es curioso que usted tuviera la dirección de un judío y que todas las telas que compraba anteriormente salieran de empresas dirigidas por judíos?

—No, ¿por qué? He comprado a quien me ofrecía mejores precios. —Les miró sonriente y con cinismo—. Yo no he hecho las leyes, las hicieron ustedes, yo solo me he aprovechado de ellas.

—Qué quiere decir.

—Que se me presentó la oportunidad de conseguir telas a un precio mucho más barato que en cualquier otro mercado, dado que las personas que me las ofrecían no las podían vender.

—Así que usted no está ayudando a los judíos —dijo su interlocutor, del que no sabía su nombre, con grandes carcajadas—, es usted un sinvergüenza.

—A mí me gusta definirme como hombre de negocios —contestó sonriente Rafael.

—De acuerdo, supongamos que está usted sacando partido de la situación y explotando a la comunidad judía alemana, no seremos nosotros quién se lo reprochemos. —Los tres asintieron complacidos—. Pero puede explicarme por qué trata también con judíos fuera de Alemania.

—No tengo ningún inconveniente. Pensaba comprar telas en Europa para venderlas en Buenos Aires. Supongo que ya sabrán ustedes que soy el dueño de unos importantes almacenes textiles —presumió orgulloso—, unos empresarios argentinos dedicados a la importación de productos europeos me sugirieron que me pusiera en contacto con la compañía *Reynolds & Co*, con sucursal en Zúrich. Viajé a conocerles hace casi cinco años, en 1935 y desde entonces colaboro con ellos. La compañía asesora a empresarios y se ocupan de todas las transacciones bancarias. Ellos me facilitaron información sobre fábricas, precios y también ejercieron de intermediarios entre los fabricantes y yo. Por supuesto, después de estudiar dicha información, elegí las mejores ofertas económicas.

—¿Conoce usted algún miembro de la compañía?

—Por supuesto, al señor Thomas Reynolds, aunque he de reconocer que solo le he visto una vez.

—Y cómo es.

—Pues un británico... normal, de ojos claros y piel muy blanca, de alrededor de sesenta años. Tendrá mi estatura, ha perdido pelo y el que le queda es canoso. No podría darle muchas más referencias, desde que me fue presentado, no he vuelto a relacionarme con él. Todos mis negocios los trato con un empleado, el director de la sede en Zúrich.

—¡David Moseman!

—Sí, así es, veo que conocen todo lo que hago y con quién me relaciono —dijo con

simpatía—. En efecto, Moseman es el empleado de *Reynolds & Co* que se ocupa de mis negocios. Hasta ahora siempre me ha aconsejado muy bien, he ganado importantes cantidades gracias a su consejos.

—¿Y no le extraña que un judío le haya puesto en contacto continuamente con otros judíos?

—¿Un judío? ¡Ah, claro, su nombre! Mentiría si dijera que me preocupa la procedencia de las personas con las que hago negocios. Así que a su pregunta debo responder: no. No me ha extrañado con quién me ponía en contacto, solo me interesa ganar dinero y con él lo he logrado. —Rafael interrumpió su discurso, para añadir inmediatamente—. ¡Ya lo entiendo! Piensa usted que David me ha utilizado para ayudar a los judíos. —Y se echó a reír.

—¿Le hace gracia?

—Sí, porque si ha sido así, me ha hecho rico. Y ellos no han sacado apenas beneficios —aseguró con alegría.

—Dígame, ¿no trabaja usted para ningún país enemigo de Alemania?

—¿Cómo dice? —Rafael le miró inquisitivo, de qué le iban a acusar, y siguió con firmeza—. Soy español de origen y argentino por elección. Ninguno de esos dos países es enemigo de Alemania, por qué me hace esa pregunta.

—¿Está seguro de no trabajar para los británicos?

—Por qué para los británicos, no he estado en Inglaterra en mi vida y no conozco a nadie allí.

—Salvo al señor Reynolds —atajó de inmediato el interrogador—. ¿Está usted casado?

—Sí.

—De dónde es su esposa.

—Argentina, como yo. —Rafael no había cambiado el gesto ni había mostrado preocupación aunque la pregunta le había pillado desprevenido, ni siquiera dio muestras de titubeo al responder.

—Por supuesto, desde luego, pero nació en Argentina o, como usted, ¿nació en otro país?

—¡Ya basta! No entiendo qué es lo que quieren, ni sé por qué me tienen retenido, evidentemente, interrogándome. —Gritó Rafael evitando la respuesta y mostrándose muy indignado—. Soy ciudadano argentino, estoy casado, no tengo hijos, poseo un negocio de importación y exportación de telas, y viajo a Europa desde el año treinta y cinco por mi empresa, nunca he incumplido la ley, no he estado en la cárcel, ni he hecho nada malo, ¿a qué viene todo esto? Ustedes parecen saberlo todo de mí, ¿Debo pedir la representación de mi país?, ¿me acusan de algo? Si es así, exijo hablar con mi embajador. —En todo momento mantuvo una expresión de indignación y enfado. Ninguno de los tres pareció

alterarse por su reacción, al contrario, le miraron impertérritos.

—Señor Bernal, va a tener usted que dejar de mantener relaciones con el señor Moseman o tendrá que dejar de viajar por territorios alemanes. No podemos aceptar esa «relación», los judíos son enemigos del pueblo alemán y sus amigos, también.

Miró a Rafael fijamente con intención de asustarle, este parecía estarlo, su voz sonó quebrada cuando preguntó:

—¿Eso significa que me van a detener?

—No, por ahora. Tal como usted ha afirmado es un comerciante argentino que viaja a Europa por negocios, es un aviso. No nos gustan «sus relaciones» y le recomendamos que no siga viajando por nuestros territorios si las sigue manteniendo. ¿Lo ha comprendido?

—Perfectamente.

—Ahora le devolverán sus pertenencias y podrá volver a la estación para seguir con su viaje. Agradezca a su embajador que pueda irse. Parece que es usted un hombre importante en su país. La próxima vez, si aún tiene amigos judíos, le detendremos.

—Muchas gracias —respondió demostrando tener miedo.

Entró un soldado con su maletín y muestrarios.

—Puede mirar si le falta algo.

—No es necesario. Confío en ustedes —dijo asustado.

—Por favor, prefiero que mire delante de nosotros.

Rafael abrió el maletín, todo estaba revuelto y roto. No habló, los otros hombres que habían estado en el despacho seguían callados escudriñándole y mirando cada gesto o movimiento. El oficial que le había interrogado le acercó los muestrarios, él los guardó.

—¡Mírelos! —Ordenó de nuevo con voz potente.

Rafael los sacó y observó las telas, de pronto subió la mirada y dirigiéndose al oficial dijo:

—Faltan las muestras que he elegido.

—¿Son estas?

Abrió un paquete que el soldado había dejado aparte, encima de la mesa.

—Sí —respondió Rafael extrañado.

—Dígame, ¿por qué se ha sacado un hilo a estas telas?

En ese momento, la cara de Rafael pareció relajarse y hasta sonrió.

—Muy sencillo, son los encargos, aunque los modelos están apuntados en mi libreta, les saco un hilo para estar seguro. En una ocasión me confundí y no puse la referencia correcta. Entregué la hoja de encargo y, cuando llegó el pedido, había una equivocada, estaba seguro de no haberla elegido, desde entonces, saco un pequeñísimo hilo para no estropearlo, y lo mismo en el muestrario del fabricante, así evito volver a cometer un

error.

Los alemanes permanecieron callados. Rafael tomó sus cosas, su despedida sonó como una pregunta, ¿podía irse? No le retuvieron. Se dirigió a la estación. Encontró billete para un tren que salía diez horas más tarde. Aún temblaba.

## Capítulo XX

# 1949

El comisario Esquivel frecuentaba a varias personas en el puerto, había intimado con ellos a causa de ciertas investigaciones realizadas en el lugar, por lo tanto, sabían que era policía. Llegó decidido a hacerles creer que el motivo de la visita no tenía nada que ver con su trabajo, había pensado contar que estaba interesado en la compra de un yate. Tuvo suerte, se encontró con uno de sus conocidos al que le expuso la mentira planeada.

—No sabía que ustedes ganaran tanto —le dijo su interlocutor.

El hombre se dedicaba a llevar turistas que deseaban practicar la pesca deportiva, también organizaba excursiones a Montevideo. Resultaba la persona más indicada para conseguir información.

—Ya quisiera yo poder permitirme ese lujo. —Respondió sonriente el comisario—.

Estoy ayudando a un amigo que quiere comprar uno y pretendo que no le engañen.

Estuvieron hablando un buen rato sobre embarcaciones de recreo, el individuo entendía mucho del tema y le gustaba demostrarlo. Presumiendo de sus conocimientos, contó que nunca había tenido ningún problema con sus pasajeros y relató cuántos, por no entender de motores, se quedaban a la deriva y había que ir a buscarlos. De esa manera, informó al comisario que dicha situación ocurría últimamente con mucha frecuencia. «En Montevideo y en Río deben regalar el carné de patrón», aseguró con desprecio. El último suceso había tenido lugar en septiembre, afirmó, una embarcación uruguaya se había averiado en el estuario y hubo que remolcarla. «Incluso vinieron compañeros suyos a preguntar, quizás eran contrabandistas —le guiñó un ojo— o algo parecido. Los de aduana y el práctico lo pasaron mal, los policías no les dejaban en paz, porque el yate fue arreglado de inmediato regresando a su destino el mismo día de su llegada... ¡Fíjese si los porteños somos eficaces!».

Esquivel evitó aparentar alegría con la información y, después de unos momentos de charla intrascendente, recordó que había quedado con su amigo y ya llegaba tarde. Se despidió y se fue con prisa.

Hubiera deseado poder llamar a Bustos. Ya sabía cómo habían entrado los asesinos y cómo habían salido del país. Sin duda, en el barco accidentado. Por eso nadie había oído hablar de un robo y, por eso, no encontraban a los asesinos del supuesto noruego. Ahora estaba casi seguro de que los

criminales eran extranjeros que llegaban y se iban fraudulentamente, sin dejar constancia. Los barcos a los que se había referido el marinero, fingirían una avería cerca del puerto y, desde ese lugar echarían al mar un bote neumático donde irían los asesinos, cometerían el crimen y regresarían al barco cuando este hubiera salido del puerto. Los de la CIDE seguramente habían llegado a la misma conclusión, entonces, ¿por qué seguir investigando si no sabían quiénes eran los culpables y estos ya no se encontraban en Buenos Aires? Un pensamiento le dio la respuesta, ¿y si alguien ayudaba a los asesinos en Argentina y era a esos a los que buscaba Inteligencia? De nuevo, la idea de una organización secreta cruzó su mente.

Esquivel daba vueltas a tantas cosas que se alegró de tener una reunión con su amigo, así se tranquilizaría y estaría más sereno cuando pudiera hablar con Bustos.

Una vez por semana, Domingo Esquivel y Rafael Bernal tenían la costumbre de reunirse solos, sin sus mujeres. A veces, apenas hablaban, se sentaban en un café o en un bar y observaban a la gente. Sin embargo, les gustaba hacerse compañía en silencio. El policía encontraba esos momentos muy relajantes para pensar en el caso que estuviera investigando y el comerciante decía que se le ocurrían ideas para su negocio. Cenaban en algún restaurante donde elegían enormes bifés de chorizo. Domingo siempre había sido buen conversador, Rafael, desde que le conoció siendo casi un niño, solía limitarse a escuchar y sonreír. El policía contaba anécdotas de sus hijos, de su esposa y hasta las que ocurrían en la comisaría, pero nunca le hablaba de sus investigaciones. También comentaban la política, ambos eran profundamente demócratas; habían criticado los gobiernos de la década anterior, todos fraudulentos, sin embargo, no se identificaban con los peronistas, a pesar de que estos hubieran ganado las elecciones. Y aunque a Esquivel algunas relaciones de Rafael con importantes miembros de la buena sociedad no le gustaban, nunca le juzgó ni le criticó por ello, al fin y al cabo, el trabajo de su amigo también consistía en eso, en ser agradable con todo el mundo. Sin embargo, el empresario no necesitaba las críticas de su amigo para comprender lo que callaba.

El comisario llegó antes de que la tienda hubiera cerrado, el dueño atendía a unas señoras. Al entrar, observó cómo se desvivía con sus clientas, le gustaba verle moverse entre las telas, cómo las tocaba, la manera de extenderlas. Le miró con cariño hablando a aquellas estiradas y flacas mujeres dispuestas a dejarse un capital y a ser tratadas como reinas por ese motivo. Pasó directamente al despacho de Fito y se sentó a esperarle.

En la oficina, se dedicó a fijarse en todas las cosas, había ido miles de veces y la conocía de memoria, pero le gustaba contemplar los trozos de telas llenos de colores y texturas diferentes que colgaban de perchas, el agradable perfume que siempre había.

Clavó su mirada en la foto encima de la mesa de Fito, era Richi de jovencita, una mujer elegante y muy atractiva. La conocían desde hacía quince años, se había convertido en una persona



imprescindible en sus vidas y, sin embargo, apenas sabían nada sobre su vida anterior. En ese momento entró Rafael, le miró y viendo su cara de preocupación, hizo un breve comentario:

—Ya sé que son unas pesadas, pero me dan de comer.

—No pensaba en eso.

—En qué entonces.

Domingo no contestó. La noche fue muy agradable. El comisario le hizo contar a Fito cómo había conocido a Rachel. Le seguía pareciendo una historia de película. Le preguntó por el primer marido de la británica, pero su amigo cambió de conversación. De regreso a casa, Soledad aún estaba despierta, le explicó lo que habían hecho y lo que habían hablado. La Negra siempre exigía todos los detalles.

—¿Vos te acordás de cómo se llamaba el primer marido de Richi? —preguntó de repente Domingo.

—No, por qué pensás en eso ahora —fue la respuesta de su mujer.

A pesar de todo lo que había descubierto en los últimos días, no podía dejar de dar vueltas al nombre que le había dado Bauer. Seguía obsesionado: ¿dónde lo había oído? Otto Ritcher resonaba en su cabeza como un martillo. No respondió a Soledad. Esta, de inmediato, le hizo olvidar sus preocupaciones. Richi y Fito les habían invitado a pasar el fin de año en Mar del Plata y su esposa estaba emocionada. Había organizado dejar a los hijos, ya adolescentes, con los abuelos y disfrutar ellos como si fueran recién casados. La Negra llevaba días hablando de vestidos y trajes de baño. Junto a Rachel, se pasaban el tiempo visitando tiendas y probándose modelitos. Domingo deseó que llegara ya el momento de partir, aguantar a su esposa en los preparativos resultaba mucho más agotador que un crimen.

El comisario y su ayudante charlaban a la salida del trabajo. Esquivel había puesto al corriente al suboficial Bustos sobre lo que había hablado en el puerto deportivo con su conocido. Ambos policías decidieron abandonar por un tiempo la investigación, estaban en un punto muerto. O se dirigían a sus superiores y acusaban a la CIDE de ayudar a huir a criminales de guerra a cambio de dinero, o se dirigían a la policía internacional y contaban lo que sabían. Con cualquier opción, perderían sus trabajos. Por otra parte, no tenían pruebas contundentes sobre ninguno de los fallecidos, salvo Otto Ritcher y, en ese caso, no podían descubrir a las personas que lo habían identificado, Esquivel había dado su palabra. Así que ambos pensaron aplazar su decisión hasta después de las fiestas navideñas y las vacaciones.

El comisario confesó que no le sería difícil olvidar la investigación al llegar a casa. Se quejó de lo alterada que estaba su mujer preparando las vacaciones y añadió que iban unos días a la playa invitados por unos amigos. Con ironía, afirmó que no sabía si agradecer la invitación o enfadarse con ellos, Soledad estaba insoportable desde el momento que empezó a planificar el viaje. El

imperturbable suboficial se limitó a comentar:

—¿El dueño de *La Argentina*? —y sin esperar respuesta añadió—. Esos amigos suyos viajan mucho.

—¿A qué se refiere?

—Lo siento, quizá me he precipitado. Hablaba del señor Rafael Bernal, pensé que era él quien le había invitado, ¿no es amigo suyo?

—Íntimo y, en efecto, nos ha invitado él.

—Pues ese matrimonio aparece continuamente en las entradas y salidas del país.

—Lo sé, antes iban a La Habana con frecuencia, tenían allí unos medio parientes.

—Y a Río y a Montevideo.

—Sí, es cierto.

—Y, ahora, van con nosotros a Mar del Plata, espero que no me investigue a mí, Bustos.

—Bromeó el comisario.

—No, señor. Recordaba todas las veces que han aparecido sus nombres cuando miraba las fichas de entrada y salida del país. Pero nunca sospeché de ellos.

—Y ¿por qué no? No es que yo sospeche de mis amigos, Bustos —rio Domingo—, simplemente quisiera saber por qué rechazó la idea.

—Porque cuando ocurrieron dos de los asesinatos estaban con usted. ¿No se acuerda? —sin esperar respuesta, continuó—. El primero del que fuimos informados se dirigían ustedes al teatro. Y del segundo, venía usted de la casa de ellos.

—Tiene toda la razón.

Era una de esas tardes en las que Domingo tenía previsto encontrarse con su amigo Rafael. Se dirigió a la tienda, tenía una divertida anécdota para contar.

La cercanía de las vacaciones y las fiestas habían llenado de clientes el lugar. Fito parecía inagotable, organizaba a los dependientes, se ocupaba de las cajas, se dirigía de una a otra señora, con su amabilidad y profesionalidad, todas parecían adorarle y pedirle consejos, alguna llegaba con fotos de revista y decía que deseaba esa tela. Rafael con solo un movimiento de cejas explicaba a sus empleados lo que debían hacer. Siempre le había gustado aquel ambiente. No tenía ganas de meterse en la oficina así que se sentó cómodamente y esperó.

—Ya sé lo que vas a decir, que podríamos haber cambiado la cita, pero esta semana será igual todos los días. Lo siento.

—No, no te preocupes, no me importa esperar.

Ambos hombres habían entrado ya en el despacho del empresario.

—¿Por qué tenías, entonces, esa sonrisa irónica? —preguntó Rafael.

—Pues porque te miraba, tan tranquilo e inocente, y no sabes que Richi y tú habéis sido

investigados por la policía.

A Rafael se le cayeron las telas que llevaba en la mano, se volvió, blanco como su camisa. Le temblaban las manos y la voz.

—¿Investigados? —Tartamudeó.

Domingo se echó a reír.

—Qué cara has puesto, tendrías que verte, parece que hubieras visto un fantasma o que te hubieran dicho que yo me había muerto —rio con ganas el comisario—. Era una broma.

—Afirmó aún sonriente.

—Pues no tiene gracia. Me has asustado de verdad.

—Por qué. Tú no has hecho nada, ¿o sí? —siguió con la broma Domingo.

—No, pero últimamente en este país no es necesario hacer nada para que te acusen de algo y te detengan, aunque no seas culpable.

—¡Qué dramático te pones! Simplemente estamos controlando las entradas y salidas del país, buscamos coincidencias con ciertos sucesos criminales. Y tú y Richi aparecéis con mucha frecuencia en esas listas. ¡Eso por ser ricos y viajar tanto!

—¿Pensáis que un viajero mata a gente aquí?

—No he hablado de matar. —Le miró extrañado Domingo.

—Has dicho criminal.

—Ya pero puedo referirme a cualquier infracción, como un robo.

—¿Entonces están robando?

—Tampoco he dicho eso.

—¡Me quieres volver loco! ¿De qué se nos acusa?

—No seas tan literal. De nada. Además durante los hechos siempre estabais conmigo.

La noche no fue tan agradable como otras veces. Fito estuvo torpe, inquieto y nervioso e insistió en retirarse inmediatamente. Domingo pensó que le pasaba algo pero no se atrevió a preguntar.

Al llegar a su domicilio y, para evitar la charla de su mujer sobre las vacaciones, se escondió en un rincón del dormitorio, sacó la fotografía de Otto Richter e intentó acordarse de dónde había oído ese nombre por primera vez. No fue capaz de recordarlo. Al final, llegó a la conclusión de que habría oído el nombre en alguna película alemana o en algún periódico.

El matrimonio Bernal, acompañado de sus amigos Soledad y Domingo, se acercaron a Mar del Plata a finales de diciembre, habían reservado una suite en el Gran Hotel Provincial. Querían pasar el fin de año bailando, celebrar así el comienzo de una nueva década, 1950, y olvidarse de todo lo que había ocurrido en el mundo. La vida volvía a ser alegre y colorista, igual que el cine, donde el blanco y negro era sustituido por el technicolor. Ángela y Fabián no quisieron ir, ambos comentaron que ya se sentían muy mayores para esas diversiones. Les echaron de menos, pero

entendieron que desearan la tranquilidad de su casa, ellos, en cambio, bebían y bailaban cada noche. Por las mañanas, Richi y Soledad se tumbaban al sol, perezosas y adormecidas. Al atardecer, se acercaban al Casino Central, las mujeres, luciendo elegantes vestidos y los hombres, de esmoquin. Fue una semana inolvidable.

La última noche, antes de su regreso, las señoras se dirigieron al tocador. La británica expresó su alegría por haber disfrutado de las vacaciones juntos. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien, reconoció. La argentina lo confirmó, ella también había disfrutado mucho. Tras su respuesta, preguntó a su amiga si Buenos Aires era más divertida que Londres. Por supuesto, confirmó la primera, mucho más, aseguró. ¿Y más divertida que Múnich?, insistió La Negra. Rachel cambió la sonrisa de su rostro. Dijo que había olvidado esa etapa de su vida y no le gustaba recordarla.

—No me extraña —reconoció Soledad—, estoy segura de que has olvidado hasta el nombre de tu primer marido.

—Por qué lo dices —se extrañó Rachel.

—Era un comentario... ¿Se llamaba Otto, verdad?

—No —dijo con seguridad Rachel queriendo zanjar la cuestión.

—Fíjate que yo recordaba ese nombre —insistió, obviando la seca respuesta de su amiga.

—Se llamaba Hans —contestó Richi, queriendo zanjar el tema—, Otto era su apellido. ¿Nos vamos? Van a pensar que nos hemos perdido y me gustaría probar suerte en la ruleta antes de volver al hotel.

La velada continuó alegremente, las parejas bailaron y jugaron en el Casino. Llegaron al hotel cansados y silenciosos, era su última noche, regresaban a la capital al día siguiente.

En el dormitorio, Soledad contó a Domingo lo que había hablado con Richi. Él la regañó, cómo se había atrevido a hacer eso.

—Vos me preguntaste hace unos días, yo tampoco me acordaba, y de pronto recordé que se llamaba Otto.

—¿Otto? ¿Estás segura? —Se inquietó Esquivel.

—Claro que sí, ella misma me lo ha dicho. Hans Otto. Yo creía que Otto era un nombre, pero, además, es un apellido.

La vuelta, en el auto de Rafael, fue muy silenciosa, parecían tristes por el regreso. Fito conducía incómodo, Domingo observó que Rachel también se mostraba incómoda. Solo La Negra animaba con sus historias a los pasajeros, aunque ninguno la escuchaba y tenía que llamarles la atención de vez en cuando para que se interesaran por sus comentarios.

—Ya estamos llegando —la interrumpió Rafael—, no sé si estáis muy cansados o tenéis ganas de seguir aún la juerga. Podíamos ir al Alvear a tomar unas copas y así las señoras lucirán sus bronceados. ¿Qué os parece? —Propuso con aparente ánimo.

—No, por Dios, con estas fachas, no podemos entrar en ese hotel, vamos con los trajes de viaje, sin arreglar. —Respondió Soledad.

—Sí, mejor en otro momento —añadió Domingo—. Yo aún tengo que tomar el auto e ir a buscar a mis hijos y mañana debo estar temprano en el despacho.

Lo primero que hizo Esquivel, al llegar a la comisaría, después de dar los buenos días, fue preguntar a su ayudante algo que le había tenido preocupado toda la semana.

—Dígame, Bustos, cómo podría averiguar el nombre del esposo de una ciudadana argentina, casada en Alemania en primeras nupcias, creo que en la década de los veinte. La verdad es que no sé la fecha.

—Disculpe señor, pero creo que esto es más importante.

El suboficial no tomó las precauciones de otras veces, entregó un periódico a su jefe, tenía fecha del día anterior, y abrió por una página en la que había una gran entrevista con el ingeniero alemán Walter Blume, diseñador de diferentes modelos de aviones utilizados por la Luftwaffe durante la guerra.

—Desde luego, esto es muy urgente. Llamaré inmediatamente al capitán Cardozo y luego hablamos.

Domingo telefoneó al capitán de Inteligencia y le preguntó qué significaba aquello, por lo visto, Walter Blume estaba vivo en Alemania. El militar le dijo que él tampoco lo entendía. Había mantenido una conversación con sus superiores y no le estaba permitido comentarla. Pero, en confianza y si el comisario no decía nada, podía asegurar que alguien había intentado engañarles. Sus jefes habían cerrado el caso con la conclusión de que era un extranjero al que habían matado para robarle. Ambos debían abandonar la investigación. Esquivel quiso protestar. Cardozo no le dejó, su respuesta lacónica fue: «Si tiene alguna queja, diríjase al Jefe de Investigaciones» y colgó el teléfono.

Domingo se quedó tranquilo, su intencionada llamada no tenía otro motivo que aparentar desconocimiento y alejarles, a su ayudante y a él, de posibles sospechas. El capitán también se había mostrado desconcertado, su voz le había recordado la de un niño pequeño que ha sido descubierto en una falta.

Pidió una entrevista con su jefe, en su lugar, le llegó una nota en la que le relevaban de la investigación y se daba por cerrada.

Salió a tomar un café con el suboficial. Se alejaron bastante de la comisaría. Y cuando comprobaron que no había ningún conocido cerca, el comisario se atrevió a preguntar:

—¿Cómo ha dejado que su amigo lo publicara? —sin darle tiempo a responder, añadió —. Ha sido un gran error, un enorme error, Bustos. Habrá que seguir haciéndonos los inocentes para que no sospechen de nosotros.

—Señor, ya lo saben o lo sabrán pronto si hacen bien su trabajo.

—Qué quiere decir.

—Mi esposa ha sido la intérprete. Me enteré ayer de todo. Sobinski no tenía ni idea de lo que estábamos investigando y, en ningún momento, pensó que podría causarme ningún daño al publicar una entrevista con Blume. Al contrario, por deferencia a mí, que le había puesto sobre la pista de este hombre, llamó a mi mujer para que ganara un dinero traduciendo la conversación. Como le decía, me enteré ayer mismo de lo sucedido, pero no sabía dónde localizarle. Si investigan a Sobinski, sabrán que es mi amigo y, si los de la CIDE preguntan cómo se enteró de la existencia de ese héroe o quién más ha participado en la entrevista, llegarán a mí...

—¡Pues esperemos que no hagan bien su trabajo! —Esquivel se mostró enfadado.

—Señor, estoy muy preocupado, ayer hablé con mi amigo. Me molesté mucho con él, no quise ponerle al corriente por teléfono del motivo, así que le cité para contarle lo que podía pasar y para buscar una explicación creíble si alguien le preguntaba cómo había llegado a conocer la existencia de Blume. Además, quería que me dijera quién sabía el nombre de la traductora, aunque supongo que los de administración, ya que mi mujer cobró su salario el mismo día que trabajó.

—Bustos, cálmese, seguro que es menos grave de lo que usted piensa. Han cerrado la investigación. Admiten que alguien les ha engañado y ya no van a hacer nada más. —Afirmó el comisario conciliador, aunque contrariado.

—Señor, mi amigo no acudió a la cita, ha desaparecido. Desde que hablamos, nadie le ha visto, ni en el periódico, ni en ninguno de los sitios donde suele acudir. Él jamás hubiera faltado a una cita conmigo sin avisarme antes. —Calló unos segundos, antes de añadir—. En su casa tampoco está, pregunté a la portera y me dijo que ayer por la tarde llegaron unos hombres y se fue con ellos. Los hombres parecían policías de paisano.

Esquivel iba inquietándose mientras escuchaba al ayudante. Este aseguró que también le preocupaba la seguridad de su mujer. El comisario le dio permiso para tomarse el día libre.

El suboficial llegó a casa y no encontró a su esposa, preguntó a la vecina si la había visto salir. Ella lo confirmó, iba sola. El comentario le tranquilizó, tampoco le extrañó. Había momentos en los que Sonia no aguantaba tantas horas encerrada, sin compañía y... sin bebida. Cuando sucedía, lo peor era el regreso, solía aparecer echa una piltrafa. Bebía tanto que acababa tirada en cualquier lugar, en un banco, en la calle o en la misma puerta de la casa. A veces, tardaba más de una noche o un día en regresar. En las ocasiones en las que había ocurrido, se mostraba nervioso y, su jefe, conocedor de la situación conyugal, le permitía irse pronto para que nadie en el departamento se maliciara el motivo de su inquietud.

Tras hablar con la vecina, entró en su apartamento, se quitó el traje que colocó con cuidado en una silla, se puso cómodo y preparó la comida. No podía ir a buscarla porque no sabía dónde hacerlo, ella nunca le había dicho qué bares frecuentaba. Supuso que, si la habían pagado la traducción y tenía una bonita suma, su esposa no volvería hasta que gastase todo el dinero. Al cabo de unas horas de espera, tomó algo, no tenía mucha hambre y se acomodó en un sillón, estaba anocheciendo y se quedó dormido.

No sabía cuánto tiempo había pasado ni qué hora sería cuando le despertaron golpes y gritos en la puerta: «¡Abra, abra, policía!». Aún adormilado, no se le ocurrió contestar que él también era policía. Abrió sin recordar que esperaba a su mujer. Varios hombres entraron y le empujaron, tirándole al suelo, le pusieron unas esposas, mientras buscaban por toda la casa, destrozando lo que tocaban. Uno encontró su arma y otro pareció dispuesto a darle una bofetada cuando un tercero descubrió su identificación policial; entonces, le pidieron disculpas, le quitaron las esposas y le rogaron que se vistiera mientras le preguntaban si sabía dónde estaba su mujer.

—Aún no ha llegado —se excusó Bustos apenas despierto, sin entender lo que ocurría—. Ha salido y me quedé dormido esperándola, ¿qué hora es?

—Las tres de la madrugada —respondió el que tenía su identificación.

—Por qué me preguntan por ella —cayó en la cuenta el suboficial.

—¿Ha estado aquí toda la noche?

—Sí.

—A qué hora llegó.

—A mediodía, no me encontraba bien, salí del despacho y vine directo.

—¿Le vio alguien entrar?

—Sí, la vecina.

—¿Estaba su mujer en casa?

—No, ya había salido.

—¿No le extrañó que no estuviera?

—No, suele salir algunos días a pasear. Me quedé dormido esperándola. —Justificó sabiendo que resultaba raro tanto tiempo fuera.

—Y ¿no se ha movido del apartamento desde ayer?

—Así es.

—¿No fue a buscarla al ver que tardaba?

—Ya le he dicho que no. No hubiera sabido dónde hacerlo, no me había dejado una nota.

—¿Le importaría acompañarnos a la comisaría hasta que alguien pueda confirmar que no se ha movido de su casa en toda la noche?

En ese momento, Bustos se puso nervioso y empezó a temblar.

—¿Díganme qué pasa!

—Mejor se lo contamos luego. —Le respondió el que le había interrogado, sin añadir nada más.

Había visto muchos cadáveres en su vida y había asistido a bastantes autopsias, pero nunca a la de un ser querido. El suboficial contemplaba el cuerpo de su mujer con los ojos extraviados. Observaba a los forenses, sabía que no harían nada hasta que él saliera. El comisario Esquivel se encontraba a su lado, le había llamado desde la comisaría donde le habían interrogado. Su jefe había acudido de inmediato y le había acompañado a identificar el cadáver. Tenía la mano sobre el hombro del suboficial, aún no había dicho nada, ni siquiera le había insinuado que debían salir y dejar trabajar a los médicos. Seguía a su lado, igual de silencioso, sin moverse. Bustos estaba esperando a que la voz no se le quebrara, cuando se sintió con fuerzas dijo:

—Le prometí que la cuidaría toda la vida y no he sabido hacerlo.

—No se martirice, no ha sido culpa suya. —Le respondió Esquivel.

—Cuando la conocí ejercía la prostitución, pero creo que usted ya lo sabe igual que todo el departamento.

El comisario no abrió la boca, siguió callado.

—Tenía algo en su mirada y en su manera de ser que la hacía diferente a las otras. — Cambió de tono, parecía recordar—. Nos habían encargado una redada en un burdel. El dueño no había pagado la comisión a nuestro superior, aunque eso nosotros no lo sabíamos, creíamos que acudíamos a un chivatazo. El lugar era repulsivo, olía mal y estaba muy sucio. Sin embargo, lo que más repugnancia me produjo fue ver un enorme pasillo lleno de puertas con candados, en algunas estaban cerrados, en otras, abiertos. Cuando fuimos entrando en los cuchitriles, la sensación fue desoladora, en todos había una mujer, una cama sucia y un lavabo igual de sucio. Detuvimos a los clientes y sacamos a las chicas, todas muy jóvenes, algunas casi niñas. Las habían retenido contra su voluntad, muchas eran emigrantes a las que habían quitado sus pasaportes y documentos y las obligaban a prostituirse. Las daban opio y alcohol para someterlas. No parecían humanas. Sonia era una de ellas, tan indefensa y asustada como el resto. Tenía veinte años y ya conocía lo peor de este mundo.

—No se atormente, Bustos —exclamó en voz baja el comisario. Pero su ayudante no pareció oírle.

—Le pedí que nos ayudara, si declaraba en contra de aquella gente yo la protegería. «¿Cómo?», me preguntó, no supe qué responder y ella sonrió: «Saldrán enseguida a la calle y me volverán a secuestrar obligándome otra vez a prostituirme, por qué tendría que hacerlo, me matarán si les denuncio». «Pues vivirás conmigo», le contesté, «en casa de un policía nadie se atreve a entrar». No sé por qué respondí así, tampoco por qué me



causó ese deseo de protección que nunca antes había sentido. Yo tenía cuarenta y dos años y ella era casi una niña.

Pausadamente, intentando que la voz no se le quebrara Bustos explicó cómo la convenció para que declarara en contra de los criminales. Y cómo estos salieron enseguida de la cárcel. Describió con detalle la vida de Sonia en el burdel, las humillaciones y la prisión a la que fue sometida, las palizas recibidas. «Pocas mujeres se habrían comportado con su decencia y su valentía», aseguró. El comisario estaba incómodo, por qué le contaba su ayudante esas crueldades y vejaciones, sintió pudor y vergüenza. El suboficial seguía hablando, y el superior no se atrevía a interrumpirle. Se enteró de la negativa de la joven a volver a Alemania mientras hubiera guerra y la propuesta de matrimonio de él. Supo cuánto la amaba hasta el punto de haberse peleado con varios compañeros por sus comentarios indecentes, peleas que le habían obligado a cambiar de destino. El ayudante calló unos momentos. Permaneció con la vista fija en el cadáver aunque sus ojos parecían ausentes.

—Le prometí que la cuidaría toda la vida y no he sabido hacerlo —repitió Bustos.

—Nadie puede adelantarse a un crimen, cómo iba usted a saber que la iban a asesinar.

—Sí, podíamos haberlo sospechado, señor, porque usted y yo sabemos quién lo ha hecho.

—¿Qué dice?

—Que conocemos a los asesinos. ¿Sabe quiénes son esos que están ahí fuera? —No esperó su respuesta—. Son los amigos y familiares de Israel Sobinski. También le mataron, a él, la noche del domingo. —Hablaba despacio, con frases cortas y tomándose su tiempo entre cada una—. Un ajuste de cuentas han dicho, he podido escucharlo, lo han comentado en la comisaría. Le han matado a golpes, muy cerca de su casa... Le dije que él nunca habría faltado a una cita conmigo. —Volvió a callar, el comisario no sabía qué decir—. ¿Se ha fijado en el disparo de mi mujer? —preguntó de nuevo.

—Sí —respondió Esquivel en voz baja.

—Es igual que los realizados contra los nazis. ¿No cree usted que es un mensaje muy claro?

—Pueden ser los mismos asesinos que saben que les estamos buscando.

Bustos le miró fijamente, en su ojos había tal frialdad y reproche que Esquivel se sintió mal.

—Me han dicho que la han asesinado para robarla —siguió el suboficial—. Y me han prometido que encontrarán al criminal, no van a dejarlo hasta dar con él. Me lo ha prometido el oficial encargado del caso, se ha presentado y ha sido muy amable conmigo. —Volvió a callar mientras seguía mirando a su mujer sobre la fría cama en la que estaba colocada—. Usted y yo sabemos que no prenderán al culpable.

Un nuevo silencio dejó escuchar el murmullo que venía de la sala de al lado, el comisario no supo

qué responder ni cómo consolarle. Acaba de entender por qué le había contado la historia de Sonia.

## Capítulo XXI

1940

Rafael Bernal entró en Zúrich aún acobardado, ni siquiera la certeza de estar en un país neutral le tranquilizó. Fue directamente al hotel y llamó a David, tenía que hablar con él, este le invitó a cenar en su casa, Rafael se disculpó, tenían que verse antes y era preferible hacerlo en un lugar público, insistió.

En la entrevista con David le explicó con todo detalle lo sucedido en Viena, le dijo que les espiaban y sospechaban de ellos. Por último, le contó lo que había pasado con los muestrarios.

—En Varsovia me dijeron que habían cambiado las referencias de las telas, que hiciera lo mismo en la lista de pedidos. Al llegar al hotel comprobé que los códigos del fabricante eran nombres: mariposa, tulipán, libélula... Menos mal que no le llamaron para preguntarle —aclaró aliviado—. Estos habían sido sustituidos por cifras. Resultaba muy extraño que unas telas llevaran números y otras nombres. Así que arranqué las etiquetas y las puse a todas referencias con números. He supuesto que esos números eran un mensaje que no quiero conocer, pensé que así no llamarían la atención.

—Hiciste bien.

—Sí, lo sé, ahora. También hice otro cambio.

—Cuál —preguntó David interesado.

—Siempre he pensado que las marcas eran para señalar en qué telas iban los «ingresos». Ya que no se marcaban todas las telas elegidas, solo algunas. Ahora sé que no es así, dado que los «ingresos» han sido suspendidos y sigue habiendo marcas. Pero, de nuevo, no estaban en todas las telas elegidas, por lo que yo me encargué de hacerlo en el resto. Gracias a esas marcas resulté convincente cuando me interrogaron.

—¡Eso es terrible! ¡Ahora no seremos capaces de reconocerlas!

—Sí, sí podéis porque tomé precauciones. Las marcadas por mí son las que le falta el hilo en las esquinas, tanto superiores como inferiores, puedo mostrártelas para que no te equivoques. Además les di una numeración muy rara.

—Gracias Rafael, gracias por todo.

David, por primera vez, se mostró efusivo y le abrazó. Luego, avergonzado por su reacción, continuó:

—Yo creo que, si te llamaron sinvergüenza y te dejaron libre, es porque no sospechan tanto de ti como de tu ingenuidad. En todo caso, sospecharán de mí, como tú dijiste, pensarán que te utilizo para ayudar a los judíos.

—Y no se equivocan —dijo con ironía, cambiando de tono, le preguntó— ¿No tienes miedo? ¡Te vigilan aquí, en tu propia ciudad!

—Si me dejara guiar por el miedo, no habría hecho nada, Rafael. Sé a lo que me expongo, ¿por qué crees que aún no he formado la tradicional familia judía? A mi edad, los míos ya están casados y tienen varios hijos. Yo sigo solo. Mi padre, aparentemente jubilado, se ha retirado con mi madre al campo. Eso no es así, solo es un plan por si alguien nos observa, verá que yo estoy más interesado por los negocios que por una familia, ¡no me ocupo ni de mis progenitores! Es probable que no sepan que viven, ya que no los visito nunca —suspiró con nostalgia—. Dábamos por hecho que seríamos vigilados, hasta ahora no teníamos la certeza. Desde el primer momento hemos escondido nuestras verdaderas identidades detrás de una tapadera, solo yo daba la cara. Ahora tengo que alejarme de la tapadera y lograr que solo me vigilen a mí.

—¿Qué te propones? —preguntó intrigado el español.

—Les haremos creer que tú has conseguido que me despidan, de esa manera alejaremos las sospechas de ti. Esta conversación parecerá un aviso, cuando llegues a Buenos Aires, yo recibiré un comunicado con mi despido. Volveré a mi antiguo trabajo, en el banco, donde no conocen ni sospechan mi actual actividad. La oficina seguirá funcionando como hasta ahora, con los empleados actuales, que recibirán órdenes desde Londres, de la sede central de *Reynolds & Co.* Y seguiremos con lo que hacíamos..., con mucho más cuidado.

—Entonces, ¿el señor Thomas Reynolds también sabe lo que hacéis?

—Es mejor que, por ahora, no tengas más información, aunque si quieres respuestas, Rachel te las puede dar.

—No sé si quiero saber más y ni siquiera sé si puedo repetir otro viaje, David. Yo sí tengo miedo y sé de lo que hablo, ya he pasado miedo en otras ocasiones y la existencia se vuelve inaguantable. No tengo ganas de vivir de nuevo esa sensación.

—Sin embargo, la has resuelto con éxito.

—Lo sé, es probable que mi experiencia..., me haya servido. Pero no va a ser así siempre. Prefiero evitar a los nazis antes que utilizar argucias. Prefiero pasar por un cobarde a presumir de mi inteligencia. Te aviso, vaciarán los camiones y encontrarán a los que huyen. Tienes que parar el envío.

—Sí, es lo primero que voy a hacer, tu ayuda ha sido enorme, Rafael. No pienses ya en nada. Necesitamos sacar a mucha gente, por eso, cuando recibas las telas, quedarás tan

contento que renovarás el pedido. Así lo comunicarás a nuestra oficina, desde aquí se encargarán de pagar al fabricante, aunque yo no esté. Como consecuencia de tus pedidos a Polonia, ordenarás al empleado que hable contigo que anule los de la fábrica alemana, ya no te interesa seguir aparentando que trabajabas con ellos. La policía germana te ha tratado mal y no les resultará chocante que rompas relaciones una vez que estés en tu país. Sobre todo, porque las telas polacas son mucho más baratas.

—David, debo contarte otra cosa —recordó asustado Rafael—, me preguntaron donde había nacido mi esposa, evité la respuesta. Es probable que aún no sepan quién es, pero cuando se enteren, sí estaré en peligro.

—Lo sé y te agradezco lo que haces por nosotros.

—No podré repetirlo. Te aviso, no pienso regresar a Europa, tenéis que buscar ayuda en otra parte. Y no intentes convencerme, no lo vas a lograr.

Viajó a Lisboa y de allí a Río, donde enlazó a Montevideo y luego a Buenos Aires, había elegido el avión, aunque tenía que hacer muchos enlaces, por dos motivos, el primero, que pretendía llegar pronto a su hogar para abrazar a su mujer. Nunca había deseado tanto sentirse entre los brazos de una persona, ni siquiera cuando era pequeño y le gustaba acurrucarse en el regazo de su madre. El otro, por miedo a lo que pasaba en el Atlántico, se rumoreaba que los alemanes bombardeaban barcos de pasajeros. Verdad o mentira no quiso arriesgarse.

El encuentro con Rachel fue aún más afectivo de lo que había imaginado. La vio en el aeropuerto a pie de pista. La había teleografiado desde Brasil y estaba esperándole. Tan elegante, con un traje de falda y chaqueta a juego, propio de la temporada, su esbelta figura parecía más delgada, un sombrero tapaba su cabello rubio y se había maquillado mucho, hacía tiempo que lo hacía, desde que había decidido aparentar ser más joven. La molestaba que pudieran descubrir que era mayor que él.

Ella le notó preocupado, ambos sintieron escalofríos cuando se abrazaron. Esta vez no era el miedo, era el deseo que aplacaron nada más entrar en casa. Como si llevaran años sin verse. Sudados y abrazados, Rachel, comentó que recuperaban el tiempo perdido. Rafael, la abrazó febrilmente, no parecía dispuesto a soltarla hasta que ella le dijo que le hacía daño. Él justificó su brusquedad contándole la detención en Viena, finalizó asegurando que no volvería a Europa hasta que acabase la guerra. Ni siquiera a España, donde ya solo quedaban sus hermanas, de las que no guardaba un gran recuerdo. Su esposa, le devolvió el abrazo, un abrazo maternal, y le acarició el pelo como hacía su madre cuando era niño.

Semanas después, David mandó un mensaje, el «corredor polaco» estaba funcionando muy bien. Se había enviado un representante de *Reynolds & Co* al puerto para comprobar el material antes de su embarque. Este descubrió que todas las telas estaban destrozadas, el ejército alemán las

había roto con su bayonetas, al parecer buscaban algo. Se las devolvió al fabricante que pidió ayuda a las autoridades, le arruinarían si volvían a destruir los tejidos. Desde ese momento, cargaban los camiones bajo vigilancia alemana, un soldado viajaba en cada camión con la mercancía y se controlaba la carga hasta introducirla en el barco. La Gestapo no sospechaba que los barcos mercantes recogían personas en alta mar, el plan era un éxito. Los refugiados se quedaban en Suecia, Irlanda, Portugal, y a veces, en Francia.

Moseman también contó que, en Varsovia, se estaba construyendo un muro para crear un gueto en el que vivirían los judíos de la ciudad y de otras localidades polacas, se había obligado a la comunidad judía a realizarlo y financiarlo.

En mayo de ese año, los alemanes entraban en Francia y en junio se paseaban por París. La noticia recorrió el mundo. Y, por supuesto, no tardó en llegar un mensaje de Suiza. Los judíos franceses pedían ayuda. Nunca habían querido colaborar con la organización, convencidos de no necesitarles. Ahora, hombres de negocios parisinos se habían puesto en contacto con ellos. Se decía que dos millones de personas huían hacia el sur.

Durante casi dos años, y mientras medio mundo se enfrentaba en una sangrienta guerra, el matrimonio Bernal llevaba una cómoda y alegre vida. Continuaban enriqueciéndose con los negocios textiles y aparentando desinterés por la contienda.

A principios de 1942 hubo una reunión de los Ministros de Exteriores americanos en Brasil. En ella, Argentina se declaró de nuevo neutral. Si esta decisión podía dar problemas al Gobierno, para la mayoría de los ciudadanos solo era motivo de discusiones domésticas. Con una gran población de alemanes e italianos, era lógico que hubiera partidarios del Eje, pero también había pro aliados. La ciudad de Buenos Aires, como el resto de la nación, se dividía en dos bandos: los que pedían la intervención bélica, y los que apoyaban la neutralidad. Entre los primeros se encontraban los simpatizantes de los Estados Unidos y Gran Bretaña y, entre los segundos, los germanófilos.

Rafael y su grupo de amigos estaban fragmentados igual que la sociedad argentina. La señora Ángela y Soledad se preocupaban por los millones de muertos de los que hablaban los periódicos y los cinematógrafos, ese era el gran motivo que las conducía a ser neutrales. Fabián también se declaró neutral, él no se cansaba de repetir: «No se nos ha perdido nada en esta guerra». Domingo, por el contrario, convencido aliadófilo, pensaba que había que intervenir al lado de «los norteamericanos, sobre todo, después de lo sucedido en Pearl Harbor». Añadía que toda América debía luchar junta. Rafael y Rachel, aunque también aliadófilos, abogaban continuamente por la neutralidad. Domingo les acusaba de estar vendidos a los británicos, igual que el gobierno corrupto del presidente Castillo, añadía que, desde que se había acabado la democracia en Argentina, los ingleses dirigían la economía del país y se estaban quedando con todo y «si no nos

necesitaran para comer, ya veríais lo poco que les interesamos».

A pesar de estas disputas, la decisión gubernamental de mantenerse neutrales y no enviar tropas a ninguno de los contendientes no pareció afectar a los habitantes del país en su vida cotidiana. Por ello, el matrimonio Bernal podía disfrutar de su acomodada posición.

Rafael había vuelto a solicitar el pasaporte español y mantenía contacto con sus hermanas, aunque no tan habitualmente como antes. Ellas le informaban sobre su salud y preguntaban por la de él, nunca por Rachel. En una de sus cartas, le comunicaron que Loli había sido madre. Las dos menores aprovechaban todas las misivas para hablar de Puri, la mayor, y de su acomodada situación. Había heredado las dos pagas que antes recibía la madre. En caso de contraer matrimonio, se las quitarían. Ya pasados los cuarenta, Toñi aseguraba que no entraba en los pensamientos de la mayor perder su bienestar y tranquilidad «por una pasión carnal». Dueña absoluta de su vida, no daba explicaciones a nadie de cómo gastaba el dinero. Además, Santiago había descubierto varias posesiones inmobiliarias a nombre del padre que habían alquilado, lo que aumentaba los ingresos mensuales de Puri que, a pesar de ser soltera y tener más de lo que necesitaba, se negaba a compartir con las otras. Las más jóvenes se quejaban que ellas, en cambio, sí necesitaban la ayuda económica de su hermano porque los hijos gastaban mucho. Rafael dejó de enviar dinero.

Moseman también continuaba con sus mensajes, en uno de ellos informó que deportaban a millares de judíos a un campo de concentración en Auschwitz —el empresario recordó que había visto ese nombre—. En otro, les contó que en el gueto de Varsovia había un grupo organizado que salía al exterior para relatar lo que sucedía. Las historias resultaban aterradoras.

En julio de 1942, en pleno invierno austral, se conoció la persecución judía en París y el encierro en el velódromo de miles de personas. También Francia los entregaba a los alemanes. Rachel habló con su marido, le necesitaban de nuevo. Desde que comenzó su discurso, Rafael se puso a la defensiva, sabía que ella siempre acababa convenciéndole y que él se dejaba convencer. Hacía tiempo que no podía negarle nada. A veces se preguntaba si su esposa le amaba de la misma manera incondicional y si se hubiera arriesgado de igual forma por él. Esta vez no pensaba ceder.

—Necesitamos que vayas a Francia —le rogó Richi— y que entables amistad con alguien de la embajada española, alguien que nos pueda ayudar a sacar a los judíos y llevarlos a España.

—Y por qué no con la embajada argentina. Conocemos gente del gobierno, podríamos hablar con ellos para que, desde las legaciones europeas, les ayuden.

—¿De verdad crees lo que estás diciendo?

—No te entiendo.

—Querido, eres más ingenuo de lo que aparentas —sonrió ella con tristeza—. Sabemos

que, desde 1938, se ha ordenado a los cónsules argentinos en Europa negar visados a judíos. —Paró unos segundos para afirmar con rotundidad—. Los nazis también están aquí y los últimos gobiernos les dejan actuar a sus anchas. No podemos pedir ayuda oficial.

—¿Cómo sabes eso? ¡Déjalo! —añadió de inmediato—, prefiero que no me cuentes nada. Lo que no entiendo es por qué crees que España no les devolverá a Alemania.

—No estoy pidiendo que solicites la ayuda de la embajada, tienes que encontrar a uno de esos funcionarios dispuesto a colaborar, bien por humanidad, bien por interés económico.

—Pues busquemos a funcionarios argentinos dispuestos a cobrar, en lugar de ir yo a Europa.

—Ya lo hacemos. ¿Por qué te crees que no han dejado de llegar judíos? La corrupción nos favorece.

—Entonces, si ya estáis pagando a los funcionarios de las embajadas argentinas, ¿por qué me necesitas a mí? —insistió Rafael.

—¡No lo entiendes cariño! La situación en Francia es terrible, ahora, también debemos sacar a los franceses y a los que habían huido a ese país. En cualquier momento, los alemanes lo invadirán del todo, hay que ayudarles a escapar antes de que eso ocurra. Intentaremos que atraviesen España hasta Portugal. Aunque también existe la posibilidad de sacarles en barco y ahí te necesitamos. De nuevo compraremos telas para la tienda. Hay que salvar a mucha gente. Nos vendría bien conseguir documentos españoles — Rachel calló unos instantes, pero como él no dijo nada, continuó—. Al comienzo de la invasión francesa, hubo un diplomático español que sacó a miles de judíos, su gobierno le destituyó cuando supieron lo que estaba haciendo. Queremos que alguien ocupe su lugar. Él lo hacía por humanidad, nosotros estamos dispuestos a pagar, si es necesario. Y, aunque le destituyeron, no le entregaron a los alemanes, le cambiaron de destino, quiero decir que el funcionario que nos ayude no arriesga la vida...

—¿No crees que pueda haber otro funcionario dispuesto a sustituirle sin que se necesite mi presencia?

—No, hay que buscarlo y ahí entras tú, si lo encuentras, mejor para todos. Sin embargo, también debes buscar a alguien que quiera ganar dinero. Cualquiera que nos ayude correrá demasiados riesgos: que los nazis le detengan, que su gobierno le cese... Si a cambio de esos peligros, desea enriquecerse..., lo entenderemos.

—Y cómo puedo yo reconocer a esa persona.

—Ese es el riesgo. Desde el primer momento, tienes que encontrar alguien dispuesto a colaborar, si te equivocas, puedes acabar en la cárcel. Una vez que contactes con



alguien, nosotros nos ocuparemos.

—Sigo sin comprender por qué tengo que ir. Eso lo podría hacer cualquiera. Tú lo has dicho, os ocuparéis de todo.

—No, Rafael, te necesitamos porque también eres español y como tal entrarías en Francia sin problema. En estos momentos, no es fácil para los judíos contactar con funcionarios de legaciones extranjeras. Necesitamos personas ajenas a nosotros y no conocemos a nadie que sepa la existencia de la organización y no sea hebreo, salvo tú. Además, tienes a favor que puedes entrar con un pasaporte de España.

—Aún no lo tengo —Rafael buscaba excusas sin lograrlo.

—Te ayudaremos a conseguirlo.

No deseaba volver a enfrentarse a los nazis. Habían pasado dos años desde su interrogatorio por un militar acompañado de dos civiles y, aunque entonces no conocía los uniformes ni las insignias, estaba seguro de haber estado en manos de un oficial de las SS, la organización militar nazi, y de la Gestapo, la policía secreta. Si durante esa retención, aún conocían poco de él, ahora ya sabrían que estaba casado con una británica de nombre Rachel Ackerman. Si cotejaban datos, y conociendo a los alemanes seguro que lo harían, descubrirían las raíces alemanas y... judías de ella, además de su primer matrimonio. Eso unido a su relación con Moseman..., era lógico que sospecharan que sus viajes a Europa tenían algún interés además de la venta y compra de telas.

Había leído que la Gestapo torturaba a los detenidos de tal forma que todos acababan delatando a sus compañeros, incluso los padres a los hijos y los hijos a los padres. ¿Resistiría él la tortura? Sabía que no. Por eso tenía miedo. Si regresaba a Europa y le detenían, hablaría por los codos, lo sabía. Se negó a viajar. Rachel le intentó convencer con argumentos y halagos. Rafael siguió en sus treces. Entonces, le ofreció dinero, David ingresaría una enorme suma en la cuenta de *Rafaber*. Eso le dolió enormemente, de nuevo intentaba comprarle. Su negativa fue más rotunda. Ella recurrió al enfado, le echó de su dormitorio y apenas le hablaba.

Rachel era una activista convencida. Aparentaba ser una elegante mujer de la alta sociedad, dedicada a divertirse, interesada solo por la moda y las fiestas. Hasta él pensó que era así, cuando la conoció. Incluso sus mejores amigos, Fabián, Ángela, Domingo y Soledad, la veían distinguidamente frívola, sin preocupaciones. Sin embargo, había engañado a todos. Luchaba en la sombra enfrentada a un país poderoso. Odiaba a los nazis con todas sus fuerzas y dedicaba su vida a combatirlos. Si no viajaba a Europa, la perdería, estaba seguro. Ella regresaría a Inglaterra y buscaría otra manera de lograr sus fines. La veía capaz de intentarlo por sí misma, aunque la detuvieran, o de buscar otro hombre al que convencer. Ese pensamiento le enloqueció y acabó por aceptar. La esposa, feliz ante el cambio de idea, aseguró que no correría peligro, le estarían vigilando y ayudando en todo momento: «¿Cómo puedes pensar que yo te dejaría caer en manos de esos asesinos?». No respondió cuando le hizo la pregunta.

De nuevo, Rafael organizó un viaje con la excusa de comprar telas extranjeras. No era raro pensar que muchas fábricas europeas habrían cerrado, sería difícil conseguir realizar algún pedido, sin embargo su esposa y David estaban seguros de que lo conseguiría. Para tranquilizarse, pensaba en el negocio, intentaría comprar e introducir en Buenos Aires la famosa *toile de Jouy*, siempre le habían gustado esos diseños franceses. Y, por fin, llevaría las alpacas argentinas, no solo los malos algodones que solía vender. Moseman había pedido que viajara con muestrarios y él sospechaba qué significaba. Creó uno nuevo con las mejores lanas de alpaca, a cada muestra le puso un número de seis cifras, convencido de que era lo más acertado.

El señor Bernal llegó a Lisboa a principios de agosto con la intención de pasar a Vichy y buscar a algún diplomático dispuesto a ser sobornado. Entró en España por la frontera gallega. Evitó Madrid, no pensaba visitar a sus hermanas, ni siquiera las había hablado de su viaje, se dirigió a Francia atravesando el País Vasco.

Poco antes de subir al tren en la capital portuguesa, le habían entregado su nueva documentación española. No supo quién era el hombre que se la dio. Se presentó como un empleado de *Reynolds & Co*, era la contraseña, le pidió que firmara la entrega, como si fuera lo más normal. Antes de despedirse, añadió que solo podía utilizarlo para entrar en Francia y salir de ella.

Dentro de la carpeta que recibió, iban los nombres de una serie de fabricantes textiles franceses, así como varias tiendas en París que debía visitar y un sobre en cuyo interior encontró el pasaporte español. En él, su nombre se había escrito a mano de forma precipitada, de manera que, al leerlo, varias letras se podían confundir. Parecía llamarse Rafael María Bemol Pomes. La r y la n de Bernal se habían juntado convirtiéndose en una m, y la a se había transformado en una o, cambiando el palito. Lo mismo había pasado con Torres, su segundo apellido, y la T, además, se había convertido en una P. Su dirección era la casa paterna en Madrid. Parecía que el funcionario había cometido una serie de errores por ir demasiado rápido. Errores buscados para ayudarle en su misión.

Entró en Galicia con su pasaporte argentino y salió del país con el español. De esa manera dejó constancia de que Rafael María Bemol Pomes pasaba la frontera por primera vez, mientras que Rafael Bernal Torres continuaba en España.

Llegó a Vichy sin contratiempos, buscó alojamiento y, una vez resuelto, se presentó en la embajada. No tuvo que esperar, no hizo cola como el resto de las personas, en su mayoría extranjeros solicitando visados para entrar en la península. Su petición resultó extraña, pretendía viajar a un lugar del que todo el mundo deseaba irse. Comentó con el funcionario que le atendió la triste situación de los refugiados, y se apenó sobre todo por los judíos. El otro no contestó, él insistió sin obtener respuesta. Al salir, se sintió fracasado.

No sabía cómo podía reconocer a un funcionario que le ayudara. Regresó al día siguiente para

retirar el documento. Tenía una nueva idea, iba a pedir una entrevista con el encargado de los asuntos comerciales, así ganaría tiempo y conocería a más personal de la embajada. Sin embargo, no pudo hacer su petición, el funcionario del día anterior le reconoció al entrar y le pidió que le siguiera. Le llevó a un despacho donde una secretaria le hizo tomar asiento. Rafael se intranquilizó, pensó que habían descubierto su pasaporte falso. De inmediato recordó que no lo era, simplemente sus datos estaban mal escritos. Eso le hizo suponer que se habían dado cuenta del error y le habían reconocido... Cualquiera cosa que imaginaba era mala.

No supo calcular el tiempo que estuvo esperando, se le hizo larguísimo. Por fin salió un hombre alto y con tendencia a la gordura, tendría diez años más que él, probablemente estaba cerca de los cincuenta, llevaba un buen traje y su rostro mostraba simpatía. Le extendió la mano, se presentó como Antonio Fernández Serrano, abogado, y le hizo pasar a su despacho. Tras unas palabras de cortesía, le preguntó cuál era el motivo de su viaje a París. Rafael le explicó que se dedicaba al negocio textil y pretendía importar tejidos, llevaba una serie de direcciones de fabricantes y dueños de almacenes con los que pensaba contactar para proponerles colaborar, ahora los franceses vendían más barato y seguro que preferían comprar a otros países que no fueran Alemania o Italia, cuyos precios eran muy exagerados.

—Usted lo que pretende es aprovecharse de las circunstancias.

—Pretendo ganar dinero, soy un empresario. —Respondió Rafael con amabilidad como si no le hubiera escuchado.

El diplomático le preguntó con qué firmas trabajaba. Sin titubear, dio el nombre de su amigo Tomás Ramos en Sevilla:

—Pero usted reside en Madrid, según su pasaporte —fue la respuesta de Fernández Serrano.

—Así es —aseguró con firmeza Rafael—. Soy un agente comercial. Vendo telas del señor Ramos en Madrid trabajo con *Pañerías Inglesas* en la calle del Correo, y a *Almacenes Prats* en Atocha, entre otras, ¿las conoce? —eran las tiendas a las que había ido tantas veces de niño con su madre, no podían pillarle—. Ahora intento conseguir telas francesas para venderlas en nuestro país.

—¿Supongo que también representará textiles catalanes?

La cara de asombro de Rafael, hizo añadir al funcionario.

—Lo digo por sus apellidos.

—Soy de Madrid y siempre he vivido ahí —mintió—. Si le soy sincero, no conozco el origen de mis apellidos. Pero realmente lo que me ha traído aquí son los tejidos galos.

—Aseguró sonriente.

El otro le felicitó por su coraje. Le explicó que viajaba a una zona de conflicto y tendría que vigilar sus documentos, muchos intentarían robárselos al darse cuenta de que era un extranjero.

Rafael demostró preocupación por el tema. Había observado cuánta gente solicitaba visados en la embajada con la intención de huir de los territorios ocupados. Su interlocutor lo confirmó, el empresario aprovechó para comentar la terrible situación de los judíos y la falta de ayuda mundial a ese problema. El otro le miró interrogante y dijo:

—El año pasado expulsaron de aquí a un diplomático, Eduardo Propper de Callejón. Le expulsaron por expedir visados a todos los judíos que lo solicitaban, tanto en París, antes de trasladar la embajada, como en Burdeos o aquí —el abogado siguió ante el silencio del empresario—. Su buena voluntad ha sido castigada con su traslado a Larache, en un puesto inferior a su cargo... —Calló dejando que Rafael meditara sobre su información—. Esa buena voluntad y esa disposición a ayudar a los judíos, al final, fueron castigadas. No creo que haya muchas personas dispuestas a perder tanto por... ayudar —recalcó la palabra—. Quizá ahí encuentre usted el motivo.

Rafael cambió de conversación, no parecía la persona que necesitaba, había insinuado tener miedo. El diplomático siguió mostrándose simpático, incluso le informó de todos los pasos burocráticos y aranceles, así como a los organismos que debía dirigirse. Y hasta aceptó que le invitara a comer a un lugar que Bernal le pareció excesivamente caro para un país ocupado. En el restaurante, no había más extranjeros, solo franceses poco afectados por el conflicto bélico. Hablaron detenidamente del negocio que pretendía realizar. En un momento dado, Rafael insistió sobre su visado, cuándo se lo entregarían, aún no lo había recibido y pensaba que él era el encargado de dárselo. El diplomático le aseguró que al día siguiente. Le citó por la mañana. No durmió bien y llegó a la cita nervioso, llevaba más de dos días en la ciudad y nadie de la organización se había puesto en contacto con él, tampoco sabía cómo reconocer a la persona que debía hacerlo. Era aún temprano, aunque el diplomático le estaba esperando. Le recibió con la misma simpatía del día anterior. Sin apenas preámbulos, le entregó su documentación. Recibirla le dio una cierta tranquilidad, de la que el otro se percató y aprovechó para decir:

—Recuerda usted la conversación de ayer.

La mirada de Rafael demostró que no sabía a qué se refería.

—Le conté lo que le había ocurrido al diplomático que ayudó a los judíos.

—¡Ah, sí! —contestó Rafael sin entender a dónde iba a parar aquello.

Fernández le miró fijamente y aseguró con rotundidad:

—Si yo tuviera que arriesgarme a algo así, cobraría. Me aseguraría de sacar beneficios, por si me ocurriera algún percance, ¿me comprende?

—O sea, se aprovecharía de las circunstancias —respondió Rafael con ironía.

Antonio se echó a reír y añadió: «Veo que me ha entendido». Se hizo un silencio incómodo. El empresario no supo qué decir, lo que aprovechó el funcionario para añadir:

—Si quiere hacer negocio, cualquiera que sea el asunto. No lo dude, yo soy su hombre.

Rafael continuaba en silencio, parecía no saber qué hacer ni qué responder. El abogado, ante su mutismo, siguió con cierto sarcasmo:

—Si aún desconfía de mí, sepa que podría haberle delatado el primer día, don Rafael Bernal Torres —el rostro del interpelado cambió del desconcierto al temor—. De nacionalidad argentina, casado con una judía alemana, por origen y matrimonio, Rachel Ackerman. La Gestapo estaría encantada de saber que ha regresado a Europa. Hace tiempo que nos pasaron su nombre como un peligroso espía.

—Le juro que no soy un espía —fue su única respuesta, aún atemorizado.

—Lo sé, si sospechara que es usted un espía ya le habría denunciado. Lo que pretende es ayudar a los judíos, lo ha dejado claro desde el primer momento en todas sus conversaciones, se ha significado mucho en ese aspecto. Pero para los nazis eso es lo mismo que espiar.

—Tampoco mi esposa es judía, nació en Inglaterra y es de religión anglicana.

—No es esa la información que me dieron. Aunque da igual, cuando los alemanes se interesan por alguien, no importa lo que haya hecho, para ellos siempre es culpable —sonrió buscando la complicidad de Rafael, este seguía serio—. Yo pregunté a un miembro de las SS, al que conocí en Berlín, por qué le buscaban, su respuesta fue contundente, exigían que les avisáramos si venía a Francia, como así ha sido, y el motivo de su detención era el que ya nos habían comunicado. Para justificar mi pregunta, le expliqué que yo había tenido un compañero en la Universidad Central que respondía a esos apellidos, lo que es verdad, pero no se llamaba Rafael.

—Se llamaba Matías, si se refiere usted a mi hermano.

—¡Por supuesto, debí imaginarlo, es usted hermano de Matías! —contestó de nuevo alegremente—. Cuando le vi por primera vez, sus rasgos me resultaron familiares, aunque no nos conocíamos. ¿Y qué hace él?

—Murió en la contienda.

—Lo siento. Espero que fuera apoyando El Alzamiento —dijo tras unos minutos de titubeo.

—Así fue —contestó con una seguridad increíble.

—¿En qué batalla?

—Antes de entrar en Madrid, en la Ciudad Universitaria.

—¿También participó usted en la lucha?

—No, yo estaba ya en Argentina. Emigré muy joven. Resido en Buenos Aires y me dedico al negocio textil, eso es cierto. Incluso este viaje también lo he hecho para comprar y vender telas.

—No tiene que darme explicaciones. Prefiero no saber nada sobre sus movimientos.

—Perdone si yo se las pido, ¿por qué no me ha denunciado? Me gustaría saberlo.

—Piense lo que quiera, que no me gusta cómo nos exigen los alemanes obediencia, que no quiero delatar al hermano de un compañero, que no tengo por qué denunciar a un español..., o que quiero dinero. Esto último sería lo más acertado —añadió con cinismo.

Rafael no le preguntó por la relación con su hermano, de tan nervioso que estaba. Contó el auténtico motivo de su viaje. En efecto, se ocupaba de conseguir sacar a los judíos de territorio alemán. Conocía la historia de Eduardo Propper de Callejón. Desde su cese, no tenían a nadie que colaborara con ellos. En julio la situación había empeorado, los judíos estaban siendo muy vigilados y no podían acercarse a la embajada, por eso necesitaban que les volvieran a ayudar, le pagarían muy bien. Al final le preguntó con cierto temor:

—Cómo me ha descubierto.

—Bemol Pomes, son unos apellidos extraños, cuando me llegó la solicitud los dije en voz alta y, de inmediato, volví a mirar la escritura, no sé por qué recordé a mi compañero Bernal. —Se echó a reír—. Revisé el documento, por si era falso. Es un pasaporte auténtico. El funcionario que lo ha hecho debió cometer un error al escribir su nombre. Resulta muy astuto, simplemente con poner mal unas letras, le cambia la identidad. Quise conocerle para ver si mis sospechas eran fundadas y usted se empeñó en hablar de la persecución a los judíos, eso me confirmó que podía ser la persona que busca la Gestapo, sin embargo, le di pie en varias ocasiones para que confiara en mí y no lo hizo. Al final, he tenido que ser más directo.

Rafael salió de la entrevista intranquilo y temeroso. Le hubiera gustado poder hablar con David y expresar sus dudas y sus miedos. Era el tercer día en la ciudad y aún no se había presentado nadie de la organización. Rachel le había asegurado que lo harían, temía que a su contacto lo hubieran arrestado y también fueran a buscarle, ahora que el diplomático español le había reconocido.

Entró en la habitación tan asustado con sus propios pensamientos que se puso a hacer la maleta. Decidió regresar a España sin despedirse de Antonio Fernández. Sintió miedo. Cómo confiar en un hombre al que no conocía de nada. Por qué fiarse de él, podía estar delatándole en ese mismo momento.

Se ocupaba en guardar el muestrario cuando llamaron a la puerta. Pensó que iban a detenerle, y ese pensamiento curiosamente le tranquilizó, ya no podía hacer nada. Abrió y se encontró con una prostituta. Molesto con el hotel que le había permitido la entrada, iba a responder una grosería. Se detuvo porque algo llamó su atención, se fijó bien en ella y notó que le faltaba ordinariéz. La invitó a pasar. La mujer se dirigió al cuarto de baño, abrió el grifo del lavabo y empezó a hablar muy bajito. Aunque se presentó en un francés perfecto, siguió en español con la misma soltura. Dijo que la mandaba Moseman. Habían tardado en contactar con él por varios motivos, uno para

observar si le estaban vigilando y otro, para investigar a Antonio Fernández Serrano, al que suponían su posible contacto en la embajada. Rafael lo confirmó con un movimiento de cabeza. La mujer aseguró que en la organización conocían la amistad del diplomático con los nazis, se le había visto en varias ocasiones en compañía de oficiales de las SS. Sin embargo, los últimos informes hacían pensar que quizá no fuera mala su elección, al señor Fernández le gustaba la buena vida y estaba claro que no podía permitírsela, habían descubierto que tenía muchas deudas de juego. Confiaban que quisiera ganar dinero para pagarlas.

Él respondió que había declarado la intención de cobrar la ayuda. Además, no tenían otra opción, conocía su auténtico nombre y podía denunciarle en cualquier momento, la Gestapo le buscaba. La mujer se asustó. Si eso era así, tenía que pedir instrucciones. Prometió volver.

Regresó a la noche siguiente, tal como había dicho. Le permitían seguir adelante con el trato. Le tenían bajo constante vigilancia, si estuviera en peligro, le ayudarían de inmediato. «Quiénes», preguntó Rafael. «Amigos», fue la respuesta de ella. Comprendió que no debía preguntar más. La chica le explicó cómo debía hacerse la entrega de visados. Sería en un restaurante. El diplomático comería en él dos días en semana. Recogería allí los datos y las fotos de las personas a las que había que ayudar, toda la documentación estaría en el baño de caballeros, detrás de la cisterna. Los visados, una vez emitidos, se dejarían en el mismo sitio. El español debía abrir una cuenta corriente en un banco en Suiza, donde le ingresarían el dinero. Si ocurría cualquier contratiempo en la entrevista con Antonio Fernández, a la salida de la embajada, se quitaría el sombrero y se pasaría el pañuelo por la frente.

El funcionario fue informado de cómo se realizaría la entrega de visados y se opuso totalmente a ello. Su contrapropuesta fue que alguien, por supuesto, nunca un judío, se acercara a la embajada y preguntara por él añadiendo que deseaba realizar una consulta relativa a su negociado, recibía a todo el mundo. Una vez dentro del despacho, se identificaría. La entrega de los documentos se haría igual, en su despacho. Respecto a «sus honorarios», debían pagarle en oro o joyas el equivalente a lo que habían pensado en francos suizos.

—Los alemanes no son tontos. Nos vigilan a mí y a todos los diplomáticos de Vichy. Si yo cambiara mis costumbres y empezara a ir a un nuevo restaurante asiduamente, sospecharían. Pero lo que yo hago en mi despacho, queda en él. No saben quién entra ni quién sale.

Rafael utilizó la señal convenida para los contratiempos. Explicó a su contacto que el funcionario había establecido otras condiciones. Ese mismo día recibió el consentimiento para aceptarlas.





## Capítulo XXII

1942

Una vez logrado su primer propósito, Rafael Bernal sacó billete para ir a París. Tenía miedo de atravesar la Francia ocupada, no se fiaba de Antonio Fernández, si le delataba, en esa zona nadie podría salvarle. Su contacto le había asegurado que le ayudarían ante cualquier peligro, no terminaba de creerlo. Subió al tren con miedo. Llevaba las direcciones que le habían facilitado en la carpeta entregada en Lisboa y los muestrarios. La mujer de Vichy le había dicho que también debía viajar a Ginebra usando siempre el pasaporte español y alojarse en el *Hôtel Métropole*. Allí le darían más instrucciones.

En París pasó unos días agitados. Realizó su trabajo con rapidez, no deseaba demorarse ni un minuto más de lo necesario, aunque, en realidad, su estancia resultó muy agradable. Las diversiones no habían desaparecido de la capital francesa, a pesar de la guerra, se podía encontrar casi cualquier cosa, por supuesto, de contrabando. Las salas de fiestas continuaban funcionando, en ellas se disfrutaba de la música y del champán igual que en tiempos de paz. No le gustó ese descubrimiento. Le enfadó la alegría de la ciudad.

Nadie le molestó, no le pidieron su documentación, no tuvo la sensación de estar en guerra. Visitó a varios empresarios franceses y algunas tiendas de confección. Las alpacas argentinas tuvieron mucho éxito, recibió varios encargos y en dos sitios se llevaron las muestras para tomar nota, cuando se las devolvieron los códigos no eran los mismos. Rafael no dijo nada, se lo esperaba y, aunque no se notaba a simple vista, hubiera jurado que a esas muestras les habían sacado algún hilo.

Finalizada su misión, se dirigió a Ginebra, siempre atemorizado de que le detuvieran en cualquier momento. El visado expedido por la embajada española le fue de gran ayuda. Ya en Suiza, Rafael se tranquilizó.

Se alojó en el hotel indicado, llegó de noche e imaginó que no le darían de cenar en ninguna parte. Bajó al bar y pidió que le sirvieran lo que hubiera. Un sándwich frío y un plátano con un vaso de leche caliente fue su cena. Al acabar, notó que un señor sentado en una mesa cercana le observaba sin disimulo, de nuevo, aparecieron los nervios, se estaba convirtiendo en un desequilibrado que sospechaba de todo el mundo. El hombre, bien vestido, con aspecto de persona adinerada —su elegante bastón y su distinguido monóculo contribuían a ello—, no le quitaba ojo. Al ver que Rafael se había percatado, se levantó de su mesa y se dirigió hacia él.

—Disculpe que le moleste caballero, hace rato que le estoy observando porque veo que no se ha comido usted la piel del plátano. —Le dijo en un correctísimo francés.

—No, no lo he hecho nunca —exclamó en la misma lengua Rafael aún extrañado.

—Entonces, ¿tendría inconveniente en dármele y que yo me la comiera?

—Por supuesto que no. —Respondió solícito y aún más asombrado, mientras le entregaba el plato con la cáscara.

—Muchas gracias por su amabilidad.

El individuo se sentó de nuevo en su mesa y se comió la piel ante el asombro de Rafael que parecía conmocionado. De cerca, la elegancia del caballero se había convertido en un traje con brillos, causados por el uso, y unos puños de camisa raídos que intentaba disimular. El argentino tuvo conciencia de lo que era una guerra y se sintió mal. Más aún, cuando recordó cómo había comido y bebido en París.

Convencido de que David aparecería al día siguiente, subió a su habitación con el deseo de poder descansar toda la noche. Al abrir la puerta del dormitorio vio la luz encendida aunque no recordaba haberla dejado así. Dio unos pasos hacia el interior y se encontró a Moseman padre sentado en un sillón. Este le saludó afectuosamente, explicándole que no era su intención asustarle, al contrario, había pretendido que le viera nada más entrar. A continuación, le contó que su hijo seguía vigilado, pero nadie se ocupaba de espiarle a él ni a su mujer, por eso podía hacer el trabajo de mensajero, ambos se dedicaban a viajar tranquilamente por el país, como dos ociosos jubilados. Rafael le puso al día sobre el trato con Fernández Serrano, le dio todos los detalles de cómo debía llevarse a cabo. David padre estaba contento, podrían seguir sacando gente, además, con los encargos recibidos podrían fletar barcos sin levantar sospechas. Le informó que en Vichy le visitaría otro fabricante de Lyon, especializado en *toile de Jouy*, como él quería, al que podía encargarle todos los metros de tela que deseara. Necesitaban ayudar a escapar a muchas personas «y no todas pueden conseguir visados, a esas nos las llevaremos en secreto, Rafael».

—Tengo una pregunta, señor Moseman.

—Tú dirás, si puedo darte respuesta, lo haré encantado.

—Cuando Rachel me dijo que era necesario que yo encontrara algún funcionario que ayudara a los judíos, me explicó que a ustedes les resultaba imposible hacerlo porque están vigilados. ¿Cómo es que ahora puede ir alguien a la embajada sin problemas?

—No son judíos los que irán a la embajada a solicitar los visados. Serán franceses los que nos ayuden.

—Y por qué no ha sido un francés el que localizase a Antonio Fernández, en lugar de haber tenido que venir yo a Europa.

Moseman le miró inquisitivo. No entendía la pregunta. Sin embargo, quiso darle la explicación que él creía evidente.

—Necesitábamos alguien de total confianza, era una misión difícil. En efecto, estamos colaborando con franceses que luchan contra los nazis, pero ideológicamente no somos muy afines. Solo nos une el enemigo común. No siempre la gente está dispuesta a socorrernos, tú lo sabes. Ahora hemos conseguido colaborar con los que resisten, aunque también tendremos que pagar a algunos de ellos y... —se tomó unos segundos— arriesgarnos... ¿Es eso lo que te preocupa?

Rafael no dijo nada. Seguía pensando que Rachel le exponía demasiado. Deseaba creer que era porque confiaba en él. Por supuesto, calló el motivo de su preocupación. David cambió de tema.

—Tu próximo destino es Gran Bretaña —le informó el señor Moseman.

—¿Para qué? ¡Yo ya he acabado mi trabajo! —exclamó enfadado, no quería seguir jugando a los espías.

—Esta no es una nueva misión, es una petición de alguien que quiere conocerte y agradecerte lo que estás haciendo.

—Pues que me mande una carta, estoy deseando volver a casa y aún tengo que pasar varias fronteras: la de Suiza, la de Francia y la de España, hasta llegar a Portugal. No deseo demorarme en otro país.

—Desde Lisboa es rápido, y luego ya puedes ir a Buenos Aires. Te están esperando, por favor, acude a la cita.

—Me temo lo peor, ¿no querrán contratarme los británicos? —dijo con sarcasmo—. Ya he hecho mucho por los judíos, no me pidan más —rogó molesto.

—El señor Reynolds quiere hablar contigo. Por favor escúchale, nadie te va a pedir que vuelvas por aquí —aseguró sonriente Moseman padre.

Rafael se mostró contrariado. Deseaba irse lo antes posible de Europa y regresar junto a su amada Rachel. Ahora le enviaban a Inglaterra. Empezaba a hartarse, nadie imaginaba el miedo que estaba pasando. Aseguró que iría para explicar al señor Reynolds que su colaboración se había acabado, su nombre estaba en todas las fronteras de los países ocupados y era una persona buscada por la Gestapo. No correría más riesgos. «Utilicen a otro», añadió enfadado.

—Tienes razón. Tu estancia en Francia es peligrosa, no volveremos a exponerte. Pero no creas que eres el único que lo hace. —Respondió entristecido David.

En Vichy, Rafael se entrevistó con el fabricante de Lyon, este le entregó sus muestrarios, maravillosas *toile de Jouy* y unas espléndidas sedas, se sintió feliz al poder encargarse de los tejidos. El francés le dijo que resultaba increíble poder enviar tanto material, tendrían que buscar una compañía naviera dispuesta a hacer esos viajes a Argentina. «Seguro que no es problema», respondió el argentino, el otro se limitó a sonreír ampliamente. En el hotel, al guardar los muestrarios, se fijó en los códigos identificativos de las telas y, entonces, lo supo, llevaba más

mensajes.

Entró en España sin contratiempos. En la frontera con Portugal, dio su documentación argentina. Y, en Lisboa, otro hombre que se presentó como trabajador de la compañía *Reynolds & Co* le entregó el billete con el que debía volar a Londres, rogándole que le devolviera el pasaporte español. Ni siquiera se extrañó, hizo lo que el individuo le pidió. Estaba tan agotado que parecía uno más de los miles de refugiados.

Al llegar a la capital británica, se presentó en la dirección proporcionada por Moseman. Era una elegante casa en un buen barrio, con verjas delanteras que escondían una escalera hacia la zona de servicio. Cuatro peldaños subían a la puerta principal. Tocó el timbre y le abrió un criado. Preguntó por Thomas Reynolds, no hablaba inglés y no supo la respuesta del hombre, permaneciendo quieto en la puerta esperando que alguien más saliera a recibirle.

Y, de repente la vio. Allí estaba Rachel, tan guapa y sonriente, acompañada de una señora mayor a la que se le parecía bastante. Su esposa le abrazó y, en español, le dijo:

—Bienvenido, Rafael, mi madre no conoce tu idioma y, hasta que no estemos a solas, no deberías hablar en alemán, en este país esa lengua no está bien vista —le sonrió con malicia—. Acompáñanos al salón, por favor.

A continuación se dirigió en inglés al mayordomo que recogió el maletín y desapareció por una pequeña puerta. Ellas caminaron en dirección al amplio salón y él las siguió en silencio, ambas se sentaron en un cómodo sofá y le indicaron un sillón enfrente. Rafael echó un rápido vistazo y pensó que su hogar tenía el mismo aspecto. Las mujeres hablaron algo en inglés y ambas rieron, se sintió estúpido y se dio cuenta de que tenía la boca abierta, aún no se había repuesto de la impresión.

Rachel, que había cerrado la puerta, habló en alemán:

—Querido, te presento a mi madre, Anne Mary Ackerman.

—Siento haber parecido un idiota, pero nunca imaginé encontrarme aquí con su hija. Disculpe mi descuido —dijo de pronto, Rafael, acercándose con la mano extendida, tomó la de ella y se la llevó a los labios—. Es un placer y un honor conocerla.

—Mi marido no tardará en llegar, ¿quiere tomar algo mientras esperamos?

—Muchas gracias he comido en el avión.

Estuvieron hablando sobre Buenos Aires y la vida que llevaba el matrimonio en la capital argentina. La señora se interesó por los espectáculos, por las costumbres, por el tango, hizo preguntas sobre asuntos cotidianos.

Hacia las seis de la tarde, volvió a sonar el timbre de la puerta. Una voz grave le hizo pensar que el dueño de la casa acaba de llegar. En efecto, la puerta del salón se abrió para dar paso a un hombre que Rafael reconoció inmediatamente, el señor Reynolds, y que Rachel presentó como Friedrich Ackerman, su padre. De nuevo, el gesto de sorpresa de su marido la hizo reír.

Cenaron juntos una comida muy frugal. Anne Mary contó que había racionamiento y era difícil poder hacer un menú más elaborado en esos momentos. Rafael se acordó de París donde no faltaba de nada y así se lo dijo, ella le explicó que los británicos respetaban mucho las normas. Las raciones de mantequilla, leche y pan se daban exactamente igual a todos y por supuesto tenían preferencia los niños, enfermos y mujeres embarazadas. No era fácil el contrabando.

Su suegro le propuso fumar a solas, mientras las señoras se retiraban. Aprovechó esos momentos para comentar que su hija le había pedido que le informara cómo funcionaba la organización para la que había estado trabajando. Ella se lo había exigido a los responsables, argumentando que Rafael había realizado misiones peligrosas, exponiendo su vida, y se lo debían. Al mirarle a la cara, le vio tan cansado que propuso dejarlo para el día siguiente. Ackerman añadió conocer con detalle la tensión vivida en los últimos días. Era mejor que se fuera a dormir. Por la mañana quería presentarle a unas personas a las que su hija también había exigido que le explicaran cómo les había ayudado. «Le darán las gracias —aseguró Friedrich—, pero no espere nada más. Ni siquiera el reconocimiento público de sus servicios. Aunque, es mejor así», lo dijo sonriendo. «Habla mañana en el coche, ahora vaya a descansar», le despidió llamando a un criado para que le acompañara a su dormitorio.

Sin embargo, no descansó, el encuentro con Rachel fue apasionado y emotivo. Dedicados al sexo y al relato del viaje a Francia, apenas durmieron unas horas. El esposo contaba cómo había sido y la esposa le interrumpía con preguntas y besos a los que él se entregaba con tal dedicación que detenía su historia y tenía que volver a empezar al cabo de un rato.

Por la mañana los dos hombres se levantaron temprano, Rachel les acompañaría a su visita. Ackerman comunicó al chófer que no necesitaría sus servicios.

El suegro, sentado al volante, empezó a hablar en alemán desde el momento que arrancó el automóvil. Rafael iba a su lado y Rachel, detrás, con los muestrarios, ni siquiera le preguntó por qué los llevaba.

—Como le expliqué anoche, mi hija me ha pedido que le cuente el funcionamiento y la historia de nuestra organización. Creo que David y ella le han adelantado algo. Ahora también se merece usted conocer todo nuestro entramado ya que hemos decidido que no vuelva a viajar a Europa. —Se tomó unos segundos antes de continuar—. Como sabe, apenas podemos sacar gente de Polonia o Checoslovaquia y hace tiempo que dejamos de intentarlo con Alemania. Los belgas, holandeses y daneses pensaron que podrían escapar en barco, pero no fue así. Los franceses se rieron de nuestra propuesta, aseguraron que los alemanes jamás atravesarían la línea Maginot. A los griegos no les dio tiempo ni a enterarse de lo que pasaba con el resto de los judíos europeos... Verá que la situación no es agradable para las personas de mi raza. En estos momentos, solo podemos ayudar a

los franceses y no sabemos hasta cuándo. La idea de una Francia libre es una utopía, en cualquier momento la invadirán toda. Así que ha llegado la hora de esperar a ver cómo se desarrolla el conflicto y dejar de exponerle a usted. Sobre todo, desde que sabemos que la Gestapo le busca.

—Por favor, no me hable de usted. En efecto, ya tengo ganas de regresar a casa y permanecer tranquilo en ella, sin tantos viajes.

Ackerman sonrió y empezó a contarle cómo había surgido la organización. «Fue una idea de David Moseman hijo. Es un joven muy impetuoso que nunca dudó de Rachel cuando esta contó los planes del partido nazi contra los judíos. Al conocer el ascenso político de Hitler, propuso a su padre hacer una reunión en Suiza de empresarios y banqueros alemanes en la que les planteó la creación de un «banco clandestino», que funcionara totalmente en la sombra, en el que no debía guardarse dinero porque, si se sacaban grandes cantidades de marcos u otra moneda, las autoridades acabarían por notarlo y lo impedirían. Su plan consistía en comprar joyas y obras de arte, una inversión más fácil de «esconder». Afirmó que durante siglos, al huir de las regiones en guerra, la gente había transportado ese tipo de riquezas en los bajos de las ropas o en los forros de los abrigos. Solo había que imaginar algo parecido... La reunión fue un fracaso, a todos les pareció una idea peregrina procedente de un chiquillo. Añadieron que los nazis nunca les gobernarían, los alemanes no votarían a un partido tan enloquecido, eran un pueblo de orden». «En el treinta y tres, con Hitler en el poder y tras el boicot a los judíos en la zona de Berlín, se organizó una nueva reunión para retomar las conversaciones sobre el tema, algunos empezaban a temer que mi hija tuviera razón, sin embargo, aún hubo reacios a llevar adelante la propuesta de David».

«Después de ayudar a escapar de Múnich a mi hermano y su familia, los Moseman decidieron organizarse para auxiliar a otras personas de origen hebreo que desearan huir con su dinero. Contactaron con los banqueros alemanes y les propusieron poner en marcha el plan. Estos se encargarían de comunicárselo a sus clientes, como puedes suponer, solo judíos, a los que debían pedir que convirtieran su dinero en joyas, oro, plata y obras de arte, siempre que se pudieran esconder fácilmente, como las telas de los cuadros. Si el banco en el que trabajaban no pertenecía a alguien de la comunidad hebrea o tenían personal ajenos a nosotros, estos no debían conocer la iniciativa. Los primeros clientes con los que debían contactar tenían que ser las personas más respetadas y enriquecidas de nuestra comunidad. Los banqueros les firmarían la entrega de dichos objetos por el valor estipulado en ese momento y les aconsejarían guardar el documento original en algún escondite de manera que, si les detenían o registraban sus casas, no pudieran encontrarlo, y enviar la copia a un apartado de correos en Zúrich. Si ellos, por cualquier motivo, querían recuperar sus pertenencias, solo debían poner un anuncio en *The Times*, en la sección de clasificados. El texto era muy sencillo, iría dirigido al banquero al que habían entregado dichas

pertenencias, rogando que les devolvieran los objetos prestados, firmar con su nombre y poner la clave que se le había adjudicado, más un apartado postal. Diariamente en *Reynolds & Co* se lee el periódico buscando dichos anuncios. Cuando aparece alguno, cosa que ha sucedido, ya que hubo gente que huyó antes de empezar la guerra, nos ponemos en contacto a través del apartado postal y, dependiendo de dónde se encuentren, se les entrega en persona o se les da una dirección donde pueden recoger su dinero en la moneda que prefieran, descontando una cantidad por lo que llamamos «gastos de servicios». Nunca hemos hecho una entrega en territorio ocupado, evitamos en todo momento que los alemanes obtengan nuestro dinero». Rafael seguía atentamente el discurso de su suegro sin interrumpirle.

«Al principio, como te he explicado, nuestro clientes fueron importantes empresarios, inversores, abogados, médicos, artistas... Más tarde se corrió la voz entre la comunidad judía y llegaron personas más humildes que no tenían la intención de irse de Alemania, pero tampoco deseaban que sus escasas propiedades cayeran en manos de los nazis. A la vez que todo empezó a funcionar, también nos pusimos en contacto con austriacos, polacos y checoslovacos. Mi hija insistía en que serían los primeros países invadidos. Estos tardaron en reaccionar, pero los discursos de Hitler terminaron por convencerles de que debían sacar sus fortunas».

«Por razones obvias decidimos «abrir el banco» en Suiza. Hasta aquí, todo resultaba sencillo, eran banqueros los encargados de recoger el patrimonio judío y entregarlo a otro banco. El problema estaba en cómo sacar esas riquezas de los diferentes países sin levantar sospechas y cómo llevarlas al lugar elegido. Lo más rápido hubiera sido en camiones. Sin embargo, no podíamos exponernos a eso. ¿Banqueros judíos enviando camiones a Suiza? Lo hubieran descubierto inmediatamente. Teníamos que buscar otra manera y dar, a la vez, un aspecto de normalidad, aunque esas riquezas estuvieran viajando por todo el mundo».

«Desde el primer momento supimos que los hebreos eran vigilados, así como las actividades que realizaban. Necesitábamos un negocio que nos permitiera exportar de Alemania productos sin levantar sospechas y camiones o barcos para transportar esos productos que, a la vez, debían esconder nuestras riquezas. Se barajó la idea de buscar alguna empresa de importación y exportación en Francia o Inglaterra, pero acabamos concluyendo que resultaría menos expuesto enviar nuestro dinero a otro continente y de allí traerlo de nuevo a Suiza, creímos que no sospecharían de las mercancías llegadas de países lejanos ni de las enviadas a esos lugares. Fueron muchas las naciones propuestas. Al final, solo quedaron dos, Argentina y Brasil, a ambos estados, con una economía floreciente, les podría interesar comprar productos alemanes y vender los suyos propios. Rachel fue la encargada de establecerse en el lugar donde encontráramos una empresa adecuada y ocuparse de controlar el negocio».

«También en el treinta y tres, muchos judíos habían salido de Alemania refugiándose en Argentina. Por otro lado, en Brasil había demasiados alemanes afectos al nazismo con relaciones

comerciales. Así que definitivamente optamos por tu país, donde mi hija se trasladó. Primero intentamos lograr una empresa dirigida por un judío que quisiera ayudar. No la encontramos. Fue una casualidad que Rachel entrara un día en tu tienda y se fijara en ti. Ella pensó que eras el dueño. Descubrimos que no era así, pero que acabarías heredándola. ¿Por qué no ayudarte a lograrlo antes y de paso conseguir nuestro objetivo? No podíamos contarte la verdad, el secreto era primordial en nuestra organización. Así que Rachel se inventó que no tenía papeles y necesitaba un matrimonio de conveniencia para legalizar su situación. Haría ver que te devolvía el favor comprando la tienda, a continuación, te propondría el negocio de importación y exportación de telas. Por lo visto, le habías asegurado que querías ser millonario antes de los cuarenta, imaginó que aceptarías su ayuda de inmediato. Pero no resultó tan fácil y tuvo que ir más despacio. Estaba segura de que, si te presionaba, te perderíamos, y ya no podíamos volvernos atrás. La idea era divorciarse cuando todo estuviera en funcionamiento, te dejaría la tienda y ella se ocuparía del negocio de importación y exportación. A finales de 1935, nos confesó que se había enamorado de ti y deseaba seguir siendo tu esposa, nos convenció de que, aunque nos descubrieras, nunca nos delatarías. Y tenía razón». Ackerman calló un momento, pendiente de la circulación. Rafael pensó que era la primera vez que conocía los sentimientos de su mujer a través de otra persona, eso le hizo feliz. Se volvió y la sonrió, ella le miraba expectante.

«Antes de que Rachel contactara contigo —continuó—, incluso, antes de que te conociera, abrimos una oficina, *Reynolds & Co*, dedicada a la asesoría de empresas para inversiones. Moseman se ocupó de ello. Le dimos un nombre británico para no identificarla como judía; incluso la casa madre la establecimos en Londres. Por supuesto que asesorábamos, a nuestros «banqueros clandestinos». Yo pasaba por la oficina de vez en cuando y me hacía llamar señor Reynolds, los trabajadores son todos británicos y desconocen el trabajo paralelo que hacemos. Si alguien sospechaba y nos vigilaban, todo parecería normal. Viajé a Suiza para conocerte cuando fuiste por primera vez. Incluso te hablé en inglés, para que no pudieras decir nada sobre mí, salvo que me habías visto en una ocasión».

«Desde el primer día, tu elección fue un acierto, las telas eran ideales para mandar objetos. Los barcos salían de Alemania cargados de joyas que regresaban a Europa de la misma manera, como muy bien descubriste. En efecto, volvían en la telas que tú mandabas. Pero no iban a Suiza directamente como te dijo mi hija. Llegaban a Lisboa o a Marsella, ahí se separaban los rollos con los objetos de valor del resto, estos últimos se recogían en camiones para ser distribuidos, a través de un comerciante judío, en los mercadillos ambulantes. Nunca llegaron a tiendas o almacenes. Las telas con las joyas se descargaban también, pero de manera secreta, ocultándose en camiones con otros productos cuyo destino era Suiza. La organización se encargó de buscar personal de total confianza que se ocupara de hacer ese trabajo, y que también desconocían qué mercancía transportaban. Siempre fuimos muy precavidos. Una vez, en territorio suizo, de los



camiones se sacaban las telas y se llevaban al «banco». Solo una persona se ocupaba de ese último traslado. La persona que lleva «la caja». Esa persona nos comunicaba lo que le habían entregado, nosotros lo comparábamos con las anotaciones de David, o sea las de los banqueros y las copias de los propietarios, y con la que nos llegaba desde Argentina. David hijo y Rachel se ocupan, pues, de facilitarnos los asentamientos, pero también hay un «cajero», que solo conocemos tres personas, encargado de controlar las cuentas y de guardar el patrimonio».

«Moseman hijo debía haber sido ese cajero, sin embargo, después de discutirlo, en la organización decidimos buscar a otro. Al vivir en Suiza y dirigir *Reynolds & Co*, sería el primero del que sospecharan los alemanes cuando descubrieran que era judío y se relacionaba con empresas judías en territorios nazis. Supusimos que podrían espiarle, como así fue, según nos informaste tú mismo. Nadie que diera la cara en el negocio de exportación e importación podía tener muchos datos sobre la estructura de la organización. Aunque, por si ocurriera algo a nuestro cajero, hay un documento donde se establece el emplazamiento exacto del banco. Ese documento lo tiene una persona que, por ahora, está fuera del alcance de los alemanes».

«Desde hace un tiempo, es imposible sacar más objetos. Hasta este momento, hemos logrado reunir un tesoro que está siendo utilizado para ayudar a escapar, no solo a sus dueños, sino también a otras familias. El dinero recaudado se emplea en socorrer a todos los judíos. No sabemos cuánto durará esta guerra y tampoco si los alemanes la perderán, muchos creen que eso no va a pasar. Pero mientras dure el conflicto, nosotros somos los guardianes del «banco», tenemos poderes sobre «los ingresos realizados», concedidos por sus auténticos dueños, para utilizarlos empleándolo en vencer a los alemanes y en rescatar a los judíos que podamos».

«Sabemos que algunos de los que nos confiaron sus propiedades han... desaparecido, estas seguirán en el banco hasta que acabe la guerra y sepamos si queda algún familiar con vida para heredar, en ese caso, se le devolverá, aunque siempre se le descontarán los intereses generados. Con eso mantenemos la organización y pagamos los gastos, como la compra de tus telas y el envío de barcos». De nuevo se interrumpió pendiente de la maniobra de otro coche.

«Respecto a Rachel —siguió contando—, es cierto que su primer marido la estuvo reclamando hasta el día del comienzo de la guerra. Puede que, en ese momento, no supiera dónde se encontraba, ahora estamos seguros de que ya lo sabe. Como te informó el diplomático español, conocen vuestro matrimonio, un motivo para sospechar de ti y encarcelarte si te pillan en territorio ocupado».

El señor Ackerman, se tomó un momento de descanso, miró a Rafael invitándole a hacerle las preguntas que quisiera, pero este permaneció callado. Estaba recibiendo demasiada información y, en el fondo, prefería permanecer en la ignorancia. Temía que la organización le encomendara más trabajos, solo deseaba volver a su casa y a su tienda. Agradecía la confianza, pero no quería verse tan inmiscuido. El padre de Rachel, sin embargo, estaba decidido a contárselo todo, sin duda

obligado por su hija.

Tras unos minutos, el británico retomó la conversación:

—Hay otra cosa que quería contarte. Pero creo que deben hacerlo otras personas a las que vas a conocer hoy.

Se detuvieron delante de un edificio oficial. Estaba rodeado de sacos de arena y protegido por militares que solo dejaban pasar a personas acreditadas. Rafael llegó a leer «Department», pero no el resto. El señor Ackerman conocía bien el sitio y, a él, los policías de la entrada que le dejaron pasar saludándole por su nombre, tras comprobar la documentación de los acompañantes. Subieron en un ascensor y continuaron por un largo pasillo hasta llegar delante de una puerta que tenía un número, 421. Era una sala de reuniones con una amplia mesa y muchas sillas rodeándola. Un militar británico y varios civiles les esperaban, se pusieron de pie cuando ellos entraron y fueron estrechándoles la mano a la vez que decían su nombre. Rachel reconoció a uno de ellos al que abrazó con mucho cariño, tras el abrazo, se lo presentó a su esposo, su tío Siegfried Ackerman. Rafael le reconoció, también había estado en la primera reunión en Zúrich, «es usted muy observador», dijo este. Su mujer entregó los muestrarios al oficial, el militar llamó a un soldado y se los dio mientras le explicaba algo en su idioma. Luego les pidió a todos que se sentaran y, en perfecto alemán, se dirigió a Rafael:

—Sabemos que es una de las lenguas que habla usted. Le pido disculpas por no poder dirigirme en español —se excusó—, pero creo que en alemán nos entenderemos todos los presentes.

Continuó agradeciendo lo que había hecho por su país, ayudándoles a combatir a los nazis. Le explicó que le recibían en uno de los organismos gubernamentales de Industria porque, debido a los tiempos que corrían, era mejor prevenir, aunque él, ni el resto de los presentes, se dedicaban en realidad a eso. Todos sonrieron. A continuación, añadió:

—Iré directo al asunto que nos ha traído aquí. En efecto, como usted supuso desde el primer momento, a través de los muestrarios de telas se han enviado mensajes. Mensajes que son de gran interés bélico y que «su organización» creyó conveniente poner en nuestro conocimiento. Sin que usted lo supiera, nos ha estado ayudando y por ello le damos las gracias. Aunque nunca se le explicó lo que hacía, supimos de sus sospechas, y más tarde comprobamos que había descubierto cómo se transmitían los mensajes. Al sacar un hilo en las esquinas, aunque no hubiera avisado al señor Moseman, nos habríamos percatado de que conocía nuestras claves, ya que no era solo eso lo que hizo —calló y miró a Rafael, este asintió con la cabeza—. Fue muy astuto cambiando los códigos de las muestras polacas y dándolas un número, los alemanes comprobaron que todas estaban identificadas de la misma manera, sin embargo, las cifras que usted puso no podían confundirse nunca con las nuestras —lo dijo con ironía—, eran números

imposibles geográficamente.

—Me halagan al pensar que soy más listo de lo que imaginan —le interrumpió Rafael—. Ciertamente me había fijado que todas las telas marcadas tenían un código de cifras, mientras que las no marcadas podían tener un nombre o también un número identificativo, pero nunca tan elevado y siempre acompañado de alguna letra. Sin embargo, aunque supuse que era una clave, no sabía qué podían significar esos números.

—Querido amigo, son coordenadas geográficas. Las telas marcadas se identificaban con unas cifras que correspondían a unas coordenadas. Solo había que buscar el mapa de esas coordenadas y poner encima la tela. Donde estuviera la marca, ahí estaría exactamente el objetivo a destruir. —Siegfried acababa de decirle lo que él había sospechado sin atreverse a confesarlo.

—En efecto —el oficial volvía a hablar—, ustedes nos han estado pasando información clave sobre fábricas, puentes, estaciones, bases aéreas... Sus telas nos traían las coordenadas de ciertas ciudades en las que había fábricas de armamento o químicas, el hilo marcado, solo visible con una lupa, era el lugar donde se encontraba el objetivo que podía interesar a los servicios secretos británicos. Si se ponía la tela sobre el mapa de dichas coordenadas, la señal mostraba el objetivo. De ello se ocupaba la señora Bernal, que nos lo transmitía. Por eso, no todas las telas elegidas tenían marcas, como muy bien notó. —Se interrumpió un momento, antes de seguir—. Ahora, ya no puede ayudarnos. Está buscado por la Gestapo, si vuelve al continente y le descubren, le detendrán. Este ha sido su último viaje para traernos información en las muestras —miró a Rachel, antes de continuar—. Su esposa nos pidió que le informáramos de cómo nos había ayudado, nos dijo que usted había demostrado su lealtad y colaboración sin exigir nada, le debíamos esta explicación de primera mano y no a través de ella. Sin embargo, si soy sincero, no es este el motivo de que les hayamos traído aquí. —Esperó unos segundos—. Ahora sí queremos solicitar su ayuda oficialmente. Les necesitamos a los dos en otra misión.

Rafael estaba impresionado, deseaba negarse, no quería seguir ayudando en una guerra que, como decía Fabián, no era la suya. Necesitaba ganar tiempo antes de responder y, para ello, se atrevió a preguntar:

—¿Y qué objetivos había en los muestrarios checos, alemanes o polacos? En esos países aún no podía haber fábricas de armamento cuando trabajaba con ellos...

—Eran otro tipo de objetivos: puentes, aeródromos, divisiones del ejército... Siempre ha sido información valiosa.

El soldado regresó con los muestrarios y el oficial debió decirle que se los diera a Rachel porque así lo hizo. Rafael se movió inquieto en su silla. No estaba dispuesto a aceptar la propuesta. No pensaba volver a las zonas ocupadas. Esperó que el militar continuara para rechazar su oferta.

Este amplió su petición:

—Como les explicaba, queremos, necesitamos —se corrigió a sí mismo—, que ustedes dos sean nuestros ojos y oídos en Buenos Aires.

El silencio que siguió a esa declaración resultó incómodo.

—¿Eso es lo que hacías, verdad? —inquirió Rafael.

La pregunta, realizada en la intimidad de su dormitorio, cuando se disponían a dormir, sorprendió a Rachel.

—¿De qué hablas? —preguntó ella somnolienta.

—¿Tú ya te dedicabas a espiar a los alemanes que viven allá, no es cierto? —No esperó una respuesta—. Por eso fuimos a La Falda y por eso te gusta relacionarte con la alta sociedad.

—Sí, de nuevo llegas a una conclusión acertada.

—Lo que no entiendo es por qué esta vez me informan y por qué me puso tu padre al corriente de vuestra organización.

—Se lo pedí yo, Fito —afirmó rotunda ella—, te lo debía. Te lo debíamos todos. Sé que, en el fondo, prefieres no conocer lo que hacemos y, mientras viajabas a Europa, yo también pensaba que era lo mejor. Pero desde que supimos que los nazis te buscaban, rogué a la organización que te contara lo que hacíamos. ¿Cómo demostrarte mi amor si no confío en ti? Quería que supieras a qué me dedico y dejar de tener secretos contigo. Tú me has demostrado mayor lealtad de la que tienen muchos matrimonios casados por amor.

Él la abrazó y la besó con ternura.

—No sé cuándo me enamoré de ti —siguió Rachel—, pero sucedió sin darme cuenta.

—Yo sí lo sé —presumió Rafael, volviéndola a besar.

—Al principio, eras un trabajo y no me costaba esfuerzo, el único hombre al que había querido me había tratado con tanta crueldad, que acabé aborreciendo a todos. No resultaba difícil acostarme con cualquiera para conseguir lo que quería, en el fondo os despreciaba, el sexo os desarma y a mí me hacía sentir fuerte. Pero contigo no pasó de esa manera. Tuve que buscar la manera de que te interesaras en mí, en la cama no lo conseguía, en cambio, descubrí que te gustaba hablar sobre tu trabajo. Poco a poco, fuiste confiándome tus deseos y ambiciones, nuestras charlas se hicieron más íntimas. Nos hicimos amigos, a pesar de ser pésimos amantes —se echó a reír—. Luego eso también cambió. Y yo empecé a sufrir al no poder explicarte cómo te utilizábamos y a qué me dedicaba. El día que descubrí que me amabas, me sentí la más sucia de las mujeres y la más ruin. Por eso, les he pedido que hablan contigo. Quería demostrarte la

misma lealtad para que supieras cuánto te amo.

Rafael no la dejó continuar, la besó apasionadamente.

El matrimonio Bernal permaneció unos días en Londres, disfrutando de la compañía de los señores Ackerman y de la familia de Rachel que había huido de Alemania. Durante la estancia, Rafael se sintió orgulloso de su nacionalidad argentina. En todos los lugares a los que iba, incluso, los taxistas, le preguntaban de dónde era, extrañados de que un extranjero visitara una ciudad destrozada por los bombardeos alemanes y, al descubrir su origen, le daban las gracias. La carne en lata que llegaba procedente de Argentina les hacía sentirse agradecidos a los ciudadanos londinenses. Unos ciudadanos a los que Rafael acabó profesando gran admiración por su estoicismo ante las bombas que caían en cualquier lugar y a cualquier hora, sin que ellos perdieran la moral ni el valor.



## Capítulo XXIII

1950

Domingo Esquivel acompañó a Bustos a su domicilio y le esperó en la calle hablando con el agente que habían asignado al suboficial como protección. El ayudante tardó poco en salir, llevaba unas carpetas, aseguró que las necesitaba. «Es mejor que descanse», respondió su superior. «Prefiero trabajar». Esquivel no supo negarse.

En la comisaría los tres se separaron. El escolta se quedó en la entrada, Bustos subió al despacho y Esquivel se dirigió a hablar con el Jefe de Investigaciones, su superior había avisado que necesitaba verle. Este le recibió muy condolido, deseaba expresarle el pésame por la muerte de Sonia Bustos. Domingo se lo agradeció. El jefe aprovechó para preguntarle si la mujer o el propio suboficial tenían enemigos, y añadió con sonrisa bobalicona que, tratándose de un policía, había que suponer que muchos. Al comisario no le hizo gracia el comentario y no respondió. El otro más serio, preguntó de nuevo:

—¿Sospecha de alguien su ayudante?

—Sí —respondió con sequedad.

—De quién —se mostró muy interesado el jefe.

—Del dueño de un burdel —mintió Domingo—. Sonia declaró contra él y el tipo estuvo en la cárcel, aunque salió muy pronto.

Sabía que eso no era lo que sospechaba el suboficial, pero había comprendido que era lo que deseaba que dijera.

—Sí, sí, —al superior no le gustó escuchar esa respuesta—. Parece una buena pista, hable usted con el oficial que lleva el caso y cuénteselo. Le está esperando. —Finalizó la reunión, añadiendo con voz autoritaria y paternalista—, no vamos a abandonar a uno de los nuestros, se lo aseguro, encontraremos al asesino aunque no esté en el país.

El comisario sintió escalofríos ante la exageración. ¿Acaso esa iba ser la excusa para no detener a nadie? Preocupado, se dirigió a entrevistarse con el encargado del caso. Le reconoció, había sido alumno suyo. Pensó que Bustos tenía suerte, la investigación estaba en manos de un detective muy capacitado. Sin rodeos ni falsos cumplidos, el agente preguntó a Esquivel si conocía a alguien que odiara a su ayudante o a la víctima. Domingo sonrió y añadió que, a Bustos, medio cuerpo de policía. El otro también sonrió: «¡Sí he oído algo sobre su carácter, aunque también sé que es un

hombre íntegro y un investigador de los buenos». El comisario aprovechó para contarle la historia de Sonia y el suboficial, tal como se la relató este y no como probablemente la habría escuchado, a través de rumores y comentarios malintencionados. Le habló del amor del policía a su esposa y de su comportamiento cariñoso con ella. Al finalizar, preguntó si podía conocer detalles del crimen.

El detective le explicó que el suceso había tenido lugar entre las once treinta y doce de la noche. Sabían la hora con exactitud porque la víctima había estado en un bar, donde ya llegó bebida, toda la tarde. Allá la conocían, había ido en otras ocasiones. También sabían su dirección, alguna vez habían llamado a un auto para que la llevara a casa. «Aseguraron que bebía tanto que podía olvidarse hasta de su nombre». Durante unas horas permaneció dormida sobre una mesa. La despertó un individuo que la preguntó si se encontraba bien, en cuestión de minutos, ambos estaban bebiendo y riendo, tuvieron una conversación muy animada, aunque nadie les entendió, hablaban en otra lengua, suponían que alemán. El tipo se marchó sobre las once de la noche. La víctima se despidió a las once y media; a las doce, un camarero descubrió el cuerpo junto a las cajas de basura, por tanto, fue asesinada durante esa media hora. El detective explicó que intentaban averiguar quién era el sujeto que la había hecho compañía, en el bar no supieron identificarlo, no era cliente. Tampoco era el marido, les habían enseñado una foto y nadie le reconoció. Por si acaso, habían comprobado el arma de Bustos, no se correspondía con la bala del crimen, además no había sido disparada recientemente. Varios vecinos vieron entrar al suboficial por la mañana en casa, la esposa acababa de irse, les llamó la atención que regresara tan pronto del trabajo. Esquivel le interrumpió para explicarle que no se encontraba bien y le había dado el día libre. Una inquilina, la del bajo, aseguró rotundamente que estuvo en casa sin moverse, ella había permanecido asomada a la ventana toda la jornada, «por el calor». El edificio carecía de salida trasera. En resumen, el marido tenía una coartada en el momento del crimen. Sin embargo, resultaba el más sospechoso, vivía con una alcohólica a la que la vecindad calificaba de insoportable. Ahora, tras la declaración del comisario, tenía un nuevo sospechoso, el sujeto que denunció Sonia. «Es curioso —afirmó el detective— imaginé que usted exculparía a su ayudante, es lógico, pero no entiendo por qué los jefes insisten en que lo trate como un crimen pasional». El comisario le miró inquisitivamente, intuyó lo que pretendía: saber más. «Desconocía ese aspecto de la investigación —aseguró—, solo puedo añadir que he tratado mucho al suboficial Bustos y creo conocer su carácter, por eso, juraría que nunca mataría a su esposa y, si lo hiciera, se entregaría de inmediato». Añadió que Bustos amaba tanto a su mujer que su muerte le había trastornado.

—¿Sabía usted que ella tenía un amante?

Domingo sintió que perdía el color, no, no lo sabía y tampoco podía creérselo. «De todas formas, ninguno puede confirmarlo, ambos están muertos. A él le asesinaron el día anterior», le informó el



investigador.

—¿De la misma manera? —se atrevió a preguntar el comisario aún titubeante.

—No, a ella, de un tiro en la sien y a él, de una paliza.

—¿No supondrá que Bustos puede dar una paliza a alguien? —respiró aliviado.

—Sí, es otra de las cosas que le descartan, su escasa fortaleza física. Sin embargo, podría haber pagado a alguien para que lo hiciera.

—Miren sus cuentas bancarias.

—En ello estamos, comisario. ¿Cree usted, entonces, que el dueño de ese burdel haya ajustado cuentas con la víctima?

—Sí, eso creía, pero usted ha introducido otra línea de investigación. Si es cierto que Sonia tenía un amante, habría que investigar a esa persona, a qué se dedicaba, qué había hecho últimamente, si tenía enemigos...

—¿No quiere saber su nombre?

La pregunta volvió a desconcertar a Esquivel, no le dio tiempo a responder, el detective ya estaba diciendo: «Israel Sobinski».

Domingo regresó al despacho muy preocupado. No podía decirle a Bustos que le querían culpar de los asesinatos de su esposa y su amigo. Su ayudante tenía razón, la CIDE, la propia policía o quizás ambas estaban detrás de los dos crímenes. Encontró al suboficial leyendo unos papeles con mucho interés. Le preguntó si no era mejor que descansase. El otro se negó, saldría más tarde a comer. El comisario pasó a su despacho. Al cabo de una hora, salió y Bustos ya no estaba. Sobre la mesa, aparentemente olvidada, vio la libreta negra que el suboficial llevaba siempre consigo, sin saber por qué, la abrió. Había un mensaje en la primera página: «Sé que vienen a por mí, no pueden detenerme en la comisaría sin un motivo, no delante de mis compañeros, por eso he venido a trabajar. Supongo que, antes de matarme, pretenderán averiguar todo lo que sé, me torturarán como a Israel. Probablemente ya habrán registrado mi casa, y no habrán encontrado nada, así que estarán esperándome fuera, pero hoy no saldré por la puerta. Le pido tiempo, señor, para poder desaparecer. Cuando no me encuentren, irán a su casa, deshágase antes de todo, no deje nada que pueda comprometerle. Tenía usted razón, no debí inmiscuir a mi amigo en esto. ¡Protéjase y salve a su familia! Tenga mucho cuidado. Ha llegado el momento de despedirnos. Es un gran jefe y un buen compañero... y el motivo de que aún siga en la policía. Ha sido un honor estar a su órdenes.».

Esquivel guardó la libreta en un bolsillo, admiró la intuición de su ayudante, había adivinado lo que le preparaban. Pensó: «¿Qué va a hacer, Bustos?». Regresó al despacho y leyó el contenido del cuaderno, memorizando algunos pasajes.

A mediodía, el comisario salió a la calle, parecía buscar a alguien. Entró en el bar cercano. Hizo

una llamada telefónica y, después de pagar, se dirigió al auto. Condujo por las calles de Buenos Aires dando vueltas, comprobó que le seguían. Iba a poner en práctica la coartada que le había dado Bustos.

Esquivel aparcó en una de las peores calles de la capital, en ella solo había prostíbulos y mujeres en las puertas de los burdeles. Salió y se dirigió a uno de los edificios. Entró en él y preguntó por el dueño, sacó su identificación. El tipo apareció rodeado de matones, se mostró prepotente y poco dispuesto a contestar. El comisario describió a Bustos y preguntó si alguien parecido había estado allá. El proxeneta respondió con soberbia que iban muchos hombres, ¿por qué debía fijarse en ese? Esquivel contestó: «Este quiere matarte, estate atento, si no ha llegado, lo hará cuando menos te lo esperés». Y sin más, regresó al auto, dejando al tipo asombrado.

Se quedó dentro del vehículo. Permaneció allí casi una hora. De repente, volvió a arrancar el auto. Se marchó a toda velocidad en dirección a su domicilio. Entró en la casa con mucha prisa, fue al dormitorio y gritó:

—Negra, Negra, vení.

—Qué te pasa —preguntó asustada.

Domingo le pidió que mandara a la mucama a hacer algún recado y cuando ella quiso preguntar qué sucedía, la sujetó del brazo, la miró a los ojos y dijo: «No querés saberlo», a continuación, le rogó que le obedeciera y que se quedara en la sala quieta hasta que él acabara de hacer un asunto. Soledad cumplió sus órdenes. El comisario se dirigió a su armario, detrás de un cajón, ocultaba unas carpetas, las sacó todas y fue a la cocina. Aún había rescoldos en el fogón, echó más leña, cuando el fuego tomó fuerza, empezó a quemar documentos y la libreta de Bustos, una vez reducidos todos los papeles y fotos a cenizas las sacó y las colocó en una cazuela para enfriarlas, después las guardó en papel de periódico, que metió en un maletín. Fregó la cazuela, encendió la cocina de nuevo, limpió la pila y dejó correr el agua. A continuación se preparó el mate y, sin tomarlo, lo tiró por el fregadero, manchándolo y dejando los cacharros sucios en él. Todo le llevó unos minutos. Fue a la sala y encontró a su mujer con cara de preocupación.

—Dículpá —le dijo—. Estoy nervioso por Bustos. Está destrozado por la muerte de su esposa y hoy me ha dicho algo que me tiene inquieto. Creo que debo ir a buscarlo y por eso he entrado precipitadamente en casa. No digás nada a nadie, pero vine a buscar mi pistola, no quería que la mucama supiese que la guardo aquí, creo que puedo necesitarla para impedir que haga alguna locura.

Soledad se había llevado las manos a la boca para no gritar. Sabía que su marido no solía llevar armas. Desde que había entrado en el cuerpo de policía se había dedicado a asesorar jurídicamente, sus grandes dotes deductivas le habían dirigido a Investigaciones, incluso daba clase en la escuela recién inaugurada. Nunca había sido un policía al uso y, por eso, nunca había

utilizado una pistola.

—Perdoname, prendí la cocina y me hice un mate para calmarme, creo que ensucié todo. Lo siento. —Se disculpó Domingo justificando el trasteo realizado en la cocina.

—No la llevés, por favor —rogó Soledad sin hacer caso a sus palabras anteriores.

—No te preocupes—respondió cariñosamente el comisario—. Trataré de no usarla.

La abrazó, en ese momento regresó la mucama. El comisario llamó por teléfono a casa de Bustos, nadie contestó. Telefonó al despacho y preguntó por su ayudante. Le dijeron que no respondía al aparato. Pidió que le buscaran. La recepcionista aseguró que nadie le había visto. Salió con rapidez. Llevaba el maletín con las cenizas, las tiró en la basura del edificio. Se montó en el auto y se dirigió de nuevo al prostíbulo, aparcó casi en el mismo sitio. Estuvo cerca de dos horas, al cabo de este tiempo, llegó un agente. Le preguntó qué hacía allí y le pidió que se identificara. Lo hizo, el policía pidió disculpas, habían llamado a la comisaría, por lo visto le habían tomado por un posible delincuente. Domingo dijo que estaba realizando una vigilancia, describió a Bustos, le estaba buscando, si le veía debía llamarle de inmediato, le dio su tarjeta y se marchó.

Se dirigió al apartamento del suboficial. Tocó el timbre varias veces y aporreó la puerta. La vecina del bajo le oyó y salió para informarle que el dueño no había regresado en todo el día. Esquivel enseñó su placa y dio su nombre, quería esperarle. La mujer se ofreció a que lo hiciera en su casa, él aceptó. Estuvo hasta poco antes de medianoche.

Al llegar a su domicilio, encontró a su esposa esperándole. Domingo contó que había buscado a Bustos sin éxito. Volvería a hacerlo al día siguiente por la mañana temprano.

El comisario estaba cenando, no había comido en toda la jornada, cuando sonó el timbre de la puerta, su mujer le miró angustiada. Esquivel abrió y se encontró con unos militares, se identificaron, pertenecían a la CIDE. Les hizo pasar al salón, y pidió a Soledad que se retirara al dormitorio. Los desconocidos se mostraron muy amables, y él respondió con la misma actitud. Le dijeron que deseaban hacerle una serie de preguntas, su respuesta fue que no tenía inconveniente si le explicaban por qué a esas horas, ¿no podían esperar al día siguiente? El de mayor graduación se disculpó, contó que trabajaba con Cardozo, él les había dado su nombre y domicilio. Al parecer habían asesinado a la esposa de su ayudante, el capitán Cardozo estaba convencido de que dicho asesinato tenía relación con la investigación que llevaban los tres, motivo por el que preferían no retrasar la entrevista. «Yo creo que el capitán se equivoca, en la investigación a la que se refiere no hay sospechosos, pero no tengo inconveniente en ayudarles y colaborar con ustedes», respondió Domingo con tranquilidad. Se sentaron, el militar quiso saber dónde podía encontrarse Bustos. Esquivel respondió que lo desconocía, llevaba toda la tarde buscándole. «¿Hasta ahora no ha venido a casa?», le preguntaron mirando la cena. El comisario lo negó, había ido un momento a buscar su pistola. Le pidieron permiso para confirmar su declaración, él se lo dio, tras añadir: «¿Dudan de mi palabra?, pueden hablar con mi esposa... y la mucama, aunque la

última duerme, ambas les dirán cuándo estuve aquí, no tengo por qué mentir». El capitán de Inteligencia se disculpó asegurando que el comisario, como policía, sabría que era un mero trámite, pero no podía saltárselo. Domingo asintió. A continuación, les explicó donde había estado desde la hora de la comida por si también querían comprobarlo. Dio el nombre de la vecina del suboficial, así como el de la calle donde se encontraba el prostíbulo que había vigilado. De repente, recordó que un policía le había visto durante su vigilancia, no sabía el nombre, pero si llamaban a la comisaría del distrito podrían informarse igualmente.

Le preguntaron por qué había vigilado el burdel. «Ya les he dicho que yo no comparto la teoría del capitán Cardozo» y les explicó por qué. Afirmó que Bustos había detenido al dueño del lugar hacia años liberando a las mujeres que tenía secuestradas, el sujeto había jurado vengarse del suboficial a través de su esposa. No quiso desarrollar toda historia, con seguridad los de Inteligencia ya la conocían, se evitaría comentarios desagradables. Añadió tener indicios para creer que dicho criminal podía ser el asesino de Sonia. El capitán pareció no escuchar su conclusión, quería hacerle una nueva pregunta:

—Cuándo descubrió que el suboficial Bustos no estaba en el despacho.

—A mediodía, salí para invitarle a comer y no le encontré. Busqué en todo el edificio. Al llegar a la calle, y no verle por ninguna parte, imaginé que podía haber regresado a su domicilio para descansar, decidí llamar a su casa y lo hice desde el bar, por no volver a subir al despacho —se justificó.

—Por qué no dio aviso de su desaparición.

—No consideré que había desaparecido —aseguró mirando al militar con extrañeza—, simplemente era la hora de comer y habría salido, tenía motivos para no encontrarse bien. Sin embargo, me preocupé cuando no contestó al teléfono, tuve miedo de que hiciera una tontería. Mi reacción inmediata fue ir a buscarle. Subí al auto y estuve dando vueltas por ciertas zonas a las que él podía haber ido, bien en dirección a su casa, bien en dirección al burdel. Al final, me decidí por el burdel y me presenté allá para hablar con el dueño.

—¿Por qué abandonó la vigilancia del burdel y regresó acá?

—Vine a buscar mi pistola, se lo he dicho antes —contestó ligeramente molesto el comisario—. Nunca la llevo y pensé que quizás esta vez la iba a necesitar..., para impedir que Bustos hiciera... una boludez.

Le preguntaron lo mismo varias veces, y él daba las mismas respuestas. Hablaron con la esposa y la mucama a la que despertaron. Soledad confirmó la respuesta de su marido. Volvieron a repetir las preguntas y las respuestas siempre eran iguales. El militar decidió registrar el apartamento. Domingo se opuso y exigió una orden. «Señor, si se niega, no nos moveremos, el Ministro hablará con su superior y esto constará en su expediente, al final, nos darán permiso. Colabore y

acabaremos antes». Esquivel pidió a Soledad que despertara a los chicos y se reunieran con él en la sala. Los hijos aparecieron somnolientos. El comisario les tranquilizó. A continuación habló con el capitán: «Quiero saber que buscan». «Cuando lo encontremos se lo diremos». Los militares habían dejado de ser amables.

Miraron en todos los rincones, incluso revisaron las tablas del suelo por si había alguna suelta, los armarios y cajones buscando dobles fondos. Inspeccionaron las cenizas de la cocina. Metieron la mano en las cisternas... le Enseñaron la foto de Bustos a las mujeres y a los chicos, les preguntaron si le conocían, salvo Soledad, ninguno le había visto antes. Dejaron todo desordenado y a la familia muy asustada. Casi amanecía cuando se fueron, Domingo les despidió enfadado. «Díganle al capitán Cardozo que pienso llamarle para pedirle explicaciones de todo esto y sepan que me quejaré a mis superiores».

Al marcharse los de Inteligencia, intentó calmar al resto. Les pidió que se acostaran y descansaran, él se iba a dar una ducha y volvería a casa de Bustos. A solas con Soledad, la rogó que esa misma mañana viajara con los hijos a Rosario, a visitar a los abuelos. «No van a querer», respondió ella. «No deben estar en casa cuando vuelva, dale vacaciones a la mucama», fue la respuesta tajante de Domingo, ella supo que aquello no era una opción, era una orden.

A las ocho de la mañana se presentaron unos agentes a buscarle, debía acompañarlos a Jefatura. Le dejaron delante de un despacho. Al entrar, reconoció al Jefe de Investigaciones, al de la Científica y al de Policía, pero no supo quién era el coronel que estaba con ellos, intuyó que pertenecería a la CIDE. Esperó a que hablaran, él no tenía ni idea de lo que pasaba.

—El capitán Cardozo ha sido asesinado —dijo su superior, muy serio.

—¿Cómo? —preguntó realmente extrañado.

—De un disparo.

—Disculpe, no era eso lo que quería decir, en realidad, no me esperaba esa noticia.

—Y qué noticia esperaba.

—No lo sé... —cambió su respuesta con rapidez—. ¡Sí, sí lo sé!, creí que me iban a hablar de Bustos.

—Bustos ha sido el autor del crimen —respondió el coronel también molesto.

—¡No, no me lo creo! ¿Dónde está el suboficial? Quiero hablar con él y que me lo diga en persona —Domingo parecía asombrado.

—Eso es imposible —volvió a intervenir su jefe—, él también está muerto.

Esquivel se desfondó, seguía de pie y parecía a punto de caerse, no le habían ofrecido sentarse, en voz más baja añadió:

—Desde el primer momento lo pensé, pensé que intentaría suicidarse después de acabar con el asesino de su mujer. Ahora, sin embargo, no entiendo nada. ¿Por qué matar a Cardozo? ¿Están seguros de que ha sido él? ¿Cómo ha muerto?

—Él mismo llamó para inculparse —atajó su jefe—, luego se pegó un tiro, la telefonista que recibió la llamada escuchó la detonación por el auricular. Y cuando les hemos encontrado, la escena no dejaba lugar a dudas. Había matado al capitán, a continuación se ha suicidado.

—Siento parecer tan descreído, pero no puedo imaginar por qué quería acabar con Cardozo.

—Díganoslo usted —de nuevo era el coronel el que hablaba enfadado.

—¿Yo?

—Sí, usted dijo antes que sospechaba que mataría a alguien.

—Por supuesto, por sus comentarios en la identificación del cadáver de su esposa, imaginé que Bustos se refería al dueño del burdel que obligó a Sonia a prostituirse. Se lo he contado a todo el mundo. ¿Por qué nadie me hace caso? —preguntó irritado antes de continuar con la misma historia—. Ese hombre sigue secuestrando mujeres jóvenes y prostituyéndolas en contra de su voluntad. Creí entender, así me lo dijo él, que la muerte de su esposa era un aviso. —Todos le miraban estupefactos, nadie se atrevía a contradecirle—. Un aviso para las otras mujeres a las que tenía esclavizadas. A no ser... —pareció pensar algo— que el capitán supiera o conociera...

—¡No falte a la memoria de un destacado militar! —el coronel se había levantado de la silla, parecía dispuesto a pegarle.

—Lo siento, no es mi intención, solo intento entender por qué un buen policía acabaría con la vida de un militar.

—No era tan buen policía. —El jefe de la Científica le interrumpió intentando calmar los ánimos—. Sabemos que fue el que mandó los informes equivocados en el caso Solberg, aunque usted admitiera el error. Podía estar actuando a sus espaldas y colaborar con ciertos subversivos. Mire estas fotografías y dígame quiénes son.

Domingo no respondió, la argucia de Bustos hacía meses, le iba a beneficiar y sintió más respeto aún por su ayudante. Observó los retratos que su jefe había colocado encima de la mesa, eran los cuatro nazis cuyas muertes habían investigado. El comisario las miró detenidamente. Señaló al último fallecido y dijo:

—Harald Solberg. Nos encargaron la investigación de su asesinato. Busqué en el archivo si había habido antes algún caso parecido. Encontré dos, a los que corresponden estas fotos —señaló los retratos de las dos primeras víctimas—. Pregunté a los policías que hallaron los cadáveres, la conclusión fue que eran dos indigentes asesinados en Buenos Aires, no recuerdo las fechas, pero sí los lugares donde los mataron. Tampoco sabemos sus nombres, ni su procedencia. Esta foto no la había visto antes —dijo señalando la imagen de Otto Ritcher.

El comisario Esquivel no mentía, esa foto no estaba en el archivo y él no la había visto nunca. El retrato que le proporcionó Bustos era otra imagen.

—¿Está usted seguro? —preguntó el coronel.

—Muy seguro —respondió mirándole a los ojos y sin pestañear.

—Entonces, ¿por qué cree usted que Bustos investigaba sus muertes?

—¿Las investigaba? —Les miró a todos esperando su respuesta, nadie contestó— Si me pregunta por el caso Solberg —continuó con tranquilidad—, lo hacía por orden mía, ayudábamos al capitán Cardozo. En su momento, se nos informó que era un ingeniero aeronáutico alemán con gran experiencia y conocimientos al que se le proporcionaba asilo en el país a cambio de que trabajara en nuevos proyectos. Nos lo creímos hasta que salió una entrevista con el verdadero Walter Blume en *La Nación*. Yo llamé a Cardozo y me dijo que no podía explicarme lo ocurrido, intenté hablar con mi superior —miró a su jefe—, pero no pude, por escrito se me comunicó que dejara el caso, informé al suboficial Bustos de la orden, la recibimos este lunes. Si él la desobedeció, no puedo saberlo. Aunque, desde luego, no tuvo tiempo. Encontraron a su mujer muerta en la madrugada del martes. Y hoy es miércoles.

—No somos tan estúpidos —dijo el jefe de la Científica—, sabemos qué día es hoy. Suponemos que él hacía una investigación paralela de otros casos sobre los que no informó.

—No sé de qué me habla, a qué casos se refiere y qué investigación llevaba, yo conocía su trabajo diario, lo hacíamos juntos.

—Admite entonces que estaba investigando los crímenes de estos hombres —señaló las fotografías.

—Admito lo que ya le he dicho, nada más.

—No estamos en condiciones de explicarle secretos de Estado —contestó su jefe directo—. Sin embargo, debe saber que las investigaciones de Bustos eran antipatrióticas.

Nadie respondió. Domingo jugaba con fuego, lo sabía, pero debía actuar como lo había hecho siempre. Si su comportamiento no era el habitual, lo notarían. El Jefe de Investigaciones le enseñó una carta y le dijo:

—Este sobre va dirigido a usted, es una carta del suboficial Bustos donde cuenta una investigación que estaba realizando en secreto, mi pregunta es muy sencilla, ¿la conocía usted?

—¿Cómo voy a saberlo? Ustedes dicen que la llevaba en secreto. Déjenme leer la carta y podré responder. —Calló unos segundos para añadir sin mucha convicción y casi suplicando—, creo que tengo derecho a leer lo que me haya escrito.

—No, cuando es una prueba de una investigación en curso, lo que explica acá no puede

salir a la luz hasta esclarecer todos los hechos. —Le respondió el superior.

—Dígame, ayer salió de la oficina a la hora de la comida y no regresó. ¿Por qué, dónde estuvo? —Le preguntó el coronel en tono desagradable.

—¿Es un interrogatorio?

—Piense lo que quiera, pero responda.

—Primero quiero saber qué sospechan de mí.

—Conteste, es una orden —gritó su jefe.

—He estado contestando a esas preguntas toda la noche. —Dirigió la vista al coronel—. Sus hombres no me han dejado en paz, tampoco a mi familia. ¿Por qué? ¿Acaso cuando estuvieron en mi departamento ya sabían que Bustos había matado a Cardozo? ¿Piensan que soy su cómplice? ¿Por eso se presentaron en mi casa asustando a mi familia y destrozando mi domicilio?

—No, aún no conocíamos las intenciones de su ayudante —respondió con precipitación el Jefe de Investigaciones, el resto lo miró mal, acababa de dar un dato a Esquivel.

—Entonces, ¿qué sospechan de mí? —Domingo se mostraba cansado y molesto—. ¡Díganme qué desea Inteligencia de mí!

—Anoche no sabíamos dónde estaba el suboficial —contestó el coronel— de haberlo sabido, Cardozo viviría. Pero a lo mejor, usted sí lo sabía y le estaba ayudando.

—¿Yo? Si lo hubiera sabido, Bustos también estaría vivo —contestó con soberbia.

—¡Responda! ¿Qué hizo el día de ayer? —Exigió el Jefe de Policía.

—Mi ayudante comentó algo que me dejó preocupado. —Volvió a repetir con voz cansada.

Domingo sabía lo que pretendían, agotarle hasta lograr pillarle en un error, sin embargo, no podía equivocarse en su recorrido, había hecho exactamente lo que decía, contó de nuevo cómo buscó al suboficial intentando evitar que hiciera alguna locura. «Está claro que no lo he logrado», añadió visiblemente apenado.

—Cómo podemos saber que permaneció delante del burdel el tiempo que dice —le interrumpió el coronel.

—Pues eso es muy sencillo, describan mi coche a cualquiera de las mujeres que estaban en la calle. Les dirán la hora y hasta el minuto que estuve, mi presencia no les gustó mucho.

—En eso estamos, reconstruyendo lo que hizo ayer.

—Pero ¿por qué me investigan?, ¿de qué me acusan?

Se hizo un silencio, todos sabían que tenía razón. Esquivel permanecía de pie y serio. Esperaba que alguno respondiera. Tras unos segundos incómodos, el coronel habló de nuevo.

—Todo eso que ha contado está muy bien y su historia le da una coartada perfecta. Sin



embargo, el suboficial Bustos no fue jamás a ningún burdel ni a su casa, se dirigió a la del capitán Cardozo. Sabía dónde vivía y conocía sus horarios. Le estuvo esperando y, después de asesinarle, permaneció allí varias horas antes de suicidarse. Las muertes no son inmediatas. Sabemos que le escribió a usted una carta porque la dejó para que la viéramos. Pero qué pudo hacer además de eso.

—Cómo descubrieron lo sucedido —preguntó Esquivel.

—Llamó para comunicarlo, se lo hemos dicho antes.

—No puedo imaginar el motivo que le ha llevado a esa situación. Lo único que no me extraña es su muerte, tras el asesinato de Sonia, ya había rechazado la idea de seguir viviendo, lo noté —aseguró el comisario y cambiando el tono a un auténtico ruego, añadió—. Ustedes saben algo que no quieren contarme. Díganme, por favor, qué ocurre.

De nuevo hubo un silencio incómodo, hasta que el coronel lo rompió como si de pronto se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Conocía usted a Israel Sobinski?

—¡No! —Esquivel le miró asombrado—, aunque creo haber oído ese nombre..., no sé dónde... Quizás si me enseñan un retrato, pueda reconocerle...

—Era un periodista que trabajó con el suboficial Bustos ayudándole a buscar información —afirmó de nuevo el coronel—. Le mataron el domingo por la noche en un ajuste de cuentas. Había ofendido a alguien con sus libelos, le dieron una paliza por no ser cuidadoso con sus informaciones.

—¡Ahora recuerdo!, el detective que lleva el caso me dijo que era el amante de la señora Bustos. Ya sé de qué me sonaba el nombre, ¿no era el que firmaba el artículo de *La Nación* sobre el auténtico Walter Blume? —No esperó una respuesta, de inmediato, añadió—. Si mi ayudante le conocía, nunca me lo presentó. Todos utilizamos confidentes, pero no damos sus nombres. La manera de conseguir información en las investigaciones es asunto nuestro, por tanto no puede extrañarme que se conocieran y trabajaran juntos. Lo que me extraña ahora es saber que uno de sus confidentes fuera amante de su mujer.

Resultaba difícil conseguir de Esquivel un error. El coronel se impacientaba y parecía molesto por momentos:

—¡Ya sabemos que tiene una coartada perfecta! —gritó—, ¡pero no termino de creerle!

—Es la segunda vez que llama coartada a lo que hice el día de ayer, y me pregunto por qué debería tener yo una. Qué es lo que piensa que he hecho.

—¡Entretenernos!

—¿Entretenerles, cómo? ¿A qué se refiere? Sea claro de una vez, anoche invadieron mi hogar con una mentira, ahora sé que buscaban a mi ayudante —el coronel parecía estar a punto de estallar—. Me interrogaron durante horas y también a mi mujer y a la mucama.

Registraron la casa y comprobaron que no estaba allí ni había estado nunca, mi mujer le había visto una sola vez, en la calle. Bustos y yo jamás nos relacionamos fuera del trabajo. Solo tenían que preguntarme, pero decidieron enviar a oficiales de Inteligencia que lo averiguaron de manera poco decorosa, ¿por qué? Después de atemorizar a mi familia, siguen con el interrogatorio. Díganme, ¿qué sospechan de mí?

—Nos entretuvo para dar tiempo a Bustos a escapar —gritó el coronel furioso ante las respuestas de Esquivel.

—¡Escapar! ¿Ha dicho escapar? ¿De qué tenía que escapar Bustos?

—Señores, vamos a calmarnos —intervino el Jefe de la Policía, que hasta ese momento había estado callado—. Comisario, el coronel está destrozado, no solo ha perdido a un compañero, también a un amigo. Supongo que a usted le pasará igual. Pero no es el momento de acusarnos entre nosotros, sino de ayudarnos. Debería usted salir y esperar fuera un momento.

El jefe había relajado la tensión de momento. Esquivel comprendió que cuando estuviera fuera del despacho discutirían entre ellos. Sabía que había salido airoso, aunque el coronel de Inteligencia sospechara aún de él, había creado la duda entre sus superiores, no podían demostrar que mintiera. Comprobarían que no conocía a Sobinski, no encontrarían ninguna prueba contra él. Por el momento, no se atreverían a hacerle nada, aunque sería vigilado.

En efecto, el coronel estaba fuera de sí. No podía pedir al departamento de policía que detuviera a uno de los suyos sin ningún motivo y, si la CIDE lo arrestaba, el escándalo llegaría a la prensa, no estaban en condiciones de permitirselo. Tampoco podían hacerle desaparecer ahora que se habían delatado al investigar, si le ocurría algo a él o a su familia, todo el cuerpo de policía sospecharía de Inteligencia. Esquivel era un hombre respetado y querido en el cuerpo, tanto como investigador como profesor de la Academia, convertirle en víctima sería un error. Ordenaría que le vigilaran continuamente.

Se comprobó cada uno de los pasos de Domingo, no fue difícil le habían seguido todo el día. Registraron de nuevo su casa y su despacho, no encontraron nada que le comprometiera con la investigación de Bustos. Le mandaron que permaneciera en su domicilio unos días sin ir al trabajo y que no hablara con ningún compañero. Ya le llamarían más adelante.

Domingo Esquivel llegó a casa a tiempo de despedirse de su familia. Estaba más tranquilo con ellos en otra ciudad. No dejó a Soledad llamar a nadie, solo a sus padres. Le prohibió expresamente que se pusiera en contacto con Richi y Fito.



## Capítulo XXIV

1942

*La Argentina* era la tienda de telas más elegante y mejor surtida de Buenos Aires. La llegada de las sedas de Lyon y las *toiles de Jouy* supusieron un nuevo éxito. Las damas más ricas hacían enormes pedidos y preguntaban por la llegada de nuevas mercancías. Rafael Bernal las atendía en persona con su amable cordialidad, lo hacía por dos motivos, uno para que los empleados aprendieran cómo tratar a los clientes y, el otro, porque le seguía apasionando hablar de tejidos.

Una mañana recibió una visita que, por esperada, le causó gran conmoción. La esposa de Hans Schwindt pidió ser recibida por el dueño. Aunque no la conocía, supo de inmediato de quién se trataba, su marido, comerciante dedicado a la venta de madera, tenía muy buenas relaciones con el círculo más cercano a la embajada germana. Era uno de los nombres que le habían dado en Londres, los británicos deseaban conocer sus actividades.

La señora encargó una gran cantidad de telas y felicitó al propietario por el dominio de su idioma, acabó por invitarle a su casa a una reunión informal el domingo por la tarde, podía ir acompañado de su esposa. Rafael aceptó encantado.

Había llegado la ocasión de ejercer de agentes secretos. En Londres les habían explicado que, con seguridad, si la Gestapo había dado la orden de detener a Rafael Bernal, en el caso de regresar a Europa, también habría dado la orden de espiarle en Argentina. Por tanto, buscarían entablar relaciones con ellos. Era lógico que sospecharan y era lógico que intentaran confirmar si pasaban información a los aliados.

También cabía suponer que los nazis hubieran descubierto, a través de los banqueros judíos capturados y llevados a los campos, la trama para sacar joyas y obras de arte en las telas enviadas a Argentina. Sin embargo, salvo el señor Rodianinski, que se había suicidado antes de ser trasladado al gueto de Varsovia, el resto desconocía la auténtica implicación de Rafael. Para ellos, Bernal había sido utilizado, incluso ignoraban su matrimonio con Rachel. Por supuesto, ellos sabían el destino final de la mercancía, Suiza, pero no sabían cómo llegaba al país centroeuropeo. Era inimaginable pensar que daba la vuelta al mundo y, menos aún, que hubiera alguien en Sudamérica encargado de recibirla y reenviarla.

Por otra parte, la vigilancia a Moseman había resultado fallida, sobre todo cuando, tras el aviso de Rafael, este había sido despedido de *Reynolds*, o así había parecido. En cualquier caso, los

alemanes no iban a atentar contra un banquero suizo, eso daría pie a que los aliados también lo hicieran y, por el momento, había demasiadas fortunas en el pequeño país como para que ningún bando intentara acabar con los guardianes de estas.

En realidad, no existía ninguna prueba o evidencia de que el señor Bernal se dedicara al espionaje, pero sí, indicios. Hasta el momento, solo era un ingenuo estúpido del que se habían servido, por lo que buscarían descubrir la verdad a través de su amistad. Si eso ocurría —y el servicio secreto británico estaba convencido de que pasaría—, había que desconcertarles. Ambos tenían que representar un papel que dismantelara la información que hubieran obtenido hasta lograr confundirles. Los británicos les explicaron cómo debían interpretarlo. Les dieron pautas de comportamiento y les asesoraron en las respuestas ante cualquier pregunta. Aparentarían desinterés por los problemas bélicos y sociales. Rachel seguiría mostrándose como una mundana dama de la alta sociedad y Rafael, obsesionado por el dinero. Del resultado de su habilidad para engañarles, dependía su vida. Corrían peligro si les descubrían. Por eso, no podían dejar nada al azar.

Rachel y Rafael se presentaron en casa de los Schwindt dispuestos a fijarse en todo y a escuchar con atención las conversaciones de los invitados, pero también con el pleno conocimiento de que ellos iban a ser igualmente escrutados y analizados al detalle. Llegaron nerviosos. Los anfitriones habían convocado solo a amigos de origen germano y, entre ellos, se encontraba una de las personas en las que el servicio secreto británico estaba más interesado: Ludwig Freude, también comerciante de madera, amigo personal del coronel Perón y otros militares simpatizantes de los nazis. Los Bernal habían sido avisados, el individuo era peligroso, muy astuto y se le creía plenamente involucrado en el espionaje alemán.

Mientras Rachel hablaba con el resto de las señoras, los caballeros se reunieron a fumar. Rafael hacía tiempo que tomaba unos pequeños cigarros habanos con su propio nombre. El detalle fue muy comentado por los demás invitados. El empresario aseguró que era uno de los lujos que se permitía desde hacía tiempo, en concreto, desde que sus negocios habían prosperado tanto que había conseguido una «pequeña fortuna», aseguró con orgullo. Todos parecieron interesarse en saber cómo lo había logrado. Bernal presumió de tener una mujer rica que le había ayudado en sus comienzos. Luego, les explicó con detalle su suerte al contactar con *Reynolds & Co*, desde ese momento había dejado de ser un «tendero», lo utilizó con ironía, para convertirse en un próspero exportador e importador de telas. Se jactó de haber negociado con fabricantes judíos para conseguir precios más baratos y, añadió, que cuando eso le produjo dificultades con los alemanes, «me detuvieron en Viena», dijo de pasada como si fuera una experiencia divertida, buscó otros mercados. El señor Freude se interesó mucho en la evolución de su negocio y en sus viajes por Europa. El argentino los narraba con divertidas anécdotas en las que despreciaba a sus clientes,

presumiendo de cómo les había pagado muy por debajo el valor de las telas y de cómo aceptaban todas sus condiciones, produciendo grandes carcajadas en sus interlocutores. Afirmó, más serio, haber pasado mucho miedo en Austria, y contó la experiencia de su retención exagerando sus balbuceos y sus nervios, lo que provocó de nuevo las carcajadas.

—Y a quién vende sus telas en Europa —le preguntó con aspereza el anfitrión, obligando al resto a dejar de reír.

—Esa sí es buena —respondió Rafael con espontánea ingenuidad—. Al principio intenté llevar las lanas argentinas y la alpaca, pero me di cuenta de que esos clientes con los que yo trataba no tenían categoría, así que pensé: ¡que demonios, mándales lo peor!, lo que no quiere nadie. Dicho y hecho, les envió sencillos algodones por los que me pagan más de lo que cuestan y allí se distribuyen por los mercados ambulantes, son más baratos que las telas que fabrican en cada país. Con lo cual todos ganamos. Los empleados de *Reynolds* se encargan de la distribución, yo solo cobro —bajando la voz, añadió— en un banco suizo.

Su cara de complacencia hizo reír al resto. Solo Freude permaneció serio antes de hacer una nueva pregunta:

—Y dígame, ¿cómo ha conseguido esas sedas de Lyon de las que tanto hablan nuestras mujeres?

—Pues a través de un fabricante interesado en vender a un precio un poco más elevado que el ofrecido por..., digamos otros países —sonrió con ironía.

—¿Hemos de suponer que ha estado usted en Francia hace poco para contactar con ese hombre?

—Supondrían mal. No quiero volver a tener problemas con las autoridades alemanas —añadió con sonrisa bobalicona—, ya les he dicho que no les gustó que me relacionase con judíos, ¿imagino que se hacen idea de a qué me refiero? —dijo con aparente inocencia y añadió de inmediato—. Pero sí estuve en Europa. Apenas hace un mes.

Su voz sonó con la soberbia de nuevo rico y su confesión causó gran interés de nuevo. Todos querían saber en qué lugar había estado. Quedaron decepcionados cuando dijo haber visitado Portugal y España. En su país de origen había solicitado la ayuda comercial de una empresa afincada en Vigo y, mientras esperaba la respuesta de Francia, había hecho turismo visitando Santiago de Compostela y otros lugares que sus interlocutores desconocían pero que él se esforzó mucho en describir. Cuando recibió los muestrarios y las condiciones de venta, encargó que comunicaran al agente en Francia su total acuerdo en el trato. Luego regresó a Lisboa, y desde ahí a Cuba donde le esperaba su mujer, mintió sin esfuerzo. «Por supuesto, a ellos sí les he ofrecido las alpacas argentinas, los franceses entienden de buenos tejidos. En vista del éxito, quise ir también a Inglaterra, pero mi agente me dijo que allá es difícil vender o comprar», afirmó con

seguridad y continuó con una sonrisa pícaro: «Ahora que no me oye mi esposa, el intermediario aseguró que los ingleses son muy engreídos, piensan que lo suyo es lo mejor y lo de los demás no vale la pena, no debía intentar venderles lanas», de nuevo todos rieron su ocurrencia.

Los caballeros se mostraron encantados con Rafael. Un prepotente nuevo rico al que le gustaba aparentar y presumir de su fortuna, cuya única ambición era aumentar esta, sin ideales, casado por dinero. No les pareció capaz de ayudar a alguien de manera altruista.

Rachel debía demostrar también que ignoraba cualquier relación de la empresa de su marido con los judíos. Pero, además, si la acusaban de tener un origen israelita, debía convencerles de todo lo contrario. Como era de esperar, las señoras la hicieron muchas preguntas. Ella contó que se había refugiado en Argentina huyendo de unos padres anticuados y muy tradicionales que no la dejaban moverse con libertad, unos padres que espantaban a todos los jóvenes que se acercaban a ella porque había cometido el error de casarse muy jovencita y divorciarse al poco tiempo. Afirmó que no confiaban en su criterio para encontrar pareja, acusaban a todos sus acompañantes de estar interesados más en su fortuna que en ella. Eso dio pie a explicar que, con Rafael, había sido diferente, amor a primera vista, habían contraído matrimonio de inmediato. Desde que le conoció no deseó regresar nunca más al viejo continente. Buenos Aires le parecía una ciudad fascinante, divertida, animada, muy europea, no tenía adjetivos. No pensaba volver a Inglaterra, donde había nacido, ni a Alemania donde había estudiado. Esto causó gran conmoción entre las señoras que querían saber en qué ciudad y en qué centro.

—Preferiría no hablar de esa etapa de mi vida no fue muy agradable —fue su respuesta.

—¿Su apellido de soltera no es Ackerman? —preguntó la joven señora Kessler de manera indiscreta, añadiendo de inmediato— Creo haberlo leído en una de las revistas de sociedad en las que hablaban de usted.

—Así es.

—¿Y no es de origen alemán? Si no recuerdo mal, conocí a unos judíos con ese apellido —respondió con malicia la anfitriona.

—¡No me extraña! Estoy segura que también habrá judíos con su apellido, señora Schwindt o con el suyo señora Kessler —aseguró Rachel con estudiada coquetería—, y también lo estoy de que si ustedes creyeran que soy judía, no me habrían invitado. —Y las miró una a una, con tanta inocencia, que las cinco bajaron la cabeza—. Aunque he de reconocer que sí tengo raíces germanas.

—¿Entonces es usted alemana? —volvió a preguntar la misma.

—¡Por supuesto que no! ¡Soy argentina!, como la mayoría de las que estamos aquí, ¿verdad? —las miró con picardía—. Aunque he de reconocer que lo soy desde que me casé con Fito, hasta entonces, fui británica, nacida en Londres y bautizada en la religión

anglicana. —Hizo una pausa, para añadir—. Mis abuelos vivían en Alemania. Por eso, en este horrible conflicto no sé con quién ir. Quiero a ambos países. Así que decidí, como argentina que soy ahora, permanecer también neutral —emitió una pequeña carcajada que no fue secundada por nadie—. Claro que, en el fondo, juego con ventaja porque, gane quien gane, el resultado siempre me hará feliz, ¿no creen? —Lo dijo con tanta inocencia como frivolidad.

—No, no lo creo —respondió la anfitriona, con enfado—, para nosotras solo puede haber un ganador.

—Disculpe —reaccionó Rachel arrepentida—, no quería molestarlas. ¿He hablado demasiado?, me pasa siempre. Si les he ofendido, les ruego que me perdonen.

—No, no se preocupe —aseguró la señora Freude—, Elsa es muy susceptible. Pero tiene razón, tiene que preferir usted a uno de los países, aunque solo sea un poquito. No sé, por ejemplo, ¿en cuál tuvo su primer amor...? —demostró mucho interés en la pregunta.

—Lo siento. No me gusta hablar de ese tema, si lo hago seguro que Alemania saldría perdiendo.

—Por qué querida, ¿tuvo usted una mala experiencia allí?

—¡Terrible!, si les soy sincera. Era demasiado joven, casi una niña, una estudiante inexperta, y cometí un error del que me arrepentiré toda mi vida.

—Si no quiere no nos lo cuente —aseguró la señora Kessler, la más joven del grupo, ante la mirada reprobatoria de las señoras Freude y Schwindt.

—No, no me importa, no es un secreto. Solo que me trae malos recuerdos porque conocí a un hombre con el que me casé sin pensarlo, y él resultó ser... por decirlo educadamente, peligroso. Yo le quería pero él quería... —hizo una pausa para atraer más la atención de sus interlocutoras—, ¡mi dinero! He de reconocer que hizo de todo para conseguirlo.

—¿La maltrató? —preguntó de nuevo la más joven, asustada.

—Si, en una ocasión. Me negué a firmar un documento en el que se nombraba administrador de mis bienes, sus amenazas fueron espantosas y como yo seguí en mis treces..., para resumir: acabé hospitalizada debido a los golpes que me dio. Más tarde, me empezó a llamar judía porque, según él, mi apellido lo era, aunque ni mi familia ni yo tengamos que ver nada con esa gente. Mis abuelos se relacionaban con la mejor sociedad de Múnich —dio varios nombres que las otras escucharon con admiración—, y se encuentran enterrados en el Alter Südfriedhof, ya saben ustedes, en una tumba cristiana. Sin embargo, él aseguró que, cuando tuviera la oportunidad, me denunciaría como tal y así lograría quedarse mi dinero, y yo me pudriría en la cárcel —se puso triste y se llevó la mano a los ojos para evitar que alguna lágrima cayera sobre su rostro. Con la voz



quebrada añadió—. Pero me escapé antes de que eso ocurriera ¡y el pobre estúpido se ha quedado sin nada! —eso lo dijo intentando aparentar alegría.

Siguió sonriendo mientras contestaba a las preguntas de las señoras. Todas querían saber algo. La dueña de la casa, el nombre del hospital, ella dio hasta la fecha y el año del incidente. Si investigaban, como sabía que lo harían, comprobarían que era verdad. Otras se preocuparon por conocer cómo había huido. Les contó que fue a través de la embajada británica en Suiza. Sus padres en Londres habían solicitado la intervención de las autoridades al enterarse de su ingreso hospitalario. Unos funcionarios la fueron a buscar a su casa en un automóvil diplomático y pasó la frontera como un miembro más de la legación. Ellos se ocuparon de todo, hasta de su documentación, porque su esposo se la había escondido. Dio la fecha con una seguridad asombrosa. Si comprobaban la paliza del marido, estaba segura de que les crearía la duda y, si buscaban en el cementerio que había dicho, encontrarían una tumba a nombre de una familia Ackerman, que podría ser la suya. Su estrecha relación con la embajada británica en Buenos Aires les terminaría de convencer de la ayuda diplomática recibida para salir de Alemania.

—Aún me dan ganas de reír pensando en la cara que debió poner cuando llegara a casa y no me encontrara. —Y de nuevo sonrió—. Una vez en Londres, en casa de mis padres, solicité el divorcio. No quería volver a saber nunca nada más de él. Aunque, en el fondo, debería tenerle lástima. La otra guerra le transformó, y eso que participó al final del conflicto. Cuando le llamaron a filas, era muy joven, en el frente estuvo apenas unos meses, regresó tan cambiado que no le reconocí. Violento, muy agresivo, se enfadaba por cualquier tontería... Y muy huraño, no se relacionaba con nadie. También se volvió ambicioso, deseaba tener dinero como fuera. —Se había puesto seria, así que cambió a un tono más distendido—. Imagino que seguirá muy enfadado conmigo, porque le humillé al escaparme y perdió mi fortuna con el divorcio. Era tan orgulloso que la vergüenza de sentirse burlado por una mujer le habrá hecho odiarme. Dirá de mí cosas terribles, estoy segura, pero está tan lejos que no le tengo miedo, que diga lo que quiera, ¡ya no puede hacerme daño! ¿Se imaginan como estará de furioso? —se echó a reír, ella sí parecía haberlo imaginado—. Supongo que habrá conseguido ser alguien importante... —y añadió con malicia—, si ha dejado de beber. —Notó las miradas de reojo de tres mujeres—. Su avaricia era desmesurada, así que, con seguridad, habrá engañado a alguien para lograr sus ambiciones, hasta habrá falseado sus orígenes y nuestra historia... ¡Era tan románticamente pobre! Yo sí que podría hablar de su procedencia y seguro que no le gustaría —sonrió con frivolidad y picardía—. Pero prefiero olvidarle. Ni siquiera disfrutaría vengándome por el mal que me hizo. Además, por qué habría de hacerle daño si él ya no puede hacérmelo a mí.

—¿Está usted segura de eso, querida? —Preguntó la anfitriona.

—¡Por supuesto! —la rotundidad de Rachel las desconcertó—. Mi fortuna está a salvo. Estoy casada con un hombre maravilloso que me quiere y me protege, también protege mi fortuna. Y no tengo ningún secreto que ocultar, yo pienso que, al final, todo acaba por descubrirse, así que prefiero ser sincera con todo el mundo —dijo convencida.

Las señoras cambiaron de tema. Rachel brilló con sus conocimientos de moda, de belleza, de decoración. Hablaba de las actrices norteamericanas como si las conociera, sabía quién las vestía, quién las peinaba, las últimas tendencias de lo que se iba llevar la próxima temporada. Su preocupación por su aspecto y su interés en el éxito social las terminó de convencer de que no era peligrosa. Ella acabó afirmando que debían ir a su casa a tomar el té, solo señoras para poder conversar sin que las tediosas charlas de los hombres las aburrieran. Prometió que si aceptaban su invitación, les enseñaría su álbum de fotos, podrían ver las de su bautismo junto con el certificado eclesiástico —añadió sonriendo—, «por supuesto, taparé la fecha con el dedo», aseguró coqueta. Todas se echaron a reír.

Rachel acababa de crear la duda respecto a lo que hubieran contado de ella. Las otras conocían su relación con la embajada británica, y eso no se debía a que fuera judía, sino a su posición social. Sabían que era muy rica, solo había que ver cómo vivía y las joyas que lucía. Ellas desconocían, sin embargo, el origen de su primer marido. La historia de Rachel resultaba creíble. Más aún si se confirmaba que había estado hospitalizada tras una paliza del esposo. En el hospital tendrían su ficha de ingreso y religión. Si era cierto, se inclinarían a pensar que, en efecto, él había pretendido quitarla su fortuna.

El grupo de alemanes les hizo a ambos preguntas aparentemente corrientes, cómo se habían conocido, cuándo se habían casado, si tenían familia, si les visitaban, dónde vivían. «Mis padres dejaron de hablarme cuando me casé con Fito, dijeron que me equivocaba de nuevo y que solo buscaba mi dinero, como todos los hombres que se acercaban a mí, si pudiera hablar con ellos ahora, les diría, ¿quién se equivocaba?». Aseguró que no viajaría a un país en guerra solo para demostrarles que tenía razón. En Londres, la vida sería tremendamente triste, añadió con frivolidad. Las otras damas asintieron. Rafael habló de sus hermanas en España y de la generosidad del Gobierno asignando una paga por la muerte de su padre y de su hermano.

La conclusión de las mujeres fue que Rachel era una persona brillante en las actividades sociales, pero muy cándida. Ni siquiera se había percatado que sus dos maridos se habían casado con ella por su fortuna, convencida como estaba de su belleza y distinción. Los hombres pensaron que él era un ambicioso obsesionado con el trabajo y el enriquecimiento.

La reunión de los Bernal con los alemanes resultó un éxito. Ambos representaron a la perfección el papel que les habían adjudicado en Londres. En efecto, confundieron de tal manera a sus interlocutores que no sabían qué pensar. Fueron tan convincentes que todo salió como habían previsto los servicios secretos ingleses. Si jugaban las cartas bien, los germanos no descubrirían

el engaño. Su estudiada estupidez logró que volvieran a invitarles.

Los dos contaban con naturalidad las fiestas a las que asistían, los comentarios que escuchaban, las personas que se encontraban. Las mujeres empezaron a confiar en Rachel. Al pedirla opinión sobre lo que debían ponerse o cómo maquillarse, no dudaban en explicar con quiénes se iban a reunir y, a veces, hasta lo que hablaban sobre la guerra. Los hombres se mostraban menos locuaces con Rafael. Aún seguía siendo sospechoso a los ojos de la embajada alemana. Sus nuevos amigos les invitaban a sus casas, pero no ampliaban el grupo de amistades. Y en este, salvo el señor Freude y el señor Schwindt, ninguno resultaba interesante a los británicos. Estaba claro que no terminaban de confiar en ellos y que lo único que pretendían era sacarles información sobre lo que pasaba en los círculos aliados, a los que también eran asiduos.

Los siguientes meses, el matrimonio Bernal disfrutó de un trato excelente tanto entre los germanófilos como entre los aliadófilos. Solo dos personas en la embajada británica conocían su verdadera condición. Ambos bandos les tenían por inofensivos y su actividad social aumentó considerablemente. La distinción de Rachel destacaba en cualquier lugar, hombres y mujeres caían rendidos ante su buen gusto, simpatía y conversación que, por frívola, siempre resultaba muy divertida. El desinterés bélico del matrimonio Bernal era ya conocido en todos los ambientes.

Solo su círculo más íntimo mostró sorpresa por la forma de comportarse con los alemanes. Antes de empezar a dejarse ver con estos, necesitaron justificarse ante sus amigos, les conocían demasiado bien y sabían cuáles eran sus verdaderas ideas. La excusa la encontraron en los propios diarios. La prensa más germanófila se hacía eco continuamente del abuso de los Estados Unidos con la economía argentina. El boicot del país del Norte a los productos nacionales y a las empresas de origen o simpatías alemanas fue la excusa que encontró Rafael. La mayoría de sus compatriotas estaban indignados por ello. El empresario sacó la conversación en una sobremesa de domingo. Fabián se mostró descontento con la política norteamericana. No así Domingo, que pensaba que la neutralidad solo estaba favoreciendo al gobierno corrupto.

—Y a las industrias argentinas, Domingo, no lo olvides y, por tanto a nuestra economía —puntualizó el señor Ramos.

—Así lo veo yo también —sentenció Rafael.

—Tenemos un gobierno fraudulento que ha vendido toda su industria a los extranjeros, en especial a los británicos, y que ideológicamente se deja dirigir por las potencias del Eje, no me parece mal que los norteamericanos les obliguen como sea a volver los ojos a América. Este es nuestro continente, no de los europeos.

—De acuerdo, tienes razón —le tranquilizó Rafael—, pero no a costa de arruinarnos. No creo que los gringos estén pensando en dejarnos ser una potencia económica. Al contrario, pienso que lo que quieren es quedarse ellos con lo que ahora tienen los otros.

—Eso parece, por lo menos yo pienso lo mismo —aseguró Fabián.

—Lo peor de todo, es que ahora cualquiera puede boicotear nuestros productos, los norteamericanos les han dado la idea al resto. Un conocido me ha comentado que los alemanes también están boicoteando las empresas aliadófilas.

—Al final, acabarán con los comercios y las tiendas como la nuestra..., la tuya —se corrigió de inmediato Fabián.

Rafael continuó su historia, el mismo sujeto le había asegurado que un sector de la burguesía bonaerense rehuía su tienda por las veleidades de Rachel con la embajada británica. «Por supuesto, me refiero a mujeres de importantes militares y familias muy acomodadas de origen alemán», aclaró de inmediato.

—¡Pero eso puede resultar muy peligroso para el negocio! —Se preocupó Fabián—. Deberías entablar relaciones con empresarios de origen alemán para que vean que no eres partidario de nadie.

Rafael reconoció que estaba en ello, pero le estaba costando problemas domésticos.

—Ya conoce a Richi, cuando la he pedido que me acompañe a alguna reunión a las que hemos sido invitados, se ha negado.

—Pues tienes que obligarla a cambiar de actitud, recuérdale que vive bien gracias a tu trabajo, seguro que no dejará que te arruines. —Concluyó paternalmente el señor Ramos.

Domingo, con su discreción habitual calló, pero su gesto reprobatorio confirmó que el consejo no le gustaba. Rafael lo notó, aun así, añadió como si no se hubiera percatado del semblante de su amigo:

—Sí, tiene razón, Fabián. Tendrá que aceptar que no podemos mostrar nuestras afinidades con los clientes.

El abogado no pudo reprimir contestar:

—A veces el dinero no lo es todo.

—Es cierto, pero de esa tienda no solo viven Fito y Richi, hay otras familias que comen gracias a su trabajo en ella, perderlo es una tragedia. Lo sé, Domingo, porque en la crisis mundial tuve que despedir a personas muy importantes para mí y esa decisión fue una de las peores de mi vida. No antepongas eso a tus ideas, Fito. Esta no es nuestra guerra. — Terminó Fabián con su frase preferida.

Por su parte, Rachel confirmó la versión de su marido, contó a Soledad y Ángela que ayudaba a Rafael a abrir mercados y a ganar clientes ahora que las importaciones y exportaciones estaban disminuyendo. Solo por eso, soportaba a las insufribles alemanas, quería más a su marido que las odiaba a ellas. Ángela calló avisada por Fabián de la nueva postura de la británica, pero Soledad no pudo reprimir su sorpresa.

—No te entiendo, Richi, vos, capaz de no hablar en alemán y evitar el contacto con ellos

y ahora amiga íntima de esas...

—Sí, lo sé, resulta extraño, pero cuando las conoces no son distintas de nosotras. Y hemos logrado ampliar nuestra clientela. Además, ¿y si ganan la guerra?, ¿por qué deberíamos estar con los perdedores? Como dice Rafael, lo mejor es no ir con nadie y así no tener problemas, pase lo que pase.

—Lo siento, pero no te reconozco. —Concluyó la argentina mirando a su amiga con asombro.

Durante meses, lo único que pudo aportar el matrimonio Bernal fueron nombres de simpatizantes con el bando germano. Intentaban sonsacar información, pero no obtenían grandes éxitos. Se notaba que los alemanes no terminaban de confiar en ellos. Sin embargo, sí que les preguntaban mucho, con quién habían ido a las carreras, a quién habían saludado en el Colón, a quién habían visitado en Mar del Plata... Ellos continuaban con su sencilla estrategia, hablar demasiado y presumir de los lugares donde acudían y de las personas a las que saludaban, dejando que sus interlocutores hicieran lo mismo.

En abril de 1942, el argentino Juan Carlos Goyeneche, editor de *Sol y Luna*, viajó a Madrid. Desde la capital española, junto al embajador de su país, propusieron un plan para negociar el fin de la guerra y el liderazgo de España en la América Latina, plan que no interesó a ningún país y que, incluso, los diarios brasileños ridiculizaron con gran éxito entre sus lectores. En octubre de ese mismo año, Rafael Bernal escuchó de nuevo el nombre de Goyeneche a un directivo de *Böker y Cía*, una empresa exportadora e importadora fundada por un alemán sobre la que el *Foreing Office* había demostrado mucho interés, así que prestó atención, solo pudo escuchar que se encontraba en Berlín. Esta noticia resultó muy interesante a los servicios secretos aliados, aunque él la dio sin conocer realmente la importancia que tenía.

Después de eso, los británicos les mostraron más confianza y les hicieron un encargo: averiguar si había argentinos financiando al ejército alemán y, si era así, cómo lo hacían. Rafael recordó al matrimonio Eichhorn, dueños del hotel *Eden*, estos le mostraron la condecoración que les había dado Hitler solo porque había contado que trabajaba con empresas germanas. Pensó que debía buscar una estrategia, un comentario inocente que soltara la lengua de los otros.

Muy lentamente, el matrimonio Bernal había ido ampliando el grupo de «nuevos amigos», entre los que había influyentes empresarios y militares de alta graduación. Y fue en el hipódromo de Palermo, al encontrarse de manera casual con varios de esos comerciantes germanófilos, cuando a Rafael se le ocurrió una idea. Les saludó alegremente, les conocía, había coincidido con ellos en algunas reuniones. Les dijo que había perdido dinero en las apuestas. No era una gran cantidad, pero estaba molesto. Los otros bromearon, se divertieron a su costa, resultaba cómico verle disgustado por una pérdida ridícula cuando era tan rico. Al final, reconoció que tenían razón, «por

lo menos he disfrutado», añadió. «Prefiero perderlo en el juego que comprando insignias en forma de fuelles». Los otros quisieron saber a qué se refería y entonces les contó una anécdota que le había sucedido hacía días en el puerto con un trabajador. El hombre descargaba las telas y se le abrió la chaqueta dejando al descubierto la camisa, vio que llevaba unas curiosas insignias en ella, casi escondidas, parecían unos fuelles. Le preguntó si era una broma sobre las máquinas de los barcos a vapor. El sujeto respondió que los fuelles eran aviones alemanes derribados, «me confesó que compra cupones para ayudar a la RAF y, cuando tiene un número suficientes de estos, le entregan la insignia». Sus interlocutores, asombrados, le marearon a preguntas, querían saber quién las vendía, dónde, el nombre del trabajador... Rafael aseguró desconocer todas las respuestas, no tenía intención de tirar su dinero ayudando a ningún ejército. Los otros se indignaron, ellos sí ayudaban a los alemanes, aseguraron con vehemencia. Entregaban grandes sumas de dinero en la embajada durante las celebraciones de las victorias del Eje, añadieron que esa estupidez de los fuelles no iba a hacer daño a la *Luftwaffe*, sin duda, la mejor fuerza aérea del mundo.

Rafael conocía la existencia de las insignias porque él mismo tenía muchas, era miembro de la *Fraternidad de los Fuelles*, una idea de unos británicos residentes en Buenos Aires para conseguir dinero con el que ayudar a la fuerza aérea de su país. Un secreto que ocultaba a todos, incluidos sus amigos Fabián y Domingo.

Los nombres de los comerciantes, así como la manera de recaudar fondos, fueron transmitidos de inmediato a los ingleses, en concreto, al diplomático que Rachel había presentado a Rafael como su único amigo en la ciudad. En Buenos Aires, todos conocían la amistad y estrecha relación de los tres... Solo ellos y el embajador británico sabían que, además, era su enlace en los servicios secretos.

## Capítulo XXV

# 1943

A finales de 1942, toda Francia fue ocupada por los alemanes. Las SS y la Gestapo detenían a los judíos con la ayuda de la policía francesa y los metían en trenes con destinos desconocidos. A Rachel le comunicaron que los buques dejarían de salir de Marsella, la noticia quedó confirmada cuando, en enero de 1943, los alemanes destruyeron el puerto viejo de la ciudad. Tras la invasión total del país galo, dejaron de llegar las telas a Argentina y, por tanto, la organización abandonó el flete de barcos mercantes. No eran telas cargadas de objetos de valor las que habían salido de Francia en los últimos meses, eran telas que protegían a personas perseguidas. Esas personas ya no podrían utilizar los barcos contratados por *Rafaber* para huir. Barcos que navegaban bajo banderas de países no beligerantes como Venezuela, Irlanda, Portugal, incluso, España, evitando el bloqueo. Barcos que llegaban a Buenos Aires con su carga textil, pero cuyos pasajeros descendían en los puertos de naciones neutrales.

Hubo que aumentar las solicitudes de visados y Fernández Serrano también aumentó sus «honorarios». Sin embargo, a pesar de la documentación emitida, se realizaron detenciones de judíos cerca de la frontera española. Los detenidos fueron enviados a campos de exterminio. Los nazis parecían saber a quién buscaban, por lo que se pensó que alguien les delataba. Los refugiados que consiguieron llegar a Portugal contaron que, aparte de la cantidad establecida, el diplomático español les había exigido una aportación extra al recibir los visados. Ellos, desesperados, le dieron sus últimas pertenencias. También le acusaron de ser el posible delator, no tenían pruebas, pero le habían visto relacionarse amistosamente con algunos miembros de las SS.

En marzo de 1943, el funcionario fue detenido y encarcelado en las dependencias de la Gestapo. Desapareció durante un mes. Al cabo de este tiempo, y tras múltiples quejas diplomáticas, le pusieron en libertad. Le habían arrancado las uñas de los dedos. Los alemanes le trasladaron hasta la frontera de España donde le entregaron a las autoridades. La organización se lo comunicó a Rachel, añadiendo que, desde su encarcelamiento, no había posibilidad de sacar a los judíos con visados españoles.

La noticia de la detención del funcionario español asustó al matrimonio Bernal. Si Fernández Serrano les delataba, los alemanes de Buenos Aires serían avisados y ellos correrían peligro. Su

enlace británico les recomendó alejarse un tiempo de su ingente vida social y permanecer menos activos. Dejaron de salir y aumentaron la frecuencia de las «reuniones familiares» con Fabián y Ángela, a los que se les unían Domingo y Soledad cuando el cuidado de los pequeños se lo permitía. Incluso organizaron un viaje a Cuba.

A su regreso, les llegaron malas noticias, ahora desde Varsovia. En abril del cuarenta y tres, los judíos del gueto se levantaron contra los alemanes, una lucha heroica que acabó en mayo con la destrucción del gueto. Rafael dejó de encargarse de telas a Polonia, no había nadie a quién ayudar. El empresario se resistía a creer tanta maldad y crueldad, un pueblo tan culto y preparado como el alemán no podía cometer las atrocidades de las que le acusaban. Rachel se irritó y perdió la paciencia cuando su marido cuestionó las informaciones recibidas. Él no volvió a hacerlo.

Los terribles acontecimientos que les comunicaban les hacían sufrir, sobre todo, a ella. Sin embargo, en público mantenían su actitud despreocupada y frívola. El conflicto bélico no parecía alterar la existencia lujosa y apacible del matrimonio. Habían asumido sus papeles con tal eficacia que nadie podía sospechar su doble vida. No existía estreno teatral u operístico en el que no estuvieran, carrera de caballos, espectáculo o acontecimiento social donde no aparecieran. Durante unos meses disminuyeron su frenética actividad, pero, tras la puesta en libertad de Fernández Serrano y al comprobar que sus amistades germanófilas seguían tratándoles con cordialidad, retomaron la intensa vida social. La señora Bernal dejó de ser reacia a las fotografías y se dejaba retratar para las revistas de moda, haciendo publicidad de la tienda de su marido.

En junio, la aparente mundana existencia del matrimonio Bernal se alteró otra vez, como la de toda la nación argentina. Los militares dieron un golpe destituyendo al presidente Castillo. Tres días después, Arturo Rawson, sin haber prestado aún juramento para hacerse cargo de la presidencia, fue sustituido por el general Pedro Pablo Ramírez. Se rumoreaba que el golpe estaba organizado por el Grupo de Oficiales Unidos, simpatizantes del ejército alemán y, por tanto, afines a las potencias del Eje y, la mayoría, cercanos a las ideas nazis. Hubo momentos de confusión en la que los oficiales aliadófilos se enfrentaron a los germanófilos. El desbarajuste fue tan enorme que la embajada alemana, temerosa de que los primeros tomaran el poder, se dedicó a quemar papeles.

Los británicos encargaron al matrimonio Bernal que reanudaran sus actividades con la colonia germana, querían conocer cualquier rumor o suceso del que pudieran enterarse. Habían pasado varios meses desde la detención de Fernández Serrano y la relación con sus «amigos» alemanes no se había alterado, por tanto, era de suponer que el diplomático español no les había delatado.

Rachel organizó una merienda en *La Argentina*. Se cerró a los clientes la planta de señoras una tarde de viernes, y se invitó a las esposas de militares pro alemanes y a las de comerciantes germanos a ver las últimas novedades en tejidos. La reunión fue un éxito, todas la felicitaron por



la ocurrencia. Ella de nuevo brilló con su conversación, aunque no obtuvo los resultados deseados y eso que no dejó de hablar sobre el miedo pasado durante el golpe, «menos mal que personas de orden se han hecho con la situación». Por supuesto, Ángela y Soledad no fueron invitadas, no hubieran reconocido a su amiga.

En agosto, con el panorama en apariencia más tranquilo, recibieron una extraña orden. Debían transmitir una información a los alemanes de manera que pareciera un comentario sin importancia. La información, sin embargo, resultaba demasiado comprometida. No entendían cómo les podían pedir algo así. Su enlace se vio obligado a mostrarles la orden con la firma del secretario de la oficina de propaganda.

Lo hicieron en la primera reunión a la que fueron invitados. Rafael presumió de su ingente actividad social, enumerando todos los lugares en los que había estado esa semana y las personas que se había encontrado. En su lista nombró el *English Club* donde, por cierto, había visto al contralmirante Secundino Storni, Ministro de Relaciones Exteriores, en compañía de un estadounidense al que conocía, era un funcionario en la embajada, les habían presentado en una fiesta de la legación inglesa. Y siguió con su charla que, a sus interlocutores, pareció entretenerles mucho.

Días más tarde, el Secretario de Estado norteamericano hacía pública una carta personal que había recibido del ministro argentino Storni. En ella, explicaba que el gobierno de Argentina tenía intención de romper relaciones con Alemania, Italia y Japón; pero antes de hacerlo necesitaban preparar a su pueblo, por tanto, pedían paciencia al gobierno estadounidense y también ayuda para comprar armamento.

La intención del político norteamericano al publicar el documento no era otra que la de acelerar la ruptura de Argentina con Alemania. Sin embargo, tuvo un efecto contrario, el sentimiento antiestadounidense aumentó en el país sudamericano. El Ministro Storni tuvo que renunciar a su cargo y los alemanes presentaron una queja diplomática.

Rachel y Rafael comprendieron la doble jugada británica. Por un lado, no deseaban que Argentina abandonara su neutralidad, era la única manera de que los barcos con alimentos enviados a Gran Bretaña llegaran sin problemas. Por otro, a los ojos de los servicios secretos germanos, la información del matrimonio Bernal había sido, no solo fiable, sino veraz. La candidez demostrada les abrió nuevas puertas, sus cotilleos resultaban demasiado interesantes.

Después de esto, consiguieron aumentar la confianza de los simpatizantes germanos. Para resultar más persuasivos, se quejaron de las actuaciones estadounidenses contra los intereses argentinos y expresaron su malestar por el boicot a ciertas compañías, que ellos definieron como patriotas, por ser partidarias de las naciones del Eje. Su actuación cada vez era más audaz.

Gracias a estos comentarios, Rachel se vio invitada un día por la joven señora Kessler a acompañarla al salón de belleza. Era principios de octubre y Greta le había dicho que en el local,

situado en el barrio de La Recoleta, había una mujer que «hace maravillas, ha trabajado con Julio Alcaraz, el peluquero de las actrices». Pidieron hora y, el día establecido, llegaron juntas. Estaban sentadas mirando revistas mientras esperaban a ser atendidas, cuando otra joven se acercó a Greta, ambas se saludaron efusivamente. La señora Bernal no fue presentada así que aparentó estar muy interesada en su lectura, aunque se dedicó a escuchar la conversación, además podía observar de reojo a las mujeres reflejadas en el espejo que tenía enfrente. La señora Kessler hablaba con su amiga en voz baja, en un momento dado aseguró sentirse apenada, sentía mucho lo que había ocurrido. La otra la consoló, no debía preocuparse, ella estaba feliz. Greta preguntó asombrada si no la había entristecido haber pospuesto su boda. La joven lo negó, aseguró que, muy al contrario, se sentía orgullosa del motivo y añadió: «A Alberto le han nombrado cónsul en España y tiene que ir a tomar posesión de su cargo a finales de mes, podíamos haber adelantado la ceremonia, pero —y bajando aún más la voz continuó— en realidad no va a España, Juan le ha pedido que se acerque a Berlín». Rachel vio en el espejo a Greta haciendo señas para que su amiga se callara, a la vez que inclinaba la cabeza hacia donde ella estaba sentada.

La conversación fue transmitida a los servicios secretos británicos, aunque la señora Bernal no entendió el mensaje.

A finales de noviembre fueron avisados por su enlace, debían adelantar sus vacaciones y, si era posible, les recomendaba salir del país. A principios de diciembre, se dirigieron a Río, a disfrutar de la playa. No supieron el motivo por el que les habían pedido que viajaran al extranjero. A su regreso, lo entendieron, la prensa lo explicaba muy bien.

El año 1944 empezó con dos terremotos en Argentina. Uno, de origen sísmico, ocurrió en la ciudad de San Juan y conmocionó a todo el país. Y el otro, periodístico, fue aireado por la prensa mundial: los ingleses habían encarcelado a un argentino que espía para los alemanes. Aunque el suceso había tenido lugar a finales de octubre, la noticia estalló en enero.

El criollo Osmar Alberto Hellmuth, designado cónsul auxiliar de su país en Barcelona, se dirigía en barco a su destino cuando fue detenido por la policía británica aprovechando una escala en la isla de Trinidad. Acusado de espionaje, se le trasladó a Gran Bretaña donde admitió mantener relaciones con el representante del Servicio de Inteligencia de las SS en Argentina, Johannes Becker, también conocido por Juan Sigfrido. Hellmuth afirmó que, en realidad, su misión consistía en ir a Berlín a entrevistarse con Himmler.

El espionaje teutón en el país sudamericano quedaba descubierto a nivel mundial. El gobierno militar argentino, sin embargo, negó con rotundidad que ellos lo conocieran y acabaron rompiendo relaciones con Alemania y Japón. Como consecuencia, la embajada germana, la única que quedaba en toda América del Sur, se cerró.

Si con el primer terremoto, el Secretario de Trabajo, el coronel Juan Domingo Perón, consiguió un

gran protagonismo gracias a la colecta organizada para ayudar a los damnificados, además de encontrar a la mujer con la que llegaría a lograr sus ambiciones políticas, Eva Duarte, con el segundo terremoto, otra pareja, Rachel y Rafael Bernal, comprendieron el mensaje que habían transmitido en octubre del año anterior, así como sus «precipitadas vacaciones». A su regreso se les comunicó que el embajador, Sir David Kelly, había pedido la excarcelación de Hellmuth en diciembre y también que habían hecho correr la voz de que le habían capturado gracias a la confianza de una persona perteneciente a la colonia alemana. En todo momento habían intentado alejar las sospechas de ambos.

A pesar de que ya no corrían peligro porque el servicio secreto alemán había quedado muy debilitado tras el cierre de su legación diplomática, los británicos les aconsejaron evitar a los Freude y a los altos cargos de la compañía *Böker*, aunque estaban convencidos de que esas personas se harían también menos visibles.

Argentina cambiaba otra vez de presidente en febrero, y el conflicto mundial tomaba otro rumbo. Los anteriormente victoriosos alemanes estaban perdiendo en todos los frentes. Por fin se contemplaba la posibilidad de que los aliados ganaran. Rachel y Rafael brindaban a solas por cada victoria y por cada ciudad arrebatada a los germanos. En privado, se sentían felices, convencidos de que el final de la guerra estaba cerca y la iban a ganar los aliados. Y, en público, seguían manteniendo su aparente desinterés por el conflicto.

Habían dejado de acudir a las reuniones de alemanes —tampoco estos las organizaban— y, de nuevo, se refugiaron en sus fieles amigos. Los tres hombres del grupo se encontraban más preocupados por la situación del país que por el enfrentamiento mundial. Los militares continuaban dándose golpes de estado a ellos mismos, había descontento entre todas las clases y eso les preocupaba. Los tres pensaban que los gobiernos debían tener tranquilidad para poder trabajar, pero también que los debía elegir el pueblo. La situación política no era la mejor. Las mujeres en cambio, sometidas a los gustos de Rachel, aunque convencidas de estar dirigidas por Soledad, se preocupaban más por las situaciones domésticas.

En marzo, un nuevo general, Edelmiro Farrell, sustituyó a Ramírez en la presidencia del país. Los norteamericanos volvieron a presionar a los argentinos para que intervinieran en la guerra. Pero tanto Farrell como Perón, Ministro de Guerra, se mantuvieron neutrales. Así que la presión aumentó. Norteamérica no reconoció al nuevo presidente y rompió relaciones diplomáticas, obligando a hacer lo mismo al resto de países latinoamericanos, y también a Gran Bretaña. Esta se opuso en un principio, pero, al final, cedió y su embajador abandonó Buenos Aires. El diplomático se despidió de los Bernal a través del enlace, transmitiéndoles su agradecimiento, asegurando que el espionaje alemán estaba desmantelado y, por tanto, podían regresar a su vida anterior. Rafael recordó las palabras de su suegro en su encuentro londinense, le darían las

gracias, pero no recibiría ningún reconocimiento.

En agosto, los norteamericanos presionaron otra vez al gobierno argentino para que abandonaran la neutralidad y declararan la guerra a las potencias del Eje y, de nuevo, obtuvieron una negativa. Norteamérica congeló las reservas argentinas.

—Tus amigos nos están fastidiando —le dijo Rafael a Domingo.

—Tienes razón, la pelea con los ingleses por dirigir las empresas de este país, va a acabar llevándonos a la ruina. No sé si me gusta lo que hacen unos y otros —había respondido con tristeza el abogado.

El final de la guerra, en mayo de 1945, fue un estallido de júbilo. Las fotos de los generales y mariscales alemanes firmando la rendición hicieron llorar a Rachel. La alegría desembocó en un llanto largo y convulso, Rafael la abrazó con ternura, sabía lo que sentía y no se atrevía a consolarla con palabras, el tono de su voz hubiera delatado emoción y quería aparentar fortaleza frente al sentimentalismo de su mujer. Siguieron ansiosos los acontecimientos y las detenciones de los jefes nazis, así como sus suicidios. Rachel desconfiaba. Aún tuvieron que ver el resultado de las bombas atómicas y, como el resto del planeta, sintieron miedo al pensar lo que suponía poseer un arma así, más aún cuando se rumoreó que los alemanes investigaban la energía nuclear. Mientras el mundo se preparaba a disfrutar de la paz, Argentina vivía una situación social convulsa y agitada. También en el grupo de amigos de Rafael se discutía. Richi, Fito y Domingo detestaban al coronel Perón y su populismo. A Soledad y Ángela les fascinaba por su preocupación social. Fabián escuchaba a todos divertido.

En diciembre de ese año, el matrimonio Bernal recibió una invitación de su amigo Moseman para celebrar el final de la guerra y el comienzo de 1946 en Zúrich. Además, les comunicó que se acababa de casar, quería presentarles a su esposa. Aceptaron de inmediato.

A Rafael le gustaba la idea de regresar a Europa sin miedo. Recién cumplidos los cuarenta y uno, su sueño de convertirse en millonario casi era una realidad, podía dejar de trabajar cuando quisiera y dedicarse a viajar por el mundo. En unos años, con su ritmo de ganancias, no volvería a preocuparse por el dinero. El suyo, además, se encontraba seguro en Suiza. Pensaba en su futuro con tranquilidad y alegría. Durante la última década había llevado una doble vida igual que en su infancia. Ocultársela a sus queridos amigos, como antes a su familia, había resultado muy penoso. Estaba harto de mentir y engañar. Por fin se enfrentaba a una existencia relajada y feliz, comparable a la época en la que trabajaba como empleado de Fabián y conoció a su mujer.

Rachel acababa de cumplir cuarenta y siete años, empezaba a envejecer. Deseaba contemplar de nuevo la vieja Europa antes de que eso sucediera. Además, le apetecía un comienzo de año con nieve.

El encuentro entre los tres amigos fue entrañable. Rachel se echó a llorar en el momento en que vio a David en la pista del aeropuerto, afirmó que era el frío, aunque a nadie convenció su excusa. Los hombres también se abrazaron largamente, no dijeron palabra, ambos se sentían orgullosos, en cierta manera, habían ayudado a la victoria.

Moseman no vivía en el mismo lugar. Había dejado el pequeño apartamento de soltero situado en el centro de la ciudad, y se había mudado a una elegante casa de dos pisos en una zona residencial. Al llegar, les presentó a su esposa, Sara, una bonita joven que tenía alrededor de veinte años y que, ante ellos, parecía asustada, apenas levantaba la mirada del suelo.

Durante su estancia, los tres amigos —a veces acompañados por Sara— se dedicaron a visitar los pequeños pueblos de los alrededores de Zúrich. Fue inevitable acercarse a San Galo, pasearon por sus antiguas calles, visitaron la catedral y el monasterio donde les recibió el padre abad. A pesar de ser de clausura, Rachel le confió su deseo de hablar a solas sobre religión, mientras al resto se les permitió curiosear por la espléndida e impresionante biblioteca de la abadía.

Disfrutar de la mutua compañía, estar juntos fue lo mejor del viaje. Se quedaban horas charlando en la sobremesa, tanto después de la comida como de la cena, incluso, durante el desayuno, sus conversaciones eran eternas. La esposa de David desaparecía y les dejaba a solas. El suizo confesó que aún no se habían convertido en un matrimonio real, «como vosotros al principio», añadió ante el asombro de Rafael de que conociera ese aspecto de su intimidad y, a continuación, les contó la historia de su mujer.

Sara era hija de uno de los «banqueros» alemanes que, aunque sacó todo su dinero del país, se negó a abandonarlo. En el treinta y ocho se encontraron sin pasaporte y sin posibilidad de escapar. Cambiaron de casa y se trasladaron a un edificio de apartamentos en un barrio de clase media, donde intentaron pasar inadvertidos. En octubre del cuarenta, acosados por su situación, llevaron a su hija, de apenas catorce años, a un convento católico. Las monjas la acogieron haciéndola pasar por huérfana y la cambiaron el nombre, pero no podían ocultar a los padres. Hasta el año 1942, estos siguieron en su apartamento, pasando hambre y en condiciones desagradables. Ese año les deportaron a un campo de trabajo donde murieron en la cámara de gas. La hija no lo supo hasta acabar la guerra.

A finales de 1944, la Gestapo se presentó en el convento, alguien había denunciado que había niñas judías protegidas por las religiosas. Se llevaron a todas y acabaron en un campo de trabajo. Sara había cumplido dieciocho años. Aunque faltaban meses para la rendición, a esos salvajes aún les dio tiempo a matar a miles de personas. Ella se salvó porque era una joven muy atractiva. La utilizaron como prostituta los oficiales del campo, violándola en todas las ocasiones. Desde entonces, tenía pavor a los hombres y no quería que se acercaran a ella, por eso vivía casi enclaustrada en la casa, convertida en una criada y limpiando como la habían enseñado las hermanas, sin pisar la calle ni participar de las reuniones familiares. David había conseguido que

un prestigioso psiquiatra la tratara; en los últimos meses había empezado a salir. Era igual que un perrillo apaleado, si veía algún hombre de uniforme se escondía. Hasta ahora, a él le toleraba, agregó con melancolía el suizo.

El día antes de su marcha, durante la cena, David les preguntó qué pensaban de los juicios que se celebrarían en Núremberg. Rachel confesó indignada que no habían detenido a los implicados en el asesinato de los judíos, deseaba que todos los miembros de las SS y la Gestapo fueran ajusticiados, no se debía tener indulgencia con ninguno.

—Alguno estaría en oficinas —añadió tímidamente Rafael.

—Da igual, ¡todos participaron y no se debe tener piedad con nadie!, como ellos no la tuvieron con nosotros.

Sara apareció en la puerta al oír las voces y, al contrario que otras veces, permaneció apoyada en el quicio, escuchándoles.

—¿Tú les perdonarías? —Preguntó Rachel con indignación.

—No, no hablo de perdón, hablo de justicia —afirmó tranquilamente Rafael—. Que se busque a los asesinos y se les juzgue, pero los que no hicieron nada, no creo que deban ser perseguidos.

Rachel se levantó furiosa de la mesa, se acercó a su marido y, encarándose a él, gritó:

—¿De verdad crees que hubo alguno inocente?, ¿de verdad crees que no sabían lo que hacían?, ¿de verdad crees que no se debe perseguir a todos? No me digas que sí porque no podré volver a mirarte a la cara. Ellos fueron implacables y nosotros debemos serlo también. Si ahora les perdonamos, volverán a hacerlo.

—¿Por qué te pones así? —preguntó Rafael sin entender la reacción de su esposa, nunca la había visto tan alterada ni tan furiosa, parecía que le iban a estallar las venas del cuello—. Deberías tranquilizarte, solo es una conversación entre amigos y solo dábamos cada uno nuestro parecer. Yo no soy un juez ni un ejecutor. No podemos hacer nada.

—Y por qué no. Por qué no puedes ser juez o por qué no puedes ser un ejecutor —volvió a gritar la mujer.

—¿No te entiendo!

En ese momento, Sara terminó de entrar en la habitación y cerró la puerta tras de sí, mientras David intervenía:

—Cálmate Rachel, yo hablaré con Rafael.

No le dio tiempo a decir nada más, Sara, la callada Sara, estaba hablando de manera entrecortada:

—¿Perdón? ¿Juicio? ¿Cuándo nos juzgaron a nosotros y por qué? ¿Qué habíamos hecho, qué delito habíamos cometido? No recuerdo que mis padres hicieran mal a nadie. ¿Y yo? ¿Qué delito cometí yo? Violada diariamente varias veces. Convertida en... qué, cómo podría definirme, dígame. Qué fui y qué soy. Solo vivo para una cosa, para verles

encerrados y que no salgan nunca, para verles muertos. Las ejecuciones suponen un alivio y unos momentos de tranquilidad, porque yo ya no sé lo que es vivir con tranquilidad, sin miedo... Cada vez que se abre una puerta tengo miedo, miedo de que vengan a por mí. Usted no conoce esa sensación y por eso habla de perdón y de juicios. No se debe perdonar el horror, hay que acabar con los que lo produjeron.

—¡Sí, sé lo que es el miedo! —esta vez la voz de Rafael sonó furiosa al verse atacado por las dos mujeres—. Y sé perfectamente lo que es vivir atemorizado —añadió más tranquilo.

La confesión de Rafael hizo callar a Sara. Rachel y David le miraron desconcertados. El silencio se hizo patente. Los tres le observaron inquisitivamente aunque ninguno preguntó. Él continuó sin excitación, pausadamente.

—Era un niño, un niño de apenas once años, mimado, consentido y feliz, cuando caí en las redes de unos... ladrones que volvieron mi vida del revés. ¡Sus amenazas me parecían tan reales...! Me convertí en una persona asustada y sumisa, todo lo que me pedían lo hacía y sin embargo, con mi familia me mostraba de otra manera, rebelde y cruel. Me rebelaba contra los que me amaban y obedecía a los que me odiaban. Durante años viví así y tuve que huir para comprender que el miedo no me dejaba existir. Solo cuando me enfrenté de nuevo a él, me sentí libre. No me vengué.

Rafael calló unos segundos, ninguno de sus interlocutores dijo nada.

—Os entiendo mejor de lo que creéis. Sí, Sara, te entiendo más que tu propio esposo y tanto como Rachel que también sabe lo que es pasar miedo. Los tres hemos vivido atemorizados en algún momento y los tres sabemos qué se siente, aunque cada uno lo haya experimentado de una manera diferente y su situación haya sido distinta. No voy a medir quién lo ha pasado peor. No, no voy a discutir eso. El miedo es el miedo, no es valorable. Pero ha llegado el momento de vivir sin temores, ha llegado el momento de aprender a liberarse de él. Y con la venganza lo único que hacemos es revivirlo al hacérselo sentir a otros. Ese no es el camino.

—Y cuál es el camino. ¿El perdón? Pues que no cuenten conmigo. Y, si el señor Moseman no hace lo que me ha prometido, lo haré yo. —Sara hablaba enfadada.

Todos guardaron silencio. Rafael se preguntó qué podría haber prometido David, pero no se atrevió a hacerlo en voz alta. Hablaría con Rachel cuando estuvieran solos, ella lo sabría seguro. Siguió como si no hubiera escuchado la última parte.

—Perdón, no, Sara. Hay que hacer justicia.

—¿Y si hiciéramos justicia, Rafael, tú nos ayudarías? —David preguntó también con tranquilidad.

—No entiendo cómo podría hacerlo.

—¿Pero lo harías? —insistió el suizo.

—Si se trata de justicia, estaré con vosotros.

—Gracias. Ya seguiremos hablando mañana.

Se despidieron con el ambiente aún demasiado alterado. En su habitación Rafael preguntó a su esposa qué promesa era la que había hecho David a Sara. Ella fue muy escueta.

—Es algo muy personal y solo ellos deben contarlo. No estaría bien que te revelara un secreto.

—Creo que, como mi mujer, no deberías tener secretos conmigo.

—Pero ese secreto no es mío, es de otras personas.

—Pues bien que a él le contaste un secreto mío sin que yo te autorizara.

—A qué te refieres.

—A nuestra vida íntima. Sabe qué tipo de matrimonio mantuvimos.

—Ese no era un secreto. Entonces tú y yo éramos dos extraños y tenía más confianza con David que contigo. No puedes comparar ambas situaciones.

Rafael no quiso seguir discutiendo, conocía a su esposa, si se había propuesto no contar algo, aunque la torturara, no lo haría y tampoco servirían otros métodos... más agradables y dados a las confesiones íntimas.

El matrimonio Bernal hizo escala en Londres antes de dirigirse a Buenos Aires, querían visitar a los padres de Rachel. El señor Ackerman, cerca de los ochenta años, presentaba una salud delicada, había tenido varios sustos con la tensión. La madre se lo había contado a su hija. Sin embargo, la enferma grave resultó ser ella, cinco años más joven que el esposo, parecía mucho mayor. Su distinción y cortesía habían desaparecido de aquel cuerpo demasiado delgado y blanquecino, y su humor se había endurecido, ya no era la persona amable que Rafael conoció cuatro años atrás. Parecía enfadada a todas horas y, ante cualquier pregunta o comentario, contestaba tajante y fría.

Supieron que tenía cáncer y que no viviría mucho, había empezado a tomar pequeñas dosis de morfina. El señor Ackerman les confesó que, cuando ella se fuera, él no tardaría mucho en seguirla. Les quería ver porque ya tenía todo dispuesto. Había hecho testamento a favor de su hija, aunque la mayoría del dinero lo dejaba a la organización.

—¡Pero si ya no existe! —dijo precipitadamente Rafael.

—De eso quería hablarte. Aún tenemos mucho trabajo por delante. Ahora hay que ocuparse de devolver los ingresos a sus dueños, aunque aparecieran todos, tenemos una pequeña fortuna con los intereses generados. Creemos en la causa sionista y vamos a apoyar la fundación del Estado de Israel, pero mientras los políticos realizan su trabajo aún queda otro por hacer. Un trabajo justo, Rafael, un trabajo que viene apoyado por



jueces alemanes, como mi propio hermano.

Friedrich Ackerman estuvo hablando mucho tiempo con su yerno, le contó cómo se estaba transformando la organización y en qué se utilizaba el dinero de los fallecidos. Y de nuevo le pidió que colaborara.

La despedida en Londres fue muy triste, Rachel veía a sus padres por última vez. Llevaban separados muchos años, su activismo y la guerra tenían la culpa y ya nunca podrían recuperar ese tiempo.

Embarcaron en Lisboa en el *Monte Amboto*, un barco español. Ackerman había rogado a Rafael que observara a uno de los pasajeros. Su suegro le había entregado una carpeta, en ella había varias fotos del mismo hombre, la del carné de las SS y otra rodeado de su alegre familia y vestido con el uniforme nazi. También había unos papeles que leyó detenidamente. Era un informe sobre el individuo, había nacido en Croacia y se había afiliado al partido nazi siendo muy joven, participando en la persecución y traslado de judíos a los campos de exterminio. Se adjuntaban declaraciones de supervivientes que relataban los horrores cometidos por el sujeto. Durante el trayecto, le observó cada día, a suficiente distancia para que el otro no lo notara. El hombre atendía a un nombre español, sin embargo, no hablaba ni una palabra del idioma y, por su aspecto, tampoco pasaba por compatriota. Viajaba con su mujer y sus tres hijas, todas rubias y de ojos claros, las mismas de la foto. Bajo la apariencia de un encantador padre de familia, se ocultaba un monstruo. No pudo dejar de contemplarle durante toda la travesía, nunca le habló, ni se acercó a él.

La familia también desembarcó en Buenos Aires, no fueron al Hotel de Inmigrantes, les estaban esperando personas cuyo aspecto delataba que pertenecían a la clase dirigente, les recibieron con mucha cordialidad y les subieron en autos muy costosos. Sintió rabia y tristeza.



## Capítulo XXVI

1956

Teresa fue presentada a sus futuros cuñados una tarde de domingo a finales de febrero. Había sido invitada por Puri a merendar en su casa, allí acudieron las otras dos hermanas de Rafael con sus esposos. Ninguna llevó a sus hijos, no querían que los jóvenes trataran con «ese tipo de mujer», habían afirmado ambas. Antes de conocerla, ya daban por sentado que habría salido de un prostíbulo. La recibieron con frialdad, pero educadamente. Loli se contuvo en todo momento para no decir ninguna palabra malsonante y dejar claro que había recibido una buena educación, mejor que «la advenediza que tengo delante de mis ojos». Así habló con sus hermanas cuando las tres se afanaban en la cocina preparando las bandejas de dulces, aunque, en realidad, lo que hacían era criticar a la novia del hermano. Tras regresar al salón donde habían quedado los hombres acompañando a Teresa, la pequeña no pudo reprimir un comentario hiriente: «¿No te parece que trabajar de costurera en una camisería para caballeros resulta poco decoroso?». La interpelada respondió con rapidez:

—¿Por qué? Es un trabajo *honrao* y yo tengo que trabajar. No tengo padre ni hermanos que me mantengan —añadió sosteniendo la mirada a Loli con arrogancia—. Poco decoroso sería ser puta. ¿No creen?

Prudencio se echó a reír ante la mirada furiosa de su mujer. Mientras Teresa continuaba.

—Perdonen que sea tan franca, pero yo soy de Lavapiés, nací y me crié allí, y los de mi barrio no nos andamos con tiquismiquis.

El marido de Loli volvió a reír:

—Haces bien en decir lo que piensas —añadió el simpático sujeto.

No comenzaron bien las futuras cuñadas y tampoco se mostraron mejor a lo largo de la tarde. Loli olvidó sus intenciones y utilizó toda su artillería contra la costurera. Teresa no era de las que callaban, respondía con un desparpajo y cierta altanería que provocaba aún más la rabia de la otra. Hasta el punto que, en un momento que Rafael salió de la estancia, la primera aprovechó para decir con un tono desagradable:

—Seamos francas, guapa, tú no quieres a mi hermano. Te casas con él por su dinero.

—Claro que sí, lo sabemos todos, ¿o acaso tenía usted dudas? Porque Rafael no tiene ninguna. ¿Quién se iba a casar con él a su edad?

—Y por qué no te has casado tú a la tuya, tampoco eres una jovencita, como bien se ve. Con tus años, yo ya tenía hijos.

—Porque me reservaba para un millonario —rio con fuerza Teresa— o ¿qué se cree?, que con este cuerpo y esta cara —y con las manos se recorrió el pecho y las caderas, en un gesto barriobajero—, ¿me iba a ir con el primero que apareciera? He sabido esperar y ahora tengo lo que quería.

—¡Qué descarada! —afirmó en voz baja Toñi con intención de no ser oída y mirando a sus hermanas.

—Sí, las de Lavapiés somos así, descaradas. Ustedes en cambio piensan lo peor de la gente y se lo dicen con indirectas. Yo soy muy directa y lo digo a la cara. —Y se encaró con ambas, Toñi bajó la mirada.

La aparición del prometido hizo callar a todas, ante el enrojecimiento de Santiago y de Prudencio que no sabían dónde mirar.

La visita fue tal como imaginó el novio, a ninguna de sus hermanas le gustó Teresa, las tres le demostraron una antipatía enorme. La joven, en ningún momento, se sintió intimidada. Contestó a sus pullas con respuestas contundentes y, si no hubieran sido tan maleducadas, probablemente hasta hubieran resultado graciosas. Desde luego, así se lo pareció a los cuñados que, en privado, le reconocieron a Rafael haber llevado una ráfaga de aire fresco a una familia donde todo se mantenía oculto. Prudencio y Santiago le felicitaron efusivamente por la elección. La chica era guapa, aún joven, el viudo confesó que acababa de cumplir treinta años. «¿Dónde la has conocido?», preguntaron ambos. Les contó que se había fijado en ella un día paseando por la Gran Vía, iba con una amiga, salían ambas de trabajar y se estaban despidiendo de otras jóvenes. Se acercó, las invitó a merendar, pero no accedieron; volvió varias veces e, incluso, las acompañó a su casa. Al cabo de una semana, aceptaron la invitación y empezaron a salir los tres juntos, hasta que un día la amiga, Isabelita —les dio el nombre—, comprendió sus pretensiones y les dejó solos.

Rafael y Teresa habían quedado en relatar su encuentro de esa manera, con la intención de que las hermanas no la criticaran más de lo necesario. Los hombres se creyeron la historia sin ningún problema. Ambos alabaron el gusto que había demostrado en su elección y la suerte que había tenido al encontrar una soltera tan guapa, además se la veía una mujer de carácter. «Con ella no te vas a aburrir», sentenció Prudencio y le guiñó un ojo con picardía. Eso era precisamente lo que le preocupaba a Rafael, el carácter de ella, se había propuesto dulcificarla, pero no dijo nada y sonrió a su cuñado.

La novia, después de esa experiencia, decidió que Rafael también debía conocer a su familia. La noticia le impactó, ni siquiera había imaginado que pudiera tener parientes:

—¿Por qué no? —preguntó la joven intrigada.

—Pues porque vives sola en una pensión y vas con Isabel a todas partes... No sé, imaginé que ambas erais huérfanas.

—Isabelita, sí, en eso no te habías equivocado. Yo, no. Soy la mayor de cuatro hermanos, tres chicas y un chico. Julián, el que me sigue, es albañil, se ha casado con una buena mujer y ya tienen un hijo, viven con mi madre, igual que mis hermanas; aunque la mediana tiene novio y se irá dentro de un año, cuando se case. Piensan alquilar una habitación con derecho a cocina, están ahorrando para la boda —aclaró ella con toda normalidad—, él también es un hombre preparado, trabaja en una empresa y tiene estudios, creo que bachiller —aseguró con orgullo—. Las dos pequeñas no salen con nadie, aún son jovencitas. Les paso un dinero y las metí en el convento al que fui yo al acabar la guerra. Las monjas enseñan costura, un buen oficio, mejor que fregar casas, como quería mi madre. Le dije que por ahí no pasaba, yo no iba a quitarle la mierda a esas señoras emperifolladas..., como tus hermanas. —Añadió de pronto echándose a reír.

—¿Y tu padre?, ¿ha muerto? —preguntó Rafael intrigado.

—Desapareció, sí, en el frente, aunque nunca nos confirmaron su muerte. Al acabar la guerra no volvió y, por eso, pensamos que habría caído. Mi abuela le buscó por todas partes, nadie supo decir qué había sido de él. Tres años después, murió la pobre —sin darse cuenta cambió de tema—, lloré mucho porque la quería más que a mi madre. Fue ella la que me llevó a las monjas. Desde que salí de allí, ya no volví a la casa —hizo una pausa, recordó que ese no era el asunto del que hablaban—. Tiempo después escribieron desde Galicia, me lo contó mi hermano —aclaró—, era un párroco de una aldea de la que no recuerdo el nombre, preguntaba por mi abuela, contestaron que había muerto, y el cura les dio el pésame sin añadir nada más. A todos nos resultó muy extraño. Luego, no sé cuándo, pero diría que fue después de la carta del párroco, el hijo de unos antiguos vecinos, es camionero —volvió a aclarar—, nos dijo que había visto a un hombre de un parecido asombroso con mi padre en un pueblecito cerca de Lugo. Desde entonces, todos pensamos que, quizás, no pudo regresar. —Bajando mucho el tono de voz, añadió— ¿Sabes? Era rojo.

—¿Y te gustaría ir a comprobarlo? —Preguntó cariñosamente Rafael.

—¡No! No creo. Yo le quería mucho, igual que a mi abuela. Pero si está vivo y no regresó..., ¡prefiero no saberlo!

Repitió su deseo de presentarle a sus hermanos. «¿Y tú madre no vendrá?», quiso saber él. «¡No!», gritó ella, añadiendo de inmediato y más calmada que apenas salía de casa. El novio se ofreció a ir a visitarla, ella se opuso tozudamente al encuentro. El prometido insistió y la chica

cambió de tema. Rafael intuyó que no quería hablar del asunto y se calló.

La organización del encuentro entretuvo mucho a la joven, eligió para la cita el domicilio de su futuro marido. Estaba segura de que todos la envidiarían cuando vieran dónde iba a vivir una vez casada, ese pensamiento le producía gran satisfacción.

La reunión también se celebró un domingo. Y fue igual de desafortunada que la anterior. Esta vez, le tocó a Rafael encontrarse fuera de lugar. No pudo remediarlo, no le gustaron sus cuñados. Eran demasiado jóvenes, demasiado bulliciosos, demasiado brutos. Carecían de educación, todos hablaban a la vez y a voz en grito, no había manera de mantener una conversación tranquila. Sin embargo, ellos se lo pasaron muy bien juntos. Hacían bromas de mal gusto a Teresa y esta parecía feliz con sus impertinencias, las mismas que le habían soltado las hermanas del novio.

Julián explicó al cuñado que el padre había sido tratante, iban a las ferias de los pueblos a vender, y gritaban el producto con tanta fuerza que ya se habían acostumbrado todos a ese tono, por eso hablaban «tan alto». Tere y él siempre le acompañaban, desde que cumplieron los siete años hasta que empezó la guerra. Ambos le adoraban y le echaban mucho de menos. Le confesó que no estaban seguros de su muerte, mantenían la ilusión de que aún viviera. El prometido admitió conocer la historia.

Hasta que no se marcharon, Rafael no se encontró tranquilo. Teresa, sin embargo, se mostró radiante toda la tarde. Isabelita y ella fueron las últimas en irse. Al despedirse, reconoció que se lo había pasado muy bien. Aseguró que sus hermanos nunca habían podido imaginar ser invitados a una casa «como la tuya». «Me hace muy feliz convertirme en dueña y señora de un piso tan bueno», añadió ante el asombro de su futuro marido que no pudo evitar pensar: «El dueño soy yo y lo seguiré siendo».

Aunque a Teresa la ilusionaba el ascenso social que iba a lograr con su matrimonio, la celebración, por el contrario, suponía un desengaño, ya que había imaginado una boda con un hombre al que amara, no con un viejo que no le resultaba atractivo. Por ello, se desentendió del festejo y dejó que Rafael se ocupara. Este intentó implicarla, pensando que le gustaría participar en el acontecimiento, sin embargo no mostró interés. A cualquier pregunta de su prometido respondía: «Lo que tú veas» y, a cualquier propuesta: «Como te parezca mejor». En realidad, sabía que no era capaz de mejorar nada y le dejaba disponer, al fin y al cabo, lo pagaba todo, que lo hiciera a su gusto, pensó.

A pesar de ese aparente desinterés, tuvieron un mal encuentro semanas antes de la ceremonia. Rafael le propuso llevar joyas de Rachel el día del enlace. Argumentó que, a partir de ese momento, eran también suyas. Le enseñó dónde las guardaba para que las luciera cuando quisiera, mostrándole el joyero y la caja fuerte. Teresa las miró con desprecio, solo le gustó el reloj de oro comprado en Suiza veinte años antes; respecto al resto, aseguró, con rotundidad, que parecían

baratijas de poco valor, bisutería fina de mal gusto. Él creyó que era broma y se rio, hasta que la miró a la cara y comprendió que no bromeaba. Insistió en su propuesta, señaló unos pendientes de diamantes y platino muy valiosos, quedarían muy elegantes con el traje de boda. La prometida recalcó el aspecto de baratija, unos pendientes de diamantes no podían tener esa extraña forma. «Son cometas», explicó incrédulo el hombre ante un comentario tan absurdo, mientras los guardaba en su bonita caja de terciopelo azul y sacaba una pulsera de oro: un brazalete ancho con un elegante diseño. Quizá le gustaba más, preguntó. «¡Pero si no es de oro bueno! ¿Cómo quieres que me ponga una pulsera de tan poca calidad?», afirmó la novia, cada vez más indignada y furiosa.

—Bueno, sí, este oro es de 14 quilates, pero es un diseño de Lalique realizado en los años veinte —explicó Rafael.

—¡Vaya! Además de mala, es vieja. No me gusta y no la voy a llevar nunca —estalló bastante molesta.

El comentario disgustó al hombre, ¿cómo no veía la elegancia de las joyas de Rachel? Teresa, por su parte, había perdido la paciencia, ¿cómo pretendía que llevara lo que había utilizado la otra? Quería estrenar, que todo fuera nuevo y solo suyo. Contrariada, afirmó que no se pondría ninguna joya, en todo caso, elegiría cualquiera de sus bisuterías. «Mucho más elegantes que estas porquerías que me has enseñado».

—¿Elegantes esas cosas que usas? No sabes lo que es elegancia, todo lo que llevas es exagerado y de mal gusto. —El prometido acabó por enfadarse—. ¿Y te atreves a despreciar las joyas de Rachel? Ella sí se caracterizaba por su elegancia y discreción, tú desconoces el significado de esas palabras.

Aquello terminó en una gran pelea, ambos se dijeron cosas muy desagradables. Teresa se sorprendió, cuando el viejo —así seguía llamándole en sus pensamientos— se enfadaba, podía ser tan bruto o más que ella. ¿Dónde habría aprendido a decir tantas palabrotas? Desde luego con su estirada familia, no. Rafael, también, se escandalizó, su prometida se convertía en una barriobajera cuando se la contrariaba.

Se pidieron disculpas un día después, ambos se habían pasado y lo sabían, ninguno de los dos se hizo el ofendido.

El novio, para desagradarla, decidió comprarla una pulsera y unos pendientes que la gustaran y pidió ayuda a Isabel. Esta, dispuesta y amable, le acompañó. Se acercaron a la joyería Vendrell en la Gran Vía, la acababan de inaugurar y ya se había convertido en un lugar muy solicitado por las madrileñas adineradas. Siguiendo las indicaciones de su acompañante, compró el brazalete más ostentoso y, para él, ordinario de la tienda, con unos pendientes y una sortija a juego. Sin lugar a dudas, se notaba el precio.

Al salir, invitó a la joven, quería preguntarle por qué Teresa odiaba a su madre. Aún no les había

presentado y se negaba a que la señora asistiera a la boda, le extrañaba su postura, era impensable no desear ser acompañada por una madre un día tan señalado, incluso, aunque ellos fueran a formar una pareja atípica. «Por eso», había sido la lacónica respuesta de Isabel. La cara de incompreensión de Rafael motivó la pregunta que, a su vez, le hizo la chica, ¿no le había explicado su prometida el motivo por el que no se hablaban? El hombre aseguró que lo desconocía y la joven respondió: «Si mi amiga no lo ha hecho, no voy a ser yo quien lo haga».

Ese aparente respeto desapareció a los cinco minutos, ante el sencillo comentario de Rafael de: «Cómo voy a entenderla si no sé cuál es el problema». Movida también por el deseo de contar lo que sabía, Isabel comentó:

—Sí, tienes razón, es un problema. Aunque yo lo llamaría más bien una cabezonería. Si yo tuviera madre, y me hubiera hecho lo mismo, hace tiempo que habríamos hablado, hubiera intentado saber qué la llevó a ello y, con seguridad, la habría perdonado. Eran tiempos difíciles y ¡la vieja está ahora tan necesitada! Es mayor... Pero, Teresa es muy rencorosa y no es capaz de olvidar. ¡Mejor no enfadarla! Solo te pido una cosa, jamás le digas que sabes lo que pasó y, mucho menos, que te lo he contado yo. Si se entera, dejaría de hablarme de por vida.

—Te lo juro. —Aseguró Rafael.

Sin atender a la interrupción, Isabel continuó a toda velocidad, temiendo que él pudiera impedirle hablar. «Teresa tenía catorce años cuando acabó la guerra, en diciembre iba a cumplir los quince. Aquí en Madrid habían pasado mucha hambre y aún no era mujer, ella piensa que tuvo el primer periodo muy tarde por falta de comida. Durante los últimos días de la guerra, los aviones de Franco tiraban panes y los chicos salían a cogerlos. Me dijo que un día se dio tal atracón que, por la noche, tenía unos dolores enormes de tripa, no podía ni ponerse de pie, hasta que sintió algo que le corría por las piernas, era sangre, se asustó mucho convencida de que se moría. Su abuela le explicó lo que le pasaba. Ya era alta para su edad, pero estaba muy flaca y no tenía formas de mujer. Unos meses más tarde, poco antes de su cumpleaños, se le desarrolló el pecho, dice que aún era muy delgada, aunque ya tenía sus llamativas formas. Además, entre nosotros, sus ojos tan claros y su cara llaman mucho la atención de los hombres —Isabel paró y Rafael asintió—. Me contó que, recién cumplidos los quince, empezó a tener mucho éxito con los muchachos, y también los caballeros la piropaban. Una tarde de principios del año cuarenta y uno, su madre la exigió que la acompañara, iban al dentista. A ella la extrañó, si no tenían dinero para comer y habían empeñado hasta la ropa de cama, con qué iban a pagar al dentista. Sin embargo, obedeció. La consulta estaba en la calle Toledo, ellos vivían en Tribulete, así que subieron andando. Al llegar, la enfermera les dijo que eran las últimas, por delante había dos personas. Esperaron más de hora y media. Cuando se fue el último paciente, apareció el doctor. Le describió como un hombre mayor, gordo y calvo, solo le quedaban cuatro pelos junto a las orejas que peinaba hacia atrás. El



dentista la miró fijamente y ordenó a su ayudante que se marchara, añadiendo que él cerraría la consulta al acabar. Las hizo pasar y sentó a Tere en el sillón de los pacientes, pidiéndola que abriera la boca. Después de mirarla, afirmó no haber visto nunca unos dientes tan sanos y perfectos. En ese momento entró la enfermera a despedirse. Unos segundos después se oyó la puerta y el hombre mandó a la madre esperar en otra sala. A partir de aquí, ella nunca me ha contado con detalle qué pasó. Solo que se resistió, pero él tenía fuerza, aunque fuera viejo y, en la postura que la había colocado, apenas se podía defender. Dice que gritó pidiendo ayuda a su madre, esta no apareció, aunque gritó más fuerte. Cuando todo acabó, el médico llamó a la madre y le entregó dinero, también la regañó por no haber explicado a la hija a qué iba, la próxima vez no quería gritos ni resistencia. Luego las citó para la semana siguiente. Teresa no regresó nunca. Salió a la calle llorando por la impotencia y el dolor y, según me contó, insultando a su madre. El personal las miraba. La mujer decía que tenían que comer, había muchas bocas en la casa y pocos ingresos. Incluso la riñó, se quejaba por una tontería, aquello era muy normal. Añadió que, si ella pudiera, también se hubiera ido con alguno para alimentar a sus hijos, y Teresa, por ser la mayor, tenía la obligación de ocuparse de los pequeños.

—Y qué respondió esta. — Preguntó Rafael obligándola a parar.

—Pues que, si tanto la gustaba, que lo hiciera. La madre contestó que era muy vieja y los hombres ya no la querían. Llegaron a la casa gritando y enfadadas, la abuela quiso saber qué ocurría y Tere, echándose en sus brazos, se lo contó sin dejar de llorar, al enterarse, la anciana insultó a la nuera y añadió que no comería nada comprado con ese dinero. La otra le respondió: «Mejor, una boca menos». Al día siguiente la abuela la llevó al convento, allí nos conocimos. Desde entonces, no ha vuelto a su casa y tampoco habla a su madre. No olvida lo que ocurrió.

—No me extraña. Me parece una historia terrible.

—A mí me da pena. Conozco a la madre, he ido en varias ocasiones a buscar a sus hermanas por encargo de Tere que las esperaba en un bar. Habría que conocer bien las circunstancias y en qué situación se encontraban. Yo creo que se ha arrepentido y quisiera ver de nuevo a su hija. Pero ella no la perdona, siempre dice que la hubiera gustado casarse de blanco en una iglesia llena de flores con un novio guapo que la quisiera mucho... —Isabel calló unos segundos—. También la culpa por eso. Piensa que no pudo casarse con el hombre... —pareció darse cuenta de que había hablado demasiado y se corrigió de inmediato—. Bueno, que no ha podido casarse hasta ahora por su pasado. Yo la he dicho muchas veces que, si alguien la quiere, no le importará lo del dentista, al contrario, la ayudará, ¿no crees? Por eso te lo cuento, estoy segura de que tú no la vas a culpar, ¿verdad? —No dejó responder a Rafael que solo pudo asentir con la cabeza—. Por lo visto, la madre le dice a sus hermanas que Teresa, con su presencia y

aspecto, puede conseguir un hombre rico que la mantenga, aunque sea viejo y aunque no se case con ella. Por eso no quiere que te conozca, sería darle la razón —Isabel calló, notó que había metido la pata de nuevo e intentó arreglarlo—. Por cierto, el dentista tenía más o menos tu edad, algo más de cincuenta y tú también tienes poco pelo. Cuando os enfadasteis, antes de haceros novios, me dijo que se lo recordabas bastante. Por eso, se molesta con frecuencia contigo —le explicó—. Si me he atrevido a contarte todo esto, es para no tengas en cuenta sus arrebatos. ¡De verdad, es muy buena!, a mí siempre me ha ayudado... ¡Pero tiene un pronto!

—¡Ahora lo entiendo todo! —aseguró Rafael con tristeza—. Muchas gracias por habérmelo confiado. Nunca volveré a hablar de su madre, tampoco a mí me dan ganas de conocerla. ¿No habrá hecho lo mismo con las otras hijas?

—No, no ha podido. Teresa habló con las monjas y consiguió que las dejaran entrar en el convento. Además las ayuda económicamente y las hizo jurar a las tres que nunca irían solas con la madre a visitar a ningún hombre, ni siquiera médico. Ellas no saben el motivo de ese juramento tan extraño... Desde luego, me parece bien que no la nombres, así no enfadarás a Tere. Pero no la tengas manía, ahora es una pobre anciana.

Rafael pensó que debía evitar el tema y que Isabelita juzgaba a la señora con demasiada bondad. También pensó que su novia debía haber sufrido mucho con unos padres así. Al parecer, el progenitor les había abandonado y la madre la había vendido. Entendía su resentimiento contra todo el mundo, dejó de verla como una persona grosera y apareció ante sus ojos como un animal herido. Se vio reflejado en ella y se prometió que la ayudaría a dejar de odiar. Ahora que la comprendía mejor, le gustaba más.

Se casaron en abril de 1956, un día de diario a las seis de la tarde, en una pequeña capilla cerca de su residencia. La boda fue discreta. La novia tenía treinta años y el novio cincuenta y uno. La edad de Rafael y su estado civil no le permitían organizar una gran fiesta, un nuevo enlace por parte de un viudo estaba mal visto. Tampoco Teresa quería mucho más. Aunque se mostraba soberbia y orgullosa, en el fondo, le dolían las críticas por la diferencia de años, ese fue el motivo de que no invitara a sus compañeras de trabajo. «¡Que rabien!», aseguró a Isabel con la chulería de siempre, aunque les enseñó la invitación, el vestido: un traje de chaqueta de Pedro Rodríguez en azul marino, y las joyas que iba a ponerse. «Me las ha comprado mi novio para que las estrene ese día», todas alabaron el buen gusto del hombre. Ella se había emocionado cuando las recibió y, por primera vez, le abrazó con cariño.

Pili, Loli y Toñi, acompañadas de Santiago y Prudencio asistieron, las señoras con cara de pocos amigos. También fueron invitados los hermanos de Teresa y sus parejas, Isabelita, el abogado Antonio Fernández Serrano y unos amigos de Rafael, Amparo Molina y su esposo Chucho, un

prestigioso médico de origen cubano. Al finalizar la ceremonia, los novios se hicieron las fotografías en Alfonso. Una merienda en el hotel *Montesol*, en la calle de la Montera, finalizó la celebración.

La noche de bodas no resultó satisfactoria, ninguno de los dos disfrutó. Teresa se mostró tan distante como aparentaba, Rafael tampoco puso mucho interés. En su relación no había amor ni deseo y no tenían muchos temas de conversación. Él pensó que no habían empezado muy bien. Se consoló recordando que los principios con Rachel también habían ido mal. Imaginó que podrían, si no enamorarse, por lo menos, tenerse cariño. Desde luego iba a procurar que no fuera tan desdichada. El comportamiento de ella le recordaba al suyo de adolescente, siempre atacando. Deseaba acabar con su resentimiento y demostrarla que podía dejar de ser infeliz.

Unos días más tarde, Teresa acompañó a su marido al consulado de Argentina, debían registrar la boda. Así se enteró que él tenía dos nacionalidades.

Aconsejado por su amigo y abogado, Antonio Fernández, que le recomendó comenzar la convivencia lejos del hogar compartido con Rachel, el recién casado llevó a su mujer de viaje. Rafael eligió Sevilla porque, además de poder disfrutar de la feria de abril, en la ciudad andaluza tenía unos buenos amigos, Tomás Ramos y su mujer, Inés Molina, que les invitaron a su casa. Les acompañaron Chucho y Amparo, hermana de la anfitriona. Teresa había simpatizado con el matrimonio.

Los sevillanos les recibieron tan cariñosamente que la joven pareció convertirse en un ser humano distinto, amable, y sonriente. La prestaron trajes de «gitana» para que se paseara por el recinto ferial, la llevaron a varias casetas donde bebió finos y hasta se atrevió a dar unos pasos de baile siguiendo las indicaciones de las mujeres.

Las dos hermanas Molina le contaron cómo habían conocido a Rafael y cómo habían mantenido su amistad. La mayor tenía tres hijos varones que ya habían empezado a dar herederos a la empresa y de los que el patriarca se sentía muy orgulloso. Amparo no había podido ser madre.

La madrileña adquirió una gran complicidad con las señoras, sobre todo con Inés. Hubiera podido ser su hija, de hecho la trataba como tal y ese trato la conquistó. Avisadas por Rafael de cuánto la molestaba oír hablar de Rachel, tuvieron la delicadeza de no nombrarla nunca. Sin embargo, pudieron comprobar que, cuando Teresa se sentía excluida de la conversación —porque contaban sus experiencias o las de personas que ella no conocía—, se contrariaba, fruncía el ceño y se enfurruscaba. La señora Ramos aconsejó a Rafael: «Mímalala, está falta de cariño». Y eso hicieron ellos, intentar que fuera feliz complaciéndola en todo.

El viaje de novios, por tanto, resultó mucho más delicioso que la noche de bodas. Los recién casados disfrutaron tanto que llegaron a comportarse como un par de enamorados. La estancia resultó inolvidable. Después de Sevilla, fueron a Granada y a Córdoba, en todas partes pedía que

su marido la fotografiara, él lo hacía encantado, verla contenta le producía alegría.

Con el regreso, surgió la antigua Teresa y, de nuevo, aparecieron sus groseros modales.

Desde que se había quedado viudo, el señor Bernal se ocupaba de la casa. Rachel, una mujer criada en una familia de la alta burguesía y educada para que otros atendieran sus necesidades, había rodeado a su marido de comodidades. A pesar de que nunca volvió a disfrutar de una existencia tan lujosa como la de su infancia londinense, ni a residir en una mansión ni a disponer de tanto servicio, la británica no cambió sus costumbres en ninguna parte, ni en Buenos Aires ni en Madrid, donde su casa, comparada con las otras, era muy modesta. Hasta su muerte, se comportó como una gran dama y, acostumbrada a mandar, jamás realizó una tarea doméstica.

Rafael había adquirido los hábitos caseros de su primera mujer. Elegía el menú diario, incluso explicaba cómo hacerlo, controlaba los gastos, organizaba la limpieza. La «mucama», como él llamaba a la chica que le atendía, obedecía fielmente al señor. Convencido de que Teresa no sabría ocuparse de la casa ni conocía las costumbres de él, siguió organizándolo todo tras la boda. La joven, los primeros días, calló. Al mes y medio, era ella la que iba al mercado y guisaba lo que se le antojaba, no la elección de su marido. Así surgió el primer motivo de discusión como matrimonio. Si el esposo entraba en la cocina para comentar sus gustos culinarios, ella le amenazaba con la sartén, le llamaba cocinillas y, en ocasiones, maricón.

A pesar de los buenos propósitos de Rafael de intentar cambiar a su esposa, las disputas comenzaron a ser habituales. Él intentaba zanjarlas recordándole su procedencia social e insinuando que, por tanto, no estaba cualificada para llevarle la contraria. Ella, molesta con el comentario, disfrutaba buscando el enfrentamiento para irritarle y le provocaba hasta lograrlo. Él le exigía respeto y obediencia, ella se burlaba. Ninguno estaba dispuesto a ceder en una discusión y discutían por cualquier pequeñez o nimiedad. Rafael insistía en su inferioridad, Teresa contestaba que no había nacido quien se riera de ella.

Sus peleas comenzaban de la manera más absurda. En una ocasión, la esposa comentó que deseaba comprarse un chaquetón «de garras». El marido le ofreció las pieles de Rachel, había un abrigo de astracán, otro de visón, una capa de la misma piel y dos estolas, una de zorro y otra de chinchilla. Sus hermanas le habían pedido esas prendas al enviudar, pero él no se las había dado. Como se acercaba el verano y los días cada vez eran más cálidos, le propuso que las llevara a una peletería donde se las renovaran, así cuando llegara el frío podría usarlas. Teresa respondió que ella no se ponía nada usado. Quería estrenar su propio abrigo, los de «la otra» estaban anticuados. Rafael insistió en que buscara una peletería para modernizarlos. Ella no pensaba llevar nada viejo, comentó furiosa. Él aseguró no entender ese capricho. La mujer, altanera, amenazó con no dejarle tocarla y «¿a ver con quién tienes hijos?». Acabó siendo una discusión muy violenta, la criada, desde la cocina, les oía, puso la radio más fuerte para que se dieran cuenta, no les importó. Él

acabó llamándola chula y ella viejo verde.

Isabelita fue debidamente informada de la pelea durante una visita. Si la nueva señora Bernal esperaba su comprensión, no la encontró:

—No entiendo por qué te pones así con él, Tere, con lo bien que se está portando y los detalles que tiene contigo.

—¿Qué sabes, tú? —replicó enfadada esta.

—¡Lo que veo! Y no vas a convencerme de lo contrario. Otro ya te habría mandado a la mierda, y tampoco se hubiera casado contigo. Mujeres puede encontrar las que quiera, pero nosotras no tenemos fácil conseguir marido y ¡menos un marido con dinero! ¿Por qué le tratas así?

—¡Porque me da asco!

El carácter de Teresa confundía a Rafael. A veces, la veía indefensa, recordaba cuánto había sufrido siendo niña y, entonces, intentaba ser más afectivo, mostrarse cariñoso. Pero las reacciones de ella le volvían distante, le costaba trabajo intimar. Si al principio se sintió atraído sexualmente por ella —aunque la atracción no era mutua, lo sabía, y no quería engañarse ni hacerse ilusiones—, ahora le costaba acercarse a su mujer. El deseo disminuía, el empeño de ella en sacar su desagradable humor era la causa. De repente, había momentos, pocos, en los que se mostraba cariñosa y él se desvivía aunque, si la esposa percibía que intentaba agradarla, entonces, se volvía arisca de nuevo. Resultaba muy desconcertante.

En el fondo, Teresa deseaba que los ojos de Rafael reflejaran orgullo cuando la mirara y solo encontraba humillación y vergüenza. Se preguntaba por qué se había casado con ella si la despreciaba, y, en esos momentos, le aborrecía y se enfadaba tanto que era capaz de decir y hacer cualquier cosa. Odiaba el desinterés que le mostraba, aunque no estaba dispuesta a admitirlo. Sabía que con la «otra» iban juntos a todas partes, mientras que a ella la dejaba en casa. A pesar de no trabajar y vivir de las rentas, su marido salía todas las mañanas al Casino de la calle Alcalá y no regresaba hasta la hora de la comida. Por las tardes, también disfrutaba de actividades en las que ella no participaba. En la pensión, soltera, se había sentido menos sola que en su nuevo hogar, casada.

Con la llegada del otoño, la situación empeoró. El matrimonio hacía vida separada. Ella se reunía con sus hermanos y les convidaba a su casa. Rafael huía cuando aparecían y tampoco se molestaba en disimular. Se acercaba al Casino, a casa de sus amigos o, incluso, a ver a su familia. Además, la mujer aún no daba señales de embarazo y el marido se inquietaba. No se soportaban.

Para apaciguar a su esposa, Rafael invitaba a Isabel con frecuencia. Juntas, Teresa se suavizaba y no parecía tener tantas ganas de contrariar al marido. Esta acabó percatándose del motivo por el que les visitaba con tanta asiduidad la amiga y habló con su esposo: «No quiero que venga a casa.

Si no te gusto como soy, te jodes, ¡haberlo pensado antes!». Él intentó organizar citas con Chucho y Amparo, sin embargo, ella se opuso, «se están volviendo aburridos, se nota que son viejos», comentó con la intención de herirle. Pensaba que su marido disfrutaba más en la compañía de otras personas que con ella y se negaba a recibirles, ofendida porque se sentía humillada al verle tratar, incluso, a Isabelita con más simpatía que a ella misma.

Solo había una persona del círculo de Rafael a la que Teresa parecía soportar, el abogado Antonio Fernández Serrano. A pesar de ser el mayor de todos, casi su padre, era el único que la prestaba atención cuando estaban juntos y el único que se preocupaba por sus sentimientos. La escuchaba, se reía con ella, la hacía sentir importante.

Le conoció en su despacho antes de la boda. Rafael la llevó porque tenía que firmar unos papeles. Agradable y seductor, Antonio alabó su presencia y la belleza de sus ojos, ella le sonrió ampliamente. Tras la visita, en la calle donde ya no la podía oír nadie del bufete, Teresa preguntó por qué no tenía uñas un señor tan encantador, qué le había pasado. Él le contó que la Gestapo le había torturado.

—¿Los alemanes? ¿Estuvo o en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial?

—No, fue en Francia, pero no le gusta hablar de ello, no le preguntes nunca.

Desde entonces, le había tomado más afecto. Alguien que había sufrido tanto se preocupaba por ella.

## *Capítulo XXVII*

# 1950

Había pasado una semana desde la muerte de Bustos. Domingo seguía retirado del servicio, de vacaciones forzosas, encerrado en casa. Los Ramos le habían telefoneado varias veces para que fuera a comer con ellos, siempre había encontrado excusas. Con su esposa hablaba diariamente, solo de la familia y de su salud.

Se encontraba aburrido, tirado en la cama, hacía calor y andaba en camiseta, sonó el teléfono y se sobresaltó, esperaba que, en cualquier momento, sus jefes le destituyeran. Estaba seguro de ello. Aunque su mayor temor era que le asesinaran... Pensaba en sus hijos y en Soledad, quién les protegería. La llamada resultó más inesperada de lo que había pensado. El sacerdote que había oficiado el responso en el entierro de Bustos y Sonia preguntaba por el comisario Esquivel. Tras los saludos, el religioso aseguró que esa tarde tenía tiempo para hablar, tal como le había rogado, ¿podía acercarse a la parroquia? Estarían más cómodos. Domingo accedió de inmediato, a pesar de no haberle pedido nunca al cura una entrevista. La cita resultaba tan extraña que despertó su curiosidad. Se disculpó, tardaría un buen rato en llegar. Su interlocutor respondió que no importaba, podía tomarse el tiempo que necesitara.

Se duchó y se afeitó, llevaba varios días sin afeitarse. Mientras lo hacía, recordó el entierro del suboficial y su esposa, apenas hubo acompañantes. Su ayudante no había hablado nunca de parientes y amigos, descubrió que tenía una hermana que no disimulaba su alegría. Acababa de enterarse que se había convertido en la heredera del suboficial, sus ahorros, para ella casi una fortuna, y la propiedad del departamento. Le dijo al comisario que no mantenían contacto, dejaron de verse «el día que se casó con una puta, le prohibí acercarse a mi casa». Esquivel no respondió. Le dio el pésame y se fue, también se despidió del sacerdote.

¿Y si le habían tendido una trampa para eliminarle? Decidió ir andando, tardaría unos treinta minutos. Si le querían matar, les daría la oportunidad. Mejor acabar de una vez que permanecer encerrado.

Mientras caminaba recordó la libreta de Bustos. En ella, el suboficial escribía todo lo que averiguaba y no deseaba olvidar. Se la había encontrado encima de la mesa de su ayudante, sin duda, colocada allí expresamente para que él la viera y la leyera. Y así lo había hecho.

Era un relato minucioso de las últimas semanas antes de su muerte. Comenzaba explicando que,

ante la imposibilidad de seguir con la investigación, pidió ayuda a su amigo Sobinski para que le presentara a un reconocido abogado, miembro fundador de la Sociedad Hebraica, a la que el periodista también pertenecía. Mantuvo a solas una discreta reunión con el letrado al que confesó que buscaba consejo profesional y asesoramiento. Como el individuo se mostró dispuesto a ayudarlo, el suboficial le contó que, durante una investigación de asesinato, había descubierto una red dedicada a introducir secretamente en el país criminales nazis huidos de Europa. Le entregó copia del material que disponía sobre los cuatro fallecidos, el informe policial, las fotos, y las solicitudes de visados de los muertos con el sello de la SARE, añadió que probablemente esos no eran sus auténticos nombres, dio el verdadero del único identificado, sin explicar por qué lo sabía. Sospechaba que los cuatro estaban buscados por crímenes contra los judíos y que altos cargos cercanos al Gobierno habían colaborado en su huida. Si sus sospechas eran ciertas, los asesinatos habrían sido realizados por alguna organización o asociación sionista que conociera la existencia de dicha red. Bustos había escrito que el abogado preguntó: «¿Y cree usted que yo pertenezco a esa asociación? ¿Por eso me lo está contando?». El suboficial admitió haber pensado alguna vez en la Sociedad Hebraica como posibles instigadores, pero ahora tenía la certeza de que ni siquiera conocían los crímenes. Suponía que los asesinos no eran argentinos y tampoco residían en el país, nadie les conocía. Entraban y salían sin dejar rastro.

El abogado admitió no poder apoyarle sin pruebas concluyentes que demostraran lo que afirmaba. Sin embargo, prometió buscar ayuda a través de organismos internacionales para identificar a las personas de las fotografías. Si alguien les reconocía, esos organismos podrían hacer mucho ruido y destapar la trama que colaboraba con refugiados nazis. Aunque, posiblemente, los implicados borrarían y destruirían todos los archivos ante cualquier peligro de ser descubiertos, por tanto, debía encontrar lo antes posibles dichas pruebas.

Bustos decidió, entonces, espiar a Cardozo. A mediados de diciembre, la CIDE había suspendido la vigilancia a la que eran sometidos el comisario y él. Lo sabía porque les tenía controlados. Desde ese momento, acechó al capitán de Inteligencia, dejó de ser el ratón para convertirse en el gato. «Ni siquiera se ha dado cuenta de que conozco todos sus movimientos, a veces, no son tan *inteligentes* como creen», escribió. Le siguió con mucho cuidado y, al parecer, con éxito, el capitán nunca sospechó que le observaban. Aprovechó que durante las vacaciones del comisario no tenía que justificar las ausencias, para investigar al militar a fondo. No solo averiguó su domicilio, también sus costumbres. Vivía solo, no tenía esposa ni novia, y su familia residía en otra ciudad. Se pasaba el día en el trabajo. No comía nunca en casa y regresaba de la oficina poco antes de anochecer, el suboficial aprovechó esos momentos para entrar varias veces y estudiar el departamento con cuidado. El capitán tenía el hábito de beber un licor nada más llegar, había una botella en el mueble bar que disminuía cada día, incluso observó que la había repuesto. Una mucama se ocupaba de la limpieza, iba por las mañanas unas horas. Durante sus pesquisas, Bustos



halló algo que demostraba la auténtica personalidad del individuo, un ser depravado y degenerado.

En medio del texto, apareció un pequeño párrafo tachado con demasiado ímpetu, pero que permitía leer lo escrito: «Promesa a Sobinski, darle toda la información para publicarla cuando acabemos la investigación. No contarle nada mientras dure esta. Preferible mantenerle al margen, la investigación parece peligrosa y él es demasiado precipitado». El comisario pensó en la ironía que suponían aquellas frases.

Lo último que había escrito el ayudante se refería al día antes de su muerte, describía cada uno de sus movimientos. Tras los asesinatos de su amigo y su esposa, supuso que él sería el siguiente, por tanto, debía actuar con rapidez. Buscó protección en la comisaría, no se atreverían a sacarle de allí a la fuerza. Escribió un mensaje para su jefe, sabía que entendería lo que le decía en él. Salió del edificio sin ser visto. Conocía un camino a través del patio interior que le llevaba a una distancia de varias cuadras. Deseaba que el comisario pudiera deshacerse de todo antes de que descubrieran su desaparición. «Esa idea me atormenta», había leído Domingo. Aseguraba tener la certeza de que Cardozo estaba implicado en los asesinatos de Sobinski y de Sonia. Pretendía interrogarle, cuando consiguiera sacarle toda la información, llamaría a la policía para que detuvieran al capitán. Si los de Inteligencia se presentaban antes que sus compañeros del cuerpo, no dejaría que le torturaran... Domingo no olvidaba el párrafo final.

El comisario llegó a su cita sin contratiempos. El sacerdote le estaba esperando, le recibió con mucha cordialidad, en un rato cerrarían la iglesia y podrían charlar en la casa, había un patio muy agradable y estarían más frescos, comentó. Esquivel no dijo nada. Caminaban por el pasillo central del edificio hacia el altar, cuando el párroco preguntó:

—¿Ha oído usted hablar del secreto de confesión?

—Por supuesto, soy católico, padre —respondió desconcertado Esquivel.

—¡Bien! Entonces no tengo nada que explicarle al respecto.

Ambos callaron, entraron en la sacristía, el sacerdote estuvo colocando algunas cosas, antes de volver a hablar.

—Hace unos cuantos días, de madrugada —dijo con mucha tranquilidad—, recibí una llamada telefónica de un feligrés, quería confesión, pretendía hacerlo en ese instante y por teléfono. Lo sentí nervioso, triste, desesperado. No me extrañó que hubiera enloquecido, habían asesinado a su mujer la noche anterior. Intenté calmarle, aunque no eran horas para hablar, le invité a acercarse a la iglesia o ir yo a su casa. Me interrumpió, dijo que ya no podría verme nunca más. Le escuché en confesión. El feligrés era también mi amigo. Un gran amigo. Usted también le conocía porque trabajaba a sus órdenes, él le admiraba y hablaba excelencias de su persona. Por eso no me extrañó que

me pidiera un favor, un favor que tiene que ver con su visita.

Esquivel seguía con atención la charla del cura. Pensó que apenas conocía la vida de Bustos. Y se sintió mal.

—Me dijo que debía pedirle perdón a usted.

—¿A mí?

—Sí, por lo visto, le había convencido para algo a lo que usted se oponía. Su insistencia había sido un error y usted tenía razón. Como predijo, cierta persona había actuado impulsivamente, lo que le había costado su propia vida y la de sus amigos, poniendo a inocentes en peligro. Incluido usted, señor comisario.

—No fue culpa de Bustos. No puedo recriminarle nada, si no hubiéramos estado tan obsesionados con averiguar la verdad, ahora estarían todos vivos. Debí oponerme con más fuerza.

—Él aseguraba lo contrario. Pero es reconfortante saber que no le guarda rencor.

—¿Rencor? Jamás podría...

—Él pensaba —el cura le había interrumpido— que todo el mundo le despreciaría y le insultaría por lo que iba a hacer. Sin embargo, no le importaba la opinión de los demás, solo la de usted. Por eso deseaba que conociera la verdad. El tipo al que la policía encontraría a su lado había confesado ser el autor de los asesinatos de su esposa Sonia y de su amigo Israel.

—Lo imaginaba —de inmediato Esquivel se corrigió—, lo sabía, no tenía que explicármelo. Y, discúlpeme, padre, pero no puedo criticar lo que hizo.

El sacerdote aparentó no escuchar el último comentario y continuó:

—También me rogó que le avisara, usted corría peligro, debía ser muy precavido porque a los dos les habían tendido una trampa... Parece que hasta yo me he convertido en detective —sonrió con tristeza—, y también he utilizado una artimaña para traerla acá.

Domingo le miró extrañado. El religioso había callado y permanecía pensativo.

—No puedo desvelar un secreto de confesión, ni a usted ni a nadie. Es impensable. Sin embargo, sí puedo consolar a los afligidos, ¿no le parece? —sonrió con picardía.

—Por ahora me han dejado en paz —aclaró Domingo creyendo entender a qué se refería—. Pero nunca responsabilizaría a mi ayudante de lo que hicieran unos criminales.

—Me alegro, hijo.

En ese momento entró una mujer. Aseguró que estaba todo en orden, no quedaba nadie dentro de la iglesia y la había cerrado. El sacerdote se lo agradeció y se despidió de ella hasta el día siguiente. La mujer desapareció por una pequeña puerta lateral que daba a la calle. El cura la cerró con llave. Salieron a un pasillo que comunicaba la sacristía con la casa parroquial. El sacerdote echó el cerrojo también en ambas puertas. «Por lo general, no hago esto, me gusta sentir el Sagrario

cerca, pero hoy es un día especial y todas las precauciones son pocas», explicó mientras guardaba un enorme llavero.

Los dos hombres siguieron andando por inercia en silencio. Atravesaron la casa y salieron a un jardín oculto desde la calle.

La sorpresa paralizó al comisario, sin duda no se esperaba algo así. Dos hombres estaban sentados cómodamente en el lugar. Sabía que les conocía. Su cara debió delatarle porque uno de ellos se levantó de inmediato y se acercó con la mano extendida.

—Disculpe que hayamos utilizado a un sacerdote y un subterfugio para organizar este encuentro —exclamó con amabilidad—. Nos vimos no hace mucho en el depósito de cadáveres. Yo me encontraba identificando el cadáver de un amigo. Usted acompañaba a otro.

¡Claro que les conocía! Eran dos destacados miembros de la Sociedad Hebraica, uno el abogado con el que Bustos se había reunido, el otro, juez. No dieron sus nombres, no era necesario. El primero, que tan amablemente le había hablado, aseguró que era mejor para todos mantener la reunión en secreto.

En ese instante, el sacerdote le ofreció un refresco que Domingo aceptó. Había una bandeja en una mesa, les sirvió las bebidas y se fue, cuando acabaran su charla, regresaría para despedirse, afirmó.

—No sé por dónde empezar —dijo el abogado con cierta inquietud.

—Pues hágalo explicándome que hacemos acá —solicitó Esquivel con amabilidad.

—Tiene razón, es lo más lógico. —Miró al otro individuo pidiendo permiso y, de nuevo, dirigiendo la vista al comisario, añadió:— Esta entrevista se debe a una petición del suboficial de policía Ángel Bustos, más que una petición fue un ruego en sus últimos momentos. Incluso, él la organizó tal y como la estamos desarrollando.

—No entiendo nada —Domingo les observaba inquieto.

—Lo sé. Quería que le avisáramos que estaba en peligro, pero debíamos hacerlo sin que los que le vigilan, lo supieran, así que pensó que este sería el entorno más adecuado para que no sospecharan que usted y nosotros nos reuníamos. Empezaré por el principio.

Domingo asintió y el abogado comenzó la historia asegurando haber conocido al suboficial hacía unas semanas, cuando el comisario se encontraba de vacaciones. Esquivel afirmó estar al tanto de todo, sabía lo que le había entregado Bustos y su petición de ayuda.

«Entonces le diré cuando volví a verle —continuó el letrado—. Fue un martes después de las fiestas, por la mañana temprano..., en el depósito de cadáveres. Varios miembros de la Sociedad Hebraica y del periódico donde colaboraba Israel Sobinski habíamos sido citados para identificar el cadáver del periodista. Al verle, pensé que le habían llamado para lo mismo, me dirigí a saludarle cuando observé que movía la cabeza negando, me detuve, comprendí que deseaba

aparentar no conocernos. Parecía abatido, iba acompañado por otra persona, usted. Entraron en la sala contigua, y yo pregunté qué había ocurrido, alguien comentó que habían asesinado a la esposa de un policía. No le mentaré si le digo que me asusté. Imaginé que Bustos me llamaría. Estuve toda la mañana junto al teléfono. Yo le había dado una tarjeta con mis números, incluso le escribí a mano el de mi casa. No lo hizo. Al salir del despacho, mi secretaria me entregó una nota, me citaban a una hora en un bar, por cierto, muy cerca de mi domicilio. Pensé que sería él, así que acudí a la cita. No estaba allí. Mientras esperaba, el mozo gritó mi nombre, me llamaban por teléfono. Era el suboficial. Me dijo que tenía que hablar conmigo, lo que iba a contarme resultaba tremendamente peligroso, deseaba que nos reuniéramos a las cuatro de la madrugada. Me dio una dirección y me pidió que fuera acompañado de un juez, tenía las pruebas que yo había pedido. Debíamos ocultar a todo el mundo esa cita y llegar a ella en secreto, insistió mucho en que nadie nos viera. Incluso me explicó cómo entrar por detrás del edificio para no ser vistos, él estaría esperando y nos abriría. Me negué, no pensaba salir de madrugada a ninguna parte. Todo me pareció demasiado enigmático y perturbador..., no quería problemas, sentí que hablaba con alguien que había perdido la cabeza. Mantuve mi negativa en firme hasta que le escuché decir: ‘Necesito dos testigos que certifiquen la confesión del asesino de Sobinski y de mi mujer’. A eso no podía negarme, el periodista se merecía mi participación en la detención del criminal».

Se oyó trastear al sacerdote en la casa, el ruido hizo callar al abogado, los tres quedaron expectantes unos segundos. Tras el desconcierto, el individuo continuó.

«Me presenté a la cita acompañado, como Bustos indicó. Nos estaba esperando, subimos por la zona de servicio, él abrió la puerta de un departamento, pensé que era el suyo. No encendió las luces y hablaba en voz muy baja. Fue en ese momento cuando nos informó que nos encontrábamos en el domicilio del capitán Cardozo al que acusaba del asesinato de dos inocentes. Nos mostró al individuo, aún con las lámparas apagadas, pudimos comprobar que estaba esposado a una silla, con los ojos vendados, no parecía haber sido golpeado ni maltratado. Recuerdo que me enfadé, no entendía que significaba aquello. Nos pidió que no hiciéramos ruido ni delatáramos nuestra presencia, el individuo había confesado, ahora tomaría nota de su declaración para que la firmara ante testigos. Entró a la habitación donde estaba Cardozo, encendió la luz, tenía las persianas y cortinas echadas, dejó la puerta abierta para que viéramos y escucháramos todo. Habló con el capitán: ‘Voy a escribir su confesión, comience de nuevo a contármelo todo’. El sujeto admitió haber matado a Sobinski y a la señora Bustos, hizo una declaración muy detallada. Cuando acabó el relato, el suboficial sacó los papeles de la máquina de escribir con la que había tomado nota y los puso en una mesa situada delante de Cardozo, le desató una mano y se alejó apuntándole con una pistola, debía tener miedo de que el otro le atacara. El capitán se rio mientras firmaba, comentó que solo tendría que asegurar haber confesado bajo amenazas, y ese documento no tendría validez. Bustos no le respondió hasta que le esposó de nuevo, entonces dijo: ‘Lo sé, pero

cuando sus compañeros lean todos los detalles que me ha contado, no perdonarán su locuacidad'. El policía le amordazó de nuevo y le vendó los ojos, salió a la habitación de al lado donde nosotros permanecíamos ocultos y en silencio. Cerró la puerta y nos entregó la copia del documento también firmada. Antes de irnos, nos hizo una petición, la última, aseguró. Nos rogó que le avisáramos a usted. Estaba en peligro, los de la CIDE sospechaban que ambos colaboraban en la investigación sobre los nazis, Cardozo se lo había dicho. Si lo confirmaban, también le matarían. Fue muy insistente en que debíamos avisarle, estaba asustado y muy preocupado por usted y su familia. Se sentía responsable.».

Domingo le miró con agradecimiento. El abogado lo notó. Bebió y tomó aire antes de volver con su historia.

«Aseguró que nosotros no nos podríamos acercar a su persona sin levantar sospechas. Para ganar tiempo hasta que pudiéramos realizar este encuentro —pensado y organizado por él, como le dije—, se le ocurrió una idea. Dejarle una carta en la que contaría que nunca se creyó la versión oficial sobre los asesinatos de extranjeros y que, a pesar de las órdenes recibidas e, incluso, a espaldas de usted, los había seguido investigando. Con la sospecha de que les mentían, admitiría que encargó a su amigo Sobinski buscar en el periódico todo lo referente a Walter Blume. El periodista encontró un personaje interesante y decidió hacer un reportaje. Al parecer, ese hecho fue la causa de las muertes de Israel y de Sonia. Añadiría que había vigilado a Cardozo desde el primer momento. Confesaría que se había presentado en su casa, acusándole del asesinato de su esposa y luego relataría toda la declaración del capitán donde este se inculpaba. Acabaría la nota pidiéndole disculpas, comisario, por haberle ocultado lo que hacía, añadiendo que no había querido comprometerle ante sus superiores, y dándole permiso para utilizar la misiva como prueba de la llegada de nazis a Argentina y de la inocencia de ellos tres. Bustos nos aseguró que dicha carta no sería entregada a su destinatario, pero los que la leyeran pensarían que usted desconocía su trabajo, sembraría la duda y le dejarían en paz de momento».

Esquivel interrumpió el relato con un comentario. «Tuve el honor de trabajar con ese policía hasta el día de su muerte». El abogado asintió antes de añadir con reprobación.

—Nos mintió, no pensaba dejar vivo a Cardozo.

El comisario calló, no estaba tan seguro de eso, durante la última semana había tenido mucho tiempo para pensar. Ante su silencio, el abogado preguntó:

—¿Supongo que deseará conocer el resto de la historia y lo que le escribió Bustos en la carta?

—Así es, pero no me atrevo a consultarles. No sé cuánto pueden contar.

—Todo lo que el suboficial nos explicó —era el juez el que intervenía por primera vez—, nos dio permiso para que le informáramos con detalle. — Y mirando a su compañero, dijo— podés seguir.

«Intentaré hacerlo por orden —afirmó el abogado antes de continuar—. El suboficial llegó al departamento del capitán sin contratiempos, a nadie se le podría ocurrir que estuviera allí. Entró sin problemas, tenía una llave maestra. No tocó nada, salvo una botella de licor en la que echó un sedante. El otro era más fuerte y si peleaban, no podría reducirle. Todo salió como había previsto, aunque el capitán llegó más tarde de lo habitual. Probablemente, la desaparición de Bustos le habría hecho entretenerse en el trabajo. Se dirigió al mueble bar y se tomó una copa, cayó dormido casi enseguida. Cuando despertó, estaba esposado en una silla y amordazado. El suboficial tenía toda la noche para hacerle confesar, por la mañana, si no se presentaba en su oficina, le llamarían y saltarían las alarmas. Al principio, el militar se resistió a hablar. Bustos admitió haber logrado la confesión con métodos persuasivos —no dio explicaciones sobre qué métodos—, solo dijo que había prometido devolverle ciertas fotografías y documentos y no quitarle la vida si colaboraba. El capitán acabó por reconocer su implicación en los crímenes de Sobinski y de Sonia. Al primero, le habían detenido y le habían pegado hasta matarle, no había hablado. O no sabía nada, o era un hombre de principios. Cardozo dirigió el interrogatorio. De la existencia de la intérprete se habían enterado por un informador dentro del periódico. Era una mujer de origen alemán, podía ser una nueva pista. Tenían la dirección porque había dejado sus datos cuando firmó el recibo de cobro por su trabajo. Se presentaron en su casa la mañana del lunes, en ese momento ella salía, la siguieron. Estuvo bebiendo todo el día. Acabó tan borracha que no hizo falta interrogarla. Habló por los codos con un agente sentada en un bar. Afirmó no saber cómo el periodista se había enterado de la existencia de Blume, pero admitió que su marido y el sujeto eran íntimos. Al salir del bar, el propio Cardozo la estaba esperando y la disparó de la misma manera que habían matado a los nazis. La quitaron el bolso y se marcharon muy deprisa del lugar. Volvieron al domicilio, estaban vigilando el edificio para detener al marido, cuando la llegada de un coche de policía, les hizo desistir. Conocieron la noticia de que Bustos se encontraba identificando el cuerpo unas horas más tarde».

Domingo le interrumpió, no entendía por qué habían matado a Sonia, si habían comprobado que no sabía nada.

«Al parecer, están convencidos de que a los asesinos les ayudan gente de acá, ella podía ser una de esas personas. Le explico —dijo el abogado parándose un momento—, Cardozo contó que llevaban dos años investigando las muertes de alemanes refugiados y no tenían una sola pista. Por supuesto que sospecharon de nosotros, los judíos argentinos. Nos sometieron a una vigilancia exhaustiva. Siguieron a cientos y espionaron a muchos más, comprobaron dónde estábamos durante los crímenes. Incluso se presentaron en la sede y nos dieron copia de las fotos para que preguntáramos a todos los socios si alguien los conocía, nos dijeron que eran judíos desaparecidos. Su conclusión fue la misma que la de ustedes, los asesinos debían ser extranjeros que entraban y salían de manera ilegal, por eso nadie sabía de su existencia. Sin embargo, cómo se

enteraban de la llegada de los alemanes y de dónde encontrarlos..., porque tenían confidentes en el país. Al conocer que dos policías estaban investigando el caso Solberg, un coronel de Inteligencia pensó utilizarlos para tender una trampa a los informadores. Les mintieron a ustedes haciéndoles creer que el muerto era un ingeniero llamado Walter Blume. Estaban convencidos de que, cuando los criminales supieran que les culpaban de matar a un inocente, intentarían demostrar que la acusación era falsa sacando a la luz la tranquila existencia del ingeniero en Alemania. Aquellos que lo demostraran les llevarían hasta los autores de los crímenes. A este respecto, creo recordar que el suboficial dijo algo sobre una visita de usted a Córdoba que les hizo muy feliz, aunque aparentaron todo lo contrario.»

Se escuchó un enloquecedor ruido de pájaros, estaba atardeciendo y el calor empezaba a disminuir. Domingo dijo con tristeza: «Mataron a dos inocentes que no sabían nada». «Pero ustedes, sí», contestó el abogado antes de seguir con su relato.

«Cardozo confesó que les siguieron a ambos durante mucho tiempo, estaban seguros de que, en su afán de descubrir la verdad, acabarían hablando con alguien sobre el asesinato del ingeniero, hasta les pusieron micrófonos en su despacho. Sin embargo, no fue así. Pasaron las semanas, incluso dos meses, y el asunto Blume no salió a la luz. A mediados de diciembre, tiraron la toalla y dejaron de vigilarles, convencidos de haber trabajado con los dos policías más torpes de Buenos Aires aunque sus jefes aseguraran lo contrario... De repente, el primer domingo del año, una entrevista en *La Nación* vino a demostrar que su plan había funcionado. El apellido judío del periodista lo confirmaba. Nunca les oyeron a ustedes dos hablar del caso a través de los micrófonos, salvo cuando intercambiaban datos con Inteligencia, por eso, al descubrir que Sonia era la esposa de Bustos, y dada la mala fama de este, pensaron que quizás le había ocultado a usted lo que hacía. Para mayor seguridad, el capitán ordenó que le siguieran ese día y no le perdieran de vista. Incluso, antes de abandonar el despacho, había pedido a un compañero que le amedrentara a usted en su propio hogar. Debía ir a su casa y no dejarle en paz durante toda la noche. Ya que el ayudante se les había escapado, no iban a dejar que lo hiciera también el jefe, admitió».

En ese momento, los dos hombres felicitaron al comisario, al parecer había logrado engañarles. Él dio las gracias y pidió que continuara.

«Sí —dijo el abogado—, me imagino que ahora que ya conoce el relato de lo sucedido aquel día, querrá saber lo que confesó Cardozo sobre la investigación que realizaban. —Sin esperar su respuesta siguió la historia—. En efecto, la CIDE se había hecho cargo de los asesinatos que ustedes creían archivados. Cuando se cometió el primer crimen, no le dieron mucha importancia, pensaron que podía haber sido cualquier delincuente, aunque evitaron que la policía se ocupara de la investigación. El segundo crimen les pareció demasiada casualidad, también hicieron que los de Jefatura lo archivaran, y se decidió dedicar a un equipo de agentes del servicio secreto. Con el

tercero, llegaron a la conclusión de que había un grupo entrenado para matar a nazis buscados por sus crímenes. Sí, tenían ustedes razón, como habían supuesto, existe una red que ayuda a sacar de Europa a criminales de guerra y darles refugio en Argentina con la colaboración del propio Gobierno. El capitán explicó que la mayoría llegaban de España, país en el que esperaban mientras obtenían sus nuevos documentos. Huían a la península a través de Suiza e Italia. Al entrar en Argentina, se dirigían a la SARE, que les ponía su sello en la solicitud de permiso de residencia. Ese sello significaba para Inmigración la entrega inmediata del visado. A pesar de todos esos datos, nadie, salvo los miembros principales de esa sociedad, conocían las auténticas identidades de los «refugiados». El capitán admitió no saber quiénes eran realmente los fallecidos».

—¿Está seguro de eso? —interrumpió Domingo, acababa de recordar un nombre y la primera vez que lo oyó.

—¿A qué se refiere? —Se extrañó el narrador.

—¿Si de verdad está seguro de que nadie conoce los verdaderos nombres de los nazis asesinados?

«Por supuesto —continuó el abogado—. Cardozo lo contó así. Acá no les conocen por su auténtica identidad. Entran con nombres y profesiones que les han proporcionado en Europa. El capitán afirmó no saber siquiera quién era Harald Solberg, aunque sí fue avisado de lo que transportaba, más de medio millón de dólares en oro. Con ese oro se pagan los visados. Los encargados de realizar pagos no proceden de España como el resto, consiguen su nueva identidad en el país helvético, de donde sacan el dinero. Su muerte y el robo del oro fue lo que provocó la desaparición de la SARE, además de la ira de ciertos altos cargos que pensaban que podía haber una filtración en algún organismo.»

Domingo miró al abogado. Semanas antes había supuesto todo lo escuchado, ahora tenía la certeza. Este aún tenía algo más que contarle.

«El oficial de Inteligencia admitió que la investigación de los asesinatos resultó ser un verdadero fracaso. Los hombres de la CIDE están perdidos, no saben cómo continuar sin delatarse. Solicitaron los nombres reales de los fallecidos para averiguar si estaban relacionados con alguien de acá y, desde la SARE, les dijeron que eso era imposible. Por ahora, han extremado la vigilancia de la costa cercana a la capital y la llegada de barcos, de cualquier tipo y tamaño, sobre todo los procedentes de Montevideo. Están convencidos de que los asesinos han entrado a nado desde alguno de ellos. Y así finaliza la historia... — el abogado calló unos segundos—. El suboficial nos dio permiso para hacer con ella lo que creyéramos conveniente y utilizarla como quisiéramos, a cambio de hablar con usted, explicarle el peligro que corre y contarle lo que estaba pasando. También nos dijo cómo organizar este encuentro. Aseguró que, cuando pusiera su alma en paz y nosotros estuviéramos en nuestros domicilios, llamaría a Jefatura y se entregaría, dejando



en libertad a Cardozo, ya que no podía habernos visto ni oído. A continuación telefoneó al párroco de esta iglesia, con el que también habló en voz baja y nos puso en contacto para esta cita... Le dejamos cuando empezó a confesarse. Salimos con el mismo sigilo que habíamos llegado. No imaginamos que nos había mentido respecto al final que tenía pensado».

Los tres permanecieron un rato en silencio, el comisario fue el primero en intervenir.

—No puedo hablar de las investigaciones realizadas por mí, salvo con mis superiores, mientras permanezca en la policía. Pero el suboficial Bustos nunca mentía.—Afirmó con tristeza.

—Por supuesto —contestó el juez—, tampoco nosotros le vamos a hacer preguntas. Sin embargo, comprenderá que la documentación facilitada por el suboficial no se puede utilizar —respiró profundamente—. Bustos está acusado de asesinato.

Esquivel se movió incómodo en la silla, su cara mostraba contrariedad y su tono de voz lo confirmó.

—Ustedes admiten haber oído la confesión y que no hubo ningún tipo de violencia —se dirigió al abogado— cuando me explicó cómo consiguió esas declaraciones de Cardozo ha dicho con «métodos persuasivos» y con la promesa de devolverle documentos y fotografías, además también he oído que Bustos no tenía la intención de matarle... —ambos hombres se miraron—. Mi ayudante jamás mentía. Era el mejor policía que he conocido, el más íntegro y el más serio.

—No voy a discutir ese aspecto con usted. Sin lugar a dudas, le conocía mejor que nosotros, pero no podemos denunciar lo que él afirma. No tenemos pruebas. La confesión de Cardozo, después de su muerte, ya no sirve de nada.

—¡Las fotos! Envíenlas a Europa y conseguirán los auténticos nombres de esos criminales, así se sabrá que nuestro Gobierno los acoge y que ellos pagan por entrar. —Suplicó Esquivel.

—¿Cuánto tiempo cree usted que tardarán en negarlo? —preguntó el abogado con voz tranquilizadora—. Nada, porque ya no habrá archivos, ni entradas, ni visados, ni nadie que pueda recordar dichos asesinatos. Los policías que los investigaron serán trasladados y toda la documentación desaparecerá, quedaríamos como estúpidos.

—Yo puedo renunciar a mi puesto y luego testificar...

—¿Qué testificaría?, ¿lo que nosotros le hemos contado? ¿Sabe que aceptar que estuvimos allá y vimos a Bustos apuntar con una pistola a Cardozo nos convierte en cómplices? ¡No tenía que haberle matado! ¡Nos dio su palabra!

—¿Su palabra? —Gritó el comisario—. Entonces, no le mató. Él nunca faltaría a su palabra...

El abogado le miró a los ojos, tardó tiempo antes de responder.

—¿Pretende hacernos creer que fueron otros? —levantó la mano en un gesto que parecía pedir a Esquivel silencio—. No podemos demostrar que la versión oficial es mentira, ¿puede usted?

—Pero han matado a uno de los suyos...

—Han matado a muchos millones..., y tampoco pudimos hacer nada. —Era el juez quien hablaba con cierta condescendencia—. Aunque no podamos demostrarlo, estamos convencidos de que esa trama para introducir nazis, existe. Nosotros no sabemos quién está detrás de las ejecuciones, como las llamó su ayudante. Se lo aseguro. Pero le mentiría si no le dijera que me preocupa más que haya nazis en mi país a que les maten. Una vez aclarado este punto, preferimos trabajar con la mayor discreción posible. Ya hemos enviado las fotografías a personas de confianza para que averigüen quiénes eran estos hombres. También hemos pasado la información a la embajada de Israel. Serán ellos los que decidan qué hacer, si quieren hacer algo... Por ahora, ya hemos cumplido con la condición de su amigo.

Esquivel no dijo nada. Él mismo, estaba asustado, temía por su familia. Sus fugaces pensamientos se vieron interrumpidos de nuevo por la voz del abogado que llamaba al anfitrión. El sacerdote salió al jardín. Los dos hombres se despidieron del comisario y del cura que les acompañó hasta una puerta casi oculta tras los setos. Daba a un pequeño y vacío callejón. El religioso explicó que habían entrado por el edificio de enfrente, y saldrían también por la puerta delantera del mismo, dos cuadras más arriba.

Luego acompañó a Domingo de nuevo atravesando la casa, llegaron a la sacristía y le abrió la puerta lateral.

—Agradezco que me haya llamado —dijo Esquivel emocionado.

—Tenía que hacerlo, mi feligrés quería que usted conociera la verdad y le perdonara. Dios también le perdonó sus pecados porque se arrepintió. Además usted necesitaba confesar ¿no es cierto? —dijo con una sonrisa pícar—. Así que no puedo contar a nadie lo que hemos hablado.

—Puedo hacerle una pregunta, padre —contestó de inmediato Domingo—, aunque usted no pueda responderme.

—¡Claro! Intentaré ayudarle.

—¿Era Bustos un asesino?, ¿acabó con su vida?

—Son dos preguntas —dijo el sacerdote sonriendo—. El suicidio es un grave pecado que la Iglesia condena, ¿lo sabe, verdad? Y nuestro amigo murió en la gracia de Dios. —Mirándole a los ojos, añadió—. Esperaba sus preguntas, él me avisó sobre su intuición, también dijo que usted acabaría descubriendo lo sucedido. Yo no puedo añadir más sin revelar hechos confesados.

—Era el mejor de los policías. —Aseguró Domingo.

—Y un buen hombre. —Contestó el sacerdote.

Se despidieron delante de la puerta, se dieron un fuerte apretón de manos. Llegó a su casa, agradeció que no hubiera nadie. Imaginó a su ayudante esperando a los hombres de la CIDE con un arma en la mano y a Cardozo, esposado a la silla, vivo. Cuando entraran, le dispararían y, cuando leyeran la carta dirigida al comisario, la confesión del capitán firmada y las pruebas de su doble y perversa vida..., ajusticiarían al militar por cobarde y traidor. Se echó a llorar.

El comisario Domingo Esquivel entregó su placa y su pistola y presentó su renuncia ante el Jefe de Investigaciones. «¿Qué ocurre, se ha vuelto religioso y las charlas pastorales le impiden seguir con nosotros?», preguntó este. El comisario ni siquiera se asombró. Miró a su superior y le respondió con frialdad:

—No confían en mí y yo tampoco en ustedes. Si confiaran, no me vigilarían. Y si yo confiara en ustedes, no tendría esta sensación de que me ocultan algo sobre Cardozo y Bustos. No dudé ni un momento de que mi ayudante pretendía vengarse del asesino de su mujer, ¿qué tenía que ver el capitán? Ustedes tienen la respuesta, lo sé y todo lo que imagino y supongo, es malo. Así que contestaré a su pregunta con un sí. Mi guía espiritual —había ironía— me ha recomendado olvidarme de todo. Y para lograrlo, debo alejarme. Regreso a Rosario, de donde no debí salir, y me dedicaré solo al Derecho.

Salió del encuentro tranquilo. Por fin, se sentía seguro, con la ayuda de Bustos, les había despistado. Saber que las verdaderas identidades de los asesinados eran una incógnita para los de Inteligencia, le había dado un gran respiro. La reunión con los abogados le había traído un recuerdo peligroso.



## Capítulo XXVIII

1956

Salir a cenar o al teatro ponía de buen humor a Teresa, aunque cualquier comentario por parte de Rafael podía molestarla y transformarla, de repente, en un vendaval de insultos. En cambio, si lo hacían acompañados de Antonio Fernández, la velada tenía asegurado el éxito.

El marido organizó una cena para los tres en un restaurante situado enfrente del despacho del abogado, con la intención de tener una noche agradable y tranquila. Se disponían a salir cuando se fijó que ella llevaba un chaquetón de astracán. Cariñoso, le dijo: «Por fin te has arreglado un abrigo de Rachel». «No, me lo he comprado, es nuevo», contestó contundente mientras le miraba con desprecio. Ante la sorpresa del hombre, le explicó que había vendido las pieles de «la otra», no le gustaban. En la peletería, a cambio, le habían dado un chaquetón a estrenar.

—¿Y has cambiado los abrigos y las estolas de visón por uno tan... de mal gusto? — intentó contenerse pero estaba muy enfadado.

La mujer se pavoneó con una sonrisa de triunfo y se giró para lucir su nueva prenda. Rafael, furioso, aseguró que podía quitárselo, ya no saldrían a cenar. Se fue al dormitorio, sacó su maletín de viaje, metió en él ropa limpia y se dirigió a la puerta de la calle. Ella había permanecido en el recibidor esperando, sin temor a la reacción de él y dispuesta a presentarse en el elegante restaurante con su opulento vestuario. Al verle con el maletín en la mano y comprobar que se había cambiado de traje, intuyó que se había enfadado más de lo que había supuesto. Sin perder su actitud prepotente, aseguró que, con él o sola, se acercaría a *Chicote* donde les esperaba Fernández Serrano.

—Y si tú no quieres acompañarnos, nos iremos a cenar nosotros —añadió.

—¿Crees que mi amigo va a ir contigo si no voy yo? ¿Qué tipo de persona supones que es? Desde luego tiene la clase que a ti te falta. —Necesitaba ofenderla.

—Ya veremos —afirmó con arrogancia la esposa.

Salieron juntos sin dirigirse la palabra, él, colérico y ella, triunfante. Rafael andaba deprimida, Teresa le seguía y daba pequeños trotes para alcanzarle. Aunque el lugar de la cita quedaba a poca distancia del domicilio, el camino se les hizo larguísimo.

Antonio les vio llegar, estaba fuera esperando. No había querido entrar sin ellos y se felicitó por la decisión, traían malas caras. Mejor resolver lo que les pasara en la calle, que no montar una

escena en el interior. Ambos le contaron que se habían enfadado por culpa del chaquetón que lucía Teresa. Rafael añadió que la cita se anulaba y que él no volvería a su casa esa noche. La esposa afirmó que su marido chocheaba y se molestaba por todo, pensaba ir a cenar con Antonio, no iba a dejar de divertirse por una tontería. El abogado se disculpó, no quería participar en el enfrentamiento, agradecía la confianza mostrada, pero era mejor dejarlo para otro día, cuando a ambos se les hubiera pasado el disgusto. Por supuesto, la acompañaría a su domicilio, no iba a consentir que volviera sola. Esa respuesta la enfureció tanto que afirmó:

—No se moleste, pienso ir sola, incluso, a cenar.

Luego recordó que no llevaba dinero y con la misma altanería y soberbia añadió:

—Tampoco necesito a nadie para volver a casa, ya soy mayorcita.

A continuación, se dio media vuelta y les dejó parados mirándola. Rafael y Antonio echaron a caminar sin saber dónde dirigirse. El segundo propuso acercarse al frontón de la calle Doctor Cortezo y el otro asintió, de paso entrarían en el restaurante para anular la reserva.

En el frontón, había un combate de boxeo y fue difícil acceder. Tras la espera, consiguieron sentarse en el bar del local, estaba vacío, todo el mundo se encontraba pendiente del ring, podían hablar en confianza. Pidieron unas bebidas y algo de comer, permanecieron en silencio un buen rato, Antonio no pensaba romperlo, sabía que Rafael podía ser el hombre menos locuaz del mundo. Después de varios tragos, este afirmó:

—Esta noche la hubiera matado, no sé cómo me he podido contener.

El abogado no dijo nada. Era mejor dejarle desahogarse. Él continuó:

—Creo que me he equivocado. Nunca debí elegirla a ella. No es una mujer para mí.

Y tras ese comentario, contó lo que había pasado. Fernández Serrano, habituado a contestar con sarcasmos e ironías, siguió callado. Cuando acabó su amigo, se limitó a preguntar: «¿Qué vas a hacer?». Rafael respondió que estaría unos días fuera de casa para pensar. El abogado reconoció que era una buena idea. Si deseaban hablar con tranquilidad del asunto, sería mejor esperar a que se hubieran calmado los ánimos. Tras un par de copas más, se despidieron.

Rafael no apareció por su domicilio durante una semana. A Teresa, al principio, no le importó, ya se contentaría, dijo a la criada. Pero al tercer día de no tener noticias y mandar a la chica a comprar fiado, empezó a preocuparse, sobre todo por qué no tenía dinero para vivir, no porque se sintiera avergonzada de lo que había hecho. Así se lo explicó a Isabel a la que llamó refiriéndole lo sucedido. Su amiga se inquietó más que ella, le propuso que preguntara a sus conocidos. Solo telefoneó al abogado, que admitió no tener noticias. Se ofreció a recibirla en el despacho para hablar del asunto, añadió que, en conciencia, su conducta no estaba bien. La mujer le colgó, nadie le iba a decir cómo comportarse. No quiso preguntar a sus cuñadas.

Rafael regresó igual de enfadado. Habló con la criada, esta le contó que debían dinero en varias

tiendas, pidió la cuenta y, después de revisarla, le entregó la cantidad exacta para que fuera a pagar. No saludó a su mujer ni ella a él. Tampoco le preguntó dónde había estado ni con quién. No se dirigieron la palabra en ningún momento, incluso, durante la comida permanecieron en silencio. Después, el marido se metió en su despacho y salió por la tarde, no dijo dónde iba. Apareció a la hora de cenar.

Desde ese día, Rafael entregaba el dinero para las compras de la casa a la criada y supervisaban juntos los gastos, impidiendo que su esposa participara, excluyéndola de la organización y humillándola. Si necesitaba algo, debería pedírselo y hacerlo sumisamente.

Molesta con la situación y dispuesta a provocarle otra vez, buscó las joyas de Rachel en la caja fuerte donde él las guardaba, pensaba empeñarlas. La caja había desaparecido y ni siquiera sabía cuándo había ocurrido. No ser dueña de nada la irritó, odiaba tener que ser amable y cariñosa para conseguir lo que quería.

Rafael y Antonio se encontraron una tarde en el Casino de la calle Alcalá, del que ambos eran socios. Tras unos momentos de charla intrascendente, el abogado se interesó por la situación marital, ¿la habían arreglado? A lo que el otro respondió que seguían sin hablarse. Fernández Serrano se preocupó.

—En los últimos días me he preguntado muchas veces por qué me he casado y por qué con Teresa. —Comentó Rafael entristecido— ¿Por qué hacemos las cosas...? Siento que nunca he podido dirigir mi propia vida, que he vivido sometido a las circunstancias y estas me han llevado a situaciones desagradables obligándome a elegir. ¿Por qué elegí una opción y no otra...? Creo que es difícil conocer los verdaderos motivos de nuestros actos.

—¡Vaya!, veo que te has puesto filosófico —rio Antonio—. Supongo que aún sigues disgustado —añadió, más serio.

—Lo siento —sonrió con tristeza Rafael—, intentaba explicar que estaba convencido de que me casaba para ser padre. Sin embargo, estos días he pensado mucho en eso y, en realidad, creo que me engañaba. Ahora sé que lo hice para no estar solo... Una a una, todas las personas que más he querido me han dejado y me siento perdido. —Pareció recordar algo—, ¿sabes que busqué a la novia de mi hermano Matías? Imaginé que podía pedirla en matrimonio si aún seguía soltera... Me enteré de que vive en México y que está casada. —Tras la interrupción, siguió con su discurso—. Es curioso, nunca tuve intención de tener una esposa y formar una familia, incluso cuando conocí a Rachel, no lo pretendía. Jamás he contado a nadie por qué decidimos unir nuestras vidas.

—Estabais muy enamorados —afirmó con rotundidad Antonio.

—No, no lo estábamos. También nos casamos por interés —la respuesta sorprendió

enormemente al abogado—. Pero acabamos amándonos con tal intensidad que soy incapaz de describirlo. Mirarla me producía una felicidad inmensa, abrazarla, una dicha enorme. Cuando trabajaba, pensaba tanto en ella que contaba el tiempo para volver a su lado. Dormir juntos representaba el auténtico descanso, viajar en su compañía, la más estimulante de las distracciones. Su risa, sus comentarios, todo en ella me parecía perfecto... La hubiera seguido al fin del mundo.

—Lo sé.

—Pero no sabes cuándo pasó. Ni siquiera lo sé yo. ¿Uno, dos, tres años después de nuestra boda? Sé cuándo empecé a desearla, aunque yo creía que era amor, no lo era. Y, de repente, un día descubrí que la amaba, y supe que no estaba solo... Rachel no podía ser madre, me lo dijo cuando nos casamos. No me preocupaba, ¡éramos tan felices los dos, no necesitábamos a nadie más...! Fue al llegar a España, cuando ella lo propuso... Tú lo sabes, yo estaba dispuesto a aceptar cualquier decisión suya... Tenía tanto miedo a perderla y quedarme desamparado... ¡Y, ya ves, al final, la perdí! —Rafael calló unos instantes antes de añadir.— ¿Cómo pude equivocarme tanto al elegir a Teresa?

—Me hiciste caso en que fuera pobre, pero no debiste elegir a la más guapa y orgullosa, sino a una tímida y amable. —Sonrió el abogado.

Rafael acostumbrado a su sarcasmo no dijo nada.

—Intentaré ayudarte —afirmó Antonio con seriedad.

—Cómo.

—Hablaré con ella, si lo crees adecuado.

—Por supuesto que sí. Te lo agradezco.

Fernández Serrano citó a Teresa en su oficina al atardecer, cuando los empleados estaban a punto de irse, quería disponer de tiempo para conversar y que nadie pudiera interrumpirles. La mujer no sabía muy bien el motivo de aquel encuentro, aunque pensaba que probablemente Rafael quería separarse, «le saco los entresijos», había comentado a Isabelita a la que había pedido que le acompañara. No le extrañó al letrado ver a las dos, al contrario, probablemente la bajita fuera su aliada.

Las hizo entrar en su despacho. Teresa miró con interés las paredes, cubiertas hasta el techo de estanterías y muebles llenos de archivadores, Isabel hizo lo mismo. Antonio lo notó y les dijo que había llevado muchos casos y tenía muchos clientes. A continuación hablaron del tiempo, era finales de noviembre y hacía frío, por fin llegaron a la cuestión.

—Le dije a su marido, y aprovecho para decírselo también a usted, que los abogados somos como sacerdotes, la gente nos cuenta sus confidencias y nosotros no podemos transmitirlos. Por ejemplo, todos esos archivadores que les han llamado la atención..., se



extrañarían de ver cuántos secretos encierran. Hijos naturales reconocidos como legítimos, hijos legítimos que, en realidad, no lo son... Por supuesto, no les voy a dar nombres —rió para quitar solemnidad al momento.

Ambas asintieron sonrientes.

—No es ese el motivo por el que la he hecho venir, Teresa, el motivo es su matrimonio.

Ella abandonó la sonrisa y permaneció obcecadamente callada.

—Creo que ha llegado el momento de que ustedes acaben con esta situación.

—¡Yo no pienso salir de mi casa! —afirmó tajantemente la mujer.

—Ni nadie lo pretende —se extrañó el letrado de su respuesta—. Lo que pretendo, al igual que su marido, es conseguir que su convivencia sea más... iba a decir normal, pero lo que quiero decir es: ustedes son un matrimonio ante la ley y la Iglesia y, por tanto, deberían vivir como tal y no como dos extraños.

—¿Quiere que nos arreglemos? —preguntó extrañada Teresa.

—Sí —afirmó Antonio sonriente—, eso quiero, que se arreglen.

—Entonces, ¿no estoy aquí para separarme de Rafael?

—Pues no, todo lo contrario...

—Y por qué no me lo dice él.

—A veces, es mejor la intervención de un tercero y, como en mi caso, ajeno a sentimentalismos con las partes.

—Usted es su amigo.

—Así es, pero nuestra amistad se debe más a los años que nos conocemos, por eso puedo contemplar el problema desde fuera.

—Entonces dígame que me deje llevar mi casa y que no se meta con mi ropa, ni con mis gustos.

—Lo haré. —Antonio respiró profundamente como si necesitara tomar fuerzas—. ¿Me permite hacerle una pregunta? —titubeó antes de seguir.

Teresa asintió extrañada.

—¿Qué le han hecho para que sea usted tan dura?

La mujer, igual que Isabel, guardó silencio y bajó la mirada. Parecía no saber qué contestar, de pronto, levantó sus bonitos y penetrantes ojos claros en los que habitualmente se reflejaba furia y, fijándolos en los de él, aseguró con toda la soberbia que pudo:

—Soy de Lavapiés y de mí no se ríe nadie.

—No me va a convencer que ser de Lavapiés convierte a la gente en vengativa y provocadora. Y usted es lo que ha hecho con su marido, provocarle para hacerle daño y vengarse porque no le ha concedido un capricho. Es notorio, lo digo porque estamos en confianza, que no se quieren, hicieron un trato para casarse..., pero pueden convivir

amistosamente si lo intentan. Es menos fría de lo que intenta aparentar, Teresa. Me he dado cuenta de que se fijó en mis dedos el primer día que nos conocimos, pero no puso una mueca de asco, tampoco me ha preguntado, supongo que Rafael la habrá alertado sobre ello, y nunca ha rehuido mi mano, al contrario, siempre me ofrece la suya, yo diría que hasta con cariño. —Tras unos segundos el abogado afirmó:— Debería devolver los abrigos a su dueño. Para su marido es un recuerdo entrañable que no tiene derecho a quitarle.

—Eso mismo le he dicho yo —intervino Isabel como un resorte, arrepintiéndose al momento, sobre todo tras la mirada de su amiga.

—Lo pensaré —concluyó la aludida—. Yo también quiero hacerle unas preguntas.

—Adelante —le invitó Antonio.

Teresa quería saber en qué condiciones económicas se quedaría si se separara de Rafael. El abogado le explicó que eso era imposible. Le dejó claro que el matrimonio no podía deshacerse y que la ley no amparaba a las mujeres que abandonaban al marido. Por supuesto, podía irse del domicilio conyugal, en ese caso, Rafael no tendría por qué mantenerla ni, por supuesto, pasarle dinero. Y, si se iba a vivir con otro hombre, podría acabar en la cárcel, el adulterio estaba penalizado por la ley.

—¿Y si me deja él? —preguntó Teresa interesada.

—Habría que demostrar el abandono y, siempre, resulta difícil conseguirlo. Socialmente al hombre se le permiten los deslices, a las mujeres, no. Pero, además, en el caso de Rafael, si regresara a Argentina, dado que tiene dicha nacionalidad, habría que pelear en los tribunales de ese país. Sería costoso y, probablemente, no se conseguiría nada.

—Y, si tuviéramos un hijo, podría quitármelo y llevárselo.

El abogado comprendió de inmediato la preocupación de Teresa. Le explicó que no se podía sacar del país a un niño nacido en España sin el consentimiento de ambos padres. Si tenían un hijo, su marido no podría llevárselo a ninguna parte si ella no firmaba autorizándolo y, si cualquiera de los dos lo intentaba, serían acusados de secuestro.

La conversación fue muy larga. Ella hacía preguntas de índole profesional y, con cada una, el abogado la fue conociendo mejor. Casi cuatro horas duró la reunión. Antonio invitó a ambas mujeres a tomar un tentempié antes de despedirse. Sentados en un lugar menos formal, distendidos y alegres por las bromas y comentarios del abogado, Teresa habló con confianza y se mostró mucho más sensible de lo que aparentaba.

Al día siguiente, Fernández Serrano se entrevistó con Rafael.

—Si quieres arreglar tu situación marital te aconsejo una cosa, no hables de Rachel —le informó.

—Yo no hablo nunca de ella.

—No lo haces adrede, pero sigues echándola mucho de menos y se nota. Todo permanece como si ella estuviera viva, la casa, las costumbres, buscas su imagen en tu nueva esposa y esta siempre sale perdiendo, porque no la quieres, y se siente humillada. Su respuesta es provocar y molestar. No sabe reaccionar de otra manera.

—No te entiendo, ¿de qué hablas?

—Como abogado, no como amigo, te digo que tu esposa tiene derecho a dirigir su hogar, es el trabajo que le corresponde, y las mujeres están preparadas para eso. Ocuparse de las comidas, del gasto de la casa, de su organización..., son tareas tuyas. No deberías quitárselas. Tampoco la mires con tanta reprobación porque se pinta los labios o viste con menos elegancia que Rachel. Le haces daño aunque creas que ella solo intenta molestarte.

—Yo no hago eso.

—Sí lo haces. Y Teresa lo nota igual que lo notamos los demás. Si eres capaz de corregir esas actitudes yo creo que podréis mantener un matrimonio normal.

—De acuerdo, pero ¿no es ella la que también debería corregir su carácter? —preguntó irritado.

—Hace poco admití que elegiste mal. Sin embargo, ahora no lo creo. No te has equivocado. De hecho, pienso que Teresa se parece mucho a Rachel, por eso te fijaste en ella.

—¿Estás loco?, ¿cómo puedes pensar algo así?

—Sí, no me mires de esa manera —el abogado esperó unos instantes de continuar—. Ambas, muy atractivas, aunque cada una de manera distinta, inteligentes y valientes, capaces de defenderse solas y valerse por sí mismas. Y, por último, tú las necesitas más a ellas que ellas a ti. Lo dijiste el otro día, te sientes solo. Me he dado cuenta hace tiempo, Rafael, que no te gustan las mujeres ñoñas y dependientes... —Como el amigo no respondía, Antonio siguió su argumento—. Tu error consiste en que, una vez que has encontrado a una mujer con esas cualidades, es decir a Teresa, también quieres que posea la distinción y elegancia de Rachel. Y, ahí, es donde te confundiste, por eso, intentas cambiarla. Ella se da cuenta, se rebela y acabáis siempre discutiendo.

Esperó que Rafael dijera algo, este parecía un niño pequeño molesto por recibir una reprimenda, así que decidió continuar.

—La tratas con demasiada altanería, la corriges continuamente, incluso, en público y eso la irrita tanto que, cuando puede, procura herirte. Parecéis dos adolescentes intentando imponerse el uno al otro. Y ya sois mayores para esos juegos.

Rafael había dejado de escuchar al abogado, recordaba una conversación con Teresa cuando acababan de prometerse. Le preguntó si no se arrepentiría de casarse sin amor, si a la larga esa

circunstancia estropearía la convivencia. Ella había preguntado: «¿Amor, qué es eso?». Y, sin interrupción, había añadido: «El amor no existe». Aseguró que todo el mundo se relacionaba por interés. «Tú quieres que yo te dé un hijo, y yo quiero tu dinero», le había dicho con su franqueza habitual. El hombre había sonreído, le explicó que decía las mismas cosas que él cuando era joven, pero con la edad había cambiado de opinión. Se había dado cuenta de que algunas personas se querían de manera incondicional. La novia respondió que eso era mentira, ni siquiera los padres y los hijos se amaban así. «De pequeños, les queremos porque nos mantienen y protegen pero, cuando somos adultos, nos molestan. Y, si tenemos hijos, es para que nos cuiden al llegar a la vejez. Olvídate, Rafael, todo el mundo busca algo, no hay cariño sin interés», afirmó Teresa. Él se acordó de cuántas cosas había hecho por Rachel desinteresadamente. Sintió pena de Teresa, odiaba cualquier manifestación de afecto, despreciaba el amor y el cariño. Sospechaba una doble intención en cualquier persona y, por eso, permanecía siempre a la defensiva. En aquel momento se propuso ayudarla..., había olvidado su intención.

Antonio seguía con su charla, Rafael con sus pensamientos. Cuánto había tardado en sincerarse con Rachel y ahora le pasaba igual con Teresa, no sabían comunicarse. De repente, oyó al abogado decir: «Un hijo podría cambiar su actitud. Bueno, hija, me ha explicado que quiere una hija a la que comprar muñecas, con las que jugar, asegura que será muy buena madre».

Al llegar a casa, Rafael le entregó una cantidad de dinero a Teresa en la mano, mientras preguntaba: «Crees que es suficiente para los gastos de la semana». Ella lo contó con detenimiento: «Sí», fue su lacónica respuesta, pensando que podría sacar algo y empezar a tener sus propios ahorros, sería muy exigente con la chica para que no gastase más de la cuenta. Antes de acabar su pensamiento, oyó a su marido decir: «¿Cuánto necesitas para ti?». «¿Para mí?» Se extrañó ella. «Sí, por si quieres salir a tomar un café con alguna amiga o necesitas ir a la peluquería o comprar algún capricho...». Le miró atentamente y dijo una cifra. Él le dio la cantidad y se metió en su despacho, por el pasillo oyó un tardío y breve «gracias».

Ese día, durante la cena, estuvieron más parlanchines. Aún durmieron separados. Por la mañana, Rafael le propuso ir al teatro Maravillas, habían estrenado hacía poco un nuevo espectáculo de Celia Gámez, *El águila de fuego* y ella adoraba la revista. Aquella noche, Teresa estuvo cariñosa con su marido y le pidió que durmieran juntos. Dos días más tarde, Rafael encontró en su armario los abrigos de pieles de Rachel. Preguntó cómo los había conseguido, al principio, ella se negó a dar explicaciones. Acabó por reconocer que había devuelto su chaquetón y había empeñado las joyas que le había regalado para la boda. «Los sinvergüenzas de la peletería me han cobrado mucho más de lo que me pagaron. Son unos hijos de puta, pero ya se enterarán como las gasta Teresa Loma, de mí no se ríe nadie». Rafael le pidió que no se enfadara y se olvidara del asunto, se ocuparía él. Lo puso en manos de Antonio. También fue al Monte de Piedad, y desempeñó las

joyas.

Teresa descubrió tiempo después su chaquetón en el armario, su marido le entregó las joyas empeñadas y el dinero de más que había pagado. La mujer le abrazó como nunca lo había hecho y trató de conseguir que él tuviera la misma felicidad y placer entregándose al sexo como tampoco lo había hecho antes.

Rafael siguió el consejo del abogado, todas las cosas de Rachel desaparecieron, las pieles acabaron en manos de sus hermanas que, por primera vez, salvo Loli, se sintieron agradecidas a la cuñada, ya que él les dijo que el regalo había sido idea de ella. La pequeña aprovechó para murmurar, probablemente sacaría mejores abrigos al esposo y por eso se deshacía de los viejos, no quería nada de una pelandusca. Puri, más interesada, recogió las estolas que la más joven rechazó.

El matrimonio empezó a salir de nuevo. Todas las tardes daban un paseo y mientras tanto charlaban. Rafael le mostró los lugares que amaba. Ella le enseñó Lavapiés, nunca iban más allá de las antiguas Escuelas Pías, no quería tener un mal encuentro. Rafael sabía que la madre aún vivía en la calle Tribulete, y que su esposa la evitaba. En una de esas salidas le propuso comer unas gallinejas, le encantaban, él accedió aunque odiaba hasta el olor. La vio masticarlas con avidez y puso cara de asco. Ella le llamó estirado y él contestó: «Estás guapa incluso comiendo una cosa repugnante». Teresa, coqueta, hizo amago de ponerle la fritura debajo de la nariz y se echó a reír.

El cambio de actitud de él hacia su esposa empezó a dar fruto. La mujer se transformaba. La llevó a visitar por primera vez el Museo del Prado, y le preguntó que había sentido. «Como entrar en una iglesia, mucho respeto», respondió ella. Volvieron a ir al cine y al teatro con asiduidad. Rafael la escuchaba con atención, así se enteró que de niña se colaba solo por ver gente comiendo en la pantalla. A la salida de cualquier espectáculo, él se interesaba y le decía: «¿Qué te ha parecido?». Ella contestaba, al principio, con su altanería habitual, al poco tiempo, añadía tras su comentario: «¿Opinas lo mismo?». Teresa empezó a dejarse corregir, pedía ayuda a su marido cuando no sabía alguna palabra. Las discusiones dejaron de ser violentas y se convirtieron en intercambio de ideas. La tranquilidad iba regresando poco a poco al hogar.

En uno de sus paseos, al llegar a la Puerta del Sol, Rafael contó que, en cierta ocasión, había pasado la noche de fin de año en el hotel *París* con su madre y sus hermanos. «¡Cuánto me hubiera gustado estar!», respondió ella. Lo organizó para darla una sorpresa, faltaba poco para las Navidades. Reservó mesa e invitó a sus amigos Amparo, Chucho y Antonio. La sorpresa fue un éxito. Teresa admitió que había sido la fiesta de Nochevieja mejor de su vida.

Recorriendo el barrio de su infancia, la señora Bernal acabó por tener el encuentro no deseado. Una anciana se le acercó y la besó, la joven respondió con frialdad, volviéndose a Rafael dijo:

«te presento a mi madre». El esposo tampoco se mostró muy simpático. Cuando la mujer se alejó, le preguntó por qué había sido distante. «Porque tú lo has estado, no quiero que imagine que te quito la razón en el problema que tengáis». Teresa le miró con afecto y decidió contarle la historia del dentista. Lo hizo con todo lujo de detalles. Cuando acabó, él respondió: «Siento mucho no haberte conocido entonces, lo habría impedido, hubiera intentado cualquier cosa para que no vivieras algo así». Casi no pudo acabar, ella le tenía abrazado por la cintura, como una niña pequeña y refugiaba su rostro en el pecho de él. Al cabo de unos instantes, él la separó, estaban en la calle y la gente les miraba mal.

«Mi abuela y tú, habéis sido los únicos que os habéis puesto de mi parte al conocer la historia, gracias». «¿Lo sabe mucha gente?», preguntó él. «No, Isabelita, y mi anterior novio», dijo muy bajito. «Lo sospechaste desde el primer momento, cuando me llamaste mercancía...». No la dejó terminar. «Lo siento fui maleducado y grosero, no tenía por qué haber dicho eso». «¿Te equivocas, no me refiero al viejo canalla ese...!, hablo de mi novio. ¡Era cierto, había estado con un hombre al que quería y pensé que él a mí! Sin embargo, no reaccionó como tú cuando se lo conté, dijo que yo soy muy provocadora y quizás había incitado al tipo. Me enfadé mucho con su comentario, pero le perdoné y seguí a su lado... ¿Y para qué? Se casó con otra, fui tan idiota que pensaba que estaba organizando nuestra boda, ¿Sabes lo que me dijo?, que no podía casarse con una mujer que había estado con otro». Teresa se había ido enfadando al contar la historia, y Rafael quiso tranquilizarla, no pudo, ella continuó irritada: «Todos los hombres sois iguales, mi padre, mi novio..., cuando dejamos de interesarnos, nos tiráis y nos abandonáis... ¡Te lo digo, no se puede querer a nadie es un error!».

El marido se asustó, con los recuerdos, parecería la mujer dolida y le dio vértigo. Le agarró el brazo y lo pasó por debajo del suyo. Siguieron caminando y en voz baja afirmó: «Yo no soy como ellos y, si algún día no te gusta algo que te diga o haga, dímelo con tranquilidad, pero no te enfades. Hablemos siempre antes de enfadarnos». Teresa le apretó la mano, hacía esfuerzos por contener las lágrimas.

En primavera, la señora Bernal supo que estaba embarazada, no quiso decirlo hasta no estar segura de que todo iba bien. Cuando Rafael se enteró fue inmensamente feliz, la abrazó y besó, ella le empujó rechazándole, debía olvidarse de tener relaciones, no quería perder el bebé, el esposo ni siquiera intentó explicarle que no tenía por qué ser así, aceptó la condición de inmediato. La besó las manos y la miró embobado. «Vas a chochar como un *abuelete*, voy a tener que vigilarte para que no malcrías a mi hija», le dijo contenta al ver por primera vez orgullo en los ojos de él.

El marido propuso ir a Suiza, tenía un buen amigo que le quería presentar y de paso sacarían dinero con el que preparar todo lo necesario para el niño. «Niña», aclaró ella. «No puedes

saberlo», afirmó él. «Lo sé, será niña porque es lo que yo quiero». Rafael organizó el viaje. Cuando la esposa supo que había conocido al amigo a través de Rachel, decidió no acompañarle, luego, acabó aceptando al enterarse que la mayoría de su fortuna estaba en el país helvético. Tener el dinero allí, como los ricos, la produjo una agradable sensación, le daba tranquilidad y seguridad.

Se alojaron en un hotel de Zúrich, los Moseman no les invitaron a su casa. Cenaron en varias ocasiones juntos y también les acompañaron en una visita por la ciudad. A la embarazada le gustó encontrarse una pareja parecida. David tenía muchos más años que su mujer, Sara aparentaba alrededor de los treinta y él se acercaba a los cincuenta. Padres de dos niños pequeños, de siete y nueve años, mantenían una relación de sumo respeto, se llamaban entre ellos señor y señora Moseman, y apenas trataban a sus hijos, al cuidado de una niñera. Por eso, solo les vieron el primer día, los críos permanecieron de pie durante toda la visita. A Teresa le llamó mucho la atención la rigidez y la falta de naturalidad con la que se comunicaban, le disgustó la frialdad familiar. Rafael, en cambio, parecía muy cómodo en ese estirado ambiente. Sin embargo, la española quedó fascinada con la facilidad para hablar alemán de su esposo. En los últimos meses había comenzado a admirarle, ya no se avergonzaba de tener un marido más viejo, al contrario, presumía de estar con un hombre de mucha experiencia y conocimientos.

Aunque no disfrutó tanto como en Sevilla —la rigidez de los Moseman y el idioma contribuyeron a ello—, Suiza resultó ser un país más bonito de lo que había imaginado. Los campos tan verdes, la multitud de flores por todas partes, la belleza de las calles medievales, el lujo de las tiendas, la dimensión del lago, los edificios y monumentos..., la impactaron. Pasar tanto tiempo junto a su marido fue una experiencia positiva, ya no se hablaban a la defensiva, se hacían confidencias y descubrían que eran más parecidos de lo que imaginaban. Rafael organizaba las excursiones pensando en ella, sentirse protagonista de los pensamientos de él la hacía feliz. Atendía a sus explicaciones y, en ocasiones, hasta le miraba ensimismada.

En el avión de vuelta, Teresa sintió a Rafael triste y preocupado, por el contrario, ella regresaba alegre. Cuando naciera la niña, le pediría que hicieran más viajes. Europa, América —salvo Buenos Aires, ahí no iría nunca—, la India... soñaba con todos los destinos que había visto en las películas. Qué bonito recorrer otros países, pensaba mirando por la ventanilla. Volvió la cara hacia su esposo para decírselo y le notó inmerso en otras cosas, cosas que tenían pinta de problemas, su rostro estaba desencajado.

Desde que había dado la noticia del embarazo, Rafael la mimaba como nunca nadie lo había hecho antes, recordaba el trato cariñoso de su abuela y su padre en su infancia. ¡Cuánto les había echado de menos al crecer! Su esposo había conseguido suplantar ese recuerdo y no pedía nada a cambio. Veía admiración en los ojos de él y eso le producía un sentimiento agradable. Hacía meses que disfrutaba de su compañía y le echaba de menos durante sus ausencias. Le agarró la mano y se la

apretó. Le miró sonriente. Él le devolvió la mirada, intentó sonreír pero no pudo. Ella le acarició la cara y dijo. «No frunzas el entrecejo, tendrás arrugas y parecerás mayor de lo que eres. No quiero un marido viejo». Se echó a reír. Él también la acarició y besó su mano.

Antes de subir al avión, Rafael había discutido con David. Se sentía burlado, pero no podía contárselo a nadie. Tampoco a Teresa a la que protegía tanto como a la criatura que llevaba dentro.



## Capítulo XXIX

# 1950

En *La Argentina* no había mucho trabajo, era una mañana de verano, la mayoría de los clientes estaban aún de vacaciones, también algunos empleados, pero el dueño se encontraba allí, cuando se hallaba en Buenos Aires no se tomaba un solo día libre. Una dependienta llamó su atención:

—Suenan el teléfono en su despacho —le dijo.

Rafael fue con rapidez, ni siquiera contestó a la chica, llamaban por el número privado. Algo pasaba. Tomó el auricular y antes de acabar la frase oyó al Gordo. Estaba en casa de los Ramos, le esperaban para comer. Fito, que se encontraba de pie junto a la mesa, colgó preocupado. Se puso su chaqueta y se despidió de los empleados. Adelantaba su hora de la comida. No sabía cuándo regresaría.

Fabián y Ángela se mostraron encantados de recibirles, de nuevo los cuatro juntos. La reunión fue muy entretenida, hasta el final. Domingo les informó que abandonaba Buenos Aires definitivamente y se instalaba con su familia en su ciudad natal, había dejado la policía y se dedicaría de nuevo a su profesión de abogado. Ángela se puso triste y preguntó por Soledad, no entendía que no la hubiera llamado. «Aún no lo sabe». Todos le miraron extrañados, la mujer se echó a llorar. Esquivel la abrazó y le prometió que regresarían con frecuencia para visitarles. Pidió que le entendieran y para ello confesó que, desde la muerte de Bustos, estaba mal considerado, como jefe y como investigador, era mejor alejarse y proteger a su familia. Rafael le miró intranquilo, Fabián solo acertó a decir: «Eso es lo primero», el llanto no dejaba hablar a Ángela.

Tardaron en despedirse, los ancianos estaban muy apenados y a los dos hombres les producía dolor dejarles. Cuando por fin pudieron salir a la calle. Rafael dijo:

—Me asustaste por teléfono, hablabas con tanta brusquedad. Pensé que ocurría algo terrible, ahora lo entiendo.

Domingo le miró con enfado:

—Cállate y busquemos un sitio tranquilo para charlar! Tienes razón, ocurre algo terrible.

—Le miró fijamente—. No bromeo, estáis en peligro.

Pasearon hasta llegar a una plaza con grandes árboles, se sentaron debajo de uno. Rafael seguía callado, la cara de su amigo le asustaba hasta que le oyó en voz baja pero en tono molesto:

—¡Otto Ritcher!

—¿Qué dices —preguntó atemorizado el empresario.

—Ese es el nombre del primer marido de Richi, Otto Ritcher —siguió elevando la voz el comisario—. El nombre también del cadáver que apareció asesinado de un tiro en la sien junto a la estación de Retiro, ocurrió la misma noche en que fuimos a ver al bailarín Antonio en el Colón, en noviembre hizo un año.

—No tenía ni idea de eso —murmuró Rafael.

—¡Sí! —gritó Domingo—, ¡sí la tenías! —bajó de nuevo la voz—. ¡No me mientas, no me tomes por idiota! Recuerdo tu nerviosismo el día que te dije que estabais siendo investigados. Supiste engañarme, pero estabas realmente nervioso porque había un motivo para que fuerais investigados. Lo sabes. Y, ahora, hay un hombre, un buen hombre, un hombre al que siempre he admirado, al que han matado, como a su mujer y a su mejor amigo por hacer su trabajo, y querer descubrir lo que está ocurriendo. ¡Me lo vas a decir ahora mismo!

Rafael pareció desmoronarse. Apoyó su cabeza entre sus manos y se quedó mirando al suelo. Tras unos segundos, levantó la mirada, vio a su amigo que aún le observaba con ira.

—Cómo has llegado a descubrirme —preguntó con timidez y sin atreverse a llevar la contraria al comisario o a engañarle, siguió:— Dime qué es lo que sabes y te contaré el resto.

—¿Sobre ti? Nada, no sé nada. Pero observo a la gente y sus reacciones. Sabía que había oído el nombre de Otto Ritcher en alguna parte. Vuestro empeño en ocultar cómo se llamaba el primer marido de Rachel, me hizo sospechar. Durante la semana en Mar del Plata, Soledad le preguntó a Richi y esta también mintió. Cuando La Negra me lo contó, recordé nuestra conversación hace más de quince años, poco antes de tu boda. Me pediste que buscara información sobre un tipo, Otto Ritcher. Luego, arrepentido, me rogaste que lo olvidara. Sin embargo, no recordaba con seguridad el nombre, podía ser el que decía Richi... Hace poco me enteré de algo que de nuevo me trajo ese recuerdo. En ese momento, me di cuenta que vosotros, de alguna manera, estabais implicados en esta historia. Conocíais a una víctima.

—¡No le llames así!

—De acuerdo, no le llamaré así. Sin embargo, Ritcher no era el único fallecido, ¿o debería decir ajusticiado? —preguntó Domingo de manera retórica—, que Bustos y yo encontramos. Al menos hay cuatro acá en Buenos Aires. Lo intrigante resultó descubrir lo que está pasando, tardamos dos meses, pero lo sé, lo sé todo. No tenemos mucho tiempo para explicaciones —aseguró el comisario que cada vez hablaba más rápido—. Mi ayudante y yo averiguamos que los cuatro eran nazis que habían obtenido refugio en el

país a través de una sociedad con la que colabora el Gobierno y que alguien los había descubierto y los había ejecutado. Supusimos que los encargados de matarles podían ser extranjeros de origen judío que entraban y salían del país de manera ilegal. Si eso era así, debía haber informadores, y esos informadores podían ser argentinos... —Paró para tomar aire, imaginó que su discurso no era muy coherente, pero estaba seguro de que Rafael no necesitaba más datos—. Bustos llamó mi atención sobre vuestros frecuentes viajes al extranjero. Al principio, me hizo gracia la casualidad. Ahora también recuerdo que siempre regresabais en fechas cercanas a los asesinatos que estábamos investigando. Sin embargo eso no es del todo cierto, ¿verdad? —Domingo calló y miró con la vista perdida—, Otto llevaba tiempo en Argentina. Hasta que caí en la cuenta de que le mataron después de unas vacaciones vuestras en la Falda y, en concreto, de haberos alojado en el Hotel *Eden*. ¡Otra casualidad! Sé que no sois los asesinos porque estabais conmigo cuando murió, pero podéis haber pagado a alguien para que lo hiciera, tenéis dinero de sobra. Aunque... —Domingo hizo una pausa intencionada mirando a su amigo — también podéis estar facilitando información a algún grupo que busca criminales de guerra. ¡Dime cómo funciona para que yo lo entienda!

Rafael comprendió que su amigo había acertado en todas sus conclusiones.

—Aquí no podemos hablar. Vayamos a un lugar más tranquilo.

—¡No, Fito! No te das cuenta del peligro que corréis, ¡tú y Richi! Seguramente no volveremos a vernos ni a hablarnos. Mejor aquí, en un lugar donde podamos justificar nuestra presencia, nos estamos despidiendo.

—De acuerdo.

Domingo calló, mientras le dejaba que se tomara tiempo para contarle lo que estaba pasando.

—Te contaré cómo empezó, ya no tiene sentido ocultarte nada. —Se movió en el banco, buscando estar más cómodo—. Al acabar la guerra fuimos a Suiza a visitar a mi antiguo socio, en cierta manera, un pariente de Rachel. Son judíos, al igual que la familia de ella. —¿Judía? No sabía que lo fuera —se extrañó Domingo—, siempre pensé que había nacido en Inglaterra y, por tanto, era anglicana.

—Sí, así es, sus padres y ella son anglicanos. Pero su origen es judío. Los padres mantuvieron su religión hasta llegar a Londres, allá cambiaron porque les daba más oportunidades en su trabajo y, en realidad, no practicaban ninguna. Nosotros ocultamos ese dato deliberadamente, para que nadie conociese ni pudiera sospechar el origen hebreo de Richi. Como te decía, fuimos a visitar a mi socio, Moseman y luego a los padres de ella, en Londres, estaban mal de salud, creo que recordarás que ambos murieron poco después —Domingo asintió—. Mi suegro deseaba hablar conmigo y pedir mi colaboración. Richi, David y él pertenecían a una organización sionista encargada de

ayudar a juzgar los crímenes de guerra.

—¿Ayudar a quién?

—En principio a las autoridades aliadas. La organización se ocupaba de encontrar a las víctimas para declarar en los juicios, además, también ha prestado ayuda física, psíquica y económica. Supongo que te haces una idea de su trabajo... En su búsqueda y localización de supervivientes del Holocausto, descubrieron que había muchísimas personas implicadas en el genocidio, muchas más de las que nos imaginamos. Estaban el Gobierno y los altos cargos nazis, pero también había personal de los campos, oficiales, tropa, médicos, enfermeros... Empezaron a salir cada vez más nombres y nombres y con ellos sus crueldades, barbaridades terribles que no voy a empezar a describirte. ¿Dónde se habían escondido todas esas personas? Frente a un detenido había cientos de huidos. Buscando a los asesinos, la organización encontró la existencia de un plan de escape para los miembros del partido nazi. Se habían hecho muchos documentos falsos, habían cambiado de aspecto y huían de Alemania, casi siempre en dirección contraria a Rusia, pero tampoco se quedaban en Europa. Al cabo de un tiempo, las autoridades aliadas se cansaron de buscar criminales y cerraron los juicios de Núremberg. A pesar del sufrimiento padecido, las víctimas comprendieron que ya no habría más justicia. La organización intentó convencer a ciertas autoridades y presionó a través de grupos norteamericanos, sin éxito. La gente estaba harta de muerte y conflicto, todos querían volver a sus casas y yo les entiendo, pero no los perjudicados, que acumulaban una gran frustración. Entonces, la organización decidió perseguir por su cuenta a los criminales y juzgarles.

—¡Pero carecen de fuerza legal!

—Quizás para ti..., ellos no lo ven así. La organización está compuesta por alemanes de origen judío, todas personas con preparación, hay jueces, abogados, fiscales, empresarios, militares, catedráticos, banqueros... La mayoría huyeron con la subida de Hitler al poder y ahora han vuelto... Cuando se descubre a un criminal de guerra, le hacen un juicio, incluso un abogado le defiende. Y, solo, si se demuestran sus crímenes, se ordena su ejecución.

—Así que los asesinatos que he estado investigando eran, en realidad, ejecuciones.

—No sé qué asesinatos has estado investigando. Pero puedo asegurarte que ha habido ejecuciones en Argentina.

—Y cómo sabían qué habían llegado aquí esas personas.

—La organización se dedicó a buscar a los nazis huidos, cómo podían escapar y adónde. Si un prófugo era reconocido por una de las víctimas en cualquier lugar, se le seguía sin que lo supiera, mientras se realizaba el juicio. Así fue como se descubrió que debían

tener un plan de fuga preconcebido —explicó Rafael—. Subían a barcos de banderas neutrales con documentación falsa y entre los propietarios de los buques más utilizados, aparecieron dos armadores: uno argentino y casualmente amigo de Perón, y otro, griego, a su vez amigo del primero, afincado en Argentina muchos años y que aún mantiene intereses comerciales acá. De esta manera, concluyeron que este país podría ser un destino.

—¿Les estaban ayudando esos armadores?

—No lo sé. Nadie lo ha demostrado. Supongo que también habrá otras compañías navieras y otros destinos, no tengo toda la información... Mi suegro me pidió que ayudara a Rachel en esa tarea. Nuestro trabajo consistía en informar, como has supuesto, y asegurar quiénes llegaban, no podíamos cometer errores porque la vida de una persona estaba en juego. Así que viajábamos a los lugares de América donde hacían escala los buques de las compañías que he nombrado, intentando averiguar si la persona indicada iba en ellos. Se nos daba el nombre de la embarcación y una foto del individuo. Nosotros teníamos que confirmar su presencia. Generalmente no bajaban a tierra en las escalas, así que, en ocasiones, yo pagaba a ciertos marineros para asegurarme que la persona de la fotografía estaba a bordo. Si era afirmativo, enviábamos un telegrama confirmando el barco y día de llegada a Buenos Aires. Lo que pasaba después, no era asunto nuestro, ni tampoco quiénes intervenían.

—Sí, sí era asunto vuestro, ¡ayudabais a encontrarlos!

—Y ¿quieres que me sienta mal por eso? ¡No lo vas a lograr! Efectivamente he ayudado a encontrar asesinos, criminales, buscados en teoría por policías de todo el mundo que, sin embargo, no se han molestado en hacerlo, ¿qué hacíais vosotros mientras yo los buscaba? Nada. Así que no me recrimines, porque son ellos, todos los judíos, muertos y supervivientes, los que sí pueden recriminar al resto del mundo su pasividad.

—No voy a discutir, pero y ¿si os hubierais confundido? No te das cuenta de que habría muerto un inocente. Deberían ser tribunales internacionales quienes les juzgaran.

—¿Dime dónde están esos tribunales? —preguntó Rafael molesto—. ¡Olvídate, nadie va a intervenir...! Respecto a tu pregunta, siempre hemos sido muy cuidadosos. Ante cualquier duda sobre la persona de la que informábamos, se interrumpía la ejecución. ¿O qué crees?, ¿qué solo han entrado cuatro nazis en Argentina? —calló unos instantes para dejarle al otro contestar, al no obtener respuesta, siguió:— La organización cree que puede haber más de mil.

—¿Tantos? No me lo imaginaba. Una pregunta más, ¿conoces a los encargados de las ejecuciones?

—No —era rotundo—. Ya te he dicho que no. Sospecho que vienen de fuera, de Europa

o quizás, ahora, de Israel.

—Ha sido imposible encontrar coincidencias con las muertes y llegadas de ciudadanos extranjeros sospechosos.

—No subestimes a la organización. No sé si siempre son los mismos ejecutores, pero estoy seguro de que estos no entran legalmente. Igual que llegan, se marchan, y no hay documentación, ni visados, ni pasaportes que dejen rastro. Por eso nadie los conoce. Tú mismo me lo has dicho antes, pensabas que venían de manera ilegal. No existen, Gordo, no les busques.

—Sí, esa es una suposición... Supongo que tampoco podré denunciar a la organización de la que hablas.

—Desde luego. Oficialmente están dedicados a la ayuda de las víctimas de la guerra. Si te lanzaras contra ellos, les convertirías de nuevo en víctimas perseguidas por ayudar a miembros de su raza, no puedes demostrar nada y yo no pienso ayudarte. No creo que hagan nada malo.

—¡Se saltan las leyes!

—¿Qué leyes? ¿Las nuestras? ¿Las internacionales? ¿Había alguien poniéndoles trabas a los nazis? La organización hace justicia cumpliendo las leyes alemanas de 1930.

—¡Pues si estuvieran tan seguros de su justicia no la aplicarían en la clandestinidad!

—Y si los ejecutados estuvieran tan seguros de su inocencia, no huirían de esa manera.

—Ya veo que nunca nos pondremos de acuerdo. —Domingo transformó su tono enfadado por uno más amable—. Por lo menos, ¿puedes decirme los nombres de los ejecutados?

—Tampoco puedo ayudarte en eso. Nunca nos daban sus auténticos nombres.

—Eso no es cierto, al menos de uno sí lo sabías.

—Te refieres a...

—Otto Ritcher, el primer marido de Richi. ¡Sí, Fito, a él me refiero!

—Ese fue un caso a la inversa.

—De qué me hablas.

—Nosotros confirmábamos la llegada a Buenos Aires de las fotos enviadas, si teníamos dudas, lo comunicábamos, entonces hacíamos nuevas fotos para que las víctimas vieran las imágenes actuales, si no les reconocía alguna persona con total seguridad, no se actuaba contra ellos. Como te he dicho, en ocasiones viajábamos a las ciudades donde esos barcos hacían escala, siempre ciudades sudamericanas, por si los prófugos se bajaban y tomaban tierra antes, supongo que habría ejecutores en dichos lugares. Aunque esa información tampoco la sabíamos ni la preguntábamos, imagino que les estarían esperando en los diferentes lugares, esto es una suposición, nunca he sabido cuándo se iba a realizar la ejecución.

—¿Entonces Ritcher...?

—Ya se encontraba acá. Se les había escapado a los de la organización. Están seguros de que hay muchos más nazis en Argentina de los que no tienen constancia. Por eso, se nos pidió que viajáramos al Hotel *Eden*, alguien había avisado de que allí podría haber huidos. Viajamos como dos turistas. Íbamos a hacer muchas fotos del lugar. En realidad, solo fotografiaríamos a las personas alojadas. Ya habíamos estado hacía años y volvíamos como antiguos clientes. No pusieron trabas a nuestro alojamiento. —Hizo una pausa, recordando—. Rachel le reconoció enseguida, simplemente por la manera de andar. No podía dejar que la viera, era peligroso; así que se hizo pasar por enferma. No salió de la habitación en ningún momento. El último día, nos fuimos de madrugada y ella iba tapada con mantas y un pañuelo en la cabeza. Confirmamos el reconocimiento de Ritcher y enviamos todas las fotos que hice yo. Cómo le atrajeron a Buenos Aires, no lo sé. Pero supongo que allá era difícil poder ejecutarle.

—Habéis jugado con fuego y os habéis quemado, Rafael. Estáis en peligro y no soy yo el que os debe preocupar.

—Lo sé, Gordo, no creo que nos vayas a denunciar.

—No, pero corréis el mismo peligro que si lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

—Cómo que por qué. Si yo llegué a vosotros, cuánto crees que tardará la CIDE en saber que Otto Ritcher estuvo casado con Richi. Hasta ahora habéis tenido suerte, porque ellos tampoco conocen las verdaderas identidades de los nazis asesinados, pero si empiezan a cotejar sus relaciones con la gente de acá, pueden descubrirnos. ¡Qué casualidad! siempre viajáis a los lugares donde se encuentran las..., los muertos. Aunque nunca estéis durante el asesinato, es fácil deducir, que podéis pasar información a alguien. Os están buscando, no saben quiénes sois, aún, pero no dejan de hacerlo. Están muy enojados por su fracaso y porque al último «ejecutado» también le robaron algo...

—Medio millón de dólares en oro —aseguró Rafael—. La organización lo ha comunicado para que sepamos que con eso se está ayudando a las víctimas del Holocausto, al fin y al cabo, era dinero que les pertenecía.

—Lo sé. Sí, no me mires así —dijo Domingo— y también sé muchas cosas más. Conozco la trama que les ayuda y también que les pagan por entrar en el país. Sé más. Sé que los ejecutores llegan en barco y sé que el servicio secreto tiene el puerto lleno de hombres esperando para detenerles la próxima vez que actúen.

Ambos permanecieron unos minutos en silencio. Domingo tenía la mirada perdida al frente, Rafael, hacia el suelo. El primero volvió la cabeza a su amigo y dijo:

—Háblame de la SARE.

—¿Cómo conoces...?

—¡Qué más da! Quiero saber quiénes son —aseguró Esquivel—. En los últimos tiempos oigo hablar de la sociedad con frecuencia, pero no sé quién colabora.

—Es una sociedad creada para ayudar a los nazis a llegar a Argentina. Cuando nos pidieron trabajar en la causa sionista, nos hablaron de ella. Había sido fundada por Pierre Daye, aunque aquí se hacía llamar Pierre Adan, un belga miembro del Partido Rexista que llegó a Buenos Aires en 1947, y cuya extradición fue solicitada ese mismo año por Bélgica, país donde se le había juzgado y condenado a muerte a finales de 1946, y que también le ha quitado la nacionalidad. No cumplió la pena porque, durante su juicio, se encontraba en España, desde donde había viajado a Argentina, obteniendo la nacionalidad latinoamericana.

—¿Es un nazi? —Preguntó Esquivel.

—Sí, y colaboracionista, además de militar, también es periodista, escribe en medios peronistas. Pero hay otros tipos que ayudan a la sociedad. Estaba Carlos Lesca, que murió el año pasado.

—¿Asesinado?

—No, que yo sepa, aunque no sé la causa de su muerte. También se le conocía como Charles Lescat, era argentino de origen francés, un nazi condenado por el Tribunal Superior de Justicia de París, escapó de la pena impuesta huyendo a Argentina y, aunque se pidió su extradición, nunca se llevó a cabo.

Rafael había dejado el nombre más importante para el final, Carlos Fuldner, argentino de origen alemán, había participado en la segunda guerra mundial en la División Azul, el cuerpo militar de españoles que habían ayudado al ejército germano. Por lo visto tenía muy buena relación con la CIDE, lo que hacía sospechar que podía haber espiado para ellos. Y, desde su regreso, también en 1947, había participado en el Gobierno, creían que él era el encargado de dirigir la huida de los nazis. Colaboraba estrechamente con el Jefe de División de Informaciones, Rodolfo Freude, también de origen alemán. Rafael no quiso añadir que a este le conocía, igual que a sus padres a los que había espiado durante la guerra.

—¿El secretario de Perón? —Preguntó Domingo.

—El mismo, sí señor.

—Aparece siempre, ¿sabes que lo destituyeron? —guardó silencio durante unos instantes, parecía estar recordando—. Por qué a estos no se les ha ejecutado —preguntó de repente.

—Porque se les conoce, no se han ocultado tras identidades distintas a la suya. Y su muerte les convertiría a su vez, en víctimas. Aunque hayan sido juzgados y declarados culpables, la opinión internacional se echaría encima. Solo se ejecuta a los que entran



con documentación falsa y quieren ocultarse. Habrás comprobado que sus muertes también se ocultan, nadie oye hablar de ellas.

—Solo sé, Rafael, que corréis peligro, Rachel y tú. Deberíais iros. —aseguró impaciente.

—¿Crees que debemos irnos de viaje un tiempo?

—¿De viaje? —el tono del comisario era de nuevo de irritación—. ¡Debéis iros del país definitivamente! Abandonarlo todo y salir lo más rápido posible, estáis en peligro y puede pasaros cualquier cosa.

—¿Y la tienda?, ¿y mi negocio?

—¿Cómo te puede preocupar eso, cuando estoy hablando de vuestras vidas! —El comisario seguía enfadado con su amigo—. Que se ocupe Fabián de todo. —Tomó aire y pareció calmarse, como si hablara a un niño pequeño dijo en un tono más bajo:— Han asesinado a la esposa de Bustos por traducir una entrevista, y el periodista que la hizo perdió la vida en un interrogatorio, le golpearon brutalmente. Si te digo lo que pienso, no creo que mi ayudante matara a nadie, al contrario, imagino que la propia CIDE ha sido capaz de acabar con uno de los suyos por hablar más de la cuenta. ¿Qué supones que van a hacer con vosotros? No puedo ayudarte, Fito, tengo que salvar a mi esposa y a mis hijos.

—Pero ¿por qué estás tú en peligro, nadie puede imaginar lo que sabes?

—Estás en un error. Me vigilan, sospechan de mí, aunque no tienen pruebas para detenerme. Sé demasiado, Fito, y tengo que aparentar no saberlo... ¡Vete lo antes posible! Desde este momento, no podemos volver a vernos. Avisa a Richi que no llame a La Negra ni para despedirse, procura también no comprometer a Fabián y a Ángela, son demasiado mayores.

Esquivel se levantó, Rafael hizo lo mismo, se abrazaron durante un largo rato. Cuando se separaron, Domingo, titubeante, dijo:

—Siempre quise preguntarte algo y no me atrevía. —Se tomó unos segundos antes de decidirse—. ¿La amistad con los alemanes era... un señuelo?

—Sí —confirmó con rotundidad Rafael—, hemos ayudado a los judíos... y también a los aliados.

No dijo nada más, le hubiera gustado explicarle muchas cosas, pero ambos sabían que era mejor que no las supiera. Domingo las comprendería sin necesidad de que él las contara.

El matrimonio Bernal dejó Buenos Aires días después de que lo hiciera Domingo Esquivel. Los Ramos recibieron una carta de Fito desde Cuba, los ancianos pensaban que estaban disfrutando de un viaje. Se habían equivocado, el empresario contaba que iban camino de Zúrich para visitar un

médico. Al parecer, Richi había tenido unos dolores en el pecho, tras varias pruebas, su doctor había aconsejado visitar a un especialista. Se habían asesorado y les habían hablado de uno, una auténtica eminencia, en Suiza.

A final de verano, llegó una nueva carta de Rafael. Richi mejoraba, así que el tratamiento se iba a alargar, podían ser años. Habían decidido quedarse en Europa y desprenderse de sus propiedades en Argentina. Ya estaba en contacto con un conocido abogado porteño. Agradecía a Fabián sus esfuerzos y le rogaba que ayudara al abogado a buscar un comprador que «ame el negocio como nosotros y que no despida a los empleados».

Ángela envejeció de golpe, se sentía muy sola. La Negra la visitaba cada vez que iba a Buenos Aires a ver a sus padres.

A finales del otoño austral, Domingo saludaba a Fabián por teléfono. Sus esposas se llamaban de vez en cuando, «arruinan la economía familiar», había dicho el abogado, el otro lo confirmó riendo. Después, más serio, preguntó si sabía algo de Rafael. «No, ya sabes que no le gusta escribir y las conferencias son muy caras».

Ese mismo día aparecía un cadáver en Buenos Aires. El fallecido había llegado a Argentina a mediados de diciembre y se había establecido en Mar del Plata. La policía fue retirada de la investigación. Se la encargaron a un coronel de la CIDE. Este hablaba con sus hombres: «¿Cómo les atraen a Buenos Aires? ¿Cómo logran hacerles venir?». Nadie contestó, el militar estaba muy enfadado. Mirando al único civil que se encontraba con ellos, le dijo: «Tienen que localizarles y avisarles, antes de viajar acá deben llamarnos a nosotros». El hombre preguntó con miedo: «¿A todos? Es una lista enorme». «¡A todos!», gritó el coronel.

## Capítulo XXX

1957

En el avión de regreso, Rafael no podía olvidar la reunión que había mantenido con Moseman horas antes de su partida. Todo comenzó cuando le consultó cómo transferir el dinero de *Rafaber* a una cuenta a su nombre, ya que Rachel había fallecido, la empresa no existía y él iba a tener un heredero. David, albacea testamentario de su primera esposa, le explicó que resultaba imposible hacerlo. Le recordó que, en el momento de la muerte, la mujer era la socia mayoritaria, con el noventa y siete por ciento del capital, y a él solo le correspondía el tres por ciento. «Lo sé, pero hicimos testamento dejándonos todo el uno al otro», contestó con tranquilidad. «Estás equivocado, antes de morir, redactó una nueva cláusula», le informó el suizo. En ella estipulaba que dejaba el noventa y siete por ciento de la sociedad, más de cinco millones de francos suizos, a su marido si este aceptaba una condición que le sería comunicada cuando fuera a tener un hijo. Había llegado el momento de hacerlo. David le entregó un sobre lacrado y sellado por un notario, al abrirlo encontró una carta manuscrita de Rachel. Empezó a leerla, su cara se iba transformando, al acabar la lectura, la nota se le cayó al suelo. «No puedo hacerlo», dijo. «No te queda más remedio si quieres el dinero», aseguró Moseman. Le informó que, si no aceptaba la condición impuesta, la herencia pasaría a la organización.

Discutieron. Durante la pelea, Rafael solicitó, rogó, suplicó... Moseman no se conmovió. Entonces pasó a las amenazas, insultos, gritos. No consiguió nada. Todo era legal, Rachel había testado en Suiza y el testamento se atenía a la legalidad vigente. La discusión acabó mal, el español estaba tan furioso que renegó de su primera mujer. «Fui un pelele en sus manos, me utilizaba igual que vosotros. No me quería. Al menos Teresa me lo ha dicho en mi cara, no como ella, mintiéndome a cada momento». No consiguió impresionar a David con ninguno de sus argumentos. Salió del despacho sin despedirse, airado, lo que no le impidió oír decir al suizo: «¡Rachel no te mintió, recuerda por qué quería un hijo!». Se acordaba muy bien. Pensó que, al casarse de nuevo, honraba su memoria. Y, ella, una vez más, le había ocultado sus verdaderas intenciones.

El día que Rachel propuso adoptar un niño, al esposo le pareció buena idea. En Madrid apenas se relacionaban, sus hermanas eran auténticas extrañas y sus cuñados también. Rafael se veía alguna vez con Prudencio, aunque su amistad no se parecía a la mantenida con Domingo. Echaba de

menos al argentino y la vida en Buenos Aires. Fabián y Ángela habían fallecido y no habían podido estar a su lado.

Desde su regreso, llevaban una existencia discreta y sencilla. Vivían bien, pero no se acercaban, ni de lejos, al lujo del que habían disfrutado en Argentina. Rachel decidió que no debían significarse, lo más adecuado sería pasar inadvertidos ante las autoridades españolas y él, como siempre, acató su voluntad. No abandonaron la costumbre de viajar, recorrieron el país, seguían siendo amantes de las excursiones y de visitar lugares nuevos. Solo encontraron miseria.

Un hijo les crearía nuevas amistades y nuevos alicientes, les daría un proyecto. Recordó la frase de su madre cuando eran pequeños y no sabían a qué dedicarse de mayores: «Siempre hay que tener proyectos». Aceptó de inmediato «el proyecto» de Rachel sin saber que la movía un interés diferente al de él. Su esposa y David le explicaron ese interés durante un viaje a Zúrich, realizado seis años después de finalizada la guerra mundial y cuando llevaban uno instalados en Madrid.

En Suiza retomaron la costumbre de las largas sobremesas en animada conversación. Los Moseman tenían dos hermosos niños, aún muy pequeños. Durante una cena, Rafael les felicitó por la familia que habían formado. «No es solo una familia», había respondido David, «son mis sucesores en el banco». Ante la sorpresa del español, le informó que los críos debían convertirse en los «cajeros» cuando él muriera o fuera demasiado mayor para ocuparse de ese trabajo. Rachel debía hacer lo mismo, tener un hijo, ya que ella también era una «cajera». Rafael descubrió así un nuevo secreto.

—El señor Ackerman, cuando te habló de nuestra organización, no te contó en detalle quién se ocupaba de la caja. Aún estábamos en guerra y se seguían tomando muchas precauciones —explicó David—. Ahora, te lo voy a contar yo. —Le miró alegremente—. Cuando se «abrió» el banco, se decidió que fueran dos familias las que conocieran el lugar exacto de su emplazamiento. Se votó por los Ackerman, porque Friedrich vivía en Gran Bretaña, y por los Moseman, porque estábamos en Suiza, dos países no invadidos. Tu suegro informó del lugar a Rachel, era su legítima heredera. Vivían muy lejos el uno del otro y no sabían cuando volverían a verse. Tras la victoria aliada, mi padre me lo comunicó a mí. Ahora, nosotros tenemos que dejar ese legado a nuestros hijos.

David explicó que muchos «clientes» habían muerto en los campos, familias enteras asesinadas. Ese dinero aún continuaba en el «banco» y seguía siendo utilizado para hacer justicia. También había desaparecidos. Esto había creado un dilema, qué hacer con las propiedades de aquellos que no se sabía si, realmente, estaban muertos o si existía algún miembro de la familia aún vivo.

Se reunieron los banqueros con los jueces y abogados que participaban en la organización y, por unanimidad, se decidió que el banco siguiera guardando dichas propiedades hasta cincuenta y cinco años después de finalizada la guerra, es decir, hasta el año 2000. Llegada esa fecha se cerraría definitivamente y, si aún quedaban fondos en él, se repartirían entre los «cajeros» por los

servicios prestados. Estos podrían hacer lo que quisieran con dichas propiedades.

—Los cajeros ahora somos nosotros, Rachel y yo, que dentro de cincuenta años, posiblemente, estaremos muertos y, si aún vivimos, seremos demasiado viejos —se echó a reír.

—Rafael, es nuestra obligación tener un hijo —interrumpió Rachel—. David no quiere ocuparse él solo de esa carga y desea que le ayudemos, la única solución es adoptar un niño al que eduquemos para una responsabilidad tan grande.

—No quiero conocer dónde se guarda el dinero —fue su respuesta.

—Por supuesto —le replicó Rachel—, no podemos decírtelo, a no ser que yo muera antes que tú y nuestro hijo sea aún demasiado pequeño. En ese caso, serías su tutor legal y tendrías que guardar el secreto hasta que él pudiera ocuparse de la herencia.

Ambos dejaron muy claro que sus hijos serían los encargados de seguir custodiando el banco hasta finalizar el plazo. En ese momento, si no habían aparecido más propietarios, todo pasaría a ellos. Podrían hacer con los objetos lo que quisieran, venderlos, quedárselos, crear una fundación, mandarlos al Estado de Israel... El deseo de su mujer en tener un heredero radicaba en lograr un nuevo «cajero».

Recordaba cada una de las palabras, y también cómo la enfermedad de Rachel había malogrado esos planes. Sin embargo, ella misma, antes de empeorar y, cuando los dolores aún la permitían hablar, le había rogado que, tras su muerte, tuviera un hijo. Deseaba un sucesor, el hijo de Rafael sería también suyo. La amó con delirio por la confianza.

Había cumplido su voluntad. Iba a tener un heredero. Sin embargo, desde que Teresa le había comunicado su embarazo, empezó a tener dudas. No le gustaba la idea de implicarle en asuntos que no le afectaban. A medida que aumentaba la tripa de su esposa, menos le seducía la idea. Además, él ya era millonario, tenía una fortuna en Suiza que pasaría a su hijo, no necesitaba más. El capital de *Rafaber* le pertenecía, lo había ganado trabajando para Rachel y sus amigos.

Nunca habría imaginado que ella le dejaría sin patrimonio. En su cabeza resonaba la voz de David: «Solo te corresponde el tres por ciento, si quieres el resto, debes cumplir con lo que se te ha pedido». Al aceptar la condición, además de obtener el dinero, demostraría que era capaz de preparar a su sucesor para la causa sionista. Negarse le iba a costar una fortuna.

Al llegar a Madrid, decidió hablar con su abogado, aún no sabía qué le diría, pero, quizás, encontrara una solución durante la charla. Cuando apareció en la oficina, Fernández Serrano estaba muy ocupado. Se sentó en la salita de espera y empezó a leer el periódico. Eso le tranquilizó. Una hora más tarde, el amigo le hacía pasar a su despacho. Tras el saludo de cortesía, le preguntó si había ocurrido algo en Suiza.

—En qué lo has notado —preguntó el recién llegado.

—Te veo descompuesto.

—Lo estoy, no sé a quién contárselo y al final he pensado en un abogado al que pueda exigir secreto profesional, y tú eres mi abogado.

—No quiero saber nada ilegal —respondió burlescamente Antonio.

—Necesito decírselo a alguien —contestó aparentando no haber escuchado la broma.

El letrado propuso que les subieran la comida del bar de abajo, canceló las reuniones de la tarde y pidió a su secretaria que llamara a la señora de Bernal y le dijera que su marido no iría a comer.

—Hace tiempo, cuando te conté que quería casarme de nuevo para tener el hijo que siempre había deseado Rachel, te mostraste extrañado, ¿te acuerdas? —Antonio no contestó, no recordaba la conversación—. No sé qué te respondí, pero fuera lo que fuera, no era del todo verdad. Para explicártelo, tengo que retroceder a cuando nos conocimos. Tú lo sabes mejor que nadie, yo ayudaba a sacar a los judíos de Francia. También dirigía una empresa de importación y exportación de telas, *Rafaber*. La empresa, además de ser una tapadera, daba muchos beneficios, Rachel era la presidenta con el noventa y siete por ciento de la sociedad, había puesto el dinero para montarla y se había convertido en la dueña. Dicha sociedad solo tenía dos socios, ella y yo, que me correspondía el tres por ciento restante de todas las ganancias. —Comprobó que Fernández Serrano seguía atentamente su discurso—. Yo sabía las cifras que había y eran millones... de francos suizos. Rachel y yo teníamos testamento.

—Lo sé.

—Pero no sabes que ella incluyó una cláusula poco antes de morir. Tras su fallecimiento, pensé que podría disponer del dinero de inmediato, pero nuestro amigo David Moseman, también su albacea, me dijo que, por cuestiones legales, tardaría un tiempo en transferírmelo. Además Rachel había añadido unas condiciones por si teníamos hijos, acuérdate que estábamos procurando adoptar. No le di importancia al retraso.

—¿Querías un hijo para heredar a Rachel?, ¿es lo que pretendes decirme? —preguntó incrédulo el abogado.

—No es tan sencillo. —Pensó con detenimiento cómo seguir—. Yo tenía un capital aparte, obtenido con mi trabajo. La tienda de telas siempre me había dado ganancias, además, al regresar a España y venderla obtuve unos importantes ingresos. Una vez instalados aquí, decidí vivir solo de mi dinero, no quería que Rachel gastara su fortuna. Compré el piso, el coche, pagaba los viajes..., me ocupé de todos los gastos. Y ha sido así todo este tiempo. —Tomó aire y suspiró—. Cuando Teresa me comunicó que íbamos a ser padres, pensé que había llegado el momento de reclamar mi herencia... Rachel me conocía muy bien. Desde joven, quise ser millonario. Lo decía siempre y a todo el mundo. Por el contrario, ella era una idealista. Se había propuesto hacer justicia y era

capaz de cualquier cosa para lograrlo... La última fue ponerme una condición para heredarla... Era su manera de convencerme, cuando necesitaba mi ayuda, utilizaba todo tipo de argumentos, y yo acababa haciendo lo que me pedía. Imagino que debió pensar que, al no estar a mi lado, debía persuadirme como fuera... —Puso la cabeza entre sus manos, parecía que iba a llorar, el abogado intervino esperando que se tranquilizara.

—Deduzco que te ha pedido algo que tiene que ver con tu hijo.

—Estoy harto, Antonio. Toda mi vida me he visto envuelto en luchas en las que no hubiera querido participar y, sin embargo, no pude evitarlo. Ahora quiero decidir por mí mismo.

—La verdad, me cuesta seguirte —concluyó el letrado intentando saber a qué se refería.

—Creo que Rachel no me conocía tan bien como ella creía porque voy a arruinar a mi familia y renunciar a su herencia. —Parecía pensar con tranquilidad su charla—. No quiero que mi hijo se vea involucrado en una historia que no es la suya y en una guerra que no ha conocido, quiero que viva en paz. Deseo ese dinero porque es el resultado de mi trabajo, me pertenece, pero me niego aceptar su condición.

—¿Cuál es la condición?

Rafael no contestó, miraba absorto por la ventana, preocupado. Antonio esperó unos minutos, al verle tan ensimismado en sus pensamientos, no insistió, supuso que era algo que no debía saber, así que cambió la pregunta.

—¿Moseman la conoce? —preguntó sin esperar respuesta.

—¡No! —mintió Rafael sin añadir nada más.

—Puedo intentar ayudarte, aunque no creo que Moseman y Rachel hicieran las cosas mal, me imagino que será imposible. A no ser... —parecía pensar una idea absurda—, a no ser que te haya pedido algo ilegal, entonces podríamos impugnarlo.

—Sí, estoy seguro de que sabía lo que hacía, no habrá ninguna irregularidad —respondió Rafael pareciendo regresar de otros pensamientos.

—De qué cantidad total estás hablando.

—De cinco millones de francos suizos.

El abogado calculó mentalmente.

—Es decir que te corresponden ciento cincuenta mil francos. Lo que vendrían a ser algo más de dos millones de pesetas.

—Sí, más o menos.

—Pues es una cifra considerable.

—Pero no durará mucho tiempo.

—Sí, si la inviertes bien.

—Solo sé vendar telas y no creo que pueda volver a empezar. Ya no es un empresa

rentable como cuando empecé, las tiendas de prendas confeccionadas están acabando con los almacenes textiles. No voy a abrir un negocio que, con seguridad, tiene los días contados. No puedo jugar con el dinero que me queda.

—¿Por qué no compras casas y las alquilas?

—También se me había ocurrido. Pero los alquileres aquí están muy protegidos, no viviríamos de eso.

—Invierte en ciudades donde empiezan a llegar turistas y alquila por meses. Tengo varios clientes extranjeros en Málaga y alrededores que les va muy bien. Sus playas están de moda.

—¿Málaga, a los extranjeros les gusta Málaga?, ¿me recomiendas esa ciudad?

—Bueno, también Alicante es una zona en auge y está mucho más cerca. —Antonio se movió inquieto en su silla.

Rafael había pedido una conferencia con Zúrich a las nueve de la mañana, no le pusieron en contacto hasta las doce y media. Durante la espera, se mostró nervioso, intranquilo, no podía estar sentado, tampoco había querido salir por si llamaban antes de lo acordado, aunque ya le había dicho la telefonista que había demora de más de tres horas.

Cuando logró la comunicación, mantuvo una conversación a gritos desde el teléfono situado en la pared del pasillo. Lo hacía en alemán y Teresa no le entendía, pero intuía que algo muy grave pasaba. Desde que había descolgado el auricular se había mostrado enfadado, y lo que respondía su interlocutor, le enfadaba aún más. La mujer, a la que las piernas se la hinchaban cuando estaba mucho tiempo de pie, se había sentado en el despacho y escuchaba a su marido en esa lengua que hablaba con tanta facilidad pero de la que no entendía nada. Cuando colgó, ella se levantó de la silla y se dirigió a él:

—¿Qué pasa?

Rafael entró en el despacho, cerró la puerta y la ventana, era verano y en el patio se escuchaba todo.

—Ha habido una caída en la bolsa de Nueva York y he perdido mucho dinero. Me lo imaginaba, pero quería consultarlo con mi banco.

—Cuánto.

—Mucho.

—¿Estás arruinado? —preguntó intranquila.

—No, aunque ya no podremos vivir como hasta ahora. Tendremos que ajustarnos a un sueldo y arreglarnos con la misma cantidad cada mes.

—¿De qué sueldo hablas?

—El menor posible. Habrá que despedir a la criada. Podemos seguir en esta casa y



también hacer frente a los gastos sin problemas. Solo que no habrá tanto teatro, ni cenas, ni escapadas los fines de semana.

—¿Y eso puede cambiar?

—Puede, pero no hasta dentro de mucho tiempo —mintió él.

Teresa quería seguir preguntando, Rafael aseguró que tenía prisa, necesitaba comentar el tema con Fernández Serrano. Esa respuesta la tranquilizó, si el abogado estaba en el ajo, seguro que les echaría una mano, pensó. Él sabría solucionarlo mejor.

Había dado esa excusa porque no podía explicar lo que sucedía a nadie. Tampoco se dirigió a la oficina de su amigo. Deseaba estar solo para pensar. Acababa de hablar con Moseman y la charla, una vez más, fue muy desagradable. Le contó que Fernández Serrano tenía clientes extranjeros en Málaga y Alicante, sugería que David enviara investigadores a esas ciudades por si hubiera nazis escondidos en ellas. El suizo respondió que eso era muy poco concreto, debía ser más preciso. «Es todo lo que puedo ayudaros», fue la contestación del español. «Rachel lo dejó muy claro, tienes que descubrir la trama española que ayuda a escapar a los nazis. Fernández Serrano tiene información, busca evidencias que le incriminen, si es necesario, tiéndele una trampa, nosotros nos ocuparemos de él y, si es un criminal, acabará como el resto», aseguró el banquero. «¿Cómo podéis estar tan seguros de su culpabilidad, no tenéis ni una maldita prueba?», preguntó Rafael furioso. «Pero sabemos cómo hacerle hablar y no dejar rastro. Rachel creyó verle con un miembro de la Gestapo, siempre sospeché de él, lo sabes», Moseman insistía. «Sí, conozco su obsesión, viví con ella», aseguró molesto. El otro seguía empeñado en que debía colaborar. Volvieron a discutir. El suizo le propuso que llevara al abogado engañado a una dirección donde ellos se ocuparían de él. «No tiene familia, tardarán en echarle de menos y nadie sospechará de ti», había comentado intentando convencerle, el resultado fue todo lo contrario, el español gritó más fuerte y enfadado: «¡No pienso ayudaros nunca más. No puedo dejar que matéis a un amigo. Además, no habéis cumplido vuestra palabra y os habéis quedado con mi dinero, me niego a continuar!». «Rachel me avisó que ocurriría esto, sin ella a tu lado, no seguirías colaborando con nosotros, la única solución era retener tu dinero si queríamos tu ayuda... Fue tu mujer a la que tanto amabas la que decidió esa cláusula y, si no la aceptas, tampoco tu hijo será su heredero, ¿por qué le niegas un futuro mejor? Te necesitamos, Rafael —estaba suplicando—, nadie le conoce como tú y solo confía en ti, ni siquiera te pido que intervengas, solo te pido que le lleves donde te digamos». El tono de amenaza había desaparecido, David intentaba ser persuasivo y tranquilizador. Desde Madrid, el antiguo empresario contestó igual. «No me importa, he decidido que mi hijo no tiene ni tendrá nada que ver con vosotros, vuestro ‘banco’ no es asunto de él. No quiero que herede vuestra venganza».

Rafael conocía las costumbres de Fernández Serrano. Se levantó temprano y se dirigió al Casino

de la Calle Alcalá. El portero le saludó y le hizo ver que era muy pronto. «Voy a la barbería», fue su respuesta mientras el otro, solícito, le acompañaba por las escaleras y le abría la puerta.

El olor de la barbería le llegó antes de entrar, el suave aroma de la loción *Floïd* lo impregnaba todo. Antonio hablaba con el barbero, estaba casi acabando, el recién llegado tomó asiento a su lado.

—Qué madrugador —fue el saludo de su amigo.

—Quería hablar contigo y prefería hacerlo antes de que fueras al despacho.

—¿Se va a hacer algo? —Uno de los aprendices, que se encontraba en el vestíbulo con otros compañeros hablando de fútbol, había entrado detrás de él, para atenderle.

—No, gracias, venía a hablar con don Antonio. —Le respondió educadamente.

El muchacho salió después de disculparse. El barbero comprendió que querían estar a solas y comentó que ya quedaba poco. Utilizaba la navaja con suavidad y con fuerza, sin embargo, parecía no apoyar el instrumento sobre la cara del cliente. Era uno de los más habilidosos de Madrid y la mayoría de los socios del Casino solían preferir que les afeitara él a hacerlo en sus casas. «Enseguida acabo», había dicho el hombre. «No tengas prisa», respondió Antonio, «que tienes mi garganta en tus manos», todos sonrieron. «Creo que deberías afeitarte», se dirigió a su amigo, añadiendo: «Ya sabes eso de: cuando las barbas de tu vecino...».

El hombre le puso una toalla caliente y no le dejó terminar la frase. Luego se dirigió a la repisa colocada enfrente de los espejos, abrió un frasco, se echó en las manos y se frotó con el líquido, inmediatamente retiró la toalla del rostro del abogado y extendió por él la loción con la que se había rociado las manos. «Les dejo, los mozos me esperan para tomar un cafelito, que tengan un buen día», dijo y salió de la habitación.

—Chico, le has asustado al pobre y, por eso, se ha ido tan rápido, ni siquiera me ha dado tiempo a sacar la propina. Si te digo la verdad, hasta a mí me has asustado, tienes una cara terrible. ¿Te has peleado con Teresa, habéis vuelto a las andadas?

—Pon las tuyas a remojar —respondió Rafael en un susurro.

—¿Qué dices?

—Terminaba el refrán que habías comenzado antes.

—Ya me he dado cuenta, pero no te entiendo.

—Vengo a avisarte que pongas tus barbas a remojar.

El silencio inmediato permitió escuchar el coche que pasaba por la calle de Aduana, las ventanas de la barbería daban a ella, por lo general muy tranquila, solo se veía alterada por algún automóvil o por los gritos de las vecinas a las mujeres de la calle.

Tras unos momentos, Antonio giró su sillón y quedó enfrente de Rafael, mirándole a los ojos afirmó:

—El otro día, cuando me hablaste de una condición, supuse que yo podría ser esa

condición, ¿es así? —sin esperar respuesta continuó—. Me he preguntado durante todos estos años cuándo llegaría este momento. Aunque, si digo la verdad, después de la muerte de Rachel pensé que quizás no llegara nunca.

—Pues ha llegado el momento, vengo a avisarte.

—¿Avisarme? ¡No te entiendo!

—¿Entonces, por qué esperabas este momento?

—Desde que me presentaste a Rachel lo noté, noté en sus ojos que me creía culpable. Sospeché, y aún lo hago, que me acusaba de haber sido un delator durante mi detención por la Gestapo. No entendí por qué me pedíais ayuda profesional y por qué buscabais mi amistad, si me tenía tanta desconfianza. Era notorio que aún colaboraba con la causa sionista. Y, entonces lo vi claro, buscaba mi confesión. Esperaba el momento en el que me pidierais explicaciones, a ese momento me refería.

—¿Y lo hiciste, delataste a personas indefensas?

—¡Claro que no! Ni siquiera hablé de vosotros y estabais a miles de kilómetros, no os podía pasar nada.

—No me tomes por ingenuo, Antonio, si me hubieras delatado, hubiera sido peor para ti, te habrían ejecutado de inmediato porque les habías ocultado mi visita... Hay víctimas que te acusan de haberte aprovechado de su situación exigiéndoles más dinero.

—¡Por supuesto que lo hice! ¡Sí, exigí más dinero! ¿Cómo crees que podía sacarles de Francia? ¿Crees de verdad tú y esos amigos tuyos que podían haber salido solo por mis visados? Desde el primer momento los tenían vigilados. Tuve que repartir el dinero que me dabais con mucha gente, policía y funcionarios franceses y también algún alemán para que aceptaran los visados que emitía. Pero nunca delaté a nadie.

—¿Entonces, las delaciones?

—No fui yo, créeme, aunque ahora me da igual lo que creas tú y aquellos con los que trabajabas. Subir a los barcos o pasar la frontera no era tan fácil y mucha gente pretendía ganar dinero con los refugiados, no solo yo. Por qué imaginas que me detuvieron a mí. — Calló un momento y empezó a recordar—. En el cuarenta y tres todo empezaba a cambiar. Los italianos eran un desastre, querían el Sur de Francia, pero no podían defender ni su propio territorio. Los alemanes estaban debilitados, Rusia no resultó ser tan fácil y los ingleses se atrevían a bombardear Berlín. Toda Francia estaba ocupada y a Vichy había llegado un jefe de las SS que tenía atemorizado al personal. No recuerdo su nombre, pero sí recuerdo a otros que me interrogaron durante mi detención. Conocía a dos de ellos, los había comprado con el dinero que me dabais. No hablé de vosotros. Nunca di tu nombre ni el de Rachel. Les dejé pensar que los judíos se habían acercado a mí con la esperanza de que en la embajada española les ayudarían. Me quitaron las uñas,

¿sabes lo que querían? No eran nombres, como tú piensas, ¡Querían mi dinero! ¡Todo lo que había obtenido! ¡Y se lo entregué! No sé qué pasó, si fueron las presiones diplomáticas o que ya habían conseguido lo que buscaban..., ¡me soltaron!

—Rachel estaba convencida de que eras un traidor. Yo solía llevarle la contraria porque nunca consiguió demostrarlo.

—¡Porque no lo soy!

—¿Estás seguro? Ella era muy intuitiva, no se equivocaba con las personas.

—Y eso qué significa —preguntó indignado.

—Te vio en una ocasión salir del despacho acompañado de un hombre que no le resultó desconocido. Tras mucho pensar, recordó que se parecía a un miembro de la Gestapo huido y reclamado por la justicia, le había visto en una fotografía.

—¡Tú lo has dicho, se parecía, no estaba segura porque yo no he hablado con nadie de la Gestapo desde la guerra!

—No te sirve de nada esa respuesta. Están convencidos de que perteneces a la organización que ayuda a huir a los nazis, incluso de que les facilitas las nuevas identidades.

—¿Quiénes? ¿Moseman y Rachel?

—Antonio, no disimules conmigo. Saben que hay dirigentes nazis en España, buscan a miembros de las SS y de la Gestapo que ahora residen aquí con nombres falsos. Creen que tú colaboras con ellos dándoles nuevas identidades.

—¡Estás loco! ¡No participo en nada! Leo los periódicos, claro, y conozco la existencia de Wiesenthal, el judío austríaco que persigue asesinos nazis. ¿Es él el que me acusa?

Rafael no contestó. Se volvieron a oír los ruidos de la calle, Fernández Serrano continuó.

—Piensa un poco, si yo estuviera en contacto con nazis, por qué mantendría amistad con vosotros, sé lo que hicisteis en la guerra y Rachel seguía participando en algo, se delataba en cada momento.

—Por el mismo motivo que ella te vigilaba y acechaba, porque ambos queríais conseguir más información sobre lo que hacíais en secreto.

—Ya veo que no me crees. Así que no perderé el tiempo intentando convencerte. No he hecho nada de lo que me acusas...

—Me preguntaste cuál era la condición de Rachel. Su condición es que yo logre que confieses, que te vigile y espíe hasta conseguir una prueba que te delate o hasta que encuentren a alguien que lo haga. Entonces, te aplicarán su justicia.

—¿Pero quiénes son ellos y qué piensan hacerme?

—Depende de cuál haya sido tu crimen.

—¿Y si no encuentran nada?

—No te harán nada, aunque están convencidos de lo contrario... Podrían olvidarse de tu delito si confiesas dónde se esconden los verdaderos asesinos.

—¡Ya te he dicho que no lo sé! —miró a Rafael suplicando—. ¿No te das cuenta? Si estuviera en contacto con nazis, al despedirme de ti, solo tendría que avisarles de que les persiguen y que tú eres uno de los perseguidores...

—Al contrario, Antonio —no le dejó continuar su argumento—, si yo muriera, y no de enfermedad, sería la prueba que están buscando contra ti, lo mismo que si le ocurriera algo a Moseman. Entonces, no podrías descansar. No les conoces, son muchos y tienen paciencia y dinero de sobra para encontrarte donde quiera que te escondas.

Se oyó ruido fuera. Los trabajadores de la barbería regresaban de su café. Fernández Serrano se levantó del sillón y se acercó al perchero donde colgaba su chaqueta. Se la puso. Ambos salieron en el momento que entraban los otros, todos se despidieron cortésmente. En la calle, Rafael continuó la conversación.

—Aún no lo has entendido —dijo muy serio—. He venido a avisarte para que tengas cuidado. No pienso volver a ayudar a los que te acusan. He acabado con ellos, Antonio. No es necesario que te esfuerces en intentar convencerme de tu inocencia. No me importa si mientes o dices la verdad. Ayer hablé con Moseman, le dije que buscaran en Málaga y Alicante entre los extranjeros residentes en esas ciudades —observó al abogado, este le miró confuso—. Ocúpate de destruir todo lo que pueda incriminarte. Las personas de las que hablo son listas y, si guardas algo que te delate, lo encontrarán. No puedo hacer nada por ti, solo avisarte de que te vigilan y que desconfíes de cualquiera que te proponga ir a un lugar solitario. Procura no estar nunca solo. Te devuelvo el favor, por tu silencio en Francia.

Teresa dio a luz un niño muy hermoso, le pusieron como su padre, Rafael. Aunque le decepcionó que no fuera una niña, no le importó, no pensaba tener un solo hijo. Cuando pudiera, volvería a quedarse embarazada. En dos años, nacería «su hija». La ternura con que trataba su marido al bebé y a ella le había hecho desear ser madre de nuevo. Se sentía tan satisfecha con su familia que parecía otra persona. Seguía siendo mordaz, contestona y, en ocasiones, ordinaria, pero ya no era una resentida. Escuchaba los consejos de Rafael, se dejaba corregir porque le hablaba con amabilidad y afecto, aunque aún desconfiaba de la mayoría de la gente.

Su esposo era distinto a todas las personas que había conocido, la protegía, y esa sensación le producía un sentimiento de afecto al que no estaba acostumbrada. Más aún, cuando descubrió que se había deshecho de todos los recuerdos de Rachel. Ese día, sintió un estremecimiento extraño y cálido, un deseo enorme de abrazarle y no soltarle nunca.

Para Rafael, ser padre fue una sensación extraordinaria, tener una vida tan pequeña en sus manos,

que dependía de él y de la madre para sobrevivir, le resultó una experiencia única. Estaba dichoso, disfrutaba mirándole y quería ocuparse solo él de la criatura. Teresa le tuvo que regañar, debía dejar al niño descansar en su cuna y no tenerle en brazos a todas horas. Él le bañaba, le daba sus biberones, le llevaba al Retiro y le paseaba por el Paseo del Prado, se sentaba con él junto a la fuente de Apolo, su lugar preferido, y pasaba horas observándole. Nunca hubiera imaginado cuánto se podía querer a un hijo.

Había dejado de frecuentar a Antonio, se veían en el casino y se saludaban pero ya no mantenían largas conversaciones. Llamó a Moseman para contarle que había sido padre. Se habían conciliado, aunque habían perdido la amistad. «Cuando él tenga veinte años, yo tendré setenta y tres», había dicho Rafael, «espero llegar a esa edad y verle crecer, es lo único que me preocupa». David no contestó, se limitó a felicitarle.

El despacho de Rafael se había convertido en el cuarto del bebé, porque estaba junto al dormitorio del matrimonio. Y el despacho había sido trasladado a una habitación más alejada. Sin embargo, no habían descolgado de las paredes un cuadro que no pegaba con la nueva decoración infantil. El cuadro era el grabado de la ciudad de San Galo que David Moseman había regalado a Rachel. La británica siempre lo había tenido guardado en un cajón de su mesilla, decía que le gustaba mirarlo de vez en cuando, porque le traía muy buenos recuerdos. Su marido no lo entendía, colgado en una pared lo vería con más frecuencia. Sin embargo, no la contrarió hasta su muerte. Encontró el grabado y lo llevó a enmarcar. Desde ese momento, permaneció en el despacho como un cuadro más. A él también le traía buenos recuerdos.

El grabado estaba realizado en tela, un suave y elegante tejido. En él estaba dibujada la ciudad con el aspecto que tendría a finales del siglo XVI, dentro de una muralla y rodeada de campos sembrados. Varias torres destacaban y, elevándose sobre todas, la del Monasterio con una esbelta cruz. En primer término, junto a la leyenda en latín que hablaba de la ciudad, una dama y un caballero, vestidos a la moda de finales del siglo XVI y principios del XVII, delataba la época del dibujo. Al descolgarlo, lo miró con más detenimiento. Observó la ropa de los personajes. Se fijó en cada uno de los trazos que componían la ilustración. Vio campesinos trabajando entre los sembrados y a un grupo de hombres, en la parte superior del cuadro, que parecían jugar a algo...

Rafael descolgó el cuadro de la pared con la intención de colocarlo en su nuevo despacho. Fue a buscar un clavo y un martillo, antes de ponerlo en su nuevo emplazamiento, sacó el cuentahílos del cajón de la mesa, quería saber qué hacían los pequeños personajes que acababa de descubrir. Miró a través de la lupa y vio que eran unos caballeros practicando con espadas. Recorrió todo el grabado con el cuentahílos. Contempló con detenimiento las casas y edificios y, de pronto, reparó en algo. Algo que le evocó una situación parecida. El cuadro estaba apoyado encima de la mesa, los reflejos del cristal no le dejaban ver bien lo que había creído descubrir. Lo rompió, sacó la

tela del marco y la apoyó en la ventana, colocó el cuentahílos sobre lo que le había llamado la atención. El contraluz mostraba cada línea con mayor claridad. ¡En efecto, había un hilo roto en la trama! En ese momento lo supo, si colocaba el grabado sobre el mapa de la ciudad situando la torre del Monasterio una encima de la otra, ¡encontraría un banco y su tesoro! Rachel había mantenido oculta la prueba para que él no la descubriera. ¿Alguna vez le había amado esa mujer?, reflexionó. Desde luego, no con la misma entrega que él.

—¿Qué haces? —preguntó Teresa.

Levantó la cabeza asustado, la miró con cariño y respondió sin pensar.

—Te quiero.

Su propia respuesta le sorprendió. Acababa de aceptar que Rachel nunca le había querido como él a ella. Había dedicado toda su vida a una causa y le había utilizado sin piedad. Siempre lo había intuido, ahora no tenía dudas. En cambio, Teresa, la ordinaria, la bruta, la incapaz de amar no le había mentado nunca. Ella le miró igual de sorprendida. Era la primera vez que se lo oía. Se acercó a él y le besó, al separarse dijo:

—Te lo dije, viejo, empiezas a chochar —le guiñó un ojo—. Yo solo quiero una hija, olvídате, no pienses que voy a pasarme la vida embarazada —se hacía la dura, y él lo sabía, la sonrió—. Eres un buen hombre y el mejor de los esposos —añadió en voz muy baja.

Salió de la habitación, por el pasillo, gritó: «¡No te acostumbres, no pienso piropearте más!». Notó su alegría.

Teresa aún no podía expresar sus sentimientos y le costaba reprimir su desconfianza, sin embargo, hacía tiempo que se había desprendido de su coraza. Desde el nacimiento de su hijo, sentía un afecto enorme por su marido que no sabía definir. Se negaba a aceptar que le quería, pero la confesión de él acababa de producirla un estremecimiento de auténtica felicidad.

Rafael permaneció en el despacho, tiró el marco a la papelera con los cristales rotos. Dobló la tela con mucho cuidado, la guardó en un sobre y la metió en un cajón, al fondo del todo. No pensaba volver a mirar ese grabado nunca más y tampoco pensaba enseñárselo a su hijo ni contarle lo que podría encontrar en el lugar marcado. Jamás.

# NOTA

Los hechos históricos citados en esta novela —invasiones, bombardeos, leyes antisemitas, cambios de presidentes y golpes de estado en Argentina, políticas aliadas en la segunda Guerra Mundial, reuniones de países americanos, fundación del estado de Israel, incluso un terremoto... — sucedieron en la época en la que se desarrolla la obra. Igualmente, las calles, los bares, los teatros, los espectáculos, asociaciones y organizaciones..., tanto de Madrid como de Buenos Aires, existieron en el momento y fecha mencionados en la novela. Por supuesto, el argumento y los personajes principales son pura ficción. Sin embargo, hay unos acontecimientos y personajes reales que, por su importancia a lo largo de la narración, deben ser comentados:

**Incendio del Palacio de Justicia y robo de obras de arte:** Fue un suceso muy destacado en el Madrid de 1915. La ciudad participó ayudando a controlar el fuego y a sacar las obras de arte del edificio y de la iglesia colindante. Tuvo que intervenir el ejército para apagarlo. Durante el mismo, desaparecieron miles de documentos que el viento trasladó a otros barrios y se perdieron destacadas obras de arte, unas, destrozadas por las llamas, y otras, robadas, aprovechando el desorden del momento. Los periódicos de esos días publicaron fotos del desastre y del Rey Alfonso XIII visitando el siniestro.

**Zepelín:** El relato de su llegada a Buenos Aires, la única vez que viajó a esa ciudad, está contado en los periódicos y noticieros de la época, incluidas las cuatro horas de atasco.

**Graf Spee:** La historia de este barco alemán hundido entre Montevideo y Buenos Aires ocupó también las páginas de publicaciones de todo el mundo, incluso se llevó al cine. El buque, perseguido por la marina británica, se refugió en Montevideo y fue destruido por su capitán antes de rendirse, en diciembre de 1939. Los marineros germanos fueron recluidos en Argentina hasta el final de la guerra.

**Policía y servicio de inteligencia en Argentina:** En 1946, con Perón en el poder, se crea la Academia de Policía. Ese mismo año se funda la CIDE, Coordinación de Informaciones del Estado, que más tarde pasaría a llamarse SIDE, Secretaría de Inteligencia del Estado.

**Nazis en Argentina:** En la novela aparecen los siguientes personajes y organizaciones reales:

- PEDRO MATTHIES, cuyo verdadero nombre era Kurt Waldemar Tank, fue un ingeniero aeronáutico que dirigió una fábrica de aviones en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Al finalizar el conflicto bélico, el gobierno argentino le contrató y le dio una nueva identidad.



- WALTER BLUME. Hubo dos individuos con este nombre en la Alemania nazi, uno de ellos, ingeniero aeronáutico y destacado piloto durante la Primera Guerra Mundial. El otro perteneció a las SS, juzgado en Núremberg por sus crímenes contra los judíos, se le condenó a muerte.
- HOTEL EDEN, lugar de descanso elegido por las personas más ricas del mundo, se convirtió en un nido de nazis antes y durante la Segunda Guerra Mundial. En 1945 se utilizó como prisión de los diplomáticos japoneses. Al finalizar el conflicto, se devolvió la propiedad a sus dueños. Estos lo vendieron a una sociedad en la que participaba un amigo del hermano de Eva Duarte.
- SARE, Sociedad Argentina para Refugiados Europeos. Se cree que a través de esta sociedad entraron nazis huidos de la justicia aliada en el país sudamericano. Al parecer, asesoraron a Inmigración sobre qué personas debían obtener el visado de inmediato. La calle donde se ubicó ha cambiado de nombre. PIERRE DAYE, CARLOS LESCAT, ALBERTO CARLOS FULDNER BRUENE fueron sus fundadores.
- SANTIAGO PERALTA, director de Inmigración, se le destituyó tras la publicación de un artículo en el New York Times atacando su antisemitismo.
- RODOLFO FREUDE, secretario de Perón, tanto a él como a su padre se les consideró nazis protegidos por el presidente argentino.

**Espionaje en Argentina durante la Segunda Guerra Mundial:** La declaración de neutralidad del país sudamericano lo convirtió en el escenario perfecto para los servicios secretos de ambos bandos. Los británicos respaldaron la no intervención del país andino, así lograron que los alemanes no bombardearan los barcos argentinos que llevaban carne a Gran Bretaña. Por el contrario, los norteamericanos exigieron su participación en la guerra y, para obligarles, les boicotearon económicamente, además, publicaron una carta del ministro argentino STORNI, provocando la dimisión de este y un nuevo enfrentamiento entre militares aliadófilos y germanófilos. Los golpes de estado continuaron en la nación sudamericana hasta las elecciones de 1946 que ganó Perón. Esos sucesivos gobiernos argentinos se mostraron simpatizantes con las potencias del Eje, permitiendo a la embajada alemana crear un ventajoso entramado informativo.

- OSMAR ALBERTO HELLMUTH, detenido por los servicios de inteligencia británicos y acusado de espionaje, su detención sirvió a los ingleses para demostrar que la embajada alemana en Buenos Aires espionaba a los aliados con la colaboración del gobierno argentino. El escándalo tuvo repercusión mundial, como resultado, la legación germánica abandonó el país sudamericano.
- JUAN CARLOS GOYENECHÉ, editor de la revista *Sol y Luna*, viajó a Europa durante la Segunda Guerra Mundial para entrevistarse en secreto con importantes

dirigentes nazis.

- LA HERMANDAD DE LOS FUELLES era una organización creada en Argentina y dedicada a recaudar dinero para los aliados, en concreto, para los británicos.

Y, por último, existe un grabado del siglo XVII de la ciudad de San Galo tal y como se describe en la novela.

## AGRADECIMIENTOS

Aunque los documentos consultados, libros, artículos, periódicos..., han sido muchos, quiero agradecer a tres personas sus magníficas investigaciones, sin ellas la trama de esta obra seguramente se hubiera desarrollado de otra manera.

**Pilar Tébar Martínez**, investigadora y profesora de la Universidad de Alicante, cuyo descubrimiento del cuadro de José Aparicio Inglada, *El desembarco de Fernando VII en El Puerto de Santa María*, me dio la pista para crear un grupo de ladrones dedicados a robar obras de arte. Aunque durante mucho tiempo se pensó que esta pintura había sido destruida por las llamas en el incendio del Tribunal Supremo en 1915, cien años después la profesora alicantina la encontró totalmente troceada en el Museo Cerralbo, museo fundado por el legado del XVII marqués de Cerralbo, un gran coleccionista de arte.

**Uki Goñi**, periodista argentino, especialista en el estudio de las relaciones de Argentina con los nazis y autor de varios libros sobre este tema. Sus averiguaciones han sido de mucha utilidad, sobre todo, a la hora de explicar cómo se realizaba la ayuda del gobierno de Perón a criminales de guerra huidos de la justicia aliada.

**Beatriz Figallo**, profesora de la Universidad del Salvador, un artículo suyo sobre el caso Hellmuth me ayudó a conocer el desarrollo del espionaje en Argentina durante la Segunda Guerra Mundial.

Tampoco hubiera conseguido realizar esta novela sin la ayuda de otras personas cercanas y queridas. Gracias a la familia **Beltrán Torreira** que me ha permitido utilizar sus recuerdos y dejar que mi imaginación los convirtiera en un relato que, aunque no sea real, también podría haber sucedido.

Gracias a mi amiga **Zulema González** por sus correcciones tan prolijas y sus acertados comentarios sobre los argentinismos de la novela.

Gracias a mis amigos **Lola y José** que se encargaron de leerla antes de publicarla y de aportar buenas ideas.

Y, por último, gracias a todos los que confían en mí y me apoyan en esta aventura de contar historias.